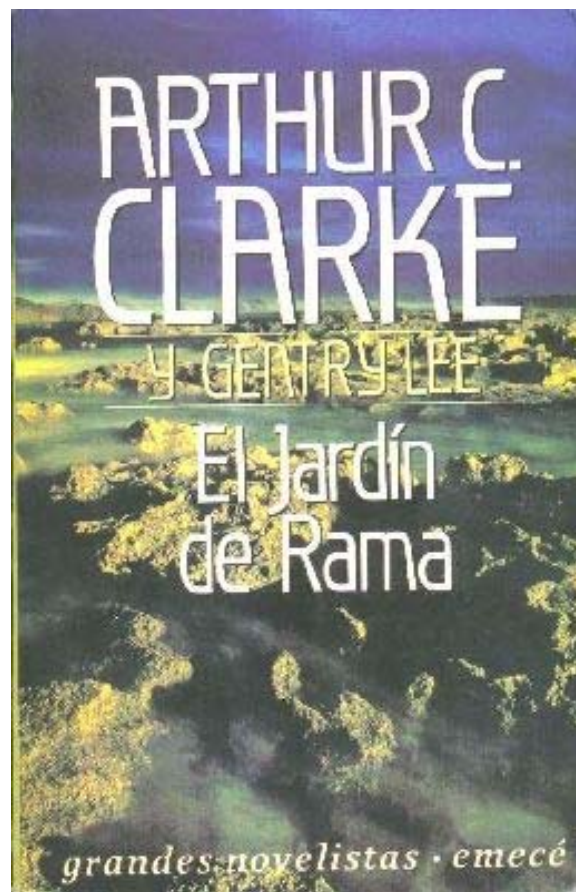


EL JARDÍN DE RAMA

Arthur C. Clarke y Gentry Lee



Agradecimientos

Mucha gente hizo valiosas contribuciones para esta novela. Antes que nadie, en cuanto al impacto total, se cuenta nuestro editor, Lou Aronice: sus primeros comentarios le dieron forma a la estructura de la novela y su aguda revisión final antes de publicar fortaleció, de modo importante, la ilación del texto.

Nuestro buen y omnisciente amigo Gerry Snyder fue, una vez más, extremadamente útil, enfrentando, con total disposición, cualquier problema técnico, fuera éste grande o pequeño. Si en este relato los pasajes sobre temas médicos son exactos y tienen verosimilitud, entonces el mérito se le debe reconocer al doctor Jim Willerson. Cualquier error es estricta responsabilidad de los autores.

Durante las primeras etapas de la redacción, Yihei Akita dejó de lado sus propias actividades para ayudarnos a encontrar la ubicación adecuada para las escenas japonesas. Asimismo, tuvo más que buena disposición para discurrir en detalle sobre las costumbres, así como la historia, de su nación. En Tailandia, Watcharee Monviboon fue una excelente guía para conocer las maravillas de ese país.

La novela trata, en detalle, sobre mujeres, especialmente sobre cómo sienten y piensan: tanto Bebe Barden como Stacey Lee siempre estuvieron dispuestas a conversar sobre la naturaleza femenina. Bebe Barden fue, asimismo, especialmente útil con las ideas para la vida y la poesía de Benita García.

Stacey Kiddoo Lee hizo muchas contribuciones directas para *El Jardín de Rama*, pero su desinteresado apoyo a todo el esfuerzo fue de suma importancia. Durante la redacción de esta novela, Stacey también dio a luz, a su cuarto hijo, Travis Clarke Lee. Stacey, muchísimas gracias por todo.

Diario personal de Nicole

1

29 DE DICIEMBRE DE 2200

Hace dos noches, a las 10:44 hora de Greenwich en la Tierra, Simone Tiesso Wakefield saludó al universo. Fue una increíble experiencia. Yo creía haber sentido emociones fuertes antes, pero nada de lo acontecido en mi vida —ni la muerte de mi madre, ni la medalla olímpica de oro en Los Angeles, ni mis treinta y seis horas con el príncipe Henry y ni siquiera el nacimiento de Genevieve bajo los vigilantes ojos de mi padre en el hospital de Tours— fue tan intenso como mi alborozo y mi alivio cuando, finalmente, oí el primer llanto de Simone.

Michael había predicho que el bebé llegaría el día de Navidad. Con su habitual calidez, nos dijo que tenía la firme creencia de que Dios nos iba a "dar una señal" al hacer que nuestro niño espacial naciera en la fecha en la que se suponía que había nacido Jesús. Richard se mofó como hace siempre mi marido cuando el fervor religioso de Michael se apodera de 61. Pero, después de que sentí las primeras contracciones fuertes en la Nochebuena, incluso Richard casi se volvió creyente.

Dormí con sobresaltos la noche previa a Navidad. Justo antes de despertar, tuve un ensueño profundo, vivido: estaba caminando junto a nuestro estanque en Beauvois, jugando con nuestro pato Dunois y sus compañeros, los patos silvestres, cuando oí una voz que me llamaba. No pude identificarla, pero supe, sin duda, que era una mujer la que hablaba. Me dijo que el nacimiento iba a ser extremadamente difícil y que yo iba a necesitar toda mi fuerza para dar a luz a mi segundo hijo.

El día de Navidad, después de intercambiar los sencillos regalos que cada uno de nosotros había ordenado clandestinamente de los ramanes, empecé a adiestrar a Michael y a Richard para enfrentar varias posibles emergencias. Pienso que Simone, sin duda, habría nacido el día de Navidad si no hubiera tenido tan presente que los dos hombres no estaban ni remotamente preparados para ayudarme en caso de un problema serio. Es probable que, en esos dos días finales, no haya sido más que mi fuerza de voluntad lo que demoró el nacimiento del bebé.

Uno de los posibles inconvenientes que discutimos en Navidad fue el de un bebé

en posición incorrecta. Algunos meses atrás, cuando mi nonata beba todavía tenía cierta libertad de movimiento en mi vientre, yo estaba bastante segura de que estaba cabeza abajo. Pero creí que había girado durante la última semana, antes de ubicarse en la posición de nacimiento. Sólo estaba parcialmente en lo cierto: de hecho había logrado colocarse con la cabeza hacia adelante para descender por el canal de nacimiento. Sin embargo, la cara estaba hacia arriba hacia mi estómago y, después de la primera serie de contracciones fuertes, la coronilla de su cabecita quedó encajada inadecuadamente contra mi pelvis.

En un hospital de la Tierra, el médico probablemente habría llevado a cabo una cesárea. Por cierto, un médico pediatra habría estado atento ante el caso de un parto forzado, y se habría puesto a trabajar desde un comienzo con todo el instrumental robot, esforzándose por girar la cabeza de Simone, antes de que se hubiera encajado en una posición tan inconveniente.

Hacia el final, el dolor era agudísimo. Entre cada una de las fuertes contracciones que empujaban a mi hija contra mis inflexibles huesos, yo trataba de gritarles órdenes a Michael y a Richard. Richard estaba casi paralizado, no podía tolerar mis dolores (o "el caos", como lo denominó más tarde) y mucho menos podía ayudar con la episiotomía o emplear los improvisados fórceps que habíamos obtenido de los ramanes. Michael, bendito sea, con la transpiración bañándole la frente a pesar de la temperatura baja de la sala, luchaba denodadamente por seguir mis instrucciones, en ocasiones incoherentes. Empicó el escalpelo de mi equipo de medicina para ampliar mi abertura y, después de algunos instantes de vacilación debido a la sangre, encontró con los fórceps la cabeza de Simone. De alguna manera logró, en su tercer intento, tanto obligarla a retroceder dentro del canal uterino, como hacer que se diera vuelta para poder nacer.

Los dos hombres gritaron cuando la niña asomó la cabeza. Yo seguía concentrándome en mi ritmo de jadeo, preocupada por mantenerme consciente. A pesar del intenso dolor, también yo grité cuando mi siguiente contracción fuerte empujó a Simone hacia las manos de Michael. En su condición de padre, fue trabajo de Richard cortar el cordón umbilical. Cuando Richard terminó, Michael alzó a Simone para que yo la viera.

—Es una niña —dijo con lágrimas en los ojos. La depositó suavemente sobre mi vientre y yo me incorporé levemente para mirarla. Mi primera impresión fue que era igual a mi madre.

Logré permanecer despierta hasta que retiraron la placenta y, con ayuda de Michael, terminé de suturar los cortes que me había hecho con el bisturí. Después, me desplomé. No recuerdo muchos detalles de las veinticuatro horas posteriores. Estaba tan cansada por el trabajo de parto y el nacimiento (el ritmo de mis contracciones aumentó a una cada menos de cinco minutos once horas antes de que Simone naciera), que dormí cada vez que pude. Mi nueva hija tomó el pecho naturalmente, sin que fuera necesario forzarla, y Michael insiste en que incluso mamó una o dos veces mientras yo estaba casi dormida. Ahora, mi leche surge de mis pechos inmediatamente después de que Simone comienza a succionar. Parece estar bastante satisfecha una vez que termina. Me siento encantada de que mi leche sea adecuada para ella; me preocupaba tener el mismo problema que experimenté con Genevieve.

Uno de los dos hombres está junto a mí cada vez que despierto. Las sonrisas de Richard siempre parecen un poco forzadas pero de todos modos las aprecio. Michael coloca a Simone en mis brazos o en mis pechos en cuanto me despierto. La maneja con soltura aun cuando llora, y no deja de murmurar que es hermosa.

En este momento, Simone está durmiendo a mi lado, envuelta en una especie de manta fabricada por los ramanes (resulta extremadamente difícil definir telas; en particular, palabras relativas a su calidad, tales como "suave", en cualquiera de los términos cuantitativos que nuestros anfitriones puedan entender). En realidad se parece a mi madre: la piel es bastante oscura, quizás hasta más que la mía, y la pelusa de la cabeza es negra azabache; los ojos son de un tono pardo intenso. Con la cabeza todavía ahusada y deformada por el parto difícil, no resulta fácil decir que Simone es hermosa pero, por supuesto, Michael tiene razón. Es adorable. Mis ojos fácilmente pueden ver la hermosura que hay más allá de este ser frágil, rojizo, que respira con una rapidez tan desesperada. Bienvenida al mundo, Simone Wakefield.

2

6 DE ENERO DE 2201

Hace dos días que estoy deprimida. Y cansada... ¡tan cansada! Aun cuando tengo plena conciencia de que padezco un caso típico de síndrome posparto, no he podido

aliviar mi sensación de depresión.

Hoy fue la peor mañana. Desperté antes que Richard y me quedé tendida, en silencio, en mi parte de la estera. Miré a Simone que estaba durmiendo pacíficamente en la cuna ramana, contra la pared. A pesar de mis sentimientos de amor hacia la niña, no puede concebir ningún pensamiento positivo respecto de su futuro. La aureola de éxtasis que había rodeado su nacimiento y durado setenta y dos horas se había desvanecido por completo. Un interminable flujo de ideas desesperanzadas y de preguntas sin respuesta invadía mi mente: ¿qué clase de vida tendrás, mi pequeña Simone? ¿Cómo nosotros, tus padres, lograremos brindarte felicidad?

Mi querida hija, vives con tus padres y con su buen amigo Michael O'Toole en un túnel subterráneo, a bordo de una gigantesca nave espacial extraterrestre. Los tres adultos que hay en tu vida son todos cosmonautas provenientes del planeta Tierra, parte de la expedición Newton, que se envió para investigar un diminuto mundo cilíndrico llamado Rama, hace casi un año. Tu madre, tu padre y el general O'Toole fueron los únicos seres humanos que todavía quedaban a bordo de esta nave extraterrestre cuando Rama, en forma abrupta, alteró su trayectoria para evitar ser aniquilada por una falange nuclear lanzada desde una Tierra paranoica.

Por encima de nuestro túnel hay una isla compuesta por misteriosos rascacielos, a la que llamamos Nueva York. Está rodeada por un mar congelado que circunda por completo esta enorme nave espacial y la divide por la mitad. En este momento, según los cálculos de tu padre, nos encontramos dentro de la órbita de Júpiter — aunque la gran bola gaseosa se encuentra muy lejos, del otro lado del Sol—, siguiendo una trayectoria hiperbólica que, con el tiempo, va a abandonar por completo el Sistema Solar. No sabemos hacia dónde nos dirigimos. No sabemos quién construyó esta nave espacial o por qué la construyeron. Sabemos que hay otros ocupantes a bordo pero no tenemos la menor idea de dónde vinieron esos otros pasajeros y, además, tenemos motivos para sospechar que por lo menos algunos de ellos pueden ser hostiles.

Una y otra vez, desde hace dos días, tengo los mismos pensamientos. Siempre llegaba a la misma conclusión deprimente: resulta inexcusable que nosotros, supuestamente los adultos, hayamos traído a un ser tan indefenso e inocente a un medio sobre el cual entendemos tan poco y carecemos por completo de control.

Esta mañana temprano, en cuanto me di cuenta de que hoy cumplía treinta y siete

años, empecé a llorar. Al principio, las lágrimas eran suaves y silenciosas pero, cuando los recuerdos de todos mis cumpleaños pasados invadieron mi mente, sollozos profundos reemplazaron a las lágrimas suaves. Sentía una pena aguda y dolorosa, no sólo por Simone sino también por mí misma. Y, cuando recordé el magnífico planeta azul de nuestro origen y no pude imaginarlo en el futuro de Simone, me seguí formulando la misma pregunta: ¿Por qué di a luz un hijo en medio de este caos?

Otra vez esa palabrita. Es una de las preferidas de Richard. En su vocabulario, "caos" tiene, virtualmente, aplicaciones ilimitadas: cualquier cosa que sea desequilibrada y/o esté fuera de control, ya sea un problema técnico o una crisis doméstica (como una esposa que solloza, presa de una feroz depresión posparto), es denominada caos.

Los hombres no fueron de mucha ayuda esta mañana temprano. Sus inútiles intentos por hacerme sentir mejor sólo sirvieron para aumentar mi melancolía. Una pregunta: ¿Por qué casi todos los hombres, cuando se enfrentan a una mujer desdichada, inmediatamente suponen que la desdicha está, de alguna manera, relacionada con ellos? En realidad, no estoy siendo justa: Michael tuvo tres hijos en su vida y conoce algo sobre las sensaciones que estoy experimentando. Principalmente, se limitó a preguntarme qué podría hacer para ayudarme. Pero Richard quedó absolutamente devastado por mis lágrimas; quedó aterrado cuando despertó y oyó mi llanto. Al principio creyó que yo estaba padeciendo algún terrible dolor físico. Quedó algo reconfortado cuando le expliqué que, sencillamente, estaba deprimida.

Después de establecer por primera vez que no era él el culpable de mi estado de ánimo, Richard escuchó en silencio mientras le transmitía mis preocupaciones por el futuro de Simone. Admito que yo estaba ligeramente sobreexcitada pero él no pareció entender nada de lo que le decía: seguía repitiendo la misma frase, que el futuro de Simone era tan incierto como el nuestro y creía que, dado que no había motivo lógico para que yo estuviera tan angustiada, mi depresión tenía que desaparecer de inmediato. Luego, después de más de una hora de no entendernos, Richard arribó a la correcta conclusión de que no me estaba ayudando y decidió dejarme sola.

(Seis horas después.) Me estoy sintiendo mejor ahora. Todavía quedan tres horas más antes de que mi cumpleaños haya pasado. Esta noche tuvimos una pequeña

fiesta. Recién acabo de darle el pecho a Simone y, otra vez, la niña está acostada junto a mí. Michael nos dejó hace unos quince minutos para ir a su habitación, en el otro extremo del pasillo. Richard se durmió cinco minutos después de haber apoyado la cabeza en la almohada; había pasado todo el día trabajando, a pedido mío, para obtener pañales perfeccionados.

A Richard le agrada pasar el tiempo supervisando y catalogando nuestras interacciones con los ramanes o con quien sea que esté operando las computadoras que activamos utilizando el teclado que hay en nuestra habitación. Nunca vimos a nadie ni nada en el oscuro túnel que está inmediatamente detrás de la pantalla negra. Por lo tanto no sabemos con certeza si realmente hay, ahí atrás, seres que responden a nuestros pedidos y que ordenan a sus fábricas elaborar nuestros extraños artículos, pero resulta conveniente referirse a nuestros anfitriones y benefactores llamándoles ramanes.

Nuestro proceso de comunicación con ellos es, al mismo tiempo, complicado y directo. Complicado porque hablamos con ellos usando imágenes en la pantalla negra y fórmulas cuantitativas precisas en lenguaje matemático, físico y químico. Directo porque las oraciones reales que ingresamos mediante el teclado son sorprendentemente simples en cuanto a su sintaxis. La oración que utilizamos con más frecuencia es "Nos gustaría" o "Queremos" (por supuesto, no nos resulta posible saber cuál es la traducción exacta de nuestros pedidos y simplemente suponemos que nos expresamos con cortesía. Podría ser que las instrucciones que activamos comiencen con un descortés "Déme") a lo que sigue una descripción detallada de lo que necesitamos.

La parte más difícil es la de la química: sencillos objetos cotidianos tales como jabón, papel y vidrio son muy complejos desde el punto de vista químico y extremadamente difíciles de especificar con exactitud, en cuanto a la cantidad y a la clase de compuestos químicos. En ocasiones, tal como Richard descubrió tempranamente en su trabajo con el teclado y la pantalla negra, también tenemos que delinear un proceso de fabricación que comprenda regímenes térmicos o, de lo contrario, lo que recibimos no tiene el menor parecido con lo que solicitamos. Este proceso de demanda implica mucho de prueba y error. Al comienzo, la interacción era muy ineficaz y frustrante. Los tres deseábamos recordar mejor nuestras clases de química en la facultad. De hecho, nuestra incapacidad de progresar, en cuanto a conseguir equiparnos con los elementos cotidianos esenciales, fue uno de los

catalizadores para la Gran Excursión, como le gusta denominarla a Richard, que tuvo lugar hace cuatro meses.

Para ese entonces, la temperatura ambiente en la parte superior de Nueva York, así como en el resto de Rama, ya estaba a cinco grados por debajo del punto de congelamiento, y Richard había confirmado que el Mar Cilíndrico era, una vez más, hielo sólido. Cada vez me preocupaba más que no estuviéramos adecuadamente preparados para el nacimiento de la beba. Nos llevaba demasiado tiempo conseguir cualquier cosa. Procurar e instalar un inodoro que funcionara, por ejemplo, resultó ser una empresa que nos insumió todo un mes, y el resultado no fue más que parcialmente adecuado. La mayor parte del tiempo, nuestro problema principal era que seguíamos suministrando especificaciones incompletas a nuestros anfitriones. Sin embargo, a veces la dificultad estaba en los ramanes. Varias veces nos informaron, utilizando nuestro lenguaje mutuo de símbolos matemáticos y químicos, que no podían completar la fabricación de un artículo específico dentro del lapso que les habíamos asignado.

De todos modos, una mañana Richard anunció que iba a dejar el túnel para llegar a la nave militar de la expedición Newton, que todavía estaba atracada. Su propósito era el de recuperar los componentes clave de la base de datos científicos almacenada en las computadoras de la nave (esto nos ayudaría inmensamente para formularles nuestros pedidos a los ramanes), pero también reconoció que moría por algo de comida aceptable. Habíamos logrado mantenernos sanos y vivos con las mezclas químicas suministradas por los ramanes. Sin embargo, la mayor parte de la comida era insípida y horrible.

Para ser justos, nuestros anfitriones habían estado respondiendo correctamente a nuestros pedidos. Aunque sabíamos en forma general cómo describir los ingredientes químicos esenciales para nuestro cuerpo, ninguno de nosotros había estudiado en detalle el complejo proceso bioquímico que tiene lugar cuando saboreamos algo. En aquellos primeros días, comer era una necesidad, nunca un placer. A menudo, la mezcla pegajosa era difícil o imposible de tragar. Más de una vez, las náuseas venían a continuación de una comida.

Los tres pasamos la mayor parte de un día debatiendo los pros y los contras de la Gran Excursión. Yo me encontraba en la etapa de mi embarazo donde tenía acidez y me sentía bastante incómoda. Aunque no me agradaba la idea de permanecer sola en el túnel mientras los dos hombres viajaban por el hielo, ubicaban el vehículo

explorador, se desplazaban a través de la Planicie Central y recorrían en el vehículo o trepaban los muchos kilómetros que los separaban de la estación de relevo Alfa, reconocí que había muchas maneras de que se ayudaran mutuamente. También estuve de acuerdo en que el viaje hecho por sólo uno de ellos sería muy osado.

Richard estaba completamente seguro de que el vehículo explorador todavía estaría en condiciones operativas pero se mostraba menos optimista respecto de la telesilla. Discutimos detalladamente los daños que podría haber sufrido la base militar Newton al estar expuesta, en la parte exterior de Rama, a las explosiones nucleares que habían tenido lugar más allá de la malla protectora. Richard conjeturó que, dado que no había daño estructural visible (utilizando nuestro acceso a la información proveniente de los sensores ramanes, durante esos meses vimos varias veces las imágenes de la nave militar *Newton* en la pantalla negra), era posible que Rama, sin darse cuenta, hubiera protegido la nave de todas las explosiones nucleares y, como resultado, tampoco hubiera habido danos en el interior producidos por la radiación.

Yo no tenía tanta confianza en las perspectivas. Había trabajado con los ingenieros ambientales en los diseños para el acorazamiento de la nave espacial, y estaba al tanto de la susceptibilidad a la radiación que tenía cada uno de los subsistemas de la *Newton*. Si bien creía que existía una elevada probabilidad de que la base de datos científicos estuviera intacta (tanto el procesador como todas las memorias estaban hechas con piezas preparadas para resistir la radiación), estaba casi segura de que las provisiones estarían contaminadas. Siempre supimos que nuestras comida envasada se encontraba en un sitio relativamente desprotegido. De hecho, antes del lanzamiento existió cierta preocupación respecto de que una erupción solar inesperada pudiera generar suficiente radiación como para hacer que la ingestión de la comida fuera peligrosa.

No tenía miedo de quedarme sola durante los pocos días o la semana que les llevaría a los hombres hacer el viaje de ida y de vuelta a la nave militar. Estaba más preocupada por la posibilidad de que uno de ellos, o ambos, no regresara. No sólo por las octoarañas o cualquier otro alienígena que pudiera cohabitar la nave espacial con nosotros. También había elementos de incertidumbre respecto de lo ambiental: ¿qué pasaría si Rama súbitamente empezaba a maniobrar? Y qué si ocurría algún otro hecho igualmente adverso y los hombres no conseguían regresar a Nueva York?

Richard y Michael me aseguraron que no correrían riesgos, que no harían nada más que ir hasta la nave militar y regresar. Partieron inmediatamente después del alba de un día ramano de veintiocho horas. Era la primera vez que me quedaba sola desde mi larga estada solitaria en Nueva York que comenzó cuando caí en el pozo. Por cierto, no estaba verdaderamente sola: podía sentir a Simone pateando en mi interior. Es una sensación asombrosa la de sentir un bebé en el vientre; hay algo indescriptiblemente hermoso en saber que existe otro ser viviente dentro de una. Especialmente porque el niño se forma, en gran medida, a partir de los genes de una. Es una lástima que los hombres no puedan experimentar la sensación del embarazo. Si pudieran, quizás entenderían por qué las mujeres se preocupan tanto por el futuro.

Al tercer día terrestre después de la partida de los hombres, contraí un cuadro agudo de fiebre por encierro. Decidí salir del túnel y dar una vuelta por Nueva York. Estaba oscuro en Rama, pero me sentía tan inquieta que empecé a caminar de todos modos. El aire estaba bastante frío. Me cerré la pesada chaqueta de vuelo alrededor de mi vientre cada vez más abultado. No había caminado más que unos pocos minutos, cuando oí un sonido en la distancia. Un escalofrío me corrió por la espalda y me detuve de inmediato. Aparentemente, Simone también recibió una gran cantidad de adrenalina pues pateó vigorosamente mientras yo prestaba atención al ruido. Casi un minuto después volví a oír el sonido de cepillos que se arrastran sobre una superficie metálica acompañado por un gemido en alta frecuencia. El sonido era inconfundible, no había dudas de que una octoaraña se desplazaba por Nueva York. Rápidamente retorné al túnel y esperé que amaneciera en Rama.

Cuando aclaró, volví a Nueva York y anduve vagando por ahí. Mientras me encontraba en la vecindad de ese curioso cobertizo en el que caí en el pozo, empecé a tener dudas sobre nuestra conclusión de que las "octo" únicamente salen a la noche. Desde el principio, Richard insistió en que son seres nocturnos. Durante los dos primeros meses transcurridos desde que dejamos atrás la Tierra, antes de que hubiéramos construido nuestra red protectora que evita que los visitantes indeseados bajen al túnel, Richard desplegó una serie de receptores rudimentarios (todavía no había perfeccionado su pericia para especificar piezas electrónicas a los ramanes) alrededor de la superficie del túnel de las octoarañas y confirmó, al menos para su propia satisfacción, que sólo salen a la parte superior durante la noche. Con

el tiempo, las ocios descubrieron todos los monitores y los destruyeron pero no antes de que Richard obtuviera lo que, según él, eran datos concluyentes que apoyaban su hipótesis.

De todos modos, la conclusión de Richard no me brindó el menor consuelo cuando, de repente, oí un sonido agudo y completamente desconocido que llegaba desde la dirección donde estaba nuestro túnel. En ese momento estaba parada dentro del cobertizo, con la mirada fija en el pozo en el que casi muero nueve meses atrás. Mi pulso se aceleró inmediatamente y se me erizó la piel. Lo que me perturbó más fue que el ruido se encontraba entre mi hogar ramano y yo. Con cautela trepé siguiendo el sonido intermitente, espiando todo el tiempo por entre los edificios, antes de comprometer mi posición. Al fin, descubrí el origen del ruido: Richard estaba cortando pedazos de una rejilla con una motosierra en miniatura que había traído de la *Newton*.

En realidad, él y Michael estaban discutiendo cuando los descubrí. Una rejilla relativamente pequeña de unos quinientos nudos, cuadrada y de tres metros de lado estaba fijada a uno de esos cobertizos bajos, indefinibles, que se hallaban a casi cien metros al este de la abertura de nuestro túnel. Michael cuestionaba la lógica de cortar la rejilla con una motosierra. Cuando me vieron, Richard justificaba su acción destacando las virtudes del material elástico de la rejilla.

Los tres nos abrazamos y besamos durante varios minutos y, después, me informaron sobre la Gran Excursión: había sido un viaje fácil. El vehículo explorador y la telesilla habían funcionado sin dificultades. Los instrumentos que llevaban demostraron que todavía quedaba mucha radiación por toda la nave militar, de modo que no se quedaron mucho tiempo y no trajeron nada de comida. Sin embargo la base de datos científicos estaba en muy buenas condiciones. Richard había empleado sus subrutinas para comprensión de datos, con el objeto de reducir gran parte de la base de datos a cubos compatibles con nuestras computadoras portátiles. También habían traído de vuelta una mochila grande llena de herramientas como la motosierra, que creyeron serían útiles para completar las instalaciones de nuestra vivienda.

Desde ese entonces hasta el nacimiento de Simone, Richard y Michael trabajaron en forma incesante. Mediante la información adicional sobre química que figuraba en la base de datos, resultó más fácil solicitar lo que necesitábamos a los ramanes. Incluso probé rociar la comida con ésteres inocuos y otros compuestos orgánicos

simples, lo que dio como resultado un ceno mejoramiento en el sabor. Michael completó su habitación en el otro extremo del corredor, construimos la cuna de Simone, y nuestros baños mejoraron de manera notable. Considerando todas las limitaciones, las condiciones en las que vivimos son ahora más aceptables. Quizá pronto... logremos lo que tuvimos. Oigo un llanto débil junto a mí. Es hora de alimentar a mi hija.

Antes de que los últimos treinta minutos de mi cumpleaños pasen a la historia, quiero revivir con intensidad imágenes de cumpleaños anteriores que fueron las que suavizaron mi depresión de esta mañana. Para mí, mi cumpleaños siempre fue el suceso más importante del año. El período que va de Navidad a Año Nuevo es especial pero de una manera diferente, pues es una celebración que todo el mundo comparte. Un cumpleaños se centra de modo más directo sobre la persona. Siempre utilicé mis cumpleaños como momento para la reflexión y la contemplación sobre el curso que lleva mi vida.

Si lo intentara, podría recordar algo sobre cada uno de mis cumpleaños desde que tuve cinco años. Algunos recuerdos, claro está, son más intensos que otros. Esta mañana, muchas de las imágenes de mis celebraciones pasadas evocaron poderosas sensaciones de nostalgia y de deseo de estar en el hogar. En mi estado depresivo, luché contra mi incapacidad para brindar orden y seguridad en la vida de Simone. Pero, aun estando en lo más profundo de mi depresión, enfrentada a la inmensa incertidumbre que rodea nuestra existencia aquí, jamás habría deseado que Simone no hubiera estado aquí para experimentar la vida conmigo. Por cierto, somos viajeras atadas por el vínculo más profundo, el de madre e hija, compartiendo el milagro de la conciencia al que denominamos vida.

Compartí algo similar antes, no sólo con mi madre y mi padre sino también con mi primera hija, Genevieve. Hmm. Es sorprendente que todas las imágenes de mi madre todavía se conserven con tanta nitidez en mi mente. Aun cuando murió hace veintisiete años, cuando yo sólo tenía diez, me dejó una cornucopia de maravillosos recuerdos. Mi último cumpleaños con ella fue realmente extraordinario: los tres fuimos a París en tren. Mi padre estaba vestido con un nuevo traje italiano y lucía muy atractivo. Y mi madre había decidido usar uno de sus vestidos nativos brillantes, multicolores; con el cabello peinado en un rodete sobre la cabeza, se parecía a la princesa senoufo que había sido antes de casarse con mi padre.

Cenamos en un selecto restorán, que estaba muy cerca de los Champs-Élysées.

Después fuimos caminando a un teatro en el que vimos a una compañía íntegramente formada por negros representar danzas nativas de las regiones occidentales del África. Después del espectáculo, se nos permitió ir entre bastidores, donde mi madre me presentó a una de las bailarinas, una mujer alta, hermosa, de excepcional negrura. Era una de las primas lejanas de mamá, de la Costa de Marfil.

Escuché la conversación que sostuvieron en el lenguaje tribal senoufo, recordando fragmentos de mi educación con los poro tres años atrás y volví a maravillarme por el modo en que el rostro de mi madre siempre se tornaba más expresivo cuando estaba con su gente. A pesar de lo fascinada que estaba con la velada, yo sólo tenía diez años y habría preferido una fiesta normal de cumpleaños con todos mis amigos de la escuela. Mi madre se dio cuenta de mi decepción mientras viajábamos en el tren de regreso a nuestro hogar en el suburbio de Chilly-Mazarin.

—No estés triste, Nicole —dijo—, el año que viene podrás tener una fiesta. Tu padre y yo quisimos aprovechar esta oportunidad para recordarte, una vez más, la otra mitad de tu herencia. Eres ciudadana francesa y viviste toda tu vida en Francia, pero parte de ti es senoufo puro con raíces profundas en las costumbres tribales del África Occidental.

Hoy temprano, cuando recordé las *danses ivoiriennes* realizadas por la prima de mi madre y sus compañeros, me vi, por un instante, entrando en un hermoso teatro con mi hija Simone, ahora de diez años, junto a mí... pero entonces, la fantasía se desvaneció: no existen teatros más allá de la órbita de Júpiter; de hecho, el concepto de teatro probablemente nunca tenga significado alguno para mi hija. Todo es tan desconcertante.

Algunas de las lágrimas de esta mañana se debían a que Simone nunca va a conocer a sus abuelos, y viceversa Van a ser personajes mitológicos en la trama de su vida que sólo conocerá por fotografías y vídeos. Nunca tendrá el placer de escuchar la sorprendente voz de mi madre. Y nunca verá el amor suave y tierno que hay en la mirada de mi padre.

Después de que mi madre murió, mi padre tuvo mucho cuidado en hacer que cada uno de mis cumpleaños fuese muy especial. Cuando cumplí doce años, después de mudarnos a la villa Beauvois, mi padre y yo caminamos juntos bajo la nieve que caía, entre los jardines primorosamente cuidados del Château de Villandry. Ese día me prometió que siempre estaría junto a mí cuando lo necesitara.

Apreté firmemente su mano mientras caminábamos por los setos. Lloré ese día también, admitiendo ante mi padre (y ante mí misma) cuan asustada estaba de que también él me abandonara. Me acunó contra su pecho y me besó. Nunca rompió su promesa.

Sólo el año pasado, en lo que ahora parece haber sido otra vida, mi cumpleaños empezó en un tren para esquiadores en la frontera francesa. Todavía estaba despierta a la medianoche, recordando mi encuentro del mediodía con Henry en la cabaña de la ladera del Weissfluhjoch. Yo no le había dicho, cuando me preguntó en forma indirecta, que era el padre de Genevieve. No le iba a dar esa satisfacción.

Pero recuerdo haber estado pensando en el tren: ¿es justo para mí ocultarle a mi hija que su padre es el Rey de Inglaterra? ¿son mi dignidad y mi orgullo tan importantes para justificar el ocultarle a mi hija que es una princesa? Seguía reformulando estas preguntas en mi mente con la mirada fija en un punto de la noche, cuando Genevieve, como si hubiera estado esperando su entrada en escena, apareció en mi litera.

—Feliz cumpleaños, mamá —dijo con amplia sonrisa—. Me dio un fuerte abrazo. En ese momento, casi le cuento sobre su padre. Lo habría hecho, estoy segura, si hubiera sabido lo que iba a ocurrirle a la expedición Newton. Te extraño, Genevieve. Ojalá hubiera podido despedirme de ti adecuadamente.

Los recuerdos son muy peculiares. Esta mañana, en mi depresión, el fluir de imágenes de cumpleaños anteriores aumentó mi sensación de aislamiento y pérdida. Ahora, cuando me encuentro en un mejor estado de ánimo, saboreo esos mismos recuerdos. En este momento ya no estoy tan triste por el hecho de que Simone no pueda experimentar lo que yo conocí. Sus cumpleaños van a ser completamente diferentes de los míos y exclusivos en su vida. Es mi privilegio y mi deber lograr que sean tan memorables y llenos de amor como pueda.

3

26 DE MAYO DE 2201

Hace cinco horas una serie de acontecimientos extraordinarios empezó a tener lugar dentro de Rama. En aquel momento estábamos sentados juntos, comiendo

nuestra cena compuesta por carne asada, papas y ensalada (en un esfuerzo por convencernos a nosotros mismos de que lo que estábamos comiendo era delicioso; tenemos un nombre en código para cada una de las combinaciones químicas que obtenemos de los ramanes: los nombres en código provienen de la clase de nutrición suministrada y así, nuestra "carne asada" es rica en proteínas; las "papas" son, primordialmente, hidratos de carbono, etcétera), cuando oímos un silbido nítido y lejano. Todos dejamos de comer y los dos hombres se arrojaron bien para ir hacia arriba. Como el silbido persistía, agarré a Simone y junté mi ropa de abrigo, envolví a la beba con varias mantas y seguí a Michael y Richard hacia el frío exterior.

El silbido era mucho más intenso en la superficie. Estábamos casi seguros de que provenía del sur pero, como estaba oscuro en Rama, no nos animábamos a alejarnos del túnel. Al cabo de algunos minutos, empezamos a ver destellos de luz que se reflejaban desde las superficies espejadas de los rascacielos circundantes, y nuestra curiosidad no se pudo contener. Nos arrastramos con cautela hacia la orilla sur de la isla donde no había edificios que se interpusieran entre nosotros y los imponentes cuernos del Tazón Austral de Rama.

Cuando llegamos a la orilla del Mar Cilíndrico, un fascinante espectáculo de luces había comenzado. Los arcos de luz multicolor que se desplazaban por todas partes y que iluminaban las gigantescas espiras del Tazón Austral continuaron durante más de una hora. Hasta Simone estaba hipnotizada por las largas bandas de amarillo, azul y rojo que rebotaban entre las espiras y trazaban arcos iris en la oscuridad. Cuando el espectáculo cesó en forma abrupta, encendimos nuestras linternas y retomamos el camino de regreso al túnel.

Después de caminar unos pocos minutos un prolongado chillido distante interrumpió nuestra animada conversación. Era el sonido inconfundible de uno de los avianos que el año anterior nos habían ayudado a Richard y a mí a escapar de Nueva York. Nos detuvimos súbitamente y escuchamos. Puesto que no habíamos visto ni oído ningún aviano desde que regresamos a Nueva York, para prevenir a los ramanes sobre los misiles nucleares que estaban por caer, tanto Richard como yo estábamos muy exaltados. Richard había ido hasta la guarida de los avianos algunas veces pero no había obtenido respuesta cuando había gritado a través del gran corredor vertical. Sólo un mes atrás, Richard había dicho que creía que los avianos se habían ido de Nueva York. El chillido de esa noche indicaba claramente que al menos uno de nuestros amigos estaba en los alrededores.

En cuestión de segundos, antes de que tuviéramos la oportunidad de decidir si alguno de nosotros iría en la dirección del chillido, oímos otro sonido, también familiar, que era demasiado intenso como para que cualquiera de nosotros se sintiera a salvo. Afortunadamente los cepillos que se arrastraban no estaban entre nosotros y el túnel. Tomé a Simone en mis brazos y salí disparada en dirección a casa, chocando al menos dos veces contra edificios, en mi precipitada huida en la oscuridad. Michael fue el último en llegar. Para ese entonces, yo había terminado de abrir la tapa y la red metálica.

—Hay varios de ellos —dijo Richard sin aliento, mientras el sonido de las octoarañas, cada vez más intenso, nos rodeaba. Richard dirigió el haz de su linterna y recorrió el largo sendero que salía desde nuestro túnel hacia el este. Todos vimos dos objetos grandes, oscuros, que se desplazaban en dirección a nosotros.

En condiciones normales, nos íbamos a dormir dos o tres horas después de cenar pero hoy era una excepción: el espectáculo de las luces, el chillido de los avianos y el encuentro cercano con las octoarañas nos había energizado a los tres. Hablamos sin cesar. Richard estaba convencido de que algo verdaderamente importante estaba a punto de ocurrir; nos dijo que recordáramos que la maniobra hecha por Rama para evitar el impacto con la Tierra también había sido precedida por un pequeño espectáculo de luces en el Tazón Austral. Recordó que en aquel entonces el consenso de los cosmonautas de la *Newton* había sido que toda la demostración perseguía el propósito de servir como anuncio o, posiblemente, como una especie de alerta. ¿Cuál era el significado de la deslumbrante exhibición de esta noche?, se preguntaba Richard.

Para Michael, que no había estado dentro de Rama durante un tiempo prolongado, antes que la nave espacial pasara junto a la Tierra, y que nunca antes había tenido contacto directo alguno ni con los avianos ni con las octoarañas, los sucesos de esta noche eran impresionantes. La fugaz imagen que tuvo de los seres provistos de tentáculos que venían hacia nosotros por el sendero le permitió comprender el terror que Richard y yo habíamos experimentado el año anterior cuando corríamos entre aquellas extrañas púas para escapar de la guarida de las octoarañas.

—¿Las octoarañas son los ramanes? —preguntó Michael esa noche—. De ser así —prosiguió—, ¿por qué tendríamos que huir de ellas? Su tecnología evolucionó tanto más que la nuestra y pueden hacer con nosotros lo que se les antoje.

—Las octoarañas son pasajeros en este vehículo —repuso Richard rápidamente—, tal como lo somos nosotros. Lo mismo ocurre con los avianos. Las octos creen que nosotros podemos ser los ramanes pero no están seguras. Los avianos son un enigma. Ciertamente, no pueden ser una especie itinerante del espacio: en primer lugar ¿cómo subieron a bordo? ¿Son, quizá, parte del ecosistema ramano originario?

Instintivamente, apreté a Simone contra mi cuerpo. Tantas preguntas. Tan pocas respuestas. El recuerdo del pobre doctor Takagishi, embalsamado como un enorme pez o un enorme tigre, y de pie en el museo de las octoarañas, se encendió en mi mente y me dio escalofríos.

—Si somos pasajeros —dije con voz queda—, entonces ¿adonde estamos yendo? Richard suspiró.

—Estuve haciendo algunos cálculos —dijo—, y los resultados no son muy alentadores. Aun cuando estamos viajando muy rápido con respecto al Sol, nuestra velocidad es insignificante cuando el sistema de referencia es nuestro grupo local de estrellas. Si nuestra trayectoria no se altera, abandonaremos el Sistema Solar siguiendo la dirección general de la estrella Barnard. Llegaremos al sistema Barnard dentro de varios miles de años.

Simone empezó a llorar: era tarde y estaba muy cansada. Pedí disculpas y bajé al cuarto de Michael para darle de comer, mientras los hombres analizaban en la pantalla negra toda la información suministrada por los sensores para ver si podían determinar qué podría estar sucediendo. Simone succionaba mis pechos con avidez, incluso llegando a lastimarme una vez. Su inquietud era extremadamente anormal; por lo común es una niña tan dulce.

—Sientes nuestro miedo, ¿verdad? —le dije. Leí que los bebés pueden percibir las emociones de los adultos que los rodean. Quizás es cierto.

No pude descansar, aun después de que Simone estuviera durmiendo cómodamente en su frazada extendida sobre el piso. Mis sentidos de premonición me estaban advirtiendo que los sucesos de esa noche señalaban la transición hacia alguna nueva fase de nuestra vida a bordo de Rama. El cálculo de Richard, de que Rama podría navegar por el vacío interestelar durante más de mil años, no me había alentado. Traté de imaginarme viviendo en las actuales condiciones durante el resto de mi vida, y mi mente se rebeló. Por cierto que sería una existencia aburrida para Simone. Me encontré rezándole a Dios, a los ramanes o a quien tuviera el poder

para cambiar el futuro. Mi plegaria era muy sencilla. Pedía que los cambios que iban a sobrevenir enriquecieran de alguna manera la vida futura de mi bebita.

28 DE MAYO DE 2201

Una vez más esta noche hubo un largo silbido seguido por una exhibición espectacular de luces en el Tazón Austral de Rama. No fui a verla. Me quedé en el túnel con Simone. Michael y Richard no se encontraron con ninguno de los habitantes de Nueva York. Richard dijo que el espectáculo duró aproximadamente lo mismo que el primero pero que las exhibiciones individuales fueron considerablemente diferentes. La impresión de Michael fue que el único cambio importante del espectáculo radicó en los colores. En su opinión, el color predominante esta noche fue el azul, en tanto que, dos días atrás, había sido el amarillo.

Richard está seguro de que los ramanes están enamorados del número tres y de que, en consecuencia, cuando la noche vuelva a caer, habrá otro espectáculo con luces. Puesto que ahora, los días y las noches de Rama son aproximadamente iguales a veintitrés horas —lapso al que Richard denomina equinoccio ramano, correctamente predicho por mi brillante marido en el calendario que nos envió a Michael y a mí hace cuatro meses—, la tercera exhibición comenzará dentro de otros dos días de la Tierra. Todos esperamos que algo fuera de lo común tenga lugar inmediatamente después de esta tercera demostración. A menos que esté en peligro la seguridad de Simone, no cabe la menor duda de que iré a ver el espectáculo.

30 DE MAYO DE 2201

Nuestro macizo hogar cilíndrico está ahora experimentando una rápida aceleración que comenzó hace más de cuatro horas. Richard está tan exaltado que apenas si se puede contener. Está convencido de que, por debajo del elevado Hemicilíndro Austral, existe un sistema de propulsión que opera sobre principios físicos que están más allá de la imaginación más alocada de los científicos e ingenieros humanos. Se queda con la mirada fija en los datos que aparecen en la pantalla negra, provenientes de los sensores externos con su adorada computadora

portátil en la mano, y hace ocasionales entradas de datos de acuerdo con lo que ve en el monitor. De vez en cuando murmura para sí o a nosotros su opinión acerca de lo que la maniobra le está haciendo a nuestra trayectoria.

Cuando Rama cambió su rumbo para alcanzar la órbita de impacto con la Tierra, yo estaba inconsciente en el fondo del pozo, de modo que no sé cuánto se sacudió el sucio durante esa primera maniobra. Richard dice que esas vibraciones fueron insignificantes en comparación con lo que estamos experimentando ahora. El simple hecho de caminar resulta difícil en estos momentos: el piso se agita hacia arriba y hacia abajo permanentemente, como si un taladro neumático estuviera operando a escasos metros de distancia. Hemos estado llevando a Simone en brazos desde el momento mismo en que se inició la aceleración. No podemos bajarla al piso o ponerla en la cuna porque la vibración la asusta. Soy la única que se desplaza llevando a Simone y lo hago con sumo cuidado. Me preocupa perder el equilibrio y caer (Richard y Michael ya se cayeron dos veces). Simone podría resultar seriamente herida si yo cayera en la posición incorrecta.

Nuestro escaso mobiliario está rebotando por toda la habitación: hace media hora, uno de los sillones salió como saltando hacia el corredor y se dirigió a las escaleras. Al principio colocábamos los muebles en la posición correcta cada diez minutos aproximadamente pero ahora no les prestamos atención... a menos que salgan por la puerta de entrada hacia el corredor.

Todo constituyó un período increíble que comenzó con el tercer y último espectáculo en el sur. Richard salió primero esa noche inmediatamente después de que oscureciera. Pocos minutos después volvió corriendo, muy alterado, y se llevó a Michael. Cuando los dos regresaron, Michael parecía haber visto un fantasma.

—Octoarañas —gritó Richard—. Una gran cantidad de ellas se está juntando a lo largo de la costa, dos kilómetros hacia el este.

—En realidad no sabemos cuántas hay —dijo Michael—. Únicamente las vimos durante no más de diez segundos antes de que se apagarán las luces.

—Cuando estuve solo las observé durante más tiempo —prosiguió Richard—. Pude verlas con mucha claridad a través de los binoculares: al principio no había más que un puñado pero súbitamente empezaron a llegar en enormes cantidades. Cuando estaba empezando a contarlas, se organizaron adoptando una cierta disposición. Una gigantesca octoaraña que tenía bandas rojas y azules en la cabeza parecía ser la única al frente de esa formación.

—No vi al gigante rojo y azul ni "formación" alguna —agregó Michael mientras yo los miraba a los dos con incredulidad—. Pero ciertamente, vi a muchas de las criaturas con la cabeza negra y los tentáculos negros y dorados. Creo que estaban mirando hacia el sur, esperando que comenzara el espectáculo luminoso.

—También vimos a los avianos —me dijo Richard. Se volvió hacia Michael—. De esa manada, ¿cuántos dirías que venían volando?

—Veinticinco, quizá treinta —contestó Michael.

—Se elevaron muy alto en el cielo, sobre Nueva York, chillando mientras ascendían y después volaron hacia el norte, hacia el otro lado del Mar Cilíndrico. —Richard se detuvo durante unos instantes. —Creo que esos pájaros tontos ya pasaron antes por esto. Creo que saben lo que va a ocurrir.

Empecé a arropar a Simone en sus mantas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Richard. Le dije que no estaba dispuesta a perderme el último espectáculo de luces. También le recordé que él me habla jurado que las octoarañas solamente se aventuraban a salir de noche.

—Ésta es una ocasión especial —repuso confiadamente, justo en el momento en que comenzó el silbido.

La exhibición de esta noche me pareció más espectacular. Quizá se debía a la expectativa que yo tenía. No había dudas de que el rojo era el color de la noche. En un momento dado, un arco de color rojo ígneo describió un hexágono completo y continuo, que conectaba la punta de los seis cuernos menores. Pero a pesar de lo espectaculares que eran las luces ramanas, no fueron la atracción principal de la velada: después de alrededor de treinta minutos de comenzada la exhibición, Michael gritó súbitamente "¡Miren!" y señaló hacia la línea de la costa, en la dirección en que él y Richard habían visto anteriormente a las octoarañas.

En el cielo, por encima del congelado Mar Cilíndrico, varias bolas de luz se habían encendido en forma simultánea. Las llamaradas estaban a unos cincuenta metros del suelo e iluminaban una superficie de alrededor de un kilómetro cuadrado del hielo que estaba por debajo de ellas. Durante el minuto en el que pudimos ver con algo de detalle, una gran masa negra se desplazó sobre el hielo hacia el sur. Richard me alcanzó sus binoculares justo en el momento en que la luz de las llamaradas se extinguía. En la masa distinguí algunos seres individualmente: una cantidad sorprendentemente grande de las octoarañas exhibía patrones de color en la cabeza, pero la mayoría era de color negro carbón, como la que nos persiguió en el

túnel. Tanto los tentáculos negros y dorados como la forma del cuerpo confirmaban que esos seres eran de la misma especie que el que habíamos visto trepando las púas el año anterior. Richard tenía razón: había una enorme cantidad de ellas.

Cuando comenzó la maniobra, regresamos rápidamente al túnel. Resultaba peligroso estar afuera, en Rama, durante las fuertes vibraciones. En ocasiones, pequeñas partes de los rascacielos circundantes se rompían y se estrellaban contra el suelo. Simone empezó a llorar en cuanto comenzaron las vibraciones.

Después de un descenso dificultoso hasta el túnel, Richard empezó a revisar los sensores externos buscando, principalmente, las posiciones de estrellas y planetas (Saturno es claramente identificable en algunas de las imágenes ramanas) y realizando cálculos basados en sus datos de observación. Michael y yo nos turnábamos para sostener a Simone en brazos (cada tanto, nos sentábamos en el rincón del cuarto, donde las dos paredes que se juntaban nos brindaban una cierta sensación de estabilidad) y conversábamos sobre el asombroso día.

Casi una hora más tarde, Richard anunció los resultados de su determinación preliminar de la órbita. Primero nos dio los elementos orbitales con respecto al Sol, de nuestra trayectoria hiperbólica *antes* de que comenzara la maniobra. Después presentó, en forma espectacular, los elementos nuevos, osculadores (así los denominaba) de nuestra trayectoria instantánea. En alguna parte, en los escondrijos de mi mente debo de haber guardado la información que define el término "elemento osculador" pero, por suerte, no necesité sacarlo a la luz: por el contexto, pude comprender que Richard estaba empleando una manera de decirnos, en forma taquigráfica, cuánto había variado nuestra hipérbole durante las tres primeras horas de la maniobra. No obstante ello, el pleno significado del cambio de la excentricidad hiperbólica se me escapaba.

Michael recordaba más de lo que había aprendido sobre mecánica celeste.

—¿Estás seguro? —preguntó casi de inmediato.

—Los resultados cuantitativos presentan amplias franjas de error —repuso Richard—, pero no puede haber duda alguna sobre la naturaleza cualitativa del cambio de trayectoria.

—Entonces, ¿nuestra velocidad de escape del Sistema Solar está *augmentando*? —preguntó Michael.

—Así es —respondió Richard asintiendo—. Virtualmente, toda nuestra aceleración está yendo en la dirección que aumenta nuestra velocidad con respecto

al Sol. La maniobra ya le sumó muchos kilómetros por segundo a nuestra velocidad basada en el Sol.

—¡Sí! —contestó Michael—. Es vertiginosa.

Comprendí lo esencial de lo que estaba diciendo Richard. Si habíamos conservado alguna esperanza de que pudiéramos encontrarnos en un viaje sinuoso que, como por arte de magia, nos devolviera a la Tierra, esas esperanzas estaban ahora haciéndose pedazos. Rama iba a abandonar el sistema solar mucho más rápido que lo que había pensado cualquiera de nosotros. Mientras Richard se ponía lírico respecto de la clase de sistema de propulsión que podría impartir tal cambio de velocidad a este "Behemot" de nave espacial, yo le di el pecho a Simone y me encontré pensando, una vez más, en el futuro de mi hija: *así que nos estamos alejando definitivamente del Sistema Solar, pensé, y dirigiéndonos hacia algún otro lugar. ¿Llegaré, alguna vez, a ver otro mundo? ¿Llegará Simone? ¿Es posible, hija mía, que Rama sea el mundo que te servirá de hogar durante toda tu vida?*

El piso continúa agitándose vigorosamente y eso me consuela. Richard dice que nuestra velocidad de escape todavía está aumentando con rapidez. Bien. En tanto estemos yendo a algún sitio nuevo, quiero viajar hacia allá lo más rápido posible.

4

5 DE JUNIO DE 2201

Ayer desperté en mitad de la noche, después de oír un golpeteo insistente que provenía del corredor vertical de nuestro túnel. Aun cuando el nivel normal de ruido como consecuencia de las constantes sacudidas es de apreciable magnitud, tanto Richard como yo pudimos *oír* claramente el golpeteo, sin la menor dificultad. Nos aseguramos de que Simone estuviera durmiendo confortablemente en la nueva cuna que Richard había construido para atenuar las vibraciones y después caminamos con cautela hacia el corredor vertical.

A medida que ascendíamos la escalera hacia la red metálica que nos protegía de los visitantes no deseados, el golpeteo se hacía más intenso. En uno de los rellanos, Richard se inclinó y me susurró que "debía de ser Macduff que está golpeando en el portón" y que nuestra "mala acción" pronto se iba a descubrir. Yo estaba demasiado

tensa como para reír. Cuando todavía nos encontrábamos a varios metros por debajo de la red, vimos una gran sombra que se movía, proyectada en el muro que estaba frente a nosotros. Tanto Richard como yo nos dimos cuenta, de inmediato, de que la tapa exterior del túnel estaba abierta (para ese entonces, era de día en la parte superior de Rama), y que el ser ramano o el biot responsable del golpeteo era el que producía la extraña sombra en el muro.

En forma instintiva me aferré a la mano de Richard:

—¿Qué diablos es eso? —pregunté en voz alta.

—Debe de ser algo nuevo —dijo Richard en voz muy baja. Le dije que la sombra se asemejaba a una antigua bomba de petróleo que subía y bajaba en medio de un campo de extracción. Richard sonrió con nerviosidad y coincidió conmigo.

Después de aguardar alrededor de cinco minutos, sin ver ni oír cambio alguno en el rítmico golpeteo del visitante, Richard me dijo que iba a trepar hasta la red desde donde podría ver algo más definido que una sombra. Naturalmente, eso significaba que quienquiera que estuviese afuera golpeando sobre nuestra puerta también podría verlo a Richard, suponiendo que tuviera ojos o algo equivalente. Por algún motivo, en ese momento recordé al doctor Takagishi, y una ola de miedo me recorrió el cuerpo. Besé a Richard y le pedí que no se arriesgara.

Cuando llegó al rellano final, por encima de donde yo estaba esperando, el cuerpo de Richard quedó parcialmente expuesto a la luz y cubrió la sombra móvil. El golpeteo se detuvo en forma brusca.

—Es un biot, no hay duda al respecto —gritó Richard—. Se parece a una mantis religiosa, con una mano adicional en mitad del rostro. Los ojos se le abrieron súbitamente.

—Y ahora está *abriendo* la red —agregó, y de inmediato abandonó el rellano de un salto.

Un segundo después estaba a mi lado. Me tomó la mano y juntos bajamos corriendo varios tramos de escalera. No nos detuvimos hasta que nos hallamos de vuelta en el nivel donde vivíamos, varios rellanos más abajo.

Podíamos oír ruidos de movimiento encima de nosotros.

"Había otra mantis y, por lo menos, un biot topador detrás de la primera mantis —dijo Richard sin aliento—. No bien me vieron, empezaron a sacar la red... Aparentemente, golpeaban sólo para alertarnos sobre su presencia.

—Pero, ¿qué quieren? —pregunté retóricamente. Por encima de nosotros, la

intensidad del ruido seguía aumentando. —Por el sonido, parece un ejército — señalé.

Al cabo de unos segundos, pudimos oírlos descendiendo por las escaleras.

—Tenemos que estar preparados para huir a toda velocidad —dijo Richard con desesperación—. Tú lleva a Simone y yo despertaré a Michael.

Con rapidez nos desplazamos por el corredor hacia donde vivíamos. El ruido ya había despertado a Michael y Simone también estaba inquieta. Nos reunimos todos en la sala principal, nos sentamos en el piso que se sacudía, frente a la pantalla negra, y aguardamos a los invasores de otro planeta. Richard había preparado en el teclado un pedido para los ramanes que, después de ingresar dos instrucciones adicionales, haría que la pantalla negra se levantara tal como lo hacía cuando nuestros invisibles benefactores estaban a punto de proveernos algún producto nuevo.

—Si nos atacan —dijo Richard— nos refugiaremos en los túneles que están por detrás de la pantalla.

Transcurrió media hora. Por el griterío que venía de la escalera nos dimos cuenta de que los intrusos ya estaban en nuestro nivel del túnel. Pero ninguno de ellos había ingresado aún en el pasadizo que llevaba a nuestro territorio. Después de otros quince minutos, la curiosidad venció a mi marido:

—Iré a ver cuál es la situación —dijo Richard, dejando a Michael conmigo y con Simone.

Volvió en menos de cinco minutos.

—Hay quince, quizá veinte de ellos —dijo con el entrecejo fruncido en señal de perplejidad—. Tres mantis en total, más dos tipos diferentes de biot topador. Parecen estar construyendo algo en el lado opuesto del túnel.

Simone se había vuelto a dormir. La coloqué en la cuna y después, seguí a los hombres hasta el lugar de donde provenía el ruido. Cuando llegamos a la zona circular en la que la escalera asciende en dirección a la abertura que desemboca en Nueva York, percibimos gran actividad. Resultaba imposible captar toda la actividad que se desarrollaba en el otro extremo de la sala: las mantis supervisaban a los biots topadores mientras ampliaban un corredor horizontal en el otro lado de la sala circular.

—¿Tienen alguna idea de qué están haciendo? —Michael preguntó en un susurro.

—Ningún indicio —replicó en ese momento Richard.

Ahora, casi veinticuatro horas mas tarde, todavía no está en claro qué es exactamente lo que están construyendo los biots. Richard cree que la ampliación del corredor se hizo para adaptarlo a una nueva instalación. También sugirió que toda esta actividad tiene que ver, casi seguro, con nosotros, pues se desarrolla en nuestro túnel.

Los biots trabajan sin detenerse para descansar, comer, ni dormir. Parecen seguir un plan o procedimiento maestro que les comunicaron con precisión, pues ninguno de ellos consulta. Es impactante observar tanta actividad inexorable. Ellos ni siquiera por un momento parecieron darse cuenta de que los estábamos observando.

Hace una hora, Richard, Michael y yo conversamos brevemente sobre la frustración que sentimos al no saber qué está ocurriendo a nuestro alrededor. En un momento dado, Richard sonrió y dijo:

—En realidad, no es tan diferente de la situación en la Tierra —dijo con vaguedad. Cuando Michael y yo lo instamos a que explicara qué quería decir, Richard se limitó a mover levemente la mano, restándole importancia.

—Aun en casa —contestó en forma abstracta—, nuestro conocimiento es absolutamente limitado. La búsqueda de la verdad siempre es una experiencia frustrante.

8 DE JUNIO DE 2201

No puedo creer que los biots hayan terminado la instalación con tanta rapidez. Hace dos horas, el último del grupo, la mantis capataz que nos había hecho una señal (utilizando la "mano" que tenía en medio del "rostro") para que viéramos la nueva habitación temprano esta tarde, finalmente subió rodando las escaleras, y desapareció. Richard dice que permaneció en nuestro túnel hasta estar segura de que habíamos entendido todo. El único objeto que hay en la nueva sala es un estrecho tanque rectangular, que, sin duda, diseñaron para nosotros. Tiene costados metálicos brillantes y alrededor de tres metros de altura. En cada extremo hay una escalerilla que va desde el piso hasta el borde del tanque. Una resistente pasarela recorre el perímetro exterior del tanque, a tan sólo unos centímetros por debajo del reborde.

Dentro de la estructura rectangular, hay cuatro coy entretejidos fijados en las

paredes. Cada una de estas fascinantes creaciones se elaboró en Corma individual para cada miembro de nuestra familia: los coys de Michael y Richard se encuentran en los extremos del tanque; el pequeño coy de Simone está junto al mío, en el centro.

Naturalmente, Richard ya examinó todo el dispositivo en detalle. Debido a que existe una tapa para el tanque y a que los coys están colocados dentro de la cavidad, a medio metro y un metro de la parte superior, llegó a la conclusión de que el tanque se cierra y que después, probablemente, lo llenen con un fluido. Pero por qué lo construyeron ¿pensarán sometemos a distintos experimentos? Richard está seguro de que nos van a estudiar de alguna manera, pero Michael dice que la posibilidad de que nos estudien como conejillos de Indias no "es coherente con la personalidad ramana" que hemos observado hasta el presente. No pude evitar reírme de su comentario: Michael ya ha extendido su desmedido optimismo religioso para que también abarque a los ramanes. Siempre supone, al igual que el doctor Pangloss, de Voltaire, que estamos viviendo en el mejor de los universos.

La mantis capataz se quedó por los alrededores vigilando, principalmente desde la pasarela del tanque, hasta que cada uno de nosotros se acostó sobre el correspondiente coy. Richard señaló que aunque los coys estaban ubicados a profundidades diferentes a lo largo de las paredes, cada uno de nosotros se iba a "hundir" hasta casi el mismo nivel cuando ocupáramos los lechos entrettejidos. El entrettejido es levemente elástico y se asemeja al material de red que ya vimos antes en Rama. Esta tarde cuando "probé" mi coy, la elasticidad me hizo recordar tanto el miedo como el regocijo que experimenté durante mi fantástico viaje en arnés de red a través del Mar Cilíndrico. Cuando cerré los ojos me resultó fácil verme otra vez, por encima del agua, suspendida debajo de los tres grandes avianos que me estaban transportando hacia la libertad.

A lo largo de la pared del túnel por detrás del tanque, mirando desde el sector en el que vivíamos, hay un conjunto de gruesas tuberías directamente conectadas al tanque. Sospechamos que su objeto es transportar alguna clase de fluido que llene el volumen del tanque. Supongo que muy pronto lo vamos a descubrir.

Y bien, ¿qué hacemos ahora? Los tres estamos de acuerdo en que nos debemos limitar a esperar. Sin duda, pretenden que pasemos algún tiempo en este tanque. Pero suponemos que nos informarán cuando sea el momento adecuado.

10 DE JUNIO DE 2201

Richard tenía razón: estaba seguro de que el intermitente silbido de baja frecuencia que oímos ayer temprano, anunciaba otra transición en las fases de la misión. Incluso, sugirió que quizá debíamos ir al nuevo tanque y estar preparados para tomar posición en nuestros coys individuales. Tanto Michael como yo discutimos con él, insistiendo en que no había suficiente información como para llegar a esa conclusión tan apresurada.

Deberíamos haber seguido el consejo de Richard. Básicamente no le prestamos atención al silbido y proseguimos con nuestra rutina normal, si es que se puede utilizar ese término para definir la existencia que llevábamos dentro de esta nave espacial de origen extraterrestre. Casi tres horas después, la mantis capataz apareció de repente en la entrada de la sala principal y casi muero del susto. Señaló el corredor con sus peculiares dedos e indicó que debíamos movilizarnos con rapidez.

Simone todavía estaba dormida y no le agradó mucho que la despertara. También tenía hambre, pero el biot mantis no me dio tiempo para alimentarla. Por lo tanto lloraba en forma intermitente mientras nos conducían por el túnel hacia el tanque.

Una segunda mantis que estaba aguardando en la pasarela que rodea el reborde del tanque, sostenía nuestros cascos transparentes en sus extrañas manos. También parecía ser la inspectora, pues esta segunda mantis no nos dejó descender a nuestros coys hasta cerciorarse de que los cascos estaban correctamente colocados sobre nuestras cabezas. El compuesto vítreo que constituye la parte frontal del casco es notable: podemos ver perfectamente a través de él. La parte inferior del casco también es extraordinaria: está hecha con un compuesto pegajoso, parecido a la goma, que se adhiere con firmeza a la piel y produce un cierre hermético.

No habían transcurrido más de treinta segundos desde que nos acostamos en los coys, cuando una poderosa onda nos comprimió contra los elementos entretejidos, con tal fuerza que nos semihundimos en el tanque de acero. Un instante después, diminutos filamentos (parecían surgir del material de los coys) se enrollaron alrededor del tronco de nuestro cuerpo, dejándonos libres nada más que los brazos y el cuello. Le eché un vistazo a Simone para ver si lloraba, pero su rostro estaba iluminado por una amplia sonrisa.

El tanque ya había empezado a llenarse con un líquido color verde claro. En menos de un minuto, estuvimos rodeados por el fluido cuya densidad era muy próxima a la nuestra; como consecuencia, semiflotamos en la superficie hasta que la parte superior del tanque se cerró y el líquido llenó por completo el volumen. Si bien me pareció improbable que nos encontráramos realmente en peligro, me asusté cuando la tapa se cerró sobre nuestras cabezas. Todos somos un poco claustrofóbicos.

Todo ese tiempo, la intensa aceleración continuó. Por suerte, no estaba del todo oscuro dentro del tanque: había diminutas luces esparcidas por la tapa. Podía ver a Simone a mi lado, su cuerpito subiendo y bajando como una boya, y hasta podía ver a Richard a lo lejos.

Estuvimos dentro del tanque durante poco más de dos horas. Richard estaba extremadamente alterado cuando todo terminó; nos dijo a Michael y a mí que estaba seguro de que acabábamos de completar una "prueba" para ver cómo soportaríamos fuerzas "excesivas".

—No están satisfechos con las débiles aceleraciones que hemos experimentado hasta el presente —nos informó con exaltación. Los ramanes quieren incrementar *realmente* la velocidad. Para conseguir eso, tienen que someter la nave espacial a fuerzas G elevadas, de larga duración. Diseñaron este tanque para brindarnos suficiente amortiguación como para que nuestra estructura biológica se pueda adaptar al ambiente extraño.

Richard pasó todo el día haciendo cálculos y, hace unas pocas horas, mostró su reconstrucción preliminar de "la aventura de aceleración" de ayer:

—¡Miren esto! —gritó, pudiendo apenas contenerse—, durante ese breve lapso de dos horas hicimos un cambio de velocidad equivalente a *setenta* kilómetros por segundo. ¡Eso es absolutamente monstruoso para una nave espacial del tamaño de Rama! Todo el tiempo estuvimos acelerando a una fuerza próxima a los *diez* G. —Entonces, nos sonrió. —Esta nave tiene una disposición de sobreimpulso increíble.

Una vez que terminamos la prueba en el tanque, inserté un nuevo conjunto de sondas biométricas en todos nosotros, incluida Simone. No he observado reacciones extrañas, por lo menos nada alarmante, pero admito que todavía estoy un poco preocupada respecto de cómo nuestro cuerpo va a reaccionar ante esta fuerte tensión. Hace pocos minutos Richard me regañó:

—Seguro que los ramanes también están observando —dijo, indicando que creía

que la biometría era innecesaria—. Te apuesto a que están recogiendo sus propios datos a través de esos filamentos.

5

19 DE JUNIO DE 2201

Mi vocabulario es inadecuado para describir las experiencias que tuve en estos últimos días. La palabra "asombroso", por ejemplo, es sumamente pobre para transmitir la verdadera sensación de cuán extraordinarias fueron estas largas horas transcurridas en el tanque. Las únicas experiencias remotamente similares de mi vida fueron inducidas, ambas, por la ingestión de sustancias químicas catalíticas, primero durante la ceremonia de los poro, en la Costa de Marfil, cuando yo tenía siete años, y luego más recientemente, después de haber bebido la redoma de Omeh, mientras estaba en el fondo de la fosa en Rama. Pero estos dos viajes, o estas dos visiones, o lo que hayan sido, fueron incidentes aislados y de duración comparativamente breve. Mis experiencias recientes en el tanque duraron horas.

Antes de dedicarme por completo a la descripción del mundo que hay dentro de mi mente, primero debo resumir los "verdaderos" sucesos de la semana pasada, de modo que las experiencias de alucinación se puedan ubicar en el contexto correcto. Ahora, nuestra vida cotidiana se convirtió en un modelo reiterativo: la nave espacial sigue maniobrando, pero según dos modalidades diferentes: "regular", cuando el piso se estremece y todo se mueve pero se puede llevar una vida casi normal, y "sobreimpulso", cuando Rama acelera a una velocidad feroz que, en estos momentos, Richard estima es superior a los once G.

Cuando la nave espacial está en sobreimpulso, los cuatro tenemos que permanecer dentro del tanque. Los períodos de sobreimpulso duran apenas menos de ocho horas de cada ciclo de veintisiete horas, seis minutos, en el modelo reiterativo. Resulta claro que se pretende que durmamos durante los períodos de sobreimpulso. Las diminutas luces que brillan sobre nuestras cabezas, en el tanque sellado, se apagan después de los primeros veinte minutos de cada período y permanecemos acostados en plena oscuridad, hasta cinco minutos antes de que termina el período de ocho horas.

Todo este rápido cambio de velocidad, según Richard, está acelerando nuestro escape del Sol. Si la maniobra actual se mantiene constante, tanto en magnitud como en dirección, y prosigue durante un mes, entonces estaremos viajando a la mitad de la velocidad de la luz, con respecto a nuestro Sistema Solar.

—¿Adonde nos dirigimos —preguntó Michael ayer.

—Todavía es demasiado pronto para decirlo —respondió Richard—. Todo lo que sabemos es que nos estamos desplazando a una velocidad fantástica.

Adaptaron cuidadosamente la temperatura y la densidad del líquido del tanque durante cada período hasta que, ahora, son exactamente iguales a las nuestras. Como resultado, cuando permanezco tendida allí, en la oscuridad, no siento nada salvo una fuerza apenas perceptible, que me empuja hacia abajo. Mi mente siempre me dice que estoy adentro de un tanque de aceleración, rodeada por un fluido que amortigua mi cuerno ante la poderosa fuerza, pero, con el tiempo, la ausencia de sensaciones hace que pierda por completo conciencia de mi cuerpo. En este momento empiezan las alucinaciones; es como si fuera necesario algún estímulo sensorial normal al cerebro para mantenerme funcionando en forma adecuada. Si los colores, imágenes, sabores, olores y dolores, no llegan a mi cerebro, entonces la actividad de éste pierde regulación.

Hace dos días traté de discurrir sobre este fenómeno con Richard, pero él se limitó a mirarme como si estuviera loca. No tuvo alucinaciones. Pasa su tiempo en la "zona crepuscular" (el nombre que él le da al período previo al sueño profundo, en el que no se produce ingreso de información sensorial), haciendo cálculos matemáticos, evocando una vasta variedad de mapas de la Tierra o, inclusive, rememorando sus momentos sexuales más sobresalientes. Es indudable que *controla* su cerebro, aun en ausencia de ingreso de información sensorial. Ésa es la razón de que seamos tan diferentes: mi mente quiere encontrar una dirección propia, cuando no se la utiliza para tareas tales como el procesamiento de los miles de millones de datos que le llegan desde todas las demás células de mi cuerpo.

En general, las alucinaciones comienzan con una mancha de color rojo o verde que surge en la oscuridad total que me rodea. A medida que la mancha aumenta de tamaño, se le unen otros colores: amarillo, azul y púrpura, los más frecuentes. Cada uno de los colores rápidamente adopta su propio patrón irregular y se extiende a través de mi pantalla de visión. Lo que estoy viendo se transforma en un caleidoscopio de brillantes colores. El movimiento que se produce en el campo se

acelera hasta que centenares de bandas y manchones se confunden en una sola explosión de gran intensidad cromática.

En el medio de este aluvión de colores, siempre se forma una imagen coherente. Al principio, no puedo reconocer exactamente qué es, pues la figura, o las figuras, son muy pequeñas, como si estuviesen muy, muy, lejos. A medida que la imagen se aproxima, cambia de color varias veces y aumenta tanto la impresión surrealista de la visión como mi sensación de miedo. Más de la mitad del tiempo, la imagen que, finalmente, adquiere plena definición contiene a mi madre o a algún animal como un guepardo o una leona a la que, en forma intuitiva, reconozco como mi madre disfrazada. En tanto me limito a observar y no intento interactuar con mi madre, ella sigue siendo un personaje de la cambiante imagen. No obstante, si trato de ponerme en contacto con mamá de cualquier forma, ella o el animal que la representa, desaparecen de inmediato y me quedo con una angustiante sensación de abandono.

Durante una de mis recientes alucinaciones, las ondas de color se descompusieron formando patrones geométricos y éstos, a su vez, se transformaron en siluetas humanas que marchaban en fila por mi campo de visión. Omeh iba a la cabeza de la procesión, vestido con una bata color verde brillante. Las dos figuras que iban a la retaguardia del grupo eran mujeres, las heroínas de mi adolescencia, Juana de Arco y Eleanor de Aquitania. Cuando oí sus voces por primera vez, la procesión se disolvió y la escena cambió al instante: de repente, me encontré en un pequeño bote de remo, envuelta por la niebla del alba en el pequeño estanque de patos cerca de nuestra villa en Beauvois. Me estremecí de miedo y empecé a llorar en forma incontrolable. Juana y Eleanor aparecieron entre la niebla y la bruma para asegurarme que mi padre *no* iba a casarse con Helena, la duquesa inglesa con la que había viajado a Turquía de vacaciones.

Otra noche, a la obertura de color la siguió una extraña representación teatral en alguna parte de Japón. En la obra alucinatoria no había más que dos personajes, y los dos tenían máscaras brillantes, expresivas. El hombre que estaba vestido con traje y corbata occidentales recitaba poesía, y tenía ojos grandes, magníficamente claros, que se podían ver a través de su amistosa máscara. El otro hombre parecía un guerrero samurai del siglo XVII; su máscara tenía el ceño permanentemente fruncido. Nos empezó a amenazar, tanto a mí como a su colega más moderno. Al final de esta alucinación, lancé un grito, porque los dos hombres se reunían en mitad del escenario y se fusionaban, transformándose en un solo personaje.

Algunas de mis imágenes alucinatorias más poderosas no duraron más que unos pocos segundos. La segunda o tercera noche, el príncipe Henry desnudo y obnubilado por el deseo, el cuerpo de color púrpura brillante, apareció durante dos o tres segundos, en el medio de otra visión, en la que yo cabalgaba una gigantesca octoaraña verde.

Ayer, durante el período de sueño, no hubo colores durante horas. Después, cuando me di cuenta de que tenía un hambre increíble, un gigantesco melón maná rosado apareció en la oscuridad. Cuando en mi visión intenté comerlo, el melón desarrolló patas y desapareció entre colores indefinidos.

¿Tiene esto algún significado? ¿Puedo aprender algo respecto de mí misma o de mi vida a través de estas manifestaciones efusivas aparentemente aleatorias de mi mente sin control?

Hace ya casi tres siglos que se debate con fervor sobre la importancia de los sueños y todavía no se ha llegado a ninguna conclusión. Mis alucinaciones, me parece, están aún más alejadas de la realidad que los sueños normales. De alguna manera, son primas lejanas de los dos viajes psicodélicos que realicé en etapas anteriores de mi vida y cualquier intento por interpretarlas en forma lógica sería absurdo. Sin embargo, por alguna razón todavía sigo creyendo que estas incursiones salvajes y, en apariencia, inconexas, de mi mente contienen algunas verdades fundamentales. A lo mejor, eso se debe a que no puedo aceptar que el cerebro humano *siempre* opera en forma puramente aleatoria.

22 DE JULIO DE 2201

Ayer, finalmente, el piso dejó de sacudirse. Richard lo había predicho. Hace dos días, cuando no regresamos al tanque a la hora acostumbrada, Richard conjeturó, acertadamente, que la maniobra estaba casi terminada.

Así que ingresamos en otra fase más de nuestra increíble odisea. Mi marido me informa que ahora estamos viajando a una velocidad que es más que la mitad de la velocidad de la luz: eso significa que estamos cubriendo la distancia Tierra-Luna cada *dos* segundos, aproximadamente. Nos dirigimos, más o menos, en dirección a la estrella Sirio, la estrella verdadera más brillante del cielo nocturno de nuestro planeta natal. Si no se producen más maniobras, llegaremos a la vecindad de Sirio dentro de otros doce años.

Me siento aliviada de que, ahora, nuestra vida puede regresar a un cierto equilibrio local. Simone parece haber resistido los largos períodos en el tanque sin dificultades perceptibles, pero no puedo creer que un experimento así deje a un bebé totalmente indemne. Para ella es importante que, ahora, volvamos a establecer una rutina cotidiana.

En los momentos en los que estoy sola, a menudo pienso sobre aquellas vividas alucinaciones, durante los diez primeros días en el tanque. Debo admitir que me quedé encantada cuando finalmente experimenté varias "zonas crepusculares" de privación sensorial completa, sin que los turbulentos patrones cromáticos y las imágenes desarticuladas me invadieran la mente. Para ese entonces, me estaba empezando a preocupar por mi salud mental y, con toda franqueza, hacía rato que había pasado la etapa de "abatimiento". Aun cuando las alucinaciones desaparecieron bruscamente, el recuerdo que yo conservaba de la fuerza de esas visiones todavía me hacía estar alerta cada vez que las luces de la parte superior del tanque se apagaban durante las pasadas semanas.

Después de esos primeros diez días, únicamente tuve una visión más y realmente puede no haber sido más que un sueño extremadamente vivido durante un período normal de sueño. A pesar de que esta sola imagen en particular no era tan definida como las anteriores, retuve, de todos modos, todos los detalles debido a su similitud con uno de los períodos alucinatorios que experimenté mientras estuve en el fondo del pozo, el año pasado.

En mi último sueño, o visión, estaba sentada con mi padre en un concierto al aire libre en un sitio desconocido. Un anciano caballero oriental que tenía una larga barba blanca estaba solo en el escenario, tocando música con un extraño instrumento de cuerda. Sin embargo, a diferencia de mi visión en el fondo del pozo, mi padre y yo no nos convertíamos en pajaritos y volábamos hacia Chinon en Francia. En cambio el cuerpo de mi padre desaparecía por completo y quedaban nada más que sus ojos. Al cabo de unos pocos segundos, aparecieron cinco pares más de ojos que formaban un hexágono en el aire, por encima de mí. De inmediato reconocí los ojos de Omeh y los de mi madre, pero los otros tres pares eran desconocidos. Todos los ojos que se encontraban en los vértices del hexágono me miraban fijamente, sin pestañear, como si estuvieran tratando de comunicar algo. Inmediatamente antes de que la música cesara oí un sonido claramente distinto: varias voces, en forma simultánea, emitieron la palabra "*Peligro*".

¿Cuál era el origen de mis alucinaciones y por qué yo era la única de nosotros tres que las experimentaba? Richard y Michael también soportaron la privación sensorial y cada uno de ellos admitió que algunas figuras extrañas flotaban "frente a su rostro", pero las imágenes nunca eran coherentes. Si, como suponemos, los ramanes inicialmente nos inyectaron una o dos sustancias químicas a través de los diminutos filamentos que se enrollaban alrededor de nuestro cuerpo para ayudarnos a dormir en un ambiente que no nos era familiar, ¿por qué yo era la única que respondía con visiones tan alocadas?

Tanto Richard como Michael creían que la respuesta era sencilla: que yo soy una "persona hábil a las drogas, con imaginación hiperactiva". Según ellos, ésa es la única explicación. No siguen adelante con el tema y, si bien son corteses cuando planteo las grandes dudas relacionadas con mis "viajes", ni siquiera parecen tener más interés en el asunto. Yo podría haber esperado esa clase de respuesta de Richard pero, por cierto, no de Michael.

En realidad, aun el predecible general O'Toole no ha sido el mismo desde que comenzamos nuestras sesiones en el tanque. Resulta claro que ha estado preocupado por otras cuestiones. Sólo esta mañana logré tener una fugaz idea de qué estuvo ocurriendo en su mente.

—Siempre —dijo Michael Finalmente, en voz baja, después de que lo estuve persiguiendo durante varios minutos con preguntas amistosas—, sin admitirlo en forma consciente, vuelvo a definir y a delimitar a Dios con cada nuevo descubrimiento de la ciencia. Había logrado integrar el concepto de los ramanes a mi catolicismo pero, de esta manera, simplemente había ampliado mi limitada definición de Él. Ahora, cuando me encuentro a bordo de una nave espacial robot, viajando a velocidades propias de la Teoría de la Relatividad, veo que tengo que redimir por completo a Dios: sólo entonces puede Él constituirse en el ser supremo de todas las partículas y todos los procesos que hay en el universo.

El desafío de *mi* vida en el futuro cercano es completamente opuesto. Richard y Michael se concentran en ideas profundas. Richard en el reino de la ciencia y la ingeniería; Michael en el mundo del espíritu. Aunque disfruto plenamente las estimulantes ideas que cada uno de ellos produce en su búsqueda independiente de la verdad, alguien tiene que prestar atención a las tareas cotidianas. Después de todo, nosotros tres tenemos la responsabilidad de preparar al único miembro de la próxima generación para la vida adulta. Da la impresión de que la tarea de ser el

padre principal siempre recae sobre mí.

Es una responsabilidad que abrazo con alegría. Cuando Simone se ríe radiante al dejar de succionar mi pecho, no me pongo a meditar sobre mis alucinaciones; realmente no importa tanto si hay un dios o no lo hay y no reviste demasiada importancia que los ramanes hayan desarrollado un método para utilizar agua en calidad de combustible nuclear. En ese momento, lo único que me importa es que soy la madre de Simone.

31 DE JULIO DE 2201

Finalmente, la primavera llegó a Rama. El deshielo comenzó no bien se completó la maniobra. Para ese entonces, la temperatura de la parte superior había descendido hasta unos gélidos veinticinco grados bajo cero y nos preocupaba cuánto más descendería la temperatura exterior antes de que el sistema regulador de las condiciones térmicas del túnel se viera exigido hasta el límite. Desde entonces, la temperatura ha aumentado en forma continua, a razón de casi un grado por día, y a esa velocidad va a vencer el nivel de congelamiento dentro de dos semanas.

Ahora nos encontramos fuera del Sistema Solar, en el vacío casi perfecto que llena los inmensos espacios que hay entre las estrellas próximas. Nuestro Sol todavía es el objeto dominante del cielo, pero ninguno de los planetas es visible siquiera. Dos o tres veces por semana, Richard recorre los datos telescópicos en busca de alguna señal de los cometas que se encuentran en la Nube de Oort pero, hasta el momento, no ha visto nada.

¿De dónde proviene el calor que caldea el interior de nuestro vehículo? Nuestro ingeniero en jefe, el atractivo cosmonauta Richard Wakefield, dio una rápida explicación cuando Michael hizo esa pregunta ayer.

—El mismo sistema nuclear que está provocando el enorme cambio de velocidad es el que, probablemente, ahora esté generando el calor. Rama debe de tener dos regímenes diferentes de operación: cuando está en la vecindad de una fuente generadora de calor, como una estrella, apaga todos sus sistemas primarios, entre ellos el control de propulsión y de temperatura.

Tanto Michael como yo felicitamos a Richard por haber dado una explicación eminentemente plausible.

—Pero —le dije—, hay muchas otras preguntas más: ¿por *qué*, por ejemplo, tiene dos sistemas separados de control? ¿Y por qué apaga el primario?

—En este punto, únicamente puedo hacer especulaciones —respondió Richard con su sonrisa usual—, a lo mejor, los sistemas primarios necesitan reparaciones periódicas que únicamente se pueden llevar a cabo cuando hay una fuente externa de calor y energía. Ya vieron cómo los diversos biots hacen el mantenimiento de la superficie de Rama. Quizá hay otro conjunto de biots que realizan todo el mantenimiento en los sistemas primarios.

—Tengo otra idea —dijo lentamente Michael—, ¿creen que fuimos escogidos para estar a bordo de esta nave?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Richard, el entrecejo profundamente fruncido.

—¿Piensas que sólo por azar nos encontramos aquí? ¿O que es factible, dadas todas las probabilidades y la naturaleza de nuestra especie, que algunos miembros de la raza humana se encuentren en el interior de Rama en este momento?

Me gustó la línea de razonamiento de Michael. Estaba insinuando, aunque él mismo todavía no lo entendía por completo, que, a lo mejor, los ramanes no eran genios nada más que en las ciencias puras y en la ingeniería. Quizá también tenían conocimientos sobre psicología universal. Richard había perdido el hilo del razonamiento.

—¿Estás sugiriendo —pregunté— que los ramanes *a propósito* emplearon los sistemas secundarios en la proximidad de la Tierra con la intención de atraernos a un encuentro?

—Eso es ridículo —dijo Richard de inmediato.

—Pero, Richard —replicó Michael—, piensa en ello: ¿cuál habría sido la probabilidad de cualquier contacto si los ramanes hubieran ingresado velozmente en nuestro Sistema a una fracción importante de la velocidad de la luz, dado la vuelta al Sol y después, continuado tranquilamente con su camino? Absolutamente ninguna. Y tal como tú mismo indicaste, en esta nave también puede haber otros "extranjeros", si es que podemos llamarnos así a nosotros mismos. Dudo de que muchas especies tengan la capacidad...

Durante un alto en la conversación, les recordé a los hombres que el Mar Cilíndrico pronto se licuaría desde abajo y que habría huracanes y ondas de marea inmediatamente después. Más tarde, todos estuvimos de acuerdo en que debíamos recuperar de (a estación Beta el bote de vela auxiliar.

A los hombres les llevó poco más de doce horas hacer el trayecto de ida y de vuelta a través del hielo. La noche ya había caído cuando regresaron. Cuando Richard y Michael alcanzaron el túnel, Simone, que ya estaba completamente familiarizada con el ambiente que la rodeaba, extendió los brazos hacia Michael.

—Veo que alguien está contento de que haya regresado —dijo Michael en broma.

—Mientras sea nada más que Simone —dijo Richard. Parecía estar extrañamente tenso y distante.

Esa noche, su peculiar estado de ánimo continuó.

—¿Qué pasa, querido? —le preguntó, cuando estuvimos a solas en nuestra estera. Ya que no me contestó de inmediato lo besé en la mejilla y esperé.

—Se trata de Michael —dijo, por fin, Richard—. Me acabo de dar cuenta hoy, cuando estábamos arrastrando el bote a través del hielo, de que está enamorado de ti. Deberías haberlo escuchado. De todo de lo que habla es de ti: eres la madre perfecta, la esposa perfecta, la amiga perfecta; hasta admitió que me tenía envidia.

Acaricié a Richard durante algunos segundos, tratando de encontrar el modo de responderle.

—Creo que estás dándole demasiada importancia a comentarios incidentales, querido —dije por fin—. Michael sencillamente estaba expresando su afecto. Yo también le tengo mucho cariño...

—Lo sé, eso es lo que me molesta —me interrumpió Richard con brusquedad—. Se ocupa de Simone la mayor parte del tiempo en que tú estás ocupada; ustedes dos hablan durante horas, mientras yo trabajo en mis proyectos...

Se detuvo y me contempló con una mirada extraña, acongojada. La fijeza de esa mirada daba miedo. Ése no era el mismo Richard Wakefield que había conocido íntimamente durante más de un año. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, antes de que su mirada se suavizara y se acercara para besarme.

Después de que hicimos el amor y nos quedamos dormidos, Simone se agitó en la cuna y decidí darle de comer. Mientras le daba de mamar, volví a pensar en todo el lapso transcurrido desde que Michael nos encontró al pie de la telesilla. No había nada que yo recordara que pudiera haber hecho sentir celos a Richard. Incluso nuestras relaciones íntimas habían conservado la regularidad y el carácter satisfactorio todo el tiempo, si bien admito que no fueron demasiado imaginativas desde el nacimiento de Simone.

La mirada enloquecida que había visto en los ojos de Richard siguió acosándome,

aun después de que Simone terminó de mamar. Me prometí que encontraría más tiempo para estar a solas con Richard en las semanas venideras.

6

20 DE JUNIO DE 2202

Hoy verifiqué que estoy otra vez embarazada. Michael estaba encantado; Richard, sorprendentemente, no mostró ninguna reacción. Cuando hablé con Richard a solas, reconoció que tenía sentimientos contradictorios, porque Simone finalmente había llegado a la etapa en la que ya no necesitaba atención constante. Le recordé que, cuando hablamos hace dos meses respecto de tener otro hijo, me había dado su entusiasta consentimiento. Richard me contestó que su anhelo por ser padre de un segundo hijo se había visto fuertemente influido por mi "obvia excitación" en ese momento.

El nuevo bebé llegará a mediados de marzo. Para ese entonces habremos terminado el cuarto para los niños y tendremos suficiente espacio para que viva toda la familia. Lamento que Richard no esté emocionado por la perspectiva de volver a ser padre pero estoy contenta de que ahora Simone tenga un compañero de juegos.

15 DE MARZO DE 2203

Catherine Colin Wakefield (la llamaremos Katie) nació el trece de marzo a las 06:16. Fue un parto fácil; nada más que cuatro horas desde la primera contracción fuerte hasta el alumbramiento. En ningún momento tuve dolores de importancia. Di a luz sentándome sobre los talones y estuve en tan buen estado físico que yo misma corté el cordón umbilical.

Katie ya Hora mucho. Tanto Genevieve como Simone fueron bebés dulces, tiernos, pero resulta obvio que Katie va a ser muy ruidosa. Richard está feliz de que yo haya bautizado a mi hija con el nombre de su madre. Tuve la esperanza de que, esta vez, pudiera estar más interesado en su papel de padre pero en la actualidad está demasiado ocupado trabajando en su "base perfecta de datos" (va a reunir en un índice y brindar fácil acceso a toda nuestra información) como para prestarle

mucha atención a Katie.

Mi tercera hija pesó poco menos de cuatro kilogramos al nacer y midió cincuenta y cuatro centímetros de largo. Seguramente Simone no fue tan pesada cuando nació aunque en aquel entonces no contábamos con una balanza precisa. El color de la piel de Katie es bastante claro, casi blanco, y su cabello es mucho más rubio que los bucles negro oscuro de su hermana. Los ojos son sorprendentemente azules. Sé que no es nada raro que los bebés tengan ojos celestes que, a menudo, se oscurecen bastante durante el primer año. Pero nunca esperé que un hijo mío tuviera ojos azules, ni siquiera por un instante.

18 DE MAYO DE 2203

Me resulta difícil creer que Katie ya tenga más de dos meses. ¡Es un bebé tan exigente! Ya debería de haber podido enseñarle a no tironearme los pezones pero no puedo hacerle abandonar el hábito. Se pone especialmente difícil cuando alguien más está presente en el momento en que le doy de mamar. Si me atrevo, siquiera, a dar vuelta la cabeza para conversar con Michael o Richard o, en especial, si trato de responder alguna de las preguntas de Simone, entonces Katie me retuerce el pezón a modo de venganza.

Richard ha estado extremadamente taciturno últimamente. En ocasiones mantiene su carácter usual: brillante, vivaz, que hace que Michael y yo nos riámos sin parar con su imitación de charla erudita. Sin embargo, su carácter puede variar en un instante. Una sola observación, aparentemente inofensiva, hecha por cualquiera de nosotros, puede hundirlo en la depresión o, incluso, en la ira.

Sospecho que el verdadero problema que tiene Richard en este momento es el aburrimiento: terminó su proyecto sobre la base de datos y todavía no empezó con otra actividad de importancia. La fabulosa computadora que construyó el año pasado contiene subrutinas que hacen que nuestra interfaz con la pantalla negra parezca casi rutinaria. Richard podría hacer sus días más variados desempeñando un papel más activo en el desarrollo y la educación de Simone, pero supongo que eso no condice con su modo de ser. No parece estar fascinado, tal como lo estamos Michael y yo, con los complejos patrones de crecimiento que están surgiendo en Simone.

En los primeros meses del embarazo de Katie, estaba muy preocupada por la

aparente falta de interés que Richard demostraba en los niños. Decidí atacar el problema en forma directa, pidiéndole que me ayudara a montar un minilaboratorio que nos permitiera analizar parte del genoma de Katie a partir de una muestra de mi líquido amniótico. El proyecto entrañaba el empleo de química compleja, un nivel de interacción con los ramanes que era más profundo que cualquier otro que hubiéramos intentado antes, así como la creación y la calibración de algunos complejos instrumentos médicos.

Richard adoraba la tarea. Yo también, pues me hacía recordar mis días en la facultad de Medicina. Trabajábamos juntos durante doce y hasta catorce horas por día (dejando que Michael se hiciera cargo de Simone: ciertamente, los dos sienten afecto el uno por el otro) hasta que terminamos. A menudo hablábamos sobre nuestro trabajo hasta bien entrada la noche, aun mientras estábamos haciendo el amor.

Sin embargo, cuando llegó el día en el que completamos el análisis del genoma de nuestro futuro hijo, descubrí, con gran sorpresa, que Richard estaba mucho más fascinado por el hecho de que el equipo y el análisis satisfacían todas nuestras especificaciones que por las características de nuestra segunda hija. Estaba perpleja. Cuando le dije que el hijo era una niña y que no tenía ni el síndrome de Down ni el de Whittingham y que ninguna de sus tendencias cancerígenas a priori estaba fuera de los límites aceptables, reaccionó con total indiferencia. Pero, cuando elogí la velocidad y la precisión con la que el sistema había completado el examen, Richard estaba radiante de orgullo. ¡Qué diferente está mi marido!: mucho más cómodo con el mundo de la matemática y de la ingeniería que con la gente.

También Michael advirtió la reciente inquietud de Richard. Lo alentó para que creara más juguetes para Simone, como las brillantes muñecas que Richard hizo cuando yo estaba en los últimos meses de mi embarazo de Katie. Estas muñecas siguen siendo los juguetes favoritos de Simone. Caminan solas y hasta responden a algunas instrucciones verbales. Una noche, cuando Richard mostraba un estado de ánimo exuberante, programó a EB para que interactuara con las muñecas. Simone reía frenéticamente después de que El Bardo (Michael insiste en llamar por su nombre completo al robot creado por Richard, que declama versos de Shakespeare) persiguió a las tres muñecas hasta atraparlas en un rincón y después se lanzó a recitar una miscelánea de sonetos de amor.

Ni siquiera EB alegró a Richard estas dos últimas semanas. No duerme bien, lo

que es raro en él y no ha mostrado interés por ninguna cosa. Incluso nuestra vida sexual, tan regular y variada, se vio interrumpida, por lo que Richard debe de estar luchando con sus demonios internos. Hace tres días salió temprano por la mañana (inmediatamente después del amanecer en Rama: de tanto en tanto, el reloj con la hora terrestre que tenemos en el túnel y el reloj ramano que tenemos en el exterior funcionan de manera sincronizada) y se quedó en Nueva York durante más de diez horas. Cuando le pregunté qué había estado haciendo, contestó que se había sentado en la pared contemplando el Mar Cilíndrico. Después, cambió de tema.

Tanto Michael como Richard están convencidos de que ahora estamos solos en la isla. Hace poco, Richard entró dos veces en la guarida de los avianos y en ambas ocasiones se quedó al costado del corredor vertical, lejos del centinela del tanque. Incluso descendió una vez al segundo pasadizo horizontal desde donde yo salté, pero no vio señales de vida. La guarida de las octoarañas tiene un par de complicadas redes entre la cubierta y el primer nivel. Durante los últimos cuatro meses, Richard estuvo otra vez ejerciendo una vigilancia electrónica de la región que se encuentra en tomo de la guarida de las octoarañas; aun cuando admite que puede haber algunas ambigüedades en los datos de su monitor, Richard insiste en que, sólo con la inspección visual, puede darse cuenta de que nadie ha abierto las redes desde hace mucho tiempo.

Los hombres armaron el bote de vela hace algunos meses y después pasaron dos horas probándolo en el Mar Cilíndrico. Simone y yo los saludamos con la mano desde la orilla. Temerosos de que los cangrejos biots definieran al bote como "basura" (como hicieron aparentemente con el otro bote aunque en verdad nunca descubrimos qué le ocurrió: un par de días después de que escapamos de la falange de misiles nucleares, regresamos a donde lo habíamos dejado y ya no estaba), Richard y Michael lo volvieron a desarmar y lo trajeron para guardarlo a salvo en el túnel.

Richard dijo varias veces que le gustaría navegar a través del mar, hacia el sur, para tratar de encontrar algún sitio por el que se pueda escalar el acantilado de quinientos metros. Nuestra información sobre el Hemicilíndro Austral de Rama es muy limitada. Salvo por los pocos días en los que estuvimos cazando biots con el equipo original de cosmonautas de la *Newton*, nuestro conocimiento de la región se limita a los rudimentarios mosaicos armados en tiempo real, provenientes de las imágenes iniciales de la aeronave teledirigida de la *Newton*. Por cierto que sería

fascinante y excitante explorar el sur; a lo mejor, hasta podríamos descubrir a dónde fueron todas esas octoarañas. Pero, en esta coyuntura, no nos podemos permitir el lujo de correr ningún riesgo: nuestra familia depende en forma decisiva de cada uno de los tres adultos. La pérdida de alguno de nosotros sería devastadora.

Creo que Michael O'Toole está satisfecho con la vida que nos hemos forjado en Rama, en especial después de que el agregado de la gran computadora de Richard hizo que mucha más información estuviera fácilmente a nuestro alcance: ahora tenemos acceso a todos los datos enciclopédicos que estaban almacenados a bordo de la nave militar *Newton*. La actual "unidad de estudio" de Michael, tal como denomina a su recreación organizada, es la historia del arte. El mes pasado su conversación estaba llena de los Medici y de los papas católicos del Renacimiento, junto con Miguel Ángel, Rafael y los otros grandes pintores de la época. Ahora se dedica al siglo XIX, un período en la historia del arte que encuentro más interesante. Hemos mantenido muchas discusiones sobre la "revolución" impresionista pero Michael no acepta mi argumento de que el Impresionismo no fue más que un subproducto natural del advenimiento de la cámara.

Michael pasa horas con Simone. Es paciente, tierno y solícito. Ha vigilado cuidadosamente el desarrollo de la niña y registró en su libreta electrónica los principales acontecimientos de su evolución. En la actualidad, Simone reconoce visualmente veintiuna de sus veintiséis letras (confunde el par C y S así como Y y V y, por algún motivo, no puede aprender la K) y, cuando tiene un buen día, puede contar hasta veinte. También puede identificar correctamente los dibujos de un aviano, una octoaraña y de los cuatro tipos más frecuentes de biots. Conoce también el nombre de los doce discípulos, hecho que no hace feliz a Richard: ya tuvimos una "reunión cumbre" relativa a la educación espiritual de nuestras hijas y el resultado fue un cortés desacuerdo.

Ahora es mi turno. Estoy feliz la mayor parte del tiempo, si bien tengo algunos días en los que la inquietud de Richard o el llanto de Katie o, tan sólo, lo absurdo de nuestra extraña vida en esta nave espacial alienígena se combinan para abrumarme. Siempre estoy ocupada. Planeo la mayoría de las actividades de la familia, decido qué comemos y cuándo y organizo los días de los niños, incluyendo su siesta. Nunca dejo de nacer la pregunta "¿a dónde vamos?" pero ya no me frustra el hecho de no conocer la respuesta.

Mi actividad intelectual personal está más limitada que lo que yo podría desear si

se me dejara librada a mis propios impulsos, pero me digo que en el día no hay más que tantas horas. Richard, Michael y yo a menudo nos enfrascamos en bulliciosa conversación, y por lo tanto, no hay escasez de estímulos. Pero ninguno de ellos tiene demasiado interés en algunas cuestiones intelectuales que siempre fueron parte de mi vida. Mis aptitudes para los idiomas y para la lingüística han sido fuente de considerable orgullo para mí desde mis tempranos días escolares. Hace varias semanas tuve un sueño aterrador en el que había olvidado cómo escribir o hablar en algún otro idioma que no fuera el inglés. Durante las dos semanas que siguieron, pasé dos horas a solas cada día, no sólo repasando mi adorado francés sino que estudiando italiano y japonés también.

Una tarde del mes pasado, Richard proyectó en la pantalla negra la información proveniente de un telescopio externo raman. Esta información incluía nuestro Sol y otras mil estrellas dentro del campo visual. El Sol era el más brillante de los objetos pero sólo apenas. Richard nos recordó a Michael y a mí que ya nos encontramos a más de doce mil millones de kilómetros de distancia de nuestro oceánico planeta natal, que está en una órbita próxima alrededor de esa insignificante estrella lejana.

Más tarde, al atardecer, miramos *La Reina Eleanor*: una de las casi treinta películas que originariamente se transportaban a bordo de la *Newton* para entretener a la tripulación de cosmonautas. La película se basaba, en forma muy libre, en las exitosas novelas que mi padre había escrito sobre Eleanor de Aquitania, y se filmó en muchos de los sitios que yo había visitado con mi padre cuando era una adolescente. Las escenas finales de la película, que mostraban los años previos a la muerte de Eleanor, tenían lugar en L'Abbaye de Fontevrault. Recuerdo que tenía catorce años y estaba parada en la abadía, al lado de mi padre, frente a la efigie tallada de Eleanor. Mis manos temblaban de emoción mientras aferraba las de él.

—Fuiste una gran mujer —dije, en una ocasión, al espíritu de la reina que había dominado la historia del siglo XII en Francia e Inglaterra. Ofreciste un ejemplo para que yo lo siga. No te voy a decepcionar.

Esa noche, después de que Richard se durmió y mientras Katie estaba temporalmente tranquila, volví a pensar en ese día y sentí una profunda pena, una sensación de pérdida que no podía expresar del todo. La yuxtaposición del Sol que se retiraba y la imagen de mí misma como adolescente, haciéndole temerarias promesas a una reina que hacía mil años que había muerto, me hizo recordar que todo lo que yo había conocido antes de Rama, se acabó. Mis dos nuevas hijas no

verán ninguno de los sitios que significaron tanto para mí y para Genevieve; nunca conocerán el aroma del césped recién cortado en la primavera, la belleza radiante de las flores, el canto de los pájaros, o la gloria de la Luna Llena que sube sobre el océano. No conocerán el planeta Tierra o a ninguno de sus habitantes salvo por esta heterogénea tripulación a la que van a llamar familia, una pobre representación de la desbordante vida que había en un planeta bendecido.

Esa noche lloré en silencio durante varios minutos y sabía, mientras lloraba, que a la mañana volvería a tener en la cara un gesto optimista. Después de todo, podría haber sido mucho peor. Tenemos los elementos esenciales: alimento, agua, refugio, ropa, buena salud, compañía y, por supuesto, amor. El amor es el ingrediente más importante para la felicidad de cualquier forma de vida humana, ya sea en la Tierra o en Rama. Si Simone y Katie aprenden nada más que sobre el amor que había en el mundo que hemos dejado atrás, va a ser suficiente.

7

1° DE ABRIL DE 2204

Hoy fue un día fuera de lo común en todo sentido. Primero, anuncié, en cuanto todo el mundo estuvo despierto, que íbamos a dedicar el día a la memoria de Eleanor de Aquitania que murió, si los historiadores no se equivocan y si nosotros hemos seguido adecuadamente el almanaque, hace exactamente mil años. Para regocijo mío, toda la familia apoyó la idea y tanto Richard como Michael se ofrecieron de inmediato para ayudar con las festividades. Michael, quien había reemplazado la unidad de historia del arte por la de cocina, sugirió que él iba a preparar una combinación especial de desayuno y almuerzo medieval, en honor a la Reina, Richard salió como un relámpago con EB, susurrándome que el robotito iba a regresar como Enrique Plantagenet.

Yo había desarrollado una pequeña lección de historia para presentarle a Simone a Eleanor y el inundo del siglo XII. La niña mostró un interés insólito. Hasta Katie, que nunca permanece sentada tranquila durante más de cinco minutos, cooperó y no nos interrumpió; jugó en silencio con sus juguetes durante la mayor parte de la mañana. Al final de la lección, Simone me preguntó por qué había muerto la reina

Eleanor. Cuando le respondí que la Reina había muerto porque era muy anciana, mi hija de tres años preguntó, entonces, si la reina Eleanor había "ido al cielo".

—¿De dónde sacaste esa idea? —le pregunté a Simone.

—Del tío Michael —contestó—. Él me dijo que la gente buena va al cielo cuando muere, y la gente mala va al infierno.

—Algunas personas creen que existe un cielo —dije, después de detenerme un momento para reflexionar—; otras creen en lo que se denomina reencarnación: la gente regresa y vuelve a vivir como una persona diferente o, inclusive, como un animal. También existe la gente que cree que nuestra existencia es un milagro finito, con un comienzo y un final específicos, y que termina con la muerte de cada individuo particular, único. —Sonreí y le acaricié la cabeza.

—¿En qué crees tú, mamá? —preguntó, entonces, mi hija.

Sentí algo muy próximo al pánico. Contemporicé con unos pocos comentarios mientras trataba de resolver qué le contestaba. Un verso proveniente de mi poema favorito de T. S. Elliot, "para guiarte a una pregunta avasalladora", pasó como un relámpago por mi mente. Por suerte, me salvó.

—Salud, joven dama —dijo el robotito EB, vestido en lo que se suponía que eran ropajes medievales de montar, quien entró en la sala para informarle a Simone que él era Enrique Plantagenet, Rey de Inglaterra, y marido de la reina Eleanor. La carita de Simone se iluminó con una sonrisa. Katie alzó la cabeza y sonrió también.

—La Reina y yo hemos erigido un grandioso imperio —dijo el robot, haciendo un gesto expansivo con sus bracitos— que, finalmente, abarcó toda Inglaterra, Escocia, Irlanda, Gales y la mitad de lo que es hoy Francia. —EB recitó, con brío, una clase preparada. Simone y Katie se divertían con sus guiños y gestos de las manos. Después, buscó en su faltriquera y extrajo un cuchillo y un tenedor en miniatura y afirmó que había presentado el concepto de los utensilios para comer a los "bárbaros ingleses".

—¿Pero por qué pusiste en prisión a la reina Eleanor —preguntó Simone después de que el robot terminó. Sonreí. En verdad, le había prestado atención a la lección de historia. La cabeza del robot giró en dirección a Richard. Richard alzó un dedo indicando una breve pausa y salió a la carrera hacia el corredor. En menos de un minuto EB regresó transformado en Enrique II. El robot se dirigió hacia Simone.

—Me enamoré de otra mujer —dijo—, y la reina Eleanor estaba enojada. Para desquitarse, puso a mis hijos en mi contra...

Richard y yo acabábamos de iniciar una suave discusión sobre las *verdaderas* razones por las que Enrique había puesto en prisión a Eleanor (muchas veces descubrimos que cada uno aprendió una versión diferente de la historia anglofrancesa), cuando oímos un chillido lejano pero inconfundible. Al cabo de unos instantes, los cinco estuvimos en la parte superior. El chillido se repitió.

Miramos hacia lo alto, hacia el cielo que estaba por encima nuestro. Un ave solitaria volaba y describía un amplio patrón de desplazamiento, a cientos de metros de la parte más alta de los rascacielos. Nos apresuramos a llegar a los terraplenes, junto al Mar Cilíndrico, para poder tener una mejor vista. Una vez, dos veces, tres veces, la gran criatura voló alrededor del perímetro de la isla. Al final de cada giro, el aviano emitió un único chillido prolongado. Richard agitó los brazos y gritó durante todo el vuelo, pero no dio señales de advertir su presencia.

Después de alrededor de una hora, las niñas se pusieron inquietas. Estuvimos de acuerdo en que Michael las llevara de vuelta al túnel mientras que Richard y yo permaneceríamos siempre que hubiese alguna posibilidad de establecer contacto. El pájaro continuaba volando según el mismo patrón de desplazamiento.

—¿Crees que está buscando algo? —le pregunté a Richard.

—No lo sé —respondió, volviendo a gritar y agitando los brazos al aviano que estaba en el punto de giro más próximo a nosotros. Esta vez el aviano alteró el curso, dibujando largos y garbosos arcos en su descenso helicoidal. A medida que se acercaba, Richard y yo pudimos ver su panza aterciopelada de color gris y los dos anillos color rojo cereza, brillantes, alrededor del cuello.

—Es nuestro amigo —le susurré a Richard, recordando al líder aviano que había aceptado transportarnos a través del Mar Cilíndrico, cuatro años atrás.

Pero este aviano no era el ser saludable, robusto que había volado en el centro de la formación cuando nos escapamos de Nueva York. Este pájaro estaba flaco y consumido; su piel aterciopelada, sucia y desgredada.

—Está enfermo —dijo Richard, cuando el pájaro aterrizó a unos veinte metros de nosotros.

El aviano parloteó algo con suavidad y movió la cabeza nervioso, haciéndola girar con movimientos leves y convulsivos, como si estuviera esperando más compañía. Richard se acercó, pero el pájaro arqueó las alas, las agitó y retrocedió algunos metros.

—¿Qué alimento tenemos a mano que, desde el punto de vista químico, se

parezca más al melón maná? —preguntó Richard en voz baja.

—No tenemos ningún alimento salvo el pollo de anoche. Espera —dije, interrumpiéndome a mí misma—, sí, tenemos esa bebida verde que les gusta a los niños. Tiene el aspecto del líquido que hay en el centro del melón maná.

Richard se fue antes de que yo hubiera terminado la frase. Durante los diez minutos que transcurrieron hasta que regresó, el aviano y yo nos miramos en silencio. Traté de concentrar mi mente en pensamientos amistosos, con la esperanza de que, de alguna manera, mis buenas intenciones se comunicaran a través de mi mirada. Una vez vi al aviano cambiar de expresión pero, por supuesto, no tenía la menor idea de qué significaba.

Richard regresó transportando uno de los cuatro raciones llenos con la bebida verde. Puso el tazón delante de nosotros y lo señaló mientras retrocedíamos seis u ocho metros. El aviano se acercó al tazón dando pasos cortos, vacilantes, y se detuvo finalmente justo frente al tazón. Introdujo el pico dentro del líquido, tomó un pequeño sorbo y, después, echó la cabeza hacia atrás para tragar. Aparentemente, la infusión era la correcta, pues el líquido desapareció en menos de un minuto. Cuando el aviano terminó, retrocedió dos pasos, abrió las alas hasta alcanzar su máxima envergadura y describió un giro circular completo.

Ahora deberíamos decir "bienvenido" —dije extendiendo mi mano hacia Richard. Dimos un giro circular tal como habíamos hecho cuando dijimos adiós y gracias cuatro años atrás, y una vez que terminamos, nos inclinamos ligeramente en dirección al aviano.

Tanto Richard como yo creímos que el ser sonrió, pero admitimos más tarde, que pudimos haberlo imaginado. El aviano de terciopelo gris extendió las alas, despegó del suelo y remontó vuelo por encima de nuestras cabezas.

—¿A dónde crees que va? —le pregunté a Richard.

—Está muriendo —contestó suavemente—. Y está dando una última mirada al mundo que conoció.

6 DE ENERO DE 2205

Hoy es mi cumpleaños. Ahora tengo cuarenta años. Anoche tuve otro de mis intensos sueños: yo era muy vieja. Mi cabello estaba totalmente cano y mi cara sumamente ajada. Estaba viviendo en un castillo —en algún sitio cerca del Loire, no

demasiado lejos de Beauvois—, con dos hijas adultas que no se parecían, en el sueño, ni a Simone, ni a Katie, ni a Genevieve, y tres nietos. Todos los muchachos eran adolescentes, físicamente sanos, pero había algo que no funcionaba bien en ellos: todos eran torpes, quizá, retrasados mentales. Recuerdo que, en el sueño, trataba de explicarles cómo la molécula de hemoglobina transporta el oxígeno desde el sistema pulmonar hasta los tejidos. Ninguno de ellos podía entender lo que les decía.

Desperté del sueño presa de la depresión. Era la mitad de la noche y todos los demás miembros de la familia dormían. Como hago a menudo, fui por el corredor hasta la habitación de las niñas para asegurarme de que estuvieran tapadas con sus livianas mantas. Simone apenas si se mueve durante la noche pero Katie, como siempre, había arrojado la manta muy lejos porque se movía demasiado. Cubrí a Katie y después me senté en una de las sillas.

¿Qué me molesta?, me pregunté. ¿Por qué tengo tantos sueños sobre hijos y nietos? La semana pasada hice referencia, en broma, a la posibilidad de tener un tercer hijo, y Richard, que está pasando por otro de sus extensos períodos conflictivos, casi tiene un ataque. Creo que todavía lamenta que yo lo haya convencido de tenerla a Katie. Abandoné el tema de inmediato porque no quería provocar otra de sus peroratas nihilistas.

¿Quiero realmente tener otro bebé en esta coyuntura? ¿Tiene algún sentido, en primer lugar, dada la situación en que nos encontramos? Si por el momento, hago a un lado los motivos personales que yo pudiera tener para dar a luz a un tercer hijo, existe un poderoso argumento biológico en favor de continuar la especie. La mejor suposición sobre nuestro destino es que nunca tendremos un contacto futuro con miembros de la especie humana. Si somos los últimos de nuestra línea, sería importante que nos preocupáramos por uno de los principios fundamentales de la evolución: la máxima variación genética produce la mayor probabilidad de supervivencia en un ambiente incierto.

Después de que desperté por completo del sueño que tuve anoche, mi mente trasladó la escena más allá aún. Supongamos, me pregunté, que Rama realmente no esté yendo a ninguna parte, por lo menos, por ahora, y que pasemos el resto de nuestra vida en las condiciones actuales. Entonces, es muy factible que Simone y Katie sobrevivan a los tres adultos. ¿Qué pasará después?, me pregunté. A menos que, de algún modo, hayamos conservado algo de semen ya sea de Michael o de

Richard (y tanto los problemas biológicos como sociológicos serían terribles), mis hijas no podrían reproducir. Ellas mismas podrían llegar al paraíso o al nirvana o a algún otro inundo, pero, con el tiempo perecerían y sus genes morirían con ellas.

Pero supongamos, proseguí, que yo diera a luz un varón. En ese caso, las dos niñas tendrían un compañero masculino de su edad y el problema de las generaciones subsiguientes se reduciría en forma increíble.

Fue en este punto de mi razonamiento que una idea verdaderamente alocada cruzó mi mente. Una de mis principales especialidades durante mis estudios de medicina fue la genética y, en especial, los defectos hereditarios. Recordaba los casos ejemplificadores de las familias reales de Europa durante los siglos XV y XVIII y los seres "inferiores" resultantes de la excesiva fecundación dentro de una misma familia. Un hijo gestado por Richard y por mí tendría los mismos componentes genéticos que Simone y Katie. Los hijos de ese hijo con cualquiera de las niñas, nuestros nietos, correrían un alto riesgo de nacer con defectos. Un hijo gestado por *Michael* y yo, por otro lado, únicamente compartiría la mitad de los genes con las niñas y, si no me traiciona la memoria con los datos, su descendencia con Simone o Katie correría un riesgo mucho menor de nacer con defectos.

De inmediato, rechacé esta idea descabellada. Sin embargo, no desapareció. Más tarde, esa misma noche, cuando debía estar durmiendo, mi mente regresó al mismo tema. ¿Qué sucedería si vuelvo a quedar embarazada de Richard, me pregunté, y tengo una tercera niña? Entonces será necesario repetir todo el proceso. Ya tengo cuarenta y un años. ¿Cuántos años más tengo antes de que comience la menopausia, aun si la retardo con sustancias químicas? Según los dos datos obtenidos hasta ahora, no existen indicios de que Richard pueda producir un varón. Podríamos establecer un laboratorio que permita seleccionar de su semen los espermatozoides masculinos, pero eso exigiría un gran esfuerzo mental de nuestra parte y meses de interacción detallada con los ramanes. Y aún quedarían por resolver los temas de la conservación de los espermatozoides y de su envío hacia los ovarios.

Recorrí mentalmente las diversas técnicas comprobadas para alterar el proceso natural de selección de sexos (la dieta del hombre, el tipo y la frecuencia del contacto sexual, la sincronización con respecto a la ovulación, y demás) y llegué a la conclusión de que Richard y yo probablemente teníamos la oportunidad de gestar un varón en forma natural si éramos muy cuidadosos. Pero, en lo profundo de mi

mente, subsistía el pensamiento de que las probabilidades serían aún mayores si Michael fuera el padre. Después de todo, él tenía dos varones (de tres hijos), sin haberlo planificado. No importaba cuánto yo pudiera mejorar las probabilidades de Richard, las mismas técnicas con Michael garantizarían que tendríamos un varón.

Antes de volver a dormirme, medité, brevemente, sobre lo impráctico de toda la idea: habría que idear un método ciento por ciento exento de errores para inseminación artificial (que yo misma tendría que supervisar aun cuando fuera el sujeto). ¿Podríamos hacer eso en nuestra situación actual y *garantizar* tanto el sexo como la salud del embrión? Incluso los hospitales de la Tierra con todos los recursos a su alcance, no siempre tienen éxito. La otra alternativa era tener contacto sexual con Michael. Si bien no encontraba ese pensamiento desagradable, las consecuencias sociológicas parecían ser tan grandes que abandoné la idea por completo.

(Seis horas más tarde.) Esta noche, los hombres me sorprendieron con una cena especial. Michael se está transformando en lodo un gran cocinero. La comida tenía gusto tal como se había anunciado a "Bistec a la Wellington", si bien se parecía más a espinaca a la crema. Richard y Michael también sirvieron un líquido rojo que denominaron vino. No era desagradable de modo que lo bebí y descubrí para gran sorpresa mía que contenía algo de alcohol y, realmente, apuré hasta la última gota.

De hecho, todos nosotros estábamos ligeramente alegres hacia el final de la cena. Las niñas, especialmente Simone, estaban perplejas ante nuestra conducta. Durante el postre de tarta de coco, Michael me dijo que el cuarenta y uno era un "número muy especial". Me explicó, entonces, que era el número primo más grande que iniciaba una larga secuencia cuadrática de otros números primos. Cuando le pregunté qué era una secuencia cuadrática, rió y dijo que no sabía. Sin embargo, escribió la secuencia de elementos de la que estaba hablando: 41,43,47, 53,61,71,83,97,113... que concluía con el número 1601. Me aseguró que cada uno de los cuarenta números de la secuencia era un número primo.

—En consecuencia —dijo con un guiño—, el cuarenta y uno debe de ser un número mágico.

Mientras me reía, nuestro genio, Richard, miró los números y después de no más de un minuto de jugar con la computadora, nos explicó a Michael y a mí por qué la secuencia se denominaba "cuadrática":

—Las segundas diferencias son constantes —dijo, mostrándonos qué quería decir

mediante un ejemplo—. En consecuencia a toda la secuencia se la puede generar a partir de una expresión cuadrática simple. Tomemos $F(N)=N^2-N+41$ —continuó—, donde N es cualquier entero que vaya desde 0 hasta 40. Esa función va a generar toda la secuencia.

"Mejor aún —dijo riendo—, consideremos $F(N)=N^2-81N+1681$, en la que N es un entero que puede tomar cualquier valor desde 1 hasta 80. Esta fórmula cuadrática comienza en el extremo final de la sucesión de números, $F(1)=1601$, y continúa a través de la secuencia en orden descendente primero. Se invierte en $F(40)=F(641)=41$ y, después, genera toda una secuencia de números otra vez, en orden creciente.

Richard sonrió. Michael y yo nos limitamos a contemplarlo con reverencia.

13 DE MARZO DE 2205

Katie cumplió dos años hoy y todo el mundo estaba de buen talante, especialmente Richard. De hecho, quiere a su hijita, aunque hace con él lo que quiere. Para el cumpleaños, la llevó hasta la tapa del túnel de las octoarañas y juntos sacudieron las redes. Tanto Michael como yo expresamos nuestra desaprobación pero Richard rió y le hizo un guiño a Katie.

En la cena, Simone interpretó una breve pieza para piano que Michael le había estado enseñando y Richard sirvió un exquisito vino, "un Chardonney ramano", lo llamaba, junto con nuestro salmón escalfado. En Rama, el salmón escalfado se parece a los huevos revueltos de la Tierra, lo que es un poco confuso, pero seguimos adhiriéndonos a nuestra convención de dar a las comidas el nombre en función de su contenido nutricional.

Me siento especialmente feliz, aun cuando debo admitir que estoy un tanto nerviosa por la discusión que se avecina con Richard. Ahora está muy animado debido, principalmente, a que está muy dedicado no a un proyecto importante, sino a dos. No sólo está haciendo mezclas líquidas cuyo sabor y contenido en alcohol rivaliza con los vinos finos del planeta Tierra, sino que también está creando un nuevo conjunto de robots de veinte centímetros de altura basado en los personajes del escritor del siglo XX, laureado con el Nobel, Samuel Beckett. Hace varios años que Michael y yo instamos a Richard para que vuelva a su compañía teatral Shakespeare, pero el recuerdo de sus amigos desaparecidos siempre lo detiene.

Pero un nuevo autor teatral... eso es un asunto diferente. Ya terminó los cuatro personajes de *Final de partida*. Hoy, los niños rieron jubilosamente cuando los ancianos "Nagg" y "Nell" salieron de sus diminutos tachos de basura gritando:

—Mi papilla. Tráiganme mi papilla.

Decididamente le voy a plantear a Richard mi idea de tener un hijo con Michael. Estoy segura de que va a apreciar la lógica y el aspecto científico de mi propuesta, si bien difícilmente puedo esperar que se muestre entusiasta. Naturalmente, todavía no le mencioné la idea a Michael. Sin embargo, él sabe que tengo algo sumamente serio en mente porque le pregunté si cuidaría de las niñas esta tarde, mientras Richard y yo íbamos a la parte superior para tener un día de campo y dialogar.

Es probable que mis nervios sobre este tema carezcan de fundamentos. Es indudable que se basa en una definición de conducta adecuada que, sencillamente, no tiene vigencia en nuestra situación actual. Richard se siente bien estos días; ha estado muy ingenioso últimamente. Puede ser que me lance algunos dardos afilados durante la discusión del tema, pero apuesto a que, al final, va a estar a favor de la idea.

8

7 DE MAYO DE 2205

Ésta fue la primavera de nuestro descontento. Oh, Señor, qué tontos somos los mortales. Richard, Richard, regresa por favor.

¿Por dónde empiezo? ¿Y cómo comienzo? ¿Me atrevo a intentarlo? En un minuto se producen visiones y revisiones que un minuto... En la sala de al lado, Michael y Simone vienen y van, hablando de Miguel Ángel.

Mi padre me dijo que todo el mundo comete errores. ¿Por qué los míos tienen que ser tan colosales? La idea tenía mucho sentido común. El hemisferio izquierdo de mi cerebro me decía que era lógica. Pero en lo más profundo del ser humano la razón no siempre tiene razón. Las emociones no son racionales. Los celos no son la información que suministra el programa de una computadora.

Hubo muchas advertencias. Cuando nos sentamos junto al Mar Cilíndrico y tuvimos nuestro "día de campo", pude darme cuenta, por la mirada de Richard de

que había un problema. Retrocede Nicole, me dije a mí misma.

Pero, más tarde, él pareció ser más razonable.

—Por supuesto —dijo Richard esa misma tarde—, lo que estás sugiriendo es lo genéticamente correcto. Iré contigo para decírselo a Michael. Terminemos con este asunto lo más rápido que podamos, con la esperanza de que un solo encuentro sea todo lo que se necesite.

En ese momento me sentí alborozada. Nunca se me pasó por *la* cabeza que Michael pudiera repudiar la idea.

—Sería un pecado —dijo a la noche, después de que las niñas se fueran a dormir, segundos después de que entendió lo que le estábamos proponiendo.

Richard tomo la ofensiva arguyendo que el concepto de pecado era un anacronismo, incluso en la Tierra, y que él, Michael, sencillamente se estaba comportando como un necio.

—¿Realmente quieres que yo haga eso? —le preguntó Michael a Richard, al final de la conversación.

—No —respondió Richard después de una breve vacilación—, pero resulta claro que eso es lo mejor, si pensamos en nuestros niños. Debí haberle prestado más atención al "no".

Nunca se me ocurrió que mi plan podría no funcionar. Hice el seguimiento de mi ciclo de ovulación con mucho cuidado. Cuando la noche designada finalmente llegó, se lo informé a Richard y él se fue del túnel con paso firme, para realizar una de sus largas caminatas por Rama. Michael estaba nervioso y luchando contra sus sentimientos de culpa pero, ni siquiera en mi peor representación sobre el día del juicio final, me habría imaginado que lucra incapaz de tener relaciones sexuales conmigo.

Cuando nos quitamos la ropa (en la oscuridad, de modo que Michael no se sintiera incómodo) y nos tendimos el uno al lado del otro en las esteras, descubrí que su cuerpo criaba rígido y tenso. Lo besé en la frente y en las mejillas. Después, traté de que se aflojara, frotándole la espalda y el cuello. Después de alrededor de treinta minutos de acariciarlo (nada que se pudiera tomar por estímulo erótico), arrimé mi cuerpo al suyo de una manera sugerente. Resultaba obvio que teníamos un problema: su pene todavía estaba completamente flácido.

Yo no sabía qué hacer. Mi pensamiento inicial, que, por supuesto, era completamente irracional, fue que Michael no me encontraba atractiva. Me sentí

terrible, como si alguien me hubiera dado una bofetada. Todos mis sentimientos de inferioridad reprimidos afloraron violentamente a la superficie, y me sentí sorprendentemente enojada. Por suerte, no dije nada (ninguno de nosotros hablo durante todo este momento) y Michael no podía verme la cara en la oscuridad. Pero mi lenguaje corporal debe de haberle indicado mi decepción.

—Lo siento —dijo con suavidad.

—Está bien —respondí, tratando de aparentar que no le daba importancia al asunto.

Me incorporé parcialmente, apoyándome sobre un hombro, y le acaricié la frente con la otra mano. Amplié mi leve masaje, permitiendo que mis dedos corrieran delicadamente por sobre su cara, su cuello y sus hombros. Michael se mostraba completamente pasivo. Estaba acostado boca arriba, sin moverse, los ojos cerrados la mayor parte del tiempo. Si bien estoy segura de que disfrutaba las caricias, no dijo nada ni emitió ningún gemido de placer. Para ese entonces, me estaba poniendo sumamente ansiosa: me di cuenta de que deseaba que Michael *me* acariciara, que *me* dijera que yo era linda.

Finalmente rodé con parte de mi cuerpo hasta quedar cruzada sobre el suyo. Permití que mis pechos se apoyaran suavemente sobre su torso, mientras mi mano derecha jugueteaba con el vello de su pecho. Me incliné para besarlo en los labios, intentando excitarlo mientras lo tocaba con mi mano izquierda, pero él se escabulló rápidamente y después se incorporó.

—No puedo hacer esto —dijo Michael, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no? pregunté tranquilamente, mi cuerpo colocado ahora en una posición extraña al lado del suyo.

—Está mal —respondió con gran solemnidad.

En los minutos siguientes traté varias veces de iniciar una conversación pero Michael no quería hablar. Finalmente, y porque no me quedaba nada más por hacer, me vestí en silencio en medio de la oscuridad. Michael apenas logró decirme un débil "buenas noches" cuando me fui.

No volví de inmediato a mi habitación. Una vez que estuve en el corredor, me di cuenta de que todavía no estaba lista para enfrentar a Richard. Me recliné contra la pared y luché con las poderosas emociones que me envolvían. ¿Por qué había supuesto yo que todo sería tan simple? Y, ¿qué le diría ahora a Richard?

Cuando entré en la habitación supe, por el sonido de la respiración de Richard,

que no estaba dormido. Si yo hubiera tenido más coraje, le podría haber dicho en ese mismo momento qué había ocurrido con Michael, pero resultaba más fácil pasarlo por alto. Ése fue un serio error.

Los dos días siguientes fueron de tensión. Nadie mencionó lo que Richard había denominado cierta vez el "fenómeno de fertilización". Los hombres trataron de comportarse como si todo fuera normal. Después de la cena de la segunda noche, persuadí a Richard para que saliera a caminar conmigo mientras Michael llevaba a las niñas a dormir.

Richard estaba explicando la química de su nuevo proceso para fermentación de vino mientras estábamos en los terraplenes que dan al Mar Cilíndrico. En un momento dado, lo interrumpí y le tomé la mano.

—Richard —dije, mis ojos buscando amor y seguridad en los de él—, esto es muy difícil... —Mi voz se fue extinguiendo.

—¿De qué se trata Nikki? —me preguntó, forzando una sonrisa.

—Bueno —respondí—, se trata de Michael. Verás —disparé las palabras— realmente nada ocurrió... Él no pudo... Richard se quedó mirando durante un rato.

—¿Quieres decir que es impotente? —preguntó. Al principio asentí pero luego lo confundí por completo al negar con la cabeza.

—Es probable que no lo sea en verdad —balbuceé—, pero lo fue conmigo la otra noche. Creo que simplemente está demasiado tenso, o que se siente culpable, o, a lo mejor, ha pasado demasiado tiempo... —me detuve al darme cuenta de que estaba diciendo demasiado.

Richard se quedó con la mirada fija en el mar durante lo que pareció una eternidad.

—¿Quieres intentarlo de nuevo? —dijo finalmente con un tono completamente carente de expresión. No se volvió para mirarme.

—No... no lo sé —respondí. Le apreté la mano con fuerza. Iba a decirle algo más, a preguntarle si podía tolerar la situación si yo lo intentaba una vez más, pero, bruscamente, Richard se alejó de mí.

—Házmelo saber en cuanto tomes una decisión —dijo lacónicamente.

Durante una semana o dos, estuve segura de que iba a abandonar la idea. Lenta, muy lentamente, una aparente alegría regresó a nuestra pequeña familia. La noche siguiente a que terminara mi período menstrual, Richard y yo hicimos e) amor dos veces, por primera vez en un año. Pareció estar sumamente complacido y estuvo

muy locuaz cuando nos mimamos después del segundo contacto sexual.

—Debo decir que, por un momento, estuve realmente preocupado —dijo—. La idea de que tengas relaciones sexuales con Michael, aun por motivos supuestamente lógicos, me estaba volviendo loco. Sé que no tiene mucho de racional pero tenía un miedo terrible de que eso te pudiera gustar... ¿entiendes?... y de que, de alguna manera, nuestra relación se pudiera ver afectada.

Era evidente que Richard estaba suponiendo que yo no iba a intentar otra vez quedar embarazada de Michael. No discutí con él esa noche porque yo también estaba momentáneamente complacida. Sin embargo, pocos días después, cuando empecé a leer sobre impotencia en mis libros de medicina, me di cuenta de que todavía estaba decidida a seguir adelante con mi plan.

Durante la semana previa a que volviera a ovular, Richard estuvo ocupado elaborando su vino, quizá, catándolo un poco más a menudo que lo necesario: más de una vez estuvo un poco ebrio antes de la cena y creó robotitos tomados de los personajes de Samuel Beckett. Mi atención se centraba en la impotencia. Mi plan de estudios en la facultad de Medicina había pasado por alto el tema y, dado que mi experiencia sexual ha sido relativamente limitada, nunca antes me vi enfrentada a esa enfermedad. Quedé sorprendida al enterarme de que la impotencia es un mal extremadamente habitual, primordialmente psicológico pero, muy frecuentemente, con un componente físico agravante. Existen muchas pautas de tratamiento bien definidas, las que se concentran en reducir la "angustia del rendimiento" en el hombre.

Una mañana, Richard me vio preparando mi orina para las pruebas de ovulación. No dijo nada pero por su gesto me pude dar cuenta de que se sentía herido y decepcionado. Quise tranquilizarlo, pero las niñas estaban en la sala y tuve miedo de que pudiera producirse una escena.

No le dije a Michael que íbamos a hacer un segundo intento. Pensé que su ansiedad se reduciría si no tuviera tiempo de pensar en eso. Mi plan casi funcionó: fui con Michael a su habitación, después de que acostamos a las niñas a dormir, y le expliqué lo que estaba ocurriendo, mientras nos desvestíamos. Comenzó a tener una erección y, a pesar de sus leves protestas, me moví con rapidez para mantenerla. Estoy segura de que habríamos tenido éxito si Katie no hubiera empezado a gritar "mamita, mamita", justo cuando estábamos listos para empezar el contacto sexual.

Naturalmente, dejé a Michael y salí corriendo por el pasillo hasta el cuarto de las niñas. Richard ya estaba allí: estaba sosteniendo a Katie en brazos; Simone estaba sentada en su estera, y se frotaba los ojos. Los tres miraron fijamente mi cuerpo desnudo, recortado en la puerta.

—Tuve un sueño terrible —dijo Katie, abrazándose fuertemente a Richard—. Una octoaraña me estaba comiendo. Entré en la habitación.

—¿Te sientes mejor ahora? pregunté, extendiendo los brazos para tomar a Katie. Richard siguió sosteniéndola y ella no hizo el menor esfuerzo por venir a mí. Después de un incomodo instante fui hacia Simone y le pasé el brazo por los hombros..

—¿Dónde está tu pijama, mamá? —preguntó mi hija de cuatro años. La mayor parte del tiempo, tanto Richard como yo dormimos en la versión ramana de los pijamas, Las niñas están bastante acostumbradas a mi cuerpo desnudo (las tres nos bañamos juntas, todos los días), pero a la noche, cuando vengo a la sala donde ellas duermen, casi siempre llevo puesto mi pijama.

Iba a darle a Simone una respuesta cualquiera, cuando advertí que también Richard me estaba mirando. Su mirada era decididamente hostil.

—Me puedo hacer cargo de las cosas aquí —dijo en tono áspero—. ¿Por qué no terminas lo que estabas haciendo?

Regresé a donde estaba Michael para intentar, una vez más, lograr el contacto sexual y la concepción. Fue una mala decisión. Durante algunos minutos hice un fútil intento por excitar a Michael pero él me apartó la mano con fuerza.

—Es inútil —dijo—. Tengo casi sesenta y tres años y no he tenido contactos sexuales durante cinco. Nunca me masturbo y trato firmemente de no pensar en el sexo. Mi erección anterior no fue más que un golpe temporario de suerte. Permaneció en silencio durante cerca de un minuto. —Lo siento, Nicole —agregó después —pero no va a resultar.

Nos quedamos acostados en silencio, uno junto al otro, durante varios minutos. Me estaba vistiendo y preparando para salir, cuando advertí que Michael había entrado en la fase de respiración rítmica que precede al sueño. Súbitamente recordé, por mis lecturas, que los hombres que padecen impotencia psicológica a menudo tienen erecciones durante el sueño y mi mente improvisó otra idea alocada. Me quedé acostada junto a Michael, despierta, durante un rato largo, para estar segura de que se encontraba en la etapa de sueño profundo. Lo acaricié muy

suavemente al principio. Me encantó ver que respondía con mucha rapidez. Después de un rato, aumenté ligeramente el vigor de mi masaje pero tuve mucho cuidado de no despertarlo. Cuando estuvo decididamente listo me preparé y me coloqué encima de él. Me encontraba a nada más que unos instantes de lograr el contacto sexual, cuando lo empujé con demasiada brusquedad y se despertó. Traté de continuar pero, en mi prisa debí de haberlo lastimado pues lanzó un grito y me miró con ojos enloquecidos, sobresaltados. Al cabo de unos segundos, su erección desapareció.

Rodé hasta quedar de espaldas y exhalé un profundo suspiro. Estaba terriblemente decepcionada. Michael me hacía preguntas, pero estaba demasiado perturbada como para responder. Las lágrimas fluían a mis ojos. Me vestí a toda velocidad, le di un leve beso en la frente y salí a los tropezones hacia el corredor. Me quedé ahí durante otros cinco minutos antes de tener la fuerza para regresar a donde estaba Richard.

Mi marido todavía estaba trabajando, de rodillas al lado de Pozzo de *Esperando a Godot*. El robotito se encontraba en medio de uno de sus largos y divagantes discursos sobre la inutilidad de todo. Al principio, Richard me ignoró. Después, una vez que hizo callar a Pozzo, se dio vuelta.

—¿Crees que te tomaste suficiente tiempo? —preguntó con sarcasmo.

—Nuevamente no funcionó —respondí abatida—. Creo...

—¡No me vengas con esa mierda! —gritó súbitamente Richard con ira—. No soy *tan* estúpido. ¿Esperas que crea que pasaste *dos horas* desnuda con él y nada ocurrió?. Sé sobre mujeres. Piensas que...

No recuerdo el resto de lo que dijo. En cambio recuerdo el terror que experimenté cuando avanzó hacia mí, los ojos llenos de ira. Pensé que me iba a pegar y me preparé. Las lágrimas fluían incesantemente de mis ojos y rodaban por las mejillas. Richard lanzó insultos horribles y hasta dijo una calumnia racista. Estaba enloquecido. Cuando alzó su brazo, presa de la furia salí como un rayo de la habitación y corrí por el pasillo hacia las escaleras que llevaban a Nueva York. Casi atropello a la pequeña Katie que había despertado por el griterío y que estaba de pie, pasmada, en la puerta de su habitación.

Había luz en Rama. Caminé por ahí, llorando en forma intermitente, durante más de una hora. Estaba furiosa con Richard pero también me sentía profundamente desdichada conmigo misma. En su enojo, Richard había dicho que yo estaba

obsesionada con mi idea y que no era más que una "excusa astuta" para tener relaciones sexuales con Michael, de modo que yo pudiera ser la "abeja reina de la colmena". Yo no había respondido a ninguno de sus desvaríos. ¿Había una pizca, siquiera, de verdad en sus acusaciones? ¿Algo de mi interés en el proyecto era el deseo que tenía de mantener relaciones sexuales con Michael?

Me convencí de que todas mis motivaciones habían sido adecuadas, más allá de lo que significaran, pero que había sido increíblemente estúpida respecto de todo este asunto desde el mismísimo comienzo: yo, justamente yo, debí haber sabido que lo que estaba sugiriendo era imposible. Por cierto, después de que vi la reacción inicial de Richard (y la de Michael también, por supuesto) debí haber olvidado la idea de inmediato. Quizá, Richard tenía razón en algunos aspectos. Quizá soy obcecada, hasta obsesiva, con la idea de darle la máxima variación genética a nuestra descendencia. Pero sé, con absoluta certeza, que no urdí todo el asunto nada más que para tener relaciones sexuales con Michael.

Nuestra habitación ya estaba oscura cuando regresé. Me puse el pijama y me dejé caer, exhausta, en mi estera. Después de algunos segundos, Richard se dio vuelta y me abrazó con mucha fuerza.

—Mi querida Nicole, lo lamento tanto, pero tanto. Por favor, perdóname —dijo.

Desde ese entonces, no he oído su voz: hace ya seis días que se fue. Esa noche dormí profundamente sin darme cuenta de que Richard estaba empacando sus cosas y dejándome una nota. A las siete de la mañana sonó una chicharra. Había un mensaje que llenaba la pantalla negra. Decía: "Para Nicole des Jardins únicamente - Apretar K cuando desee leer". Las niñas todavía no se habían despertado por lo que apreté el botón K en el teclado:

"Mi amada Nicole", empezaba la nota, "ésta es la carta más difícil que haya escrito alguna vez en toda mi vida. Los estoy dejando temporariamente a ti y a la familia. Sé que esto va a causar enormes penurias en ti, Michael y las niñas pero, créeme, es la única manera. Tengo claro que no existe otra solución.

"Mi adorada, te amo con todo mi corazón y sé, cuando mi cerebro es el que controla mis emociones, que lo que estás tratando de hacer es por el exclusivo bienestar de la familia. Me arrepiento por las acusaciones que le hice anoche. Me siento aún peor por los insultos que grité, especialmente los epítetos raciales y mi uso frecuente de la palabra 'puta'. Espero que puedas perdonarme, aun cuando no estoy seguro de que yo me pueda perdonar a mí mismo, y recordaré el amor que

siento por ti en lugar de mi ira demente y desenfrenada.

"Los celos son algo terrible. Decir que contaminan la carne de la que se alimentan es minimizar la realidad: los celos consumen por completo, son totalmente irracionales y absolutamente extenuantes. Las personas más maravillosas del mundo quedan reducidas a animales violentos cuando se ven atrapadas en las agonías de los celos.

"Nicole, querida, no te dije toda la verdad del fin de mi matrimonio con Sarah. Durante meses sospeché que se veía con otros hombres en esas noches que pasaba en Londres. Hubo muchos indicios delatores: su desparejo interés por el sexo, ropas nuevas que nunca llevaba conmigo, la súbita fascinación con nuevas posiciones o prácticas sexuales diferentes, llamadas telefónicas en las que nadie contestaba. La amaba con tanta locura y estaba tan seguro de que nuestro matrimonio se terminaría si la enfrentaba, que no hice nada hasta que me puse furioso por mis celos.

"En realidad, cuando estaba acostado en mi cama en Cambridge e imaginaba a Sarah manteniendo relaciones sexuales con otro hombre, mis celos se volvían tan fuertes que no podía dormir hasta que no imaginaba a Sarah muerta. Cuando la señora Sinclair me llamó esa noche, y supe que ya no podía simular que Sarah me era fiel, fui a Londres con la expresa intención de matarlos a ella y a su amante.

"Por suerte, no tenía un arma y mi furia al verlos juntos me hizo olvidar el cuchillo que me había puesto en el bolsillo del sobretodo. Pero, sin lugar a dudas, los *habría* matado si la reyerta no hubiera despertado a los vecinos, que me contuvieron.

"Puede que te estés preguntando qué tiene todo esto que ver contigo. Verás, amor mío, cada uno de nosotros desarrolla pautas definitivas de comportamiento en su vida. Mis celos dementes ya existían antes de conocerte. Durante las dos veces que intentaste tener contacto íntimo con Michael, no pude impedir que volvieran a mi mente los recuerdos de Sarah. Sé que no eres Sarah y que *no* me estás engañando pero, de todos modos, mis emociones regresan de esa misma forma lunática. De un modo muy extraño, porque la idea de que me traicionen me resulta muy difícil de concebir, me siento peor, *más* asustado cuando estás con Michael que cuando Sarah estaba con Hugh Sinclair o con cualquiera de sus amigos actores.

"Espero que algo de esto tenga sentido. Te dejo porque no puedo controlar mis celos, aun cuando reconozco que son irracionales. No quiero convertirme en lo que fue mi padre, tratando de calmar mis desdichas y arruinando la vida de todos los que

me rodean. Percibo que vas a conseguir la concepción, de un modo o de otro, y preferiría ahorrarte mi mal comportamiento durante el proceso.

"Espero volver pronto, a menos que me tope con peligros imprevistos en mis exploraciones, pero no sé exactamente cuándo. Necesito un período de cicatrización, de modo de poder ser, otra vez, alguien que colabore eficazmente con nuestra familia. Diles a las niñas que salí de viaje. Sé bondadosa, especialmente con Katie. Ella es la que más me va a extrañar.

"Te amo, Nicole. Sé que va a ser difícil entender por qué me voy pero, por favor, inténtalo."

Richard

13 DE MAYO DE 2205

Hoy pasé cinco horas en la superficie, en Nueva York, buscando a Richard. Fui a los pozos, a las dos murallas, a las tres plazas. Caminé por el perímetro de la isla, a lo largo de los terraplenes. Sacudí la red en la guarida de las octoarañas y bajé por poco tiempo hacia la tierra de los avianos. *En* todas partes grité su nombre. Recuerdo que, cinco años atrás, me encontró debido a la baliza de navegación que había colocado en su robot shakespeareano, el Príncipe Hal. Hoy pude haber utilizado una baliza.

No había señales de Richard por ninguna parte. Creo que dejó la isla. Richard es un excelente nadador y fácilmente pudo haber llegado hasta el Hemicilíndro Norte, pero ¿qué hay respecto de los extraños seres que pueblan el Mar Cilíndrico? ¿Lo dejaron cruzar?

Vuelve, Richard. Te extraño. Te amo.

Es evidente que hacía varios días que había estado pensando en partir: había actualizado y dispuesto nuestro catálogo de interacciones con los ramones, de manera de hacer las cosas lo más fáciles posible para Michael y para mí. Se llevó la mochila más grande que teníamos y a su mejor amigo, IB, pero abandonó los robots de Beckett.

Las comidas en familia han sido un asunto horrendo desde que Richard se fue: Katie está casi siempre enojada, quiere saber cuándo volverá su papito y por qué se fue por tanto tiempo. Michael y Simone soportan su pena en silencio: su vínculo sigue profundizándose... parecen tener la capacidad de consolarse el uno al otro

bastante bien. Por mi parte, he tratado de prestarle más atención a Katie, pero no soy sustituto de su adorado papito.

Las noches son terribles. No duermo. Repaso, una y otra vez, mi relación con Richard en los dos últimos meses y revivo todos mis errores. La carta que dejó antes de partir fue muy reveladora. Nunca habría sospechado que sus dificultades con Sarah tendrían el más mínimo impacto en su matrimonio conmigo, pero ahora me doy cuenta de lo que decía respecto de las pautas.

También hay pautas en mi vida emocional. La muerte de mi madre cuando yo tenía sólo diez años me enseñó el terror al abandono. El miedo a perder una relación fuerte ha hecho que la intimidad y la confianza me sean difíciles. Después de mi madre, he perdido a Genevieve, a mi padre y ahora, temporariamente por lo menos, a Richard. Cada vez que la pauta se repite, se reactivan todas las quimeras del pasado. Cuando, hace dos noches, lloré hasta quedarme dormida, me di cuenta de que no sólo lo estaba perdiendo a Richard, sino también a mi madre, a Genevieve y a mi maravilloso padre. Volví a sentir cada una de esas pérdidas. Por eso puedo entender cómo mi proceder con Michael desencadenó los dolorosos recuerdos que Richard tenía de Sarah.

El proceso de aprendizaje nunca termina. Estoy aquí, a los cuarenta y un años de edad descubriendo otra faceta de la verdad sobre las relaciones humanas. Resulta obvio que herí a Richard profundamente. No importa que no exista un fundamento lógico para la preocupación de Richard de que por haber dormido con Michael pueda haberse producido una alienación del afecto que siento por él. La lógica no sirve aquí. La percepción de sentimientos es lo que cuenta.

Había olvidado cuán devastadora puede ser la soledad. Richard y yo hemos estado juntos durante cinco años. Puede no haber tenido todos los atributos de mi Príncipe Azul, pero ha sido un maravilloso compañero y es, sin lugar a dudas, el ser humano más inteligente que jamás haya conocido. Sería una tragedia inconmensurable si no regresara jamás. Me siento apesadumbrada cuando pienso, por un instante siquiera, que quizá lo haya visto por última vez.

A la noche, cuando me siento especialmente solitaria, a menudo leo poesía. Baudelaire y Eliot son mis favoritos desde mis días en la universidad, pero las últimas noches hallé consuelo en los poemas de Benito García: durante sus días como cadete en la Academia Espacial de Colorado, su salvaje pasión por la vida le infligió mucho dolor. Con el mismo brío se lanzó a sus estudios de cosmonauta y a

los brazos de los hombres que la rodeaban. Cuando citaron a Benita ante la comisión de disciplina para cadetes por no haber cometido otra transgresión más que su desinhibida sexualidad, ella se dio cuenta de lo esquizofrénicos que eran los hombres en lo que al sexo atañía.

La mayor parte de los críticos literarios prefieren su primer volumen de poesía, *Sueños de una muchacha mejicana*, que sentó las bases de su reputación cuando todavía era una adolescente respecto del libro de poemas más sensato, menos lírico, que publicó durante su último año en la Academia. Ahora que Richard se fue y mi mente todavía lucha por entender lo que realmente ocurrió durante estos últimos meses, son los poemas de Benita, que hablan de la angustia y del cuestionamiento del final de la adolescencia, los que resuenan en mi mente. El camino de Benita hacia la adultez fue extremadamente difícil. Si bien su trabajo siguió siendo rico en imágenes, Benita ya no era Pollyanna caminando entre las ruinas de Uxmal. Esta noche leí varias veces uno de los poemas que escribió en la universidad y que me agrada de modo particular:

Mis vestidos iluminan mi habitación,
Como flores del desierto después de la lluvia.
Tú vienes esta noche, mi más reciente amor,
Pero ¿cuál de mis yo quieres ver?
Los colores pastel pálido son mejores para los libros,
mis azules y verdes, un anochecer forman,
como amiga o como la esposa que he de ser.
Pero si es sexo lo que tienes en mente,
entonces el rojo o el negro y ojos oscurecidos
me transforman en la ramera que yo debo ser.
Mis sueños de la niñez no fueron así,
mi príncipe únicamente vino por un beso,
después, me alejó del dolor,
¿Es que no puedo verlo otra vez?
Las mascararas me ofenden, muchacho,
llevo mi vestido sin mucha alegría
El precio que pago para tener tu mano en la mía
me hace despreciable, tal como tú querías.

14 DE DICIEMBRE DE 2205

Supongo que debería celebrar, pero siento que lo que gané fue una victoria pírrica. Finalmente, estoy embarazada de Michael. ¡Pero a qué costo! Todavía no hemos sabido nada de Richard y temo haber alienado a Michael también.

Michael y yo, cada uno por separado, aceptamos la plena responsabilidad por la partida de Richard. Yo me enfrenté a mi culpabilidad como pude y reconocí que tendría que dejarla atrás para poder ser una verdadera madre para las niñas, Michael, por otro lado, respondió al acto de Richard y a su propia culpa dedicándose por completo a la devoción religiosa; todavía lee su *Biblia* dos veces por días, por lo menos; reza antes y después de cada comida y, a menudo, opta por no tomar parte en las actividades de la familia, para poder "comunicarse" con Dios. En estos días, la palabra "expiación" tiene un lugar prominente en el vocabulario de Michael.

En su renacido fervor cristiano, arrastró a Simone. Mis débiles protestas son, esencialmente, pasadas por alto. La niña adora la historia de Jesús, aun cuando no puede tener más que una noción muy vaga sobre el tema. Los milagros, en especial, la fascinan. Al igual que la mayoría de los niños, no tiene la menor dificultad para evitar la incredulidad: su mente nunca pregunta "cómo", cuando Jesús camina sobre el agua o cuando convierte el agua en vino.

Mis comentarios no son del todo justos. Es probable que esté celosa por la afinidad que existe entre Michael y Simone. Como su madre, debería estar encantada de que sean tan compatibles; por lo menos, se tienen el uno al otro. No importa cuánto lo intentemos, la pobre Katie y yo seguimos siendo incapaces de establecer esa conexión profunda.

Parte del problema es que Katie y yo somos extremadamente obcecadas. Si bien sólo tiene dos años y medio, ya quiere controlar su propia vida. Un simple ejemplo: el conjunto de actividades que se planea para el día. He fijado los horarios para todos los miembros de la familia, desde nuestros primeros días en Rama. Nadie nunca los cuestionó ni siquiera Richard; Michael y Simone siempre aceptan todo lo que recomiendo... en tanto y en cuanto haya gran cantidad de tiempo no pautado.

Pero Katie es un caso diferente: si organizo una caminata por la parte superior en Nueva York, antes de una clase sobre el alfabeto, ella quiere cambiar el orden. Si planeo pollo para la cena, ella quiere carne de cerdo o de vaca. De hecho, comenzamos cada mañana con una pelea por las actividades del día. Cuando no le gustan mis decisiones, Katie se enfurruña, o hace pucheros o llora clamando por su "papito". Realmente duele cuando grita llamándolo a Richard.

Michael dice que yo debería consentirle los deseos. Insiste en que no es más que una fase del crecimiento pero, cuando le señalo que ni Genevieve ni Simone se portaron jamás como Katie, sonrío y se encoge de hombros.

Michael y yo no siempre coincidimos en las técnicas de crianza. Hemos mantenido varias discusiones interesantes sobre la vida familiar en estas circunstancias tan fuera de lo común. Hacia el final de una de las conversaciones, quedé ligeramente disgustada por la aseveración de Michael de que yo era "demasiado estricta" con las niñas, por lo que decidí traer a colación el asunto de la religión: le pregunté a Michael por qué era tan importante que Simone aprendiera los detalles ínfimos de la vida de Jesús.

—Alguien tiene que continuar la tradición —dijo con vaguedad.

—¿Así que crees que habrá una tradición que continuar, que no vamos a estar a la deriva para siempre en el espacio y a morir uno por uno en una aterradora soledad?

—Creo que Dios tiene un plan para todos los seres humanos —contestó.

—¿Pero cuál es Su plan para nosotros? —pregunté.

—No lo sabemos —repuso Michael—. Del mismo modo que esos miles de millones de personas que todavía están allá, en la Tierra, no saben cuál es Su plan para ellos. El proceso de vivir consiste en buscar Su plan.

Sacudí la cabeza en gesto de negación y Michael prosiguió:

—Verás, Nicole, debería ser mucho más sencillo para nosotros. Tenemos muchas menos distracciones. No hay excusa para que no nos mantengamos cerca de Dios. Por eso es tan difícil de perdonar mis anteriores preocupaciones por la comida y la historia del arte. En Rama, los seres humanos tienen que hacer un enorme esfuerzo para llenar su tiempo con algo *mas* que la oración y la devoción.

Admito que su certidumbre me molesta en ocasiones. En las circunstancias actuales, la vida de Jesús no parece tener más importancia que la vida de Atila el huno, o de cualquier otro ser humano que haya vivido alguna vez en ese planeta

lejano que se encuentra a dos años luz de distancia. Y ya no somos más parte de la raza humana. O bien estamos condenados, o bien somos el comienzo de lo que, en esencia, será una especie nueva ¿Murió Jesús por todos nuestros pecados también, por nosotros que nunca volveremos a ver la Tierra?

Si Michael no hubiera sido católico y no hubiera estado programado desde el nacimiento en favor de la procreación, nunca lo habría convencido de concebir un hijo. Tenía cien razones para considerar que era incorrecto. Pero al final, quizá porque yo estaba perturbando sus devociones nocturnas con mis constantes intentos por persuadirlo, consintió. Me advirtió que era muy probable que "nunca funcionara" y que él "nunca asumiría responsabilidad alguna" por mi frustración.

Nos llevó tres meses gestar un embrión. Durante los dos primeros ciclos de ovulación no pude excitar a Michael. Traté haciéndolo reír, con masajes corporales, con música, con comida... todo lo que se mencionaba en los artículos sobre impotencia. La culpa y la tensión siempre eran más fuertes que mi pasión. Finalmente, fue la fantasía la que brindó la solución: una noche, cuando le sugerí a Michael que se imaginara que yo era su esposa Kathleen durante todo el acto amoroso, por fin pudo mantener una erección. Por cierto que la mente es una creación maravillosa.

Ni siquiera con fantasías, hacer el amor con Michael fue tarea fácil. En primer lugar, y probablemente esto que voy a decir es algo cruel, sólo con lo que pierde en aprontes es suficiente para que a una mujer le desaparezca la pasión. Antes de sacarse la ropa, Michael siempre le ofrece una plegaria a Dios. ¿Por qué reza? Me fascinaría conocer la respuesta.

El primer marido de Eleanor de Aquitania, Luis VII de Francia, había sido educado como monje y únicamente se convirtió en rey debido a un accidente de la historia. En la novela que mi padre escribió sobre Eleanor, aparece un largo monólogo interior en el que ella se queja respecto de hacer el amor rodeada por la solemnidad, la devoción religiosa y la ropa áspera de los cistercienses. Eleanor anhelaba la alegría y las risas en la alcoba, la conversación obscena y la pasión lasciva. Entiendo por qué se divorció de Luis y se casó con Enrique Plantagenet.

Por lo tanto ahora estoy embarazada del varón (así espero) que va a traer variación genética a nuestra progenie. Fue toda una lucha y casi con certeza, no valió la pena: debido a mi deseo de tener el hijo de Michael, Richard se fue y Michael, por lo menos en forma temporaria, ya no es el amigo y compañero que era

durante nuestros primeros años en Rama. Pagué el precio de mi éxito. Ahora sólo me resta esperar que esta nave espacial tenga, de veras, un destino.

1° DE MARZO DE 2206

Esta mañana repetí el análisis parcial del genoma para verificar los resultados iniciales. No hay duda al respecto: nuestro varón nonato tiene, sin lugar a dudas, el síndrome de Whittingham. Por fortuna, no hay otros defectos identificables, pero el Whittingham ya es bastante serio.

Le mostré los datos a Michael cuando tuvimos unos instantes a solas después del desayuno. Al principio no entendió lo que le estaba diciendo pero, cuando utilicé la palabra "retardado", reaccionó de inmediato. Me di cuenta de que preveía tener un hijo que sería completamente incapaz de valerse por sí mismo. Sus preocupaciones sólo se aquietaron parcialmente cuando le expliqué que el Whittingham no es nada más que una incapacidad para el aprendizaje, una simple falla de los procesos electroquímicos del cerebro que no le permiten operar de manera adecuada.

La semana pasada cuando llevé a cabo el primer análisis parcial de genoma, sospechaba el Whittingham pero, ya que había una posible ambigüedad en los resultados, no le dije nada a Michael. Antes de extraer una segunda muestra de líquido amniótico, quise repasar todo lo que se sabía sobre esa anomalía. Por desgracia, mi enciclopedia médica resumida no contenía suficiente información como para satisfacer mi curiosidad.

Esta tarde, mientras Katie dormía la siesta, Michael y yo le preguntamos a Simone si querría leer un libro en su habitación durante alrededor de una hora. Nuestro adorable ángel obedeció de inmediato. Michael estaba mucho más calmado de lo que había estado en la mañana. Admitió que, al principio, había quedado devastado por la noticia sobre Benjy (Michael quiere que al niño le ponga el nombre de Benjamin Ryan O'Toole, por su abuelo). Aparentemente, haber leído el libro de Job fue muy importante para ayudarlo a recuperar la perspectiva.

Le expliqué a Michael que el desarrollo mental de Benjy sería lento y dificultoso. Sin embargo, se consoló cuando le informé que muchos que presentan el Whittingham habían logrado, finalmente, una equivalencia mental a un niño de doce años, después de veinte años de educación. Le aseguré a Michael que no habría señales físicas del defecto, como de hecho las hay en el Down y que, puesto que el

Whittingham es un carácter recesivo bloqueado, era muy poco factible que los descendientes se vieran afectados antes de la tercera generación.

—¿Hay alguna manera de saber cuál de nosotros tiene el síndrome en nuestros genes? —preguntó Michael cuando estábamos cerca del final de la conversación.

—No —contesté—, es un trastorno muy difícil de aislar porque, aparentemente, es el resultado de varios genes defectuosos diferentes. Únicamente si el síndrome está activo, el diagnóstico es directo. Aun en la Tierra, los intentos por identificar a los portadores no tuvieron éxito.

Empecé a decirle que, dado que la enfermedad se diagnosticó por primera vez en 2068, casi no hubo casos ni en África ni en Asia. Básicamente fue un desorden de la raza blanca y la frecuencia más elevada de casos se presentó en Irlanda. Me di cuenta de que Michael muy pronto leería esta información (todo está en el artículo principal de la enciclopedia médica que él está leyendo ahora), y no quise que se sintiera peor de lo que ya se sentía.

—¿Existe cura? —preguntó después.

—Ninguna para nosotros —dije negando con la cabeza—. En la última década hubo algunas indicaciones de que las contraórdenes genéticas podrían ser efectivas, si se empleaban durante el segundo trimestre de embarazo. Sin embargo, el procedimiento es complicado, incluso en la Tierra y puede traer como consecuencia la pérdida del feto.

Ése habría sido un momento perfecto de la discusión para que Michael mencionara la palabra "aborto". No lo hizo. Sus creencias son tan firmes e inalterables que estoy segura de que nunca pensó en ello. Para él, el aborto es una ofensa absoluta, así en Rama como en la Tierra. Me preguntaba si habría alguna razón por la cual Michael habría considerado la posibilidad del aborto: ¿qué habría pasado si el bebé hubiera tenido el síndrome de Down y también, hubiera sido ciego? ¿O si hubiera tenido múltiples problemas congénitos que le hubieran garantizado una temprana muerte?

Si Richard hubiera estado aquí, habríamos sostenido una discusión lógica sobre las ventajas y las desventajas de un aborto. Habría creado una de sus famosas hojas de Ben Franklin con los aspectos positivos y negativos anotados en listas separadas a ambos lados de la pantalla negra. Yo habría agregado una larga lista de motivos emocionales (que Richard habría omitido de su listado originario) para no tener un aborto y, al final, es casi seguro que todos hubiéramos estado de acuerdo

en traer a Benjy a Rama. Habría sido una decisión racional, comunitaria.

Quiero tener este bebé. Pero también quiero que Michael reafirme el compromiso que tiene en su calidad de padre de Benjy. Una discusión sobre la posibilidad del aborto, habría producido esa renovación del compromiso. LA aceptación ciega de las reglas de Dios o de la Iglesia o de cualquier dogma estructurado puede hacer que, en ocasiones, a una persona le sea demasiado fácil encontrar un soporte para basar una decisión específica. Espero que Michael no sea esa clase de persona.

10

30 DE AGOSTO DE 2206

Benjy llegó temprano. A pesar de mis repetidas promesas de que tendría un aspecto perfectamente saludable, Michael pareció aliviado cuando el bebé nació, hace tres días, sin anormalidades físicas. Fue otro parto fácil. Simone fue sorprendentemente útil tanto durante el trabajo de parto como en el momento en que di a luz; por ser una niña que todavía no tiene seis años, es extremadamente madura.

Benjy también tiene ojos azules, pero no son tan luminosos como los de Katie y no creo que permanezcan de ese color. La piel es color pardo claro, tan sólo un poco más oscura que la de Katie, pero más clara que la mía o la de Simone. Al nacer pesó tres kilogramos y medio y midió cincuenta y dos centímetros de largo.

Nuestro mundo permanece sin cambios. No hablamos mucho al respecto, pero todos nosotros, salvo Katie, hemos abandonado la esperanza de que Richard vuelva alguna vez. Nos acercamos de nuevo al invierno ramano, con las noches largas y los días más cortos. Periódicamente Michael o yo vamos a la superficie y buscamos alguna señal de Richard como en un ritual mecánico: en realidad, no esperamos encontrar nada. Ya han transcurrido dieciséis meses desde que se fue.

Michael y yo nos turnamos para computar nuestra trayectoria con el programa para determinación de órbitas que diseñó Richard. Al comienzo, nos tomó varias semanas descubrir cómo emplearlo, a pesar de que Richard nos había dejado instrucciones explícitas. Una vez por semana repetimos la verificación de que todavía seguimos en curso hacia Sirio, sin que haya algún otro sistema estelar a lo

largo de nuestra trayectoria.

A pesar de la presencia de Benjy, pareciera que tengo más tiempo para mí que antes. He estado leyendo con voracidad y reavivado mi fascinación por las dos heroínas que dominaron mi imaginación de adolescente. ¿Por qué Juana de Arco y Eleanor de Aquitania siempre me atrajeron tanto? Porque no sólo exhibieron fuerza interior y autosuficiencia sino también porque cada una de esas mujeres confió, en última instancia, en su propia capacidad y tuvo éxito en un mundo dominado por los hombres.

Fui una adolescente muy solitaria. Mi entorno físico en Beauvois era magnífico y el amor de mi padre era desbordante pero, en realidad, pasé toda mi adolescencia sola. En lo profundo de mi mente siempre me aterrorizó que la muerte o el matrimonio se llevaran a mi adorado padre lejos de mí. Quería volverme más independiente para evitar el dolor que acontecería si alguna vez me separaran de papá. Juana y Eleanor fueron los perfectos modelos de comportamiento. Aún hoy, encuentro tranquilidad al leer sobre sus vidas. Ninguna de esas mujeres permitió que el mundo que las rodeaba definiera qué era realmente importante en la vida.

La salud de todos nosotros sigue siendo buena. Esta última primavera, para mantenerme ocupada haciendo algo, introduje un juego de las sondas biométricas que quedaban, en cada uno de nosotros y vigilé los datos durante algunas semanas. El proceso de vigilancia me hizo recordar los días de la misión Newton... ¿Puede ser, realmente, que hayan transcurrido más de seis años desde que los doce salimos de la Tierra para tener un encuentro con Rama?

Como sea, Katie quedó fascinada con la biometría: se sentaba a mi lado mientras yo estudiaba a Simone o a Michael y formulaba centenares de preguntas sobre los datos que aparecían en las pantallas. En poquísimo tiempo entendió cómo funcionaba el sistema y de qué trataban los archivos de prevención. Michael comentó que es extremadamente brillante, como su padre. Katie todavía extraña enormemente a Richard.

Aunque Michael dice que se siente viejo, está en excelente estado físico por ser un hombre de sesenta y cuatro años. Está muy preocupado por ser lo suficientemente activo, en el aspecto físico, para los niños y, desde el comienzo de mi embarazo estuvo corriendo dos veces por semana. El concepto de dos veces por semana resulta gracioso: nos hemos mantenido fieles a nuestro almanaque de la Tierra, aun cuando carece por completo de significado aquí en Rama. Anoche,

Simone me preguntó sobre los días, los meses y los años. Cuando Michael estaba explicando la rotación de la Tierra, las estaciones del año y la órbita de la Tierra alrededor del Sol, súbitamente tuve la visión de una magnífica puesta de sol en Utah, que compartí con Genevieve en nuestro viaje al oeste de los Estados Unidos. Quise contarle a Simone sobre eso pero, ¿cómo se puede explicar una puesta de Sol a alguien que no lo ha visto nunca?

El almanaque nos recuerda dónde estuvimos. Si alguna vez llegamos a un planeta nuevo, que tenga un día y una noche verdaderos en lugar de estos artificiales de Rama, entonces, seguramente dejaremos el almanaque de la Tierra. Pero, por ahora, los feriados, el paso de los meses y, de modo muy especial, los cumpleaños nos hacen recordar nuestras raíces en aquel hermoso planeta al que ya no podemos divisar ni siquiera con el mejor telescopio ramano.

Benjy está listo para que yo le dé de mamar. Sus aptitudes mentales pueden no ser las mejores pero, por cierto, no tiene el más mínimo problema para hacerme saber cuándo tiene hambre. Michael y yo, de mutuo consentimiento, todavía no hemos contado a Simone y a Katie cuál es la condición de su hermano. El hecho de que les vaya a robar la atención que les dispensábamos mientras sea un bebé, les va a resultar lo bastante difícil de manejar. Su necesidad de que cada vez se le preste más atención va a continuar e incluso a aumentar cuando empiece a gatear y ser un niño. Esto es más que lo que se puede esperar que Simone y Katie comprendan en esta etapa de su joven vida.

13 DE MARZO DE 2207

Hoy Katie cumplió cuatro años. Hace dos semanas, cuando le pregunté qué quería para su cumpleaños, no vaciló ni un segundo.

—Quiero que vuelva mi papito —dijo.

Es una niña solitaria, aislada. Aunque extremadamente rápida para aprender, es, sin duda, el hijo más caprichoso que yo haya tenido. Richard era extremadamente veleidoso. En ocasiones, estaba tan entusiasmado y exuberante que no se podía contener y esto ocurría, por lo común, cuando acababa de experimentar algo excitante por primera vez. Pero sus depresiones eran terribles; había ocasiones en las que podía pasar una semana o más sin reír o siquiera sonreír.

Katie heredó de su padre el don para la matemática: ya puede sumar, restar,

multiplicar y dividir con números pequeños. Simone, que por cierto no es ninguna haragana, parece tener una capacidad más pareja y estar más interesada en una amplia gama de temas. Pero, sin duda, Katie la está abrumando en matemática.

En los casi dos años que transcurrieron desde que Richard se fue, he tratado, sin éxito, de reemplazarlo en el corazón de Katie. La verdad es que Katie y yo somos opuestas; nuestras personalidades no son compatibles como madre e hija. La individualidad y la rusticidad que yo adoraba en Richard es amenazadora en Katie. A pesar de mis mejores intenciones, siempre terminamos teniendo una disputa.

No pudimos, naturalmente, traerlo a Richard para el cumpleaños de Katie, pero Michael y yo tratamos por todos los medios de tener algunos interesantes regalos para ella. Aunque ninguno de nosotros es particularmente diestro en electrónica, logramos crear un pequeño juego de vídeo (requirió de muchas interacciones con los ramanes el producir las partes correctas... y muchas noches trabajando juntos para elaborar algo que Richard podría haber terminado en un día) llamado "Perdidos en Rama". Lo hicimos muy sencillo porque Katie no tiene más que cuatro años. Después de jugar con él durante dos horas, había agotado todas las opciones y resuelto cómo regresar a nuestro túnel desde cualquier punto de partida ubicado en Rama.

La mayor sorpresa que tuvimos esta noche fue cuando le preguntamos (esto se convirtió en una tradición para nosotros aquí en Rama) qué le gustaría hacer en su noche de cumpleaños.

—Quiero entrar en la guarida de los avianos —dijo Katie, con una chispa malévola en la mirada.

Tratamos de disuadirla, señalándole que la distancia entre los rebordes era mayor que su propia altura. Como respuesta Katie se acercó a la escalera de cuerdas metálicas que colgaba al costado del cuarto de los niños y nos mostró que la podía trepar. Michael sonrió.

—Algunas cosas que heredó de su madre —dijo. —Por favor, mamá —dijo entonces Katie, con su vocecita melindrosa—, ¡todo lo demás es tan aburrido! Quiero mirar por mí misma al centinela del tanque, a una distancia de nada más que unos pocos metros.

Aun cuando tenía algo de recelo, fui hasta la guarida de los avianos con Katie y le dije que esperara en la parte de arriba, mientras yo colocaba la escalera de cuerdas en su lugar. En el primer rellano, frente al centinela del tanque, me detuve durante

un instante y miré, al otro lado del abismo, la máquina de movimiento perpetuo que protegía la entrada al túnel horizontal. "¿Siempre estás ahí?", me pregunté, "¿alguna vez se te reemplazó o reparó durante todo este tiempo?"

—¿Estás lista, mamá? —oí a mi hija llamarme desde arriba. Antes de que pudiera empezar a trepar con las manos y los pies para encontrarme con ella, Katie ya estaba bajando por la escalera. La regañé cuando me encontré con ella en el segundo reborde pero no me prestó atención. Estaba terriblemente excitada.

—¿Viste, mamá? —dijo—. Lo hice sola.

La felicité, aun cuando en mi mente todavía estaba dando vueltas una imagen de Katie que resbalaba por la escalera, se golpeaba en uno de los rebordes y después caía en picada hacia las profundidades insondables del pozo. Continuamos el descenso por la escalera y yo la ayudaba desde abajo hasta que alcanzamos el primer rellano y par de túneles horizontales. Del otro lado del abismo, el centinela del tanque proseguía con su movimiento reiterativo. Katie estaba extática.

—¿Qué hay detrás de ese tanque? —preguntó—. ¿Quién lo hizo? ¿Qué está haciendo ahí? ¿Realmente saltaste al otro lado de este agujero?...

En respuesta a una de sus preguntas me volví y di varios pasos hacia el interior del túnel que estaba detrás de nosotras, siguiendo el haz de mi linterna y suponiendo que Katie me estaba siguiendo. Instantes después, cuando descubrí que la niña todavía estaba parada en el borde del abismo, quedé paralizada de espanto. La vi extraer un pequeño objeto del bolsillo de su vestido y arrojarlo al otro lado del abismo, al centinela del tanque.

Le grité pero fue demasiado tarde: el objeto golpeó la parte frontal del tanque. Inmediatamente se oyó un chasquido, como el de un disparo de un arma de fuego y dos proyectiles metálicos se estrellaron contra la pared del túnel, a no más de un metro por encima de la cabeza de Katie.

—¡Bravooo! —gritó Katie, mientras yo la apartaba de un tirón del abismo. Estaba furiosa. Mi hija empezó a llorar. El ruido que había en la guarida era ensordecedor.

Dejó de llorar súbitamente, varios segundos después.

—¿Oíste eso? —preguntó.

—¿Qué? —dije, mi corazón todavía latiendo salvajemente.

—Por ahí —dijo. Señaló al otro lado del corredor vertical, hacia la oscuridad que había por detrás del centinela. Dirigí el haz de la linterna hacia el vacío pero no pudimos ver nada.

Ambas estábamos paradas absolutamente quietas, tomadas de las manos. *Había* un sonido que provenía del túnel que estaba detrás del centinela. Pero ese sonido se encontraba en el límite de mi capacidad auditiva y no lo pude identificar.

—Es un aviano —dijo Katie con convicción—. Puedo oír sus alas batiendo. *Bravooo* —volvió a gritar con un tono de voz más intenso.

El sonido cesó. Aunque aguardamos quince minutos antes de trepar fuera de la guarida, no volvimos a oír nada más. Katie le dijo a Michael y a Simone que habíamos oído un aviano. No pude corroborar su relato pero opté por no discutir con ella: estaba feliz; había sido un cumpleaños memorable.

8 DE MARZO DE 2208

Patrick Erin O'Toole, un bebé perfectamente sano en todo sentido, nació ayer a las dos y cuarto de la tarde. El orgulloso padre lo está sosteniendo en brazos en este preciso momento, y sonrío mientras mis dedos se mueven presurosos por sobre el teclado de mi agenda electrónica.

Ahora es entrada la noche. Simone llevó a dormir a Benjy tal como lo hace todas las noches a las nueve en punto y después ella misma se fue a la cama. Estaba muy cansada. Se hizo cargo de Benjy sin ayuda de nadie durante mi sorprendentemente prolongado trabajo de parto. Cada vez que yo gritaba, Benjy lloraba como respuesta y Simone trataba de calmarlo.

Katie ya adoptó a Patrick como hermanito. Es muy lógico: Si Benjy es de Simone, entonces Patrick le tiene que pertenecer a Katie. Por lo menos está demostrando algo de interés en otro miembro de la familia.

Patrick no estaba planeado pero tanto Michael como yo estamos encantados de que haya aparecido para unirse a nuestra familia. Su concepción ocurrió en algún momento a fines de la primavera pasada, probablemente después del primer mes que empecé a compartir el dormitorio de Michael durante la noche. Fue mi idea que debíamos dormir juntos, aunque estoy segura de que Michael también había pensado en eso.

La noche en que hizo dos años que Richard se fue, me resultó completamente imposible dormir. Me sentía sola, como siempre. Traté de imaginarme durmiendo sola todo el resto de mis noches y me sentí muy abatida. Poco después de medianoche, recorrí el pasillo hasta la habitación de Michael.

Michael y yo hemos estado cómodos el uno con el otro desde el comienzo. Supongo que ambos estábamos listos. Después del nacimiento de Benjy, Michael estuvo muy ocupado ayudándome con todos los niños. Durante ese período abandonó un poco sus actividades religiosas y se volvió más accesible a todos nosotros, incluyéndome a mí. Con el tiempo, nuestra natural compatibilidad se reafirmó. Todo lo que faltaba era que ambos reconociéramos que Richard no iba a regresar jamás.

Confortable. Ésa es la mejor manera de describir mi relación con Michael. Con Henry era éxtasis; con Richard era pasión y exaltación, un salvaje paseo en montaña rusa, tanto en la vida como en la cama. Michael me reconforta: dormimos tomados de la mano, el símbolo perfecto de nuestra relación. Raramente hacemos el amor pero es suficiente.

Hice algunas concesiones. Hasta rezo, de vez en cuando, porque eso hace feliz a Michael. Por su parte, se ha vuelto más tolerante respecto de exponer a los niños a las ideas y a los sistemas de valores que están fuera del catolicismo. Estuvimos de acuerdo en que lo que estamos buscando es la armonía y la coherencia en nuestra compartida paternidad.

Ahora somos seis, una familia de seres humanos que está más próxima a varias otras estrellas que al planeta y a la estrella de nuestro nacimiento. Todavía no sabemos si este gigantesco cilindro lanzado a través del espacio realmente va a algún sitio. En ocasiones eso no parece importar: hemos creado nuestro propio mundo aquí en Rama y, aunque es limitado, creo que somos felices.

11

30 DE ENERO DE 2209

Había olvidado la sensación de sentir la adrenalina corriendo por mi cuerpo. Durante las treinta horas pasadas, nuestra vida calma y plácida en Rama se vio totalmente destruida.

Todo comenzó con dos sueños. Ayer a la mañana justo antes de despertarme tuve un sueño sobre Richard que fue extraordinariamente vívido: Richard no estaba en mi sueño, es decir que no aparecía al lado de Michael, Simone, Katie y yo, pero

su rostro aparecía en el ángulo superior izquierdo de la pantalla de mi sueño, mientras nosotros cuatro nos dedicábamos a alguna actividad cotidiana. Repetía mi nombre una y otra vez, su llamado era tan intenso que seguí oyéndolo aun cuando desperté.

Acababa de empezar a contarle a Michael sobre el sueño cuando Katie apareció en el vano de la puerta vestida con su pijama. Estaba temblando y se la veía asustada.

—¿Qué pasa, querida? —pregunté, haciéndole un gesto para que viniera a mis brazos.

Vino hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Es papito —dijo—. Anoche me llamaba en mis sueños.

Un escalofrío me recorrió la espalda y Michael se incorporó en su estera. Consolé a Katie en mis brazos pero quedé desconcertada por la coincidencia. ¿Había oído mi conversación con Michael? Imposible: la habíamos visto en el momento que entró a nuestra habitación.

Después de que Katie regresó al cuarto de los niños para cambiarse de ropa, le dije a Michael que no me resultaba posible pasar por alto los dos sueños. El y yo a menudo hemos discurredo sobre mis ocasionales facultades psíquicas. Aunque, en general, descarta la idea de la percepción extrasensorial, Michael siempre admitió que resultaba imposible afirmar de modo categórico que mis sueños y visiones no presagien el futuro.

—Debo ir a la parte superior y buscar a Richard —dije después del desayuno. Michael esperaba que yo hiciera un esfuerzo así y estaba preparado para cuidar a los niños. Pero estaba oscuro en Rama. Ambos estuvimos de acuerdo en que sería mejor que yo esperara hasta nuestro anochecer, cuando habría, otra vez, luz en el mundo de esta nave espacial, por encima de nuestro túnel.

Dormí una larga siesta, de modo de contar con muchas energías para llevar a cabo una búsqueda minuciosa. Dormí de a ratos y seguí sonando que me encontraba en peligro. Antes de partir me aseguré de que en mi computadora portátil hubiera un dibujo gráfico razonablemente preciso de Richard: quería tener la posibilidad de mostrar el objeto de mi búsqueda a cualquier aviano que me pudiera topar.

Después de besar a los niños para darles las buenas noches, me dirigí sin vacilar hacia la guarida de los avianos. No me sorprendió encontrar que el centinela del

tanque se había ido. Años atrás, cuando fui invitada por primera vez a la guarida por uno de los habitantes, el centinela del tanque tampoco estaba presente. ¿Podría ser que, de alguna manera, me estuvieran invitando otra vez? ¿Y qué tenía que ver todo esto con mi sueño? Mi corazón palpitaba enloquecidamente cuando pasé frente a la sala con la cisterna de agua y penetré más profundamente en el túnel que, por lo general, protegía el centinela ausente.

Nunca oí ningún sonido. Caminé durante casi un kilómetro antes de llegar a una puerta alta ubicada a mi derecha. Con cautela, miré hacia la sala oscura, al igual que todos los demás sitios de la guarida aviana, salvo el corredor vertical. Encendí la linterna. La sala no era demasiado profunda, quizás unos quince metros como máximo, pero era extremadamente alta. Contra el muro que estaba frente a la puerta había un sinfín de cajones ovales para almacenamiento. La luz de mi linterna mostró que las hileras se extendían hasta llegar al alto techo que debía estar inmediatamente debajo de una de las plazas de Nueva York.

No me tomó mucho tiempo descubrir el propósito de la sala: cada uno de los cajones de almacenamiento tenía el tamaño y la forma de un melón maná. Naturalmente, pensé para mí misma, éste debe de haber sido el lugar en el que guardaban los víveres. Con razón no querían que nadie entrara aquí.

Después de verificar que todos los cajones verdaderamente estaban vacíos, empecé a caminar de regreso al pozo. Después, llevada por un impulso instintivo, cambié la dirección, pasé frente a la sala de almacenamiento y proseguí por el túnel. Debía de conducir a alguna parte, razoné, o habría terminado en la sala de los melones.

Después de medio kilómetro más, el túnel se amplió gradualmente hasta que penetró en una gran cámara circular. En el centro de la sala que tenía un techo muy alto, había una amplia estructura en forma de cúpula. Contra los muros había cerca de veinte nichos, recortados a intervalos regulares. No había luz, salvo la de mi linterna, de modo que me llevó varios minutos formarme una imagen de conjunto de la sala con la estructura en forma de cúpula en el medio.

Recorrí todo el perímetro, examinando los gabinetes uno después de otro. La mayoría estaban vacíos. En uno de ellos encontré tres centinelas de tanque idénticos, prolijamente dispuestos contra el muro de atrás. Mi impulso inicial fue el de ser precavida con los centinelas, pero eso no fue necesario: todos estaban en estado latente.

Sin embargo, sin duda el más interesante de los nichos era el que se encontraba en el centro de la sala, exactamente a ciento ochenta grados del túnel de la entrada. Este nicho especial estaba cuidadosamente organizado y en las paredes habían recortado gruesos anaqueles. En total había quince anaqueles, cinco en cada uno de los dos costados y cinco más en la pared opuesta a la puerta de entrada al nicho. En los anaqueles de los costados había objetos dispuestos en forma ordenada (todo estaba muy ordenado); los anaqueles que estaban contra la pared opuesta tenían cinco depresiones circulares que formaban huecos en toda su longitud.

El contenido de estas depresiones, cada una de las cuales estaba aun subdividida en secciones, como las porciones de una tarta, era fascinante: una de las secciones de cada una de las depresiones contenía un material muy fino, como ceniza. Una segunda sección contenía uno, dos o tres anillos de color rojo cereza o dorado que reconocí de inmediato debido a su parecido con los anillos que habíamos visto alrededor del cuello de nuestro aterciopelado amigo aviano. No parecía haber un orden especial para el resto de los artículos que aparecían en las concavidades; de hecho, algunas de las concavidades estaban vacías, salvo por la ceniza y los anillos.

Finalmente, me di vuelta y me acerqué a la estructura en forma de cúpula. La puerta del frente se enfrentaba al nicho especial. Examiné la puerta con mi linterna. En la superficie rectangular había tallado un diseño intrincado: tenía cuatro paneles o cuadrantes separados. En el cuadrante superior izquierdo había un aviano y un melón maná en el panel adyacente, a la derecha. Los dos cuadrantes inferiores contenían imágenes desconocidas: a la izquierda estaba la talladura de un ser articulado, cruzado por bandas que corría con seis patas. El panel final, situado abajo a la derecha, representaba una gran caja llena con malla o tela de araña muy delgada.

Después de vacilar un momento empujé la puerta para abrirla. Casi me da un ataque cuando una alarma muy fuerte, como la bocina de un automóvil, perforó el silencio. Estuve en la puerta, sin moverme, mientras la alarma sonó durante casi un minuto. Cuando terminó, seguí sin moverme. Estaba tratando de oír si alguien (o algo) respondía a la alarma.

Ningún sonido perturbó el silencio. Al cabo de algunos minutos, empecé a examinar el interior del edificio: un cubo transparente, de un tamaño aproximado de dos metros y medio en cada dimensión, ocupaba el centro de la única sala. Las paredes del cubo estaban manchadas en algunos puntos, y esto oscurecía

parcialmente mi visión, pero aun así pude ver que los diez centímetros del fondo estaban cubiertos por un material fino y oscuro. El resto del edificio que estaba en torno del cubo estaba decorado con diseños geométricos en las paredes, los pisos y el techo. Una de las caras del cubo tenía un estrecho acceso que permitía la entrada al interior del cubo.

Entré, el material negro y esponjoso parecía ser ceniza pero tenía una consistencia ligeramente diferente a la del material similar que había encontrado en las concavidades de los nichos. Mis ojos siguieron el haz de la linterna mientras se desplazaba en forma ordenada alrededor del cubo. Cerca del centro había un objeto parcialmente enterrado en la ceniza. Me acerqué a él, lo levanté, lo agité y casi me desmayo: era el robot de Richard, EB.

EB estaba considerablemente alterado. El exterior estaba ennegrecido, su diminuto panel de control se había fundido y ya no funcionaba. Pero no había la menor duda de que se trataba de él. Acerqué el robotito a mis labios y lo besé. En mi memoria lo podía ver recitando uno de los sonetos de Shakespeare mientras Richard lo escuchaba con arrobado deleite.

Resultaba evidente que EB había estado en un incendio. ¿Había quedado Richard también atrapado en un infierno dentro del cubo? Revisé cuidadosamente las cenizas pero no encontré huesos. Sin embargo, me pregunté qué era lo que se había quemado y producido toda la ceniza Y qué estaba haciendo EB dentro del cubo, en primer lugar.

Estaba convencida de que Richard estaba en alguna parte de la guarida aviana, de modo que pasé otras ocho largas horas subiendo y bajando, con pies y manos, rebordes y explorando túneles, visité todos los sitios en los que había estado antes, durante mi breve estada, mucho tiempo atrás, y hasta descubrí algunas interesantes cámaras nuevas de aplicación desconocida. Pero no había señales de Richard. De hecho, no había ninguna señal de vida. Consciente de que el breve día ramano había casi terminado y de que los cuatro niños iban a despertar pronto en nuestro túnel, regresé finalmente, cansada y abatida, a mi hogar ramano.

Cuando llegué, tanto la tapa como la red que daban a nuestro túnel estaban abiertas. Si bien estaba bastante segura de que las había cerrado a las dos antes de irme, no podía recordar con exactitud mis actos en el momento de la partida. Finalmente, me dije que, quizás, había estado demasiado alterada en ese momento, y me había olvidado de cerrar todo. Acababa de empezar a descender cuando oí a

Michael gritar "Nicole", detrás de mí.

Me di vuelta. Michael se acercaba desde el sendero hacia el este. Se desplazaba con rapidez, lo que no era frecuente en él, y llevaba a Patrick en los brazos.

—Ahí estás —dijo, jadeando mientras yo me acotaba a él—. Me estaba empezando a preocupar...

Se detuvo bruscamente, me miró fijo durante un instante y después miró con rapidez en derredor.

—Pero, ¿dónde está Katie? —dijo con angustia.

—¿Qué quieres decir con eso de dónde está Katie? —pregunté. El gesto de Michael me alarmaba.

—¿No está contigo? —preguntó.

Cuando negué con la cabeza dije que no la había visto, Michael súbitamente prorrumpió en llanto. Me adelanté con rapidez y consolé al pequeño Patrick que estaba asustado por los sollozos de Michael y que, por eso, también había empezado a llorar.

—Oh, Nicole —dijo Michael—. Lo siento tanto, pero tanto, Patrick estaba pasando una mala noche de modo que lo traje a mi habitación. Después, Benjy tuvo dolor de vientre y Simone y yo lo atendimos durante varias horas. Todos nos quedamos dormidos mientras Katie estaba sola en la habitación de los niños. Hace unas dos horas, cuando todos despertamos, se había ido.

Nunca antes había visto a Michael tan perturbado. Traté de consolarlo, de decirle que era probable que Katie sencillamente estuviera jugando en alguna parte del vecindario (y cuando la encontráramos, pensaba yo, le voy a dar un reto que nunca iba a olvidar), pero Michael no estaba de acuerdo.

—No, no —dijo—, no está en ningún sitio de los alrededores. Patrick y yo la hemos estado buscando durante más de una hora.

Michael y yo fuimos escaleras abajo para revisar como estaban Simone y Benjy. Simone nos informó que Katie se había sentido extremadamente decepcionada cuando me fui sola a buscar a Richard.

—Ella había tenido la esperanza —dijo Simone con serenidad— de que la llevarías contigo.

—¿Por qué no me dijiste eso anoche? —te pregunté a mi hija de ocho años.

—No pareció ser algo tan importante —contestó Simone—. Además nunca se me ocurrió que Katie lo trataría de encontrar a papito por sí misma.

Tanto Michael como yo estábamos exhaustos, pero uno de nosotros tenía que buscar a Katie. Yo era la opción correcta, me lavé la cara, les pedí a los ramanos el desayuno para todos nosotros y di una rápida versión de mi descenso a la guarida de los avianos. Simone y Michael giraban lentamente en las manos al ennegrecido EB. Me di cuenta de que ellos también se estaban preguntando qué le había ocurrido a Richard.

—Katie dijo que papito salió para buscar las octoarañas —comentó Simone poco antes de que yo me fuera—. Dijo que las cosas eran más emocionantes en su mundo.

Estaba llena de temores mientras avanzaba lenta y penosamente por la plaza que estaba cerca de la guarida de las octoarañas. Mientras caminaba, las luces se apagaron y otra vez fue de noche en Rama.

—Grandioso —murmuré para mí misma—, nada como tratar de encontrar a un niño perdido, en la oscuridad.

Tanto la guarida de las octoarañas como el par de redes protectoras estaban abiertas. Nunca antes había visto las redes abiertas. Mi corazón se sobresaltó. Supe, instintivamente, que Katie había bajado a la guarida de las octoarañas y que, a pesar de mi miedo, yo estaba a punto de seguirla. Primero, me puse en cuclillas y grité "Katie" dos veces, hacia la negrura que se abría por debajo de mí. Escuché cómo el nombre retumbaba por los túneles. Me esforcé por escuchar una respuesta, pero no hubo el menor sonido. Por lo menos, me dije, tampoco oí cepillos que se arrastraban acompañados por un gemido en alta frecuencia.

Descendí por la rampa que llegaba hasta la gran caverna con los cuatro túneles a los que, una vez, Richard y yo habíamos rotulado como "Eenie, Meenie, Mynie y Moe". Era difícil, pero me obligué a ingresar en el túnel que Richard y yo habíamos recorrido antes. Sin embargo, después de unos pasos me detuve, retrocedí y, después, entré en el túnel adyacente. Este segundo corredor también conducía al corredor descendente en forma de barril que tenía las púas sobresalientes, pero en su recorrido pasaba frente a la sala a la que Richard y yo llamábamos museo de las octoarañas. Recordaba con claridad el terror que había sentido nueve años atrás, cuando descubrí al doctor Takagishi, embalsamado como un trofeo de caza, colgando en ese museo.

Había un motivo por el que yo quería visitar el museo de las octoarañas, y que no estaba necesariamente relacionado con la búsqueda de Katie: si a Richard lo habían

matado las octoarañas (tal como, aparentemente, le había ocurrido a Takagishi, si bien todavía no estoy convencida de que no haya muerto de un ataque al corazón), o si habían encontrado su cuerpo en algún otro sitio de Rama, entonces, a lo mejor, también estaría en la sala. Decir que yo estaba ansiosa por ver la versión taxidermista de mi marido hecha por los alienígenos, habría estado fuera de toda lógica. Sin embargo, lo que más quería era saber *qué* le había ocurrido a Richard... especialmente después de mi sueño. Inspiré hondo cuando llegué a la entrada del museo. Desde la entrada, giré lentamente hacia la izquierda. Las luces se encendieron no bien crucé el umbral; por suerte, el doctor Takagishi no estaba mirando directamente a mi cara: lo habían desplazado al otro lado de la sala. De hecho, habían reordenado todo el museo durante los años transcurridos. Habían quitado todas las reproducciones de biots que habían ocupado la mayor parte de la sala, cuando Richard y yo la visitamos brevemente años atrás. Los dos "especímenes en exhibición", si es que así se los podía denominar, eran, ahora, los avianos y los seres humanos.

La exhibición de avianos estaba más cerca de la puerta. Tres individuos colgaban del techo, las alas completamente extendidas. Uno de ellos era el aviano de terciopelo gris con los dos anillos rojo cereza en el cuello que Richard y yo habíamos visto poco antes de su muerte. Había otros objetos fascinantes, y hasta fotografías en la sección dedicada a los avianos, pero el otro lado de la sala atrajo mi mirada: la exhibición que rodeaba al doctor Takagishi.

Lancé un suspiro de alivio cuando me di cuenta de que Richard no estaba en la sala. Sin embargo, estaba ahí el esqui que Richard, Michael y yo habíamos usado para atravesar el Mar Cilíndrico. Estaba en el piso, justamente al lado del doctor Takagishi. También había una variedad de objetos que habían recuperado de nuestras comidas al aire libre y de otras actividades que realizamos en Nueva York. Pero el centro de la exposición era un conjunto de imágenes enmarcadas que colgaban de las paredes posteriores laterales.

Desde el otro lado de la sala no podía discernir claramente el contenido de las imágenes. Sin embargo, me quedé sin aliento cuando me acerqué a ellas: las imágenes eran fotografías montadas en marcos rectangulares, muchas de las cuales mostraban la vida *dentro* de nuestro túnel. Había fotos de todos nosotros, incluidos los niños. Nos mostraban comiendo, durmiendo, hasta yendo al baño. Mientras recorría la exhibición comenzaba a sentirme aturdida. "Nos están observando", me

comenté a mí misma, "inclusive en nuestro propio hogar." Sentí un terrible escalofrío.

Sobre la pared lateral había una colección especial de fotografías que me dejaron desconcertada y me hicieron sentir vergüenza. En la Tierra, habrían sido candidatas para un museo de erotismo: las imágenes me mostraban haciendo el amor con Richard en varias posiciones diferentes. También había una fotografía de Michael y de mí, pero no era tan clara porque esa noche había estado oscuro en nuestro dormitorio.

La hilera de imágenes debajo de las escenas sexuales era toda de fotografías de los nacimientos de los niños. Se mostraba cada nacimiento, comprendido el de Patrick, lo que confirmaba que la vigilancia subrepticia todavía proseguía. Una yuxtaposición de las imágenes sobre sexo y nacimientos indicaban claramente que las octoarañas (¿o los ramanes?) habían deducido, sin lugar a dudas, cómo era nuestro proceso de reproducción.

Estuve totalmente absorbida por las fotografías durante quince minutos, probablemente. Mi concentración finalmente se interrumpió cuando oí un sonido muy intenso de cepillos que se arrastraban contra el metal. El sonido provenía de la puerta del museo. Estaba absolutamente aterrorizada. Me quedé quieta, paralizada en mi lugar y miré en derredor, frenética de miedo: no había otra manera de escapar de la sala.

Al cabo de unos segundos, Katie vino saltando por la puerta. "*¡Mama!*", gritó cuando me vio. Vino corriendo desde el otro extremo del museo, derribando casi al doctor Takagishi, y de un salto, subió a mis brazos.

—Oh, mamá —dijo, abrazándome y besándome con mucha intensidad—. Sabía que vendrías.

Cerré los ojos y abracé con todas mis fuerzas a mi niñita perdida. Las lágrimas cayeron como cascada por mis mejillas. La acuné, moviendo los brazos, suavemente, de un lado a otro, y la consolé diciéndole:

—Todo está bien, querida, todo está bien.

Cuando me enjuagué los ojos y los abrí, una octoaraña estaba parada en la entrada al museo. En ese momento no se movía, como si hubiera estado observando el encuentro entre madre e hija. Quedé paralizada, invadida por una ola de emociones que iban desde la alegría hasta el terror más descarnado.

Katie sintió mi miedo.

—No te preocupes, mamá —me dijo, mirando por sobre el hombro a la

octoaraña—. No te va a herir. Tan sólo quiere mirar. Estuvo cerca de mí muchas veces.

Mi nivel de adrenalina había alcanzado el punto más elevado de toda mi vida. La octoaraña seguía parada (o sentada, lo que fuere que hacen las octoarañas cuando no se están moviendo) en la puerta. Su gran cabeza negra, que era de forma casi esférica, se asentaba sobre un cuerpo que se extendía, cerca del piso, hasta los ocho tentáculos rayados en blanco y dorado. En el centro de la cabeza había dos depresiones simétricas respecto de un eje invisible, que iban desde la parte superior hasta la inferior. Centrada con precisión entre las dos depresiones, a un metro aproximadamente por encima del piso, había una asombrosa estructura lenticular, de diez centímetros de lado, que era una combinación gelatinosa de líneas de red más material fluido blanco y negro. Mientras la octoaraña nos miraba fijo, la actividad de la lente era incesante.

Había otros órganos incrustados en el cuerpo, situados entre las dos depresiones, tanto por encima como por debajo de la lente, pero yo no tenía tiempo para estudiarlos: la octoaraña se desplazaba hacia nosotros en la sala y, a pesar de las afirmaciones de Katie, mi miedo regresó con toda la fuerza. El sonido de los cepillos era producido por estructuras parecidas a cilias que salían de la parte inferior de los tentáculos y que, cuando éstos se movían, se arrastraban por el piso. El gemido en alta frecuencia surgía de un pequeño orificio ubicado en el extremo inferior derecho de la cabeza.

Durante varios segundos, inmovilizó mis procesos de pensamiento. A medida que ese ser se nos acercaba, predominaron mis reacciones naturales de huida. Por desgracia, eran inútiles en nuestra situación: no había adonde correr.

La octoaraña no se detuvo hasta que se encontró a cinco metros de distancia de nosotras. Yo había puesto a Katie con la espalda apoyada contra la pared y me había parado entre ella y la octoaraña. Alce la mano. Una vez más, hubo un súbito incremento en la actividad de esa misteriosa lente. De repente, tuve una idea. Metí la mano en mi traje de vuelo y extraje la computadora. Con dedos temblorosos (la octoaraña había levantado un par de tentáculos delante de su lente: pensándolo en retrospectiva, me pregunto si en ese momento creyó que iba a extraer un arma) hice aparecer la imagen de Richard en el monitor y después extendí los brazos hacia la octoaraña, para mostrarle con toda claridad lo que aparecía en la pantalla.

Cuando no hice más movimientos, el ser lentamente regresó sus dos tentáculos

protectores al piso. Se quedó contemplando el monitor durante casi un minuto y después, para gran sorpresa mía, una onda de coloración púrpura brillante le recorrió todo el perímetro de la cabeza empezando en el borde de su depresión. Unos segundos después, el púrpura fue reemplazado por un arco iris rojo, azul y verde —cada una de las bandas de espesor diferente—, que también surgió de la misma depresión y que, después de dar toda la vuelta a la cabeza, desapareció en la depresión paralela a casi trescientos sesenta grados de distancia.

Tanto Katie como yo nos quedamos mirando asombradas. La octoaraña levantó uno de los tentáculos, señaló el monitor y repitió la onda ancha en púrpura. Instantes después, y al igual que antes, apareció el mismo arco iris.

—Nos está hablando, mamita —dijo Katie con tranquilidad.

—Creo que tienes razón —contesté—. Pero no tengo la menor idea de qué está diciendo.

Después de esperar durante un tiempo que pareció una eternidad, la octoaraña empezó a desplazarse hacia la entrada, un tentáculo extendido haciéndonos señales para que la siguiéramos. No había más bandas de color. Katie y yo nos tomamos de la mano y la seguimos con cautela. Mi hija empezó a mirar alrededor y, por primera vez, advirtió las fotografías que colgaban de la pared.

—Mira, mamita —dijo—, tienen fotos de nuestra familia.

Con un gesto le ordené que se callara y le dije que prestara atención a la octoaraña. El ser había retrocedido hacia el túnel y se dirigía al corredor vertical con púas y a las gaterías subterráneas. Ésa era la apertura que yo necesitaba. Levanté a Katie, le dije que se colgara fuertemente de mí y salí corriendo por el túnel a toda velocidad. Mis pies apenas si tocaron el suelo hasta que subí a la rampa y regresé a Nueva York.

Michael quedó extático al ver a Katie sana y salva, aunque se preocupó (como todavía lo estoy yo) por el hecho de que hubiera cámaras ocultas en las paredes y en los techos de nuestros aposentos. Nunca llegué a regañar adecuadamente a Katie por haber salido sola: me sentía demasiado aliviada tan sólo con haberla encontrado. Katie le dijo a Simone que había tenido una "aventura" fabulosa y que la octoaraña era "buena". Así es el mundo de la niña.

¡Qué alegría! ¡Hemos encontrado a Richard! ¡Todavía está vivo! A duras penas, pues se encuentra en un coma profundo y tiene fiebre alta pero, de todos modos, está vivo.

Katie y Simone lo encontraron esta mañana, tendido en el suelo, a menos de cincuenta metros de la abertura de nuestro túnel. Los tres planeábamos jugar al fútbol en la plaza y estábamos listos para irnos del túnel, cuando Michael me llamó y me hizo regresar por algo. Les dije a las niñas que me esperaran en la zona que estaba alrededor de la entrada al túnel. Cuando las dos empezaron a gritar, pocos minutos después, pensé que algo temblé había sucedido. Subí las escaleras corriendo y, de inmediato, vi a la distancia el cuerpo de Richard en estado de coma.

Al principio tuve miedo de que Richard estuviera muerto. El médico que hay en mí, inmediatamente se puso a trabajar, revisando sus signos vitales. Las niñas estaban encima de mí mientras yo lo examinaba. Katie en especial: ella seguía diciendo, una y otra vez:

—¿Está vivo papito? ¡Oh, mamita, haz que papito se ponga bien!

Una vez que confirmé que se hallaba en coma, Michael y Simone me ayudaron a bajarlo por las escaleras. Le inyecté un equipo de sondas biométricas en su sistema orgánico y, desde entonces, no dejé de controlar la información que esas sondas me daban.

Le quité las ropas y lo revisé de la cabeza a los pies. Tiene algunos rasguños y magulladuras que no le había visto antes, pero eso era de esperar después de todo este tiempo. El recuento de células sanguíneas está peculiarmente próximo a lo normal. Yo esperaba encontrar anomalías con los glóbulos blancos, dada la temperatura de casi cuarenta grados que tiene Richard.

Hubo otra gran sorpresa cuando examinamos en detalle la ropa de Richard: en el bolsillo de su chaqueta encontramos los robots shakespeareanos Príncipe Hal y Falstaff, que habían desaparecido nueve años atrás en el extraño mundo que estaba debajo del corredor con púas que creíamos era la guarida de las octoarañas. De alguna manera, Richard debió de haber convencido a esos seres para que le devolvieran sus compañeros de juego.

Ahora, ya hace siete horas que he estado sentada al lado de Richard. La mayor parte del tiempo de esta mañana, otros miembros de la familia también estuvieron aquí, pero, durante la última hora, Richard y yo estuvimos solos. Mis ojos se regodearon contemplando su rostro durante varios minutos seguidos, mis manos

vagaron por su cuello, sus brazos y su espalda. Al tocarlo, se evocaron en mí un aluvión de recuerdos y, a menudo, los ojos se me llenaban de lágrimas. Nunca creí que volvería a verlo o a tocarlo de nuevo. Oh, Richard, bienvenido a casa. Bienvenido a casa, a tu esposa y a tu familia.

12

13 DE ABRIL DE 2209

Tuvimos un día increíble. Inmediatamente después del almuerzo, mientras estaba sentada al lado de Richard y hacía una revisión rutinaria de toda su biometría, Katie me preguntó si podía jugar con el Príncipe Hal y Falstaff. Le dije que sí, sin pensarlo. Estaba segura de que los robotitos no funcionaban y, para ser sincera, quería que la niña estuviera fuera de la habitación de modo que yo pudiera intentar otra técnica para sacar a Richard de su estado de coma.

Nunca he visto un coma que se parezca siquiera remotamente al de Richard: la mayor parte del tiempo tiene los ojos abiertos y, en ocasiones, hasta parece que siguen un objeto dentro de su campo visual. Pero no hay otras señales de vida o de conciencia. Ningún músculo se mueve jamás. He utilizado variedad de estímulos, algunos mecánicos, la mayoría químicos, para tratar de despertarlo del estado de coma: ninguno de ellos funcionó. Ésa es la razón por la que no estaba preparada en absoluto para lo que ocurrió hoy.

Diez minutos después de que Katie se fuera oí una mezcla muy extraña de sonidos que provenía de la sala de los niños. Me levanté de al lado de Richard y salí al corredor. Antes de llegar a la sala de los niños, el extraño ruido se transformó en un diálogo entrecortado que tenía un ritmo muy peculiar.

—Hola —decía una voz que sonaba como si estuviera en el fondo de un pozo—. Somos pacíficos. Aquí está su hombre.

La voz provenía del Príncipe Hal, que estaba parado en el medio de la habitación cuando ingresé en la sala. Las niñas estaban en el piso rodeando al robot, un tanto vacilantes, con la salvedad de Katie: la niña estaba claramente exaltada.

—Simplemente estaba jugando con los botones —me dijo Katie como explicación cuando le lancé una mirada inquisitiva—, y de repente empezó a hablar.

Ningún movimiento acompañaba el discurso del Príncipe Hal. Qué peculiar, pensé, recordando que Richard se enorgullecía del hecho de que los robots siempre se movían y hablaban en forma coordinada. "Richard no hizo esto", me dijo una voz dentro de mí pero, en principio, deseché la idea. Me dejé caer en el suelo, al lado de los niños.

—Hola. Somos pacíficos. Aquí está su hombre —dijo el Príncipe Hal otra vez, varios segundos más tarde. Esta vez, una sensación de temor sobrenatural me invadió. Las niñas todavía estaban riendo pero se detuvieron al advertir la extraña expresión que yo tenía en la cara. Benjy gateó hacia mí, se puso a mi lado y me aferró la mano.

Estábamos sentados en el piso de espaldas a la puerta. Súbitamente tuve la sensación de que había alguien detrás de mí. Me di vuelta y vi a Richard parado en la puerta. Quedé sin aliento y me puse de pie de un salto, justo en el momento en que él se desplomaba y perdía la conciencia.

Todos los niños gritaron y empezaron a llorar. Traté de consolarlos después de hacer un rápido examen a Richard. Puesto que Michael estaba en la parte superior en Nueva York, llevando a cabo su caminata de las lardes, atendí a Richard en el piso, fuera de la sala de los niños, durante más de una hora. Durante ese lapso lo observé con mucho detenimiento: estaba exactamente igual que cuando lo dejé antes, en el dormitorio. No había señales evidentes de que hubiera estado despierto durante treinta o cuarenta segundos en el ínterin.

Cuando Michael regresó, me ayudó a cargar a Richard hasta el dormitorio. Charlamos durante más de una hora acerca de por qué Richard habla despertado de manera tan brusca. Más tarde leí y releí todos y cada uno de los artículos sobre coma que había en mis textos de medicina. Estoy convencida de que el coma de Richard se produce por una mezcla de problemas físicos y psicológicos. En mi opinión, el sonido de esa voz extraña indujo en él un trauma que, en forma temporaria, anuló los factores que producían el coma.

Pero, ¿por qué volvió, entonces, a recaer tan pronto? Ése es un asunto más difícil. Quizás había agotado su reducida base de energía al recorrer la sala de estar. No hay manera de que podamos saberlo en realidad. De hecho, no podemos responder la mayoría de las preguntas sobre lo que ocurrió hoy y entre ellas la que Katie sigue formulando:

¿Quiénes son los que dicen ser pacíficos?

1° DE MAYO DE 2209

Debemos registrar que hoy Richard Colin Wakefield realmente reconoció a su familia y pronunció sus primeras palabras. Durante casi una semana se estuvo preparando para este momento, al principio dando señales de reconocimiento con el rostro y los ojos y después moviendo los labios como si formara palabras. Me sonrió esta mañana y casi dijo mi nombre pero su primera palabra real fue "Katie", pronunciada esta tarde después de que su adorada hija le brindó uno de sus enérgicos abrazos.

En la familia hay una sensación de euforia, especialmente entre las niñas, que están celebrando el regreso de su padre. Respectivamente les dije a Simone y a Katie que la rehabilitación de Richard, casi con seguridad, va a ser larga y dolorosa, pero supongo que son demasiado jóvenes como para comprender lo que eso quiere decir.

Soy una mujer muy feliz. Me fue imposible contener las lágrimas cuando Richard, en forma perfectamente reconocible, susurró "Nicole" en mi oído, inmediatamente antes de la cena. Aun cuando me doy cuenta de que mi marido está todavía muy lejos de lo normal, estoy segura de que, con el tiempo, se va a recuperar y esto me llena el corazón de alegría.

18 DE AGOSTO DE 2209

Lenta pero seguramente Richard sigue mejorando. Ahora solamente duerme doce horas por día, puede caminar cerca de un kilómetro sin fatigarse y es capaz de concentrarse en algún problema, si éste es realmente interesante. Todavía no empezó a interactuar con los ramanes a través del teclado y de la pantalla. Sin embargo, ha desarmado al Príncipe Hal y tratado, infructuosamente, de determinar qué produjo la extraña voz en la sala de los niños.

Richard es el primero en admitir que no es el mismo de antes. Cuando puede hablar al respecto, dice que se encuentra "en medio de una niebla, como si fuera un sueño no muy definido". Han pasado más de tres meses desde que recuperó la conciencia pero todavía no puede recordar mucho sobre lo que le ocurrió después de que nos dejó. Cree que estuvo en coma durante casi todo el último año y su

estimación se basa más sobre vagas sensaciones que sobre algún hecho en particular.

Richard insiste en que vivió en la guarida de los avianos durante algunos meses y que estuvo presente cuando se llevó a cabo una espectacular cremación. No puede brindar más detalles. También sostuvo, dos veces, que exploró el Hemicilíndro Austral y que encontró la ciudad principal de las octoarañas cerca del Tazón Austral, pero, dado que lo que *puede* recordar cambia de un día a otro, es difícil darle mucho crédito a algún recuerdo específico.

Ya cambié el equipo biométrico de Richard dos veces y tengo registros muy extensos de todos sus parámetros críticos. Sus gráficas son normales salvo en dos áreas: la actividad mental y la temperatura. Sus ondas cerebrales diarias desafían las descripciones. En mi enciclopedia médica no hay ninguna información que me permita interpretar alguna de estas gráficas y mucho menos todo el conjunto. En ocasiones el nivel de actividad de su cerebro es astronómicamente elevado; en otras parece detenerse por completo. Las mediciones electroquímicas son también igualmente peculiares. Su hipocampo está virtualmente aletargado y eso podría explicar por qué Richard está experimentando tales dificultades con la memoria.

Su temperatura también es absolutamente anormal. Se mantuvo estable durante dos meses en 37,8 grados Celsius, ocho décimas de grado por encima de lo que es normal para un ser humano. Revisé todos sus registros previos al vuelo: la temperatura "normal" de Richard en la Tierra era un valor muy constante de 36,9. No puedo explicar por qué persiste esta temperatura elevada. Es como si su cuerpo y algún agente patógeno estuvieran en equilibrio estable, ninguno con la suficiente fuerza como para vencer al otro. Pero, ¿qué agente patógeno podría ser el que elude todos mis intentos por identificarlo?

Todos los niños se sintieron particularmente decepcionados por el comportamiento indiferente de Richard. Es probable que durante su ausencia, le hayamos dado a Richard un leve carácter mítico, pero no hay dudas de que antes era un hombre pleno de energías. Este nuevo Richard no es más que la sombra de su antigua manera de ser. Katie jura y perjura que luchaba y jugaba vigorosamente con su papito cuando no tenía más que dos años (es indudable que los recuerdos de Katie se vieron reforzados por los cuentos que Michael, Simone y yo le narramos mientras Richard estaba ausente) y, a menudo, está muy enojada por el hecho de que Richard pase tan poco tiempo con ella ahora. Trato de explicarle que "papito

todavía está enfermo", pero no creo que mi explicación la apacigüe.

A las veinticuatro horas del regreso de Richard, Michael mudó todas mis cosas de vuelta a esta habitación. ¡Es un hombre tan dulce! Pasó por otra intensa fase religiosa durante varias semanas (supongo que, en su mente, necesitaba obtener el perdón por algunos pecados bastante penosos) pero desde ese entonces se moderó debido a la enorme carga que debo soportar, Ha sido maravilloso con los niños.

Simone actúa como una segunda madre. Benjy la adora y ella tiene una paciencia increíble con él. Desde que comentó varias veces que Benjy era "un poquitín lento", Michael y yo le hemos hablado a Simone sobre el síndrome de Whittingham. Todavía no se lo hemos contado a Katie. En este preciso momento, Katie está pasando por una etapa difícil. Ni siquiera Patrick, que la sigue por todas partes como un cachorrito, le puede levantar el ánimo.

Todos sabemos, incluso los niños, que alguien nos vigila. Revisamos muy cuidadosamente todas las paredes de la sala de los niños, casi como si fuera un juego, y en el acabado de la superficie encontramos varias diminutas irregularidades, a las que denominamos cámaras. Las arrancamos con nuestras herramientas pero no pudimos decir en forma definitiva que realmente habíamos encontrado dispositivos de vigilancia. Quizás sean tan pequeños que no los podamos ver sin microscopio. Por lo menos, Richard recordó su dicho favorito respecto de que la tecnología evolucionada de los extraterrestres sería indistinguible de la magia.

Katie fue la más perturbada por las cámaras intrusas de las octoarañas. Habló abiertamente y con resentimiento de la intrusión de esos seres en su "vida privada". Es probable que Katie tenga más secretos que cualquiera de nosotros. Cuando Simone le dijo a su hermana menor que realmente eso no era importante porque "después de todo, Dios también nos está observando todo el tiempo", tuvimos nuestra primera discusión sobre religión entre hermanos. Katie replicó con un "Mierda", una palabra bastante desagradable para que la use una niña de seis años. Esa expresión de Katie me recordó que debo ser más cuidadosa con mi propio lenguaje.

Un día del mes pasado llevé a Richard a la guarida de los avianos para ver si, a lo mejor, el estar ahí la refrescaba la memoria. Se asustó mucho cuando estuvimos en el túnel que da al corredor vertical.

—Oscuro —le oí murmurar—. No puedo ver en la oscuridad. Pero *ellas* pueden ver en la oscuridad.

Después de que pasamos el agua y la cisterna, no caminé más, de modo que lo traje de vuelta al túnel.

Richard sabe que tanto Benjy como Patrick son hijos de Michael y, probablemente, sospecha que Michael y yo vivimos como marido y mujer durante parte del tiempo que él estuvo afuera, pero nunca hizo comentarios al respecto. Tanto Michael como yo estamos preparados para pedirle perdón a Richard y para subrayarle que no fuimos amantes (salvo por la concepción de Benjy), hasta que Richard estuvo desaparecido durante dos años. Sin embargo, por el momento, Richard no parece estar muy interesado en el tema.

Desde poco después de que despertó de su coma, Richard y yo hemos compartido la antigua estera conyugal. Nos hemos tocado mucho y hemos actuado en forma muy amistosa pero hasta hace dos semanas no hubo contacto sexual alguno. De hecho, yo estaba empezando a pensar que el sexo era otra de las cosas que se le habían borrado de la memoria por lo falto de reacción que había estado ante mis ocasionales besos provocativos.

Llegó una noche, sin embargo, en la que repentinamente el antiguo Richard estuvo en la cama conmigo. Ésta es una pauta de conducta que también se estuvo produciendo en otros campos: de vez en cuando, su agudeza, energía e inteligencia antiguas están presentes. Todas durante un breve lapso. De todos modos, el antiguo Richard era ardiente, divertido e imaginativo. Era como el paraíso para mí. Recordé niveles de placer que yo había enterrado hacía mucho tiempo.

Su interés sexual continuó durante tres noches consecutivas. Después desapareció de manera tan brusca como había llegado. Al principio quedé decepcionada. (¿No es esa la naturaleza humana? La mayor parte del tiempo queremos que las cosas sean mejor y cuando son tan buenas como pueden ser, queremos que duren para siempre), pero ahora acepté que esta faceta de su personalidad también tiene que sufrir un proceso de curación.

Anoche Richard computó nuestra trayectoria, por primera vez desde que regresó a nosotros. Tanto Michael como yo estábamos encantados.

—Todavía estamos manteniendo la misma dirección —declaró con orgullo—, ahora nos encontramos a menos de tres años luz de Sirio.

Cuarenta y seis años de edad. Ahora mi cabello está gris, principalmente en los costados y en la parte delantera. Allá en la Tierra yo habría estado debatiendo respecto de teñirlo o no. Aquí, en Rama, no importa.

Soy demasiado vieja como para estar embarazada. Debería decirle eso a la niña que está creciendo dentro de mi útero. Quedé sumamente asombrada cuando me di cuenta de que, en verdad, estaba embarazada otra vez. La aparición de la menopausia ya había comenzado con sus extrañas oleadas de calor, con momentos en los que yo perdía la cabeza y con menstruaciones totalmente impredecibles. Pero el espermatozoide de Richard ha producido un bebé más, otro agregado a esta familia que flota a la deriva en el espacio.

Si nunca volvemos a encontrar a otro ser humano (y Eleanor Joan Wakefield resulta ser una beba sana, lo que parece probable en estos momentos), entonces habrá un total de seis combinaciones parentales posibles para nuestros nietos. Casi con seguridad todas esas permutaciones no se van a producir, pero resulta fascinante de imaginar. Yo solía pensar que Simone se casaría con Benjy y Katie con Patrick, pero, ¿dónde encaja Ellie en la ecuación?

Éste es mi décimo cumpleaños a bordo de Rama. Parece completamente imposible que haya pasado sólo el veinte por ciento de mi vida en este gigantesco cilindro. ¿Tuve otra vida antes, en aquel planeta oceánico, a billones de kilómetros de distancia? ¿Realmente conocí a otra gente adulta además de Richard Wakefield y Michael O'Toole? ¿Verdaderamente fue Pierre des Jardins, el famoso escritor de ficción histórica, mi padre? ¿Tuve un amorío maravilloso y secreto con Henry, Príncipe de Gales, que dio por resultado a mi maravillosa hija, Genevieve? Nada de esto parece posible. Por lo menos, no hoy, en mi cumpleaños número cuarenta y seis. Es gracioso: Richard y Michael me preguntaron, una vez cada uno, sobre el padre de Genevieve. Todavía no se lo dije a nadie. ¿No es eso ridículo? ¿Qué importancia podría tener aquí, en Rama? Ninguna en absoluto. Pero ha sido mi secreto (únicamente compartido con mi padre) desde el momento de la concepción de Genevieve. Ella fue *mi* hija; yo la traje al mundo y yo la crié. Siempre me dije que su padre biológico no tenía importancia alguna.

Esto es, naturalmente, pura palabrería. Otra vez esa palabra. El doctor David Brown la usaba con frecuencia. Por Dios. No he pensado en los demás cosmonautas de la *Newton* durante años. Me pregunto si Francesca y sus amigos se largaron con los millones de la misión Newton. Espero que Janos haya obtenido su

parte. El estimado señor Tabori, un hombre absolutamente encantador. También me pregunto cómo les explicaron a los ciudadanos de la Tierra que Rama escapó de la falange nuclear. Realmente, Nicole, éste es un cumpleaños típico: un largo, desestructurado viaje a lo largo de la avenida de los recuerdos.

¡Francesca era tan hermosa! Siempre tuve celos de lo bien que se manejaba con la gente. ¿Los narcotizó a Borsov y a Wilson? Es probable. Ni por un minuto se me ocurre creer que ella intentara matar a Valen. Pero tenía una moral verdaderamente retorcida como la mayor parte de la gente ambiciosa.

Me divierte cuando echo una mirada retrospectiva a lo obsesiva que era como madre joven a los veinte años. Tenía que tener éxito en todo. Mi ambición era completamente diferente de la de Francesca: yo quería mostrarle al mundo que podía jugar según todas las reglas y vencer, exactamente como había hecho con el salto triple en los Juegos Olímpicos. ¿Qué podía ser más difícil para una mujer soltera que ser elegida cosmonauta? Por cierto que, durante esos años, yo estaba satisfecha de mí misma. Fue una suerte para mí y para Genevieve que papa hubiera estado ahí.

Naturalmente yo sabía, cada vez que la miraba a Genevieve, que la marca de Henry era evidente: desde la parte superior de los labios hasta la parte inferior del mentón, la niña es una copia exacta de él. Y realmente no quise negar la genética. Era tan importante para mí lograr las cosas por mí misma, demostrarme que yo era una mujer y una madre espléndida, aun si no era apta para ser la reina.

Era demasiado negra para ser la reina Nicole de Inglaterra o siquiera Juana de Arco en uno de esos espectáculos públicos conmemorativos del aniversario de Francia. Me pregunto cuántos años más van a transcurrir antes de que el color de la piel ya no sea motivo de desacuerdo entre los seres humanos de la Tierra. ¿Quinientos años? ¿Mil? ¿Qué fue lo que el norteamericano William Faulkner dijo, algo respecto de que Sambo únicamente va a ser libre cuando todos y cada uno de sus vecinos se despierten por la mañana y digan, tanto para sí mismos como para sus amigos, que Sambo es libre? Creo que tiene razón. Ya hemos visto que el prejuicio racial no se puede erradicar mediante leyes. Y ni siquiera mediante la educación. El viaje de cada persona a través de la vida tiene que tener una epifanía, un instante de verdadera conciencia, cuando esa persona se da cuenta, de una vez y para siempre de que Sambo y cualquier otra persona del mundo por más distinta que sea *tiene* que ser libre si es que vamos a sobrevivir.

Cuando había descendido al fondo de ese pozo, hace diez años, y estaba segura de que iba a morir, me pregunté qué momentos particulares de mi vida volvería a vivir si se me ofreciera la oportunidad. Aquellas horas con Henry me vinieron a la mente, a pesar del hecho de que más tarde me destrozó el corazón. Aún hoy me remontaría otra vez al momento con mi príncipe. Haber experimentado la felicidad total, incluso por sólo unos pocos minutos, por unas pocas horas, es haber estado vivo. No es tan importante, cuando nos enfrentamos con la muerte, que nuestro compañero de ese gran momento después nos haya decepcionado o traicionado. Lo que *sí* es importante es esa sensación de momentáneo gozo tan grande que se siente cuando se ha trascendido la Tierra.

Me incomodaba un poco, cuando estaba en el pozo, que mis recuerdos de Henry estuvieran en un pie de igualdad con los de mi padre, mi madre y mi hija. Pero, desde ese entonces, me he dado cuenta de que no soy la única que acaricia las remembranzas de aquellas horas con Henry. Toda persona tiene momentos o acontecimientos muy especiales que le pertenecen en forma exclusiva y que están celosamente protegidos por el corazón.

Mi única amiga íntima en la universidad, Gabrielle Moreau, pasó una noche con Genevieve y conmigo en Beauvois el año anterior a que la expedición Newton se lanzara. No nos habíamos visto durante siete años y pasamos la mayor parte de la noche hablando, principalmente sobre los sucesos emocionales más relevantes de nuestra vida. Gabrielle estaba extremadamente feliz: tenía un marido bien parecido, sensible, exitoso; tres hijos sanos y encantadores, y una hermosa finca solariega cerca de Chinan. Pero el momento "más maravilloso" de Gabrielle, me confío esa noche con una sonrisa añorada, había ocurrido antes de que conociera a su marido. Se había enamorado profundamente, cuando era una colegiala, de un famoso astro de cine que un día estuvo por casualidad filmando en escenarios naturales en Tours. De algún modo, Gabrielle se las arregló para encontrarse con él en la habitación de su hotel y conversar en privado durante casi una hora. Antes de que ella se fuera, el actor la besó, una sola vez, en los labios. Ése fue el recuerdo más preciado de Gabrielle.

Mi príncipe, ayer hizo diez años desde que te vi por última vez. ¿Eres feliz? ¿Eres un buen rey? ¿Alguna vez piensas en la campeona olímpica negra que se entregó a ti, su primer amor, con total abandono?

Me formulaste una pregunta indirecta, ese día en la pista de esquí, respecto del

padre de mi hija. Te negué la respuesta sin darme cuenta de que mi negativa significaba que todavía no te había perdonado por completo. Si me lo preguntaras hoy, mi príncipe, muy gustosamente te lo diría. Sí, Henry Rex, Rey de Inglaterra, *tú* eres el padre de Genevieve des Jardins. Ve a ella, conócela, ama a sus hijos. Yo no puedo. Yo estoy a más de cincuenta mil millones de kilómetros de distancia.

13

30 DE JUNIO DE 2213

Anoche todo el mundo estaba demasiado alterado como para dormir. Salvo Benjy, bendito sea, que sencillamente no pudo comprender lo que le decíamos. Simone le explicó muchas veces que nuestro hogar está afuera de una gigantesca nave espacial cilíndrica —hasta le ha mostrado en la pantalla negra las diferentes vistas de Rama tomadas desde los sensores externos—, pero sigue sin poder captar el concepto.

Ayer, cuando sonó el silbato, Richard, Michael y yo nos miramos durante varios segundos. Había pasado tanto tiempo desde que lo oímos por última vez. Después todos empezamos a hablar a la vez. Los niños, incluyendo a la pequeña Ellie, tenían cientos de preguntas y podían sentir nuestra exaltación. Los siete fuimos hacia la parte superior de inmediato. Richard y Katie corrieron hacia el mar sin esperar al resto de la familia. Simone caminó con Benjy; Michael, con Patrick. Yo llevé a Ellie porque sus piernitas no se movían lo suficientemente rápido.

Katie rebozaba de entusiasmo cuando volvió a la carrera para encontrarnos.

—Vengan, vengan —dijo, agarrándola a Simone de la mano—. Tienen que verlo. Es asombroso. Los colores son fantásticos.

Por cierto que lo eran. Los arcos irisados de luz chisporroteaban de cuerno a cuerno e iluminaban la noche de Rama con un despliegue imponente. Benjy tenía la mirada fija en el sur y estaba con la boca abierta. Después de muchos segundos, sonrió y se volvió hacia Simone.

—Es her-mo-so —dijo lentamente, orgulloso de cómo usaba la palabra.

—Así es, Benjy —respondió Simone—. Muy hermoso.

—Muy-her-mo-so —repitió Benjy, dándose vuelta para mirar las luces.

Ninguno de nosotros dijo mucho respecto de la exhibición, pero, después de que regresamos al túnel, la conversación discurrió sin cesar durante horas. Naturalmente, alguien tenía que explicar todo a los niños. Simone era la única que había nacido en la época de la última maniobra, y en ese entonces, no era más que un bebé. Richard fue quien se hizo cargo de las explicaciones. La exhibición de silbidos y luces realmente le impartían energías (se parecía más a sí mismo anoche que en cualquier momento posterior a su regreso), y era, al mismo tiempo, entretenido e informativo cuando narraba todo lo que sabíamos sobre los silbidos, las exhibiciones de luz y las maniobras ramanas.

—¿Crees que las octoarañas van a regresar a Nueva York? —preguntó Katie, con expectación.

—No lo sé —contestó Richard—, pero es, sin lugar a dudas, una posibilidad.

Katie pasó los quince minutos siguientes contándole a todo el mundo, por enésima vez, sobre nuestro encuentro, hacía ya cuatro años, con la octoaraña. Como siempre, adornó y exageró algunos de los detalles, en especial aquella parte del relato correspondiente al momento en que estuvo a solas antes de que me viera en el museo.

Patrick adora el relato. Quiere que Katie se lo cuente todo el tiempo.

—Ahí estaba yo —dijo Katie anoche—, tendida sobre mi vientre, la cabeza asomándose por encima del borde de un gigantesco cilindro redondo que caía hacia la oscura lobreguez. De los costados del cilindro sobresalían púas de plata que yo podría ver destellando bajo la mortecina luz. "Eh", grité "¿hay alguien ahí abajo?".

"Oí un sonido, como el de cepillos metálicos que se arrastraban además de un chirrido. Se encendieron luces debajo de mí. En el fondo del cilindro, había una cosa negra que empezaba a trepar por las púas, con cabeza redonda y ocho tentáculos en colores negro y dorado. Los tentáculos se envolvían alrededor de las púas a medida que esa cosa trepaba rápidamente en dirección a mí...

—Oc-to-a-ra-ña —dijo Benjy.

Cuando Katie terminó con la narración, Richard les contó a los niños que dentro de cuatro días más era probable que el piso se empezara a sacudir. Hizo hincapié en que todo tenía que estar cuidadosamente anclado al suelo y que cada uno de nosotros tenía que estar preparado para otro conjunto de sesiones en el tanque de desaceleración. Michael señaló que, por lo menos, necesitábamos una nueva caja de juguetes para los niños, además de varias cajas resistentes para nuestras cosas.

Con el transcurso de los años, hemos acumulado tantos objetos inútiles que guardarlos todos, dentro de los próximos días, va a ser una tarea ciclópea.

Cuando Richard y yo estábamos acostados a solas en nuestra estera, nos tomamos de la mano y hablamos durante más de una hora. En un momento dado, le dije que albergaba la esperanza de que esa maniobra que se iba a producir pronto indicara el comienzo del fin de nuestro viaje en Rama.

—"La esperanza surge eterna en el corazón humano. El hombre no lo es, pero siempre será bendito."

Se incorporó durante un instante y me miró, los ojos brillantes en la penumbra.

—Alexander Pope —dijo—. Apuesto a que a él nunca se le ocurrió que lo iban a citar a sesenta mil billones de kilómetros de la Tierra.

—Pareces estar mejor, querido —dije, acariciándole el brazo. Se le frunció el ceño.

—En este preciso instante, todo parece estar claro. Pero no sé cuándo volverá la niebla. Podría ser en cualquier momento y todavía no puedo recordar más que las generalidades de lo que ocurrió durante los tres años que estuve ausente.

Se volvió a recostar.

—¿Qué crees que va a pasar? —pregunté.

—Creo que vamos a tener una maniobra —contestó—. Y espero que sea una grande. Nos estamos acercando con mucha rapidez a Sirio y vamos a tener que frenar considerablemente si es que nuestro blanco se encuentra en alguna parte del sistema de Sirio. Extendió la mano y tomó la mía. —Por ti —dijo— y, en especial, por los niños, espero que ésta no sea una falsa alarma.

8 DE JULIO DE 2213

La maniobra empezó hace cuatro días, justo a tiempo, no bien la tercera y final exhibición de luces terminó. No vimos ni oímos ningún aviano u octoaraña. tal como ocurre desde hace cuatro años. Katie estaba muy decepcionada: quería ver que todas las octoarañas regresaran a Nueva York.

Ayer, un par de biots mantis vinieron a nuestro túnel y fueron directamente al tanque de desaceleración. Llevaban un recipiente grande en el que estaban las cinco camas entretejidas nuevas (Simone, claro está, ahora necesita un tamaño diferente), y todos los cascos. Los observamos desde lejos mientras instalaban las

camas y revisaban el sistema del tanque. Los niños estaban fascinados. La breve visita de las mantis confirmó que pronto vamos a experimentar un cambio de importancia en la velocidad.

Aparentemente, Richard estaba en lo correcto con su hipótesis respecto de la conexión entre el sistema de propulsión principal y el control térmico general de Rama: la temperatura ya empezó a descender en la parte superior. En previsión de una maniobra prolongada, estuvimos ocupados empleando el teclado para solicitar ropa adecuada para climas fríos, para todos los niños.

Las constantes sacudidas otra vez están perturbando nuestra vida. Al principio, resultaba divertido para los niños, pero ya se están quejando. En cuanto a mí, estoy esperando que, ahora, estemos cerca de nuestro último destino. Aunque Michael estuvo rezando "se cumplirá la voluntad de Dios", no hay duda de que mis pocas plegarias han sido más egoístas y específicas.

1° DE SEPTIEMBRE DE 2213

Sin duda, algo nuevo está sucediendo. Durante los diez días pasados, desde el momento mismo en que terminamos en el tanque y finalizó la maniobra, nos estuvimos acercando a una fuente luminosa solitaria, ubicada a unas treinta unidades astronómicas de la estrella Sirio. Richard manejó ingeniosamente la lista de los sensores y la pantalla negra, de modo que esta fuente está en el centro mismo de nuestro monitor en todo momento, independientemente de qué telescopio ramano la esté observando.

Hace dos noches empezamos a ver alguna definición en el objeto. Especulamos que, a lo mejor, era un planeta habitado y Richard se movió afanosamente computando el suministro térmico de Sirio a un planeta cuya distancia era, aproximadamente igual a la de Neptuno a nuestro Sol. Aun cuando Sirio es mucho más grande, más brillante y más caliente que el Sol, Richard llegó a la conclusión de que nuestro paraíso, si es que éste era en verdad nuestro destino, todavía iba a seguir siendo muy frío.

Anoche pudimos ver nuestro blanco con más claridad: es una construcción alargada (Richard dice que, en consecuencia, no puede ser un planeta: cualquier cosa "que tenga ese tamaño" y que, decididamente, no es esférica, "tiene que ser artificial"), en forma de cigarro, con dos hileras de luces a lo largo de la parte

superior y de la inferior. Debido a que no sabemos bien cuán lejos está, no conocemos su tamaño con exactitud. Sin embargo, Richard estuvo haciendo algunas predicciones basadas en nuestra velocidad de aproximación, y cree que el cigarro tiene alrededor de ciento cincuenta kilómetros de largo y cincuenta de altura.

Toda la familia está sentada en la sala principal y contempla el monitor. Esta mañana tuvimos otra sorpresa: Katie nos mostró que había dos vehículos más en la vecindad de nuestro blanco. La semana pasada, Richard le había enseñado cómo modificar los sensores ramanes que suministraban la entrada a la pantalla negra y, mientras el resto de nosotros conversaba, la niña consiguió acceso al lejano sensor radar que habíamos usado por primera vez, hacía ya trece años, para identificar los misiles nucleares que venían de la Tierra. El objeto en forma de cigarro apareció en el borde del campo visual del radar. Parados justo delante del cigarro, casi indistinguibles de él dentro del amplio campo, estaban los otros dos blips. Si el gigantesco cigarro es en verdad nuestro destino entonces, a lo mejor, estamos a punto de tener compañía.

8 DE SEPTIEMBRE DE 2213

No existe forma de describir adecuadamente los acontecimientos de los cinco días pasados. El idioma no tiene adjetivos superlativos suficientes como para expresar lo que hemos visto y experimentado. Michael llegó, inclusive, al punto de comentar que el paraíso puede empalidecer, al compararlo con las maravillas de las que hemos sido testigos.

En este momento, nuestra familia está a bordo de un pequeño trasbordador sin piloto, no más grande que un ómnibus urbano de la Tierra, que nos está transportando muy aprisa desde la estación de paso hacia un destino desconocido. La estación de paso con forma de cigarro todavía es visible, pero sólo apenas, a través de la ventanilla en forma de cúpula que hay en la parte posterior de la nave. A nuestra izquierda, nuestro hogar durante trece años, la nave espacial cilíndrica a la que llamamos Rama, se dirige en una dirección ligeramente diferente de la nuestra. Partió de la estación de paso pocas horas después que nosotros, su exterior iluminado como un árbol de Navidad, y, en estos momentos, nos encontramos separados de ella por unos doscientos kilómetros.

Cuatro días y once horas atrás, nuestra nave espacial Rama se detuvo en

relación con la estación de paso. Eramos el tercer vehículo de una fila sorprendente: frente a nosotros había una estrella de mar giratoria, cuyo tamaño era, aproximadamente, un décimo del de Rama, y una rueda gigantesca, con un eje y rayos, que ingresó en la estación de paso, pocas horas después de que nos detuvimos.

La estación de paso resultó ser hueca. Cuando la rueda gigantesca penetró en el centro de la estación de paso, puentes móviles transversales y otros elementos desplegables se desplazaron para encontrarse con la rueda y dejarla fija en un sitio. Una comitiva de vehículos especiales que tenían tres formas extrañas (uno parecía un globo, otro parecía un pequeño dirigible y el tercero se asemejaba a una batisfera de la Tierra) ingresaron, entonces, en la rueda, provenientes de la estación de paso. Aunque no podíamos ver lo que estaba ocurriendo dentro de la rueda, vimos surgir a los vehículos especiales, uno por uno, a intervalos irregulares durante los dos días siguientes. Cada vehículo se reunió con un transbordador, como aquel en el que estamos volando ahora, pero de tamaño más grande. Todos estos transbordadores habían estado estacionados en la oscuridad, en el costado derecho de la estación de paso, y los habían desplazado hasta colocarlos en posición, alrededor de treinta minutos antes del encuentro.

No bien cargaban los transbordadores, partían en una dirección completamente opuesta a nuestra fila. Alrededor de una hora después de que el vehículo final surgió de la rueda, y el último transbordador partió, los cientos de piezas de equipo mecánico conectadas a la rueda se retrajeron y la gran nave espacial circular se soltó de la estación de paso.

La estrella de mar que teníamos al frente ya había ingresado en la estación de paso y otro conjunto de puentes móviles y dispositivos de fijación se encargaban de ella cuando un silbido intenso nos convocó a la parte superior de Rama. Al silbido lo siguió una exhibición luminosa que tuvo lugar en el Tazón Austral. Sin embargo, esta exhibición fue completamente diferente de las que habíamos visto antes: el Cuerno Mayor era la estrella de este nuevo espectáculo. Anillos circulares de color se formaron cerca de la punta y, después, zarparon lentamente hacia el norte, centrados a lo largo del eje de rotación de Rama. Los anillos eran enormes: Richard estimó que, por lo menos, tenían un kilómetro de diámetro y un espesor de cuarenta metros.

La oscura noche ramana se iluminó con ocho anillos de estos al mismo tiempo. El

orden siguió siendo el mismo (rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, marrón, rosado y púrpura) durante tres repeticiones. Cuando un anillo se abría y desaparecía cerca de la estación de enlace Alfa, en el Tazón Boreal de Rama, un nuevo anillo del mismo color se volvía a formar cerca de la punta del Cuerno Mayor.

Nos quedamos inmóviles, boquiabiertos, mientras tenía lugar este espectáculo. En cuanto el último anillo desapareció del tercer conjunto, ocurrió otro suceso asombroso. ¡Dentro de Rama se encendieron todas las luces! La noche ramana había comenzado nada más que tres horas antes y, durante trece años, la secuencia de noche y día había sido completamente regular. Ahora, en forma repentina, eso cambió. Y no fueron únicamente las luces. Hubo música también; por lo menos, creo que se lo podría llamar música: sonaba como millones de diminutas campanillas y parecía provenir de todas partes.

Ninguno de nosotros se movió durante muchos segundos. Después, Richard, que tenía el mejor par de binoculares, vio algo que venía volando hacia nosotros.

—Son los avianos —gritó, dando saltos en el sitio y señalando al cielo—. Acabo de recordar algo: mientras estuve en mi odisea los visité en su nuevo hogar situado en el norte.

De a uno por vez, cada uno de nosotros miró a través de los binoculares. Al principio no era seguro que Richard hubiera hecho una identificación correcta pero, a medida que se acercaban, los cincuenta o sesenta puntos se volvían bien definidos y se los podía reconocer como los grandes seres, parecidos a pájaros, que conocemos como avianos. Enfilaban directamente hacia Nueva York. La mitad de los avianos revoloteaba en el cielo, a unos trescientos metros por encima de nuestro túnel mientras la otra mitad se lanzaba en picada hacia la superficie.

—¡Por favor, papito! —gritaba Katie—. ¡Vamos!

Antes de que yo pudiera plantear alguna objeción, padre e hija habían salido a la carrera. Miraba a Katie correr. Siempre fue muy rápida. En mi memoria podía ver la garbosa carrera a través del pasto, en el parque de Chilly-Mazarin, de mi madre. No hay duda de que Katie heredó algunas características del lado materno de la familia, aun cuando es, antes que nada, la hija de su padre.

Simone y Benjy ya habían empezado a volver a nuestro túnel. Patrick estaba preocupado por los avianos.

—¿Van a lastimar a papito y a Katie? —preguntó.

Le sonreí a mi bondadoso hijo de cinco años.

—No, querido —respondí—, no si tienen cuidado.

Michael, Patrick, Ellie y yo volvimos al túnel para ver cómo procesaban la estrella de mar en la estación de paso.

No pudimos ver mucho porque todas las puertas de entrada a la estrella estaban del lado opuesto, alejadas de las cámaras ramanas, pero supusimos que estaba teniendo lugar alguna clase de actividad de descarga porque, al final, cinco transbordadores partieron hacia un nuevo lugar. Terminaron de procesar la estrella de mar muy pronto. Ya había abandonado la estación de paso antes que Richard y Katie regresaran.

—Empiecen a hacer las valijas —dijo Richard sin aliento, no bien volvió—. Nos vamos. Todos nos vamos.

—Debiste haberlos visto —le dijo Katie a Simone en forma casi simultánea—. Eran enormes. Y feos. Bajaron a su guarida...

—Los avianos regresaron para recuperar algunas cosas especiales de su guarida —la interrumpió Richard—. A lo mejor eran recuerdos. Sea como fuere, todo concuerda. Nos vamos de aquí.

Mientras yo corría por todas partes tratando de meter las cosas que nos eran esenciales en las cajas resistentes, me critiqué por no haberme dado cuenta antes de todo eso. Habíamos visto tanto a la rueda como a la estrella de mar "descargar" en la estación de paso, pero no se nos ocurrió que nosotros podríamos ser el cargamento que iba a descargar Rama.

Resultaba imposible decidir qué embalar, habíamos estado viviendo en esas seis habitaciones (incluidas las dos que habíamos dispuesto para almacenamiento) durante trece años. Probablemente habíamos solicitado un promedio de cinco artículos por día, empleando el teclado. De hecho hacía mucho que habíamos desechado la mayoría de los objetos, pero todavía... no sabíamos adonde íbamos. ¿Cómo podíamos saber qué llevar?

—¿Tienes alguna idea de qué va a pasar con nosotros? —le pregunte a Richard.

—Mi marido estaba fuera de sí tratando de resolver de qué manera iba a llevar su computadora de tamaño considerable.

—Nuestra historia, nuestra ciencia... todo lo que queda de nuestro conocimiento está ahí —dijo, señalando, presa de agitación, a la computadora—. ¿Qué pasaría si se pierde todo esto y no se puede recuperar?

Toda la computadora no pesaba más que ochenta kilogramos. Le dije a Richard

que todos podíamos ayudar a transportarla, después de que hubiéramos empacado la ropa, los efectos personales y algo de comida y agua.

—¿Tienes alguna idea de adonde estamos yendo? —repetí. Richard se encogió de hombros.

—Ni la menor idea —contestó—. Pero, dondequiera que sea, apuesto a que va a ser asombroso.

Katie entró en nuestra habitación. Llevaba una bolsita y tenía los ojos llenos de energía.

—Ya empaqué y estoy lista —dijo—. ¿Puedo ir arriba y esperar?

Su padre no había terminado de dar el consentimiento cuando Katie salió por la puerta como un rayo. Sacudí la cabeza, lanzándole a Richard una mirada de desaprobación, y fui por el corredor para ayudar a Simone y a los demás niños. Para los muchachos, el proceso de empacar fue difícil. Benjy estaba malhumorado y confundido; hasta Patrick estaba irritable. Simone y yo acabábamos de terminar (el trabajo resultó imposible hasta que obligamos a los chicos a dormir la siesta), cuando Richard y Katie regresaron de la superficie.

—Nuestro vehículo está aquí —dijo Richard con calma, reprimiendo la exaltación.

—Está estacionado sobre el hielo —agregó Katie, quitándose sus gruesos abrigos y guantes.

—¿Cómo sabes que es el nuestro? —preguntó Michael. Había ingresado en la habitación tan sólo instantes después de Richard y Katie.

—Tiene ocho asientos y sitio para nuestros bolsos —contestó mi hija de diez años—. ¿De quién más podría ser?

—Para quién —corregí mecánicamente, tratando de integrar esta última información. Me sentía como si hubiera estado bebiendo de una manguera para incendios durante cuatro días consecutivos.

—¿Viste alguna octoaraña? —preguntó Patrick.

—Oc-to-a-ra-ña —repitió Benjy con cuidado.

—No —repuso Katie—, pero sí vimos cuatro aviones del tamaño de un mamut, verdaderamente planos, con alas anchas. Volaron sobre nuestras cabezas, viniendo desde el sur. Creemos que los aviones planos transportaban las octos, ¿no, papá?

Richard asintió con la cabeza.

Respiré hondo.

—Muy bien, pues —dije—. Arrópanse bien todos. Vamos. Lleven los bolsos

primero, Richard, Michael y yo haremos un segundo viaje por la computadora.

Una hora más tarde, todos estábamos en el vehículo. Habíamos trepado la escalera de nuestro túnel por última vez. Richard apretó un botón rojo destellante y nuestro helicóptero ramano (lo llamo así porque remontaba vuelo en forma vertical, no porque tuviera palas rotatorias) se levantó del piso.

Nuestro vuelo fue lento y vertical durante los primeros cinco minutos. Una vez que estuvimos próximos al eje de rotación de Rama donde no había gravedad y existía muy poca atmósfera, el vehículo estuvo suspendido en el mismo lugar durante dos o tres minutos, al tiempo que alteraba su configuración externa.

Era una imponente imagen final de Rama. Muchos kilómetros por debajo de nosotros, nuestro hogar isla no era más que una mancha grisácea, marrón en medio del mar congelado que circundaba el gigantesco cilindro. Pude ver los cuernos en el sur más claramente que nunca antes. Esas sorprendentemente largas estructuras, sostenidas por enormes pilares volantes más grandes que pueblos pequeños de la Tierra, apuntaban todas directamente hacia el norte.

Me sentí extrañamente conmovida cuando nuestra nave se empezó a desplazar otra vez. Después de todo, Rama había sido mi hogar durante trece años. Había dado a luz cinco hijos allí. También maduré, recuerdo haber dicho, y, finalmente, quizá me esté transformando en la persona que siempre quise ser.

Había muy poco tiempo para pensar en lo que había sido. Una vez que el cambio de configuración externa se completó, nuestro vehículo se deslizó raudamente a lo largo del eje de rotación, hasta el eje boreal, en cuestión de pocos minutos. Menos de una hora más tarde, todos estábamos ubicados a salvo en este transbordador. Habíamos dejado Rama Sabia que nunca volveríamos. Me enjuagué las lágrimas, cuando el transbordador se separó de la estación de paso.

En El Nudo

1

Nicole estaba bailando. Su compañero de vals era Henry. Eran jóvenes y estaban muy enamorados. La hermosa música llenaba el inmenso salón de baile, mientras alrededor de veinte parejas se desplazaban por la pista siguiendo el ritmo. Nicole

estaba hermosísima en su vestido blanco largo. Los ojos de Henry estaban fijos en los de ella. La sostenía con firmeza por la cintura pero, de algún modo, Nicole se sentía completamente libre.

El padre de ella era una de las personas que estaban paradas bordeando la pista. Estaba apoyado contra una enorme columna que se alzaba casi seis metros, hasta el techo abovedado. Saludaba con la mano y sonreía mientras Nicole bailaba en brazos de su príncipe.

El vals pareció durar eternamente. Cuando finalmente terminó, Henry tomó las manos de Nicole y le dijo que tenía que preguntarle algo muy importante. En ese preciso momento, el padre de ella le tocó la espalda.

—Nicole —susurró—, nos tenemos que ir. Es muy tarde. Nicole le hizo una reverencia al príncipe. Henry estaba renuente a soltarle las manos.

—Mañana —dijo—. Hablaremos mañana. Le tiró un beso mientras Nicole abandonaba la pista.

Cuando Nicole salió del salón, ya casi era de noche. El Sedan de su padre aguardaba. Instantes después se desplazaban velozmente por la autopista que estaba junto al Loire y estaba vestida con blusa y pantalones de jean. Nicole era más joven ahora, tenía catorce años, quizás, y su padre estaba manejando mucho más rápidamente que de costumbre.

—No queremos llegar tarde —dijo su padre—, la representación empieza a las ocho en punto.

El Château d'Ussés se alzaba delante de ellos. Con sus muchas terrazas y cúspides, el castillo había sido la inspiración para la narración original de la Bella Durmiente. No estaba más que a unos pocos kilómetros, río abajo, de Beauvois, y siempre había sido uno de los sitios favoritos del padre de Nicole.

Era la tarde de la exhibición anual al aire libre del cuento de la Bella Durmiente que se volvía a representar en vivo al público. Pierre y Nicole asistían todos los años. Cada vez, Nicole anhelaba con desesperación que Aurora evitara la mortal rueda que la iba a sumir en un sueño profundo. Y cada año derramaba lágrimas de adolescente cuando el beso del apuesto príncipe despertaba a la bella de su sueño, parecido a la muerte.

La exhibición había terminado; el público se había ido. Nicole estaba subiendo por la escalera de caracol que llevaba a la terraza en la que, supuestamente, la verdadera Bella Durmiente había caído en profundo sueño. La adolescente subía las

escaleras a la carrera, riendo, dejando al padre mucho más atrás.

La habitación de Aurora estaba frente a la larga ventana Nicole contuvo el aliento y contempló el suntuoso mobiliario: la cama estaba cubierta con un dosel, las cómodas estaban ricamente ornamentadas. Todo lo que había en la habitación estaba decorado en blanco. Era espléndida. Nicole echó un vistazo hacia atrás, a la muchacha que dormía, y se quedó sin aliento: ¡era ella, Nicole, la que yacía en la cama, cubierta con un vestido blanco!

El corazón le empezó a latir furiosamente cuando oyó la puerta que se abría y los pasos que se le aproximaban en la habitación. Mantuvo los ojos cerrados cuando el primer aroma del aliento de él, con sabor a menta, le llegó a la nariz. "Es ahora", se dijo, presa de la excitación. Él la besó, suavemente, en los labios. Nicole se sintió como si hubiera estado volando sobre la más suave de todas las nubes. Todo alrededor de ella había música. Abrió los ojos y vio el sonriente rostro de Henry a nada más que centímetros de distancia. Extendió los brazos hacia él y él la besó otra vez, esta vez con pasión, como un hombre besa a una mujer.

Nicole le devolvió el beso, sin el menor recato, dejando que su beso le dijera que ella le pertenecía. Pero él se separó. El príncipe especial de Nicole exhibía un gesto de desaprobación. Estaba retando a Nicole. Después, retrocedió lentamente y abandonó la habitación.

Cuando comenzaba a llorar, un sonido lejano invadió su sueño. Una puerta se estaba abriendo, la luz penetraba en la habitación. Nicole parpadeó; después, cerró los ojos de nuevo para protegerlos de la luz. El complicado conjunto de alambres ultradelgados parecidos al plástico, que tenía adheridos al cuerpo, automáticamente se rebobinó y retornó a los recipientes situados a cada lado de la estera de lona en la que Nicole estaba durmiendo.

Despertó muy despacio. El sueño había sido vivido en extremo. Sus sensaciones de infelicidad no se habían desvanecido tan rápido como el sueño. Trató de ahuyentar su desesperanza recordándose que nada de lo que había soñado era verdadero.

—¿Te vas a quedar acostada ahí para siempre? —su hija Katie, que había dormido al lado de ella, a su izquierda, ya estaba levantada y se inclinaba sobre la madre. Nicole sonrió.

—No —dijo—, pero admito que estoy más que un poquito atontada. Estaba en mitad de un sueño... ¿Cuánto tiempo dormimos esta vez?

—Falta un día para que hubieran sido cinco semanas —respondió Simone desde el otro lado. Su hija mayor se estaba incorporando, arreglándose, sin prestar mayor atención, el largo cabello que se le había enredado durante la prueba.

Nicole echó un vistazo al reloj de pulsera, verificó que Simone tenía razón y se incorporó. Bostezó.

—¿Cómo se sienten? —les preguntó a las dos muchachas.

—Llenas de energía —respondió Katie, ahora de once años, con una sonrisa amplia. Quiero correr, saltar, luchar con Patrick... Espero que éste sea nuestro último sueño prolongado.

—El Águila dijo que debería de serlo —contestó Nicole—. Esperan tener suficientes datos ahora. —Sonrió. —El Águila dice que las mujeres somos más difíciles de entender... debido a las turbulentas variaciones mensuales de nuestras hormonas.

Nicole se puso de pie, se estiró y le dio un beso a Katie. Después se aflojó y abrazó con fuerza a Simone. Aunque todavía no tenía catorce años, Simone era casi tan alta como Nicole. Era una joven llamativa, de tez marrón oscuro y mirada suave y sensible. Simone siempre parecía calmada y serena, en señalado contraste con la inquietud e impaciencia de Katie.

—¿Por qué Ellie no vino con nosotras a esta prueba? —preguntó Katie, un poco quejumbrosa—. Ella también es una chica, pero pareciera que nunca tiene que hacer nada.

Nicole pasó el brazo sobre el hombro de Katie, mientras las tres mujeres se dirigían hacia la puerta y hacia la luz.

—No tiene mas que cuatro años, Katie. Según el Águila, es demasiado pequeña como para que les brinde los datos críticos que todavía necesitan.

En el pequeño corredor iluminado, directamente afuera de la habitación en la que habían estado durmiendo durante cinco semanas, se pusieron sus ajustados trajes enterizos, cascos transparentes y las zapatillas que les fijaban los pies al piso. Nicole revisó cuidadosamente a las dos muchachas, antes de accionar la puerta externa del compartimiento. No necesitaba haberse preocupado: la puerta no se habría abierto si alguna de ellas no hubiese estado preparada para los cambios ambientales.

Si Nicole y sus hijas no hubieran visto varias veces antes la gran sala que había afuera del compartimiento en el que estaban, se habrían detenido, asombradas, y la habrían contemplado durante varios minutos: extendiéndose frente a ellas había una

larga cámara, de cien metros o más de longitud y de cincuenta metros de ancho. El techo que tenían sobre sus cabezas, cubierto con hileras de luces, estaba a casi cinco metros de altura. La sala parecía una mezcla de quirófano de hospital con planta de fabricación de semiconductores de la Tierra. No había paredes ni cubículos que dividieran la sala en secciones y, sin embargo, se veía con claridad que sus dimensiones rectangulares estaban subasignadas a tareas diferentes. En la sala había ajetreo: los robots estaban analizando datos provenientes de una batería de pruebas o preparando otra batería. Alrededor de los bordes de la sala había compartimentos, como aquel en el que Nicole, Simone y Katie habían dormido durante cinco semanas, en los cuales se llevaban a cabo los "experimentos".

Katie fue hacia el compartimento más cercano, a la izquierda. Estaba encajado en el rincón y se encontraba suspendido de la pared y del techo por dos ejes perpendiculares. Una pantalla de representación visual, ubicada al lado de la puerta metálica, exhibía una vasta gama de lo que, presuntamente, eran datos expresados en una extraña escritura parecida a la cuneiforme.

—¿No estuvimos en éste la última vez? —preguntó Katie, señalando el compartimento—. ¿No fue este el lugar en el que dormimos en esa peculiar espuma blanca y sentimos toda la presión?

Sus preguntas se transmitieron dentro de los cascos de su madre y de hermana. Tanto Nicole como Simone hicieron un gesto de asentimiento con la cabeza y después se unieron a Katie en la contemplación de la ininteligible pantalla.

—Su padre cree que están tratando de encontrar la manera de que podamos dormir en el transcurso de todo un régimen de aceleración que durará varios meses —dijo Nicole—. El Águila ni confirma ni niega esta conjetura.

Aunque las tres mujeres habían pasado juntas por cuatro pruebas individuales en este laboratorio, ninguna de ellas vio jamás alguna otra forma de vida o de inteligencia, salvo por algunos extraterrestres mecánicos que, aparentemente, estaban a cargo de examinarlas. Los seres humanos llamaban a estos seres "robots bloque" porque, con la excepción de los "pies" cilíndricos que les permitían rodar por el piso, todas las criaturas estaban hechas con trozos rectangulares sólidos que se parecían a los bloques con los que los niños humanos jugaban en la Tierra.

—¿Por qué creen que nunca vimos a alguno de los Otros? —preguntó ahora Katie—. Quiero decir, aquí adentro. Los hemos visto durante un segundo o dos, en el Tubo, y eso fue todo. Sabemos que están aquí: no somos los únicos a los que se

somete a pruebas.

—Esta sala está organizada en forma muy cuidadosa —le contestó su madre—, es evidente que no *debemos* ver a los Otros, más que fugazmente.

—Pero, ¿*por qué*? El Águila tendría... —insistió Katie.

—Discúlpame —interrumpió Simone—, pero creo que Bloque Grande viene a vernos.

El más grande de los robots bloque permanecía, por lo general, en la zona cuadrada de control que se hallaba en el centro de la sala y vigilaba que todos los experimentos se estuvieran efectuando. En ese momento se desplazaba hacia las mujeres, recorriendo una de los carriles que formaban un reticulado en la sala.

Katie se dirigió hacia otro compartimiento, ubicado a unos veinte metros. Desde el monitor encendido que el compartimiento tenía en su pared exterior, Katie podía saber que en el interior se estaba desarrollando un experimento. De repente y con vehemencia, empezó a golpear con su mano enguantada sobre el metal.

—¡*Katie!* —gritó Nicole.

—Deje de hacer eso. —El sonido provino de Bloque Grande en forma casi simultánea. Estaba a unos cincuenta metros y se les acercaba con mucha rapidez, —Usted no debe hacer eso —dijo en perfecto inglés.

—Y ¿qué vas a hacer al respecto? —dijo Katie, desafiante, mientras Bloque Grande, con toda su estructura de cinco metros cuadrados, no prestaba atención a Nicole y Simone y se dirigía hacia la jovencita. Nicole corrió para proteger a su hija.

—Ustedes deben irse ahora —dijo Bloque Grande, dando vueltas alrededor de Nicole y Katie a nada más que unos metros de distancia. —Su prueba ha concluido. La salida está por ahí, en el lugar donde están destellando las luces.

Nicole tironeó con firmeza del brazo de Katie y ella, con reticencia, acompañó a la madre hacia la salida.

—Pero ¿qué *harían* —decía Katie, tozudamente— si decidiéramos quedarnos aquí hasta que otro experimento hubiera terminado? ¿Quién sabe? A lo mejor, en este preciso instante una de las octoarañas está ahí adentro. ¿Por qué nunca se nos permite encontramos con alguien más?

—El Águila explicó varias veces —repuso Nicole, un vestigio de enojo en la voz— que, durante "esta fase", se permitirán "vistazos" de otros seres pero ningún otro contacto adicional. Su padre repetidamente preguntó el porqué y El Águila siempre respondió que lo descubriremos a su debido momento... Y me gustaría que trataras

de no ser tan difícil, jovencita.

—Esto no es muy diferente de estar en prisión —refunfuñó Katie—, aquí sólo tenemos libertad limitada. Y nunca se nos dan las respuestas a las preguntas realmente importantes.

Habían llegado al largo pasillo que conectaba el centro de transporte con el laboratorio. Un pequeño vehículo detenido en el borde de una acera rodante las aguardaba. Cuando se sentaron, la parte superior del móvil se cerró sobre ellas y se encendieron luces interiores.

—Antes de que lo preguntes —le dijo Nicole a Katie, y se quitó el casco mientras se empezaban a desplazar—, no se nos permite ver hacia afuera durante esta parte de la transferencia porque pasamos frente a regiones del Módulo de Ingeniería que son zona restringida para nosotros. Su padre y tío Michael formularon esta serie de preguntas después de su primera prueba de sueño.

—¿Estás de acuerdo con papito —preguntó Simone, después de que hubieran estado viajando en silencio durante varios minutos— en que hemos pasado por todas estas pruebas de sueño como preparación para alguna clase de viaje espacial?

—Parece probable —respondió Nicole—. Pero, claro está, no lo sabemos con seguridad.

—Y ¿adónde nos van a enviar? —preguntó Katie.

—No tengo idea —repuso Nicole—. El Águila fue muy evasiva en todas las preguntas sobre nuestro futuro.

El vehículo se estaba desplazando a unos veinte kilómetros por hora. Después de un viaje de quince minutos, se detuvo. La "tapa" del vehículo se levantó en cuanto todos los cascos estuvieron nuevamente colocados en la posición correcta. Las mujeres salieron hacia el principal centro de transpone del Módulo de Ingeniería. Estaba dispuesto en círculo y tenía veinte metros de altura. Además de algunas aceras rodantes que llevaban a sitios ubicados en el interior del módulo, el centro contenía dos estructuras grandes, con muchos niveles, de las que salían tubos brillantes. Estos tubos transportaban equipo, robots y seres vivos hacia y desde los Módulos de Habitación, Ingeniería y Administración, los tres enormes complejos esféricos que constituían los componentes primordiales de El Nodo.

En cuanto estuvieron en el interior de la sección, Nicole y sus hijas oyeron una voz en el receptor de sus cascos.

—Su tubo estará en el segundo nivel. Tomen la escalera mecánica de la derecha. Van a partir dentro de cuatro minutos.

Katie giró la cabeza de un lado a otro, escudriñando el centro de transporte: pudo ver bastidores para equipos, móviles que aguardaban para llevar pasajeros a destinos dentro del Módulo de Ingeniería, luces, escaleras mecánicas y plataformas de la estación... pero no había nada que se moviera. Ni robots ni seres vivos.

—¿Qué pasaría —les preguntó a su madre y a su hermana— si nos rehusáramos a ir ahí arriba? —se detuvo en medio de la estación—. Entonces, todo el programa de ustedes se arruinaría —gritó hacia el elevado techo.

—Vamos, Katie —dijo Nicole con impaciencia—, ya pasamos por todo esto en el laboratorio.

Katie empezó a caminar de nuevo.

—Pero *quiero* ver algo diferente —se quejó—. Sé que este lugar no está siempre tan vacío. ¿Por qué se nos mantiene aislados? Es como si fuéramos impuros o algo así.

—Su tubo partirá dentro de dos minutos —anunció la voz incorpórea—. Segundo nivel, a la derecha.

Es sorprendente que los robots y los controladores se pueden comunicar con todas y cada una de las especies en su propio idioma —comentó Simone, mientras tomaban la escalera mecánica.

—Creo que es monstruoso —contestó Katie—. Nada más que por una vez, me gustaría ver que quienquiera o lo que fuera que controla este sitio comete un error. Todo está tan pulido. Me gustaría escucharlos hablar en aviano con nosotros. O, siquiera, hablar en aviano con los avianos.

En el segundo nivel arrastraron los pies por una plataforma, durante unos cuarenta metros, hasta que llegaron a un vehículo transparente con forma de bala y del tamaño de un automóvil extremadamente grande de la Tierra. Estaba estacionado, como siempre, en una pista ubicada a la izquierda del punto medio. En total, en la plataforma había cuatro pistas paralelas, dos a cada lado de la parte media. Todas las demás estaban vacías en ese momento.

Nicole se dio vuelta y miró al otro lado del centro de transporte: sesenta grados a la redonda había una estación idéntica de tubos. Los tubos de ese lado iban a Módulo de Administración. Simone estaba observando a su madre.

—¿Alguna vez estuviste por aquí? —preguntó.

—No —respondió Nicole—, pero estoy segura de que sería interesante. Tu padre dice que desde muy cerca se ve maravillosamente extraño.

Richard tuvo que salir a explorar, pensó Nicole, recordando la noche, hacia casi un año, cuando su marido se dispuso a emprender un viaje "a dedo" hacia el Módulo de Administración. Nicole se estremeció. Había salido con Richard al corredor y había intentado disuadirlo, mientras él se ponía su traje espacial. Había encontrado el modo de burlar el monitor de la puerta (al día siguiente, un sistema nuevo, completamente seguro, reemplazó al anterior), y a duras penas podía aguardar para llevar a cabo una inspección "no supervisada".

Esa noche, Nicole apenas si había dormido. Durante las primeras horas de la mañana, el panel luminoso del alojamiento que tenían había indicado que alguien, o algo, estaba en el corredor. Cuando Nicole miró en el monitor, había un extraño hombre pájaro parado allí, que llevaba en brazos a Richard inconsciente. Ése había sido el primero contacto que tuvieron con El Águila...

El impulso del tubo momentáneamente las apretó contra el respaldo de sus asientos e hizo que Nicole regresara al presente. Salieron disparadas del Módulo de Ingeniería. En menos de un minuto estaban lanzados, a toda velocidad, a lo largo del cilindro largo y extremadamente estrecho que conectaba los dos módulos.

La parte media y las otras cuatro pistas estaban en el centro del largo cilindro. Hacia la derecha, muy a lo lejos, las luces del esférico Módulo de Administración refulgían contra el telón de fondo negro del espacio. Katie había sacado sus diminutos binoculares.

—Quiero estar lista —dijo—. Siempre pasan tan rápido.

—Se están acercando —anunció varios segundos más tarde, y las tres mujeres se apretaron contra el costado derecho del vehículo. En la lejanía, otro tubo se acercaba sobre el flanco opuesto de la pista. Al cabo de unos instantes estuvo sobre ellas y los seres humanos no tuvieron más que un segundo para contemplar a los ocupantes del vehículo que se dirigía hacia el Módulo de Ingeniería.

—¡Uau! —gritó Katie cuando el tubo pasó velozmente al lado del suyo.

—Había dos tipos diferentes de seres —dijo Simone.

—Ocho o diez seres en total.

—Uno de los grupos era rosado; el otro, dorado. Ambos esféricos, principalmente.

—Y esos tentáculos largos y filamentosos, como hilos de telaraña. ¿Cuán grandes supones que eran, mamá?

—Cinco, quizá seis metros de diámetro —dijo Nicole—. Mucho más grandes que nosotros.

—¡Uau! —dijo Katie otra vez—. Eso sí que fue interesante. —Había excitación en su mirada. La muchacha adoraba la sensación de la adrenalina corriendo por sus órganos.

Tampoco yo dejé jamás de asombrarme, pensaba Nicole. Ni una sola vez durante estos trece meses. Pero, ¿esto es todo lo que hay? ¿Se nos trajo de la Tierra hasta aquí nada más que para que se nos hagan pruebas? ¿Y para qué se nos estimula con la existencia de seres de otros mundos?... ¿o es que hay otro propósito, más profundo?

Se produjo un momentáneo silencio en el vehículo que avanzaba raudamente. Nicole, que estaba sentada en el medio, atrajo a sus hijas más cerca de ella.

—¿Saben que las amo, no? —dijo.

—Sí, mamá —repuso Simone—, y nosotras también te amamos a ti.

2

La fiesta de reencuentro fue un éxito. Benjy abrazó a su adorada Simone en cuanto ella entró en el departamento. Katie puso a Patrick de espaldas en el piso no más de un minuto después.

—Ves —dijo—, todavía te puedo vencer.

—Pero no por mucho tiempo más —contestó Patrick—, me estoy volviendo más fuerte. Es mejor que te cuides.

Nicole estrechó con mucha fuerza a Richard y a Michael, antes de que la pequeña Ellie viniera corriendo y saltara a sus brazos. Era el atardecer, dos horas después de la cena, en el reloj de veinticuatro horas que usaba la familia, y Ellie estaba casi lista para ir a la cama, cuando llegaron su madre y sus hermanas. La niñita se fue caminando por el pasillo hacia su habitación, después de mostrarle orgullosa a Nicole que ahora ya podía leer "auto", "perro" y "nene".

Los adultos permitieron que Patrick permaneciera despierto hasta caer exhausto, Michael lo llevó a la cama y Nicole lo arropó.

—Estoy contento de que hayas vuelto, mamita —dijo—. Te extrañé mucho.

—Y yo también te extrañé —contestó Nicole—. No creo que vaya a tener que

irme de vuelta por tanto tiempo.

—Espero que no —dijo el niño de seis años—. Me gusta tenerte aquí.

Todo el inundo, salvo Nicole, estaba durmiendo a la una de la mañana. Nicole no estaba cansada. Después de todo, acababa de pasar cinco semanas durmiendo. Después de permanecer inquieta en la cama junto a Richard, durante treinta minutos, decidió dar un paseo.

Aunque el departamento en sí carecía de ventanas, la pequeña recepción que estaba inmediatamente a continuación del pasillo de entrada tenía una ventana exterior que brindaba una vista sorprendente de los otros dos vértices de El Nudo. Nicole ingresó en la recepción, se puso el traje espacial y se paró frente a la puerta exterior. No se abrió. Sonrió para sus adentros: *A lo mejor Katie tiene razón. A lo mejor somos sólo prisioneros aquí.* Al poco tiempo de llegar había resultado muy claro que la puerta exterior se cerraba en forma intermitente: El Águila les había explicado que era "necesario" impedirles ver cosas que "no podían entender".

Nicole miró largamente por la ventana: en ese momento, un vehículo transbordador, similar en forma a aquel que los había traído a El Nudo treinta meses atrás, se aproximaba al centro de transporte del Módulo de Habitación. *¿Qué clase de maravillosos seres contienen? pensaba Nicole. ¿Y están tan asombrados como nosotros cuando recién llegamos?*

Nicole nunca iba a olvidar esas primeras imágenes de El Nudo. Toda la familia había creído, después de que dejaron La Estación de Paso, que llegarían a su próximo destino al cabo de varias horas. Se habían equivocado. Su separación de la iluminada nave Rama había ido en lento aumento hasta que, después de seis horas, ya no pudieron ver a Rama en absoluto, a la izquierda. Las luces de La Estación de Paso, por detrás de ellos, se debilitaban. Todos estaban cansados. Finalmente, toda la familia se había quedado dormida. Katie los había despertado.

—Puedo ver adonde estamos yendo —había gritado, triunfante, con exaltación incontenible. Había señalado a través de la ventanilla anterior del transbordador, un poco hacia la derecha, donde una luz fuerte y creciente se dividía en tres. Durante las cuatro horas siguientes, la imagen de El Nudo aumentó su tamaño cada vez más. Desde esa distancia había resultado una visión imponente: un triángulo equilátero con tres esferas transparentes, refulgentes, en los vértices. ¡Y en qué escala! Ni siquiera la experiencia que habían adquirido con Rama los había preparado para la majestuosidad de esta increíble creación de la ingeniería. Cada una de las

tres aristas —en realidad, largos corredores de transporte que conectaban los tres módulos esféricos—, tenía más de ciento cincuenta kilómetros de largo. Las esferas que había en cada vértice tenían veinticinco kilómetros de diámetro. Incluso a gran distancia, los seres humanos lograron discernir actividad en muchos de los niveles separados que había dentro de los módulos.

—¿Qué va a pasar ahora? —Patrick había preguntado con angustia a Nicole, cuando el transbordador alteró su curso y empezó a dirigirse rectamente hacia uno de los vértices del triángulo.

Nicole había levantado a Patrick y lo tenía en brazos.

—No lo sé, querido —le había dicho suavemente a su hijo—. Tenemos que esperar y ver.

—Benjy estaba completamente pasmado por la novedad. Durante horas, se había quedado contemplando el gran triángulo iluminado que flotaba en el espacio. Simone había estado a su lado frecuentemente, agarrándole la mano. Mientras el transbordador hacía su aproximación final a una de las esferas, Simone sintió que se le tensionaban los músculos.

—No te preocupes, Benjy —le dijo Simone para reconfortarlo—, todo va a estar bien.

El transbordador había ingresado en un estrecho corredor recortado dentro de la esfera y, después, se detuvo en un amarradero, en el borde del centro de transporte. Con cautela, la familia salió del transbordador con los bolsos y la computadora de Richard. Después, el transbordador había partido de inmediato, y aun amilanó a los adultos por su veloz desaparición. Menos de un minuto después, oyeron la primera voz carente de cuerpo.

—Bienvenidos —había dicho, empleando un tono sin modulaciones—. Arribaron al Módulo de Habitación. Avancen hacia adelante en línea recta y deténganse frente a la pared gris.

—¿De dónde sale la voz —preguntó Katie. Su voz manifestaba el miedo que todos sentían.

—De todas partes —contestó Richard—. Está encima de nosotros, alrededor de nosotros, hasta debajo de nosotros. —Todos exploraron los paredes y techo.

—Pero, ¿cómo sabe inglés? —indagó Simone—. ¿Hay otra gente aquí?

Richard rió nerviosamente y replicó:

—Es improbable pero es factible que este sitio haya estado en contacto con

Rama de alguna manera, y tiene un algoritmo maestro para idiomas. Me pregunto...

—Por favor, avancen —le había interrumpido la voz—. Ustedes se hallan en un complejo de transpone. El vehículo que los llevará a la sección destinada a ustedes en el módulo está aguardando en un nivel inferior.

Les tomó varios minutos llegar a la pared gris, Los niños nunca antes habían estado en estado de ingravidez, sin restricciones: Katie y Patrick salieron fuera de la plataforma e hicieron saltos mortales y vueltas de camero en el aire. Benjy, al observar que se divertían, trató de copiarles las travesuras. Por desgracia, no pudo deducir cómo usar el techo y las paredes para regresar a la plataforma. Estaba completamente desorientado para el momento en que Simone lo rescató.

Cuando toda la familia y el equipaje estuvieron adecuadamente ubicados delante de la pared, se abrió una amplia puerta y penetraron en una habitación pequeña. Trajes espaciales muy ajustados, cascos y zapatillas estaban ordenadamente dispuestos sobre un banco largo.

—El centro de transporte y la mayoría de las zonas de uso común que hay aquí, en El Nudo —dijo la voz en su tono monocorde— no tienen una atmósfera apta para su especie. Necesitarán usar esta ropa, a menos que estén dentro de su departamento.

Una vez que todos estuvieron vestidos, se abrió una puerta en el lado opuesto de la habitación, e ingresaron en la sala principal del centro de transporte del Módulo Habitación. La estación era idéntica a la que más tarde iban a encontrar en el Módulo de Ingeniería Nicole y su familia descendieron dos niveles, según lo ordenado por La Voz, y después avanzaron alrededor de la periferia circular, el sitio en el que el "ómnibus" los esperaba. El vehículo cerrado era cómodo y estaba bien iluminado, pero no pudieron ver hacia afuera durante la hora y media que viajó a través de un laberinto de pasajes. Finalmente, el ómnibus se detuvo y se levantó la tapa.

—Tomen el pasillo que tienen a la izquierda —otra voz similar los instruyó, no bien los ocho se pararon sobre el piso metálico. El pasillo se bifurca en dos corredores, al cabo de cuatrocientos metros. Tomen el pasillo de la derecha y deténganse delante del tercer indicador cuadrado de la izquierda: ésa es la puerta de su departamento.

Patrick había salido corriendo por uno de los pasillos:

—Ése es el pasillo equivocado —había anunciado la voz, sin inflexión alguna—.

Regrese al amarradero y tome el pasillo siguiente que tiene a la izquierda.

Durante la caminata desde el amarradero hasta el departamento, no hubo nada para ver. En los meses siguientes harían la caminata muchas veces, para ir al salón de ejercicios, o bien, ocasionalmente, para pruebas que se practicaban en el Módulo de Ingeniería, y nunca veían nada, salvo las paredes y los techos y los indicadores cuadrados que llegarían a reconocer como puertas. Era obvio que el lugar estaba cuidadosamente vigilado. Tanto Nicole como Richard estuvieron seguros, desde el principio, de que algunos, quizá muchos, de los departamentos de la zona estaban ocupados por alguien o por algo, pero nunca vieron a ninguno de los Otros en los corredores.

Después de encontrar la puerta especificada que daba a su departamento, Nicole y su familia se sacaron la ropa especial en el vestíbulo y la guardaron en los gabinetes creados con ese fin. Los niños se turnaban para mirar por la ventana los otros dos módulos esféricos, mientras aguardaban a que se abriera la puerta interior. Pocos minutos más tarde, vieron por primera vez, el interior de su nuevo hogar.

Todos quedaron apabullados. En comparación con las condiciones relativamente primitivas en las que habían estado viviendo en Rama, el departamento de la familia en El Nudo era el paraíso: cada uno de los niños tenía su propia habitación. Michael tenía una habitación para él al final de la unidad. La alcoba principal para Richard y Nicole tenía hasta una enorme cama matrimonial y estaba en el extremo opuesto del departamento, inmediatamente después del pasillo de entrada. En total, había cuatro baños, más una cocina, un comedor, y hasta una sala de juegos para los niños. El amoblamiento de cada una de las habitaciones era sorprendentemente adecuado y diseñado con buen gusto. El departamento tenía más de cuatrocientos metros cuadrados de espacio habitable.

Hasta los adultos estaban pasmados.

—¿Cómo diablos pudieron haber hecho esto? —Nicole le había preguntado a Richard esa primera noche, sin que los alborozados niños pudieran escuchar.

Richard lanzó una mirada de perplejidad a su alrededor.

—Únicamente puedo conjeturar —había contestado— que, de algún modo, vigilaron todas nuestras actividades en Rama y después, se las transmitieron por telemetría aquí, a El Nudo. También debían de tener acceso a nuestros bancos de datos y a partir de ese conjunto de información, supieron el modo en que vivimos. — Richard sonrió. —Y, naturalmente, aun a esta distancia, si tienen receptores

sensibles podrían estar captando señales de televisión provenientes de la Tierra. ¿No es vergonzoso pensar que estamos representados por...?

—Bienvenidos —otra voz idéntica había interrumpido el pensamiento de Richard. Una vez más, el sonido parecía provenir de todas las direcciones. Esperamos que todo en el departamento sea de su agrado. Si no lo es, por favor díganlo. No podemos responder a todo lo que nos dicen en todo momento. En consecuencia, se ha establecido un sencillo régimen de comunicaciones: en la mesada de la cocina hay un botón blanco. Supondremos que todo lo que una persona diga después de apretar este botón blanco está dirigido a nosotros. Cuando hayan finalizado con el mensaje aprieten nuevamente el botón blanco. De esta forma...

—Yo tengo una pregunta primero —Katie había interrumpido entonces. Había corrido a la cocina para apretar el botón—. ¿Quiénes son ustedes?

Una pequeñísima demora de quizás un segundo había precedido a la respuesta.

—Somos la inteligencia colectiva que rige El Nudo. Estamos aquí para atenderlos, para hacer que estén más confortables y para proveerlos con los elementos básicos para vivir. También de vez en cuando, les vamos a solicitar que lleven a cabo algunas tareas que nos ayudaran a comprenderlos mejor...

Nicole ya no podía ver el transbordador al que había estado observando por la ventana. En realidad, había estado tan profundamente sumida en el recuerdo de su arribo a El Nudo que, de modo temporario, se había olvidado de los recién llegados. Ahora, cuando regresó al presente, imaginó un conjunto de seres que desembarcaba en una plataforma y que se sobresaltaba al oír una voz que se dirigía a ellos en su lengua nativa. *La experiencia de quedarse maravillados debe de ser universal, pensó, y pertenece a todos los seres conscientes.*

Alzó la mirada del campo cercano de visión y se concentró en el Módulo de Administración, a la distancia. *¿Qué pasa allí?*, se preguntó. *Nosotros, desventurados seres, nos desplazamos de acá para allá entre los módulos Habitación e Ingeniería. Todas nuestras actividades parecen estar orquestadas en forma lógica... pero, ¿por quién? ¿Y para qué? ¿Por qué alguien trajo todos estos seres a este mundo artificial?*

Nicole no tenía respuesta para esas infinitas preguntas. Como siempre, le conferían un profundo sentido de su propia insignificancia. Su impulso inmediato fue volver al interior del departamento y estrechar con fuerza a uno de sus hijos. Se rió de sí misma: *Ambas imágenes son verdaderas indicaciones de nuestra posición en*

el cosmos, pensó, al mismo tiempo somos desesperadamente importantes para nuestros hijos y absolutamente insignificantes en el grandioso plan de las cosas. Se necesita una inmensa sabiduría para aceptar que no hay incoherencia en esos dos puntos de vista.

3

El desayuno fue una celebración. A los excepcionales cocineros que les preparaban la comida les ordenaron un festín. Con toda consideración, los diseñadores de su departamento los habían provisto con diversidad de hornos y una heladera completa, en caso de que desearan preparar sus propias comidas a partir de las materias primas. Sin embargo, los cocineros extraterrestres (o robots) eran tan buenos, y tan rápidamente adiestrados, que Nicole y su familia casi nunca preparaban las comidas por sí mismos: simplemente apretaban el botón blanco y ordenaban.

—Esta mañana quiero panqueques —anunció Katie en la cocina.

—Yo también, yo también —agregó su compinche, Patrick.

—¿Qué clase de panqueques? —entonó la voz—. Tenemos cuatro tipos diferentes en nuestra memoria. Los hay de trigo sarraceno, de cuajada... —Cuajada —interrumpió Katie—. Tres en total —le echó un vistazo a su hermano menor—... mejor que sean cuatro.

—Con manteca y jarabe de arce —gritó Patrick.

—Cuatro panqueques con manteca y jarabe de arce —dijo la voz—. ¿Es todo?

—Un jugo de manzana y un jugo de naranja también —dijo Katie, después de una breve consulta con Patrick.

—Seis minutos y dieciocho segundos —dijo la voz.

—Cuando la comida estuvo lista, la familia se reunió en torno a la mesa redonda de la cocina. Los niños más chicos le explicaron a Nicole lo que habían hecho durante su ausencia. Patrick estaba especialmente orgulloso de su nuevo récord personal en la carrera corta de cincuenta metros, en la sala de gimnasia. Laboriosamente, Benjy contó hasta diez y todos aplaudieron. Recién hablan terminado el desayuno y estaban levantando los platos de la mesa cuando sonó el timbre de la puerta.

Los adultos se miraron entre sí y Richard fue hacia la consola de control, en la que encendió el monitor de representación visual. El Águila estaba parado del lado de afuera de la puerta.

—Espero que no sea otra prueba —dijo Patrick de modo espontáneo. —No... no, lo dudo —repuso Nicole, yendo hacia la entrada del departamento—. Es probable que esté aquí para darnos los resultados de los últimos experimentos.

Nicole respiró hondo antes de abrir la puerta. No importaba cuántas veces se encontrara con El Águila, su nivel de adrenalina siempre aumentaba en presencia de él. ¿Por qué? ¿Era el sorprendente conocimiento que exhibía El Águila lo que la asustaba? ¿O el poder que tenía sobre ellos? ¿O tan sólo el sorprendente hecho de su existencia?

El Águila la saludó con lo que Nicole había llegado a reconocer como una sonrisa.

—¿Puedo ingresar? —dijo, con tono afable—. Me agradecería hablar con usted, con su marido y con el señor O'Toole.

Nicole se quedó mirándolo (o mirando a eso, como pensó instantáneamente), como lo hacía siempre: era alto, medía quizá dos metros y cuarto, y estaba conformado como un ser humano desde el cuello para abajo. Sin embargo, los brazos y el torso estaban cubiertos por plumas pequeñas, estrechamente imbricadas, de color gris carbón, salvo por los cuatro dedos de cada mano, que eran color blanco crema y carentes de plumas. Por debajo de la cintura, la superficie del cuerpo de El Águila era de color carne, pero resultaba obvio, por el lustre de su capa exterior, que no se había hecho intento alguno por duplicar la piel humana verdadera: no había vello por debajo de la cintura, así como tampoco articulaciones ni genitales visibles. Los pies no tenían dedos. Cuando El Águila caminaba, en torno de la zona de la rodilla se formaban arrugas que desaparecían cuando estaba parado y con la pierna recta.

El rostro de El Águila era hipnotizante: la cabeza tenía dos ojos grandes verdeazulados, a cada lado de un sobresaliente pico grisáceo. Cuando hablaba, el pico se abría y su perfecto inglés salía de alguna especie de laringe electrónica situada en la parte posterior de la garganta. Las plumas de la parte superior de la cabeza eran blancas y contrastaban marcadamente con el gris oscuro de la cara, el cuello y la espalda. El plumaje de la cara era bastante ralo y disperso.

—¿Puedo ingresar? —repitió cortésmente El Águila, cuando Nicole no se movió durante varios segundos.

—Claro... claro —repuso ella, alejándose de la puerta—. Lo siento... Es tan sólo que no lo había visto desde hacía tanto tiempo.

—Buenos días, señor Wakefield, señor O'Toole. Hola, niños —dijo El Águila mientras entraba de un tranco en la sala de estar.

Tanto Patrick como Benjy retrocedieron ante él. De todos los niños, únicamente Katie y la pequeña Ellie parecían no temerle.

—Buenos días —contestó Richard—. ¿Y qué podemos hacer por usted hoy? —preguntó. El Águila *nunca* hacía visitas sociales. Siempre había algún motivo para sus visitas.

—Tal como le dije a su esposa en la puerta —repuso El Águila—, necesito hablar con ustedes tres, los adultos. ¿Es posible que Simone se haga cargo de los demás niños mientras charlamos durante una hora, más o menos?

Nicole ya había empezado a llevar a los niños de vuelta a la sala de juegos, cuando El Águila la detuvo.

—Eso no será necesario —dijo—, pueden usar todo el departamento. Nosotros cuatro vamos a la sala de conferencias que está al otro lado del pasillo.

Bien, pensó Nicole de inmediato, *esto es algo grande... Nunca antes dejamos a los niños solos en el departamento.*

Súbitamente, se sintió muy preocupada por la seguridad de sus hijos.

—Discúlpeme, señor Águila —dijo—. ¿Los niños van a estar bien aquí? Quiero decir, ¿no van a tener visitantes especiales ni cosa por el estilo?

—No, señora Wakefield —respondió El Águila en tono desapasionado—. Le doy mi palabra de que nada habrá de interferir con sus hijos.

Una vez en el corredor, donde los tres seres humanos se empezaron a poner los trajes especiales, El Águila los detuvo.

—Eso no será necesario —dijo—. Anoche reconfiguramos esta parte del sector. Cerramos herméticamente el pasillo inmediatamente antes de la unión y transformamos toda esta zona en un habitat parecido a la Tierra. Podrán usar la sala de conferencias sin tener que ponerse ropa especial.

El Águila empezó a hablar en cuanto se sentaron en la gran sala de conferencias, al otro lado del pasillo.

—Desde nuestro primer encuentro, repetidamente me han formulado preguntas respecto de qué están haciendo aquí y yo no les he brindado respuestas directas. Ahora que su batería final de pruebas de sueño se completó y con éxito, podría

añadir, se me ha autorizado a informarles sobre la fase siguiente de su misión.

"También se me ha concedido autorización para decirles algo sobre mí. Como todos ustedes han sospechado, no soy un ser vivo... no, por lo menos, según la definición de ustedes. —El Águila rió. —Fui creado por la inteligencia que rige El Nodo para que interactúe con ustedes en relación con temas delicados. Nuestras primeras observaciones de su conducta señalaron la reticencia, por parte de ustedes, a interactuar con voces carentes de cuerpo. Ya se había tomado la decisión de crearme, o a algo similar, para que sirva a modo de emisario ante su familia cuando usted, señor Wakefield, casi ocasionó un grave caos en este sector al tratar de efectuar una visita no planeada ni aprobada al Módulo de Administración. Mi aparición en ese momento se diseñó con el propósito de prevenir cualquier posterior comportamiento adverso.

"Ahora hemos ingresado —prosiguió El Águila, después de sólo una momentánea vacilación— en el período más importante de su estada aquí. La nave espacial a la que llaman Rama está en El Hangar, experimentando importantes reacondicionamientos y renovación del diseño de ingeniería. Ustedes, seres humanos, van a tomar parte de ese proceso de renovación del diseño, pues algunos de ustedes retornarán con Rama al Sistema Solaren el que se originaron.

Tanto Richard como Nicole empezaron a interrumpir.

—Permítanme terminar primero —dijo El Águila—. Hemos preparado muy cuidadosamente mis observaciones, de modo de cubrir por anticipado sus preguntas.

El extraterrestre hombre-pájaro contempló largamente a cada uno de los tres seres humanos sentados al otro lado de la mesa, antes de continuar con un ritmo más lento.

—Observen que no dije que van a regresar a la Tierra. Si el plan nominal tiene buen suceso, aquellos de ustedes que vuelvan van a interactuar con otros seres humanos de su Sistema Solar, pero no en su planeta natal. Únicamente si se produce alguna desviación necesaria respecto del plan de base, habrán de regresar realmente a la Tierra.

"Adviertan, también, que solamente *algunos* de ustedes van a regresar. Señora Wakefield —El Águila se dirigió directamente a Nicole—, es absolutamente seguro que usted volverá a viajar en Rama. Ésta es una de las restricciones que le imponemos a esta misión. Dejaremos que usted y el resto de su familia decidan

quién la va a acompañar en la travesía. Puede *ir* sola, si así lo prefiere, dejando a todos los demás en El Nudo, o puede llevarse a algunos de ellos. Sin embargo, *todos* no pueden hacer el viaje en Rama: un par reproductor, por lo menos, se debe quedar aquí, en El Nudo, de modo de asegurar algunos datos para nuestra enciclopedia, en el improbable caso de que la misión de regreso no tuviera éxito.

"El propósito primordial de El Nudo es el de catalogar formas de vida existentes en esta parte de la galaxia. Las formas de vida capaces de viajar por el espacio tienen la máxima prioridad y nuestras especificaciones nos exigen recoger enormes cantidades de datos respecto de todas y cada una de las especies que naveguen por el espacio con las que nos encontremos. Para lograr esta tarea hemos encontrado, en el transcurso de miles de años del tiempo de ustedes, un método para reunir estos datos que reduce al mínimo la probabilidad de una intrusión cataclísmica en el patrón evolutivo de aquellos navegantes espaciales, mientras que, al mismo tiempo, lleva al máximo la probabilidad de que obtengamos los datos vitales.

"Nuestro enfoque básico entraña el envío de naves espaciales de observación a misiones de reconocimiento, con la esperanza de atraer a los navegantes espaciales hacia nosotros, de modo que se los pueda identificar y se pueda establecer su fenotipo. Naves espaciales de reiteración se envían más tarde al mismo blanco, primero para expandir el grado de interacción, y, por último, para capturar un subconjunto representativo de la especie viajera por el espacio de modo que, en un ambiente de nuestra elección, puedan tener lugar observaciones de largo plazo y detalladas.

El Águila dejó de hablar. Tanto la mente como el corazón de Nicole funcionaban a un ritmo frenético. Tenía tantas preguntas: ¿por qué se la había seleccionado especialmente a ella para regresar? ¿Podría ver a Genevieve? Y exactamente ¿qué quería decir El Águila cuando usó la palabra "captura"? ¿Entendía él que, por lo general, a esa palabra se la interpretaba de manera hostil? ¿Por qué él...?

—Creo que entendí la mayor parte de lo que usted dijo —Richard habló primero—, pero omitió cierta información crucial. ¿Por qué están reuniendo todos estos datos sobre las especies capaces de viajar por el espacio?

El Águila sonrió.

—En nuestra jerarquía de información hay tres niveles básicos. El acceso a cada nivel, por parte de un individuo o de una especie, se permite o se niega sobre la

base de un conjunto de criterios establecidos. Con mis declaraciones anteriores les he dado, en su calidad de representantes de su especie, información de Nivel Dos por primera vez. Es un tributo a su inteligencia el que su pregunta inicial requiera una respuesta que está clasificada como del Nivel Tres.

—¿Todo este palabrerío significa que no nos lo va a decir? —preguntó Richard, riendo nervioso.

El Águila asintió con una leve inclinación de cabeza.

—¿Nos va a decir por qué a mí sola se me exige que haga el viaje de regreso? —preguntó ahora Nicole.

—Existen muchas razones —respondió El Águila—. En primer lugar, creemos que usted es la más apta, desde el punto de vista físico, para el viaje de regreso. Nuestros datos también indican que sus aptitudes superiores de comunicación van a ser invalorable, después de que se complete la fase de captura de la misión. También existen consideraciones adicionales, pero esas dos son las más importantes.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó Richard.

—Eso no es seguro. Parte del horario depende de ustedes. Les haremos saber cuando se haya establecido una fecha de partida en firme. Les diré, empero, que casi con seguridad será dentro de menos de cuatro de sus meses.

Nos vamos a ir pronto, pensó Nicole, y por lo menos dos de nosotros se tienen que quedar aquí. Pero... ¿quiénes?

—¿Cualquier par reproductor puede quedar aquí, en El Nodo? —inquirió ahora Michael, siguiendo la misma pauta de razonamiento que Nicole.

—Casi, señor O'Toole —respondió El Águila—. La niña más joven, Ellie, no sería admisible con usted como compañero. No lo podríamos mantener a usted vivo y fértil hasta que ella llegara a la madurez sexual, pero cualquier otra combinación estaría bien. Tenemos que contar con una probabilidad elevada de producir con éxito una descendencia saludable.

—¿Por qué? —preguntó Nicole.

—Existe una probabilidad muy pequeña, pero finita, de que la misión de ustedes no tenga éxito y de que el par que quede en El Nodo sean los únicos seres humanos a los que podamos observar. En su calidad de navegantes espaciales que dieron los primeros pasos en ese terreno y que llegaron a esa etapa sin la ayuda usual, nos resultan especialmente interesantes.

La conversación pudo haber durado indefinidamente. Sin embargo, después de varias preguntas más, El Águila bruscamente se puso de pie y anunció que su participación en la conferencia había terminado. Alentó a los seres humanos a atender con prontitud el tema de la "asignación", como la denominaba, pues pretendía empezar a trabajar de inmediato con aquellos miembros de la familia que fueran a regresar en dirección a la Tierra. Sería el trabajo de esos miembros ayudarlo a diseñar el "módulo Tierra dentro de Rama". Sin otra explicación adicional, salió de la sala.

Los tres adultos acordaron no contarles a los niños los detalles más importantes de su reunión con El Águila durante, por lo menos, un día, hasta que hubieran tenido la oportunidad de reflexionar y conversar entre ellos. Esa noche, después de que los niños se fueron a dormir, Nicole, Richard y Michael hablaron, en voz baja, en la sala de estar de su departamento.

Nicole abrió la conversación, admitiendo que se sentía enojada e impotente. Dijo que a pesar del hecho de que El Águila había sido muy agradable al respecto, básicamente, les había ordenado que participaran en la misión de regreso. ¿Y cómo se podían rehusar? Toda la familia dependía por completo de El Águila o, por lo menos, de la inteligencia a la que representaba para la supervivencia del grupo. No se habían proferido amenazas pero tampoco eran necesarias. No tenían otra alternativa más que cumplir las instrucciones de El Águila.

Pero, ¿quién, de entre toda la familia, debía quedarse en El Nudo?, se preguntó Nicole en voz alta. Michael dijo que era absolutamente esencial que un adulto, por lo menos, permaneciera en El Nudo. Su argumento era persuasivo: cualquier par de niños, incluidos Simone y Patrick, iba a precisar de la ventaja de la experiencia y la sabiduría de un adulto para tener alguna posibilidad de ser felices, dadas las circunstancias. Entonces, Michael se ofreció como voluntario para permanecer en El Nudo, y dijo que de todos modos era improbable que sobreviviera a un viaje de regreso.

Los tres estuvieron de acuerdo en que estaba claro que la intención de la inteligencia Nodal era la de hacer que los seres humanos durmieran durante la mayor parte del viaje de vuelta al Sistema Solar. De otro modo, ¿cuál era el propósito de todas las pruebas de sueño? A Nicole no le gustaba la idea de no estar con los niños en los períodos críticos del desarrollo. Sugirió que debía volver sola, y dejar a todo el resto de la familia en El Nudo. Después de todo, razonó, no era cierto

que los niños fueran a tener una vida "normal" en la Tierra, después de hacer el viaje.

—Si estamos interpretando correctamente a El Águila —dijo Nicole—, quienquiera que regrese terminará, en última instancia, como pasajero de Rama, dirigiéndose hacia algún otro sitio de la galaxia.

—Eso no lo sabemos con certeza —arguyó Richard—. Por otro lado, quienquiera que permanezca aquí casi con seguridad está condenado a no ver jamás a otros seres humanos, aparte de los de su familia.

Richard agregó que pretendía hacer el viaje de regreso bajo cualquier circunstancia, no tan sólo para ser compañero de Nicole sino también, para experimentar la aventura.

Durante esa discusión de la primera noche, el terceto no pudo llegar a un acuerdo final sobre la distribución de los niños. Pero resolvieron firmemente qué iban a hacer: Michael O'Toole se iba a quedar en El Nodo. Nicole y Richard harían el viaje de regreso al Sistema Solar.

En la cama, después de la reunión, Nicole no podía dormir. Seguía rumiando en su mente todas las opciones. Estaba segura de que Simone habría de ser una madre mucho mejor que Katie. Además, Simone y el tío Michael eran extremadamente compatibles, y Katie no querría que se la separara de su padre. Pero, ¿a quién se debería dejar para que fuera la pareja de Simone? ¿Debería ser Benjy, que amaba a su hermana con locura, pero que nunca podría entablar una conversación inteligente?

Nicole dio vueltas y se agitó durante horas. Ciertamente, no le gustaba ninguna de las opciones. Entendía muy bien el origen de su desasosiego: no importaba cómo se resolviera el asunto, una vez más ella se vería forzada a separarse de modo probablemente permanente de, por lo menos, algunos miembros de la familia a los que amaba. Mientras yacía en la cama, en la mitad de la noche, los fantasmas y el dolor de pasadas separaciones volvieron para acosarla. El corazón le dolía mientras se imaginaba la separación que tendría lugar dentro de unos pocos meses. Imágenes de su madre, su padre y Genevieve herían sus sentimientos. *Quizás eso sea todo lo que la vida es*, pensó durante su depresión temporaria. *Una secuencia interminable de dolorosas separaciones.*

—Mamá, Papá, despierten. Quiero hablar con ustedes.

Nicole había estado soñando: estaba caminando en el bosque que había detrás de la villa de la familia, en Beauvois. Era la primavera y las flores estaban espléndidas. Tardó algunos segundos en darse cuenta de que Simone estaba sentada en la cama matrimonial.

Richard se estiró y besó a su hija en la frente.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó Richard.

—El tío Michael y yo estábamos diciendo nuestras oraciones matinales juntos y me di cuenta de que estaba muy acongojado. —Los serenos ojos de Simone se desplazaron lentamente, mirando a cada uno de sus padres. Me dijo todo lo relativo a la conversación que tuvieron ayer con El Águila.

Nicole se incorporó con rapidez, mientras Simone proseguía.

—He tenido más de una hora para pensar cuidadosamente sobre toda la cuestión. Sé que sólo soy una chica de trece años, pero creo tener la solución para este asunto de la asignación, que hará que toda la familia esté feliz.

—Mi querida Simone —repuso Nicole, extendiendo la mano hacia su hija—, no es responsabilidad tuya el resolver...

—No, mamá —la interrumpió suavemente Simone—. Por favor, escúchame. Mi solución entraña algo que ninguno de ustedes, los adultos, siquiera entraría a considerar. Únicamente puede venir de mí. Y es, evidentemente, el mejor plan para todos aquellos a quienes atañe.

El entrecejo de Richard ahora estaba fruncido.

—¿De qué estás hablando? —preguntó. Simone inspiró profundamente.

—Quiero permanecer en El Nudo con tío Michael. Me convertiré en su esposa y seremos el "par reproductor" de El Águila. Nadie más necesita quedarse pero a Michael y a mí nos haría felices conservarlo también a Benjy con nosotros.

—¿¡Quéé!?! —gritó Richard. Estaba pasmado—. ¡El tío Michael tiene setenta y dos años! Tú ni siquiera catorce. Es descabellado, ridículo... Repentinamente se quedó en silencio.

La madura niña-mujer que era su hija sonrió.

—¿Más descabellado que El Águila? —repuso—. ¿Más ridículo que el hecho de que hayamos viajado a ocho años luz de la Tierra para reunimos con un gigantesco

triángulo inteligente que ahora va a enviar a algunos de nosotros de vuelta en la dirección opuesta?

Nicole contemplaba a Simone con asombro y admiración. No dijo nada pero extendió los brazos y estrechó a su hija con mucha fuerza. Las lágrimas inundaron los ojos de Nicole.

—Todo está bien, mamá —dijo Simone después de separarse del abrazo—. Cuando se recobren de la conmoción inicial se van a dar cuenta de que lo que estoy sugiriendo es, sin duda, la mejor solución. Si tú y mi padre hacen el viaje juntos —tal como creo que deberían hacerlo—, entonces Katie, Ellie y yo debemos permanecer aquí, en El Nudo, y formar pareja con Patrick, Benjy o el tío Michael. La única combinación genéticamente lógica es la de Katie o la mía con el tío Michael. He meditado sobre todas las posibilidades: Michael y yo nos tenemos mucho afecto. Tenemos la misma religión. Si nos quedamos y nos casamos, entonces cada uno de los otros niños tiene libertad de elegir: pueden optar por quedarse aquí con nosotros o regresar al Sistema Solar contigo y papito.

Simone puso la mano sobre el antebrazo del padre.

—Papito, sé que, en muchos aspectos, esto te va a ser más difícil a ti que a mamá. Todavía no le mencioné mi idea a lío Michael. Por cierto que él no la sugirió. Si tú y mamá no me brindan su apoyo, entonces no puede funcionar. Este matrimonio ya le va a resultar lo bastante difícil de aceptar a Michael, aun si ustedes no ponen objeciones.

Richard meneó la cabeza, en gesto de abatimiento.

—Eres sorprendente, Simone. —La abrazó—. Por favor, déjanos pensarlo un rato. Prométeme que no dirás ni una palabra más sobre esto hasta que tu madre y yo hayamos tenido la oportunidad de hablar.

—Lo prometo —dijo Simone—. Muchas gracias a ambos. Los amo —agregó, ya en la puerta del dormitorio.

Se volvió y caminó por el iluminado corredor. Su largo cabello negro casi le llegaba hasta la cintura. *Te convertiste en mujer*, pensó Nicole mientras observaba la garbosa marcha de Simone, y *no sólo en lo físico. Eres mucho más madura que lo que te correspondería por tus años*. Nicole imaginó a Michael y Simone como marido y mujer y se sorprendió por no encontrar la idea en absoluto censurable: *Dadas las circunstancias*, se dijo Nicole a sí misma, dándose cuenta de que, después de protestar, Michael O'Toole se iba a sentir muy feliz, *tu idea puede ser la opción*

menos desdichada en nuestra difícil situación.

Simone no vaciló en su intención aun cuando Michael objetó vigorosamente lo que llamaba el "martirologio propuesto" para ella. Simone le explicó, pacientemente, que su matrimonio con él era el único posible, ya que Katie y él eran, según la apreciación de todos, personalidades incompatibles y, de todos modos, Katie todavía no era más que una niña a un año o dieciocho meses de la madurez sexual. ¿Preferiría él que ella se casara con uno de sus mediohermanos y cometiera incesto? Él respondió que no, de manera categórica.

Michael asintió cuando vio que no había otras opciones viables y que ni Richard ni Nicole planteaban fuertes objeciones al matrimonio. Richard, claro está, formuló su aprobación con la frase "en estas anormales circunstancias", pero Michael se pudo dar cuenta de que, por lo menos en forma parcial, el padre de Simone había aceptado la idea de que su hija de trece años se casara con un hombre lo suficientemente viejo como para ser su abuelo.

En el lapso de una semana quedó decidido, con la participación de los niños, que Katie, Patrick y la pequeña Ellie harían el viaje de regreso en Rama con Richard y Nicole. Patrick estaba renuente a abandonar a su padre, pero Michael O'Toole graciosamente coincidió en que su hijo de seis años probablemente iba a tener una vida "más interesante y completa" que si se quedaba con el resto de la familia. Eso sólo dejaba a Benjy. Le dijeron al adorable niño, cronológicamente de ocho años pero mentalmente equivalente a un niño promedio de tres, que sería bienvenido por igual en Rama o en El Nudo. A duras penas podía comprender qué le iba a pasar a la familia y, ciertamente, no estaba preparado para hacer una opción tan trascendental. La decisión lo asustó y confundió; quedó muy perturbado y se sumió en una profunda depresión. Como resultado, la familia pospuso las discusiones sobre el destino de Benjy hasta un momento indefinido en el futuro.

—Nos iremos dentro de un día y medio, quizá dos —dijo El Águila a Michael y los niños—. A Rama se la está reacondicionando en una instalación situada a unos diez mil kilómetros de aquí.

—Pero yo también quiero ir —dijo Katie con insolencia—. Yo también tengo algunas buenas ideas para el módulo Tierra.

—Te haremos intervenir en las fases posteriores del proceso —le aseguró Richard a Katie—. Tendremos un centro de diseño aquí mismo, al lado de nosotros, en la sala de conferencias.

Finalmente, Richard y Nicole terminaron de despedirse y se unieron a El Águila en el pasillo. Se pusieron los trajes especiales y cruzaron hacia la sección de uso común del sector. Nicole pudo advertir que Richard estaba exaltado.

—En verdad adoras la aventura, ¿no, querido? —dijo. Richard asintió con la cabeza.

—Creo que fue Goethe el que dijo que todo lo que un ser humano quiere se puede dividir en cuatro componentes: amor, aventura, poder y fama. Nuestra personalidad está conformada por cuánto de cada componente buscamos. Para mí, la aventura siempre ha sido número uno.

Nicole estaba contemplativa cuando entraron junto con El Águila al móvil que los aguardaba. La tapa se cerró sobre ellos y, una vez más, no pudieron ver nada durante su viaje hacia el centro de transporte. *La aventura es muy importante también para mí*, pensaba Nicole, *y, cuando muchacha, la fama era mi meta máxima*. Sonrió para sí misma. *Pero ahora, definitivamente, lo es el amor... Seríamos aburridos si nunca cambiáramos*.

Viajaban en un transbordador idéntico a aquel que originariamente los había traído a El Nudo. El Águila estaba sentado en la parte delantera; Richard y Nicole, en la parte de atrás. Detrás de ellos, el panorama de los módulos esféricos, de los corredores de transporte y de todo el triángulo iluminado, era absolutamente sensacional.

La dirección en la que se estaban desplazando era hacia Sirio, el rasgo dominante en el espacio que rodeaba a El Nudo. La nueva y gran estrella blanca refulgía en la distancia y parecía tener, aproximadamente, el mismo tamaño que el que tendría el Sol nativo de Nicole y Richard, visto desde el cinturón de asteroides.

—¿Cómo es que eligieron esta ubicación para El Nudo? —le preguntó Richard a El Águila, después de haber estado viajando durante cerca de una hora.

—¿Qué quiere usted decir? —repuso El Águila.

—¿Por qué aquí, por qué en el sistema de Sirio, en vez de en algún otro lugar? El Águila rió.

—Esta posición es únicamente temporaria —dijo—. Nos moveremos otra vez en cuanto parta Rama. Richard estaba perplejo.

—¿Quieren decir que todo El Nudo se *desplaza!* —se dio vuelta y le echó un vistazo al triángulo, que refulgía tenuemente en la lejanía—. ¿Dónde está el sistema de propulsión?

—Hay pequeñas instalaciones de propulsión en cada uno de los módulos pero únicamente se las emplea en caso de emergencia. El transporte entre sitios temporarios de detención se consigue mediante lo que ustedes llamarían remolcadores: se fijan en compuertas ubicadas en el costado de las esferas y suministran virtualmente toda la velocidad para el cambio de trayectoria.

Nicole pensó en Michael y Simone y se preocupó.

—¿Adonde irá El Nodo? —pregunto.

—Es probable que todavía no se haya especificado con exactitud.

—respondió El Águila con vaguedad—. De todos modos, siempre es un función fortuita, que depende de cómo se estén desarrollando las diversas actividades. — Continuó, después de un corto silencio—. Cuando se termina nuestro trabajo en un lugar específico, toda la configuración —Nodo, Hangar y Estación de Paso— se desplaza hacia otra región de interés.

Richard y Nicole se miraron en silencio en el asiento trasero. Les estaba resultando difícil captar la magnitud de lo que El Águila les estaba diciendo: *¡todo El Nodo se desplazaba!* Era demasiado para creer. Richard decidió cambiar de tema.

—¿Cuál es su definición de especie viajera por el espacio? —le preguntó a El Águila.

—Una que se aventuró, ya sea por sí misma o a través de sus substitutos robots, fuera de la atmósfera perceptible de su planeta nativo. Si su propio planeta no tiene atmósfera o si la especie carece, lisa y llanamente, de planeta natal, entonces la definición es más complicada.

—¿Quiere decir que hay seres inteligentes que evolucionaron en el vacío? ¿Cómo puede ser eso posible?

—Usted es un chauvinista atmosférico —repuso El Águila—. Al igual que todos los seres, ustedes limitan las formas en las que la vida se puede expresar, a los ambientes similares al de ustedes.

—¿Cuántas especies viajeras por el espacio hay en nuestra galaxia? —preguntó Richard un poco después.

—Ése es uno de los objetivos de nuestro proyecto: responder con exactitud a esa pregunta. Recuerde: hay poco más de cien mil millones de estrellas en la Vía Láctea. Ligeramente más de un cuarto de ellas tiene sistemas planetarios que las rodean. Si tan sólo una estrella de cada millón, con planetas, fuera el hogar de una especie que puede viajar por el espacio, entonces todavía habría veinticinco mil viajeros

espaciales, sólo en nuestra galaxia.

El Águila se dio vuelta y miró a Richard y a Nicole.

—El número estimado de viajeros espaciales de esta galaxia, así como la densidad de esas especies viajeras en cualquier zona específica, es información de Nivel Tres. Pero les puedo decir una cosa: en la galaxia hay Zonas Densas con Vida, en las que la cantidad promedio de especies que viajan por el espacio es superior a una por cada mil estrellas.

Richard lanzó un silbido.

—Eso es una cantidad que marea —le dijo, exaltado, a Nicole—. Eso significa que el milagro evolutivo local que nos produjo es un paradigma común en el universo. Somos únicos, eso es seguro, pues en ninguna otra parte el proceso que nos produjo se ha duplicado exactamente. Pero la característica verdaderamente particular en nuestra especie es nuestra capacidad para moldear el mundo y para entenderlo así como el lugar de su plan en el que encajamos. Y esa capacidad ¡le pertenece a miles de seres! Pues, sin ella no se habrían podido convertir en viajeros del espacio.

Nicole estaba abrumada. Recordó un momento similar, años atrás, cuando estaba con Richard en la sala de fotografías de la guarida de las octoarañas, en Rama, y había pugnado por aprehender la inmensidad del universo en función del contenido total de información. Una vez más, ahora, Nicole se daba cuenta de que todo el conjunto de conocimientos que había en los dominios humanos, todo lo que cualquier miembro de la especie humana hubiera aprendido o experimentado alguna vez, no era más que un solo grano de arena en la gran playa que representaba todo lo que alguna vez supieron los seres conscientes del universo.

5

El transbordador se detuvo a cientos de kilómetros de El Hangar. La instalación tenía forma extraña, completamente plana en la parte inferior, pero con costados redondeados, en la superior. Las tres fábricas que había en El Hangar —una en cada extremo y otra en el medio— parecían, desde el exterior, cúpulas geodésicas. Se elevaban sesenta o setenta kilómetros por encima de la parte inferior de la estructura. Entre estas fábricas, el techo era mucho más bajo, sólo ocho o diez

kilómetros por encima del fondo plano, de modo que el aspecto general de la parte superior de El Hangar se parecía al lomo de un camello de tres jorobas, si existiera uno así.

El Águila, Nicole y Richard había dejado de observar una nave con forma de estrella de mar que, según El Águila, había sido reacondicionada y ahora estaba lista para emprender su siguiente viaje. La estrella de mar había salido de la joroba de la izquierda y el vehículo, pequeño en comparación con el Hangar o con Rama, pero con casi diez kilómetros de longitud desde su centro hasta el extremo de uno de los rayos, había empezado a girar sobre su eje no bien se liberó de El Hangar. Mientras el transbordador permanecía "estacionado" a unos quince kilómetros de distancia, la estrella de mar aumentó la velocidad de rotación hasta diez revoluciones por minuto. Una vez que se estabilizó el régimen de rotación, la estrella de mar salió disparada hacia la izquierda.

—Sólo queda Rama fuera de este conjunto —dijo El Águila—. La rueda gigante ubicada primero en la fila donde estaban ustedes en La Estación de Paso, partió hace cuatro meses. Sólo necesitó un reacondicionamiento mínimo.

Richard quiso formular una pregunta pero se contuvo: ya había aprendido, durante el vuelo desde El Nudo, que El Águila voluntariamente les brindaba toda la información que le permitían compartir con ellos.

—Rama ha sido todo un desafío —continuó El Águila— y todavía no tenemos la exacta certeza de cuándo vamos a terminar.

El transbordador se acercó a la cúpula derecha de El Hangar a las cinco en punto y varias luces empezaron a brillar en la superficie de la cúpula. Al hacer una inspección más detenida, Richard y Nicole pudieron ver que se habían abierto algunas puertas pequeñas.

—Van a necesitar sus trajes —dijo El Águila—. Habría consumido un enorme logro de la ingeniería diseñar este enorme sitio con un ambiente variable.

Nicole y Richard se vistieron mientras el transbordador se acoplaba en un amarradero muy similar al del centro de transporte.

—¿Me pueden oír bien? —preguntó El Águila, probando el sistema de comunicación.

—Muy claro —repuso Richard desde el interior de su casco. El y Nicole intercambiaron una rápida mirada y se rieron cuando recordaron sus días como cosmonautas de la Newton.

El Águila los condujo por un corredor largo y amplio. Al llegar al final, viraron a la derecha, pasaron por una puerta y salieron a un ancho balcón situado a diez kilómetros por encima del taller de reparaciones más grande que alguien hubiera podido imaginar jamás. Nicole sintió que las rodillas le (laquearon cuando contempló el gigantesco abismo. A pesar de la ingravidez, oleadas de vértigo invadieron a Richard y a Nicole. Ambos apartaron la vista al mismo tiempo; concentraron la mirada el uno en el otro, mientras trataban de comprender lo que acababan ver.

—Es algo que merece verse —comentó El Águila.

Qué opinión colosalmente modesta, pensó Nicole. Muy lentamente volvió a bajar la mirada hacia el imponente espectáculo. Esta vez, se tomó de la barandilla con las dos manos para ayudarse a mantener el equilibrio.

El taller que tenían debajo de ellos contenía todo el Hemicilíndro Boreal de Rama, desde el extremo de babor en el que habían acoplado la *Newton* para ingresar, hasta el final de la Planicie Central, en las márgenes del Mar Cilíndrico. No había mar y no estaba la ciudad ramana de Nueva York, pero esta fábrica encerrada era tan grande como todo el Estado norteamericano de Rhode Island.

El cráter y el tazón ubicados en el extremo norte de Rama todavía estaban completamente intactos, incluida la carcasa exterior. Estos segmentos de Rama estaban ubicados a la derecha de Richard, Nicole y El Águila, casi por detrás de ellos, mientras estaban parados sobre la plataforma. Montados frente a ellos, sobre las barandillas, había una docena de telescopios, cada uno dotado de un poder diferente de resolución, mediante los cuales Nicole, Richard y El Águila podían ver las familiares escalerillas y escaleras, parecidas a los tres rayos de un paraguas, que tenían treinta mil escalones para descender (o ascender) a la Planicie Central de Rama.

El resto del Hemicilíndro Boreal estaba abierto en dos y se hallaba extendido entre el cráter y el tazón en partes no directamente conectadas entre sí ni con el tazón, pero, de todas maneras, alineadas con sectores adyacentes, en la alineación correcta. Cada parte tenía de seis a ocho kilómetros cuadrados y los bordes, debido a la curvatura, se elevaban del piso en forma considerable.

—Resulta más fácil hacer los primeros trabajos en esta configuración —explicó El Águila—. Una vez que hemos cerrado el cilindro, es más difícil entrar y salir con todo el equipo.

A través de los telescopios, Richard y Nicole vieron que en dos zonas de la

Planicie Central había gran actividad. No podían empezar a contar la cantidad de robots que iban y venían por el taller por debajo de ellos. Tampoco podían determinar con exactitud qué estaban haciendo en muchos casos. Era ingeniería en una escala nunca soñada por los seres humanos.

—Los traje aquí arriba primero para brindarles una vista general —dijo El Águila—. Más tarde bajaremos al taller y podrán ver todo más en detalle.

Richard y Nicole lo miraron fijo, sin poder hablar. El Águila rió y prosiguió:

—Si miran con cuidado y hacen una composición de lugar verán que dos vastas regiones de la Planicie Central, una cerca del Mar Cilíndrico y otra que cubre una superficie que llega casi hasta el final de las escaleras, han sido completamente despejadas: ahí es donde se está llevando a cabo toda la construcción nueva. Entre esas dos zonas, Rama tiene exactamente el mismo aspecto que tenía cuando ustedes la dejaron. Tenemos una pauta general de ingeniería aquí: solamente cambiamos aquellas regiones que se van a utilizar en la siguiente misión.

A Richard se le iluminó el rostro.

—¿Nos está diciendo que a esta nave espacial se la usa *una y otra vez*? ¿Y que para cada misión únicamente se introducen los cambios *necesarios*?

El Águila asintió con una leve inclinación de la cabeza.

—Entonces, ¿ese conglomerado de rascacielos a la que llamamos Nueva York pudo haber sido erigida para alguna misión *anterior* y sencillamente *dejada* allí porque no necesitaban hacer cambios?

El Águila no dijo nada en respuesta a la pregunta retórica de Richard. Señalaba hacia la zona norte de La Planicie Central.

—Ése será el habitat de ustedes, por allá. Recién terminamos la infraestructura —lo que ustedes denominarían "servicios esenciales"—, que comprenden agua, energía eléctrica, servicios cloacales y control ambiental del nivel superior. Hay posibilidades de flexibilizar el diseño en el resto del proceso. Ésa es la razón por la que los trajimos aquí.

—¿Qué es ese diminuto edificio con cúpula, al sur de la zona despejada? —preguntó Richard—. Todavía estaba asombrado por la idea de que Nueva York pudo haber sido sobras, el remanente de un viaje anterior de Rama.

—Ése es el centro de control —repuso El Águila—. El equipo que rige el habitat de ustedes se va a alojar ahí. Por lo general, el centro de control está oculto por debajo de la zona habitada, en la carcaza de Rama, pero, en el caso de ustedes, los

diseñadores decidieron ponerlo en la Planicie.

—¿Qué es esa gran región que hay por allá? —preguntó Nicole, señalando la zona despejada que estaba inmediatamente al norte de donde habría estado el Mar Cilíndrico, si a Rama se la hubiera rearmado por completo.

—No me permiten decirles para qué sirve —contestó El Águila—. De hecho, me sorprende que me hayan permitido inclusive mostrarles que eso existe. Por lo general, nuestros viajeros de regreso ignoran por completo el contenido de su vehículo, fuera de lo concerniente a su propio habitat. El plan nominal es, claro está, que cada especie se mantenga dentro de su propio módulo.

—Miren ese montículo, o esa torre del centro —Nicole le dijo a Richard, dirigiendo su atención hacia la otra región—, debe de tener casi dos kilómetros de altura.

—Y está conformada como una rosquilla. Quiero decir, que el centro está ahuecado.

Podían ver que las paredes exteriores de lo que, posiblemente, era un segundo habitat ya estaban bastante avanzadas. El interior no se podrá ver desde el piso del taller.

—¿Nos puede dar una pista respecto de quién, o de qué, va a vivir *ahí*? —preguntó Nicole.

—Vamos —dijo El Águila con firmeza, meneando la cabeza en gesto de negación—. Es hora de que descendamos.

Richard y Nicole soltaron los telescopios, le echaron un vistazo a la disposición general de su propio habitat (que no estaba en una etapa tan avanzada de construcción como el otro) y siguieron a El Águila de regreso al corredor. Después de cinco minutos de marcha llegaron a lo que El Águila les dijo que era un ascensor.

—Tienen que abrocharse con mucho cuidado a estos asientos —les dijo su guía—. Éste es un viaje bastante violento.

—La aceleración en la extraña cápsula oval que los trasladó fue poderosa y veloz. Casi dos minutos después, la desaceleración fue igualmente repentina. Habían llegado al piso del taller.

—¿Esta cosa se desplaza a trescientos kilómetros por hora? —preguntó Richard, después de hacer algunos rápidos cálculos mentales.

—A menos que esté apurado —repuso El Águila.

Richard y Nicole lo siguieron por el taller. Era inmenso. En muchos aspectos era mas asombroso que Rama misma porque casi la mitad de la gigantesca nave

espacial estaba tendida en el suelo, rodeándolos. Tanto Nicole como Richard recordaron las abrumadoras sensaciones que experimentaron cuando viajaron en las telesillas aéreas en Rama y vieron el otro lado del Mar Cilíndrico, los misteriosos cuernos que aparecían en el Tazón Austral. Esas sensaciones de temor reverencial y atorada admiración habían regresado y hasta habían aumentado, cuando contemplaron la actividad que estaba teniendo lugar alrededor, y por encima de ellos, en el taller.

El ascensor los había depositado en la planta baja, inmediatamente afuera de las partes de su habitat. La carcaza de Rama estaba frente a ellos. Revisaron su espesor mientras salían del ascensor.

—Alrededor de doscientos metros de espesor —le señaló Richard a Nicole, en respuesta a una pregunta que se habían hecho desde sus primeros días en Rama.

—¿Qué habrá debajo de nuestro habitat, en la carcaza? —preguntó Nicole.

El Águila alzó tres de sus cuatro dedos, indicando que estaban solicitando información del Nivel Tres. Ambos seres humanos rieron.

—¿Vendrá usted con nosotros? —le preguntó Nicole a El Águila, pocos instantes después.

—¿De regreso al sistema solar de ustedes?... No, no puedo —respondió—... pero admito que sería interesante.

El Águila los condujo por una sección en la que se desplegaba intensa actividad: varias docenas de robots estaban trabajando en una estructura cilíndrica, grande, de unos sesenta metros de alto.

—Ésta es la planta principal de recirculación de fluidos —dijo El Águila—, todos los líquidos que llegan a los drenajes o a las alcantarillas del habitat de ustedes se envían aquí. El agua purificada se envía de vuelta a la colonia a través de cañerías y el resto de las sustancias químicas se conserva para otros posibles usos. Esta planta se cerrará herméticamente y será inexpugnable. Utiliza una tecnología que supera ampliamente el nivel de evolución que alcanzaron ustedes.

Después, El Águila los hizo subir una escalerilla y entraron en el habitat propiamente dicho. Los condujo en un visita exhaustiva. En cada sector, El Águila les mostró las características principales de esa zona particular y después, sin interrumpirse, se apropió de un robot para que los transportara al siguiente sector.

—¿Qué es, exactamente, lo que quiere que hagamos aquí? —indagó Nicole, después de varias horas, cuando El Águila se disponía a llevados a otra parte más

del futuro hogar que iban a ocupar.

—Nada específico —repuso El Águila—. Ésta será su única visita a Rama. Quisimos que tuvieran una idea del tamaño de su habitat, en el caso de que necesitaran eso para facilitar el proceso de diseño. En el Módulo de Habitación tenemos un modelo en escala de un vigésimo por cien. Todo el resto de nuestro trabajo se va a efectuar allá. Miró a Richard y Nicole y agregó:

—Podemos irnos cuando les plazca.

Nicole se sentó en una caja metálica gris y contempló lo que la rodeaba. La cantidad y la variedad de robots ya eran suficientes, por sí mismos, para hacerla sentir mareada. Nicole se había sentido abrumada desde el momento en que salió al balcón elevado del taller, y ahora estaba absolutamente atontada. Extendió el brazo hacia Richard.

—Sé que debería estar estudiando lo que estoy viendo, querido, pero nada de esto parece tener sentido. Estoy completamente saturada.

—Yo también —confesó Richard—. Nunca se me habría ocurrido que existiera algo más sorprendente e imponente que Rama, pero este taller ciertamente lo es.

—¿Te preguntaste, desde que estamos aquí —preguntó Nicole—, cómo será el taller que construyó este sitio? Más aún: imagina la línea de armado para El Nodo.

Richard rió.

—Podemos continuar hasta hacer una regresión infinita. Si El Nodo realmente es una máquina, como aparenta, no hay duda alguna de que es una máquina de un orden superior al de Rama. A Rama probablemente se la diseñó aquí. Está controlada, conjeturo, por El Nodo... pero, ¿qué creó y controla a El Nodo? ¿Fue un ser como nosotros que resultó de la evolución biológica? ¿Y sigue existiendo, en cualquier sentido que definamos la existencia, o se transformó en alguna otra clase de entidad que se contenta con permitir que su influencia se sienta a través de la existencia de estas asombrosas máquinas que creó?

Richard se sentó junto a su esposa.

—Es demasiado para mí. Creo que por hoy es suficiente... Regresemos a nuestros hijos.

Nicole se inclinó y lo tocó.

—Eres un hombre muy inteligente, Richard Wakefield. Ya sabes que ésa es una de las razones por las que te amo.

Un gran robot que se asemejaba a un horquilla elevadora rodó cerca de ellos,

transportando algunos rollos de láminas de metal. Una vez más, Richard sacudió la cabeza en gesto de admiración.

—Gracias, querida —dijo, después de una vacilación—. Sabes que yo también te amo.

Se pusieron de pie al mismo tiempo y le hicieron una señal a El Águila para indicarle que ya estaban listos para partir.

La noche siguiente, ya de vuelta en el departamento que ocupaban en el Módulo de Habitación, tanto Richard como Nicole todavía estaban alerta treinta minutos después de hacer el amor:

—¿Qué pasa, querido? —preguntó Nicole— ¿Hay algo que anda mal?

—Hoy tuve otro período nebuloso de inactividad —dijo Richard—, Duró casi tres horas.

—Por Dios —dijo Nicole y se sentó en la cama. —. ¿Estás bien ahora? Voy a buscar el scanner y ver si puedo inferir algo a partir de tu biometría.

—No —respondió Richard, negando con la cabeza—. Mis nieblas nunca aparecen registradas en tu máquina. Pero ésta realmente me perturbo: me di cuenta de lo incapacitado que estoy durante estos trances. Apenas puedo funcionar siquiera y mucho menos ayudarlos a ti o a los chicos, ante cualquier inconveniente. Esos períodos en blanco me asustan.

—¿Recuerdas qué desencadenó éste?

—Perfectamente. Como siempre. Estaba pensando en nuestro viaje a El Hangar y en nuestro habitat en particular. En forma inadvertida, empecé a recordar algunas escenas inconexas de mi odisea y, de repente, se produjo una niebla. Fue total. No estoy seguro de haberte reconocido a ti siquiera, durante los primeros cinco minutos.

—Lo siento, amor —dijo Nicole.

—Es, casi, como si algo estuviera vigilando mis pensamientos y, cuando llego a una cierta parte de mi memoria, entonces *¡bam!*, recibo una especie de advertencia.

Richard y Nicole permanecieron en silencio durante casi un minuto.

—Cuando cierro los ojos —dijo Nicole—, todavía veo a esos robots escurriéndose por el interior de Rama.

—Yo también.

—Y, sin embargo, todavía tengo grandes dificultades para creer que eso fue una escena real y no algo que soñé o que vi en una película —dijo Nicole sonriendo—. Hemos llevado una vida verdaderamente increíble estos catorce años pasados, ¿no

te parece?

—Totalmente de acuerdo —repuso Richard, girando hacia el costado para adoptar su postura normal de sueño—, ¿y quién sabe? Quizá todavía no ha llegado lo más interesante.

6

El modelo holográfico de Nuevo Edén se proyectó en el centro de la gran sala de conferencias, en una escala de 1/2000. Dentro de Rama, el habitat Tierra ocuparía una superficie de ciento sesenta kilómetros cuadrados de la Planicie Central, empezando justo enfrente del pie de la larga escalera del norte. El volumen cubierto iba a ser de veinte kilómetros de largo, en sentido perimétrico al cilindro; ocho kilómetros de ancho, en la dirección paralela al eje de rotación del cilindro, y ocho kilómetros de alto desde el piso de la colonia hasta el altísimo techo.

Sin embargo, el modelo de Nuevo Edén que tenían en el Módulo de Habitación que El Águila, Richard y Nicole usaron para hacer su trabajo de diseño, tenía un tamaño más manejable: encajaba con facilidad en la única sala grande y las proyecciones holográficas hacían que para los diseñadores fuera fácil caminar a través y entre, las diversas estructuras. Los cambios se introducían usando las subrutinas para diseño asistido por computadora que se ponían en acción ante las instrucciones verbales de El Águila.

—Otra vez hemos cambiado de opinión —dijo Nicole, comenzando la tercera discusión maratónica de diseño con El Águila, al tiempo que, con su "linterna" negra, rodeaba en un círculo una concentración de edificios que se hallaba en el centro de la colonia—, ahora creemos que es una mala idea hacer que todo esté en un solo sitio y que toda la gente esté una encima de la otra. Richard y yo creemos que tendría más sentido que las zonas de alojamiento y las pequeñas tiendas comerciales estén en cuatro pueblitos separados, ubicados en los vértices del rectángulo. Únicamente los edificios para uso común de los habitantes de la colonia estarían en el complejo central.

—Naturalmente, nuestro nuevo concepto va a modificar por completo el flujo de transpone que usted y yo discutimos ayer —añadió Richard—, así como la ubicación coordinada específica de los parques, del Bosque de Sherwood, del Lago

Shakespeare y del Monte Olimpo. Pero todos los elementos originarios todavía se pueden acomodar en nuestro diseño actual de Nuevo Edén... aquí, mire, échele un vistazo a este boceto, y podrá ver adonde mudamos todo.

El Águila pareció hacer una mueca mientras contemplaba a sus ayudantes humanos. Después de un segundo miró el mapa que aparecía en la agenda electrónica de Richard.

—Espero que ésta sea la última alteración de importancia —comentó—. No avanzamos mucho si, cada vez que nos reunimos, empezamos a hacer el diseño todo de nuevo.

—Lo lamentamos —dijo Nicole—, pero nos costó comprender la magnitud de nuestra tarea. Ahora entendemos que estamos diseñando la estructura habitacional a largo plazo para tanto como dos mil seres humanos: si eso necesita varias repeticiones para que salga bien, entonces debemos emplear el tiempo.

—Veo que, otra vez, aumentaron la cantidad de estructuras grandes en el complejo central —dijo El Águila—. ¿Cuál es el objeto de este edificio que está detrás de la biblioteca y del salón de actos?

—Es un edificio de deportes y recreación —contestó Nicole—. Tendrá una pista para atletismo, un campo de juego para béisbol, una cancha de fútbol, canchas de tenis, un gimnasio y una piscina de natación... más suficientes asientos en cada sector como para admitir a casi todos los ciudadanos. Richard y yo imaginamos que el deporte será muy importante en Nuevo Edén, en especial si se tiene en cuenta que muchas de las tareas de rutina van a estar a cargo de los biots.

—También aumentaron el tamaño del hospital y de las escuelas...

—También fuimos demasiado conservadores en nuestras asignaciones originarias de espacio —interrumpió Richard—. No dejamos suficiente superficie libre para actividades que todavía no podemos definir de modo específico.

Los dos primeros encuentros de diseño habían durado diez horas cada uno. Al principio, tanto Richard como Nicole habían quedado maravillados ante lo rápido que El Águila incorporaba las recomendaciones específicas de diseño que ellos le hacían. Para el tercer encuentro, ya no estaban asombrados por la velocidad y la precisión que exhibía. Pero el biot alienígena los sorprendía con regularidad, al mostrar un intenso interés por algunos de los detalles culturales: por ejemplo, les preguntaba detalladamente sobre el nombre que los seres humanos le habían dado a su nueva colonia. Después de que Nicole le explicó que era esencial que el habitat

tuviera algún nombre específico, El Águila inquirió sobre el significado y la importancia de "Nuevo Edén".

—Toda la familia discurre sobre el nombre del habitat, durante la mayor parte de una velada —explicó Richard—, y hubo muchas sugerencias buenas, la mayoría provenientes de la historia y de la literatura de nuestra especie: Utopía era uno de los favoritos. Arcadia, Elíseo, Paraíso, Concordia y Beauvois también merecieron seria consideración. Pero, finalmente, creímos que Nuevo Edén era la mejor elección.

—Verá —añadió Nicole—, el Edén mitológico era un comienzo, el principio de lo que podríamos llamar nuestra cultura occidental moderna. Era un paraíso de placeres, pleno de verdor, presuntamente diseñado para los seres humanos por un Dios poderoso que también había creado todo el resto del universo. Ese primer Edén era rico en formas de vida, pero carecía de tecnología.

"Nuevo Edén también es un comienzo. Pero, en casi todos los aspectos, es lo opuesto del antiguo jardín: Nuevo Edén es un milagro tecnológico sin formas de vida —por lo menos, al principio—, salvo por unos pocos seres humanos.

Una vez que se completó el plan general de la colonia, todavía quedaban centenares de detalles sobre los cuales decidir. A Katie y Patrick se les encomendó la tarea de diseñar los parques del vecindario para cada uno de los cuatro pueblitos. Aun cuando ninguno de ellos había visto jamás una hoja verdadera de césped, ni una flor verdadera ni un empinado árbol, habían visto muchas películas y muchas, muchas, fotografías. Al final propusieron cuatro diseños diferentes, de buen gusto, para las dos hectáreas de espacio abierto, jardines públicos y pacíficos senderos anchos en cada pueblito.

—¿Pero dónde vamos a conseguir el césped? ¿Y las flores? —le preguntó Katie a El Águila.

—Serán traídos por la gente de la Tierra —contestó El Águila.

—¿Cómo sabrán qué traer?

—Se lo diremos.

También fue Katie la que señaló que el diseño de Nuevo Edén había omitido un elemento clave que había desempeñado un papel muy importante en los relatos que, antes de dormir, su madre le había contado cuando Katie era una niña.

—Nunca vi un jardín zoológico —dijo—. ¿Podemos tener uno en Nuevo Edén?

El Águila alteró el plano maestro durante las siguientes sesiones de diseño, de

modo de incluir un pequeño zoológico en el borde del Bosque de Sherwood.

Richard trabajó con El Águila en la mayor parte de los detalles tecnológicos de Nuevo Edén. El campo de especialización de Nicole fue el diseño de viviendas. Originariamente, El Águila había sugerido un modelo de casa con un amoblamiento tipo para todos los hogares de la colonia. Nicole había soltado una carcajada.

—De hecho, no aprendieron mucho sobre nosotros como especie —dijo—. Los seres humanos tienen que tener variedad. Caso contrario, nos aburriríamos. Si hacemos todas las casas iguales, la gente las va a empezar a modificar de inmediato.

Debido a que sólo contaba con tiempo limitado (las solicitudes de información que hacía El Águila mantenían a Richard y Nicole trabajando de diez a doce horas diarias. Por suerte, Michael y Simone estaban felices de cuidar a los niños), Nicole se decidió por ocho planos básicos de casas y cuatro disposiciones de amoblamiento modular. En total había, en ese momento, treinta y dos configuraciones diferentes de vivienda. Al variar el diseño externo de los edificios de cada uno de los Pueblitos (detalles que Nicole resolvió con Richard, después del útil aporte del historiador de arte Michael O'Toole), Nicole finalmente logró crear un diseño para la vida cotidiana que no fuera ni uniforme ni impersonal.

Richard y El Águila se pusieron de acuerdo en los sistemas de transporte y comunicaciones de Nuevo Edén, tanto externos como internos, en cuestión de horas nada más. Tuvieron más dificultades con el control general del ambiente y con el diseño de los biots. El concepto original de El Águila, sobre el que se basaba la infraestructura que mantenía a Nuevo Edén, suponía doce horas de luz y doce horas de oscuridad por día. Los períodos de luz diurna, de nubosidad y de lluvia iban a ser regulares y predecibles. Virtualmente no había variación de la temperatura, en función del sitio y del tiempo.

Cuando Richard pidió cambios estacionales en la duración del día y más variabilidad en todos los parámetros meteorológicos, El Águila destacó que permitir esas "importantes variaciones" en el enorme volumen de aire del habitat redundaría en el empleo de "recursos de computación más complejos" que el que originalmente se había asignado durante el diseño de la infraestructura. También indicó que habría que reestructurar y volver a probar los principales algoritmos de control, y que, como resultado, se tendría que posponer la fecha de partida. Nicole apoyó a Richard en el asunto de las condiciones meteorológicas y las estaciones, explicándole a El Águila

que el verdadero comportamiento humano ("que usted y la Inteligencia Nodal aparentemente desean observar") dependía, sin lugar a dudas, de esos dos factores.

Al final, se llegó a un acuerdo: la duración del día y de la noche, durante todo el año, correspondería a la de un sitio ubicado a treinta grados de latitud en la Tierra. A las condiciones meteorológicas de Nuevo Edén se les permitiría evolucionar de manera natural, dentro de límites específicos. El regulador maestro sólo actuaría cuando las condiciones llegaran al borde de la "caja de diseño": así, la temperatura, el viento y la lluvia podrían fluctuar libremente dentro de ciertos límites. Sin embargo, El Águila fue inflexible respecto de dos puntos: no podría haber relámpagos ni hielo. Si cualquiera de estas condiciones (la cuales le planteaban "complejidades nuevas" a su modelo informático) era inminente, aun si el resto de los parámetros todavía se mantenía dentro de la caja del diseño, entonces el sistema de control asumiría el mando y, en forma automática, regularía las condiciones meteorológicas.

La intención de El Águila había sido conservar la misma clase de Mots que había en las dos primeras naves especiales Rama. Sin embargo, tanto Richard como Nicole hicieron hincapié en que los biots ramanos, en especial los que parecían ciempiés, mantis, cangrejos y arañas, no eran adecuados.

—Los cosmonautas que subieron a bordo de las dos naves Rama —explicó Nicole— no se podían considerar seres humanos comunes y corrientes. De hecho, todo lo contrario: fuimos especialmente adiestrados para enfrentarnos a máquinas complejas... y aun algunos de *nosotros* nos asustamos con algunos de sus biots. Los seres humanos más comunes y corrientes, que serán la mayoría de los habitantes de Nuevo Edén, no van a estar nada cómodos con esos artefactos extravagantes que van a andar escurriéndose por los dominios humanos.

Después de varias horas de discusión, El Águila aceptó volver a diseñar el plantel de biots de mantenimiento: la basura, por ejemplo, iba a ser recogida por robots que parecieran camiones recolectores típicos de la Tierra... con la única diferencia de que no habría conductor. Las obras de construcción, cuando se las precisara, las efectuarían robots con la misma forma que la de los vehículos que realizaban esa actividad en la Tierra. De ese modo, las extrañas máquinas tendrían aspecto familiar para los colonos y se mitigarían los temores xenófobos.

—¿Y qué sucedería con las actividades de rutina, cotidianas?

—preguntó El Águila, al finalizar una de las prolongadas reuniones—. Habíamos

pensado que íbamos a usar biots humanos que respondan a instrucciones verbales, desplegados en grandes cantidades, para liberar a los colonos de todas las labores cansadoras. Desde que ustedes llegaron, hemos invertido un tiempo considerable perfeccionando el diseño. A Richard le gustaba la idea de tener ayudantes robots, pero Nicole se mostró desconfiada.

—Es imperioso —señaló— que estos biots humanos sean absolutamente identificables. No debe de haber la menor posibilidad de que alguien, ni siquiera un niño, los pueda confundir con seres humanos.

Richard lanzó una risita ahogada.

—Leíste demasiada ciencia ficción.

—Pero ésta es una preocupación real —protestó Nicole—. Me puedo imaginar la calidad de los biots humanos que se fabricarían aquí, en El Nodo. No estamos hablando de esas imitaciones de mente vacua que vimos en el interior de Rama. La gente se aterraría si no pudiera establecer la diferencia entre un ser humano y una máquina.

—Así que limitaremos la cantidad de variedades —respondió Richard—. Y se los clasificará con facilidad de acuerdo con su función primordial. ¿Satisface eso tu preocupación...? Sería una lástima no aprovechar esta increíble tecnología.

—Eso podría funcionar —dijo Nicole—, siempre y cuando esa única reunión informativa pudiera familiarizar a todos los colonos con los diferentes tipos de robot. Tenemos que asegurarnos, sin la menor posibilidad de duda, de que no haya problemas de identificación errónea.

Después de varias semanas de intenso esfuerzo, se tomó la mayor parte de las decisiones críticas sobre diseño y disminuyó la cantidad de trabajo para Richard y Nicole. Pudieron reanudar una vida más o menos normal con sus hijos y con Michael. Una noche, El Águila apareció y le informó a la familia que Nuevo Edén estaba en su período final de prueba y que primordialmente estaban verificando la capacidad de los nuevos algoritmos para vigilar y controlar el ambiente dentro de una amplia gama de condiciones posibles.

—A propósito —continuó El Águila—, hemos colocado dispositivos para intercambio de gases, o DIG, en todos los sitios —el Bosque de Sherwood, los parques, a lo largo de las orillas del lago y en las laderas de la montaña— en los que, con el tiempo, van a crecer las plantas provenientes de la Tierra. Los DIG actúan como plantas, absorbiendo dióxido de carbono y produciendo oxígeno, y son

cuantitativamente equivalentes también. Evitan la acumulación del dióxido de carbono atmosférico que, en el transcurso de un lapso prolongado, socavaría la eficacia de los algoritmos meteorológicos. La operación de los DIG exige algo de energía eléctrica, por lo que redujimos el voltaje disponible para consumo humano durante los primeros días de la colonia. Sin embargo, una vez que las plantas estén floreciendo, los DIG se pueden eliminar y habrá abundante energía eléctrica para cualquier propósito razonable.

—Muy bien, señor Águila —dijo Katie cuando él terminó—. Todo lo que queremos saber es cuándo vamos a partir.

—Les iba a decir eso en Navidad —repuso El Águila, la pequeña arruga que actuaba a modo de sonrisa se le formó en la comisura de los labios—, y todavía faltan dos días.

—Díganoslo ahora, por favor, señor Águila —dijo Patrick.

—Bueno... muy bien —repuso su compañero extraterrestre—. La fecha que nos hemos fijado para acabar Rama en El Hangar es el 11 de enero. Esperamos cargarlos a ustedes en el transbordador y partir de El Nudo dos días después, en la mañana del 13 de enero.

Eso es dentro de tres semanas solamente, pensó Nicole, el corazón le dio un vuelco cuando cayó en la cuenta de la realidad de la partida. *Todavía queda tanto por hacer*. Lanzó una rápida mirada hacia el otro extremo de la habitación, en la que Michael y Simone estaban sentados uno junto al otro en el sofá: *Entre otras cosas, mi hermosa hija, te tengo que preparar para tu boda*.

—Nos vamos a casar el día de tu cumpleaños, mamá —dijo Simone—. Siempre dijimos que la ceremonia tendría lugar una semana antes de que partiera el resto de la familia.

Lágrimas aparecieron involuntariamente en los ojos de Nicole.

Bajó la cabeza, para que los niños no las vieran. *No estoy lista para decir adiós*, pensó Nicole. *No puedo soportar la idea de que nunca más volveré a ver a Simone*.

Nicole había decidido abandonar el juego familiar de salón que se estaba desarrollando en la sala. Había dado, como excusa, que tenía que desarrollar algunos datos finales de diseño para El Águila pero, en realidad, necesitaba con desesperación algunos momentos a solas, para organizar las tres últimas semanas de su vida en El Nudo. Todo el tiempo, durante la cena, había estado pensando en todas las cosas que necesitaba hacer.

Casi entró en pánico. Temía que no hubiera suficiente tiempo o que olvidara por completo algo importante. Sin embargo, una vez que hizo una lista exhaustiva de las tareas que le faltaban, junto con un cronograma para completarlas, se relajó un poco. No era tan imposible.

Uno de los puntos que había ingresado en su agenda electrónica, todo escrito en mayúscula, era ¿¿BENJY?? Mientras estaba sentada en su lado de la cama, pensando en su hijo mayor retardado, y culpándose por no haberse ocupado del asunto antes, Nicole oyó un golpe fuerte en la puerta abierta. Era una asombrosa coincidencia.

—Ma-mi —dijo Benjy lentamente, con una gran sonrisa inocente—, ¿puedo hablar contigo? —Pensó unos instantes—. ¿Ahora? —completó.

—Claro que sí, amor —contestó Nicole—. Entra y siéntate junto a mí en la cama.

Benjy fue hacia su madre y le dio un fuerte abrazo. Se miró el regazo y habló con voz vacilante: la lucha de sus emociones resultaba obvia.

—Tú y Richard y los o... tros ni... ños... van le... jos du... rante mucho ti... tiempo —dijo.

—Así es —contestó Nicole, tratando de parecer alegre.

—¿Pa... pito y Si... mone que... dan acá y se ca... san?

Ésta era más que una pregunta. Benjy había alzado la cabeza y estaba esperando a que Nicole le corroborara lo que él acababa de exponer. Cuando Nicole asintió con la cabeza, lágrimas le afluyeron instantáneamente a los ojos y el rostro se le contrajo:

—¿Y qué pa... sa con Ben... jy? —preguntó—. ¿Qué p... pasará con Ben... jy?

Nicole acercó la cabeza de su hijo hacia su hombro, y lloró con él. Todo el cuerpo del chico se sacudía por los sollozos. Ahora, Nicole se sentía furiosa consigo misma por haber aplazado el tema tanto tiempo.

Lo supo todo el tiempo, pensó, incluso desde esa primera conversación. Estuvo esperando. Cree que nadie se quiere quedar con él.

—Tienes una opción, hijo mío —logró decir Nicole, cuando recobró el dominio de sus propias emociones—. Nos encantaría que vinieras con nosotros. Y tu padre y Simone estarían encantados si te quedaras con ellos aquí.

Benjy miró fijo a su madre, como si no le creyera. Nicole repitió sus expresiones con mucha lentitud.

—¿Me es... tas di... diciendo la verdad? —preguntó Benjy. Nicole asintió

vigorosamente con la cabeza. Benjy sonrió durante un instante, y después miró hacia otro lado. Permaneció en silencio durante largo rato.

—No habrá na... die para ju... gar aquí —dijo por fin, la mirada todavía fija en algún punto de la pared—, y Simone va a ne... ne... ce... sitar estar con papito.

Nicole estaba atónita por lo rápido que Benjy había resumido sus reflexiones. Parecía aguardar la respuesta de su madre.

—Entonces, ven con nosotros —dijo Nicole con suavidad—. Tu tío Richard, Katie, Patrick, Ellie y yo, todos te amamos mucho y queremos tenerte con nosotros.

Benjy se volvió para mirar a su madre. Nueva lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Iré con us... ustedes, ma... mi —dijo, y apoyó la cabeza sobre el hombro de Nicole.

Ya había tomado su decisión, pensó Nicole, estrechando a Benjy contra su cuerpo. Es más inteligente que lo que creemos. Únicamente entró aquí para asegurarse de que queríamos llevarlo.

7

—... y querido Dios, permíteme cuidar adecuadamente a esta maravillosa muchacha con la que estoy a punto de casarme. Permítenos compartir Tu don de amor y crecer juntos en nuestro conocimiento de Ti... Solicito estas cosas en el nombre de Tu hijo, a quien Tú enviaste a la Tierra para mostrar Tu amor y para redimirnos de nuestros pecados. Amén.

Michael Ryan O'Toole, de setenta y dos años, separó las manos y abrió los ojos. Estaba sentado ante el escritorio de su dormitorio. Miró su reloj: *Faltan sólo dos horas, pensó, para que me case con Simone.* Echó una breve mirada a la imagen de Jesús y al pequeño busto de San Miguel de Siena, que tenía delante de él en el escritorio, y *después, más tarde esta noche, cuando haya terminado la comida que es festín de bodas para nosotros, y además cena de cumpleaños para Nicole, tendré a ese ángel en mis brazos.* No pudo evitar el pensamiento que vino inmediatamente: *Querido Dios, por favor, no permitas que yo la decepcione.*

O'Toole buscó dentro del escritorio y extrajo una pequeña Biblia. Era el único libro verdadero que poseía. Todo el resto de su material de lectura se hallaba en forma de

pequeños datacubos que insertaba en su agenda electrónica. Su Biblia era muy especial, le recordaba su otra vida en un planeta muy lejano.

Durante la niñez y adolescencia de Michael, esa Biblia había ido con él a todas partes. Mientras hacía girar el pequeño libro en sus manos, se sintió inundado por los recuerdos: en su primera remembranza era un niño de seis o siete años. Su padre había entrado en su dormitorio. Michael había estado practicando un juego de béisbol en su computadora personal y se sintió un tanto turbado: siempre se sentía incómodo cuando su formal padre lo encontraba jugando.

—Michael —le había dicho su padre—, quiero darte un obsequio: una Biblia que será exclusivamente tuya. Es un libro verdadero, uno que puedes leer dando vuelta las hojas. Le hemos puesto tu nombre en la tapa.

Su padre había extendido el brazo con el libro y el pequeño Michael lo había aceptado con un débil "gracias". La tapa, de cuero, era agradable al tacto.

—Dentro de ese volumen —había proseguido su padre— se encuentran algunas de las mejores enseñanzas que los seres humanos hayan conocido jamás. Léelo con cuidado. Léelo a menudo. Y rige tu vida por la sabiduría que contiene.

Esa noche puse la Biblia debajo de mi almohada, recordó Michael, y permaneció allí. Durante toda mi niñez. Aun durante la secundaria. Recordó sus cavilaciones cuando el equipo de béisbol de su escuela secundaria ganó el torneo local y fue a Springfield para el torneo entre estados. Michael había llevado consigo su Biblia pero no quería que sus compañeros de equipo la vieran. Una Biblia no era algo que "quedara bien" para un atleta de escuela secundaria, y el joven Michael O'Toole todavía no tenía la suficiente autoestima como para superar el miedo a las *carcajadas* de sus pares. Entonces diseñó un compartimiento especial para su Biblia en el costado del bolso para los artículos de tocador y guardó el libro ahí, rodeado por una envoltura protectora. En su habitación del hotel de Springfield aguardó hasta que su compañero de cuarto se fue a dar un baño. Entonces, Michael sacó la Biblia de su escondrijo y la puso debajo de la almohada.

Hasta la llevé a nuestra luna de miel. Kathleen fue tan comprensiva. Como siempre, con todo. Al breve recuerdo del brillante sol y de la blanca arena afuera de la habitación del hotel en las Islas Caimán lo sucedió, súbitamente, una poderosa sensación de pérdida. *¿Cómo te estará yendo Kathleen?*, preguntó Michael en voz alta. *¿Qué curso siguió tu vida?* Podía imaginarla ocupándose de cosas simples en su departamento del condominio de la Avenida Commonwealth, en Boston. *Nuestro*

nieto Matt ya debe de ser un adolescente, pensó. ¿Habrá otros? ¿Cuántos en total?

El dolor que sentía en el corazón se le hizo más profundo al imaginar a su familia: Kathleen, su hija Colleen, su hijo Stephen, los nietos, todos reunidos alrededor de la mesa larga para celebrar, sin él, la Navidad. En su imagen mental, una suave nieve estaba cayendo en la avenida. *Supongo que Stephen ya pronunció la plegaria para toda la familia, pensó. Siempre fue el más religioso de mis hijos.*

O'Toole meneó la cabeza, volvió al presente y abrió la Biblia en la primera página. Escrito con hermosa caligrafía, apareció el título "Acontecimientos Importantes", en la parte superior de la página. Las anotaciones eran escasas, ocho en total: la crónica de los principales sucesos de la vida de Michael Ryan O'Toole.

13-7-67 Casamiento con Kathleen Murphy en Boston, Massachusetts.

30-1-69 Nacimiento de mi hijo, Thomas Murphy O'Toole, en Boston.

13-4-70 Nacimiento de mi hija, Colleen Gavin O'Toole, en Boston.

27-12-71 Nacimiento de mí hijo, Stephen Molly O'Toole, en Boston.

14-2-92 Muerte de Thomas Murphy O'Toole en Pasadena, Calif.

Los ojos de Michael se detuvieron ahí, en la muerte de su primogénito y rápidamente se le llenaron de lágrimas. Recordó, con total nitidez, ese terrible día de San Valentín, hacía ya muchos años: había salido con Kathleen a cenar a un encantador restorán especializado en frutos de mar, que estaba en el puerto de Boston. Casi habían terminado de comer, cuando oyeron las noticias por primera vez.

—Lamento haber llegado tarde con los postres —se disculpó el joven camarero que los atendía—. Estuve mirando las noticias en el bar. Se acaba de producir un devastador terremoto en el sur de California.

El temor que sintieron fue inmediato. Tommy, que era su orgullo y su regocijo, había ganado una beca de física para ir al Instituto Tecnológico de California, después de graduarse como mejor alumno en el Santa Cruz. Los O'Toole dejaron lo que quedaba de su cena y fueron corriendo al bar. Allá se enteraron de que el terremoto había ocurrido a las 17:45, hora del Pacífico. La gigantesca falla de San Andrés se había abierto cerca de Cajón Pass y la pobre gente, los vehículos y las estructuras que se encontraban en un radio de ciento sesenta kilómetros del epicentro habían sido lanzadas por la superficie de la Tierra, como infortunados barcos a merced del

mar durante un huracán.

Michael y Kathleen habían escuchado las noticias durante toda la noche, a veces esperanzados y otras temerosos, cuando la plena magnitud del peor desastre que había padecido la nación en el siglo XXII se comprendió mejor: el terremoto había alcanzado un temible valor de 8, 2 en la escala de Richter. Veinte millones de personas habían quedado sin agua, electricidad, transporte o comunicaciones. Grietas de quince metros de profundidad habían tragado galerías comerciales completas. Virtualmente todas las carreteras se habían vuelto intransitables. Los daños eran peores, y más extensos que si a la zona metropolitana de Los Angeles la hubieran alcanzado varias bombas nucleares.

Temprano por la mañana, antes del amanecer, la Dirección Federal de Emergencias había dado a conocer un número de teléfono al que había que llamar para hacer averiguaciones. Kathleen O'Toole le dio al contestador automático toda la información que conocían: la dirección y el número de teléfono del departamento de Tommy, el nombre y la dirección del restorán mejicano en el que trabajaba para ganar dinero para sus gastos personales, y la dirección y el número de teléfono de su novia.

Aguardamos todo el día, y hasta entrada la noche, recordó Michael. Después, Cheryl llamó. De algún modo se las había arreglado para llegar en el auto hasta la casa de sus padres, en Poway.

—El restorán se desplomó, señor O'Toole —le había dicho Cheryl entre sollozos—. Después se incendió. Hablé con uno de los otros camareros, uno que sobrevivió porque estaba afuera, en el patio, cuando se desencadenó el terremoto. Tommy había estado trabajando en el puesto más cercano a la cocina...

Michael O'Toole respiró hondo.

No debo pensar en eso, se dijo a sí mismo, pugnando por expulsar de su mente el doloroso recuerdo de la muerte de su hijo. *No debo pensar*, se repitió. Éste es un momento de regocijo, no de pesar. Por el bien de Simone, no debo pensar en Tommy ahora.

Cerró la Biblia y se enjugó los ojos. Se puso de pie delante de su escritorio y fue al baño. Primero se afeitó, lenta y pausadamente, y después se metió debajo de una ducha caliente.

Quince minutos después, cuando abrió la Biblia de nuevo, esta vez con una lapicera en la mano, Michael O'Toole había exorcizado los demonios de la muerte de

su hijo. Con letra decorativa escribió una anotación adicional en la página de Acontecimientos Importantes, y se detuvo cuando terminó de leer los cuatro últimos renglones:

31-10-97 Nacimiento de mi nieto, Matthew Arnold Rinaldi, en Toledo, Ohio.

27-8-06 Nacimiento de mi hijo, Benjamin Ryan O'Toole, en Rama.

7-3-08 Nacimiento de mi hijo, Patrick Erin O'Toole, en Rama.

6-1-15 Matrimonio con Simone Tiasso Wakefield.

Eres un hombre mayor, O'Toole, se dijo, mirándose el cabello ralo y gris, en el espejo. Había cerrado la Biblia varios minutos antes y regresado al baño para cepillarse el cabello por última vez. *Demasiado mayor como para casarte de nuevo*. Recordó su primer matrimonio, cuarenta y seis años atrás. *Mi cabello era espeso y rubio en ese entonces*, recordó. *Kathleen estaba hermosa. El servicio fue espléndido. Lloré en el instante mismo en que la vi parada en el otro extremo del pasillo*.

La imagen que tenía de Kathleen con su vestido de novia, apoyándose en el brazo de su padre, en el otro extremo del pasillo de la catedral, se desvaneció para dar paso a otro recuerdo de ella, éste también envuelto en lágrimas. En esta segunda imagen, las lágrimas le pertenecían a su esposa: había estado sentada al lado de él en la sala para familias de Cabo Kennedy, cuando a Michael le llegó la hora de la inspección final en BOT-3 para unirse al resto de la tripulación de la *Newton*.

—Cuídate —le había dicho Kathleen, en una despedida muy emotiva. Se habían abrazado con fuerza—. Estoy tan orgullosa de ti, querido —le había susurrado en el oído—. Y te amo muchísimo.

Porque te amo muchísimo también había dicho Simone, cuando Michael le preguntó si ella realmente, *realmente*, se quería casar con él y, de ser así, por qué. Una suave imagen de Simone le vino a la mente, al tiempo que el recuerdo de su adiós final a Kathleen lentamente se fue desvaneciendo. *Eres tan inocente y confiada, Simone*, reflexionó Michael, pensando en su joven futura esposa. *Si estuviéramos en la Tierra, ni siquiera estarías saliendo sola con muchachos. No se te consideraría otra cosa que una chiquilla*.

Los trece años transcurridos en Rama pasaron por su mente en un brevísimo

instante. Recordó, primero, la lucha durante el nacimiento de Simone, incluido el glorioso momento en que finalmente lanzó su primer llanto y cuando él, Michael, la depositó suavemente sobre el vientre de la madre. La siguiente imagen que se le apareció fue la de una Simone muy joven, una seria niña de casi seis años, que estudiaba intensamente su catecismo bajo la tutela de Michael. En otra imagen, Simone estaba saltando la cuerda con Katie y cantando una alegre canción. La última imagen fugaz fue una escena de la familia en un día de campo junto al Mar Cilíndrico, en Rama: ahí estaba Simone, orgullosamente de pie al lado de Benjy, como si ya fuera el ángel guardián del niño.

Ya era una joven mujer cuando llegamos a El Nudo, pensó para sí mismo el general O'Toole, y su mente se desplazó a una secuencia más reciente de imágenes. *Devota en extremo. Paciente abnegada con los niños más pequeños. Nadie nunca hizo sonreír a Benjy como Simone.*

Había un tema común en todas estas visiones de Simone. En la mente de Michael estaban teñidas por el amor poco común que sentía por esta novia niña. No era la clase de amor que un hombre normalmente siente por la mujer a la que va a desposar, era como una adoración. Pero era amor, de todos modos, y ese amor había forjado un vínculo poderoso entre los componentes de esta desigual pareja.

Soy un hombre, muy afortunado, pensó Michael, mientras terminaba de acomodarse la ropa. *Dios ha considerado oportuno mostrarme sus maravillas de muchas maneras.*

En la habitación principal, en el otro extremo del departamento, Nicole estaba ayudando a Simone con el vestido. No era un vestido de bodas en el sentido clásico, pero era blanco y lleno de tirillas en los hombros. Por cierto que no era la ropa informal que la familia estaba acostumbrada a usar cotidianamente.

Con mucho cuidado, Nicole colocó las peinetas en el largo cabello negro de su hija y estudió a Simone en el espejo.

—Se te ve hermosa —dijo Nicole.

Echó un vistazo al reloj: tenían diez minutos más. Simone estaba completamente lista, salvo por los zapatos. *Bien. Ahora podemos hablar*, pensó Nicole fugazmente.

—Querida —empezó a hablar con la voz sorprendentemente ahogada en su garganta.

—¿Qué pasa, mamá? —repuso Simone con placidez. Estaba sentada en la cama, junto a su madre, poniéndose con cuidado los zapatos negros.

—Cuando sostuvimos esa charla sobre sexo la semana pasada —empezó Nicole otra vez—, hubo varios aspectos que no discutimos. Simone alzó la vista hacia su madre. Estaba tan atenta que, durante unos instantes, Nicole olvidó lo que estaba por decir.

—¿Leíste esos libros que te di...? balbuceó por fin. El ceño fruncido de Simone revelaba su perplejidad.

—Sí, por supuesto —contestó—. Lo discutimos ayer. Nicole le tomó las manos a su hija.

—Michael es un hombre maravilloso —dijo—. Dulce, considerado, afectuoso... pero es mayor. Y cuando los hombres son mayores...

—No estoy segura de que siga tu razonamiento, mamá —interrumpió Simone con gentileza—. Creí que había algo que me querías decir respecto del sexo.

—Lo que estoy tratando de decir —dijo Nicole, después de una inspiración profunda— es que en la cama quizá debas ser muy paciente y tierna con Michael. Puede llevar cierto tiempo que las cosas funcionen.

Simone se quedó mirando a su madre durante un largo rato.

—Había sospechado eso —dijo con calma—, tanto por tu nerviosismo respecto de este asunto, como por alguna ansiedad, no expresada, que leí en el rostro de Michael. No te preocupes, mamá, no tengo expectativas irrazonables: en primer lugar, no nos estamos casando por la necesidad de obtener gratificación sexual. Además, dado que no tengo experiencia alguna, salvo por habernos tomado las manos ocasionalmente esta semana pasada, cualquier placer que pueda yo sentir será nuevo y, por consiguiente, maravilloso.

Nicole le sonrió a su asombrosamente madura hija de trece años.

—Eres una joya —le dijo, los ojos rebosantes de lágrimas.

—Gracias —contestó Simone, abrazándose con fuerza a su madre—. Recuerda: —agregó— mi matrimonio con Michael está bendecido por Dios. Si tenemos problemas, le pediremos a Dios que nos ayude a resolverlos. Todo va a estar bien.

Una súbita congoja invadió a Nicole. *Una sola semana más*, le dijo una voz interior, *y ya no volverás a ver a esta adorada niña*. Siguió abrazando a Simone hasta que Richard golpeó la puerta y les dijo que todos estaban listos para la ceremonia.

—Buenos días —dijo Simone con una suave sonrisa. Todo el resto de la familia estaba sentado a la mesa, tomando el desayuno, cuando ella y Michael entraron tomados de la mano.

—Buenos di... as —contestó Benjy. Su boca estaba llena de tostada con manteca y mermelada. Se levantó de su asiento, caminó lentamente alrededor de la mesa y abrazó con fuerza a su hermana favorita.

Patrick estaba justo detrás de él.

—¿Me vas a ayudar hoy con mis ejercicios de matemática? —le preguntó a Simone—. Mamá dice que ahora que regresamos, voy a tener que tomar en serio mis estudios.

Michael y Simone se sentaron a la mesa, después de que los muchachos regresaron a sus lugares. Simone extendió el brazo hacia la cafetera. Era igual que su madre en un aspecto: no funcionaba bien por la mañana hasta que no hubiera tomado su café.

—Bueno, ¿por fin terminó la luna de miel? —preguntó Katie, con su acostumbrado estilo irreverente—. Después de todo, ya pasaron tres noches y dos días. Deben de haber escuchado todas y cada una de las obras de música clásica que hay en la base de datos.

Michael rió de buena gana.

—Sí, Katie —dijo, sonriéndole cálidamente a Simone—. Hemos sacado el cartelito de "No Molestar" de la puerta. Queremos hacer todo lo que podamos para ayudar a todos a empacar para el viaje.

—En realidad, estamos en muy buena forma —comentó Nicole, encantada de verlos a Michael y a su hija tan cómodos juntos, después de su prolongada reclusión. *No debí haberme preocupado*, pensó rápidamente. *En algunos aspectos, Simone es más adulta que yo.*

—Ojalá El Águila nos diera información más específica sobre nuestro viaje de retomo —se quejó Richard—. No nos dice cuánto va a tardar el viaje, ni si vamos a dormir o no todo el tiempo, ni alguna cosa definida.

—Dice que no lo sabe con certeza —le recordó Nicole a su marido—. Hay variables "incontrolables" que podrían dar por resultado muchas alternativas diferentes.

—Siempre crees en él, Nicole —replicó Richard—. Eres la persona más confiada...

El timbre de la puerta interrumpió su conversación. Katie fue hacia la puerta y regresó, pocos instantes después, con El Águila.

—Espero no perturbarles el desayuno —se disculpó el hombre pájaro— pero tenemos mucho que llevar a cabo hoy. Necesitaré que la señora Wakefield venga conmigo.

Nicole tomó un último sorbo de su café y miró con curiosidad a El Águila.

—¿Sola? —dijo. Era consciente del vago temor que iba creciendo en su interior. Nunca había salido del departamento sola con El Águila, durante su permanencia de dieciséis meses en El Nudo.

—Sí —contestó El Águila—. Usted vendrá conmigo sola. Hay una tarea especial que únicamente usted puede efectuar.

—¿Tengo diez minutos para aprontarme?

—Por cierto que sí —contestó El Águila. Mientras Nicole estaba fuera de la habitación. Richard bombardeó a El Águila con preguntas.

—Muy bien —dijo Richard en una ocasión—, entiendo que, como resultado de todas estas pruebas, ahora tienen confianza en que podemos permanecer dormidos sin peligro durante los períodos de aceleración y desaceleración. Pero, ¿qué pasa durante el desplazamiento a velocidad de crucero? ¿Vamos a estar despiertos o dormidos?

—Principalmente, dormidos —contestó El Águila—, porque de ese modo podemos retrasar el proceso de envejecimiento y asegurar la buena salud de ustedes. Pero en el programa del viaje hay muchas cosas inciertas. Puede resultar necesario despertarlos varias veces durante el trayecto.

—¿Por qué no nos dijo esto antes?

—Porque todavía no se había decidido. El diagrama de su misión es bastante complicado y al plan base no se lo definió sino hasta hace poco.

—No quiero que se "retrase" mi proceso de envejecimiento —dijo Katie—. Quiero ser una adulta para cuando nos encontremos con otra gente de la Tierra.

—Tal como les dije a tu madre y a tu padre ayer —le dijo El Águila a Katie—, es importante que tengamos la capacidad de demorar el proceso de envejecimiento mientras tú y tu familia duermen. No sabemos con exactitud cuándo van a regresar a su Sistema Solar. Si durmieran cincuenta años, por ejemplo...

—¿Quéee? —interrumpió Richard, presa de la consternación—. ¿Quién habló de cincuenta años? Llegamos aquí en doce o trece. ¿Por qué...?

—Voy a ser más vieja que mamá —dijo Katie, una mirada de miedo en los ojos. Nicole ingresó desde la habitación contigua.

—¿Qué es esto que oigo sobre cincuenta años? ¿Por qué va a tardar tanto? ¿Vamos primero a algún otro lado?

—Es evidente que sí —dijo Richard. Estaba enojado—. ¿Por qué no se nos dijo todo esto antes de que tomáramos la decisión sobre "distribución"? Pudimos haber hecho algo de modo diferente... ¡Mi Dios, si tarda cincuenta años, Nicole y yo tendremos cien años de edad!

—No, no será así —repuso El Águila sin emoción—. Estimamos que usted y la señora Wakefield solamente envejecerán un año por cada cinco o seis mientras estén "en suspensión". Para los hijos, la relación se aproximará más a un año por cada dos al menos hasta que su crecimiento se detenga. Tenemos sumo cuidado respecto de manipular en demasía las hormonas de crecimiento. Y, además, cincuenta años es una cuota superior, es lo que un ingeniero humano denominaría un número con tres sigmas.

—Ahora estoy completamente confundida —dijo Katie, al tiempo que caminaba y enfrentaba directamente a El Águila—: ¿qué edad voy a tener cuando me encuentre con un ser humano que no sea miembro de mi familia?

—No puedo responder a esa pregunta con exactitud porque intervienen incertidumbres estadísticas —le contestó su colega extraterrestre—, pero tu cuerpo debe de estar en el nivel equivalente de desarrollo de entre los veinte y veinticinco años. Por lo menos, ésa es la respuesta *más probable*. —El Águila hizo un gesto hacia Nicole.

—Por ahora es todo lo que voy a decir. Tengo cosas que hacer con su madre. Debemos regresar antes de la hora de la cena.

—Como siempre —refunfuñó Richard—, no se nos dijo prácticamente nada. A veces deseo que no hubiéramos sido tan cooperativos.

—Pudieron haberse puesto más difíciles —señaló El Águila, mientras él y Nicole salían de la habitación—, de hecho, nuestras predicciones, basadas sobre los datos provenientes de nuestras observaciones, operaban sobre el hecho de que tendríamos menos cooperación que la que tuvimos. Sin embargo, al final no habría existido una diferencia importante en el resultado. De este modo, fue más placentero

para ustedes.

—Adiós —dijo Nicole.

—A... dios —dijo Benjy, agitando la mano para saludar a su madre, después de que la puerta se cerró.

Era un documento largo. Nicole calculó que, como mínimo, le tomaría diez o quince minutos, leer en voz alta todo el texto.

—¿Ya casi terminó usted con su estudio? —volvió a averiguar El Águila—. Nos gustaría comenzar la grabación, como la llaman ustedes, lo más pronto posible.

—Explíqueme otra vez qué va a pasar con este vídeo después de que yo lo grabe —solicitó Nicole.

—Lo difundiremos en la Tierra varios años antes de que ustedes lleguen a su Sistema Solar. Eso les brindará a su congéneres tiempo más que suficiente para responder.

—¿Cómo saben que realmente lo escucharán?

—Hemos solicitado una simple señal de retorno para saber que se produjo la recepción.

—Y, ¿qué pasa si nunca reciben esta señal de retomo?

—Para eso se hicieron los planes para eventualidades.

Nicole estaba muy desconfiada en cuanto a leer el mensaje. Preguntó si podría tener algo de tiempo para discurrir sobre el documento con Richard y Michael.

—¿Qué es lo que la preocupa —preguntó El Águila.

—Todo —repuso Nicole—. Sencillamente no parece ser correcto. Siento como si me estuvieran usando para fomentar sus propósitos... y, dado que no sé con exactitud cuáles son esos propósitos, temo que estoy actuando como traidora a la especie humana.

El Águila le trajo a Nicole un vaso con agua y se sentó al lado de ella, en el estudio extraterrestre de televisión.

—Veamos esto desde un punto de vista lógico —dijo El Águila—. Le hemos dicho con toda claridad que nuestro objetivo primordial es reunir información detallada sobre especies de esta galaxia que tengan la capacidad de viajar por el espacio, ¿no es así?

Nicole asintió con un leve gesto de cabeza.

—También hemos construido un habitat, dentro de Rama, para dos mil terrícolas y los enviaremos a usted y a su familia de regreso para que reúnan a esos seres

humanos en un viaje de observación. Todo lo que usted está haciendo, con este vídeo, es informarle a la Tierra que estamos en camino y que los dos mil miembros de su especie, junto con los objetos representativos de su cultura, deben encontrarse con nosotros en la órbita de Marte. ¿Qué podría haber de malo en eso?

—El texto del documento —objetó Nicole, señalando la agenda electrónica que El Águila le había dado— es extremadamente vago: nunca indicó, por ejemplo, cuál habrá de ser el destino final de todos estos seres humanos... únicamente que se "los va a cuidar" y "a observar" durante alguna especie de viaje. Tampoco se menciona el *porqué* de que se estudie a los seres humanos, y no se dice nada en absoluto de El Nodo y de la inteligencia que lo controla. Por añadidura, el tono es indudablemente amenazador: a la gente de la Tierra que reciba esta transmisión le estoy diciendo que si un contingente de seres humanos no se reúne con Rama en órbita marciana, entonces la nave espacial se va a aproximar más a la Tierra y "obtendrá sus especímenes de manera menos organizada". Ésa es, claramente, una declaración hostil.

—Puede corregir los comentarios si le place, en tanto y en cuanto no se modifique la intención —repuso El Águila—. Pero debo decirle que tenemos mucha experiencia con este tipo de comunicación. Con especies similares a la suya, siempre hemos tenidos mejores resultados cuando el mensaje no fue demasiado específico.

—Pero, ¿por qué no me permite llevar este documento de vuelta al departamento? Lo podría discutir con Richard y Michael y podríamos corregirlo juntos para suavizar el tono.

—Porque usted debe preparar el vídeo hoy —dijo El Águila con obstinación—. Estamos dispuestos a discutir modificaciones en el contenido y trabajaremos con usted tanto tiempo como sea necesario. Pero la secuencia se tiene que completar antes de que usted vuelva con su familia.

La voz tenía un tono amistoso pero el significado era absolutamente claro. *No tengo alternativa*, pensó Nicole. *Se me está ordenando que grabe el vídeo*. Durante varios segundos se quedó mirando fijo al extraño ser que tenía sentado al lado. *Este Águila no es más que una maquina*, se dijo a sí misma Nicole, sintiendo que su furia aumentaba. *Está cumpliendo con las instrucciones que tiene en su programa... Mi pleito no es con él*.

—No —dijo Nicole con brusquedad, asombrada por su respuesta—. No lo haré.

El Águila no estaba preparado para la reacción de Nicole. Se produjo un largo

silencio. A pesar de su agitación emocional, Nicole estaba fascinada por su acompañante: *¿Qué estará pasando ahora?*, se preguntaba. *¿Se estarán ejecutando complicados conjuntos cíclicos de instrucciones en su equivalente a un cerebro?* *¿O, a lo mejor, está recibiendo señales desde alguna otra parte?*

Por fin, El Águila se puso de pie.

—Bueno —dijo—, ésta es toda una sorpresa... Nunca esperamos que usted se rehusara a hacer el vídeo.

—Entonces no han estado prestando atención a lo que estuve diciendo... Siento como si usted, o quienquiera que le esté dando órdenes, me estuviera usando... y, ex profeso, diciéndome tan poco como le es posible... Si desea que haga algo por usted, entonces, por lo menos deben responder algunas de mis preguntas.

—¿Qué es, *precisamente*, lo que quiere saber?

—Ya se lo dije: —replicó Nicole, demostrando abiertamente su frustración— ¿qué demonios está ocurriendo en este lugar? ¿Quiénes, o qué, son ustedes? ¿Por qué nos quieren observar...? Y, finalmente, ¿puede darme una buena explicación de por qué necesitan que les dejemos aquí un "par reproductor"? Nunca me agradó la idea de deshacer mi familia. Debí haber protestado con más fuerza al principio. Si la tecnología de ustedes es tan maravillosa como para poder crear algo como este increíble Nodo, ¿por qué simplemente no pueden tomar un óvulo y algunos espermatozoides humanos...?

—Cálmese, señora Wakefield —dijo El Águila—. Nunca antes la vi tan agitada. La tenía clasificada como a la persona más estable de su grupo.

*Y la más maleable también, podría apostar*lo, pensó Nicole. Aguardó a que su furia disminuyera. *En alguna parte de ese extraño cerebro hay, sin duda, una evaluación cuantitativa de la probabilidad de que yo obedezca órdenes mansamente... Bueno, esta vez los embromé...*

—Mire, señor Águila —dijo Nicole unos segundos más tarde—. No soy estúpida. Sé quién está al mando aquí. Tan sólo creo que los seres humanos merecemos que se nos trate con un poco más de respeto. Nuestras preguntas son completamente legítimas.

—¿Y si las respondemos a su entera satisfacción?

—Ustedes me estuvieron observando cuidadosamente durante un año —dijo Nicole. Sonrió—. ¿He sido alguna vez completamente irracional?

—¿Adonde vamos? —preguntó Nicole.

—A realizar una breve excursión —respondió El Águila—. Ésa puede ser la mejor manera de lidiar con sus incertidumbres.

El extraño vehículo era pequeño y esférico, lo suficientemente grande para El Águila y Nicole. Todo el hemisferio frontal era transparente. Por detrás de la ventanilla, del lado en el que se sentaba el hombre pájaro, había un pequeño tablero de control. Durante el vuelo, El Águila tocaba el tablero en ocasiones pero la mayor parte del tiempo la nave parecía estar operando por sí sola.

Segundos después de que estuvieron sentados en el interior, la esfera salió disparada por un largo corredor y, a través de un gran juego de compuertas dobles, salió hacia la oscuridad absoluta. Nicole contuvo el aliento. Se sentía como flotando en el espacio.

—Cada uno de los tres módulos esféricos de El Nodo —dijo El Águila, mientras Nicole luchaba vanamente por ver algo— tiene un centro hueco. Ahora hemos entrado en un pasillo que lleva hacia el núcleo del Módulo de Habitación.

Después de casi un minuto, frente a la pequeña nave aparecieron algunas luces lejanas. Muy poco después, el vehículo surgió del negro corredor e ingresó en el inmenso núcleo hueco. La esfera dio un giro brusco e invirtió su sentido de avance, desorientando a Nicole al dirigirse hacia la oscuridad, lejos de las muchas luces de lo que debía de ser el interior del cuerpo principal del Módulo de Habitación.

—Observamos todo lo que ocurre con todas nuestras especies huéspedes, tanto en forma temporaria como permanente —dijo El Águila—. Tal como usted sospechó, tenemos centenares de dispositivos de vigilancia dentro de su departamento. Todas sus paredes también son opacas de un lado y transparentes del otro. Desde esta región central podemos observar sus actividades con una perspectiva más amplia.

Nicole se había acostumbrado a las maravillas de El Nodo pero las nuevas imágenes que la rodeaban la seguían asombrando. Docenas, quizá cientos, de lucecitas parpadeantes se movían por todas partes, en la vasta oscuridad del núcleo. Parecían un grupo de bichitos de luz desparramados en una oscura noche de verano. Algunas de las luces revoloteaban cerca de las paredes; otras se desplazaban lentamente a través del vacío. Algunas se encontraban tan lejanas que parecían estar inmóviles.

—Asimismo, aquí tenemos un importante centro de mantenimiento —dijo El Águila, señalando, delante de ellos, un denso conjunto de luces que se veía a la distancia—. A cada elemento del módulo se puede llegar muy rápidamente desde

este núcleo en el caso de que haya problemas de ingeniería o de cualquier otra índole.

—¿Qué pasa por allá? —preguntó Nicole, mientras daba suaves golpecitos en la ventanilla. A varios centenares de kilómetros hacia la derecha, un grupo de vehículos estaba ubicado justo frente a una parte grande, iluminada, del Módulo de Habitación.

—Ésa es una sesión especial de observación —repuso el Águila—, para la que se usan nuestros monitores más avanzados de captación a distancia. Esos departamentos en particular alojan una especie fuera de lo común, una que tiene características nunca antes registradas en este sector de la galaxia. Muchos de sus miembros están muriendo y no entendemos por qué. Estamos tratando de encontrar el modo de salvarlos.

—Entonces no todo siempre sale de la manera en que ustedes lo planearon.

—No —contestó El Águila. Bajo la luz reflejada, el ser parecía sonreír—. Ése es el motivo de que tengamos tantos planes para eventualidades.

—¿Qué habrían hecho si ningún ser humano hubiera venido para descubrir la existencia de Rama? —preguntó Nicole de repente.

—Tenemos métodos alternativos para alcanzar los mismos objetivos —repuso El Águila con vaguedad.

El vehículo aceleró a lo largo de su recta trayectoria en la oscuridad. En seguida, una esfera similar, levemente más grande que la de ellos, se les aproximó desde la izquierda.

—¿Le gustaría conocer a un miembro de una especie cuyo nivel de desarrollo es aproximadamente igual al de ustedes? —preguntó El Águila. Tocó el tablero de control y el interior de su nave se iluminó con luces tenues.

Antes de que Nicole pudiese responder, el segundo vehículo estuvo al lado de ellos. También tenía un hemisferio frontal transparente. Esta segunda esfera estaba llena con un líquido incoloro y dos seres estaban nadando en él. Parecían dos anguilas grandes que llevaran capa y se desplazaban por el líquido haciendo ondular el cuerpo. Nicole estimó que los seres tenían unos tres metros de largo y veinte centímetros de ancho. La capa negra, que se extendía como un ala durante el movimiento, tenía alrededor de un metro de ancho cuando estaba totalmente extendida.

—El que tiene a su derecha, sin las marcas de color —dijo El Águila—, es un

sistema de inteligencia artificial. Cumple un papel similar al mío, actuando como anfitrión de la especie acuática. El otro ser es un viajero espacial de otro mundo.

Nicole contempló al alienígena: había plegado la capa estrechamente contra su cuerpo ligeramente verdoso y estaba sentado, casi inmóvil, en el líquido. El ser se había dispuesto en forma de herradura, con ambos extremos del cuerpo mirando a Nicole. Un estallido de burbujas salió de uno de sus dos extremos.

—Dice "Hola", y "Uau, es usted desconcertante" —dijo El Águila.

—¿Cómo sabe usted eso? —contestó Nicole, incapaz de quitar la vista del curioso ser, los dos extremos del cual, uno rojo y el otro gris, ahora se habían envuelto uno alrededor del otro. Ambos estaban apretados contra la ventanilla de la nave.

—Mi colega del otro vehículo está traduciendo y, comunicándose conmigo... ¿Desea usted responder?

La mente de Nicole estaba en blanco. *¿Qué digo?*, pensó, los ojos enfocados en las arrugas y protuberancias fuera de lo común que tenían las extremidades del alienígena. En cada extremo había algunos rasgos aislados, que incluían un par de ranuras blancas en la "cara" roja. Ninguna de las marcas se parecía a nada que Nicole hubiera visto en la Tierra. Contemplaba en silencio, recordando las muchas conversaciones que ella y Richard y Michael habían sostenido respecto de las preguntas que formularían si alguna vez se pudieran comunicar con un extraterrestre inteligente. *Pero nunca nos imaginamos una situación como ésta*, pensó Nicole.

Más burbujas inundaron la ventanilla que estaba frente a Nicole.

—"Nuestro planeta natal completó su formación hace cinco mil millones de años —dijo El Águila, traduciendo—. Nuestras estrellas binarias alcanzaron la estabilidad mil millones de años después. Nuestro sistema tiene catorce planetas, en dos de los cuales evolucionó alguna clase de vida. Nuestro planeta oceánico tiene tres especies inteligentes, pero nosotros somos los únicos que nos desplazamos por el espacio. Comenzamos nuestra exploración del espacio hace no mucho más de dos mil años."

Ahora, Nicole se sentía turbada por su silencio.

—Hola... hola —dijo con vacilación—. Es un placer conocerlo... Nuestra especie comenzó a recorrer el espacio desde hace sólo trescientos años. Somos el único organismo con elevada inteligencia en un planeta que está cubierto por agua en sus dos terceras partes. Nuestro calor y luz provienen de una estrella amarilla, solitaria,

estable. Nuestra evolución comenzó en el agua, hace tres o cuatro mil millones de años, pero ahora vivimos en tierra...

Nicole se detuvo. El otro ser, sus dos extremos todavía entrelazados, había apoyado el resto de su cuerpo contra la ventanilla, de modo que los detalles de su estructura física se podían ver con más claridad. Nicole entendió. Se puso de pie al lado de la ventanilla y giró con lentitud. Después, extendió las manos, flexionando los dedos. Siguieron más burbujas.

—“¿Tienen ustedes una manifestación alternativa?” —tradujo El Águila, pocos segundos después.

—No entiendo —contestó Nicole. El anfitrión Nodal que estaba en la otra esfera comunicó el mensaje de Nicole, utilizando movimientos del cuerpo y burbujas.

—“Tenemos dos manifestaciones: —explicó el alienígena— mi descendencia va a tener apéndices, no diferentes de los suyos, y habitará, principalmente, el fondo de los océanos, construyendo nuestros hogares, fábricas y naves espaciales. Ellos, a su vez, producirán otra generación que se parece a mí.

—No, no —repuso Nicole finalmente—. Nosotros solamente tenemos una manifestación. Nuestros hijos se parecen a sus padres.

La conversación duró cinco minutos más. Los dos viajeros espaciales hablaron, principalmente, sobre biología: el alienígena estaba especialmente impresionado por la amplia gama de temperaturas en la cual los seres humanos podían funcionar con éxito. Le dijo a Nicole que los miembros de su especie no podían sobrevivir si la temperatura ambiente del líquido circundante estaba por encima de un límite reducido.

Nicole estaba fascinada por la descripción que el ser le hizo de un planeta acuoso, cuya superficie estaba casi totalmente cubierta por enormes alfombras de organismos fotosintéticos. Las anguilas con capa, o lo que fueran, vivían en las zonas poco profundas, inmediatamente debajo de estos cientos de organismos diferentes, y usaban a los fotosintetizadores para casi todo: comida, materiales de construcción y hasta como elementos de ayuda para la reproducción.

Finalmente, El Águila le dijo a Nicole que era hora de partir. Nicole saludó con una leve oscilación de la mano al otro ser, que todavía estaba apretado contra la ventanilla. Éste respondió con una explosión final de burbujas y desenvolvió los dos extremos. Segundos después, la distancia entre las dos cápsulas ya era de cientos de metros.

Una vez más hubo oscuridad dentro de la esfera móvil. El Águila estaba en silencio. Nicole estaba alborozada; su mente seguía trabajando, y no dejaba de formular preguntas para el ser extraterrestre con el que había tenido el breve encuentro: *¿Tienen familias?, pensaba Y, de ser así ¿cómo viven juntos los seres de configuración diferentes? ¿Se pueden comunicar con los habitantes del fondo, que son sus hijos?*

Otro tipo de pregunta irrumpió en la mente de Nicole y, súbitamente, se sintió ligeramente decepcionada de sí misma. *Fui demasiado clínica, demasiado científica,* pensó. *Debí de haber preguntado sobre Dios, sobre la vida después de la muerte, hasta sobre ética.*

—Habría sido realmente imposible sostener lo que usted denomina "conversación filosófica" —dijo El Águila, pocos instantes después de que Nicole expresara su insatisfacción por los temas que había abordado—. En modo alguno existía una base en común para el intercambio de esos conceptos. Hasta que cada uno no conozca algunos datos básicos sobre el otro, no habrá referencias para una discusión sobre valores o sobre otros asuntos importantes.

Así y todo, reflexionó Nicole, *lo pude haber intentado. ¿Quién sabe? Quizás ese alienígena en forma de herradura hubiera tenido algunas respuestas...*

El sonido de voces humanas le produjo a Nicole un sobresalto que la sacó de su estado de contemplación. Mientras miraba interrogativamente a El Águila, la esfera giró sobre sí por completo y Nicole vio que estaban flotando a sólo unos pocos metros de las habitaciones que tenían asignadas como vivienda.

Una luz se encendió en el dormitorio que compartían Michael y Simone.

—¿Es ése Benjy? —Nicole le oyó a su hija susurrarle a su flamante marido.

—Eso creo —repuso Michael.

Nicole observaba en silencio cómo Simone se levantaba de la cama, se ponía la bata y cruzaba hacia el corredor. Cuando encendió la luz de la sala de estar, Simone vio a su atrasado hermano menor acurrucado en el sofá.

—¿Qué haces aquí, Benjy? —le preguntó Simone con dulzura—. Deberías de estar en la cama; es muy, muy tarde. —Acarició la angustiada cara de su hermano.

—No podía dormir —repuso Benjy con esfuerzo—. Es... taba pre... pro... preocupado por mam... má.

—Volverá a casa pronto —le dijo Simone con tono apaciguador—. Volverá a casa pronto.

Nicole sintió un nudo en la garganta y algunas lágrimas le afluyeron fácilmente a los ojos. Miró a El Águila, al departamento iluminado que tenía delante de sí y, por último, a los vehículos, a la distancia parecidos a luciérnagas, que flotaban sobre su cabeza. Respiró hondo. —Muy bien —dijo lentamente—. Estoy lista para hacer el vídeo.

—Estoy celoso —dijo Richard—. Realmente lo estoy. Habría estado dispuesto a dejarme cortar los dos brazos por una conversación con ese ser.

—Fue asombroso —dijo Nicole—. Aun ahora, me resulta difícil creer que realmente ocurrió... También resulta asombroso que, de alguna manera, El Águila supiera cómo iba yo a reaccionar.

—Tan sólo estaba haciendo conjeturas. Realmente no pudo haber supuesto que iba a resolver su problema contigo de modo tan sencillo. Ni siquiera le hiciste responder tu pregunta respecto de la necesidad que tienen de una pareja reproductora...

—*Sí lo hice* —repuso Nicole, un tanto a la defensiva—. Me explicó que la embriología humana era un proceso tan asombrosamente complicado que ni siquiera *ellos* tenían modo de saber el papel exacto que desempeñaba una madre humana, sin haber visto jamás un feto madurar y desarrollarse.

—Lo siento, querida —dijo Richard con rapidez—. No quise dar a entender que realmente tuvieras alguna opción...

—Sentí como si, por lo menos, hubieran estado *tratando* de satisfacer mis objeciones —suspiró Nicole—. A lo mejor, me estoy mintiendo a mí misma. Después de todo, finalmente hice el vídeo, exactamente como lo habían planeado.

Richard la abrazó.

—Tal como dije, realmente no tenías alternativa, querida. No seas demasiado dura contigo.

Nicole besó a Richard y se incorporó en la cama.

—Pero, ¿qué pasa si *están* tomando estos datos de modo de poder preparar una invasión efectiva o algo por el estilo?

—Hemos discurrido sobre todo esto antes —repuso Richard—. Sus capacidades tecnológicas son tan avanzadas que podrían apoderarse de la Tierra en cuestión de minutos, si ése fuera su designio. El Águila mismo señaló que si la invasión o el esclavizamiento fueron el objetivo que persiguen, lo podrían conseguir con procedimientos mucho menos complicados.

—Y ahora, ¿quién está confiando en quién? —dijo Nicole, logrando forzar una sonrisa.

—No estoy confiando. Sólo soy realista. Estoy seguro de que el bienestar general de la especie humana no es un factor de importancia en la secuencia de prioridades de la Inteligencia Nodal. Pero creo firmemente que debes dejar de preocuparte respecto de si eres cómplice de un delito por haber grabado ese vídeo. El Águila tiene razón: lo más probable es que hayas hecho que el "proceso de obtención" sea menos difícil para los habitantes de la Tierra.

Quedaron en silencio durante algunos minutos.

—Querido —dijo Nicole por fin—, ¿por qué crees que no vamos directamente a la Tierra?

—Mi suposición es que primero nos debemos detener en algún otro lado. Presuntamente, para recoger otra especie que esté en la misma fase del proyecto en la que estamos nosotros.

—Y ¿van a vivir en ese otro módulo que hay dentro de Rama?

—Eso es lo que yo supondría —repuso Richard.

9

El día de la partida fue el 13 de enero de 2215, según el calendario que Richard y Nicole llevaban de modo tan puntilloso, desde el momento en que Rama escapó de la falange nuclear. Naturalmente, esta fecha realmente no quería decir nada... salvo para ellos. El largo viaje hacia Sirio, a una velocidad ligeramente superior a la mitad de la de la taz, había retrasado el tiempo dentro de Rama, en relación, por lo menos, con la Tierra, de modo que la fecha que usaban era un completo artilugio. Richard estimaba que la fecha real en la Tierra, en el momento de la partida de El Nodo, era tres o cuatro años más avanzada, 2217 ó 2218. Le era imposible computar la fecha de la Tierra con exactitud, ya que no tenía un cálculo preciso velocidad-tiempo de los años que habían viajado dentro de Rama. Por eso, Richard únicamente podía aproximar las correcciones relativísticas necesarias para transformar *su* propia unidad temporal en la que se experimentaba en la Tierra.

—De todos modos, la fecha en la Tierra en estos momentos realmente no tiene importancia para nosotros —le explicó Richard a Nicole, poco después de que

despertaron para pasar el último día en El Nudo—. Además —prosiguió—, es casi seguro que vamos a regresar a nuestro Sistema Solar a velocidades extremadamente elevadas, lo que significa que, antes de que entremos en la órbita de Marte, habrá una dilatación adicional del tiempo.

Realmente, Nicole nunca había entendido la relatividad (no era compatible con su intuición), y de hecho, en el último día antes de separarse de Simone y Michael, no iba a gastar energías preocupándose por entenderla. Nicole sabía que las despedidas iban a ser extremadamente difíciles para todos y quería concentrar todas sus fuerzas en esos últimos momentos emotivos.

—El Águila dijo que vendría por nosotros a las once —Nicole te dijo a Richard, mientras se vestían—. Espero que, después del desayuno todos nos podamos sentar juntos en la sala de estar. Quiero alentar a los chicos para que expresen sus sentimientos.

El desayuno fue calmo, hasta alegre, pero cuando los ocho miembros de la familia se reunieron en la sala de estar, todos conscientes de que quedaban menos de dos horas antes de que El Águila viniera para llevarlos a todos, menos a Michael y Simone, la conversación se volvió forzada y tensa.

Los recién casados se sentaron juntos en el confidente, frente a Richard, Nicole y los otros cuatro chicos; Katie, como era normal, estaba completamente frenética. Hablaba constantemente, saltaba de un tema a otro y sin duda quería evitar cualquier referencia a la partida inminente. Katie estaba en mitad de un largo monólogo sobre un sueño estrafalario que había tenido la noche anterior, cuando el sonido de dos voces que provenía de la entrada a la habitación principal, interrumpió su relato.

—Maldita sea, Sir John —dijo la primera variación de la voz de Richard—, ésta es nuestra última oportunidad. Voy a salir para decir adiós, me sigáis o no.

—Estos adioses, mi príncipe, lastiman mi propia alma. Todavía no estoy lo suficientemente en copas como para amortecer el dolor. Vos mismo dijisteis que la moza era la aparición misma de un ángel. ¿Cómo puedo yo entonces...?

—Bien, pues, saldré sin ti —dijo el Príncipe Hal. Todos los ojos de la familia estaban puestos en el diminuto príncipe robot de Richard, mientras venía desde el vestíbulo hacia la sala de estar. Falstaff venía tambaleándose detrás de él y se detenía cada cuatro o cinco pasos para tomar un trago de su redoma. Hal caminó hasta pararse frente a Simone.

—Mi queridísima dama —dijo, inclinándose sobre una rodilla—, no puedo encontrar las palabras que expresen con propiedad cuánto voy a extrañar la imagen de vuestro rostro sonriente. Por todos mis reinos no existe un solo miembro de tu sexo que os iguale en belleza...

—¡Cáspita! —interrumpió Falstaff, dejándose caer sobre las dos rodillas delante de su príncipe—. Tal vez Sir John cometió un error. ¿Por qué estoy yendo con esta abigarrada pandilla (hizo un ademán con el brazo, en dirección a Richard, Nicole y los demás chicos... quienes exhibían una amplia sonrisa), cuando podría permanecer aquí, en presencia de tan magnífica gracia y con nada más que este anciano como adversario? Recuerdo a Doll Tearsheet...

Mientras el par de robots de veinte centímetros entretenía a la familia, Benjy se levantó de la silla y se acercó a Michael y Simone.

—Si... mone —dijo, luchando por contener las lágrimas—, te voy a ex.. ex... trañar. Te amo. —Benjy hizo silencio un instante, miró primero a Simone y después, a su padre—. Espe... pero que tú y pa... pá sean... sean muy f... felices.

Simone se levantó del asiento y abrazó a su tembloroso hermano menor.

—Oh, Benjy, gracias —le dijo—. Yo también te extrañaré. Y te recordaré todos los días.

El abrazo fue demasiado para el muchacho. El cuerpo de Benjy se sacudía por los sollozos, y su gemido suave, acongojado, hizo asomar lágrimas en los ojos de todos los demás. Al cabo de unos instantes, Patrick se había trepado al regazo de su padre. Escondió los hinchados ojos en el pecho de Michael.

—Papito... papito —decía una vez y otra.

Un coreógrafo no podría haber diseñado una más hermosa danza de despedida. La radiante Simone, que todavía parecía estar algo serena a pesar de las lágrimas, describió un giro de vals por toda la habitación, dándole un expresivo adiós a todos los miembros de la familia. Michael O'Toole permaneció sentado en el confidente, con Patrick en su regazo y Benjy junto a él. Sus ojos rebosaron lágrimas repetidamente, cuando, uno por uno, los miembros de la familia que iban a partir se le acercaron para darle un abrazo final.

Quiero recordar este momento para siempre. Hay tanto amor aquí, Nicole se dijo a sí misma, mientras recorría la habitación con la mirada. Michael sostenía en los brazos a la pequeña Ellie; Simone le decía a Katie cuánto iba a extrañar sus conversaciones. Esta vez, hasta Katie estaba emocionada: se mantuvo

sorprendentemente silenciosa cuando Simone se dirigió de nuevo hacia el otro lado de la habitación, para reunirse con su marido.

Con suavidad, Michael levantó de su regazo a Patrick y tomó las manos extendidas de Simone. Los dos se volvieron hacia el resto de la familia y cayeron de rodillas, las manos entrelazadas en una plegaria.

—Padre Celestial —dijo Michael con voz firme. Quedó en silencio durante varios segundos, mientras el resto de la familia, incluso Richard, se arrodillaba delante de la pareja.

—Te agradecemos por habernos permitido gozar del amor de esta maravillosa familia. Te agradecemos, también, por habernos mostrado Tu milagrosa obra por todo el Universo. En este momento, Te imploramos, si ésa es Tu voluntad, que cuides de cada uno de nosotros, ahora que hemos de recorrer caminos separados. No sabemos si en Tu plan figura que, una vez más, compartamos la camaradería y el amor que ha elevado espiritualmente a todos nosotros. Permanece junto a nosotros, dondequiera que nuestros senderos nos lleven en Tu asombrosa creación, y permítenos, Oh, Señor, que algún día nos volvamos a reunir... en esta vida o en la siguiente. Amén.

Segundos más tarde, sonó el timbre de la puerta. El Águila había llegado.

Nicole dejó la casa —a propósito diseñada como una versión más pequeña de la villa de su familia en Beauvois, Francia—, y recorrió el estrecho sendero, en dirección a la estación. Pasó frente a otras casas, todas oscuras y vacías y trató de imaginar cómo sería ese sitio cuando las casas estuvieran llenas de gente. *Mi vida ha sido como un sueño*, se dijo a sí misma. *Con toda seguridad, ningún ser humano ha tenido jamás una experiencia más variada.*

Algunas de las casas proyectaban sombras sobre el sendero a medida que el Sol simulado completaba su arco en el techo, muy por encima de la cabeza de Nicole. *Otro mundo increíble*, reflexionó, inspeccionando el pueblito que estaba en la esquina sureste de Nuevo Edén. *El Águila estaba en lo correcto cuando dijo que el habitat sería indistinguible de la Tierra.*

Durante un fugaz instante, Nicole pensó en ese mundo oceánico, azul, a nueve años luz de distancia. En su imaginación, Nicole estaba parada junto a Janos Tabori, quince años atrás, cuando la nave espacial *Newton* se desacopló de BOT-3.

—Ésa es Budapest —había dicho Janos, circundando con los dedos un punto específico del globo iluminado que brillaba con luz trémula en la ventanilla de

observación.

Nicole había localizado Beauvois o, por lo menos, la región general, siguiendo, en sentido inverso, el recorrido del Loira desde el sitio donde desemboca en el Atlántico.

—Mi hogar está justo por ahí —le había dicho a Janos—. Quizá mi padre y mi hija estén mirando en esta dirección en este preciso momento.

Genevieve, pensó Nicole, cuando la breve rememoración se desvaneció, *mi Genevieve. Debes ser una mujer joven ahora. De casi treinta años*. Prosiguió caminando lentamente por el sendero cercano a su nueva casa, en el habitat Tierra del interior de Rama. Pensar en su primera hija hizo que Nicole recordara una corta conversación que había sostenido con El Águila durante una pausa en la grabación del vídeo, en El Nudo.

—¿Podré volver a ver a mi hija Genevieve, mientras estemos cerca de la Tierra? —había preguntado Nicole.

—No lo sabemos —había contestado El Águila, después de una breve vacilación—. Depende, por completo, de cómo sus congéneres respondan a su mensaje. Usted misma permanecerá dentro de Rama, aun si se apela a los planes para eventualidades, pero es posible que su hija sea una de los dos mil que vengan de la Tierra para vivir en Nuevo Edén. Ha ocurrido antes, con otros viajeros espaciales...

—¿Y qué hay respecto de Simone? —había preguntado Nicole, cuando El Águila terminó—. ¿La volveré a ver alguna vez?

—Eso es más difícil de contestar —había respondido El Águila—. Depende de tantos, tantos factores. —El ser extraterrestre había contemplado a su desalentada amiga humana —Lo siento, señora Wakefield —había dicho.

Una hija que quedó en la Tierra. Otra, en un mundo espacial no terrícola, a casi cien billones de kilómetros de distancia. Y yo estaré en alguna otra parte. Quién sabe dónde. Nicole se estaba sintiendo extremadamente sola. Dejó de caminar y concentró la mirada en el paisaje que la rodeaba. Estaba parada al lado de una zona circular, en el panqué del pueblito. Dentro de la circunferencia de roca había un tobogán, un cajón de arena, un juego de caños para trepar y una calesita: un perfecto sector de recreo para niños de la Tierra. Por debajo de los pies de Nicole, la red de los DIG estaba intercalada por todo el parque que, con el tiempo, se cubriría con las hierbas traídas de la Tierra.

Nicole se inclinó para examinar los dispositivos individuales para intercambio de gases: eran objetos redondos, compactos, de nada más que dos centímetros de diámetro. Había varios miles dispuestos en hileras y columnas que entrecruzaban el parque. *Plantas electrónicas, pensó Nicole, que convierten dióxido de carbono en oxígeno y que hacen posible que nosotros, animales, sobrevivamos.*

Con la imaginación, Nicole podía ver el parque con césped, árboles y lirios en el pequeño estanque, tal como había aparecido en la imagen holográfica de la sala de conferencias, en El Nudo. Pero aun cuando sabía que Rama estaba regresando al Sistema Solar para "obtener" seres humanos que fueran a llenar este paraíso tecnológico, todavía le resultaba difícil imaginarse este parque atestado de niños. *No he visto otro ser humano, con la excepción de mi familia, durante casi quince años.*

Nicole salió del parque y continuó hacia la estación. A las casas residenciales que habían bordeado los estrechos senderos, ahora las reemplazaban edificios en hilera que contenían lo que, con el tiempo, serían pequeñas tiendas. Naturalmente, todos estaban vacíos, al igual que la estructura grande y rectangular, destinada a ser un supermercado que estaba inmediatamente enfrente de la estación.

Nicole pasó por el portón y abordó el tren que esperaba, por el frente, inmediatamente detrás de la cabina de control, que estaba manejada por un robot Benita García.

—Está casi oscuro —dijo Nicole en voz alta.

—Dieciocho minutos más —repuso el robot.

—¿Cuánto tiempo para llegar al somnario? —preguntó Nicole.

—El viaje hasta la Estación Central tarda diez minutos —respondió Benita, mientras el tren partía de la estación del sureste—. Después tiene una caminata de dos minutos.

Nicole conocía la respuesta a su pregunta. Tan sólo había querido oír otra voz. Ése era su segundo día sola y una conversación con un robot García era mejor que hablar consigo misma.

El viaje en tren la llevó desde el rincón sureste hasta el centro geográfico de la colonia. Durante el trayecto, Nicole vio el lago Shakespeare, a la izquierda del tren, y las laderas del monte Olimpo (que estaban cubiertas con más DIG), a la derecha. Monitores electrónicos de mensajes, ubicados dentro del tren, exhibían información sobre los paisajes por los que estaban pasando, la hora del día y la distancia que habían recorrido.

Tú y El Águila hicieron un buen trabajo con este sistema de trenes, se dijo Nicole a sí misma, pensando en su marido, Richard, ahora dormido junto con todos los demás miembros de la familia. Pronto me voy a reunir contigo en la gran sala circular.

El somnario era, en realidad, nada más que una prolongación del hospital principal que estaba situado a unos doscientos metros de la estación central de trenes. Después de abandonar el tren y de caminar frente a la biblioteca, Nicole entró en el hospital, lo atravesó y llegó al somnario a través de un largo túnel. El resto de la familia estaba dormida en una sala grande, circular, del segundo piso. Cada uno estaba en una "litera" situada a lo largo de la pared, un dispositivo largo parecido a un ataúd que estaba herméticamente sellado contra el ambiente externo. Sólo era visible la cara a través de la pequeña ventanilla que el artefacto tenía a la altura de la cabeza. Tal como le había enseñado El Águila, Nicole examinó los monitores que contenían los datos sobre el estado físico de su marido, de las dos hijas y de los dos hijos: todos estaban bien; ni siquiera había indicios de irregularidades.

Nicole se detuvo y contempló, añorante, a cada uno de sus seres queridos. Ésta iba a ser su última inspección, según el procedimiento, ya que los parámetros críticos de todos se encontraban bien dentro de niveles normales de tolerancia; ahora era tiempo de que Nicole se pusiera a dormir. Podrían pasar muchos años antes de que volviera a ver a alguien de su familia.

Querido, querido Benjy, suspiró Nicole, mientras estudiaba a su atrasado hijo en reposo, esta interrupción de la vida va a ser más difícil para ti. Katie, Patrick y Ellie se van a poner al día pronto; sus mentes son rápidas y ágiles. Pero tú vas a perder los años que te pudieron haber hecho independiente.

Las literas sobresalían de la pared circular, sostenidas en lo que parecía trabajo de metalistería en hierro forjado. La distancia desde la cabecera de una de las literas hasta la parte inferior de la siguiente era tan sólo de un metro y medio, aproximadamente. La litera vacía de Nicole estaba en el medio; Richard y Katie estaban detrás de su cabeza; Patrick, Benjy y Ellie a sus pies.

Se demoró varios minutos junto a la litera de Richard. Él había sido el último en ponerse a dormir, dos días atrás. Tal como había solicitado, Príncipe Hal y Falstaff estaban apoyados sobre su pecho, dentro del contenedor herméticamente cerrado. *Esos tres días finales fueron maravillosos, amor mío, se dijo Nicole a sí misma,*

mientras contemplaba, a través de la ventanilla, el rostro carente de expresión de su marido. *No podría haber pedido más.*

Habían nadado y hasta practicado esquí acuático en el lago Shakespeare; trepado al monte Olimpo y hecho el amor cada vez que alguno de ellos había sentido el más leve deseo. Se habían abrazado con fuerza durante toda una noche, en la gran cama de su nuevo hogar. Richard y Nicole habían controlado a los chicos dormidos, una vez cada día, pero habían usado el tiempo, principalmente, para efectuar una exploración a fondo de sus nuevos dominios.

Había sido un período muy emotivo. Las últimas palabras de Richard, antes de que Nicole pusiera en marcha el sistema que lo pondría a dormir, fueron:

—Eres una mujer maravillosa, y te quiero mucho.

Ahora era el turno de Nicole. Ya no podía aplazarlo más. Trepó y se metió en su litera y con un brusco movimiento de la mano, encendió todos los interruptores, salvo uno. La espuma que la rodeaba era increíblemente confortable. La parte superior de la litera se cerró sobre su cabeza. Nicole únicamente tenía que tocar el interruptor final para hacer que el gas somnífero penetre en el compartimiento.

Respiró hondo. Mientras Nicole yacía de espaldas, recordó el sueño que había tenido sobre la Bella Durmiente, durante una de sus pruebas finales en El Nodo. Entonces, su mente se volcó al pasado, a su niñez, en aquellos hermosos fines de semana que había pasado con su padre, asistiendo a las exhibiciones teatrales de la Bella Durmiente que se realizaban en le Château d'Ussé.

Ésa es una linda manera de irse, se dijo a sí misma, sintiendo la somnolencia mientras el gas empezaba a inundar la litera, *pensando que va ser algún Príncipe Encantado el que me va a despertar.*

Encuentro en Marte

1

—Señora Wakefield.

La voz parecía lejana, muy lejana. Se inmiscuía delicadamente en su conciencia, pero no la despertaba del todo de su sueño.

—Señora Wakefield.

Esta vez fue más fuerte. Nicole trató de recordar dónde estaba, antes de abrir los ojos. Desplazó el cuerpo y la espuma se reorientó para brindarle el máximo de comodidad. Lentamente, la memoria le empezó a enviar seriales al resto del cerebro. *Nuevo Edén. Dentro de Rama. De regreso al Sistema Solar*, recordó. *¿Es todo esto sólo un sueño?*

Finalmente, abrió los ojos. Durante varios segundos, Nicole tuvo dificultades para enfocar la mirada. Finalmente, la figura que se inclinaba sobre ella adquirió claridad: ¡era su madre, vestida con uniforme de enfermera!

—Señora Wakefield —dijo la voz, ya es hora de que despierte y se prepare para el encuentro.

Durante un instante, Nicole estuvo en estado de shock. ¡Dónde estaba! ¡Qué estaba haciendo ahí su madre! Entonces, recordó: *Los Robots*, pensó *Mamá es una de las cinco clases de robots humanos. Un robot Anawi Tiasso es un especialista en salud y buen estado físico.*

El brazo servicial del robot enderezó a Nicole cuando se incorporó en la litera. La habitación no había cambiado durante el largo tiempo que Nicole había estado dormida.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras se preparaba a bajar de la litera.

—Hemos completado la principal etapa de desaceleración e ingresamos en el Sistema Solar de ustedes —contestó la Anawi Tiasso de tez negra azabache. La inserción en la órbita de Marte se producirá dentro de seis meses.

Los músculos no le parecían extraños en absoluto. Antes de que partiera de El Nodo, El Águila había informado a Nicole que cada uno de los compartimentos para dormir comprendía componentes electrónicos especiales que no sólo harían que los músculos y otros sistemas biológicos hicieran ejercicio en forma regular para evitar cualquier forma de atrofia, sino que también vigilarían la salud de todos los órganos vitales. Nicole bajó por la escalerilla. Cuando llegó al piso, se estiró.

—¿Cómo se siente? —preguntó el robot. Ella era la Anawi Tiasso Número 017. El número aparecía, sumamente destacado, en el hombro derecho del uniforme.

—Bastante bien —respondió Nicole—. Bastante bien, 017 —repitió mientras examinaba al robot. Se parecía notablemente a su madre. Richard y ella habían visto todos los prototipos antes de partir de El Nodo pero únicamente los Benitas García habían estado en funcionamiento durante las dos semanas anteriores a que se pusieran a dormir. Todo el resto de los robots de Nuevo Edén se había construido y

sometido a prueba durante el largo vuelo. *Realmente se parece exactamente a mamá* reflexionó Nicole, admirando la pericia manual de los desconocidos artistas ramanos. *Al prototipo le introdujeron todos los cambios que sugerí.*

En la distancia oyó pasos que venían hacia ellos, Nicole giró sobre sí misma y vio que se acercaba a ellos una segunda Anawi Tiasso, también vestida con el uniforme blanco de enfermera.

—La número 009 también fue asignada para ayudarla con el procedimiento de inicialización —dijo a Nicole la robot Tiasso que tenía a su lado.

—¿Asignada por quién? —preguntó Nicole, pugnando por recordar las discusiones con El Águila respecto del procedimiento para despertar.

—Por el plan preprogramado de la misión —respondió la número 017—. Una vez que todos los seres humanos estén vivos y alerta, recibiremos todas las instrucciones de ustedes.

Richard despertó con más rapidez pero fue bastante torpe para descender la corta escalerilla. Fue necesario que las dos Tiasso lo sostuvieran para evitar que cayera. Era evidente que Richard estaba encantado de ver a su esposa. Después de un largo abrazo y de un beso, contempló a Nicole durante varios segundos.

—Casi no ha pasado el tiempo para ti —dijo en broma—. Te aumentaron las canas, pero todavía quedan algunos mechones negros.

Nicole sonrió. Era grandioso poder estar hablando con Richard nuevamente.

—A propósito —comentó Richard un segundo después—, ¿cuánto tiempo pasamos en esos extraños ataúdes? Nicole se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Todavía no pregunté. Lo primero que hice fue despertarte.

Richard se volvió hacia las dos Tiasso.

—¿Saben ustedes, bellas mujeres, cuánto tiempo transcurrió desde que partimos de El Nodo?

—Durmieron durante diecinueve años de tiempo de viajero —repuso Tiasso 009.

—¿Qué quiere decir con eso de "tiempo de viajero"? —preguntó Nicole.

Richard sonrió.

—Ésa es una expresión propia de la Teoría de la Relatividad, querida —contestó—, el tiempo no significa nada a menos que se tenga un sistema de referencia. Dentro de Rama han transcurrido diecinueve años, pero esos años únicamente le pertenecen a...

—No te molestes —interrumpió Nicole—. No dormí todo este tiempo para despertar y recibir una lección sobre relatividad. Me lo puedes explicar más tarde, durante la cena. Mientras tanto, tenemos un asunto más importante. ¿En qué orden deberíamos despertar a los chicos?

—Tengo otra sugerencia —repuso Richard, después de un instante de vacilación—. Sé que estás ansiosa por ver a nuestros hijos. Yo también. Sin embargo, ¿por qué no los dejamos dormir durante varias horas más? Por cierto que no les vendría mal... y tú y yo tenemos mucho que discutir. Podemos comenzar nuestros preparativos para el encuentro, delinear lo que vamos a hacer respecto de la educación de los chicos, quizá tomarnos un momento para hacer nuestro propio reencuentro...

Nicole estaba *ansiosa* por hablar con los chicos pero la parte lógica de su mente podía ver las ventajas de la sugerencia de Richard. La familia sólo había desarrollado un plan rudimentario para lo que iba a suceder después de que despertaran, primordialmente porque El Águila había insistido en que habría demasiados aspectos inciertos como para especificar las condiciones con exactitud. Resultaría mucho más fácil hacer algunos planes antes de que los chicos despertaran...

—Muy bien —dijo Nicole finalmente—, en tanto y en cuanto yo sepa con certeza que todos están bien... —Miró a la primera Tiasso.

—Todos los datos de monitor indican que cada uno de sus hijos sobrevivió al período de sueño sin sufrir ninguna irregularidad de importancia —dijo el biot.

Nicole se volvió hacia Richard y le estudió el rostro detalladamente: había envejecido un poco, pero no tanto como ella había esperado.

—¿Dónde está tu barba? —dijo de repente, al darse cuenta de que la cara de su marido estaba, aunque era extraño, bien rasurada.

—Afeitamos a los hombres ayer, mientras dormían —contestó Tiasso 009—. También cortamos el cabello de todos y a cada uno le dimos un baño, en cumplimiento del plan preprogramado para la misión.

¿Los hombres?, pensó Nicole. Quedó momentáneamente perpleja.

¡Pero claro, se dijo a sí misma, *Benjy y Patrick ahora son hombres!*

Tomó la mano de Richard y caminaron con presteza hacia la litera de Patrick. El rostro que Nicole vio por la ventanilla era asombroso: su pequeño Patrick ya no era un niño. Los rasgos se le habían elongado de modo considerable y los contornos

redondeados de la cara habían desaparecido. Durante más de un minuto, Nicole contempló a su hijo en silencio.

—Su equivalencia estaría es de dieciséis o diecisiete años —dijo Tiasso Número 017, en respuesta a la mirada interrogadora de Nicole—. El señor Benjamin O'Toole sigue siendo un año y medio mayor. Naturalmente, estas edades son sólo valores aproximados. Tal como El Águila le explicó antes de la partida de El Nudo, hemos podido retrasar un poco las enzimas claves de envejecimiento que hay en cada uno de ustedes... pero no todas a la misma velocidad. Cuando decimos que el señor Patrick O'Toole ahora tiene dieciséis o diecisiete años, únicamente nos estamos refiriendo a su reloj biológico interno, personal. La edad citada es una especie de promedio entre sus procesos de crecimiento, maduración y envejecimiento de los subsistemas.

Nicole y Richard se detuvieron ante cada una de las otras literas y, durante varios minutos, contemplaron por la ventanilla a cada uno de sus hijos. Nicole repetidamente sacudía la cabeza, perpleja.

—¿Adonde están todos mis bebés? —dijo, después de ver que hasta la pequeña Ellie se había convertido en una adolescente, durante el largo viaje.

—Sabíamos que esto iba a suceder —comentó Richard, inexpresivo, no brindando ayuda para que la madre que había en Nicole pudiera enfrentar la sensación de pérdida que sentía.

—*Saberlo* es una cosa —dijo Nicole—, pero *verlo* y experimentarlo es otra. Éste no es el caso de una típica madre que, de repente, se da cuenta de que todos sus niños y niñas han crecido. Lo que les pasó a nuestros hijos verdaderamente produce vértigo: su desarrollo mental y social fue interrumpido durante lo equivalente a diez o doce años. Ahora tenemos niños pequeños que deambulan en cuerpos de adultos. ¿Cómo podemos prepararlos para encontrarse con otros seres humanos en sólo seis meses?

Nicole estaba abrumada. ¿Es que alguna parte de ella no le había creído a El Águila cuando le describió lo que le ocurriría a la familia? Quizás. Era otro hecho increíble en una vida que desde hacía mucho estaba más allá de toda comprensión. *Pero como madre de ellos*, Nicole pensó, *tengo mucho para hacer y casi nada de tiempo. ¿Por qué no hice planes para todo esto antes de partir de El Nudo?*

Mientras Nicole luchaba con su fuerte reacción emocional al ver a sus hijos súbitamente crecidos, Richard charlaba con las dos Tiasso. Sin dificultad le

respondían todas las preguntas. Richard estaba muy impresionado con las facultades, tanto físicas como mentales, de las biots.

—¿Todas ustedes tienen tanta abundancia de información en su memoria? —le preguntó a los robots en medio de la conversación.

—Solamente nosotras, las Tiasso, tenemos los datos detallados del historial médico de su familia —repuso 009—. Pero todos los biots humanos pueden tener acceso a una amplia gama de datos básicos. Sin embargo, parte de ese conocimiento se borrará en el momento en que se haga el primer contacto con otros seres humanos. En ese momento, van a depurar los dispositivos de memoria de todos los biots, en forma parcial. Cualquier suceso o dato relativo a El Águila, El Nodo, o a cualquier situación que hubiera ocurrido antes de que ustedes despertaran va a desaparecer de nuestras bases de datos después de que hagamos contacto con los demás seres humanos. De esa etapa previa únicamente va a estar disponible la información sobre el historial médico de ustedes... y estos datos se encontrarán en las Tiasso.

Nicole ya había estado pensando en El Nodo antes de este último comentario.

—¿Todavía están en contacto con El Águila? —preguntó de repente.

—No —fue Tiasso 017 quien respondió esta vez—. Cabe suponer que El Águila o, por lo menos, algún representante de la Inteligencia Nodal, periódicamente está vigilando nuestra misión, pero nunca hay interacción alguna con Rama, después de abandonar El Hangar. Ustedes, nosotros, Rama... estamos librados a nosotros mismos, hasta que se satisfagan los objetivos de la misión.

Katie se paró frente al espejo y estudió su cuerpo desnudo. Aun después de un mes, todavía le era nuevo. Le encantaba tocarse. Le gustaba, de modo particular, deslizarse los dedos por los pechos y observar como los pezones se ponían turgentes, en respuesta a la estimulación. A Katie le gustaba aún más tocarse a la noche, cuando estaba sola debajo de las sábanas. En esos momentos, podía frotarse por todas partes, hasta que oleadas de estremecimientos le recorrían el cuerpo y quería lanzar gritos de placer.

Su madre le había explicado el fenómeno pero se sintió un poco incómoda cuando Katie quiso discutir el asunto por segunda y una tercera vez.

—La masturbación es un asunto muy privado, querida —le habla dicho Nicole una noche, en voz baja, antes de la cena—, y en general, sólo se habla de eso, en caso de hacerlo con los amigos más íntimos.

Ellie no era de mucha ayuda. Katie nunca había visto a su hermana examinándose a sí misma. *Es probable que jamás lo haga*, pensaba Katie, y *ciertamente no quiere hablar sobre eso*.

—¿Terminaste de ducharte? —Katie oyó a Ellie gritarle, desde la habitación contigua. Cada una de las chicas tenía su propia habitación, pero compartían el baño.

—Sí —respondió Katie.

Ellie entró en el baño, modestamente envuelta en una toalla y miró fugazmente a su hermana que estaba parada, completamente desnuda delante del espejo. La menor empezó a decir algo, pero cambió de idea pues dejó caer la toalla y se metió con cautela debajo de la ducha.

Katie observó a Ellie a través de la mampara transparente. Primero le miró el cuerpo y después, se contempló en el espejo y comparó todo rasgo anatómico posible. Katie prefería sus propios rostro y color de tez (era, sin duda, el miembro de la familia de tez más clara, salvo su padre), pero la silueta de Ellie era mejor.

—¿Por qué tengo formas de varón? —preguntó Katie a Nicole una noche, dos semanas más tarde, después de que Katie terminó de leer un datacubo que contenía algunas revistas muy antiguas.

—No lo puedo explicar con exactitud —contestó Nicole, alzando la vista de lo que ella misma estaba leyendo—. La genética es un tema maravillosamente complicado, mucho más complejo que lo que Gregor Mendel pensó al principio.

Nicole se rió para sus adentros. De inmediato se dio cuenta de que Katie no había entendido lo que le acababa de decir.

—Katie —prosiguió, en tono menos pedante—, cada hijo es una combinación única de las características de sus dos padres. Estos caracteres identificadores se conservan en moléculas llamadas genes. Literalmente existen miles de millones de maneras diferentes en las que los genes de unos padres se pueden manifestar. Ésa es la razón de que hijos de los mismos padres no sean en absoluto idénticos.

La frente de Katie se frunció. Esperaba una respuesta diferente. Nicole entendió con rapidez.

—Además —agregó con tono reconfortante—, tu silueta realmente no es "de varón". "Atlética" sería una palabra mejor para describirla.

—De todos modos —replicó Katie, señalando a su hermana que estaba estudiando con intensidad en un rincón de la sala familiar—, no me parezco a Ellie.

Su cuerpo es realmente atractivo... sus pechos son, inclusive, más grandes y redondeados que los tuyos.

Nicole rió con naturalidad.

—Ellie tiene una figura imponente —dijo—, pero la tuya es igualmente buena... tan sólo es diferente. —Nicole regresó a su lectura porque creyó que la conversación había terminado.

—En estas revistas antiguas no hay muchas mujeres con mi figura —insistió Katie, después de un breve silencio. Sostenía en alto su agenda electrónica, pero Nicole ya no le prestaba atención. —Sabes, madre —dijo, luego, su hija—, creo que El Águila cometió algún error con los controles de mi litera. Creo que debo de haber recibido algunas de las hormonas que estaban destinadas a Patrick o a Benjy.

—Katie, querida —contestó Nicole cuando se dio cuenta, finalmente, de que su hija estaba obsesionada con su figura—, es seguro que te has convertido en la persona que ya venía programada en tus genes desde el momento de la concepción. Eres una joven encantadora, inteligente. Serías más feliz si pasaras tu tiempo pensando en tus excelentes virtudes, en vez de buscarte imperfecciones y de desear ser alguien diferente.

Desde que despertaron, muchas de las conversaciones entre madre e hija giraban en torno a temas similares. A Katie le parecía que su madre no trataba de entenderla y que estaba más interesada en leer y/o hacer un epigrama. "Hay cosas más importantes en la vida que verse bien" era un continuo estribillo que resonaba en los oídos de Katie. Por otro lado, los elogios que su madre hacía de Ellie le parecían efusivos: "Ellie es tan buena alumna, aun cuando empezó tan tarde, Ellie siempre es servicial, sin que haya que pedírselo, o ¿por qué no puedes ser un poco más paciente con Benjy, como es Ellie?"

Primero Simone y, ahora, Ellie, Katie se dijo a sí misma, una noche mientras yacía desnuda en la cama después de que ella y su hermano riñeron, y su madre únicamente la reprendió a ella. *Nunca tuve oportunidad con mamá. Sencillamente somos demasiado diferentes. Ya es hora de que deje de intentarlo.*

Recorrió su cuerpo con los dedos, estimulando su deseo, y Katie suspiró anticipadamente. *Por lo menos, pensó, hay algunas cosas para las que no la necesito a mamá.*

—Richard —dijo Nicole una noche, en la cama, cuando se encontraban a sólo seis semanas de distancia de Marte.

—¿Qué? —respondió él, con lentitud. Estaba casi dormido.

—Estoy preocupada por Katie —dijo—. Estoy contenta con los progresos que están haciendo los demás niños... en especial Benjy, bendito sea. Pero estoy muy preocupada por Katie.

—¿Qué es, con exactitud, lo que te molesta? —preguntó Richard, apoyándose en uno de los codos.

—Sus actitudes, principalmente. Katie es increíblemente egocéntrica. También es irascible e impaciente con los demás chicos, aun con Patrick, que siente plena adoración por ella. Discute conmigo todo el tiempo, aunque muchas veces sean cosas sin importancia. Y creo que pasa demasiadas horas a solas en su cuarto.

—Simplemente está aburrída —contestó Richard—. Recuerda, Nicole, que desde el punto de vista físico, es una joven de apenas veinte años. Debería estar saliendo con muchachos, afirmando su independencia. En realidad, aquí no hay nadie de su edad... y tienes que admitir que, a veces, la tratamos como si tuviera doce años.

Nicole no dijo nada. Richard se inclinó sobre ella y le tocó el brazo.

—Siempre supimos que Katie era la más inquieta de nuestros hijos. Por desgracia, se me parece mucho.

—Pero, por lo menos, tú canalizas tu energía en proyectos que valen la pena —dijo Nicole—. Katie puede ser tanto destructiva como constructiva... En serio, Richard, me gustaría que hablaras con ella. De lo contrario, temo que vamos a tener grandes problemas cuando nos encontremos con los otros seres humanos.

—¿Qué quieres que le diga? —contestó Richard, después de un breve silencio—. ¿Que la vida no es sólo una emoción tras otra...? ¿Y por qué debería pedirle que no se refugie en su mundo de fantasía, en su propia habitación? Es probable que las cosas sean más interesantes allí. Por desgracia, hasta ahora no hay en ninguna parte de Nuevo Edén cosas muy interesantes para una joven.

—Esperaba que fueras un poco más comprensivo —repuso Nicole, levemente disgustada—. Necesito tu ayuda, Richard... y Katie te respeta más a ti.

Otra vez Richard quedó en silencio.

—Muy bien —dijo finalmente, con tono de frustración. Se volvió a tender en la cama—. Llevaré a Katie a practicar esquí acuático mañana (adora eso) y, por lo menos, le pediré que sea más considerada con los demás miembros de la familia.

—Muy bien. Excelente —dijo Richard cuando terminó de leer el material que había en la agenda de Patrick. Cortó el paso de corriente y miró por encima de la

pantalla a su hijo que estaba sentado, algo nervioso, en una silla frente a su padre.

—Has aprendido álgebra con rapidez —prosiguió Richard—. Es innegable que estás dotado para la matemática. Para cuando lleguen otras personas a Nuevo Edén, estarás casi listo para seguir cursos universitarios... de matemáticas y ciencia, por lo menos.

—Pero mamá dice que todavía estoy atrasado con inglés —repuso Patrick—. Dice que mis composiciones son las de un niño pequeño. Nicole alcanzó a oír la conversación y vino desde la cocina.

—Patrick, querido, García 041 dice que no te preocupas por la redacción. Sé que no puedes aprenderlo todo de la noche a la mañana, pero no quiero que te sientas avergonzado cuando te encuentres con los otros seres humanos.

—Pero me gusta más matemática y ciencia —protestó Patrick—. Nuestro robot Einstein dice que podría enseñarme cálculo infinitesimal en tres o cuatro semanas... si no tuviera que estudiar tantas materias más.

La puerta de calle se abrió de repente y Katie y Ellie entraron muy alegres. El rostro de Katie estaba iluminado y lleno de vida.

—Lamentamos llegar tarde —dijo—, pero tuvimos un día *grandioso*. —Se volvió hacia Patrick. —Conduje la lancha a través del lago Shakespeare, y lo hice yo misma. Dejamos a García en la orilla.

Ellie no estaba, ni en lo más mínimo tan extática como su hermana. De hecho, parecía estar un tanto irritada.

—¿Estás bien, querida? —preguntó con calma Nicole a su hija menor, mientras Katie deleitaba al resto de la familia con las narraciones de la aventura de ella y su hermana en el lago.

Ellie asintió con una leve inclinación de la cabeza, y no dijo nada.

—Lo más emocionante —dijo Katie con entusiasmo— fue cruzar por encima de las olas a elevada velocidad. *Bam-bam-bam*, saltábamos de ola en ola. A veces me sentía como si estuviera volando.

—Esas lanchas no son juguetes —comentó Nicole pocos momentos después. Hizo un ademán para que todos se acercaran a la mesa para cenar. Benjy, que había estado en la cocina comiendo un poco de ensalada con las manos, fue el último en sentarse.

—¿Qué habrían hecho si la lancha hubiera zozobrado? —le preguntó Nicole a Katie, una vez que todos estuvieron sentados.

—Las García nos habrían rescatado —respondió Katie con petulancia—. Había tres de ellas vigilándonos desde la costa... Después de todo, para eso están... Además, usábamos chalecos salvavidas y, además, sé nadar.

—Pero tu hermana, no —respondió Nicole rápidamente con tono de reproche en la voz—. Y sabes que se habría aterrorizado si se hubiera caído al lago.

Katie empezó a discutir, pero Richard intercedió y cambió de tema antes de que el conflicto pasara a mayores. En verdad, toda la familia estaba nerviosa. Hacía un mes que Rama había entrado en la órbita de Marte y todavía no había señales del contingente de la Tierra con el que se suponía que se iban a encontrar. Nicole siempre había supuesto que la reunión con sus congéneres tendría lugar inmediatamente después de la Inserción en la Órbita Marciana.

Después de cenar, la familia fue al pequeño observatorio que Richard había montado en el patio trasero, para observar a Marte. El observatorio tenía acceso a todos los sensores externos de Rama (pero a ninguno de los internos que estaban fuera de Nuevo Edén. El Águila había sido muy firme respecto de este punto en particular, durante los debates que sostuvieron en relación con el diseño del habitat), y presentaba una magnífica vista telescópica del Planeta Rojo, correspondiente a distintos momentos de cada día marciano.

A Benjy le gustaban mucho las sesiones de observación con Richard. Lleno de orgullo, señalaba los volcanes de la región de Tharsis, el gran cañón llamado Valles Marineris, y la zona de Crisio, donde la primera nave espacial *Viking había* descendido hacía más de doscientos años. Una tormenta de polvo se estaba formando justamente al sur de la Estación Mutch, el núcleo de la gran colonia circular en Marte que había quedado abandonada en los inciertos días que sucedieron al Gran Caos. Richard especuló que el polvo se podría extender por todo el planeta, ya que era la estación apropiada para tales tormentas globales.

—¿Qué pasa si los demás terrícolas no aparecen? —preguntó Katie, durante un momento de silencio mientras la familia observaba a Marte—. Y, mamá, por favor danos una respuesta franca esta vez. Después de todo, ya no somos niños.

Nicole pasó por alto el tono desafiante del comentario de Katie.

—Si recuerdo correctamente, el plan base consiste en que aguardemos en órbita de Marte durante seis meses —contestó—. Si no hay reunión durante ese lapso, Rama se dirigirá a la tierra. —Hizo silencio durante varios segundos. —Ni su padre ni yo conocemos cuál será el procedimiento de ahí en más. El Águila nos dijo que si

se apela a cualquiera de los planes para eventualidades, nos dirán en el momento lo que necesitemos saber.

La habitación quedó en silencio durante casi un minuto, mientras imágenes de Marte, bajo diferentes grados de resolución, aparecían en la gigantesca pantalla de la pared.

—¿Dónde está la Tierra? —preguntó Benjy.

—Es el planeta que está justo dentro de Marte, el siguiente que está más próximo al Sol —respondió Richard—. Recuerda que te mostré la alineación planetaria en la subrutina de mi computadora.

—No es eso lo que quise decir —contestó Benjy con mucha lentitud—, quiero *ver* la Tierra.

Era un pedido sumamente simple. A Richard nunca se le había ocurrido, aunque varias veces antes había traído a la familia al observatorio, que los jóvenes podrían tener interés por esa luz apenas azulada que se veía en el cielo nocturno de Marte.

—La Tierra no es muy impresionante desde esta distancia —dijo Richard, interrogando a su base de datos para obtener la salida correcta del sensor—. De hecho, se parece mucho a cualquier otro objeto brillante, como Sirio, por ejemplo.

Richard no había entendido el trasfondo del pedido. Una vez que identificó la Tierra dentro de un marco de referencia celeste específico, y después que centró la imagen alrededor de ese reflejo aparentemente insignificante, todos los muchachos se quedaron mirándolo fijo, con arrobada atención.

Ése es su planeta natal, pensó Nicole, fascinada por el súbito cambio de talante que se produjo en la habitación, *aun cuando nunca estuvieron en él*. Imágenes de la Tierra, provenientes de su memoria, la invadieron, mientras también ella contemplaba la diminuta luz que se veía en el centro de la pantalla. Se dio cuenta de que sentía una profunda nostalgia en lo más íntimo de su ser, un anhelo por retornar a ese planeta bendito, oceánico, lleno de tanta belleza. Las lágrimas se le acumularon en los ojos, mientras se acercaba a sus hijos y los abrazaba. —Dondequiera que vayamos en este asombroso universo —dijo en voz baja—, tanto ahora como en el futuro, ese punto azul siempre será nuestro hogar.

Nai Buatong se despertó en la oscuridad previa al alba. Se puso un vestido sin mangas, de algodón, y se detuvo brevemente para rendir homenaje a su Buda personal, en el *hawng pra* familiar, anexo a la sala de estar. Después, abrió la puerta de calle sin perturbar a ninguno de los demás miembros de la familia. El aire de verano era suave. En la brisa podía oler las flores mezcladas con especias tailandesas: alguien del vecindario ya estaba preparando el desayuno.

Las sandalias no producían ningún sonido en el suave sendero de polvo. Nai caminaba con lentitud, girando la cabeza de derecha a izquierda, mientras los ojos absorbían todas las familiares sombras que pronto sólo serían recuerdos. *Mi último día, pensó. Finalmente ha llegado.*

Después de unos minutos, dobló a la derecha por la calle pavimentada que conducía al pequeño barrio comercial de Lamphun. Una bicicleta pasó al lado de ella pero la mañana estaba mayormente en silencio. Ninguna de las tiendas había abierto aún.

Mientras se aproximaba a un templo, Nai pasó al lado de dos monjes budistas, uno a cada lado de la calle. Cada uno de los monjes estaba vestido con la habitual túnica color azafrán y llevaba una gran urna de metal: estaban buscando su desayuno, tal como lo hacían todas las mañanas por toda Tailandia, y dependían de la generosidad de los habitantes de Lamphun. Una mujer apareció en la puerta de una tienda que estaba justo delante de Nai y dejó caer algo de comida en la urna del monje. No hubo intercambio de palabras y la expresión del monje no se alteró de modo visible para agradecer la dádiva.

Nada poseen, reflexionó Nai para sí, ni siquiera las túnicas que llevan sobre los hombros. Y, sin embargo, son felices. Recitó con rapidez la doctrina básica: "La causa del sufrimiento es el deseo" y recordó la increíble riqueza de la familia de su nuevo marido, que se había instalado en el barrio Higashiyama, en las afueras de Kioto, Japón. *Kenji dice que su madre lo tiene todo, salvo la paz. Y la paz se le escapa porque no la puede comprar.*

Durante un instante, el recuerdo reciente de la magnífica casa de los Watanabe inundó su mente, desalojando la imagen de la sencilla calle tailandesa por la que estaba caminando. Nai había quedado apabullada por la opulencia de la mansión de Kioto. Pero no había sido un sitio amistoso para ella: de inmediato resultó evidente que los padres de Kenji la veían como a una intrusa, una extranjera de categoría inferior que habla desposado al hijo sin el consentimiento de ellos. No habían sido

rudos: tan sólo fríos. La habían acribillado a preguntas relativas a su familia y a los antecedentes académicos, preguntas que se formularon sin emoción y con precisión lógica. Más tarde, Kenji había reconfortado a Nai, señalándose que la familia de él no estaría con ellos dos en Marte.

Se detuvo en la calle, en Lamphun, y miró el templo de la reina Chamatevi, que estaba cruzando la calle. Era el sitio favorito de Nai en la ciudad, probablemente, su sitio favorito en toda Tailandia. Algunas partes del templo tenían quinientos años de antigüedad; sus silenciosos centinelas de piedra habían visto una historia tan diferente de la actual que muy bien pudo haber tenido lugar en otro planeta.

Nai cruzó la calle y se paró en el atrio, dentro de los muros del templo. Era una mañana insólitamente clara. Justo por encima del *chedi* superior del antiguo templo tailandés, una intensa luz refulgía en el oscuro cielo matinal. Nai se dio cuenta de que la luz era Marte, su próximo destino. La yuxtaposición era perfecta. Durante todos sus veintiséis años de vida, salvo por los cuatro que pasó en la universidad de Chiang Mai, la ciudad de Lamphun había sido su hogar. Dentro de seis semanas estaría a bordo de una gigantesca nave espacial que la llevaría a su morada durante los cinco años venideros, en una colonia espacial ubicada en el planeta rojo.

Nai se sentó en posición del loto, en un rincón del atrio, y contempló fijamente esa luz que se veía en el cielo. *Es muy adecuado, pensó, que Marte me esté mirando esta mañana.* Inició la respiración rítmica que constituía el prelude para su meditación matutina. Cuando se estaba preparando para la paz y la calma que, por lo común, la "centraban" para enfrentar el día que comenzaba, Nai se dio cuenta de que dentro de ella había muchas emociones poderosas e irresueltas.

Primero debo reflexionar, pensó, decidiendo abstenerse temporariamente de su meditación. En este último día en casa tengo que hacer las paces con los sucesos que alteraron mi vida por completo.

Once meses antes, Nai Buatong había estado sentada en ese mismo sitio del templo. Sus cubos con las lecciones de francés e inglés estaban pulcramente embalados, al lado de ella, en una valija. Nai había estado planeando organizar su material para el próximo período de clases, resuelta a que iba a ser más interesante y activa en su actividad como profesora de idiomas de escuela secundaria.

Antes de que hubiera empezado a trabajar en los aspectos generales de su lección, ese fatídico día del año anterior, Nai había leído el diario de Chiang Mai. Después de introducir el cubo en la máquina lectora, Nai había hojeado rápidamente

las páginas, leyendo poco más que los titulares. En la última página había visto un aviso, escrito en inglés, que atrajo su atención:

MÉDICO, ENFERMERA, MAESTRO, GRANJERO

¿Tiene usted espíritu aventurero; es multilingüe y saludable?

La Agencia Internacional del Espacio (AIE) está preparando una expedición importante para recolonizar Marte. Buscamos personas sobresalientes que posean las aptitudes decisivas antes mencionadas para una misión de cinco años en la colonia. Las entrevistas personales se llevarán a cabo en Chian Mai, el lunes 23 de agosto de 2244. El sueldo y las prestaciones sociales son excepcionales. Las solicitudes pueden retirarse en Thai Telemail N° 462-62-4930.

Cuando presentó su postulación a la AIE por primera vez, Nai no creía tener muchas probabilidades de éxito. Estaba segura de que no pasaría la primera selección y, en consecuencia, ni siquiera llegaría a merecer la entrevista personal. Quedó sumamente sorprendida cuando, seis semanas después, recibió el anuncio, en su correo electrónico, de que se la había aceptado provisoriamente para las entrevistas. El aviso también le informaba que, de acuerdo con los procedimientos, ella debía formular por correo cualquier pregunta de índole personal antes de la entrevista. La AIE recalca que únicamente estaba interesada en entrevistar a aquellos candidatos dispuestos a aceptar si se les ofrecía un puesto en la colonia marciana.

Nai respondió por telecorreo con una sola pregunta. Mientras viviera en Marte, ¿podía girarse a un Banco de la Tierra una parte importante de sus ganancias? Agregó que ésta era una condición previa esencial para que ella aceptara.

Diez días después llegó otro aviso por correo electrónico. Era muy sucinto. El mensaje decía que una parte de sus ganancias se podía girar, en forma regular, a un Banco de la Tierra. Sin embargo, continuaba el aviso, Nai tendría que estar absolutamente segura respecto de la división que haría de su dinero. Cualquier fraccionamiento que decidiera hacer un colono no se podía modificar después de que partiera de la Tierra.

Como el costo de vida en Lamphun era bajo, el salario que ofrecía la AIE a un profesor de idiomas en la colonia de Marte era casi el doble de lo que Nai necesitaba para atender todas las obligaciones familiares.

La joven estaba sumamente cargada con responsabilidades. Era la única que aportaba un salario en una familia de cinco personas que comprendía al padre

inválido, a la madre y a las dos hermanas menores de Nai.

La niñez de Nai había sido difícil pero su familia se las había arreglado para sobrevivir apenas superando el nivel de pobreza. Sin embargo, durante el último año de Nai en la universidad, la desgracia se descargó sobre ellos. Primero, el padre había padecido un ataque que lo dejó inválido; después, la madre, cuyo sentido comercial era inexistente, había hecho caso omiso de las recomendaciones de la familia y los amigos y había tratado de manejar por sí misma el pequeño taller de artesanías de la familia. En el lapso de un año, la familia lo había perdido todo. Nai se vio forzada no sólo a usar sus ahorros personales para suministrar comida y ropa para la familia sino, también, a abandonar su sueño de hacer traducciones literarias para una de las grandes editoriales de Bangkok.

Nai enseñaba en la escuela secundaria durante la semana y era guía de turismo los fines de semana. El sábado anterior a la entrevista con la AIE, Nai estaba conduciendo una excursión en Chiang Mai, a treinta kilómetros de su hogar. En su grupo había varios japoneses, uno de los cuales era un joven atractivo, con facilidad de palabra, de un poco más de treinta años y que hablaba inglés prácticamente sin acento. Su nombre era Kenji Watanabe. Prestaba muchísima atención a todo lo que Nai decía, siempre hacía preguntas inteligentes y era extremadamente cortés.

Casi al final de la visita a los sitios santos budistas que había en la zona de Chiang Mai, el grupo ascendió por cablecarril a la montaña Doi Suthep, para visitar el famoso templo budista que había en la cima. La mayoría de los turistas estaba exhausta por las actividades del día, pero no Kenji Watanabe. Primero, el hombre insistió en trepar por la larga escalinata en forma de dragón, como un peregrino budista, antes que ascender en el funicular, desde la salida del cablecarril hasta la cima. Después hizo una pregunta tras otra, mientras Nai explicaba el maravilloso relato de la fundación del templo. Finalmente, cuando descendieron y Nai estaba sentada sola, tomando té en el encantador restorán que había al pie de la montaña, Kenji dejó a los demás turistas en las tiendas de recuerdos y se le acercó a la mesa.

—*Kaio tode* —dijo en excelente tailandés, asombrando a la señorita Buatong— ¿me puedo sentar? Tengo algunas preguntas más.

—*Khun, pode pasa thai dai mai?* —preguntó Nai, todavía pasmada.

—*Polun kao jai pasa thai dai nitnoy* —respondió él, indicando que entendía algo de tailandés—. Y, ¿qué tal usted? *Anata wa nihon go hanashimasu ka?*

Nai meneó la cabeza, en gesto de negación.

—*Nihon go hanashimasen.* —Sonrió. Únicamente inglés, frances y tailandés. Aunque, a veces, puedo entender japonés sencillo, si se lo habla muy despacio.

—Quedé fascinado —dijo Kenji en inglés, después de sentarse frente a Nai— por los murales que representaban la fundación del templo de Doi Suthep. Es una hermosa leyenda, una combinación de historia y misticismo pero, en mi calidad de historiador, siento curiosidad por dos cosas. Primero, ¿no pudo este venerable monje de Sri Lanka haber sabido, por algunas fuentes religiosas exteriores al reino de Launa, que había una reliquia de Buda en esa pagoda abandonada de las cercanías? Me parece improbable que hubiera arriesgado su reputación de no haber sido así. Segundo, parece demasiado perfecto, como que la vida imitara al arte, el que ese elefante blanco que portaba la reliquia hubiera trepado a Doi Suthep por casualidad y después hubiera expirado justo cuando había alcanzado la cumbre. ¿Existen fuentes históricas del siglo XV, no budistas, que corroboren el relato?

Nai lo contempló al ansioso señor Watanabe durante varios segundos, antes de responder.

—Señor —le dijo con una leve sonrisa—, en mis dos años de conducir excursiones por los sitios budistas de esta región, nunca hubo nadie que formulara ninguna de esas dos preguntas. Ciertamente yo misma no conozco las respuestas pero, si está usted interesado, le puedo dar el nombre de un profesor de la universidad de Chiang Mai, que es sumamente versado en la historia budista del reino de Lan-na. Es un experto en todo ese período, a partir del rey Mengrai...

La conversación se vio interrumpida por el anuncio de que el cablecarril ya estaba listo para admitir pasajeros en el viaje de regreso a la ciudad. Nai se levantó de su asiento y se disculpó. Kenji se volvió a unir al resto del grupo. Mientras lo observaba desde lejos, Nai seguía recordando la intensidad de la mirada de ese hombre. *Eran increíbles, pensaba. Nunca vio ojos tan claros ni tan llenos de curiosidad.*

Volvió a ver esos ojos la tarde del lunes siguiente, cuando Nai fue al Hotel Dusit Thani, en Chiang Mai, para celebrar su entrevista con la AIE. Quedó atónita al ver a Kenji sentado detrás de un escritorio, con el emblema oficial de la AIE en la camisa. Nai quedó turbada al principio.

—No había mirado sus documentos antes del sábado —dijo Kenji, a modo de disculpa—. Lo juro. Si hubiera sabido que usted era uno de los postulantes, habría tomado una excursión distinta.

Finalmente, la entrevista se desarrolló sin asperezas, Kenji fue sumamente

elogioso, tanto de la sobresaliente foja académica de Nai como de su trabajo de voluntaria en los orfanatos de Lamphun y Chiang Mai. Nai fue honesta al admitir que no siempre había sentido "un deseo avasallador" de viajar por el espacio, pero dado que "era de naturaleza aventurera" y este puesto de la AIE le iba a permitir hacerse cargo de las obligaciones para con su familia, se había postulado para la misión en Marte.

Hacia el final de la entrevista se produjo una pausa en la conversación.

—¿Es todo? —preguntó Nai afablemente, levantándose de su silla.

—Una cosa más, quizá —dijo Kenji Watanabe, repentinamente torpe—... es decir, si es usted buena para interpretar sueños. Nai sonrió y se volvió a sentar.

—Adelante —dijo. Kenji respiró hondo.

—El sábado por la noche soñé que estaba en la jungla, en alguna parte al pie del Doi Suthep (sabía dónde estaba porque pude ver el *chedi* dorado en la parte superior de la pantalla de mis sueños). Iba presuroso por entre los árboles, tratando de encontrar mi camino, cuando me topé con una enorme pitón que estaba sentada sobre una rama ancha, al lado de mi cabeza.

—¿Adonde vas? —me preguntó la pitón.

—Estoy buscando a mi novia —le respondí.

—Está en la cima de la montaña —dijo la pitón.

—Me escapé de la jungla, fui hacia la luz del sol y miré la cumbre del Doi Suthep: el amor de mi niñez, Keiko Murosawa, estaba parada ahí, y me saludaba con la mano. Me di vuelta y miré a la pitón.

—Mira de nuevo —me dijo.

Cuando miré hacia lo alto de la montaña por segunda vez, el rostro de la mujer había cambiado: ya no era Keiko... era usted quien ahora me saludaba con la mano desde la cima del Doi Suthep.

Kenji permaneció en silencio durante varios segundos.

—Nunca tuve un sueño tan extraño ni tan vivido. Pensé que quizá...

A Nai se le había erizado la piel del brazo, mientras Kenji narraba el cuento. Había adivinado el final antes de que él hubiera terminado: ella, Nai Buatong, sería la mujer que saludaba desde la cima de la montaña. Nai se inclinó hacia adelante en su silla.

—Señor Watanabe —dijo lentamente—, espero que lo que le voy a decir no lo ofenda en modo alguno...

Nai quedó en silencio durante varios segundos.

—Tenemos un famoso proverbio tailandés —dijo por fin, su mirada evitando la de él— que dice que cuando una serpiente le habla a alguien en un sueño es que ese alguien encontró al hombre, o a la mujer, con la que se va a casar.

Seis meses después, recibí la noticia, recordó Nai. Todavía estaba en el atrio, al lado del templo de la reina Chamatevi, en Lamphun. *El paquete con el material de la AIE llegó tres días después... junto con las flores de Kenji.*

Kenji mismo había aparecido en Lamphun el fin de semana siguiente.

—Lamento no haber siquiera llamado —se había disculpado— pero sencillamente no tenía sentido continuar la relación, a menos que también tú fueras a Marte.

Se le declaró el domingo por la tarde y Nai lo aceptó con rapidez. Se casaron en Kioto tres meses después. Los Watanabe habían sido muy amables en pagar para que las dos hermanas de Nai y tres de sus amigos tailandeses viajaran a Japón para la boda. La madre de Nai no pudo ir, desgraciadamente, porque no había nadie que cuidara al padre de Nai.

Después de haber repasado cuidadosamente los recientes cambios que se habían producido en su vida, Nai estuvo lista para comenzar su meditación. Treinta minutos después estaba totalmente serena, feliz y expectante por la vida desconocida que tenía delante de sí. El Sol ya había salido y había otras personas en los predios del templo. Nai caminó con lentitud por el perímetro, tratando de saborear sus últimos momentos en su pueblito natal.

Dentro del *viharn* principal, después de una ofrenda y de la quema de incienso en el altar, Nai estudió cuidadosamente cada panel de las pinturas de los muros, que había visto tantas veces antes: las imágenes narraban la vida de la reina Chamatevi, la única e insuperable heroína de Nai desde su niñez. En el siglo VII, las muchas tribus de la zona de Lamphun habían tenido diferentes culturas y, a menudo, habían estado en guerra entre sí. Todo lo que tenían en común en esa época era una leyenda, un mito. Éste decía que una joven reina llegaría desde el sur, "transportada por enormes elefantes", y uniría a todas las diversas tribus para formar el reino Haripunchai.

Chamatevi sólo tenía veintitrés años cuando un viejo augur la identificó, ante algunos emisarios provenientes del norte, como la futura Reina de los Haripunchai. Era una joven y bella princesa de los Mon, la gente Khmer que más tarde habría de construir Angkor Wat. Chamatevi también era sumamente inteligente, una mujer

fuera de lo común para esa época y muy favorecida por todos en la corte real.

En consecuencia, los Mon quedaron pasmados cuando les anunció que abandonaba su vida de holganza y de abundancia para dirigirse al norte, en una inquietante travesía de seis meses a través de setecientos kilómetros de montañas, junglas y pantanos. Cuando Chamatevi y su séquito, "transportados por enormes elefantes", llegaron al verde valle en el que estaba asentada Lamphun, sus futuros súbditos de inmediato hicieron a un lado sus luchas sectarias y pusieron a la hermosa Reina joven en el trono. Chamatevi gobernó durante cincuenta años, con sabiduría y justicia, elevando su reino desde la oscuridad hacia una era de progreso social y logros artísticos.

Cuando tuvo setenta años, Chamatevi abdicó del trono y dividió el reino por la mitad, cada una regida por uno de sus hijos mellizos. Después, la reina anunció que iba a dedicar lo que le restara de vida a Dios: ingresó en un monasterio budista y entregó todas sus posesiones. En el monasterio llevó una vida sencilla y piadosa y murió a los noventa y nueve años. Para ese momento, la Edad de Oro de los Haripunchai había culminado.

En el último panel mural, dentro del templo, una mujer ascética y marchita era transportada al nirvana en una espléndida carroza. Una reina Chamatevi más joven, radiantemente hermosa al lado de su Buda, está sentada por encima de la carroza, en el esplendor de los cielos. Nai Buatong Watanabe, designada colonizadora de Marte, se puso de rodillas en el templo de Lamphun, Tailandia, y ofreció una silenciosa plegaria al espíritu de la heroína del distante pasado.

—Querida Chamatevi —dijo—, has velado por mí durante estos veintiséis años. Ahora estoy a punto de partir hacia un sitio desconocido, casi como lo hiciste tú cuando viniste al norte para encontrar a los haripunchai. Guíame con tu sabiduría y tu perspicacia ahora que voy a este nuevo y maravilloso mundo.

Yukiko llevaba una camisa negra de seda, pantalones blancos y una boina negra y blanca. Cruzó la sala de estar y se dirigió a su hermano.

—Ojalá pudieras venir, Kenji —dijo—. Va a ser la manifestación por la paz más grande que el mundo haya visto jamás. Kenji le sonrió a su hermana menor.

—Me gustaría, Yuki —contestó—, pero sólo tengo dos días más antes de que deba partir y quiero pasar ese tiempo con mamá y papá.

La madre de los jóvenes ingresó en la habitación desde el otro lado. Parecía estar molesta, como siempre, y llevaba una valija grande.

—Todo está empacado adecuadamente ahora —dijo—. Pero todavía deseo que cambies de opinión. Hiroshima va a ser un manicomio. El *Asahi Shimbun* dice que esperan un *millón* de visitantes, casi la mitad de ellos provenientes del exterior.

—Gracias, madre —dijo Yukiko, extendiendo el brazo hacia la valija—. Como sabes, Satoko y yo estaremos en el Hiroshima Prince Hotel. No te preocupes. Llamaremos todas las mañanas, antes de que comiencen las actividades. Y estaré de vuelta en casa el lunes por la tarde.

La joven abrió la valija y hurgó dentro de un compartimiento especial. Extrajo un brazalete de diamantes y un anillo de zafiro. Se puso las dos joyas.

—¿No crees que deberías dejar esas cosas en casa? —preguntó, afligida, su madre—. Recuerda que estarán todos esos extranjeros. Tus joyas pueden ser una tentación demasiado grande para ellos.

Yukiko rió en la forma desinhibida que Kenji adoraba.

—Madre —dijo— eres tan alarmista. En lo único que piensas siempre es en qué cosas *malas* pueden ocurrir... Vamos a Hiroshima para las ceremonias que conmemoran el tricentésimo aniversario del lanzamiento de la bomba atómica. Nuestro Primer Ministro estará allá, así como tres de los miembros del Consejo Central del COG. Muchos de los más famosos músicos del mundo van a actuar durante las noches. Esto habrá de ser lo que papá denomina una experiencia *enriquecedora*... y lo único que a ti se te ocurre pensar es que alguien podría robar mis joyas.

—Cuando yo era joven, era impensable que dos niñas que todavía no terminaron la universidad viajaran por Japón sin una dama de compañía...

—Mamá, ya hemos hablado sobre esto antes —la interrumpió Yukiko—. Tengo casi veintidós años. El año que viene, después de que me gradúe, voy a vivir afuera de casa, manteniéndome por mí misma. Incluso en otro país, a lo mejor. Ya no soy una niña, Y Satoko y yo somos perfectamente capaces de cuidarnos mutuamente.

Yukiko miró la hora en su reloj.

—Debo irme ahora —dijo—. Es probable que Satoko ya me esté esperando en la estación de subterráneo.

Garbosamente, cruzó la habitación con largos pasos y fue hacia su madre, a la que dio un beso superficial. En cambio, compartió un abrazo más prolongado con su hermano.

—Espero que estés bien, *ani-san* —le susurró al oído—. Cuídense tú y tu encantadora esposa, en Marte. Todos estamos muy orgullosos de ustedes.

En verdad, Kenji nunca había conocido muy bien a Yukiko. Después de todo, él era doce años mayor que ella. Yukiko no tenía más que cuatro años cuando al señor Watanabe se le asignó el puesto de presidente de la división norteamericana de *International Robotics*. La familia se había mudado, cruzando el Pacífico, a un barrio de San Francisco. En aquellos días, Kenji no le había prestado mucho atención a su hermana menor. En California había estado mucho más interesado en su nueva vida, en especial después de que empezó a estudiar en la UCLA.

Los Watanabe padres y Yukiko habían vuelto a Japón en 2232, y Kenji permaneció en la universidad, como estudiante de segundo año de Historia. Había tenido muy poco contacto con Yuki desde ese entonces. Durante sus visitas anuales a su casa en Kioto, Kenji siempre había intentado pasar algunas horas en privado con Yukiko pero eso nunca ocurría ya fuera porque ella estaba sumamente dedicada a su propia vida, o porque sus padres habían organizado demasiadas actividades sociales, o bien porque Kenji no se había dejado suficiente tiempo libre.

Kenji se sintió vagamente triste cuando, parado en la puerta, vio a Yukiko desaparecer a lo lejos. *Me estoy yendo de este planeta*, pensó, *y, aun así, nunca me reservé tiempo para conocer a mi propia hermana.*

La señora Watanabe estaba hablando detrás de él con tono monocorde, expresando su sensación de que su vida había sido un fracaso porque ninguno de sus hijos tenía el menor respeto por ella y todos se habían alejado. Ahora, su único hijo varón, que se había casado con una mujer de Tailandia nada más que para avergonzarlos, se iba a vivir a Marte y no lo iba a ver durante más de cinco años. En cuanto a su hija del medio, por lo menos ella y su marido banquero le habían dado dos nietas que eran tan obtusas y aburridas como sus padres...

—¿Como está Fumiko? —interrumpió Kenji a su madre—. ¿Tendré la oportunidad de verlas a ella y a mis sobrinas antes de partir?

—Vienen de Kobe para cenar mañana por la noche —contestó la madre—, aunque no tengo idea de qué les vamos a dar de comer... ¿Sabías que Tatsuo y Fumiko ni siquiera les están enseñando a esas niñas cómo usar los palillos? ¿Te lo

puedes imaginar? ¿Una niña japonesa que ni siquiera sabe cómo usar palillos? ¿Es que nada es sagrado? Hemos sacrificado nuestra identidad para volvernos ricos. Le estaba diciendo a tu padre...

Kenji se retiró para evitar escuchar el quejumbroso monólogo de su madre, y buscó refugio en el estudio de su padre. Fotografías enmarcadas cubrían las paredes de la habitación: los archivos de la exitosa vida personal y profesional de un hombre. Dos de las fotografías también significaban recuerdos especiales para Kenji. En una de ellas, él y su padre sostenían juntos una gran copa que el club campestre había otorgado a los ganadores del torneo anual de golf para equipos formados por padre e hijo. En la otra, el radiante señor Watanabe le estaba otorgando una gran medalla a su hijo, después de que Kenji hubiera obtenido el primer premio en la competencia académica entre escuelas secundarias de todo Kioto.

Lo que Kenji había olvidado, hasta que vio otra vez las fotos, era que Toshio Nakamura, el hijo del amigo más último de su padre y también su socio en las actividades comerciales, había salido segundo en ambos concursos. En las dos fotografías, el joven Nakamura, casi una cabeza más alto que Kenji, exhibía un gesto de disgusto intenso e iracundo.

Eso fue antes de todos sus problemas, pensó Kenji. Recordó el titular, "Directivo de Osaka Arrestado", que, cuatro años atrás, había pregonado la acusación formal que le había hecho el tribunal. El artículo que venía a continuación del titular explicaba que el señor Nakamura que, a la sazón, ya era vicepresidente del grupo hotelero Tomozawa, había sido acusado de delitos muy graves, que iban desde soborno hasta extorsión, pasando por trata de esclavos. A los cuatro meses, Nakamura había sido condenado y sentenciado a varios años de reclusión. Kenji había quedado atónito. *¿Qué demonios le había pasado a Nakamura?*, se había preguntado muchas veces en los cuatro años siguientes.

Cuando Kenji recordó a su rival de la adolescencia, se sintió muy triste por Keiko Murosawa, la esposa de Nakamura, por la que Kenji mismo había sentido un afecto especial cuando tenía dieciséis años, en Kioto. De hecho, Kenji y Nakamura habían rivalizado por el amor de Keiko durante casi un año. Cuando, finalmente, Keiko indicó con claridad que prefería a Kenji antes que a Toshio, el joven Nakamura se había puesto furioso. Hasta había enfrentado a Kenji una mañana, cerca del templo Rijoanji y lo había amenazado físicamente.

Yo mismo pude haber desposado a Keiko, pensaba Kenji, *si me hubiera quedado*

en Japón. A través de la ventana contempló el jardín de musgo. Afuera estaba lloviendo. De repente, le sobrevino el recuerdo particularmente conmovedor de un día lluvioso, durante su adolescencia.

En cuanto el padre le dio la noticia, Kenji se había ido caminando a la casa de ella. Un concierto de Chopin le dio la bienvenida, en el momento mismo en que dobló por el sendero que conducía hacia la casa de ella. La señora Murosawa había atendido la puerta y se había dirigido a él con tono severo.

—Keiko está practicando ahora —le dijo a Kenji—. No terminará hasta dentro de más de una hora.

—Por favor, señora Murosawa —le había dicho el muchacho de dieciséis años—, es muy importante.

La madre de Keiko estaba a punto de cerrar la puerta, cuando Keiko misma alcanzó a ver a Kenji por la ventana. Dejó de tocar y salió corriendo, su radiante sonrisa inundando de regocijo al joven.

—Hola, Kenji —dijo—. ¿Qué hay de nuevo?

—Algo *muy* importante —repuso él en forma misteriosa—. ¿Puedes venir a dar un paseo conmigo?

La señora Murosawa había refunfuñado algo sobre el próximo recital, pero Keiko la convenció de que podía abandonar la práctica durante un día. La muchacha tomó un paraguas y se reunió con Kenji en la parte anterior de la casa. En cuanto perdieron de vista la casa, ella pasó su brazo por el de él, como hacía siempre que caminaban juntos.

—Bien, amigo mío —dijo Keiko, mientras seguían su ruta normal hacia las colinas, por detrás de la zona de Kioto en la que vivían—. ¿Qué es eso *muy* importante?

—No te lo quiero decir ahora —contestó Kenji—. No aquí, en todo caso. Quiero esperar hasta que estemos en el sitio correcto.

Kenji y Keiko rieron y hablaron de trivialidades, mientras se dirigían hacia el Paseo del Filósofo, un hermoso sendero que serpenteaba durante varios kilómetros a lo largo del pie de las colinas del este. El sendero había adquirido fama por el filósofo del siglo XX, Nishida Kitaro, que, presuntamente, caminaba por allí todas las mañanas. El cárama los llevó ante algunos de los sitios de belleza natural más famosos de Kioto, entre ellos el Ginkaku-ji (El Pabellón de Plata) y el favorito personal de Kenji, el antiguo templo budista llamado el Honen-In.

Por detrás, y al costado del Honen-In había un pequeño cementerio con unas ochenta sepulturas y lápidas. Meses antes, mientras se aventuraban por el cementerio, Kenji y Keiko habían descubierto que ese sitio albergaba los restos de algunos de los ciudadanos de Kioto que más se habían destacado en el siglo XX, entre ellos el celebrado novelista Junichiro Tanizaki, y el médico y poeta Iwao Matsuo. Después de este descubrimiento, Kenji y Keiko convirtieron al cementerio en su sitio habitual de encuentro. Cierta vez, después de que ambos leyeron *Las Hermanas Makioka*, la obra maestra de Tanizaki sobre la vida en Osaka en la década de 1930, Keiko y Kenji discutieron entre risas durante más de una hora, sentados al lado de la lápida del escritor, sobre cuál de las hermanas Makioka era la más parecida a Keiko.

El día que el señor Watanabe le informó a Kenji que la familia se mudaba a Norteamérica, había empezado a llover cuando Kenji y Keiko llegaron al Honen-In. Allí, Kenji dobló a la derecha en un pequeño sendero y se dirigió hacia un antiguo portón con techo de paja entretrejida. Tal como esperaba Keiko, no entraron en el templo sino que subieron los escalones que conducían al cementerio. Pero Kenji no se detuvo en la tumba de Tanizaki. Subió más alto, hacia el emplazamiento de otra sepultura.

—Aquí es donde está enterrado el doctor Iwao Matsuo: —dijo Kenji, extrayendo su agenda electrónica— vamos a leer algunos de sus poemas.

Keiko se sentó muy cerca de su amigo, los dos acurrucados debajo del paraguas de Keiko, debajo de la leve lluvia, mientras Kenji leía tres poemas.

—Tengo un poema final —dijo Kenji después—, un *haiku* especial escrito por un amigo del doctor Matsuo:

"Un día de junio,
después de un refrescante helado,
nos dijimos adiós. "

Ambos permanecieron en silencio durante varios segundos, después de que Kenji recitó el *haiku* de memoria, por segunda vez. Keiko se alarmó, y hasta se asustó un poco, cuando la expresión grave de Kenji no desapareció.

—El poema habla de una separación —dijo Keiko suavemente—. ¿Me estás diciendo que...?

—No por elección, Keiko —la interrumpió Kenji. Vaciló durante varios segundos—. Asignaron a mi padre a Norteamérica —prosiguió por fin—. Nos mudaremos allá el mes que viene.

Kenji nunca había visto una mirada tan acongojada en el bello rostro de Keiko. Cuando la muchacha alzó la vista y lo miró con esos ojos terriblemente tristes, Kenji creyó que el corazón se le iba a partir. La apretó fuertemente bajo la lluvia de la tarde, los dos llorando, y juró que sólo la amaría eternamente a ella.

4

La camarera más joven, la que llevaba el quimono azul claro con el ancho cinturón de tela antiguo, deslizó la puerta corrediza e ingresó en la habitación. Llevaba una bandeja con cerveza y sake.

—*Osake onegai shimasú* —dijo con cortesía el padre de Kenji, sosteniendo en alto su pocillo de sake, mientras la mujer le servía.

Kenji bebió un trago de cerveza fría. La camarera mayor volvió silenciosamente con un pequeño plato de entremeses. En el centro había un molusco en una salsa liviana, pero Kenji no podría haber identificado ni al molusco ni a la salsa. Había comido muy pocas veces estas comidas *kaiseki*, en los diecisiete años transcurridos desde que abandonó Kioto.

—*Campai!* —dijo Kenji, haciendo chocar su vaso de cerveza contra el pocillo de vino de su padre—. Gracias, padre. Me siento honrado de estar cenando aquí contigo.

Kicho era el restorán más famoso de la región de Kansai, quizá de todo Japón. También era aterradoramente caro, pues conservaba intactas las tradiciones del servicio personalizado de las salas privadas para comer y de los platos de estación constituidos sólo por los ingredientes de la más elevada calidad. Cada plato era una delicia para la vista, así como para el paladar. Cuando el señor Watanabe le comunicó a su hijo que iban a cenar solos, nada más que ellos dos, Kenji nunca imaginó que sería en Kicho.

Habían estado hablando sobre la expedición a Marte:

—¿Cuántos colonos son japoneses? —preguntó el señor Watanabe.

—Muchos —repuso Kenji—. Casi trescientos, si recuerdo correctamente. Hubo

muchas postulaciones de máxima calidad provenientes de Japón. Solamente Norteamérica tiene un contingente más grande.

—¿Conoces a alguno de los otros que vienen de Japón?

—A dos o tres. Yasuko Horikawa estuvo brevemente en mi clase, en Kioto, durante el ciclo básico de la secundaria. Puede que la recuerdes: muy, pero muy, inteligente; dientes salientes; anteojos de cristal grueso. Es, o *era*, debo decir, química de la Dai-Nippon.

El señor Watanabe sonrió.

—Creo que la recuerdo —dijo—. ¿Vino a casa, la noche que Keiko tocó el piano?

—Sí, así lo creo —dijo Kenji con tranquilidad y rió—. Pero me resulta difícil recordar, de esa noche, a otra persona que no sea Keiko.

El señor Watanabe vació su pocillo de vino. La camarera más joven que, con total discreción estaba de rodillas sobre el piso de tatami, en un rincón de la habitación, vino hasta la mesa para volver a llenar el pocillo.

—Kenji, me preocupan los delincuentes —dijo el señor Watanabe, cuando la joven que los atendía se retiró.

—¿De qué está hablando, padre? —dijo Kenji.

—En una revista leí un largo artículo que decía que la AIE había reclutado a varios centenares de convictos para integrar la Colonia Lowell. El artículo hacía hincapié en que todos los delincuentes tenían excelentes antecedentes de conducta durante el tiempo de detención, así como habilidades sobresalientes. Pero, ¿por qué era necesario admitir convictos?

Kenji tomó un gran sorbo de cerveza.

—A decir verdad, padre —repuso—, hemos tenido algunas dificultades con el proceso de reclutamiento. Primero, adoptamos un punto de vista no realista, respecto de cuánta gente se habría de postular, y establecimos criterios de selección que eran exigentes en demasía. Segundo, el requisito de permanencia durante un lapso mínimo de cinco años fue un error, para los jóvenes en particular, la decisión de hacer algo durante un período tan largo es un compromiso abrumador. Y, lo que es más importante, la prensa socavó gravemente todo el proceso de reclutamiento de personal. Cuando estábamos solicitando postulaciones, había enormes cantidades de artículos en revistas y de programas especiales por televisión que hablaban sobre la desaparición de las colonias de Marte hace cien años. La gente tuvo miedo de que la historia se pudiera repetir y de que también ellos quedaran

abandonados para siempre en Marte.

Kenji detuvo su monólogo brevemente, pero el señor Watanabe no dijo nada.

—Por añadidura, como bien lo sabes, el proyecto padeció reiteradas crisis financieras. Fue durante una reducción en el presupuesto, el año pasado, que empezamos a considerar por primera vez la posibilidad de usar convictos modelo, especializados, como una manera de resolver algunas de nuestras dificultades de personal y financieras. Si bien se les iba a pagar nada más que modestos salarios, todavía había gran cantidad de incentivos para lograr que los convictos se postularan. La selección significaba la concesión de la remisión total de la pena y, en consecuencia, la libertad, cuando regresaran a la Tierra después de ese plazo de cinco años. Además, los ex convictos serían ciudadanos con plenos derechos en la Colonia Lowell, como todos los demás colonos, y ya no tendrían que tolerar la incomodidad de que vigilaran todas sus actividades...

Kenji se detuvo cuando colocaron sobre la mesa dos pequeños trozos de apetitoso pescado asado que reposaban sobre un colchón de hojas abigarradas. El señor Watanabe recogió uno de los dos pescados con sus palillos y mordió un trocito.

—*Oishii desu* —comentó, sin mirar a su hijo.

Kenji extendió el brazo para tomar su porción. La discusión sobre los convictos de la Colonia Lowell aparentemente había terminado. Kenji miró detrás de su padre y vio el encantador jardín que había hecho famoso al restorán. Un diminuto arroyo descendía por escalones pulidos y corría junto a delicados árboles enanos. El asiento que daba al jardín siempre era el sitio de honor en una comida japonesa tradicional. El señor Watanabe había insistido en que Kenji tuviera la vista del jardín durante esta última cena.

—¿No pudieron atraer colonos chinos? —preguntó el padre de Kenji, después de que terminaron el pescado. Kenji negó con la cabeza.

—Nada más que unos pocos de Singapur y Malasia. Tanto el Estado chino, como el brasileño, prohibieron que sus ciudadanos se postularan. La decisión brasileña era de esperarse (su imperio sudamericano prácticamente está en guerra con el COG), pero teníamos la esperanza de que los chinos flexibilizaran su postura. Supongo que cien años de aislamiento no desaparecen tan fácilmente.

—En realidad, no los puedes culpar —comentó el señor Watanabe—, su nación padeció terriblemente durante el Gran Caos. Todos los capitales extranjeros

desaparecieron de la noche a la mañana y la economía se desplomó de inmediato.

—Logramos reclutar unos pocos africanos negros, quizás on centenar en total, y un pequeño grupo de árabes. Pero la mayoría de los colonizadores proviene de los países que contribuyen de modo importante con la AIE. Probablemente, eso era de esperarse.

Kenji se sintió súbitamente avergonzado. Toda la conversación, desde que entraron en el restorán, había girado en torno a él y sus actividades. Durante los platos siguientes, Kenji le hizo preguntas a su padre respecto de su trabajo en International Robotics. El señor Watanabe, que ahora era el principal funcionario operativo de la empresa, siempre irradiaba orgullo cuando hablaba de "su" compañía. Era la principal fabricante mundial de robots para la fábrica y la oficina. Las ventas anuales de IR, como se la denominaba siempre, la ubicaban entre los cincuenta fabricantes más importantes de mundo.

—Voy a cumplir sesenta y dos el año que viene —dijo el señor Watanabe, tantos pocillos de sake lo habían vuelto desusadamente locuaz—, y había pensado en que me podría jubilar. Pero Nakamura dice que sería un error. Dice que la compañía todavía me necesita...

Antes de que llegaran las frutas, Kenji y su padre estaban discurrendo otra vez sobre la venidera expedición a Marte. Kenji le explicó que Nai, y la mayoría de los demás colonos asiáticos que iban a viajar tanto en la *Pinta* como en la *Niña*, ya estaban en el emplazamiento japonés de adiestramiento, en Kyushu Sur. Kenji iba a reunirse con su es posa allí, no bien partiera de Kioto y, después de diez días más de adiestramiento, ellos y el resto de los pasajeros de la *Pinta* serían transportados a una estación espacial BOT (Baja Órbita Terrestre), donde pasarían una semana de adiestramiento para la ingravidez. El tramo final de su viaje periterrestre sería el traslado, a bordo de un remolcador espacial, desde la BOT hasta la estación espacial geosincrónica en GEO-4, donde actualmente estaban armando la *Pinta*, al tiempo que la sometían a las inspecciones finales y la estaban equipando para su largo viaje a Marte.

La camarera más joven les traje dos copas de coñac.

—Tu esposa es realmente un ser magnífico —dijo el señor Watanabe, tomando un pequeño sorbo de licor—. Siempre pensé que las mujeres tailandesas eran las más hermosas del mundo.

—También es hermosa por dentro —se apresuró a añadir Kenji, quien

comenzaba a extrañar a su flamante esposa—. Y es muy inteligente también.

—Su inglés es excelente —señaló el señor Watanabe—... pero tu madre dice que su japonés es horrible. Kenji se encrespó.

—Nai trató de hablar japonés —que de hecho, jamás había estudiado—, porque mamá se rehusaba a hablar en inglés. Todo se hizo con deliberación, para hacer que Nai se sintiera incómoda...

Kenji se contuvo. Sus observaciones en defensa de Nai no eran apropiadas para la ocasión.

—*Gomen nasai* —le dijo a su padre.

El señor Watanabe tomó un largo sorbo de coñac.

—Bueno, Kenji —dijo—, ésta es la última vez que estaremos juntos, durante, por lo menos, cinco años. He disfrutado mucho la cena y la conversación. —Hizo silencio. —Sin embargo, hay un punto más sobre el que querría discurrir contigo.

Kenji cambió de posición (ya no estaba acostumbrado a sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas, durante cuatro horas seguidas), y se sentó con la espalda enhiesta y trató de aclarar la mente. Por el tono de voz de su padre, se daba cuenta de que "el punto" era grave.

—Mi interés por los delincuentes de la Colonia Lowell no es vana curiosidad —comenzó el señor Watanabe. Se detuvo para ordenar sus pensamientos, antes de proseguir. —Nakamura-san vino a mi oficina a fines de la semana pasada, al finalizar el día de trabajo y me dijo que la segunda solicitud de su hijo para ir a la Colonia Lowell también había sido rechazada. Me pidió si yo podía hablar contigo respecto de considerar el asunto.

El comentario sacudió a Kenji como un rayo. Jamás le habían dicho, siquiera, que su rival de la adolescencia se había postulado para ir a la Colonia Lowell. Y, ahora, aquí estaba su padre... —No he tenido participación en el proceso de selección de los colonos convictos —contestó Kenji lentamente—. Esa es un área distinta del proyecto.

El señor Watanabe no dijo ninguna palabra durante varios segundos.

—Nuestras conexiones nos dicen —continuó al fin, después de terminar su coñac— que la única oposición verdadera a la postulación proviene de un psiquiatra, un tal doctor Ridgemore, de Nueva Zelanda, que tiene la opinión, a pesar de los excelentes antecedentes de Toshio durante su período de detención, de, que el hijo de Nakamura todavía no reconoce haber hecho algo malo... Creo que tú fuiste

personalmente responsable de reclutar al doctor Ridgemore para el equipo de la Colonia Lowell.

Kenji estaba atónito. Lo que su padre estaba haciendo no era un mero pedido. Había llevado a cabo un extenso trabajo de investigación. *¿Pero por qué?*, se preguntaba Kenji. *¿Por qué está tan interesado?*

—Nakamura-san es un brillante ingeniero —dijo el señor Watanabe—. Fue el responsable de muchos de los productos que nos impusieron como empresa líder en nuestro campo. Pero su laboratorio no ha presentado muchas innovaciones últimamente. De hecho, su productividad empezó a declinar en coincidencia con la época del arresto y de la condena de su hijo.

El señor Watanabe se inclinó hacia Kenji, apoyando los codos sobre la mesa.

—Nakamura-san perdió confianza en sí mismo. Una vez por mes, él y su esposa tienen que visitar a Toshio en ese centro de detención. Es un recordatorio constante, para Nakamura, de cómo su familia fue deshonrada. Si el hijo pudiera ir a Marte, entonces quizá...

Kenji entendía muy bien lo que le estaba pidiendo su padre. Emociones que había reprimido durante mucho tiempo amenazaban con estallar. Kenji estaba enojado y confundido. Estaba a punto de decirle a su padre que esa solicitud era "impropia", cuando el señor Watanabe habló otra vez:

—Ha sido igualmente difícil para Keiko y la hijita. Aiko tiene casi siete años ahora. Fin de semana por medio, rigurosamente, toman el tren a Ashiya...

A pesar del esfuerzo, Kenji no pudo evitar que se le formaran lágrimas en los ojos. La imagen de Keiko, quebrada y abatida, conduciendo a su hija al interior de la zona de acceso restringido, para efectuar la visita bisemanal al padre, era más que lo que podía soportar.

—Yo mismo hable con Keiko la semana pasada —dijo Watanabe padre—, a pedido de Nakamura-san. Keiko estaba muy deprimida, pero pareció reanimarse cuando le dije que te iba a pedir que intercedieras en favor de su marido.

Kenji inspiró profundo y clavó la mirada en el rostro inexpresivo de su padre. Sabía qué iba a hacer. Sabía también que, en verdad, era "impropio", no malo, sino impropio nada más. Pero no tenía sentido postergar una decisión que era una conclusión inevitable.

Kenji terminó el coñac.

—Dile a Nakamura-san que llamaré al doctor Ridgemore mañana —dijo.

¿Qué pasaba si su intuición era equivocada? *Entonces habré desperdiciado una hora, noventa minutos como máximo*, pensó Kenji mientras se excusaba para ausentarse de la reunión familiar con su hermana Fumiko y sus hijas, y corría hacia la calle. De inmediato, dobló hacia la colina. Faltaba alrededor de una hora para el ocaso. *Va a estar ahí*, se dijo a sí mismo. *Ésta será mi única oportunidad de decirle adiós.*

Primero Kenji fue hasta el pequeño templo Anraku-ji. Ingresó en el *hondo*, esperando ver a Keiko en su lugar favorito, delante del altar lateral de madera que conmemoraba a dos monjas budistas del siglo XII, anteriormente pertenecientes al harén de la corte, que se habían suicidado cuando el emperador Go-Toba les ordenó repudiar las enseñanzas de San Honen.

Keiko no estaba ahí. Ni afuera, donde estaban enterradas las dos mujeres, justo en el borde del bosque de bambú. Kenji empezó a pensar que se había equivocado. *Keiko no ha venido*, pensó. *Siente que ha perdido demasiado su honor.*

La otra única esperanza era que Keiko lo estuviera esperando en el cementerio que estaba junto al Honen-In, donde diecisiete años atrás él le había informado que se iba de Japón. El corazón de Kenji dio un vuelco, cuando subió el sendero que llevaba al templo. A la distancia, hacia la derecha de Kenji, vio la figura de una mujer que llevaba un sencillo vestido negro y estaba parada al lado de la tumba de Junichiro Tanizaki.

Aunque la mujer estaba de espaldas y Kenji no podía ver con claridad en el crepúsculo que ya se desvanecía, estaba seguro de que la mujer era Keiko. Subió los escalones corriendo, entró en el cementerio y se detuvo finalmente a unos cinco metros de la mujer de negro.

—Keiko —dijo, recuperando el aliento—. Estoy tan contento...

—Watanabe-san —dijo con formalidad la figura, dándose vuelta con la cabeza gacha y la mirada hacia en el suelo. Hizo una muy profunda inclinación, como si fuera un miembro de la servidumbre.

—*Domo arrigato gozaimasu* —repitió dos veces. Finalmente, se irguió, pero siguió sin alzar la mirada hacia Kenji.

—Keiko —le dijo él con suavidad—. Soy Kenji. Estoy solo. Por favor, mírame.

—No puedo —respondió la mujer, en voz muy baja—. Pero quiero agradecerte lo que has hecho por Aiko y por mí. —Otra vez más, se inclinó—. *Domo arrigato gozaimasu.*

Kenji se inclinó en forma impulsiva y puso la mano debajo del mentón de Keiko. Le alzó la cabeza delicadamente, hasta que le pudo ver el rostro. Keiko seguía siendo hermosa, pero Kenji quedó impresionado al ver tanta tristeza cincelada en esos delicados rasgos.

—Keiko —murmuró. Las lágrimas se le clavaban en el corazón como diminutos cuchillos.

—Debo irme —dijo Keiko—. Espero que seas feliz. —Se apartó de él y se volvió a inclinar. Después se levantó, sin mirarlo, y bajó lentamente el sendero, entre las sombras del crepúsculo.

Los ojos de Kenji siguieron a Keiko hasta que desapareció en la distancia. Fue en ese momento que se dio cuenta de que había estado apoyada sobre la lápida de Tanizaki. Durante varios segundos, contempló los dos caracteres en kanji, *Ku* y *Jaku* escritos en la lápida: uno de ellos decía "Vacío"; el otro, "Soledad".

5

Cuando el mensaje de Rama se transmitió a la Tierra desde el sistema satelital de seguimiento, en 2241, produjo consternación. Por supuesto, de inmediato, clasificaron al vídeo de Nicole como "Confidencial", mientras la Agencia Internacional de Inteligencia (AII), el organismo de seguridad del COG se debatía para entender de qué se trataba todo esto. Enseguida, asignaron a los mejores agentes al departamento de seguridad en Novosibirsk para analizar la señal que se había recibido desde lo profundo del espacio y para desarrollar un plan maestro para la reacción del COG.

Una vez que se determinó que ni los chinos ni los brasileños pudieron haber descifrado la señal (su capacidad tecnológica todavía no estaba en un pie de igualdad con la del COG), el reconocimiento solicitado se transmitió en dirección a Rama, para evitar futuras repeticiones del vídeo de Nicole. Después, los superagentes se concentraron en el contenido detallado del mensaje en sí.

Empezaron una investigación histórica. Todos coincidían, a pesar de algunas pruebas que sugerían (pero desautorizadas) lo contrario, en que la nave espacial Rama II había sido destruida por la andanada de misiles nucleares, en abril de 2200. A Nicole des Jardins, el supuesto ser humano que aparecía en el vídeo, la habían

dado por muerta antes de que la nave científica *Newton* hubiera partido de Rama.

Sin duda, ella, o lo que quedaba de ella, debía de haber sido aniquilado en la devastación nuclear. Por lo tanto, era imposible que ella fuera la locutora.

Pero si la persona, o la cosa, que aparecía en la pantalla era una simulación rebotica o una imitación de Madame des Jardins, era vastamente superior a cualquier diseño de inteligencia artificial que se hacía en la Tierra. La conclusión preliminar fue, en consecuencia, que la Tierra nuevamente se enfrentaba a una civilización avanzada de increíble capacidad. Esta capacidad coincidía perfectamente con los niveles de tecnología que habían exhibido las dos naves Rama.

Los superagentes coincidieron en que tampoco había duda sobre la amenaza implícita en el mensaje. Si, en verdad, había otro vehículo Rama en camino hacia el Sistema Solar (aunque el par de estaciones Excalibur todavía no había detectado vehículo alguno), por cierto que la Tierra no podía pasar por alto el mensaje. Por supuesto, siempre cabía alguna posibilidad de que todo el asunto fuera un complicado engaño, fraguado por los brillantes físicos chinos (definitivamente, eran los principales sospechosos), pero hasta confirmarlo, el COG necesitaba contar con un plan definitivo.

Por fortuna, ya se había aprobado un proyecto multinacional para establecer una modesta colonia en Marte, a mediados de la década de 2240. Durante las dos décadas previas, las misiones exploratorias a Marte habían reavivado el interés por la gran idea de adaptar al planeta rojo a las condiciones ambientales de la Hería, y volverlo habitable para la especie humana. Ya existían laboratorios científicos automáticos en Marte que llevaban a cabo experimentos demasiado peligrosos o demasiado controvertidos, como para realizarlos en la Tierra. La manera más sencilla de satisfacer la intención del vídeo de Nicole des Jardins (y no alarmar a las masas de la Tierra) sería anunciar y suministrar fondos para el establecimiento de una colonia considerablemente más grande en Marte. Si todo el asunto resultaba ser, a posteriori, un engaño, entonces el tamaño de la colonia se podía volver a reducir al originalmente propuesto.

Uno de los agentes, un hindú llamado Ravi Srinivasan, hizo una cuidadosa investigación de los ingentes archivos de datos de la AII, a partir del año 2200, y quedó convencido de que a Rama II no la había destruido la falange termonuclear.

—Es posible —dijo el señor Srinivasan— que este vídeo sea legítimo y que la

locutora realmente sea la estimada Madame des Jardins.

—Pero hoy tendría setenta y siete años —arguyó otro de los agentes.

—Nada hay en el vídeo que indique cuando lo hicieron —opuso el señor Srinivasan—, y, si comparan las fotografías de Madame des Jardins que se tomaron durante la misión con las de la mujer que aparece en la transmisión que recibimos, son decididamente diferentes: el rostro indica más edad, quizás tanto como diez años. Si la locutora del vídeo es un engaño o un duplicado entonces es asombrosamente perfecto.

Sin embargo, el señor Srinivasan estuvo de acuerdo en que el plan finalmente ideado por la AII era el adecuado, aun si el vídeo realmente mostraba la verdad. Así que no era tan importante convencer a todos de que el punto de vista que él sostenía era correcto. Pero era absolutamente necesario, y en esto coincidían todos los superagentes, que la menor cantidad posible de gente estuviera al tanto de la existencia del vídeo.

Los cuarenta años transcurridos desde el comienzo del siglo XXIII habían visto algunos cambios importantes en el planeta Tierra. A continuación del Gran Caos, había surgido el Consejo de Gobiernos (COG), en calidad de organización monolítica que controlaba o, por lo menos, manipulaba, la política del planeta. Únicamente China, que se había retirado al aislamiento después de su devastadora experiencia durante el Caos, se hallaba afuera de la esfera de influencia del COG. Pero, después de 2200, aparecieron señales de que el poderío indisputable del COG se estaba empezando a desgastar.

Primero, fueron las elecciones coreanas de 2209, cuando el pueblo de esa nación, disgustado por sucesivos regímenes de políticos corruptos que se habían vuelto ricos a expensas de la mayoría del pueblo, realmente votó para formar una federación con los chinos. De los principales países, solamente China tenía una distinta clase de gobierno, en comparación con el capitalismo regulado que practicaban las naciones ricas y la confederación de América del Norte, Asia y Europa. El gobierno chino era una especie de democracia socialista, basada en los principios humanistas adoptados por el canonizado católico italiano del siglo XXII, San Miguel de Siena.

El COG y, de hecho, todo el mundo, estaban atónitos ante los pasmosos resultados de las elecciones en Corea. Para el momento en que la AH pudo fomentar una guerra civil (2211-2212), el nuevo gobierno coreano y sus aliados chinos ya casi

habían cautivado el corazón y el alma de la gente. Reprimieron la rebelión con facilidad y Corea se convirtió en parte permanente de la federación china.

Los chinos reconocieron sin escrúpulos que no tenían intención de transmitir su forma de gobierno a través de la acción militar, pero el resto del mundo no creyó en su palabra. Los presupuestos militares y de inteligencia del COG se duplicaron entre 2210 y 2220, mientras la tensión política regresaba al escenario mundial.

Mientras tanto, en 2218, los trescientos cincuenta millones de brasileños eligieron a un carismático general, João Pereira, para dirigir la nación. El general Pereira estaba convencido de que Sudamérica era maltratada y menospreciada por el COG (no estaba equivocado), y exigió cambios en la carta constitucional del COG para solucionar el problema. Cuando el COG se rehusó, Pereira galvanizó el regionalismo sudamericano al revocar unilateralmente la carta del COG. De hecho, Brasil se separó del Consejo de Gobiernos y en el transcurso de la década siguiente, la mayoría de las naciones sudamericanas restantes, alentadas por el ingente poderío militar de Brasil que exitosamente se opuso a las fuerzas de paz del COG, también se separó del COG. Lo que surgió fue una tercera fuerza en el escenario político mundial, una especie de imperio brasileño, enérgicamente conducido por el general Pereira.

Al principio, los embargos del COG amenazaron con regresar a Brasil y al resto de Sudamérica a la indigencia que había assolado la región, como consecuencia del Gran Caos. Pero Pereira devolvió golpe por golpe. Ya que las naciones desarrolladas de América del Norte, Asia y Europa no le iban a comprar sus exportaciones legales, decidió que él y sus aliados habrían de exportar productos ilegales. Los narcóticos se convirtieron en la principal actividad comercial del imperio brasileño. Fue una política que alcanzó un inmenso éxito. Para 2240, había un enorme flujo de narcóticos de todo tipo y categoría, desde Sudamérica hacia el resto del mundo.

Fue en este escenario político que el vídeo de Nicole se recibió en la Tierra. Aunque habían aparecido algunas fisuras en el control que el COG ejercía sobre la Tierra, la organización todavía representaba a casi el setenta y cinco por ciento de la población y al noventa por ciento de la riqueza material de la Tierra. Era natural que el COG y su agencia espacial que implementaba los proyectos, la AIE, adoptaran la responsabilidad de manejar la respuesta. Siguiendo con sumo cuidado los criterios de seguridad definidos por la AII, en febrero de 2242 se anunció una quintuplicación de la cantidad de personas que iba a viajar a Marte, como parte de la Colonia Lowell.

La partida desde la Tierra se programó para fines del verano o comienzos del otoño de 2245.

Las otras cuatro personas que había en la sala, todas rubias y con ojos azules y miembros de la misma familia de Malmö, Suecia, salieron por la puerta en fila y dejaron a Kenji y Nai Watanabe solos. Nai seguía contemplando a la Tierra, allá abajo, a treinta y cinco mil kilómetros. Kenji se unió a su esposa, delante de la enorme ventanilla de observación.

—Nunca me di cuenta del todo —le dijo Nai a su marido— del significado preciso de estar en órbita geosincrónica. La Tierra no se mueve desde aquí. Parece suspendida en el espacio.

Kenji rió.

—En realidad, los dos nos estamos moviendo... y muy rápido. Pero, como nuestro período orbital y el período de rotación de la Tierra son los mismos, la Tierra siempre presenta la misma imagen.

—Era diferente en aquella otra estación espacial —dijo Nai, arrastrando los pies enfundados en zapatillas, cuando se alejó de la ventanilla—. Allí la Tierra era majestuosa, dinámica, mucho más impresionante.

—Pero estábamos a nada más que trescientos kilómetros de la superficie. Claro que era...

—*¡Mierda!* —oyeron una voz gritar desde el otro lado de la sala de observación. Un robusto joven que llevaba camisa con cuadrículado escocés y pantalones de jean, agitaba brazos y piernas en el aire, a poco más de un metro del piso, y su desesperado movimiento lo hacía girar de costado. Kenji cruzó la habitación y ayudó al recién llegado a pararse sobre los pies.

—Gracias —dijo el hombre—. Olvidé conservar un pie sobre el piso, en todo momento. Esta ingravidez es una rareza de mierda para un granjero.

Tenía intenso acento del sur de Norteamérica.

—¡Huy! lamento lo que se me escapó, señora. He vivido entre vacas y cerdos durante demasiado tiempo. —Extendió la mano hacia Kenji. —Soy Max Puckett, de DeQueen, Arkansas.

Kenji se presentó a sí mismo y a su esposa Max Puckett tenía gesto franco y sonrisa fácil.

—Saben —dijo—, cuando firmé contrato para ir a Marte, nunca me di cuenta de que iba a estar sin fuerza de gravedad durante todo el maldito viaje... ¿Qué les va a

pasar a las pobres gallinas? Probablemente nunca pongan otro huevo.

Max caminó hacia la ventanilla.

—Es casi mediodía en mi casa, allá abajo, en ese raro planeta. Mi hermano Clyde probablemente acaba de abrir una botella de cerveza y su esposa Winona le está haciendo un sándwich. —Calló durante varios segundos y, después, se volvió hacia los Watanabe y dijo:

—¿Qué van a hacer ustedes dos en Marte?

—Soy el historiador de la colonia —contestó Kenji—... o, por lo menos, uno de ellos. Mi esposa Nai es profesora de inglés y francés.

—Carajo —dijo Max Puckett—. Esperaba que ustedes fueran una de las parejas de granjeros de Vietnam o Laos. Quiero aprender algo sobre arroz.

—¿Oí que usted dijo algo sobre gallinas? —preguntó Nai, después de un breve silencio—. ¿Vamos a llevar pollos en la *Pinta*?

—Señora —contestó Max Puckett—, hay quince mil de las mejores de Puckett, embaladas en jaulas que están en un remolcador de carga, estacionado del otro lado de esta estación. La AIE pagó por esos pollos lo suficiente como para que Clyde y Winona puedan descansar durante todo el maldito año, si se les antoja... Si esos animales no van con nosotros, me gustaría saber qué demonios van a hacer con ellos.

—Los pasajeros ocupan el veinte por ciento del espacio de la *Pinta* y de la *Santa María* —le recordó Kenji a Nai—. Los suministros y otros elementos de carga ocupan el resto del espacio. Solamente tendremos un total de trescientos pasajeros en la *Pinta*, la mayoría de ellos funcionarios de la AIE y otro personal clave, necesarios para inaugurar la colonia...

—¿*I-nau-gu-rar* la colonia? —interrumpió Max—. Mierda, hombre, habla usted como uno de esos robots. —Le sonrió a Nai. —Después de dos años con uno de esos cultivadores parlantes, lo tiré al hijo de puta al diablo y lo cambié por una de esas versiones anteriores, mudas.

—Kenji rió con ganas.

—Imagino que uso mucha jerga de la AIE. Fui uno de los primeros civiles seleccionados para la Nueva Lowell y estuve a cargo del reclutamiento en Oriente.

Max se había puesto un cigarrillo en la boca. Dio un vistazo por la sala de observación.

—No veo cartel de permitido fumar por ninguna parte —dijo—, así que supongo

que si enciendo voy a hacer sonar las alarmas. —Se puso el cigarrillo detrás de la oreja. —Winona odia que yo y Clyde fumemos. Dice que solamente siguen fumando los granjeros y las rameras.

Max lanzó una risita. Kenji y Nai rieron también. Era un hombre gracioso.

—Y hablando de rameras —dijo Max guiñando un ojo—. ¿dónde están todas esas mujeres convictas que vi en la televisión? ¡Guau!, algunas estaban muy buenas. Era *mucho* más interesante mirarlas a ellas que a mis gallinas y cerdos.

—Todos los colonos que estaban detenidos en la Tierra viajan en la *Santa María* —dijo Kenji—. Llegaremos casi dos meses antes que ellos.

—Usted sabe un montón sobre esta misión —dijo Max—. Y no habla inglés trabado como los otros "nipones" que conocí en Little Rock o Taxarkana. ¿Usted es alguien importante?

—No —repuso Kenji, incapaz de contener otra carcajada—. Como le dije, no soy más que el principal historiador de la colonia.

Kenji estaba a punto de decirle a Max que había vivido en Estados Unidos durante seis años, lo que explicaría por qué su inglés era tan bueno, cuando la puerta que daba a la sala se abrió e ingresó un caballero mayor, augusto, de traje gris y corbata oscura.

—Disculpe —le dijo a Max que otra vez había puesto el cigarrillo sin encender en la boca—, ¿he terminado, por error, en el salón para fumar?

—No, "viejo" —contestó Max—. Ésta es la sala de observación. Es demasiado agradable como para ser la sección para fumar. Es probable que para fumar haya sólo una habitación pequeña, sin ventanillas, cerca de los baños. Mi entrevistador de la AIE me...

El señor de edad contemplaba a Max como si el hombre hubiera sido un biólogo y Max, una rara y desagradable especie.

—Mi nombre, joven —interrumpió— no es "viejo", sino Pyotr, Pyotr Mishkin, para ser exacto.

—Encantado de conocerlo, Peter —dijo Max, extendiendo la mano—. Soy Max. Esta pareja, aquí, son los Watanabe. Son de Japón.

—Kenji Watanabe —corrió Kenji—. Ésta es mi esposa Nai que es ciudadana de Tailandia.

—Señor Max —dijo Pyotr Mishkin con tono formal—, mi nombre es Pyotr, no Peter. Ya es bastante terrible tener que hablar en inglés durante cinco años. Con

seguridad puedo solicitar que, por lo menos, mi nombre conserve su sonido original en ruso.

—Muy bien, Py-o-tr —dijo Max, sonriendo otra vez—. ¿A qué se dedica? No, déjeme adivinar... Usted es el enterrador de la colonia.

Durante una fracción de segundo, Kenji temió que el señor Mishkin fuera a explotar de ira. Sin embargo, en vez de eso, una pequeña sonrisa se le empezó a formar en el rostro.

—Es evidente, señor Max —dijo lentamente—, que usted tiene un cierto don para lo cómico. Puede que sea una ventaja, en un viaje espacial largo y tedioso. —Se detuvo un instante. —Para su información, no soy el enterrador. Estudié Derecho. Hasta hace dos años, cuando me retiré por mi propia voluntad para ir en busca de una "nueva aventura", fui miembro de la Suprema Corte Soviética.

—¡A la mierda! —exclamó Max Puckett—. Ahora recuerdo. Leí sobre usted en la revista *Time*... Oiga, juez Mishkin, lo siento. No lo reconocí...

—No hay problema —interrumpió el juez Mishkin, sonriendo divertido—. Me pareció fascinante ser desconocido durante un instante y que me confundiera con un enterrador. Es probable que la apariencia del juez en ejercicio se aproxime mucho a la expresión austera del empleado de funeraria. A propósito, señor...

—Puckett, señor.

—A propósito, señor Puckett —prosiguió el juez Mishkin—, ¿le gustaría acompañarme al bar para tomar una bebida alcohólica? Un vodka sabría especialmente bien en este preciso instante.

—Lo mismo que una tequila —contestó Max, caminando hacia la puerta con el juez Mishkin—. A propósito, supongo que no sabe qué pasa cuando se les da tequila a los cerdos, ¿no?... Me imaginé que no... Bueno, yo y mi hermano Clyde...

Desaparecieron por la puerta y dejaron a Kenji y Nai Watanabe solos otra vez. Se miraron el uno al otro y se echaron a reír.

—No creerás —dijo Kenji— que esos dos se van a hacer amigos, ¿no?

—Para nada —contestó Nai con un sonrisa—. ¡Qué par de personajes!

—A Mishkin se lo considera uno de los mejores juristas de nuestro siglo. Sus opiniones son lectura obligatoria en todas las facultades soviéticas de Derecho. Puckett fue presidente de la Cooperativa de Granjeros del Suroeste de Arkansas. Tiene un increíble conocimiento de técnicas de agricultura y ganadería también.

—¿Conoces los antecedentes de toda la gente de la Nueva Lowell?

—No —contestó Kenji—, pero estudié los legajos de todos los que van en la *Pinta*.

Nai abrazó a su marido.

—Háblame sobre Nai Buatong Watanabe —dijo.

—Profesora tailandesa, con dominio de inglés y francés, el CI es igual a 2, 48, un es de 91...

Nai interrumpió a Kenji con un beso.

—Te olvidaste de la característica más importante —dijo.

—¿Cuál es?

Lo volvió a besar.

—Es la enamorada flamante esposa de Kenji Watanabe, historiador de la colonia.

6

La mayor parte del mundo observaba por televisión el momento en que la *Pinta* fue consagrada formalmente, varias horas antes de lo programado para que partiera a Marte con sus pasajeros y carga. El segundo vicepresidente del COG, un directivo suizo de bienes raíces llamado Heinrich Jenzer, estuvo presente en GEO-4 para las ceremonias de consagración. Pronunció un breve discurso para conmemorar, tanto la terminación de las tres grandes naves espaciales, como la inauguración de una "nueva era de colonización marciana". Cuando hubo terminado, el señor Jenzer presentó al señor Ian Macmillan, el comandante escocés de la *Pinta*. Macmillan, un orador aburrido que parecía ser la quintaesencia del burócrata de la AIE, leyó una alocución de seis minutos, en la que le recordaba al mundo los objetivos fundamentales del proyecto:

—Estos tres vehículos —dijo al comienzo de su discurso— llevarán a casi dos mil personas, en un viaje de cien millones de kilómetros a otro planeta, Marte. Allí, *esta vez*, se establecerá una presencia humana permanente. A la mayor parte de nuestros futuros colonos marcianos se los transportará en la segunda nave, la *Niña*, que partirá de aquí, GEO-4, dentro de tres semanas, contadas a partir de hoy. Nuestra nave, La *Pinta* y la última nave espacial, la *Santa María*, llevarán, cada una, alrededor de trescientos pasajeros, así como los miles de kilogramos de suministros y equipo que serán necesarios para mantener la colonia.

Mientras evitaba cuidadosamente hacer la menor mención a la extinción del primer conjunto de puestos de avanzada en Marte durante el siglo pasado, el comandante Macmillan trató, acto seguido, de ser poético, comparando la futura expedición con la de Cristóbal Colón, setecientos cincuenta años atrás. El lenguaje del discurso que le habían escrito era excelente, pero la opaca y monótona recitación de Macmillan transformó palabras que habrían sido inspiradoras en boca de un orador destacado, en una sosa y prosaica clase de historia.

Terminó su discurso caracterizando a los colonos como grupo, citando estadísticas relativas a sus edades, ocupaciones y países de origen.

—Estos hombres y mujeres —resumió Macmillan— son una muestra representativa de la especie humana en casi todos los aspectos.

Digo *casí*, porque hay por lo menos dos atributos comunes a este grupo, que no se encontrarían en un conjunto de este tamaño constituido por seres humanos escogidos al azar. En primer lugar, los futuros residentes de Colonia Lowell son sumamente inteligentes: su CI está levemente por encima de 1,86. Segundo, y esto es obvio, son valientes. De no ser así, no se habrían postulado para una misión larga y difícil en un ambiente nuevo y desconocido, que luego aceptarían.

Cuando terminó al comandante Macmillan se le alcanzó una diminuta botellas de champán, que estrelló contra el modelo, en escala 1/100, de la *Pinta*, exhibido en el estrado detrás de él y de otros dignatarios. Instantes después, mientras los colonos salían en fila del auditorio y se preparaban para abordar la *Pinta*, Macmillan y Jenzer iniciaron la programada conferencia de prensa.

—Es un imbécil.

—Es un burócrata marginalmente competente.

—Es un imbécil de mierda.

Max Puckett y el juez Mishkin estaban discutiendo sobre el comandante Macmillan, mientras almorzaban.

—No tiene el más mínimo sentido del humor.

—Es simplemente incapaz de apreciar cosas que escapen a lo común y corriente.

Max estaba furioso. Esa mañana, temprano, había sido censurado por el personal de mando de la *Pinta*, durante una audiencia informal. Su amigo, el juez Mishkin, lo había representado en la audiencia y había evitado que las actuaciones pasaran a mayores.

—Esos cretinos no tienen derecho a juzgar mi comportamiento.

—Tiene usted la más absoluta razón, amigo mío —contestó el juez Mishkin—, en un sentido general. Pero en esta nave espacial tenemos un conjunto de singularísimas condiciones: *ellos* son la autoridad aquí, por lo menos hasta que lleguemos a la Colonia Lowell y establezcamos nuestro propio gobierno... Sea como fuere, no ocurrió algo realmente dañino. Usted no ha sufrido el menor inconveniente por el hecho de que hayan dicho que sus actitudes son "insostenibles". Pudo haber sido mucho peor.

Dos noches antes había tenido lugar una fiesta, en celebración del cruce del punto medio en el viaje de la *Pinta* de la Tierra a Marte. Max había flirteado vivamente, durante más de una hora, con la encantadora Angela Rendino, una de las asistentes de Macmillan. Entonces, el insulso escocés había llevado a Max a un costado y le había sugerido, enérgicamente, que dejara tranquila a Angela.

—Deje que ella me lo diga —había dicho Max, con sensatez.

—Ella es una joven inexperta —le había respondido Macmillan—, y es demasiado amable como para decirle cuan repulsivo es su grosero humor.

Max lo había estado pasando bien hasta ese momento.

—¿Qué tiene que ver usted en esto, comandante? —había preguntado, después de despacharse de un trago otro Margarita—. ¿Es ella su hembra personal o algo así?

Ian Macmillan se había puesto rojo como un tomate.

—Señor Puckett —había replicado, algunos segundos después, el oficial de la nave espacial—, si su comportamiento no mejora, me veré obligado a confinarlo a sus aposentos.

El enfrentamiento con Macmillan le había arruinado la noche a Max. Lo había enfurecido que el comandante hubiera utilizado su autoridad oficial en lo que, estaba claro, era una situación personal. Max había regresado a la habitación que compartía con otro norteamericano, un meditabundo nativo de los bosques, proveniente del Estado de Oregon, llamado Dave Denison. En segundos terminó una botella de tequila. En ese estado de ebriedad, Max había sentido, al mismo tiempo, nostalgia y depresión. Entonces decidió ir al centro de comunicaciones para llamar a su hermano Clyde, que vivía en Arkansas.

Era ya muy tarde. Para llegar al complejo de comunicaciones, Max debía cruzar toda la nave, pasando primero por el salón común, en el que acababa de terminar la fiesta, y después, por las habitaciones de los oficiales. En el ala central, Max vio

fugazmente a Ian Macmillan y Angela Rendino que, tomados del brazo, entraban en el departamento privado del comandante.

—Ese hijo de puta —dijo Max para sí.

Max, ebrio, iba de un lado para otro frente a la puerta de Macmillan en el corredor, poniéndose cada vez más furioso. Después de cinco minutos, finalmente se le ocurrió una idea que le gustó: recordando el grito porcino que lo había hecho merecedor de un premio, en sus días en la Universidad de Arkansas, Max quebró el sosiego de la noche con un sonido horrible.

—*Oink, oink* —vociferó Max.

Repitió el grito otra vez más y después desapareció como un rayo, justo antes de que todas las puertas del ala de oficiales (incluida la de Macmillan) se abrieran para ver qué había sido ese ruido. El comandante Macmillan no se sintió feliz en absoluto de que toda su tripulación lo viera, junto con la señorita Rendino, totalmente desnudo.

El crucero a Marte fue una segunda luna de miel para Kenji y Nai. Ninguno de los dos tenía mucho trabajo para hacer. El viaje fue relativamente poco interesante, desde el punto de vista de un historiador por lo menos, y las obligaciones de Nai eran mínimas, ya que la mayoría de sus alumnos secundarios estaba a bordo de las otras dos naves espaciales.

Los Watanabe pasaban muchas veladas haciendo sociales con el juez Mishkin y con Max Puckett. Jugaban a las cartas a menudo (Max era tan bueno en el póquer como terrible en el bridge), charlaban sobre sus expectativas para Colonia Lowell y discurrían sobre la vida que habían dejado atrás, en la Tierra.

Cuando la *Pinta* estaba a tres semanas de distancia de Marte, el personal de vuelo anunció que se iba a producir una interrupción de las comunicaciones durante dos días, e instó a todos a llamar a sus hogares antes de que los sistemas de radio quedaran temporariamente fuera de servicio. Dado que era el período de vacaciones de fin de año, era el momento perfecto para llamar por teléfono.

Max odiaba el retraso temporal y las largas conversaciones en las que el diálogo no era instantáneo sino diferido. Después de escuchar una discusión incoherente sobre los planes para Navidad en Arkansas, Max les informó a Clyde y a Winona que no los iba a llamar más porque no le gustaba "esperar quince minutos para descubrir si alguien se había reído con sus chistes".

Había nevado temprano en Kioto. La madre y el padre de Kenji habían preparado

un vídeo que mostraba el Ginkaku-ji y el Honen-In bajo un suave manto de nieve. Si Nai no hubiera estado con él. Kenji habría sentido una insoportable nostalgia. En una breve llamada a Tailandia, Nai felicitó a una de sus hermanas por haber ganado una beca para la universidad.

Pyotr Mishkin no telefoneó a nadie. La esposa del anciano ruso había muerto, y no tenía hijos.

—Tengo maravillosos recuerdos —le dijo a Max— pero en la Tierra no me queda ninguna cosa personal.

En el primer día de la planeada interrupción de las comunicaciones, en todos los canales de operaciones apareció el anuncio de que un importante programa, cuya observación se le exigía a todos, se iba a exhibir a las dos de la tarde. Kenji y Nai invitaron a Max y al juez Mishkin a su pequeño departamento para mirar el programa.

—Me pregunto qué clase estúpida va a ser ésta —dijo Max, opuesto, como siempre, a cualquier cosa que le hiciera malgastar su tiempo.

Cuando el vídeo comenzó, el presidente del COG y el director de la AIE aparecieron sentados juntos, frente a una mesa grande. El presidente subrayó la importancia del mensaje que estaban a punto de recibir de Werner Koch, el director de la AIE.

—Pasajeros de la *Pinta* —empezó el doctor Koch—, hace cuatro años, nuestros sistemas de seguimiento de satélites descifraron una señal coherente que, en apariencia, se había originado en el espacio profundo, en la dirección general de la estrella Epsilon Eridani. Una vez adecuadamente procesada, la señal contenía un vídeo sorprendente que van a ver dentro de unos cinco minutos.

"Tal como oirán, el vídeo anuncia el regreso a nuestro Sistema de una nave espacial Rama. En 2130 y 2200, cilindros gigantescos, de cincuenta kilómetros de largo por veinte de ancho, creados por una inteligencia extraterrestre desconocida y con un propósito que todavía no hemos podido desentrañar, visitó nuestra familia de planetas en la órbita alrededor del Sol. El segundo intruso, al que normalmente se hace referencia llamándolo Rama Dos, hizo una corrección de velocidad mientras esta dentro de la órbita de Venus, lo que lo puso en un curso de colisión con la Tierra. Se despachó una flota de misiles termonucleares para ir al encuentro del cilindro extraterrestre y destruirlo, antes de que Rama se acercara lo suficiente a nuestro planeta como para hacerle algún daño.

"El vídeo que verán a continuación afirma que otra de las naves espaciales Rama

ha venido ahora a nuestras cercanías, con el solo propósito de "obtener" una muestra representativa de dos mil seres humanos: para "observación". A pesar de que esta afirmación pueda resultar extraña, es importante señalar que, en verdad, nuestro radar confirmó que un vehículo clase Rama entró en la órbita de Marte hace menos de un mes.

"Por desgracia, tenemos que tomar en serio este increíble mensaje del espacio profundo. En consecuencia, ustedes, colonos de la *Pinta*, han sido destinados a hacer contacto con el nuevo objeto que está en la órbita marciana. Nos damos cuenta de que esta noticia va a constituir una grave conmoción para la mayoría de ustedes pero no tuvimos otra opción viable. Si, como sospechamos, algún genio desviado planeó y orquestó ese engaño, entonces, después del breve desvío, proseguirán con su colonización de Marte, tal como fuera originariamente concebida. Pero si el vídeo que están a punto de ver realmente está diciendo la verdad, entonces ustedes y sus compañeros a bordo de la *Niña* y la *Santa María* se convertirán en el contingente de seres humanos que la inteligencia ramana habrá de observar.

"Como podrán muy bien imaginar, su misión tiene la máxima prioridad entre todas las actividades del COG. También podrán entender la necesidad de mantener el secreto: desde ahora en adelante, hasta que este asunto de Rama se haya resuelto en un sentido u otro, toda comunicación entre su vehículo y la Tierra será estrictamente controlada. La AII va a vigilar todos los circuitos verbales. A sus amigos y familiares se les va a decir que ustedes están a salvo y que, finalmente, descendieron en Marte, pero que los sistemas de comunicación de la *Pinta* fallaron por completo.

"Ahora se les mostrará el vídeo siguiente y se les darán tres semanas para que se apronten para el encuentro. Un plan base, así como procedimientos auxiliares para el encuentro fueron elaborados en gran detalle por la AII, junto con el personal de operaciones de la AIE. Esto ya se transmitió al comandante Macmillan a través del flujo de datos de alta velocidad. Cada uno de ustedes tendrá un conjunto específico de deberes y tendrá, también, un paquete individualizado de documentos, que les brindará toda la información de fondo necesaria para que lleven a cabo su tarea.

"Naturalmente, les deseamos la mejor de las suertes. Lo más probable es que este asunto de Rama quede en la nada, en cuyo caso ustedes simplemente habrán demorado su inauguración de la colonia Lowell. Sin embargo, si este vídeo es

legítimo, entonces se deben mover con rapidez y elaborar planes cuidadosos para acomodar el arribo de la *Niña* y de la *Santa María*. A ninguno de los colonos de esas otras dos naves espaciales se les habrá dicho nada respecto de Rama o del cambio de misión.

Se produjo un momentáneo silencio en el departamento de los Watanabe cuando el vídeo concluyó abruptamente y en la pantalla lo reemplazó el texto de un mensaje: PRÓXIMO VÍDEO DENTRO DE DOS MINUTOS.

—Que me parta un rayo —fue el único comentario de Max Puckett.

7

En el vídeo, Nicole estaba sentada en una silla marrón común, contra una pared sin detalles distintivos. Estaba vestida con uno de los trajes de vuelo de la AIE, que habían sido su atuendo regular durante la misión Newton. Nicole leyó el mensaje de una agenda electrónica que sostenía en las manos.

—Mis congéneres terrestres —empezó—, soy la cosmonauta de la *Newton*, Nicole des Jardins, y les hablo desde cientos de miles de millones de kilómetros de distancia. Estoy a bordo de una nave espacial Rama similar a las dos grandes naves espaciales cilíndricas que visitaron nuestro Sistema Solar durante los dos siglos pasados. Este tercer vehículo Rama también se está dirigiendo hacia nuestra diminuta región de la galaxia. Aproximadamente cuatro años después de que ustedes tengan la primera recepción de este vídeo, Rama Tres entrará en la órbita alrededor del planeta Marte.

"Desde que dejé la Tierra he aprendido que los vehículos clase Rama fueron construidos por una inteligencia alienígena avanzada, como elementos de un vasto sistema de recolección de información cuyo objetivo último es el de obtener y catalogar datos sobre la vida en el universo. Es parte de esta meta el que este tercer vehículo Rama regrese a las cercanías de nuestro planeta natal.

"Dentro de Rama Tres se diseñó un habitat parecido a la Tierra, que admite dos mil seres humanos, más cantidades importantes de otros animales y plantas de nuestro planeta natal. La biomasa exacta, así como otras especificaciones generales para estos animales y plantas, figuran en el primer apéndice de este vídeo. Sin embargo, deben hacer hincapié en que las plantas, en particular aquellas que sean

extremadamente eficientes en la conversión de dióxido de carbono a oxígeno, son un elemento clave del diseño básico del habitat Tierra a bordo de Rama Sin las plantas, la vida de los seres humanos dentro de Rama estaría gravemente comprometida.

"Lo que se espera, como resultado de esta transmisión, es que la Tierra envíe un grupo representativo de sus habitantes, junto con los pertrechos auxiliares que se detallan en el segundo apéndice, para hacer contacto con Rama Tres en la órbita de Marte. A los viajeros se los va a llevar al interior de Rama donde se los observará cuidadosamente mientras estén viviendo en un habitat que reproduce las condiciones ambientales de la Tierra.

"Debido a la respuesta hostil que se dio a Rama Dos, lo que, incidentalmente, redundó en daños de menor cuantía a la nave espacial, el plan nominal de la misión para este vehículo Rama no entraña aproximación a la Tierra más allá de la órbita de Marte. Este plan nominal *parte del supuesto*, claro está, de que las autoridades de la Tierra van a cumplir con los pedidos que figuran en esta transmisión. Si no se envían seres humanos a encontrarse con Rama Tres en la órbita de Marte, no tengo conocimiento de cómo programaron a la nave espacial para que reaccione. Sin embargo, puedo decir, sobre la base de mis propias observaciones, que le resultaría muy fácil a la inteligencia extraterrestre obtener los datos de observación deseados por otros métodos no tan benignos.

"Con respecto a los seres humanos que se transportarán a Marte, es obvio que las personas seleccionadas deben representar una amplia muestra de la humanidad. Se deben incluir ambos sexos, todas las edades y tantas culturas como razonablemente se pueda. La gran biblioteca de información sobre la Tierra, que se solicita en el tercer apéndice de este vídeo, suministrará datos adicionales de importancia que se pueden correlacionar con las observaciones efectuadas dentro de Rama.

"Ni yo mismo tengo conocimiento de cuánto tiempo los seres humanos van a estar dentro de Rama, ni sé con exactitud dónde los llevará la nave espacial. También ignoro por qué la inteligencia superior que creó los vehículos Rama está reuniendo información sobre la vida en el universo. Puedo decir, sin embargo, que las maravillas de las que fui testigo desde que salí de nuestro Sistema Solar me han brindado un sentido totalmente nuevo de nuestro lugar en el universo.

El tiempo total de duración del vídeo, más de la mitad del cual se dedicó a los

detallados apéndices, fue de poco más de diez minutos. Durante toda la transmisión, la imagen básica no varió. La alocución de Nicole fue medida y deliberada, interrumpida por breves pausas cuando sus ojos se desplazaban desde la cámara hacia la libreta que tenía en las manos. Aunque había algo de modulación en su tono, la sincera expresión en el rostro de Nicole fue constante. Únicamente cuando dio a entender que los ramanes podrían tener "otros métodos no tan benignos" para obtener sus datos, una fuerte emoción destelló en sus ojos oscuros. Kenji Watanabe observó la primera parte del vídeo con gran concentración. Sin embargo, durante los apéndices, su mente empezó a divagar y comenzó a formularse preguntas: *¿Quiénes son los extraterrestres?, se preguntaba, ¿de dónde vinieron? ¿por qué nos quieren observar...? ¿y por qué eligieron a Nicole des Jardins como vocera?*

Kenji rió para sus adentros al darse cuenta de que había una serie interminable de tales preguntas. Decidió concentrarse en asuntos más manejables.

Si Nicole todavía estuviera viva, pensó después Kenji, entonces tendría ochenta y nueve años. La mujer que aparecía en la pantalla de televisión tenía algunas canas y muchas más amigas que las que la cosmonauta des Jardins había tenido cuando la *Newton* se lanzó desde la Tierra, pero su edad en el vídeo no se acercaba en absoluto a los ochenta. *Quizá cincuenta y dos o cincuenta y tres como máximo,* Kenji dijo para sus adentros.

¿Habrá grabado este vídeo treinta años atrás?, se preguntó, ¿o su proceso de envejecimiento ha sido retardado de algún modo? No se le ocurrió preguntarse si la locutora era realmente Nicole o si no lo era. Kenji había pasado suficiente tiempo en los archivos sobre la *Newton* como para reconocer de inmediato las expresiones y peculiaridades faciales de Nicole. *Debió de haber hecho el vídeo hace unos cuatro años,* estaba pensando Kenji, *pero de ser así...* Todavía estaba debatiéndose con toda la situación, cuando culminó la transmisión de Nicole y el director de la AIE volvió a aparecer en el monitor.

El doctor Koch explicó brevemente que el vídeo se volvería a transmitir dos veces más, en forma completa, por todos los canales. Después, estaría a disposición de cada uno de los pasajeros y miembros de la tripulación que quisiera verlo.

—¿Qué demonios está pasando aquí *realmente*? —exigió saber Max Puckett, cuando el rostro de Nicole volvió a aparecer en el monitor. Dirigía sus preguntas a Kenji.

—Si es que entendí correctamente —respondió Kenji, después de mirar durante

varios segundos—, la AIE nos engañó deliberadamente respecto de uno de los objetivos primarios de nuestra empresa. En apariencia, este mensaje se recibió por primera vez hace unos cuatro años, en la época en que la concesión de fondos para la Colonia Lowell todavía era un tanto incierta. En ese momento, después de que todos los esfuerzos para demostrar que el vídeo era un fraude fracasaron, se decidió que la investigación de Rama Tres sería un objetivo secreto de nuestro proyecto.

—Mierda —dijo Max Puckett, sacudiendo la cabeza vigorosamente—. ¿Por qué demonios no nos dijeron simplemente *la verdad*?

—Mi mente retrocede espantada ante la idea de superseres que envían una tecnología tan asombrosa, sólo para reunir datos sobre nosotros —comentó el juez Mishkin después de un breve silencio—. Sin embargo, en otro nivel, al menos ahora entiendo algunas de las peculiaridades del proceso de selección de personal. Quedé pasmado cuando, hace unos ocho meses, ese grupo de adolescentes norteamericanos sin hogar se agregó a la colonia. Ahora veo que los criterios de selección apuntaban al logro de la "amplia muestra" solicitada por la señora des Jardins. El hecho de que nuestra particular mezcla de personas y aptitudes produjera una colonia sociológicamente viable en Marte o de que no lo hiciera debe de haber sido siempre una consideración secundaria.

—*Odio* las mentiras y a los mentirosos —dijo Max. Se había levantado de su silla y estaba recorriendo a zancadas la habitación. —Todos estos políticos y administradores gubernamentales son lo mismo: los bastardos mienten sin ninguna conciencia.

—Pero, ¿qué podrían haber hecho, Max? —preguntó el juez Mishkin—. Es indudable que *realmente* no tomaron el vídeo en serio. No, por lo menos, hasta que esta nueva nave espacial apareció en la órbita de Marte. Y si hubieran dicho la verdad desde el principio, se habría producido pánico en escala mundial.

—Mire, juez —dijo Max, con tono de frustración—, creí que se me había contratado para ser un granjero de mierda en una colonia ubicada en Marte. Yo no sé nada de extraterrestres y, con toda franqueza, no quiero saber nada. Ya me resulta bastante difícil lidiar con pollos, cerdos y gente.

—En especial, con gente —dijo con rapidez el juez Mishkin, sonriéndole a su amigo. A pesar de sí mismo, Max lanzó una risita.

Pocos minutos después, el juez Mishkin y Max se dijeron adiós y dejaron a Kenji y Nai a solas. Inmediatamente después de que los huéspedes se fueron, el videófono

sonó en el departamento de Kenji y Nai.

—¿Watanabe? —le oyeron decir a Ian Macmillan.

—Sí, señor —respondió Kenji.

—Lamento molestarlo, Watanabe —dijo el comandante— pero usted tiene la primera misión que le toca a alguien que no es miembro de mi inmediato personal. Debe instruir a toda la tripulación de la *Pinta* sobre la expedición Newton, las Rama y la cosmonauta des Jardins, hoy a las diecinueve horas. Creí que querría comenzar sus preparativos.

—... En 2200, todos los medios de prensa informaron que Rama había destruido por completo, vaporizada por las múltiples bombas nucleares que explotaron en sus proximidades. A los cosmonautas desaparecidos des Jardins, O'Toole, Takagishi y Wakefield, se los consideró muertos. En realidad, de acuerdo con los documentos oficiales de la misión Newton y con los muy exitosos libros y series de televisión distribuidos por Hagenest y Schmidt, Nicole des Jardins presuntamente murió en Nueva York, la ciudad isla en medio del Mar Cilíndrico, *semanas* antes de que la nave científica de la Newton dejara Rama y regresara a la Tierra.

Kenji hizo una pausa para mirar a su auditorio. Aun cuando el comandante Macmillan les había explicado a los pasajeros y tripulación de la *Pinta* que un vídeo con la presentación de Kenji estaría inmediatamente disponible, muchos de los presentes estaban tomando notas. Kenji disfrutaba de ser el centro de atención. Le echó un vistazo a Nai y sonrió antes de proseguir.

—La cosmonauta Francesca Sabatini, la más famosa sobreviviente de la infausta expedición Newton, postuló en sus memorias que la doctora des Jardins podría haberse topado con un biot hostil o que, quizá, se había caído en alguna de las regiones de oscurecimiento total en Nueva York. Como la dos mujeres habían estado juntas durante la mayor parte del día (estaban buscando al científico japonés Shigueru Takagishi, que había desaparecido misteriosamente del campamento Beta la noche anterior), la *Signora* Sabatini conocía perfectamente la cantidad de comida y agua que la cosmonauta des Jardins transportaba.

"Aun con su consumado conocimiento del cuerpo humano —escribió Sabatini—, Nicole no pudo haber sobrevivido más de una semana. Y si, en estado de desvarío, hubiera intentado obtener agua del hielo proveniente del venenoso Mar Cilíndrico, habría muerto aun antes."

"Del grupo de cosmonautas de la *Newton* que no retomaron del encuentro con

Rama Dos, Nicole des Jardins es la que siempre atrajo el máximo interés. Aun antes de que el brillante estadístico Roberto López conjeturara, correctamente, hace siete años, y sobre la base de la información acerca del genoma europeo conservada en La Haya, que el difunto rey Henry XI de Inglaterra era el padre de Genevieve, la hija de Nicole, la reputación de la doctora des Jardins se había vuelto legendaria. Hace poco, la concurrencia a su monumento recordatorio, cerca de la villa familiar en Beauvois, Francia, aumentó marcadamente, en especial entre las mujeres jóvenes. La gente se congrega no sólo para rendir homenaje a la cosmonauta des Jardins y para ver las muchas fotografías y vídeos que conmemoran su destacada vida sino, también, para ver las dos soberbias estatuas de bronce creadas por el escultor griego Theo Pappas. En una de ellas, la juvenil Nicole aparece con su camiseta y sus pantalones cortos de atleta, con la medalla de oro olímpica colgándole del cuello. En la segunda se la ve como mujer madura, llevando el traje de vuelo de la AIE, similar al que vieron en el vídeo.

Kenji señaló hacía la parte de atrás de la sala, en el pequeño anfiteatro de la *Pinta*, y las luces se apagaron. Instantes después, comenzó una exhibición de diapositivas sobre una de las dos pantallas que había a espaldas de Kenji.

—Éstas son las pocas fotografías de Nicole des Jardins que se conservaron en nuestros archivos de la *Pinta*. La base de datos de referencia indica que muchas imágenes más, incluyendo fragmentos de películas históricas, se pueden obtener en la biblioteca de reserva que está en la bodega de carga. Esos datos no están disponibles durante el viaje debido a las limitaciones de la red de datos para vuelo. Los datos adicionales no son necesarios, pues resulta claro, por estas fotos, que la persona que apareció en la transmisión de esta tarde es Nicole des Jardins o *una copia absolutamente perfecta de ella*.

Una foto fija de primer plano, tomada del vídeo de la tarde, se dejó congelada en la pantalla izquierda y se le yuxtapuso la foto de la cabeza de Nicole, tomada en la fiesta por vísperas de Año Nuevo, que se celebró en la Villa Adriani, en las afueras de Roma. No había dudas al respecto: definitivamente las dos imágenes correspondían a la misma mujer. Un murmullo de apreciación surgió del público, mientras Kenji hacía silencio en su presentación.

—Nicole des Jardins nació —prosiguió Kenji, en un tono levemente amortiguado— el 6 de enero de 2164. En consecuencia, si el vídeo que presenciamos esta tarde realmente se hizo hace unos cuatro años, des Jardins

debería de haber tenido setenta y siete años en ese momento. Ahora bien, todo lo que sabemos es que la doctora des Jardins estaba en soberbio estado físico y que hacía ejercicio en forma regular. Sin embargo, si la mujer que vimos esta tarde tenía setenta y dos años, entonces los extraterrestres que fabricaron Rama también deben de haber descubierto la fuente de la juventud.

Aun cuando era noche avanzada y Kenji estaba muy cansado, no podía dormir. Los sucesos del día forzaban por aparecer en su mente y lo alteraban otra vez. Al lado de él, en la pequeña cama matrimonial, Nai Buatong Watanabe era muy consciente de que su esposo estaba despierto.

—Estás absolutamente seguro de que estuvimos viendo a la verdadera Nicole des Jardins, ¿no es así, querido? —dijo Nai en voz baja, después de que Kenji giró sobre sí mismo por enésima vez.

—Sí —dijo Kenji—, pero Macmillan no me exigió que incluya esa declaración respecto de la posibilidad de una copia perfecta. Cree que todo lo que aparece en el vídeo es un engaño...

—Después de nuestra discusión de esta tarde —continuó Nai, después de un breve silencio—, pude recordar todo ese alboroto sobre Nicole y el rey Henry, hace siete años. Apareció en la mayoría de las revistas de chismes sobre personajes conocidos. Pero he olvidado algo, ¿cómo se estableció, con seguridad, que Henry era el padre de Genevieve? ¿No estaba ya muerto? ¿Y acaso la familia real inglesa no mantiene su información genómica privada y secreta?

—López usó los genomas pertenecientes a los padres y hermanos de personas que se habían casado con miembros de la familia real. Después, empleando una técnica para correlación de datos que él mismo había inventado, el doctor López demostró que Henry, que todavía era el Príncipe de Gales durante las Olimpiadas de 2184, tenía una posibilidad tres veces superior a la de cualquier otra persona presente en Los Angeles en ese momento de haber sido el padre del bebé de Nicole. Después de que Darren Higgins admitió, en su lecho de muerte, que Henry y Nicole habían pasado una noche juntos durante las Olimpiadas, la familia real permitió que un especialista en genética tuviera acceso a la base de datos genómicos de la familia. El experto llegó a la conclusión, más allá de cualquier duda razonable, de que Henry era el padre de Genevieve.

—Qué mujer asombrosa —dijo Nai.

—Lo fue, en verdad —repuso Kenji—. Pero, ¿qué te llevó a hacer ese comentario

en este preciso momento?

—Como mujer —dijo Nai—, admiro cómo guardó su secreto y el que haya criado, sola, a su princesa más que cualquiera de sus otros logros.

8

Eponine localizó a Kimberly en el rincón de la habitación llena de humo y se sentó al lado de ella. Aceptó el cigarrillo que su amiga le ofrecía, lo encendió e inhaló profundamente.

—¡Ah!, qué placer —dijo Eponine con tono suave, mientras expelía el humo en forma de circulitos y lo observaba elevarse lentamente hacia los ventiladores.

—Sé que tanto como amas el tabaco y la nicotina —dijo Kimberly en un susurro, al lado de ella—, adorarías, sin lugar a dudas, el kokomo. —La muchacha norteamericana le dio una pitada al cigarrillo. —Sé que no crees en mí, Eponine, pero en realidad es mejor que el sexo.

—No para mí, *mon amie* —contestó Eponine, con tono cálido, amistoso—. Ya tuve suficientes vicios. Y nunca, nunca podría controlar algo que verdaderamente fuera mejor que el sexo.

Kimberly Henderson rió de buena gana, sus largos mechones rubios se balanceaban en los hombros. Tenía veinticuatro años, uno menos que su colega francesa. Las dos estaban sentadas en el salón fumador adjunto a la ducha de mujeres. Era un diminuto cuarto cuadrado, de no más de cuatro metros de lado, en el que, en estos precisos momentos, un grupo de mujeres estaba parada o sentada, todas fumando.

—Esta habitación me hace acordar al cuarto trasero del bar de Willie, en Evergreen, justo en las afueras de Denver —dijo Kimberly—. Mientras un centenar, o más, de vaqueros y granjeros brutos bailaban y bebían en el salón principal, ocho o diez de nosotras se refugiaban en la sagrada "oficina" de Willie, como él la llamaba, y nos hacíamos mierda con kokomo.

A través de la neblina, Eponine contempló a Kimberly.

—Por lo menos, en este salón los hombres no abusan de nosotras. Son absolutamente imposibles, aun peores que los tipos del centro de detención de Bourges. Esos personajes no deben de pensar en otra cosa más que en sexo, todo

el día.

—Es comprensible —contestó Kimberly, con otra carcajada—. Es la primera vez que no se los vigila de cerca desde hace años. Cuando los hombres de Toshio sabotearon todos los monitores ocultos, todo el mundo estuvo repentinamente libre. —Lanzó una mirada a Eponine. —Pero también hay un lado sombrío: hoy hubo dos violaciones más, una en la zona de recreo para ambos sexos.

Kimberly terminó uno de los cigarrillos y de inmediato encendió otro.

—Necesitas alguien que te proteja —prosiguió—, y sé que a Walter le encantaría el trabajo. Debido a Toshio, la mayoría de los presos dejaron de intentar *voltearme*. Ahora, mi principal preocupación son los guardianes de la AIE, creen que son sexualmente irresistibles. Únicamente ese italiano tan bien dotado, Marcello no sé cuanto, me interesa, Ayer me dijo que me haría "gemir de placer", si tan sólo me encontraba con él en su habitación. Me sentí sumamente tentada, hasta que vi a uno de los matones de Toshio tratando de oír la conversación.

Eponine también encendió otro cigarrillo. Sabía que era ridículo fumar uno después de otro, pero a los pasajeros de la *Santa María* solamente se les permitía tres "recreos" de media hora cada uno, y no podían fumar en los atestados camarotes. Mientras Kimberly se apartaba momentáneamente del tema por la pregunta que le había hecho una corpulenta mujer de un poco más de cuarenta años, Eponine pensaba en los primeros días posteriores al momento en que dejaron la Tierra. *Durante nuestro tercer día afuera, recordó, Nakamura envió a su intermediario para que me viera. Debo de haber sido su primera opción.*

El enorme japonés, luchador de sumo antes de convertirse en cobrador de apuestas para una infame banda dedicada al juego, se inclinó con formalidad, cuando se acercó a ella en el salón mixto.

—Señorita Eponine —dijo, en un inglés con fuerte acento extranjero—, mi amigo Nakamura-san me solicitó que le dijera que la encuentra muy hermosa. Le ofrece completa protección, a cambio de su compañía y de algún placer ocasional.

La oferta era atractiva en algunos aspectos, recordó Eponine, y no diferente de lo que la mayoría de las mujeres de la Santa María que parecen decentes han aceptado finalmente. Yo sabía, en aquel entonces, que Nakamura iba a ser muy poderoso. Pero no me gustaba su frialdad. Y equivocadamente creí que podría mantenerme libre.

—¿Lista? —repitió Kimberly. Eponine volvió abruptamente de su meditación.

Aplastó la colilla del cigarrillo y fue con su amiga al vestuario. Mientras se quitaban la ropa y se preparaban para entrar en la ducha, unos cuantos ojos se deleitaron con sus magníficos cuerpos.

—¿No te molesta —preguntó Eponine, cuando estuvieron paradas una al lado de la otra, en las duchas— tener a estas lesbianas devorándote con la mirada?

—No —repuso Kimberly—. En cierto sentido, lo disfruto. Es indudablemente halagador. Aquí no hay muchas mujeres que tengan nuestro cuerpo. Me excita que me claven la mirada con tanta avidez.

Eponine enjuagó los pechos redondeados y firmes, la espuma jabonosa, y se inclinó hacia Kimberly.

—Entonces, ¿tuviste sexo con otra mujer? —preguntó.

—Claro que sí —repuso Kimberly con otra carcajada profunda—. ¿Tú no?

Sin aguardar respuesta, la mujer norteamericana se lanzó a contar uno de sus relatos:

—Mi primera proveedora de droga era una "lesbi". Yo no tenía más que dieciocho años y era absolutamente perfecta de la cabeza a los pies. Cuando Loretta me vio desnuda por primera vez, creyó que había muerto y llegado al Paraíso. Yo acababa de ingresar en la escuela de enfermería y no me podía permitir mucha droga. Así que hice un trato con Loretta: ella me podía coger, pero únicamente si me mantenía provista con cocaína. Nuestras relaciones amorosas duraron casi seis meses. Para ese entonces, yo ya estaba traficando por mí misma y, además, me había enamorado de El Mago.

"Pobre Loretta —continuó Kimberly, mientras ella y Eponine se secaban mutuamente la espalda en el lavabo que estaba adjunto a las duchas—. Se le rompió el corazón. Me ofreció todo, incluyendo su lista de clientes. Con el tiempo se volvió una molestia, así que la hundí e hice que El Mago la forzara a salir de Denver.

Kimberly vio una fugaz mirada de desaprobación en el rostro de Eponine.

—Mierda —dijo—, otra vez, poniéndote moralista conmigo. Eres la asesina más blanda que haya conocido. A veces me haces recordar a esas santurronas, llenas de bondad, que había en el último año de la secundaria.

Cuando estaban a punto de abandonar la zona de duchas, una diminuta muchacha negra con el cabello recogido en trenzas, se les acercó por detrás.

—¿Eres Kimberly Henderson? —preguntó.

—Sí —admitió Kimberly, inclinando la cabeza—. Pero, ¿por qué...?

—¿Tu hombre es el rey Jap Nakamura? —interrumpió la muchacha.

Kimberly no contestó.

—Si es así, necesito tu ayuda —prosiguió la muchacha negra.

—¿Qué quieres? —preguntó Kimberly, con tono evasivo. La muchacha repentinamente prorrumpió en llanto.

—Mi hombre, Reuben, no quiso hacer nada. Estaba borracho con esa mierda que venden los guardias. No sabía que le estaba hablando al rey Jap.

Kimberly esperó a que la muchacha se secara las lágrimas.

—¿Qué tiene? —susurró.

—Tres cuchillos y tres "porros" de kokomo dinamita —contestó la muchacha negra, en el mismo susurro quedo.

—Tráemelos —dijo Kimberly, sonriente—. Y arreglaré para que tu Reuben se pueda disculpar con el señor Nakamura.

—No le gusta Kimberly, ¿no? —le dijo Eponine a Walter Brackeen. Era un enorme negro norteamericano de ojos suaves y dedos absolutamente mágicos sobre un teclado. Estaba tocando un popurrí de jazz suave, y contemplando a su bella damisela, mientras sus tres compañeros de cuarto, por mutuo acuerdo, habían salido e ido a las zonas de uso comunitario.

—No, no me gusta —repuso Walter lentamente—. No es como nosotros. Puede ser muy divertida pero, en el fondo, creo que es verdaderamente mala.

—¿Qué quieres decir?

Walter cambió a una balada suave, con una melodía más sencilla y tocó casi durante un minuto antes de hablar:

—Supongo que ante los ojos de la ley todos somos iguales, todos somos asesinos. Pero no ante los míos. Asesiné a un hombre que había sodomizado a mi hermano que era un niño. Tú mataste a un loco degenerado que te estaba arruinando la vida. Walter se detuvo un instante y giró los ojos en las órbitas. Pero esa amiga tuya, Kimberly, ella y su novio liquidaron a tres personas a las que ni siquiera conocían, nada más que por narcóticos y dinero.

—Ella estaba drogada en ese momento.

—No importa —dijo Walter—. Cada uno es responsable por su comportamiento. Si me echo mierda encima eso me vuelve horrible, es problema mío. Pero no puedo evadir la responsabilidad que tengo por mis actos.

—Kimberly tuvo un legajo perfecto en el centro de detención. Cada uno de los

médicos que trabajó con ella dijeron que era una excelente enfermera.

Walter dejó de tocar el teclado y miró fijamente a Eponine durante varios segundos.

—No hablemos más sobre Kimberly —dijo—. De por sí tenemos poco tiempo para estar juntos... ¿Pensaste en mi propuesta? Eponine suspiró.

—Sí, lo hice, Walter y, aunque me gustas y disfruto haciendo el amor contigo, el arreglo que sugeriste se parece demasiado a un compromiso... Además, creo que es, principalmente, para tu ego. A menos que me equivoque por completo, prefieres a Malcom...

—Malcom no tiene nada que ver con nosotros —interrumpió Walter—. Ha sido mi amigo durante años, desde los primeros días que entré en el complejo de detención de Georgia. Tocamos música juntos. Compartimos sexo cuando los dos nos sentimos solos. Somos almas gemelas...

—Lo sé, lo sé... Malcolm realmente no es el tema central. Es más la raíz del asunto lo que me molesta. Me gustas, Walter, lo sabes. Pero... —A Eponine la voz se le extinguía mientras luchaba con sus encontrados sentimientos.

—Estamos a tres semanas de distancia de la Tierra —dijo Walter—, y todavía nos faltan seis semanas más antes de que llegemos a Marte. Soy el hombre más corpulento de la *Santa María*: si digo que eres mi chica, nadie te va a molestar durante estas seis semanas.

Eponine recordó una desagradable escena que había presenciado esa mañana, precisamente, cuando dos presidiarios alemanes comentaban sobre cuán fácilmente sería cometer una violación en las habitaciones de las convictas. Sabían que ella podía oírlos pero no habían hecho ningún esfuerzo para bajar el tono de la voz.

Finalmente, Eponine se colocó en los enormes brazos de Walter.

—Muy bien —dijo suavemente—, pero no esperes demasiado... soy una mujer bastante difícil.

—Creo que Walter tiene un problema cardíaco —Eponine dijo en un susurro. Era de noche, y las otras dos compañeras de cuarto dormían. Kimberly, acostada en la litera que estaba debajo de la de Eponine, todavía estaba bajo los efectos del kokomo que había fumado dos horas atrás. Le sería imposible dormir hasta dentro de varias horas más.

—Las reglas de esta nave son una mierda. Cristo, si hasta en el Complejo de Detención de Pueblo había más libertad. ¿Por qué diablos no podemos permanecer

en las zonas de uso comunitario después de la medianoche? ¿Qué les molesta?

—Tiene ocasionales dolores de pecho y, si tenemos relaciones sexuales enérgicas, se queja, a menudo, de que le falta el aire... ¿Crees que podrías revisarlo?

—¿Y Marcello? ¡Ja! ¡Qué asno estúpido! Viene y me dice que tengo que estar despierta toda la noche, si quiero ir a su habitación. Mientras estoy sentada ahí con Toshio. ¿Quién se cree que es? Quiero decir, ni siquiera los guardias se pueden meter con el rey Jap... ¿Qué dijiste, Eponine?

Eponine se incorporó sobre un codo y se inclinó hacia el costado de la litera.

—Walter Brackeen, Kim —dijo—. Estoy hablando de Walter Brackeen. ¿Puedes parar un poco y prestar atención a lo que estoy diciendo?

—Muy bien. Muy bien. ¿Qué pasa con tu Walter? ¿Qué quieres?

Todo el mundo quiere algo del rey Jap. Supongo que eso me convierte en la reina, en cierto sentido, por lo menos...

—Creo que Walter tiene mal el corazón —repitió la exasperada Eponine en voz alta—, y me gustaría que lo revisaras...

—Shhh —repuso Kimberly—. Van a venir a reventarnos, como le hicieron a esa sueca loca... Mierda, Ep, no soy médica. Puedo reconocer cuando un latido es irregular, pero eso es todo... Tendrías que hablar con ese médico convicto que *realmente* es cardiólogo, el fulano ese que no habla con nadie cuando no está examinando a alguien...

—El doctor Robert Turner —interrumpió Eponine.

—Ese mismo... muy profesional, reservado, distante, nunca habla en otra cosa que no sea en jerga médica. Resulta difícil creer que en un tribunal le voló la cabeza a dos hombres con una escopeta. Sencillamente no se explica...

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Eponine.

—Marcello me lo dijo. Yo tenía curiosidad, nos estábamos riendo, él me estaba embromando, diciendo cosas tales como "¿ese Jap te hace gemir?" y "y ese médico callado, ¿te puede hacer gemir?"...

—Por Dios, Kim —dijo Eponine, ahora alarmada—, ¿te acostaste con Marcello también?

Su compañera de cuarto rió.

—Nada más que dos veces. Habla más que lo que coge. Y qué vanidoso. Por lo menos, el rey Jap sabe apreciar.

—¿Lo sabe Nakamura?

—¿Crees que estoy loca? —contestó Kimberly—. No quiero morir. Pero puede ser que sospeche... No lo volveré a hacer, pero si ese doctor Turner me susurrara al oído, me derretiría por él...

Kimberly continuó su divagante monólogo. Eponine pensó brevemente en el doctor Turner: la había examinado poco después del lanzamiento, cuando ella tuvo esas peculiares manchas. *Ni siquiera advirtió mi cuerpo, recordó, fue un examen estrictamente profesional.*

Eponine se olvidó de Kimberly y se concentró en la imagen del apuesto médico. Se sorprendió al descubrir que estaba sintiendo una chispa de romanticismo. Había algo indudablemente misterioso respecto del médico, pues nada había en su manera de ser o en su personalidad que fuera consecuente, en lo más mínimo, con un doble asesinato. *Debe de haber una historia interesante, pensó.*

Eponine estaba soñando. Era la misma pesadilla que había tenido cientos de veces, desde el asesinato. El profesor Moreau yacía, con los ojos cerrados, en el piso de su estudio y del pecho le brotaba sangre. Eponine fue hasta la jofaina, limpió el largo cuchillo de trinchar y lo volvió a colocar en la mesada. Cuando pasó por encima del cuerpo, esos odiados ojos se abrieron. Eponine vio la salvaje demencia de esos ojos. El profesor Moreau extendió un brazo y trató de agarrarla...

—Enfermera Henderson. Enfermera Henderson.

El golpeteo en la puerta era cada vez más intenso. Eponine despertó de su sueño y se frotó los ojos. Kimberly y otra de las compañeras de cuarto llegaron a la puerta en forma casi simultánea.

El amigo de Walter, Malcolm Peabody, un hombrecillo blanco, sumamente fino, de poco más de cuarenta años, estaba parado en la puerta. Estaba muy alterado.

—¡El doctor Turner me mandó a buscar a la enfermera! ¡Ven pronto! Walter tuvo un ataque al corazón.

Mientras Kimberly se vestía, Eponine descendió de su litera.

—¿Cómo está, Malcolm? —preguntó, poniéndose el guardapolvo— ¿Está muerto?

Malcolm quedó momentáneamente confundido.

—Ah, hola, Eponine —dijo sumisamente—. Me había olvidado de que tú y la enfermera Henderson... Cuando me fui todavía estaba respirando, pero...

Con cuidado de mantener un pie en el piso en todo momento, Eponine salió

presurosa por la puerta hacia el corredor, ingresó en la zona central de uso comunitario, y después llegó a las habitaciones de los hombres. Sonaron alarmas mientras los monitores principales hacían el seguimiento de su avance. Cuando llegó a la entrada del ala donde estaba Walter, Eponine se detuvo un instante para recuperar el aliento.

Gran cantidad de gente estaba parada en el corredor, afuera de la habitación de Walter. La puerta estaba abierta de par en par y el tercio inferior del cuerpo del hombre estaba tendido hacia afuera, en el vestíbulo. Eponine se abrió paso a empellones y entró en la habitación.

El doctor Robert Turner estaba arrodillado al lado de su paciente, apoyando agujijones electrónicos contra el pecho desnudo de Walter. El cuerpo robusto del hombre se echaba violentamente hacia atrás cada vez que se le aplicaba una descarga y, después, se elevaba levemente sobre el piso antes de que el médico lo volviera a empujar hacia abajo.

El doctor Turner levantó la vista cuando Eponine llegó.

—¿Usted es la enfermera? —preguntó con brusquedad.

Durante un fugaz instante, Eponine quedó turbada sin habla. Aquí estaba su amigo, muriendo, si ya no estaba muerto, y en todo en lo que Eponine podía pensar era en los ojos celestes casi perfectos del doctor Turner.

—No —dijo por fin, definitivamente aturdida—. Soy la novia... la enfermera Henderson es mi compañera de cuarto... Debe de llegar aquí de un momento a otro.

Kimberly y dos guardias de la AIE que la escoltaban, llegaron en ese preciso momento.

—El corazón se le detuvo por completo hace cuarenta y cinco segundos —le dijo el doctor Turner a Kimberly—. Es demasiado tarde como para trasladarlo a la enfermería. Voy a abrirlo y a tratar de emplear el estimulador Komori. ¿Trajo sus guantes?

Mientras Kimberly se estiraba los guantes sobre las manos, el doctor Turner le ordenó a la multitud que se alejara de su paciente. Eponine no se movió. Cuando los guardias la tomaron por los brazos, el doctor masculló algo y los guardias la soltaron.

Turner le alcanzó a Kimberly su juego de instrumentos quirúrgicos y después, con increíble velocidad y pericia, practicó una profunda incisión en el pecho de Walter. Corrió los pliegues de piel y dejó expuesto el corazón.

—¿Ha practicado antes este procedimiento, enfermera Henderson? —preguntó

Turner.

—No —contestó Kimberly.

—El estimulador Komori es un dispositivo electroquímico que se coloca en el corazón y obliga al órgano a latir y a seguir bombeando sangre. Si la patología es temporaria, como en el caso de un coágulo de sangre o una válvula espástica, entonces, a veces, el problema se puede corregir y el corazón del paciente empieza a funcionar de nuevo.

Turner insertó el estimulador Komori, que tenía el tamaño de una estampilla, detrás del ventrículo izquierdo y aplicó la corriente desde el sistema portátil de control, que tenía al lado de él, sobre el piso. Tres o cuatro segundos después, el corazón de Walter empezó a latir con lentitud.

—A partir de ahora, tenemos alrededor de ocho minutos para encontrar el problema —el médico se dijo a sí mismo.

Terminó el análisis de los subsistemas primordiales del corazón en menos de un minuto.

—No hay coágulos —masculló—, y no hay vasos ni válvulas que anden mal... Entonces, ¿por qué dejó de latir?

Con delicadeza, el doctor Turner levantó el palpitante corazón e inspeccionó los músculos que había debajo. El tejido muscular que estaba alrededor de la aurícula derecha estaba decolorado y blando. Turner lo tocó muy levemente con el extremo de uno de sus instrumentos aguzados y partes del tejido se desprendieron en forma de escamas.

—Mi Dios —dijo el médico—, ¿qué demonios es esto? —Mientras el doctor Turner lo sostenía en alto, el corazón de Walter Brackeen se volvió a contraer y una de las largas estructuras fibrosas que había en el medio del tejido muscular decolorado se empezó a deshilar—. ¿Pero qué...? —Turner parpadeó dos veces y se puso la mano derecha en la mejilla.

—Mire esto, enfermera Henderson —dijo quedamente—. Es absolutamente asombroso. Estos músculos se atrofiaron por completo. Nunca vi algo así... No podemos ayudar a este hombre.

Los ojos de Eponine se llenaron de lágrimas cuando el doctor Turner retiró el estimulador Komori y el corazón dejó de latir otra vez. Kimberly empezó a sacar las pinzas que mantenían el pecho abierto, pero el médico la detuvo.

—Aún no —dijo—. Llémosle a la enfermería para poder practicarle una

necropsia completa Quiero saber todo lo que pueda.

Los guardias y dos de los compañeros de cuarto de Walter lentamente colocaron el cuerpo robusto sobre una camilla y se llevaron al cadáver de las habitaciones. Malcolm Peabody sollozaba quedamente sobre la litera de Walter. Eponine fue hacia él. Compartieron un fuerte abrazo en silencio y después se sentaron juntos, tomados de la mano, durante la mayor parte del resto de la noche.

9

—Usted va a estar a cargo mientras yo estoy adentro —le dijo el comandante Macmillan a su segundo en el mando, un apuesto ingeniero joven ruso, llamado Dmitri Ulanov—. En todo momento su responsabilidad primordial es la seguridad de los pasajeros y de la tripulación. Si oye o ve cualquier cosa amenazadora, o siquiera sospechosa, despliegue todas las velas y aleje a la *Pinta* de Rama.

Era la mañana de la primera misión de reconocimiento que salía desde la *Pinta* hacia el interior de Rama. La nave espacial de la Tierra se había acoplado el día anterior en uno de los extremos circulares de la enorme nave espacial cilíndrica. La *Pinta* se había colocado al lado del sello exterior en la misma ubicación general que las anteriores expediciones a Rama de 2130 y 2200.

La noche anterior como parte de los preparativos para la incursión inicial. Kenji Watanabe le había dado instrucciones sobre la geografía de las dos primeras Rama a la partida exploradora. Cuando terminó con sus comentarios, se le acercó su amigo Max Puckett.

—¿Crees que nuestra Rama se va a parecer a todas esas fotografías que nos mostraste? —preguntó Max.

—No exactamente —contestó Kenji—. Espero algunos cambios. Recuerda que el vídeo decía que en alguna parte del interior de Rama se había construido un habitat Tierra. De todos modos, dado que el exterior de esta nave espacial es idéntico al de las otras dos, no creo que todo el interior esté cambiado.

Max parecía estar perplejo.

—Todo esto va *mucho* más allá de lo que puedo entender —dijo, sacudiendo la cabeza—. A propósito —agregó, pocos segundos después—, ¿estás *seguro* de no haber sido el responsable de que me incluyeran en la partida exploradora?

—Tal como te dije esta tarde —repuso Kenji—, ninguno de los que estamos a bordo de la *Pinta* tuvo algo que ver con la selección de los componentes para la exploración. Los dieciséis miembros fueron elegidos por las AIE y AII allá, en la Tierra.

—¿Pero por qué me equiparon con este maldito arsenal? Tengo una ametralladora láser, que es lo más avanzado de la tecnología, granadas autoguiadas, hasta un juego de minas sensibles a la masa física. Llevo más potencia de fuego ahora que la que tuve durante la invasión a Belice para mantenimiento de la paz. Kenji sonrió.

—El comandante Macmillan, así como muchos miembros del plantel militar, en el Cuartel General del COG, todavía creen que todo este asunto es una emboscada. Tu designación, para esta operación exploradora, es "soldado". Personalmente, creo que ninguna de tus armas va a ser necesaria.

Max todavía estaba confundido la mañana siguiente, cuando Macmillan dejó a Dmitri Ulanov a cargo de la *Pinta* y personalmente condujo la partida de exploración hacia el interior de Rama. Aunque Max carecía de peso por la ingravidez, la impedimenta que llevaba en la parte de afuera de su traje espacial era difícil de manejar y le restringía seriamente la libertad de movimientos.

—Esto es ridículo —masculló para sí mismo—, soy granjero, no un maldito comando.

La sorpresa inicial llegó nada más que minutos después de que los exploradores de la *Pinta* penetraron el sello externo. A continuación de una breve caminata por un amplio corredor, el grupo llegó a una sala circular de la cual partían tres túneles que se internaban profundamente hacia el interior de la nave espacial extraterrestre. Dos de los túneles estaban bloqueados con muchos portones metálicos. El comandante Macmillan llamó a Kenji para consultarlo.

—Éste es un diseño completamente diferente —dijo Kenji, en respuesta a las preguntas del comandante—. Bien podríamos tirar nuestros mapas a la basura.

—Entonces, ¿me está queriendo decir que debemos avanzar por el túnel que no está bloqueado? —preguntó Macmillan.

—Usted elige —repuso Kenji—, pero yo no veo ninguna otra alternativa, salvo la de regresar a la *Pinta*.

Los dieciséis hombres caminaron lenta y pesadamente por el túnel abierto con sus trajes espaciales. Cada tanto, lanzaban bengalas hacia la oscuridad que se extendía delante de ellos para poder ver hacia dónde estaban yendo. Cuando

penetraron alrededor de quinientos metros en Rama, en el otro extremo del túnel súbitamente aparecieron dos pequeñas siluetas. Cada uno de los cuatro soldados, más el comandante Macmillan, rápidamente extrajeron los binoculares.

—Vienen hacia nosotros —dijo, exaltado, uno de los soldados exploradores.

—¡Que nos parta un rayo! —dijo Max Puckett mientras un escalofrío le recorría la columna vertebral— ¡Es Abraham Lincoln!

—Y una mujer —dijo otro—, en una especie de uniforme.

—Prepararse para acción de fuego —ordenó Ian Macmillan.

Los cuatro soldados corrieron agachados hasta la vanguardia de la partida y apoyaron una rodilla en tierra y apuntaron las armas hacia el otro extremo del túnel.

—Alto —gritó Macmillan a las dos extrañas figuras que se habían acercado hasta doscientos metros de la partida exploradora. Abraham Lincoln y Benita García se detuvieron.

—¿Qué quieren? —le oyeron gritar al comandante.

—Estamos aquí para darles la bienvenida —dijo Abraham Lincoln, con voz sonora y profunda.

—Y para llevarlos a Nuevo Edén —añadió Benita García.

El comandante Macmillan estaba completamente confundido. No sabía qué hacer después de esto. Mientras vacilaba, los demás miembros de la partida hablaban entre sí.

—Es Abraham Lincoln, que regresó en forma de fantasma —dijo el norteamericano Terry Snyder.

—La otra es Benita García, una vez vi su estatua en la Ciudad de México.

—Larguémonos de aquí. Este sitio me pone la piel de gallina.

—¿Qué van a estar haciendo fantasmas en la órbita alrededor de Marte?

—Discúlpeme, comandante —dijo Kenji finalmente, al perplejo Macmillan—. ¿Qué se propone hacer ahora?

El escocés se volvió para mirar de frente al japonés experto en Rama.

—Resulta difícil decidir con exactitud la pauta adecuada de acción —dijo—. Es decir, esos dos ciertamente dan la impresión de ser inofensivos pero recuerde el Caballo de Troya. ¡Ja!... Bueno, Watanabe, ¿qué sugiere?

—¿Por qué no me adelanto solo, o, a lo mejor, con alguno de los soldados para hablar con ellos. Después, sabremos...

—De hecho, es una actitud valiente la suya, Watanabe, pero innecesaria. No,

creo que todos avanzaremos. Con cautela, claro. Y dejaremos un par de hombres en la retaguardia para que informen en caso que nos liquiden con un arma de rayos o algo por el estilo.

El comandante encendió la radio.

—Subcomandante Ulanov, aquí Macmillan. Hemos encontrado dos seres extraños. Son humanos o están disfrazados de humanos. Uno se parece a Abraham Lincoln y el otro a esa famosa cosmonauta mejicana... ¿Qué pasa, Dmitri?... Sí, me recibe correctamente: Lincoln y García. Nos hemos encontrado con Lincoln y García en un túnel dentro de Rama. Puede informarle esto a los demás... Ahora voy a dejar a Snyder y Finzi aquí, mientras el resto de nosotros avanza hacia los extraños.

Las dos figuras no se movieron mientras los catorce exploradores de la *Pinta* se acercaban. Los soldados avanzaron delante del grupo, listos para disparar ante el menor indicio de problemas.

—Bienvenidos a Rama —dijo Abraham Lincoln cuando el primer explorador estaba a sólo metros de distancia—. Estamos aquí para escoltarlos a sus nuevos hogares.

El comandante Macmillan no respondió de inmediato. Fue el irremisible Max Puckett el que rompió el silencio.

—¿Es usted un fantasma? —gritó—. Lo que quiero decir es, ¿es usted *realmente* Abraham Lincoln?

—Claro que no —contestó la figura de Lincoln como al pasar—. Tanto Benita García como yo somos biots humanos. Encontrarán cinco categorías de biots humanos en Nuevo Edén, cada uno diseñado con facultades específicas para liberar a los seres humanos de las tareas tediosas, reiterativas. Mis campos de especialidad son el trabajo administrativo y jurídico, la contabilidad, la teneduría de libros y la atención del hogar, la administración doméstica y de la oficina, y otras tareas de índole organizativa.

Max estaba anonadado. No obedeció la orden de su comandante de quedarse atrás y avanzó hasta quedar a varios centímetros del Lincoln.

—Éste es algún robot de mierda —dijo entre dientes. Sin importarle los posibles peligros, extendió la mano y puso los dedos sobre la cara del Lincoln. Primero le tocó la piel de alrededor de la nariz y, después, palpó las patillas de la larga barba negra.

—Increíble —dijo en voz alta—. Absolutamente increíble.

—Nos fabricaron cuidando hasta el último detalle —dijo ahora el Lincoln—. Nuestra piel es químicamente similar a la de ustedes y nuestros ojos operan sobre los mismos principios ópticos básicos que los suyos, pero no somos seres dinámicos en constante renovación, como ustedes. Los técnicos tienen que mantener nuestros subsistemas y, en ocasiones, hasta reemplazarlos.

La arriesgada actitud de Max había aliviado toda la tensión. Para esos momentos, toda la partida de exploración, incluido el comandante Macmillan, estaba apretando y palpando a los dos biots con la punta de los dedos. Durante todo el examen, tanto el Lincoln como la García respondieron preguntas sobre su diseño e instrumentación. En un momento dado, Kenji se dio cuenta de que Max Puckett se había apartado del resto de la partida y se había sentado solo contra una de las paredes del túnel.

Kenji fue hacia su amigo.

—¿Qué pasa, Max? —le preguntó. Max sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de genio podría producir algo así? Estoy realmente asustado. — Quedó en silencio durante varios segundos.

—A lo mejor es raro, pero esos dos biots me asustan mucho más que este enorme cilindro.

El Lincoln y la García caminaron con la partida de exploración hacia lo que parecía ser el final del túnel. Al cabo de unos segundos, en la pared se abrió una puerta y los biots les hicieron gestos a los seres humanos para que entraran. En respuesta a las averiguaciones de Macmillan, los biots explicaron que los seres humanos estaban a punto de ingresar en un "dispositivo de transporte" que los iba a trasladar a las afueras del habitat Tierra.

Macmillan le comunicó a Dmitri Ulanov, en la *Pinta*, lo que los biots había dicho y le dijo a su subcomandante ruso que "disparara" si no recibía noticias de ellos dentro de cuarenta y ocho horas.

El viaje en el vehículo subterráneo fue sorprendente. A Max le recordó la gigantesca montaría rusa de la feria estatal de Dallas, Texas. El móvil con forma de bala avanzaba a gran velocidad por una pista helicoidal, entubada, que descendía directamente desde el extremo norte con forma de tazón de Rama hasta la Planicie Central que estaba debajo. Dentro del vehículo, que estaba encerrado en un plástico transparente grueso. Kenji y los demás pudieron ver la vasta red de escalerillas y escaleras que recorría el territorio por el que se desplazaban. Pero no vieron los incomparables paisajes sobre los que habían informado los exploradores anteriores

de Rama. La vista hacia el sur estaba tapada por una muralla extremadamente elevada, de color gris metálico.

El viaje duró menos de cinco minutos. Se detuvieron en un anillo circular cerrado que rodeaba por completo el habitat Tierra. Cuando los exploradores de la *Pinta* salieron del subterráneo, la ingravidez en la que habían estado viviendo desde que partieron de la Tierra se desvaneció. La gravedad era casi lo normal.

—La atmósfera de este corredor, como la atmósfera de Nuevo Edén, es exactamente igual a la de su planeta natal —dijo el biot Lincoln—. Pero no sucede lo mismo en la región que tienen a su derecha, fuera de los muros que protegen su habitat.

El anillo que rodeaba a Nuevo Edén estaba escasamente iluminado, así que los colonos no estaban preparados para la radiante luz matutina que los recibió cuando se abrió el enorme portón y entraron en el nuevo mundo. En la breve caminata hasta la vecina estación de tren, llevaron los cascos espaciales en la mano. Los hombres pasaron frente a edificios vacíos a ambos lados del sendero. Todas eran estructuras pequeñas que podrían ser casas o tiendas y había una más grande ("Ésa será una escuela primaria", les informó Benita García), justo enfrente de la estación.

Cuando llegaron, un tren los estaba esperando. El flamante coche del subterráneo con asientos suaves y cómodos y un tablero electrónico con información que se actualizaba de modo constante, se desplazó velozmente hacia el centro de Nuevo Edén donde iban a recibir una "extensa charla instructiva", según el biot Lincoln. Primero, el tren corrió por el costado de un lago hermoso, cristalino ("Lago Shakespeare", dijo Benita García) y, después, dobló hacia la izquierda, alejándose de los muros color gris claro que circundaban la colonia. Durante la última parte del trayecto, una gran montaña, sin vegetación, predominó en el paisaje, a la derecha del tren.

Durante todo el viaje, el contingente entero de la *Pinta* se mantuvo muy silencioso. En verdad, todos estaban apabullados. Ni siquiera la creativa imaginación de Kenji Watanabe pudo haber previsto algo como lo que estaban viendo. Todo era mucho más grande, mucho más grandioso que lo que se imaginaron jamás.

La ciudad central, en donde los diseñadores de Nuevo Edén habían ubicado los principales edificios, fue el elemento final que los dejó completamente abrumados. Los miembros de la partida quedaron mudos y boquiabiertos ante el conjunto de estructuras grandes e impresionantes que conformaban el corazón de la colonia. El

hecho de que los edificios todavía estuviesen vacíos únicamente servía para aumentar la calidad mística que tenía toda la experiencia. Kenji Watanabe y Max Puckett fueron los dos últimos hombres en ingresar en el edificio donde se iba a desarrollar la charla informativa.

—¿Qué piensas? —le preguntó Kenji a Max, cuando ambos se pararon en la parte superior de las escaleras del edificio de la administración y recorrieron con la mirada el asombroso complejo que los rodeaba.

—No puedo pensar —respondió Max, el miedo reverencial completamente obvio en el tono de la voz—. Todo este sitio desafía la imaginación. Es el paraíso, Alicia en el País de las Maravillas, y todos los cuentos de hadas de mi niñez juntos. Me sigo pellizcando para estar seguro de que no estoy soñando.

—En la pantalla que tienen frente a ustedes —dijo el biot Lincoln— hay un mapa general de Nuevo Edén. A cada uno de ustedes se le va a dar un juego completo de mapas que comprende todas las carreteras y estructuras de la colonia. Estamos *aquí*, en la Ciudad Central que se diseñó para que sea el centro administrativo de Nuevo Edén. Se construyeron residencias, así como tiendas, pequeñas oficinas y escuelas, en las cuatro esquinas del rectángulo circundado por la muralla exterior. Dado que sus habitantes serán los encargados de darle un nombre a estas cuatro ciudades, hoy nos referiremos a ellas como los pueblos del nordeste, del noroeste, del sureste y del suroeste. De esta manera hemos seguido la convención, adoptada por los anteriores exploradores ramanos de la Tierra, de referirse al extremo de Rama en el que su astronave hizo acople como extremo norte...

"Cada uno de los cuatro lados de Nuevo Edén tiene una función geográfica asignada: el lago de agua dulce que está a lo largo del borde sur de la colonia se llama, tal como ya se les informó, lago Shakespeare. La mayor parte de las formas de vida acuáticas y de los peces que ustedes trajeron, vivirán ahí, aunque algunos de los especímenes pueden ser perfectos para que se los emplace en los dos ríos que desembocan en el lago Shakespeare provenientes del monte Olimpo, aquí, en el lado este de la colonia, y en el bosque Sherwood, en el lado oeste...

"En estos momentos, tanto las laderas del monte Olimpo y todas las regiones del bosque Sherwood, así como los parques de los pueblos y los espacios verdes que hay por toda la colonia, están cubiertos con una fina malla de dispositivos intercambiadores de gases, o DIG, como los llamamos nosotros. Estos diminutos mecanismos tienen una sola función: transforman el dióxido de carbono en oxígeno.

De hecho son plantas mecánicas. Se reemplazarán por todas las plantas *verdaderas* que ustedes trajeron de la Tierra...

"El lado norte de la colonia, entre los pueblos, está reservado para la actividad agrícola. Las construcciones para granja están *aquí*, a lo largo de la carretera que conecta las dos ciudades del norte. Ustedes van a cultivar la mayor parte de sus alimentos en esta zona. Entre los víveres que trajeron y el alimento sintético que hay almacenado en altos silos, a trescientos metros al norte de esta construcción, deberán poder alimentar a dos mil seres humanos durante un período de, por lo menos, un año o dieciocho meses quizá, si el desperdicio se reduce al mínimo. Después de eso, todo dependerá de ustedes. No hace falta decir que la actividad agrícola, incluida la actividad pesquera que se desarrollará en la costa este del lago Shakespeare, significará un componente importante de sus vidas en Nuevo Edén..."

Para Kenji, la experiencia de esta charla ilustrativa era como un bombardeo incesante. El biot Lincoln mantuvo la velocidad de información excesivamente alta durante noventa minutos. Rechazaba todas las preguntas diciendo: "Eso no figura en mi base de conocimientos", o bien remitiéndolos a los números de página y párrafo de la Guía Básica de Nuevo Edén que el biot les había entregado. Por fin se produjo un intervalo en la charla, y todos se desplazaron a la sala anexa, en la que se les sirvió una bebida que tenía el sabor de la Coca Cola.

—¡Fiuuu! —dijo Terry Snyder, mientras se secaba la frente—, ¿soy el único que está saturado?

—Mierda, Snyder —contestó Max Puckett, con sonrisa traviesa—, ¿estás diciendo que eres inferior a ese maldito robot? Me juego cualquier cosa a que no está cansado; estoy seguro de que podría seguir con la conferencia todo el día.

—Quizá, toda la semana —dijo Kenji con tono meditativo—. Me pregunto con cuánta frecuencia hay que hacerles el mantenimiento a estos biots. La compañía de mi padre fabrica robots, algunos de ellos sumamente complejos, pero nada como éstos. El contenido de información de ese Lincoln tiene que ser astronómico...

—La charla informativa volverá a comenzar dentro de cinco minutos —anunció el Lincoln—. Por favor, estén listos.

En la segunda mitad de la conferencia, se presentaron y explicaron las diversas clases de biots de Nuevo Edén. Por recientes estudios de las expediciones ramanas anteriores, los colonos estaban preparados para los biots recolectores de basura y para las topadoras. Sin embargo, las cinco categorías de biots humanos

desencadenaron una respuesta más emocional.

—Nuestros diseñadores decidieron —dijo a los colonos el biot Lincoln— limitar el aspecto físico de los biots humanos de modo que no se planteara el problema de que alguien confunda a alguno de nosotros con uno de ustedes. Ya he dado la lista de mis funciones básicas. Todos los demás Lincoln, tres de los cuales se reúnen con nosotros en este momento, fueron programados de idéntica manera... Originariamente, por lo menos, sin embargo tenemos nivel bajo de aprendizaje que permite que nuestras bases de datos se diferencien a medida que evolucionan nuestras aplicaciones específicas.

—¿Cómo podemos reconocer un Lincoln de otro? —preguntó uno de los perplejos miembros de la partida de exploración, mientras los tres Lincoln nuevos circulaban por la sala.

—Todos tenemos un número de identificación aquí, en el hombro y otra vez aquí, en la nalga izquierda. Este mismo sistema se emplea en las demás categorías de biots humanos. Yo, por ejemplo, soy Lincoln Número 004. Los tres que acaban de entrar en la sala son los 009, 024 y 071.

Cuando los biots Lincoln abandonaron la sala, los reemplazaron cinco Benita García. Una de las García compendió las especialidades de su categoría: protección policial y contra incendios, actividades agrícolas, limpieza urbana, medios de transporte, manejo del correo, y después respondió unas pocas preguntas, antes de retirarse.

Después llegaron los biots Einstein. Los exploradores prorrumpieron en carcajadas cuando cuatro de los Einstein, cada uno de ellos una réplica del genio científico del siglo XX, con su cabello blanco desgreñado, desarreglado, entraron juntos en la sala. Los Einstein explicaron que eran los ingenieros y los científicos de la colonia. Su función primordial y además vital, era la de "asegurar el funcionamiento satisfactorio de la infraestructura de la colonia", comprendido, claro está, el ejército de biots.

Un grupo de biots femeninas altas, de cabello negro azabache, se presentaron como las Tiasso, especializadas en atención sanitaria. Iban a ser los médicos, las enfermeras, los funcionarios de salud y las que iban a cuidar a los niños cuando los padres estuvieran ocupados. Cuando la parte de la conferencia dedicada a las Tiasso estaba terminando, entró un biot levemente oriental, con mirada intensa. Llevaba una lira y un atril electrónico. Se presentó como lasunari Kawabata, antes

de interpretar una pieza hermosa, breve, con la lira.

—Los Kawabata somos artistas creadores —dijo simplemente—. Somos músicos, actores, pintores, escultores, escritores y, a veces, fotógrafos y camarógrafos de cine. Somos pocos en cantidad, pero muy importantes para la calidad de vida de Nuevo Edén.

Cuando la charla oficial informativa finalmente concluyó, le sirvieron a la partida de exploración una excelente cena en el gran salón. Alrededor de veinte de los biots se unieron a los seres humanos en el encuentro social, aunque, por supuesto, no comieron nada. La simulación de pato asado era casi perfecta y hasta los vinos pudieron haber aprobado la inspección de cualquier enólogo, salvo la de los más versados.

Más tarde, esa noche, cuando los seres humanos se habituaron a sus acompañantes biot y los estaban acribillando a preguntas, una solitaria figura femenina apareció en la puerta abierta. Al principio pasó inadvertida, pero en el salón rápidamente se fue haciendo silencio después de que Kenji Watanabe se levantó de su asiento de un salto y se aproximó a la recién llegada con la mano extendida.

—La doctora des Jardins, supongo —dijo, con una sonrisa.

10

A pesar de las seguridades que dio Nicole de que todo en Nuevo Edén coincidía en forma absoluta con sus observaciones anteriores en el vídeo, el comandante Macmillan se rehusó a permitir que los pasajeros y tripulación de la *Pinta* entraran en Rama y tomaran posesión de sus nuevos hogares, hasta que él estuviera seguro de que no había peligro. Conferenció largo rato con personal de la AIE en la Tierra y después envió un pequeño contingente, encabezado por Dmitri Ulanov, al interior de Rama para obtener información adicional. El oficial médico principal de la *Pinta*, un adusto holandés llamado Darl van Roos, era el miembro más importante del equipo de Ulanov. Kenji Watanabe y dos soldados de la primera partida de exploración también acompañaban al ingeniero ruso.

Las instrucciones del médico eran directas: iba a examinar a todos los Wakefield, y dejar constancia de que, en verdad, eran seres humanos. Su segunda misión

consistía en analizar los biots y clasificar por categorías sus aspectos no biológicos. Todo se hizo sin incidentes, aunque Katie Wakefield no prestó su cooperación y fue sarcástica durante su examen. A sugerencia de Richard, un biot Einstein desarmó uno de los Lincoln y demostró en el nivel funcional, cómo operaban los subsistemas más complejos. El lugarteniente Ulanov quedó muy impresionado.

Dos días después, los pasajeros de la *Pinta* empezaron a mudar sus posesiones al interior de Rama. Una dotación grande de biots ayudó en la descarga de la nave espacial y en el desplazamiento de todos los pertrechos a Nuevo Edén. El proceso tardó casi tres días. Pero, ¿dónde se iba a ubicar toda la gente? En una decisión que, más adelante, habría de tener importantes consecuencias para la colonia, casi todos los trescientos viajeros de la *Pinta* eligieron vivir en Pueblo Sureste, donde los Wakefield habían establecido su hogar. Solamente Max Puckett y un puñado de granjeros, que se mudaron directamente a la región de labranza a lo largo del límite norte de Nuevo Edén, decidieron vivir en otro sitio de la colonia.

Los Watanabe se mudaron a una casa pequeña que estaba situada en el mismo sendero donde vivían Richard y Nicole. Desde el preciso instante en que se conocieron, Kenji y Nicole sintieron mutua afinidad natural y su amistad inicial creció con cada interacción subsiguiente. La primera noche que Kenji y Nai pasaron en su nuevo hogar fueron invitados a compartir una cena familiar con los Wakefield.

—¿Por qué no pasamos a la sala de estar? Estaremos más confortables ahí — dijo Nicole, cuando terminaron de comer—. El Lincoln va a levantar la mesa y a hacerse cargo de los platos.

Los Watanabe se levantaron de su silla y siguieron a Richard a través de la puerta situada al final del salón comedor. Los Wakefield más jóvenes cortésmente aguardaron a que Kenji y Nai salieran y después se unieron a sus padres y huéspedes en la acogedora sala de estar, ubicada en la parte anterior de la casa.

Habían transcurrido cinco días desde que la partida exploradora de la *Pinta* ingresó en Rama por primera vez. *Cinco días asombrosos*, estaba pensando Kenji, mientras se sentaba en la sala de los Wakefield. Su mente rápidamente recorrió el caleidoscopio de confusas impresiones que su cerebro todavía no había puesto en orden. *Y, en muchos aspectos, esta cena es lo más asombroso de todo: todo lo que pasó esta familia es increíble.*

—Sus relatos —le dijo Nai a Richard y Nicole, cuando todos estuvieron sentados— son absolutamente sorprendentes. Hay tantas preguntas que quiero

formular que no sé por dónde empezar... Estoy fascinada, de modo especial, por este ser al que ustedes llaman El Águila. ¿Era él uno de los extraterrestres que construyeron El Nodo y Rama en primer lugar?

—No —dijo Nicole—. El Águila también era un biot... por lo menos eso es lo que nos dijo y no tenemos motivo alguno para no creerle. Fue creado por la inteligencia rectora de El Nodo para brindarnos una interfaz física específica.

—Pero entonces, ¿quién construyó El Nodo?

—Ésa es, sin lugar a dudas, una pregunta de Nivel Tres —dijo Richard, con una sonrisa.

Kenji y Nai sonrieron. Durante las largas narraciones en el curso de la cena, Nicole y Richard les habían explicado la jerarquía que El Águila aplicaba a las informaciones.

—Me pregunto si nos es posible —reflexionó Kenji— concebir la existencia de seres tan evolucionados que sus máquinas puedan crear otras máquinas más inteligentes que nosotros.

—Me pregunto si es incluso posible —interrumpió ahora Katie— que discurremos sobre algunos temas más triviales como por ejemplo, ¿dónde está toda la gente joven de mi edad? Hasta ahora no creo haber visto más de dos colonos que tengan entre doce y veinticinco años.

—La mayor parte del grupo joven está a bordo de la *Niña* —respondió Kenji—. Debe de arribar dentro de tres semanas, con la mayor parte de la población colonial. Los pasajeros de la *Pinta* fueron cuidadosamente seleccionados para comprobar la veracidad del vídeo que recibimos.

—¿Qué es veracidad? —preguntó Katie.

—Verdad y exactitud —dijo Nicole—. O algo así. Era una de las palabras favoritas de tu abuelo. Y... hablando de tu abuelo, él también estaba realmente convencido de que a los jóvenes siempre se les debía permitir *escuchar* la conversación de los adultos pero no interrumpirla... Esta noche tenemos muchas cosas que discutir con los Watanabe. Ustedes cuatro no tienen por qué quedarse...

—Quiero salir y ver las luces —dijo Benjy—. ¿Vendrías conmigo, por favor, Ellie?

Ellie Wakefield se puso de pie y tomó a Benjy de la mano. Los dos dijeron "buenas noches" con cortesía y fueron seguidos a través de la puerta por Katie y Patrick.

—Salimos a ver si podemos encontrar algo emocionante para hacer —dijo Katie,

mientras se iban—. Buenas noches, señor y señora Watanabe. Mamá, volveremos dentro de unas dos horas, más o menos.

Nicole meneó la cabeza cuando el último de sus hijos dejó la casa.

—Katie estuvo tan alterada desde que arribó la *Pinta* —dijo a modo de explicación—, que apenas si duerme de noche. Quiere conocer y conversar con *todo el mundo*.

El biot Lincoln, que ya había terminado con la cocina, estaba discretamente parado al lado de la puerta, detrás de la silla de Benjy.

—¿Querrían algo para beber? —les preguntó Nicole a Kenji y Nai, haciendo un ademán en dirección del biot—. No tenemos algo tan delicioso como las bebidas a base de frutas frescas que ustedes trajeron de la Tierra pero Linc puede elaborar en un santiamén algunas mescolanzas sintéticas interesantes.

—No, gracias —dijo Kenji, negando con la cabeza—. Pero recién me acabo de dar cuenta de que hemos pasado toda la velada hablando sobre la increíble odisea de ustedes. Por cierto que deben de tener preguntas para hacernos a nosotros. Después de todo, en la Tierra transcurrieron cuarenta y cinco años desde que se lanzó la *Newton*.

Cuarenta y cinco años, pensó repentinamente Nicole. *¿Es eso posible? ¿Puede ser que Genevieve realmente tenga casi sesenta años?*

Nicole recordaba con claridad la última vez que había visto a su padre y a su hija en la Tierra. Pierre y Genevieve la habían acompañado hasta el aeropuerto de París. Su hija la abrazó con tremenda fuerza hasta la última llamada para abordar y después alzó la mirada, llena de intenso amor y orgullo, hacia Nicole. Los ojos de la muchacha estaban llenos de lágrimas. Genevieve no había podido decir nada. *Y, durante esos cuarenta y cinco años, mi padre murió. Genevieve se convirtió en una mujer mayor, hasta en abuela quizá... mientras y o estuve vagando por el tiempo y el espacio. En un país de maravillas.*

Los recuerdos eran demasiado poderosos para Nicole. Respiró hondo y se calmó. Todavía había silencio en la sala de estar de los Wakefield cuando Nicole regresó al presente.

—¿Está todo bien? —preguntó Kenji con sensibilidad. Nicole asintió con la cabeza y se quedó mirando los ojos sinceros y de mirada suave de su nuevo amigo. Durante un breve instante imaginó que estaba hablando con su compañero de vuelo de la *Newton*, Shigeru Takagishi. *Este hombre está lleno de curiosidad, como lo*

estaba Shig. Puedo confiar en él. Y habló con Genevieve hace sólo unos años.

—La mayor parte de la historia general de la Tierra se nos explicó, en pedacitos y fragmentos, durante nuestras muchas conversaciones con los demás pasajeros de la *Pinta* —dijo Nicole, después de un prolongado silencio—. Pero no sabemos absolutamente nada sobre nuestras familias salvo lo que ustedes nos dijeron brevemente esa primera noche. Tanto a Richard como a mí nos gustaría saber si ustedes recuerdan detalles adicionales que se pudieran haber omitido en nuestras primeras conversaciones.

—A decir verdad —dijo Kenji—, esta tarde repasé mis diarios personales y volví a leer las anotaciones que hice cuando estaba efectuando las investigaciones preliminares para mi libro sobre la *Newton*. El hecho más importante que olvidé mencionar en nuestra discusión anterior fue cuánto se parece Genevieve a su padre, por lo menos de la boca para abajo. El rostro del rey Henry era llamativo, como estoy seguro usted recordará. Cuando adulta, el rostro de Genevieve se alargó y se empezó a parecer al de él de modo muy marcado... Aquí, mire estas fotos. Logré encontrar un par de fotografías de los tres días que pasé en Beauvois almacenadas en mi base de datos.

Ver las fotografías de Genevieve abrumó a Nicole. Las lágrimas acudieron presurosas a sus ojos y le bañaron las mejillas. Las manos le temblaban cuando sostuvo las dos fotografías de Genevieve y del marido, Louis Gastón.

Oh, Genevieve, lloró Nicole para sus adentros, cómo te extraño. Cómo me hubiera gustado tenerte en mis brazos, aunque más no fuera que por un instante.

Richard se inclinó sobre el hombro de Nicole para ver las fotos. Al hacerlo, la acarició suavemente con las manos.

—Ciertamente se parece algo al príncipe —comentó tiernamente—, pero creo que se parece mucho más a la madre.

—Genevieve también fue sumamente atenta —añadió Kenji—, lo que me sorprendió si se tiene en cuenta lo mucho que debió de haber sufrido durante toda la conmoción con los medios de prensa en 2238. Respondió a mis preguntas con mucha paciencia. Yo pretendía hacer de Genevieve una de las piezas principales del libro sobre la *Newton* hasta que mi editor me disuadió por completo de ese proyecto.

—¿Cuántos de los cosmonautas de la *Newton* siguen vivos? —preguntó Richard, manteniendo la conversación mientras Nicole contemplaba las fotografías.

—Únicamente Sabatini, Tabori y Yamanaka —repuso Kenji—. El doctor David

Brown tuvo una apoplejía generalizada y seis meses después murió en circunstancias un tanto fuera de lo común. Estimo que fue en 2208. El almirante Heilmann murió de cáncer en 2214, más o menos. Irina Turgenyev sufrió un colapso nervioso total, víctima del síndrome de "Regreso a la Tierra" identificado en algunos de los cosmonautas del siglo XXI. Finalmente, se suicidó en 2211.

Nicole todavía estaba luchando con sus emociones.

—Hasta hace tres noches —le dijo a la Watanabe cuando la sala volvió a estar en silencio—, ni siquiera le había dicho a Richard, ni a nuestros hijos, que Henry era el padre de Genevieve. Mientras viví en la Tierra, sólo mi padre supo la verdad. Henry lo pudo haber sospechado pero no lo sabía con seguridad. Después, cuando usted me habló sobre Genevieve, me di cuenta de que yo debía ser la que se lo contara a mi familia. Yo...

La voz de Nicole se fue debilitando y en sus ojos aparecieron más lágrimas. Se secó el rostro con uno de los pañuelos de papel que le alcanzó Nai.

—Lo siento —dijo Nicole—. Nunca soy así. Es tan sólo que produce tal conmoción ver una fotografía y recordar tantas cosas...

—Cuando vivíamos en Rama Dos y después en El Nudo —dijo Richard—, Nicole era un modelo de estabilidad. Era una roca. No importaba con qué nos topáramos o si era algo fuera de lo común, Nicole permanecía incommovible. Los niños, Michael O'Toole y yo, todos dependíamos de ella. Resulta sumamente extraño verla...

—Suficiente —exclamó Nicole, después de secarse el rostro. Hizo la fotografía a un lado—. Pasemos a otros temas. Hablemos sobre los cosmonautas de la *Newton*, Francesca Sabatini en particular. ¿Obtuvo lo que quería? ¿Fama y fortuna más allá de todo parangón?

—Bastante —dijo Kenji—. Yo no había nacido durante su apogeo, en la primera década del siglo, pero aún ahora sigue siendo muy famosa. Fue una de las personas a las que hace poco entrevistaron en televisión, en relación con la importancia de volver a colonizar Marte.

—Nicole inclinó el torso hacia adelante, desde la silla:

—No les dije eso durante la cena, pero estoy segura de que Francesca y Brown le dieron una droga a Borzov para producirle los síntomas de apendicitis. Fue ella, deliberadamente, la que me dejó en el fondo de ese pozo en Nueva York. Esa mujer carecía de escrúpulos por completo.

Kenji permaneció en silencio durante varios segundos.

—Allá por 2208, poco antes de que el doctor Brown muriera, tuvo períodos ocasionales de lucidez, dentro de su estado general de incoherencia. Durante uno de esos períodos le concedió una entrevista extraordinaria al cronista de una revista, durante la cual confesó haber tenido responsabilidad parcial en la muerte de Borzov, y la implicó a Francesca cuando usted desapareció. La *Signora* Sabatini dijo que todo el artículo era "pura palabrería, la enloquecida efusión de un cerebro enfermo", demandó a la revista por cien millones de marcos y, finalmente, llegó a un cómodo acuerdo fuera de la corte. La revista despidió al cronista y formalmente le pidió disculpas.

—Francesca siempre vence al final —señaló Nicole.

—Casi resucité toda la cuestión hace tres años —continuó Kenji—, cuando estaba haciendo las investigaciones para mi libro. Como habían transcurrido más de veinticinco años, todos los datos provenientes de la misión Newton pertenecían al dominio público y, en consecuencia, estaban disponibles para cualquiera que los pidiera. Encontré el contenido de su computadora personal, incluido el datacubo que debió de haber venido de Henry, esparcido por toda la telemetría de corriente lenta. Quedé convencido de que la entrevista con el doctor Brown ciertamente había contenido elementos de veracidad.

—¿Entonces qué pasó?

—La fui a entrevistar a Francesca, en su palacio de Sorrento. Muy poco después, dejé de trabajar en el libro...

Kenji vaciló durante un instante: *¿debo decir más?*, se preguntó. Miró fugazmente a su afectuosa esposa: *no*, se dijo, *éste no es el momento ni el lugar*.

—Lo siento Richard.

Él estaba casi dormido cuando oyó la suave voz de su esposa en el dormitorio.

—¿Eh? —dijo Richard—. ¿Dijiste algo, querida?

—Lo siento —repitió Nicole. Rodó hasta quedar con su cuerpo junto al de él y debajo de las sábanas tomó la mano de Richard—. Debí haberte contado lo de Henry, años atrás... ¿Todavía estás enojado?

—Nunca estuve enojado —dijo Richard—. Quizá sorprendido e incluso asombrado, pero no enojado. Tuviste tus razones para mantenerlo en secreto. —Le apretó la mano. —Además, eso fue allá en la Tierra, en otra vida. Si me lo hubieras dicho cuando nos conocimos, podría haber tenido importancia. Me podría haber sentido celoso y, casi con seguridad, me habría sentido inferior. Pero no ahora.

Nicole se inclinó y le dio un beso.

—Te amo, Richard Wakefield —le dijo.

—Y yo te amo a ti —le respondió él.

Kenji y Nai hicieron el amor por primera vez desde que dejaron la *Pinta* y ella se durmió de inmediato. Kenji todavía estaba sorprendentemente alerta. Permaneció tendido en la cama, despierto, pensando en la velada transcurrida con los Wakefield.

Por algún motivo, una imagen de Francesca Sabatini se le apareció en el pensamiento. *La más hermosa mujer de setenta años que haya yo conocido*, fue su primer pensamiento, y *qué vida fantástica*.

Kenji recordó con claridad aquella tarde de verano, cuando su tren había ingresado en la estación de Sorrento. El conductor del taxi eléctrico había reconocido la dirección de inmediato.

—*Capisco* —había dicho, agitando las manos y conduciendo en dirección a *il palazzo Sabatini*.

Francesca vivía en un hotel reciclado, que daba hacia la bahía de Nápoles. Era una estructura de veinte habitaciones que alguna vez le había pertenecido a un príncipe del siglo XVII. Desde el despacho en el que esperaba a que apareciera la *Signora* Sabatini, Kenji podía ver un funicular que transportaba bañistas, descendiendo por un abrupto precipicio hacia las azules aguas que estaban abajo.

La *Signora* llegó media hora más tarde de lo previsto y en seguida se mostró impaciente porque la entrevista terminara. Dos veces Francesca le informó a Kenji que únicamente había accedido a hablar con él porque su editor le había dicho que se trataba de un "destacado escritor joven".

—Francamente —dijo Francesca en su excelente inglés—, a esta altura de las circunstancias encuentro que toda discusión sobre la *Newton* es sumamente aburrida.

Su interés por la conversación aumentó considerablemente cuando Kenji le habló sobre los "nuevos datos", los archivos de la computadora personal de Nicole, que se habían enviado a la Tierra por telemetría, en "modalidad lenta", durante las semanas finales de la misión. Francesca quedó en silencio, casi pensativa, cuando Kenji comparó las anotaciones personales que Nicole había realizado con la "confesión" hecha por el doctor David Brown al cronista de una revista, en 2208.

—Lo subestimé, señor —dijo Francesca con una sonrisa, cuando Kenji le preguntó si no creía ella que resultaba una "notable coincidencia" que el diario de

Nicole en la *Newton* y la confesión de David Brown tuvieran tantos puntos de concordancia. Francesca nunca contestó esas preguntas en forma directa. En cambio, se puso de pie en el despacho, insistió en que Kenji se quedara para la velada y le dijo que hablarían más tarde.

Cerca del crepúsculo, una nota llegó a la habitación que Kenji ocupaba en el palacio de Francesca, en la que se le decía que debía usar saco y corbata. Un robot llegó a la hora fijada y lo condujo a un magnífico comedor, con paredes cubiertas con murales y tapices, arañas refulgentes que pendían del alto cielo raso, y delicadas tallas en todas las molduras. La mesa estaba puesta para diez comensales. Francesca ya estaba ahí, parada cerca de un pequeño robot que servía la mesa, en un costado de la enorme habitación.

—*Kon ban wa, Watanabe-san* —dijo Francesca en japonés, al tiempo que le ofrecía una copa de champagne—. Estoy renovando las salas principales de estar, por lo que me temo que tomaremos nuestro cóctel aquí. Todo es muy *gauche*, como dirían los franceses, pero habrá que tolerarlo.

Francesca estaba espléndida: su rubio cabello estaba peinado en un rodete, sostenido por una gran peineta tallada. Tenía un collar de diamantes alrededor del cuello, y un inmenso zafiro solitario pendía de una gargantilla de diamantes, que se perdía ante la importancia del collar. Su largo vestido sin breteles era blanco, con pliegues y dobleces que acentuaban las curvas del aún juvenil cuerpo. Kenji no podía creer que la mujer tuviera setenta años.

Francesca lo tomó de la mano, después de explicarle que había organizado rápidamente una cena "en su honor", y lo llevó hacia los tapices que colgaban sobre la pared opuesta.

—¿Conoce usted Aubusson? —le preguntó. Cuando Kenji negó con la cabeza, Francesca comenzó una disertación sobre la historia de los tapices europeos.

Media hora más tarde, Francesca tomó asiento en la cabecera de la mesa. Un profesor de música de Nápoles y su esposa (presuntamente, una actriz), dos morenos y apuestos jugadores profesionales de fútbol, el conservador de las ruinas de Pompeya (un hombre que tenía poco más de cincuenta años), una poetisa italiana ya madura, y dos mujeres jóvenes, veintiañeras y asombrosamente atractivas, ocuparon los demás lugares. Después de unas breves palabras con Francesca, una de las dos jóvenes se sentó enfrente de Kenji y la otra junto a él.

Al principio, el sillón que estaba en el otro extremo de la mesa, enfrente del de

Francesca, estuvo vacío. Francesca le susurró algo a su camarero jefe y cinco minutos más tarde un hombre muy anciano, rengu y casi ciego, fue conducido al interior del salón. Kenji lo reconoció de inmediato: era Janos Tabori.

La comida fue maravillosa; la conversación animada. Todos los platos fueron servidos por camareros, no por los robots que se usaban en todos los restaurantes, salvo en los más elegantes, y cada plato fue realizado por un vino italiano diferente. ¡Y qué grupo notable! Todos, hasta los jugadores de fútbol, hablaban un inglés aceptable; ambos estaban interesados en la historia de la conquista espacial y la conocían bien. La joven que estaba sentada enfrente de Kenji había leído incluso su libro más popular sobre las primeras exploraciones de Marte. A medida que transcurría la velada, Kenji, que en ese entonces era un soltero de treinta años, perdió mucho de sus inhibiciones. Todo lo incitaba: las mujeres, el vino, las discusiones sobre historia, poesía y música.

Solamente una vez, durante las dos horas que duró la cena, se hizo alguna referencia a la entrevista de la tarde. Durante un intervalo de silencio, después del postre y antes del coñac, Francesca casi le gritó a Janos.

—Este joven japonés es muy brillante, ¿sabes? Cree que halló pruebas, provenientes de la computadora personal de Nicole, que corroboran esas horribles mentiras que David dijo antes de morir.

Janos no hizo comentarios. La expresión de su rostro no varió. Pero, después de la cena, le entregó a Kenji una nota y después desapareció. La nota decía:

"Usted no sabe otra cosa más que la verdad, y no tiene ternura. Por eso, usted juzga de modo injusto." Aglaya Yepanchin al Príncipe Myshkin, *El Idiota*, de Fédor Dostoievski.

Kenji no había estado en su habitación más de cinco o diez minutos, cuando alguien golpeó la puerta. Cuando la abrió, vio a la joven italiana que había estado sentada enfrente de él durante la cena. Llevaba un diminuto bikini que mostraba la mayor parte de su excepcional cuerpo. En la mano sostenía una malla de baño para hombre.

—Señor Watanabe —dijo, con una sonrisa sensual y provocativa—, por favor venga con nosotros a darse una zambullida. Este pantalón le quedará bien.

Kenji sintió una oleada de repentina e inmensa lujuria, que tardó en desaparecer. Ligeramente turbado, esperó un minuto o dos después de vestirse, antes de unirse a la mujer que estaba en el corredor.

Tres años después, aun acostado en su cama de Nuevo Edén al lado de la mujer que amaba, a Kenji le era imposible no recordar, con anhelo sexual, la noche que pasó en el palacio de Francesca. Seis de ellos habían tomado el funicular que descendía hasta la bahía y habían nadado bajo la luz de la luna. En la cabaña que estaba junto al mar, habían bebido, bailado y reído juntos. Había sido una noche de verdadero ensueño.

Al cabo de una hora, recordaba Kenji, todos estábamos cómodamente desnudos. El plan de juego era claro: los dos jugadores de fútbol eran para Francesca. Las dos madonnas, para mí.

Kenji se retorció en la cama, recordando la intensidad de su placer, así como la risa abierta de Francesca cuando lo encontró al amanecer, al lado de la bahía, entrelazado con las dos jóvenes en una de las extremadamente grandes reposeras.

Cuando volví a Nueva York, cuatro días después, mi editor me dijo que pensaba que yo debía abandonar el proyecto Newton. No discutí con él: probablemente yo mismo lo habría sugerido.

11

Ellie estaba fascinada por las figuras de porcelana. Levantó una, la de una niña vestida con atuendo de ballet en color celeste, y la hizo girar en las manos.

—Mira esto, Benjy —le dijo al hermano—. Simone hizo esto... y lo hizo sin ayuda.

—Ésa es una copia en realidad —dijo el comerciante español—, pero ciertamente un artista hizo el original del cual se tomó la impresión por computadora. El proceso de reproducción ahora es tan preciso que hasta los expertos se las ven en figurillas para reconocer cuáles son las copias.

—¿Y coleccionó todas éstas allá, en la Tierra? —Ellie hizo un ademán abarcador hacia el centenar de figuras que había en la mesa y en las pequeñas cajas de vidrio.

—Sí —respondió, orgulloso, el señor Murillo—. Aunque era funcionario público en Sevilla: permisos de construcción y cosas por el estilo, mi esposa y yo teníamos una tiendita. Nos enamoramos del arte en porcelana hace unos diez años, aproximadamente, y he sido un ávido coleccionista desde ese entonces.

La señora Murillo, también frisando ya en los cincuenta años, salió de un cuarto trasero en el que todavía estaba desembalando mercadería.

—Mucho antes de saber que la AIE realmente nos había seleccionado como colonos, decidimos que no importaba cuán restrictivo fueran los requisitos para el equipaje que podíamos llevar en la *Niña*, traeríamos con nosotros toda nuestra colección de porcelana —dijo.

Benjy estaba sosteniendo la niña bailarina a unos pocos centímetros del rostro.

—Her... mosa —dijo, con una sonrisa amplia.

—Gracias —dijo el señor Murillo—. Teníamos la esperanza de iniciar una sociedad de coleccionistas en Colonia Lowell —agregó—. Tres o cuatro de los otros pasajeros de la *Niña* trajeron varias piezas también.

—¿Las podemos mirar? —pidió Ellie—. Seremos muy cuidadosos.

—Por supuesto —dijo la señora Murillo—. Con el tiempo, una vez que todo se asiente, venderemos, o canjearemos los objetos... por cierto que los duplicados. Por el momento están sólo en exhibición, para que se los aprecie.

Mientras Ellie y Benjy examinaban las creaciones en porcelana, varias personas más ingresaron en la tienda. Los Murillo la habían inaugurado tan sólo unos días atrás. Vendían velas, servilletas de fantasía y otros pequeños adornos para el hogar.

—Ciertamente no perdiste tiempo, Carlos —le dijo un norteamericano corpulento al señor Murillo, varios minutos después. Por su saludo inicial resultaba evidente que había sido un compañero de viaje en la *Niña*.

—Nos fue más fácil a nosotros, Travis —contestó el señor Murillo—: no teníamos familia y únicamente necesitábamos un sitio pequeño para vivir.

—Nosotros ni siquiera nos hemos acomodado en una casa aún —se quejó Travis—. Es indudable que vamos a vivir en este pueblo pero Chelsea y los niños no pueden encontrar una casa que les guste a todos... Chelsea todavía está asustada con todo este arreglo. No cree que la AIE nos esté diciendo toda la verdad, ni siquiera ahora.

—Reconozco que es sumamente difícil admitir que toda esta estación espacial fue construida por alienígenas, nada más que para observarnos... y, claro está, sería más fácil creer el cuento de la AIE si hubiera fotos de ese sitio, El Nudo. Pero, ¿por qué habrían de mentirnos?

—Han mentido ya antes. Nadie mencionó siquiera este sitio hasta un día antes del encuentro con esta nave... Chelsea cree que somos parte de un experimento de la AIE para colonización del espacio. Dice que vamos a estar aquí un tiempo y que después se nos transferirá a la superficie de Marte, de modo que se puedan

comparar los dos tipos de colonias.

El señor Murillo rió.

—Veo que Chelsea no cambió desde que salimos de la *Niña* —dijo. Se puso más serio—. ¿Sabías que Juanita y yo también tuvimos nuestras dudas, en especial después de que transcurrió la primera semana y nadie había visto la menor señal de los extraterrestres? Pasamos dos días enteros dando vueltas por este sitio, hablando con otras personas... esencialmente, condujimos nuestras propias investigaciones. Finalmente llegamos a la conclusión de que el cuento de la AIE debe de ser cierto. En primer lugar, es demasiado descabellado como para ser mentira: en segundo lugar, la mujer esa, la Wakefield, fue muy convincente. En la reunión abierta respondió preguntas durante casi dos horas, y ni Juanita ni yo descubrimos la menor contradicción.

—Me resulta difícil imaginar que alguien duerma durante doce años —dijo Travis, meneando la cabeza.

—Por supuesto. También lo fue para nosotros. Pero realmente inspeccionamos ese somnario en el que la familia Wakefield presuntamente durmió: todo era exactamente como Nicole lo describió en la reunión. A propósito, todo el edificio es inmenso. Hay suficientes literas y habitaciones como para alojar a todos los de la colonia, de ser necesario... Ciertamente no tiene lógica que la AIE haya construido una instalación tan enorme para respaldar una mentira.

—A lo mejor tienes razón.

—Sea como fuere, decidimos sacar el mejor partido posible... al menos, por el momento. Y por cierto que no nos podemos quejar de nuestra vivienda. Todo el alojamiento es de primera. Juanita y yo tenemos incluso nuestro propio robot Lincoln, para que nos dé una mano, tanto en la casa como en la tienda.

Ellie estaba siguiendo la conversación muy de cerca. Recordaba lo que su madre le había dicho la noche anterior cuando preguntó si ella y Benjy podían dar un paseo por el pueblo.

—Creo que sí, querida —le había dicho Nicole—, pero, si alguien te reconoce como uno de los Wakefield y te empieza a hacer preguntas, no le hables. Sé cortés y ven a casa tan pronto como puedas. El señor Macmillan no quiere que, por el momento, hablemos con nadie que no sea del personal de la AIE sobre nuestras experiencias.

Mientras Ellie estaba admirando las figuras de porcelana y escuchando

atentamente la conversación entre el señor Murillo y el hombre llamado Travis, Benjy se alejó para caminar solo. Cuando Ellie se dio cuenta de que no estaba al lado de ella, empezó a sentir pánico.

—¿Qué estás mirando tan fijo, muchacho? —Ellie oyó decir a una áspera voz de hombre en el otro lado de la tienda.

—El cabello de e... ella es mu... muy lin... do —contestó Benjy. Estaba obstruyendo el pasillo, impidiendo que el hombre y su esposa pudieran avanzar. Benjy sonrió y tendió la mano hacia el espléndido cabello rubio y largo de la mujer.

—¿Lo puedo tocar? —preguntó.

—¿Estás loco?... Claro que no... Ahora, lárgate de...

—Jason, creo que es retrasado —dijo la mujer en voz baja, agarrándole el brazo al marido antes de que empujara a Benjy.

En ese momento, Ellie llegó junto a su hermano. Se dio cuenta de que el hombre estaba enojado, pero no sabía qué hacer. Lo empujó suavemente, tocándolo en el hombro.

—Mira, Ellie —exclamó Benjy, farfullando las palabras a causa de la exaltación—, mira su her... her... moso pe... lo... am... am... amarillo.

—¿Es este tarado amigo suyo? —le preguntó el hombre alto a Ellie.

—Benjy es mi hermano —respondió Ellie con dificultad.

—Bueno, sáquelo de aquí... Está molestando a mi esposa.

—Señor —dijo Ellie, después de reunir hasta la última pizca de coraje—, mi hermano no pretende hacer daño. Nunca antes vio a nadie con cabello rubio largo tan de cerca.

El rostro del hombre se contrajo por la ira y la perplejidad.

—¿Quéeee? —dijo. Le lanzó una mirada a su esposa. —¿Qué pasa con estos dos? Uno es un imbécil y la otra...

—¿No son ustedes dos de los chicos Wakefield? —interrumpió una agradable voz de mujer desde detrás de Ellie.

La aturdida Ellie se dio vuelta. La señora Murillo se interpuso entre los adolescentes y la pareja. Ella y su marido habían venido desde el otro extremo del local, en cuanto oyeron las voces que subían de tono.

—Sí, señora —dijo Ellie con suavidad—. Lo somos.

—¿Quiere decir que éstos son dos de los chicos que vinieron del espacio exterior? —preguntó el hombre llamado Jason.

Ellie logró sacar a Benjy, a los tirones, por la puerta de la tienda.

—Lo lamentamos mucho —dijo Ellie, antes de que ella y Benjy se fueran—. No quisimos causar problemas.

—¡Engendros! —le oyó decir Ellie a alguien, mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

Había sido otro día agotador. Nicole estaba muy cansada. Se paró delante del espejo y terminó de lavarse la cara.

—Ellie y Benjy tuvieron una experiencia desagradable en el pueblo —dijo Richard desde el dormitorio—. No me dijeron mucho al respecto.

Ese día, Nicole había pasado trece largas horas ayudando a registrar a los pasajeros de la *Niña*. No importaba cuán intensamente ella y Kenji Watanabe hubieran trabajado, parecía como si nadie estuviera satisfecho jamás, y siempre había más tareas por hacer. Muchos de los colonos habían sido completamente petulantes, cuando Nicole les trató de explicar los procedimientos que la AIE había establecido para la asignación de comida, vivienda y zonas de trabajo.

Nicole había pasado demasiados días sin dormir lo suficiente. Se miró las bolsas que tenía debajo de los ojos. *Pero tenemos que terminar con este grupo antes de que llegue la Santa María*, se dijo para sus adentros, *esos van a ser mucho más difíciles*.

Se secó la cara con una toalla y cruzó al dormitorio, donde Richard estaba sentado, en pijama.

—¿Cómo fue tu día? —preguntó Nicole.

—No tan malo... Bastante interesante, de hecho... lentamente los ingenieros humanos se están sintiendo más cómodos con los Einstein. —Hizo silencio —¿Oíste lo que dije sobre Ellie y Benjy?

Nicole suspiró. Por el tono de voz de Richard, entendió el mensaje. A pesar de la fatiga, Nicole salió del dormitorio y enfiló hacia el corredor.

Ellie ya estaba dormida pero Benjy todavía estaba despierto en la habitación que compartía con Patrick. Nicole se sentó al lado de Benjy y le tomó la mano.

—Ho... la, mamá —dijo el muchacho.

—Tío Richard mencionó que tú y Ellie fueron al pueblo esta tarde —le dijo Nicole a su hijo mayor.

Una expresión de dolor hizo que el rostro del muchacho se contrajera durante unos segundos.

—Sí, ma... má.

—Ellie me dijo que los reconocieron y que uno de los nuevos colonos les dijo cosas feas —dijo Patrick, desde el extremo opuesto de la habitación.

—¿Es eso cierto, amor? —le preguntó Nicole a Benjy, mientras le sostenía la mano y se la acariciaba.

El muchacho hizo un gesto de asentimiento, apenas perceptible, con la cabeza, y después miró fijamente, en silencio, a su madre.

—¿Qué es un tarado, ma... má? —dijo de repente, con los ojos llenos de lágrimas.

Nicole le pasó los brazos por sobre los hombros.

—¿Hoy alguien te dijo tarado? —preguntó en voz baja. Benjy asintió con la cabeza.

—La palabra no tiene un significado específico —contestó Nicole—. Cualquiera que sea diferente o, quizá, molesto podría ser llamado tarado. —Volvió a acariciar a Benjy. —La gente usa palabras como esa cuando no piensa. Quienquiera que te haya llamado tarado probablemente estaba confundido o molesto por otros acontecimientos de su vida y simplemente se descargó en ti porque no te entendió... ¿Hiciste algo para molestarlo?

—No, ma... má. Sólo le dije que me gustaba el pelo amarillo de la mu... jer.

Al cabo de varios minutos Nicole finalmente se enteró del punto principal de lo ocurrido en la tienda de porcelanas. Cuando creyó que Benjy ya estaba bien, Nicole cruzó la habitación para darle a Patrick el beso de las buenas noches.

—¿Y qué pasó contigo? —preguntó—. ¿Cómo fue tu día?

—De lo mejor —repuso Patrick—. Únicamente tuve un problema... en el parque: —trató de sonreír— algunos de los muchachos nuevos estaban jugando al basquetbol y me invitaron para que me uniera a ellos... Fue absolutamente terrible. Algunos se rieron de mí. Nicole le dio a Patrick un fuerte abrazo, largo y tierno.

Patrick es fuerte, se dijo Nicole a sí misma cuando estuvo en el corredor, de regreso al dormitorio, *pero aun él necesita apoyo*. Respiró hondo. *¿Estoy haciendo lo correcto?*, se preguntó por enésima vez, desde que se había dedicado con alma y vida a todos los aspectos del planeamiento de la colonia. *Me siento tan responsable por todo lo de aquí. Quiero que Nuevo Edén comience de manera correcta... Pero mis hijos todavía necesitan más de mi tiempo... ¿Llegaré alguna vez a lograr el equilibrio justo?*

Richard todavía estaba despierto cuando Nicole se acurrucó al lado de él. Compartió el relato de Benjy con su marido.

—Lamento no haber podido ayudarlo —dijo Richard—. Es que hay algunas cosas que únicamente una madre...

Nicole estaba tan exhausta que se estaba quedando dormida antes de que Richard terminara siquiera la oración. La tocó con firmeza en el brazo.

—Nicole —le dijo—, hay otra cosa más de la que debemos hablar. Por desgracia, no puede esperar. Quizá no tengamos otro momento a solas durante la mañana.

Nicole giró sobre sí misma y miró a Richard con curiosidad.

—Es sobre Katie —empezó Richard—. Realmente necesito tu ayuda... Mañana a la noche hay otro de esos bailes para confraternizar. Recordarás que la semana pasada le dijimos a Katie que podía ir, pero únicamente si Patrick iba con ella y volvía a casa a una hora razonable... Bueno, esta noche la vi parada delante del espejo, con su vestido nuevo: era corto y mostraba mucho. Cuando le pregunté respecto del vestido y le dije que no me parecía un atuendo adecuado para un baile improvisado, montó en cólera. Insistió en que "la estaba espiando" y después me informó que yo era "irremediablemente ignorante" con respecto a la moda.

—¿Qué dijiste?

—La reprendí. Me congeló con la mirada y no dijo nada más. Varios minutos después salió de la casa sin decir palabra. El resto de los muchachos y yo cenamos sin ella... Katie llegó a casa sólo treinta minutos antes que tú. Olía a tabaco y a cerveza. Cuando traté de hablarle, se limitó a decir, "No me molestes", y después se fue a su cuarto y cerró la puerta de un golpe.

Temía esto, pensaba Nicole, mientras yacía al lado de Richard en silencio. Todas las señales han estado ahí desde que era una niña. Katie es brillante, pero también es egoísta e impetuosa...

—Le iba a decir a Katie que no podía ir al baile mañana a la noche —decía Richard— pero después me di cuenta de que, según cualquier definición normal, es adulta. Después de todo, en su tarjeta de empadronamiento, en la oficina de administración, figura que tiene veinticuatro años. En verdad, no la podemos tratar como a una niña.

Pero quizá tiene catorce años, desde el punto de vista emocional, pensó Nicole, retorciéndose cuando Richard empezó a recitar todas las dificultades que había tenido Katie desde que los primeros nuevos seres humanos ingresaron en Rama.

Nada le importa, salvo la aventura y la diversión.

Nicole recordó el día que había pasado con Katie en el hospital. Había sido una semana antes de que los colonos de la *Niña* arribaran. A Katie la había fascinado todo el complejo equipo médico, y había mostrado legítimo interés en saber cómo funcionaba. Sin embargo, cuando Nicole sugirió que Katie podría querer trabajar en el hospital hasta que se inaugurara la universidad, la joven se había reído.

—¿Estás bromeando? —había dicho—. No se me ocurre nada más aburrido... en especial cuando va a haber cientos de personas nuevas para conocer.

No hay mucho que Richard o yo podamos hacer, se dijo Nicole a sí misma, lanzando un suspiro. *Podemos sentir dolor por Katie, y ofrecerle nuestro amor, pero ella ya decidió que todos nuestros conocimientos y nuestra experiencia no son aplicables.*

Hubo silencio en el dormitorio. Nicole se estiró y besó a Richard.

—Hablaré con Katie mañana respecto del vestido —dijo— pero dudo de que sirva para algo.

Patrick estaba sentado, solo, en una silla plegadiza apoyada contra la pared del gimnasio de la escuela. Tomó un sorbo de su gaseosa y le echó un vistazo a su reloj mientras la música lenta terminaba y algunas parejas que bailaban sobre la gran pista reducían el ritmo hasta detenerse. Katie y Olaf Larsen, un sueco alto cuyo padre era miembro del personal del comandante Macmillan, se dieron un corto beso antes de caminar, tomados del brazo, en dirección a Patrick.

—Olaf y yo vamos a salir para buscar un cigarrillo y otro vaso de whisky —dijo Katie, cuando la pareja llegó hasta donde estaba Patrick—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Ya estamos atrasados, Katie —repuso Patrick—. Dijimos que volveríamos a casa alrededor de las doce y treinta.

El sueco le dio a Patrick una palmadita condescendiente en la espalda.

—Vamos, muchacho —dijo—. Aflójate. Tu hermana y yo lo estamos pasando bien.

Olaf ya estaba ebrio. Su rostro, de tez blanca, estaba enrojecido por la bebida y el baile. Señaló al otro lado del salón.

—¿Ves esa chica de cabello rojo, vestido blanco y tetas grandes? Su nombre es Beth y es una tremenda calentona. Toda la noche estuvo esperando que la saques a bailar. ¿Querrías que te la presente?

Patrick meneó la cabeza.

—Mira, Katie —dijo—. Quiero irme. Estuve sentado aquí pacientemente...

—Media hora más, hermanito —interrumpió Katie—. Saldré un ratito; volveré para bailar un par de piezas más. Después de eso nos vamos. ¿De acuerdo?

Besó a Patrick en la mejilla y caminó hacia la puerta con Olaf. Una pieza rápida empezó a sonar en el sistema de audio del gimnasio. Patrick observaba, fascinado, cómo las jóvenes parejas se movían en consonancia con el intenso ritmo de la música.

—¿No bailas? —le preguntó un joven que estaba caminando por el borde de la pista.

—No —dijo Patrick—. Nunca lo intenté. El joven le dirigió una mirada de extrañeza. Después se detuvo y sonrió.

—Pero, claro —dijo—. Eres uno de los Wakefield... Hola, mi nombre es Brian Walsh. Soy de Wisconsin, en el centro de Estados Unidos. Mis padres son los que probablemente van a organizar la universidad.

Patrick no había cambiado más que un par de palabras con Katie, desde que llegaron al baile, hacía ya varias horas. Con mucho gusto estrechó la mano de Brian Walsh y los dos conversaron amigablemente durante algunos minutos. Brian, que estaba en la mitad de su licenciatura en ingeniería de computadoras cuando a su familia se la eligió para Colonia Lowell, tenía veinte años y era hijo único. También tenía extrema curiosidad respecto de las experiencias de su compañero.

—Dime —le dijo a Patrick cuando entraron más en confianza—, ¿realmente existe ese sitio llamado El Nudo? ¿O es parte de alguna absurda invención pergeñada por la AIE?

—No —dijo Patrick, olvidando que se esperaba que no discutiera tales cosas—. El Nudo está allí, sin lugar a dudas. Mi padre dice que es una estación extraterrestre de procesamiento.

Brian rió de buena gana.

—¿Así que en alguna parte, cerca de Sirio, hay un triángulo gigantesco construido por una superespecie desconocida? ¿Y nuestro propósito aquí es ayudarlos a ellos a estudiar otros seres que viajen por el espacio? ¡Uau! Ése es el cuento más fantástico que escuché jamás. De hecho, casi todo lo que tu madre nos contó en esa reunión abierta era imposible de creer. Admitiré, sin embargo, que tanto la existencia de esta estación espacial como el nivel tecnológico de los robots ciertamente hace que su

relato sea más plausible.

—Todo lo que mi madre dijo fue verdad —dijo Patrick—. Y algunos de los relatos más difíciles de creer no se mencionaron deliberadamente. Por ejemplo que mi madre tuvo una conversación con una anguila con capa que hablaba a través de burbujas. También... —Patrick se contuvo, recordando las advertencias de Nicole.

Brian estaba fascinado.

—¿Una anguila con capa? —dijo asombrado—. ¿Cómo supo lo que estaba diciendo? Patrick miró su reloj.

—Discúlpame Brian —dijo en forma brusca— pero estoy aquí con mi hermana y se supone que me debo reunir con ella...

—¿Es la que lleva el vestidito rojo con un escote *verdaderamente* cavado?

Patrick asintió con la cabeza. Brian pasó el brazo por sobre los hombros de su nuevo amigo.

—Permíteme darte un pequeño consejo —dijo—, alguien necesita hablar con tu hermana. El modo en que se comporta cuando está cerca de todos los tipos, hace que la gente piense que es una chica fácil.

—Así es Katie —dijo Patrick, a la defensiva—. Nunca tuvo trato con otra gente, salvo con la familia.

—Lo siento —dijo Brian, encogiéndose de hombros—. No es cosa mía, de todos modos... Oye, ¿por qué no me llamas por teléfono alguna vez? Disfruté muchísimo tu conversación.

Patrick le dijo adiós a Brian y empezó a caminar hacia la puerta. ¿Dónde estaba Katie? ¿Por qué no había vuelto a entrar en el gimnasio?

La oyó reír en voz alta, segundos después de haber salido. Katie estaba de pie en el campo de deportes con tres hombres, uno de los cuales era Olaf Larsen. Todos estaban fumando y riendo y bebiendo de una botella que se iba pasando de boca en boca.

—¿Qué posición te gusta más a *tí*? —preguntó un joven de tez oscura, que llevaba bigote.

—Prefiero estar arriba —dijo Katie, lanzando una carcajada. Tomó un sorbo de la botella—. De ese modo tengo el control.

—Me parece bien —contestó el hombre, cuyo nombre era Andrew. Lanzó una risita ahogada y puso su mano, sugestivamente, sobre el trasero de Katie. La muchacha la sacó de un empujón, sin dejar de reír. Segundos después vio acercarse

a Patrick.

—Ven aquí, hermanito —gritó Katie—. Esta mierda que estamos bebiendo es dinamita.

Los tres hombres, que se habían colocado muy cerca de Katie, se hicieron levemente a un lado cuando Patrick avanzó hacia ellos. Aunque todavía era bastante delgado y poco desarrollado, la altura de Patrick lo convertía en una imagen imponente, bajo la mortecina luz.

—Me voy a casa ahora, Katie —dijo Patrick mientras rechazaba la botella, cuando estuvo al lado de su hermana—. Y creo que deberías venir conmigo.

Andrew rió.

—Linda chica tienes aquí para divertirte, Larsen: —dijo con sarcasmo— con un hermano adolescente como dama de compañía.

Los ojos de Katie fulguraron de ira. Tomó un enorme trago de la botella y se la entregó a Olaf. Después, agarró a Andrew y le asestó un provocativo beso en los labios, apretando fuertemente su cuerpo contra el de él.

Patrick estaba avergonzado. Olaf y el tercer hombre vitorearon y silbaron cuando Andrew le devolvió el beso a Katie. Después de casi un minuto, Katie se separó.

—Vámonos, ahora Patrick —dijo con una sonrisa, los ojos todavía clavados en el hombre que acababa de besar—. Creo que es suficiente para una sola noche.

12

Eponine contempló desde la ventana del segundo piso, la pendiente que descendía con suavidad. Los DIG cuya malla muy fina casi ocultaba el suelo marrón que había abajo, tapizaban la ladera de la colina.

—Y, Ep, ¿qué piensas? —preguntó Kimberly—. Es bastante agradable y, una vez que el bosque esté plantado, podremos ver árboles y hierba y quizás hasta una ardilla, o dos, desde nuestra ventana. Eso es, sin lugar a dudas, un beneficio adicional.

—No sé —contestó Eponine distraída, al cabo de unos segundos—. Es un poco más chico que el que me gustó ayer en Positano. Y no me convence mucho vivir aquí, en Ha Kone. No sabía que había tantos orientales...

—Mira, compañerita, no podemos esperar eternamente. Ayer te dije que debimos

haber fijado opciones auxiliares. Había *siete* pares de personas que querían el departamento de Positano (y no es sorprendente dado que en todo el pueblo sólo quedaban cuatro unidades), y simplemente, no tuvimos suerte. Todo lo que nos queda ahora, salvo por esos diminutos departamentos que hay sobre las tiendas, en la calle principal de Beauvois (y no quiero vivir ahí, porque no se puede tener vida privada), es aquí o en San Miguel. Y todos los negros y mulatos viven en San Miguel.

Eponine se sentó en una de las sillas. Estaban en la sala de estar del pequeño departamento de dos dormitorios. Estaba amoblado en forma modesta pero agradable, con dos sillas y un sofá grande, que era del mismo color marrón que la mesa rectangular de café. En total, el departamento, que tenía un solo baño y una cocina pequeña, además de la sala de estar y de dos dormitorios, tenía una superficie de más de cien metros cuadrados.

Kimberly Henderson recorrió la habitación a zancadas, con impaciencia.

—Kim —dijo lentamente Eponine—, lo siento, pero me resulta difícil concentrarme en elegir un departamento cuando nos están ocurriendo tantas cosas. ¿Qué es este sitio? ¿Dónde estamos? ¿Por qué estamos aquí? —Su mente regresó velozmente a la increíble reunión instructiva, tres días atrás, cuando el comandante Macmillan les informó que estaban en el interior de una nave espacial construida y equipada por extraterrestres, "con el propósito de observar a los seres de la Tierra".

Kimberly Henderson encendió un cigarrillo y despidió con fuerza el humo. Se encogió de hombros.

—Mierda, Eponine —dijo—. No sé las respuestas para ninguna de esas preguntas... pero sí sé que si no elegimos un departamento nos van a dejar con lo que todos los demás rechazaron.

Eponine miró a su amiga durante varios segundos, y después suspiró.

—No me parece que este procedimiento haya sido muy justo —se quejó—, todos los pasajeros de la *Pinta* y de la *Niña* pudieron elegir su vivienda antes de que nosotros llegáramos. Tenemos que elegir de los desechos.

—¿Y qué esperabas? —respondió Kimberly con rapidez—. Nuestra nave transportaba convictos... claro que nos dejaron la basura. Pero, por lo menos, finalmente somos libres.

—¿Así que imagino que deseas vivir en este departamento? —dijo Eponine por fin.

—Sí —contestó Kimberly—, y también quiero hacer una licitación por los otros dos departamentos que vimos esta mañana, cerca del mercado Hakone, en caso de que nos ganen de mano con éste. Si no tenemos una vivienda definitiva después del sorteo de esta noche, me temo que realmente nos las vamos a ver negras.

Fue un error, pensaba Eponine mientras la miraba a Kimberly recorrer el departamento, *nunca debía haber aceptado ser su compañera de cuarto... Pero, ¿qué opción tenía? Las viviendas que quedaban para personas solas son desastrosas.*

Eponine no estaba acostumbrada a los cambios bruscos en su vida. A diferencia de Kimberly Henderson, que había tenido enorme variedad de experiencias hasta que fue acusada de homicidio calificado, a los diecinueve años, Eponine había vivido una niñez y una adolescencia relativamente calmas. Había crecido en un orfanato en las afueras de Limoges, Francia y, hasta que el profesor Moreau la llevó a París para ver los grandes museos, cuando Eponine tenía diecisiete años, nunca había estado afuera de su provincia natal. Para ella ya había sido una decisión muy difícil postularse para la Colonia Lowell. Pero estaba cumpliendo cadena perpetua en Bourges y en Marte tendría la oportunidad de ser libre. Después de prolongadas deliberaciones, con toda valentía se decidió a presentar su solicitud ante la AIE.

A Eponine la habían elegido como colono porque presentaba destacados antecedentes académicos, en especial en todas las artes. Hablaba inglés con fluidez y había sido una presa modelo. Su legajo en los archivos de la AIE determinó su ubicación más factible en la Colonia Lowell como "profesora de teatro y/o artes, en las escuelas secundarias". A pesar de las dificultades relacionadas con la fase del vuelo a velocidad de crucero, después de abandonar la Tierra, Eponine sintió que un torrente de adrenalina le recorría el cuerpo cuando Marte apareció por vez primera en la ventanilla de observación de la *Santa María*. Sería una nueva vida en un nuevo mundo.

Sin embargo, dos días antes del encuentro programado, los guardias de la AIE anunciaron que la nave espacial no iba a lanzar sus transbordadores de descenso, como estaba planeado. En vez de eso, les habían dicho a sus pasajeros convictos, la *Santa María* iba a hacer un "desvío temporario para hacer acople con una estación espacial en órbita marciana". Eponine había quedado confundida y preocupada por el anuncio. A diferencia de la mayoría de sus compañeros, ella había leído cuidadosamente todo el material de la AIE concerniente a los colonos y

nunca había visto la menor mención de una estación espacial en órbita alrededor de Marte.

No fue sino hasta que la *Santa María* bajó toda su carga, y toda la gente y todos los pertrechos estuvieron en el interior de Nuevo Edén que alguien realmente les dijo a Eponine y a los demás convictos lo que estaba pasando. Y aun después de la reunión informativa con Macmillan, muy pocos de los convictos creían que les estaban diciendo la verdad.

—Vamos, vamos —dijo Willis Meeker—, ¿realmente cree que somos tan estúpidos? ¿Un grupo de extraterrestres fabricó este sitio y todos esos locos robots? Todo esto es un engaño, simplemente están probando con nosotros alguna nueva clase de concepto sobre prisiones.

—Pero, Willis —le había contestado Malcolm Peabody—, ¿y todos los demás, los que vinieron en la *Pinta* y la *Niña*? Hablé con algunos. Son gente normal, es decir, no son convictos. Si tu teoría es cierta ¿qué están haciendo *ellos* aquí?

—¿Cómo diablos lo voy a saber, marica? No soy un genio. Solamente sé que ese petimetre de Macmillan no nos está diciendo las cosas como son.

Eponine no permitió que sus inseguridades respecto de la reunión informativa con Macmillan le impidieran ir con Kimberly a Ciudad Central para presentar la solicitud para los tres departamentos en Ha Kone. Esta vez tuvieron suerte con el sorteo y les asignaron la primer opción. Las dos mujeres pasaron un día mudándose al departamento ubicado en el borde del bosque de Sherwood y después se presentaron en la oficina de empleos del complejo administrativo, para registrarse.

Debido a que las otras dos naves espaciales habían arribado mucho antes que la *Santa María*, los trámites para integrar los convictos a la nueva vida en Nuevo Edén se definieron en forma muy cuidadosa. De hecho no llevó demasiado tiempo asignar a Kimberly, que tenía antecedentes sobresalientes en enfermería, al hospital central.

Eponine se entrevistó con el inspector general de escuelas y con otros cuatro profesores antes de aceptar un puesto en la Escuela Secundaria Central. Su nuevo trabajo demandaba un corto viaje en tren, aunque podría haber caminado todos los días si hubiera aceptado enseñar en la Escuela de Enseñanza Media de Ha Kone. Pero Eponine creía que iba a valer la molestia. Le agradaban mucho el rector y los otros profesores que enseñaban en la escuela secundaria.

Al principio, los otros siete médicos que trabajaban en el hospital desconfiaban de los dos médicos convictos, en especial del doctor Robert Turner, cuyo legajo

mencionaba, de modo críptico, sus brutales asesinatos sin entrar en detalles sobre alguna de las circunstancias atenuantes. Pero, al cabo de una semana, cuando sus extraordinarios conocimientos y profesionalismo se hicieron evidentes para todos, el personal médico lo eligió, en forma unánime, como director del hospital. El doctor Turner quedó bastante atónito por la elección y, en un breve discurso de aceptación, prometió dedicarse por completo al bienestar de la colonia.

Su primer acto oficial consistió en proponerle al gobierno provisional que a cada ciudadano de Nuevo Edén se le practicara un examen físico completo para poner al día las historias clínicas personales. Cuando aprobaron la propuesta, el doctor Turner desplegó a los Tiasso por toda la colonia, en calidad de paramédicos. Los biots llevaron a cabo todos los exámenes de rutina y reunieron datos para que los analicen los médicos. Simultáneamente, recordando la excelente red de datos que había existido entre todos los hospitales de la sección metropolitana de Dallas, el infatigable doctor Turner empezó a trabajar con varios de los Einstein en el diseño de un sistema totalmente computadorizado para hacer el seguimiento del estado de salud de los colonos.

Una noche, tres semanas después de que la *Santa María* se acopló a Rama, Eponine estaba en casa sola, como siempre (era un hecho que Kimberly Henderson casi nunca estaba en el departamento. Si no estaba trabajando en el hospital, entonces salía con Toshio Nakamura y sus compinches), cuando sonó el videófono: el rostro de Malcolm Peabody apareció en el monitor.

—Eponine —dijo con timidez—, tengo que pedirte un favor.

—¿De qué se trata, Malcolm?

—Recibí una llamada del doctor Turner, desde el hospital, hace cinco minutos. Dice que había algunas "irregularidades" en los datos sobre mi salud que tomó uno de esos robots, la semana pasada. Turner quiere que vaya para practicarme un examen más detallado.

Eponine esperó pacientemente durante varios segundos.

—No te comprendo bien —dijo finalmente—. ¿Cuál es el favor? Malcolm respiró hondo.

—Debe de ser grave, Eponine. Quiere verme ahora... ¿Puedes venir conmigo?

—¿Ahora? —se sorprendió Eponine y miró su reloj—. Casi son las once de la noche. —De repente recordó que Kimberly Henderson se quejaba de que el doctor Turner era "tan adicto al trabajo como esas enfermeras robots negras". Eponine

también recordó el fascinante azul de los ojos de Turner.

—Muy bien —le dijo a Malcolm—. Me reúno contigo en la estación, dentro de diez minutos.

Eponine no salía mucho de noche. Desde que le asignaron el puesto de profesora, había pasado la mayor parte de las noches trabajando en el planeamiento de sus clases. Un sábado a la noche, había salido con Kimberly, Toshio Nakamura y varias personas más, a un restorán japonés que se acababa de inaugurar. Pero la comida era extraña, los acompañantes principalmente orientales, y varios de los hombres, después de haber bebido demasiado, le hicieron desagradables propuestas amorosas. Kimberly la increpó por ser "melindrosa y estirada", pero Eponine rehusó posteriores invitaciones de su compañera de cuarto para hacer relaciones sociales.

Eponine llegó a la estación antes que Malcolm. Mientras lo esperaba se maravilló ante el cambio que había sufrido el pueblo por la presencia de seres humanos.

Veamos, pensaba. La Pinta llegó aquí hace tres meses; la Niña, cinco semanas después. Ya hay tiendas por todas partes, tanto alrededor de la estación como en el pueblo. Los logros de la existencia humana. Si permanecemos aquí un año, o dos, esta colonia va a ser indistinguible de la Tierra.

Malcolm estuvo bastante nervioso y locuaz durante el corto viaje en tren.

—Sé que es mi corazón, Eponine —dijo—. He estado padeciendo agudos dolores, aquí, desde la muerte de Walter. Al principio creí que todo estaba en mi mente.

—No te preocupes —contestó Eponine, tranquilizando a su amigo—. Apuesto a que no es nada grave.

Eponine tenía dificultades para mantener los ojos abiertos. Eran más de las tres de la mañana. Malcolm estaba dormido en el banco que estaba al lado de Eponine. *¿Qué está haciendo el doctor?*, se preguntaba ella. *Dijo que no tardaría mucho.*

Poco después de que llegaron, el doctor Turner examinó a Malcolm con un estetoscopio computadorizado y, después le dijo que necesitaba "exámenes más abarcadores" y lo llevó a una sección separada del hospital. Malcolm regresó a la sala de espera una hora después. Eponine sólo vio al médico brevemente cuando recibió a Malcolm en su consultorio, al comienzo del examen.

—¿Es usted amiga del señor Peabody? —dijo la voz. Eponine estaba dormitando. Cuando enfocó la vista, los bellos ojos azules la miraban fijo desde sólo un metro de

distancia El médico parecía estar cansado y molesto.

—Sí —dijo Eponine en voz baja, tratando de no molestar al hombre que dormía apoyado sobre su hombro.

—Va a morir muy pronto —dijo Turner—. Posiblemente dentro de dos semanas.

Eponine sintió que la sangre le hervía en todo el cuerno. *¿Estoy oyendo bien?*, pensó. *¿Dijo que Malcolm va a morir en las dos semanas próximas?* Eponine estaba pasmada.

—Va a necesitar mucho apoyo —dijo el médico—. Se detuvo un momento y miró fijo a Eponine. Trataba de recordar dónde la había visto antes. —¿Podrá usted ayudarlo? —preguntó Turner.

—Sí... creo que sí —contestó Eponine. Malcolm se empezó a agitar.

—Debemos despertarlo ahora —dijo el médico.

No había emoción perceptible en los ojos del doctor Turner. Había presentado el diagnóstico, no su sentencia, sin el menor atisbo de sentimiento. *Kim tiene razón*, pensó Eponine, *es tan autómata como esos robots Tiasso*.

Por sugerencia del médico, Eponine acompañó a Malcolm por un corredor hacia una sala llena con instrumental médico.

—Alguien inteligente —le dijo el doctor Turner a Malcolm— eligió el equipo que se trajo aquí desde la Tierra. Si bien somos limitados en cuanto a la cantidad de personal, nuestros aparatos de diagnóstico son de primera calidad.

Los tres caminaron hasta un cubo transparente de casi un metro de lado.

—Este sorprendente dispositivo —dijo el doctor Turner— se llama proyector de órganos: puede reconstruir, con detallada fidelidad, casi todos los órganos más importantes del cuerpo humano. Lo que estamos viendo ahora, cuando miramos en el interior, es una representación, por gráficos computadorizados, de su corazón, señor Peabody, tal como aparecía hace noventa minutos, cuando inyecté el material de rastreo en sus vasos sanguíneos.

El doctor Turner señaló una sala adyacente, donde Malcolm había sido sometido a los exámenes.

—Mientras usted estaba sentado a esa mesa —prosiguió Turner—, fue explorado un millón de veces por segundo por la máquinas que tiene la lente grande. A partir de la colocación del material de rastreo y de esos miles de millones de exploraciones instantáneas, se elaboró una imagen tridimensional, sumamente precisa, de su corazón. Eso es lo que está viendo dentro del cubo.

El doctor Turner se detuvo un momento, desvió la vista rápidamente y, después, fijó lo ojos en Malcolm.

—No estoy tratando de hacerle las cosas más difíciles, señor Peabody —dijo con calma—, pero quise explicarle cómo pude saber qué anda mal en usted. Así podrá entender que no hubo error alguno.

Los ojos de Malcolm estaban desorbitados por el miedo. El médico lo tomó de la mano y lo condujo hasta una posición específica al lado del cubo.

—Mire justo ahí, en la parte trasera del corazón, cerca de la zona superior, ¿ve los extraños entrecruzamientos y estriaciones de los tejidos? Esos son los músculos del corazón y han sufrido una desintegración irreparable.

Malcolm mantuvo la mirada fija dentro del cubo durante lo que pareció una eternidad y, después, dejó caer la cabeza.

—¿Voy a morir, doctor? —preguntó sumisamente. Robert Turner tomó la otra mano de su paciente.

—Sí, así es, Malcolm. En la Tierra posiblemente podríamos esperar un trasplante cardíaco; aquí, sin embargo, ni se puede pensar en ello, ya que ni tenemos el equipo ni un donante adecuados... Si usted quiere, puedo abrir y mirar su corazón. Pero es extremadamente improbable que vea algo que modifique mi diagnóstico.

Malcolm sacudió la cabeza. Lágrimas le empezaron a resbalar por las mejillas. Eponine abrazó al pequeño hombre y también empezó a llorar.

—Lamento que me llevara tanto completar mi diagnóstico —dijo Turner—, pero en un caso así de gravedad necesitaba estar absolutamente seguro.

Instantes después, Malcolm y Eponine caminaron hacia la puerta. Malcolm se dio vuelta.

—¿Qué hago ahora? —le preguntó al médico.

—Cualquier cosa que le plazca —contestó el doctor Turner.

Cuando se fueron, Turner volvió a su consultorio, donde copias impresas de las gráficas y archivos de Malcolm Peabody estaban esparcidas sobre el escritorio. El médico estaba profundamente preocupado. Estaba casi seguro (no lo podía saber en forma definitiva hasta haber completado la autopsia) de que el corazón de Peabody padecía la misma clase de enfermedad que había matado a Walter Brackeen en la *Santa María*. Ambos habían sido amigos íntimos durante varios años, desde el comienzo de sus períodos de detención en Georgia. Era improbable que, *por coincidencia*, los dos hubieran contraído la misma enfermedad cardíaca.

Pero si no era una coincidencia, entonces el agente patógeno debía de ser transmisible.

Robert Turner sacudió la cabeza. Cualquier enfermedad que atacara el corazón era alarmante, ¿pero una que se pudiera transmitir de una persona a otra? El espectro era aterrador.

Estaba muy cansado. Antes de apoyar la cabeza sobre el escritorio, Turner hizo una lista de las referencias sobre virus cardíacos que deseaba obtener de la base de datos. Después, rápidamente, se quedó dormido.

Quince minutos más tarde, el videófono lo despertó en forma repentina. Un Tiasso estaba del otro lado, llamando desde la Sala de Emergencias.

—Dos García hallaron un cuerpo humano en el bosque de Sherwood —dijo el robot—, y vienen para acá ahora. Por las imágenes que transmitieron, puedo decir que este caso va a necesitar de su intervención personal.

El doctor Turner se frotó las manos, se volvió a poner el guardapolvo y llegó a Emergencias justo antes de que los dos García llegaran con el cuerpo. A pesar de la experiencia, Turner tuvo que desviar la mirada del horriblemente mutilado cadáver. La cabeza estaba casi separada del cuerpo —pendía sólo de una delgada hebra de músculo—, y el rostro estaba tajado y desfigurado, imposible de identificar. Además, en la zona genital había una herida profunda que sangraba.

El par de Tiasso inmediatamente se puso a trabajar: limpiaron la sangre y prepararon el cuerpo para la autopsia. El doctor Turner se sentó en una silla, lejos de la escena y llenó la primera acta de defunción de Nuevo Edén.

—¿Cuál era su nombre? —le preguntó a los biots. Uno de los Tiasso hurgó entre lo que quedaba de la ropa del hombre muerto, y encontró su tarjeta de identificación de la AIE.

—Danni —contestó el biot—. Marcello Danni.

Epitalamio

1

El tren que venía de Positano estaba lleno. Se detuvo en la pequeña estación que estaba en las orillas del lago Shakespeare, a mitad de camino a Beauvois, y arrojó

una mezcla de seres humanos y biots. Muchos llevaban canastas con comida, mantas y sillas plegadizas. Algunos de los niños más pequeños corrieron desde la estación hacia la hierba espesa, recientemente cortada, que rodeaba el lago. Reían y rodaban por la suave pendiente que cubría los ciento cincuenta metros que había entre la estación y el borde del agua.

Para aquellos que no querían sentarse en la hierba, se habían erigido estrados de madera inmediatamente enfrente del estrecho muelle que penetraba cincuenta metros en el agua antes de abrirse formando una plataforma rectangular. Un micrófono, una tribuna y varias sillas estaban dispuestos sobre la plataforma. Era allí donde el gobernador Watanabe iba a pronunciar el discurso por el Día del Asentamiento, después de que terminaran los fuegos artificiales.

Cuarenta metros a la izquierda de los estrados, los Wakefield y los Watanabe habían colocado una larga mesa cubierta con un mantel azul y blanco. Platillos con comida para servirse con la mano estaban dispuestos cuidadosamente en la mesa. Las heladeras dispuestas abajo de la mesa estaban llenas con bebidas. Sus familias y amigos se habían reunido en la región inmediatamente circundante y estaban comiendo, practicando algún tipo de deporte, o bien enfrascados en una animada conversación. Dos biots Lincoln se desplazaban entre el grupo, ofreciendo bebidas y canapés a aquellas personas que estaban demasiado lejos de la mesa y de las heladeras.

Era una tarde calurosa. De hecho, el tercer día consecutivo que era excepcionalmente cálido. Pero a medida que el sol artificial completaba su miniarco en la cúpula que estaba muy por encima de sus cabezas, y la luz lentamente empezaba a disminuir, la expectante multitud que se había reunido en las márgenes del lago Shakespeare se olvidó del calor.

Un último tren arribó nada más que minutos antes de que la luz desapareciera por completo. Venía de la estación de la Ciudad Central, al norte, y traía colonos que vivían en Ha Kone o San Miguel. No eran muchas las personas que llegaron a último momento. La mayoría de la gente había venido temprano para disponer sobre la hierba las cosas para el día de campo. Eponine estaba en el último tren. Había planeado no asistir a la celebración, pero había cambiado de idea a último momento.

Se sintió confundida cuando pisó el césped, después de salir del andén de la estación. ¡Había tanta gente!

Todo Nuevo Edén debe de estar aquí, pensó. Durante un instante deseó no haber

venido. Todos estaban con amigos y familiares y ella estaba completamente sola.

Ellie Wakefield estaba jugando al tiro con herradura con Benjy, cuando Eponine bajó del tren. Aun a la distancia rápidamente reconoció a su profesora debido a la banda rojo brillante que llevaba en el brazo.

—Es Eponine, mamá —dijo Ellie, corriendo hacia Nicole—. ¿Puedo pedirle que se una a nosotros?

—Claro que sí —contestó Nicole.

Una voz, a través del sistema público de comunicación, interrumpió la música que una pequeña banda interpretaba, para anunciar que los fuegos artificiales comenzarían en diez minutos. Hubo algunos aplausos.

—Eponine —gritó Ellie—. Por aquí. —Ellie agitó los brazos.

Eponine oyó que pronunciaban su nombre, pero no podía ver con claridad bajo la tenue luz. Después de varios segundos, empezó a caminar en dirección a Ellie. Por el camino inadvertidamente tropezó con un bebé que estaba gateando solo por el césped.

—¡Kevin! —gritó la madre—, manténte apartado de ella. En un instante, un hombre rubio, fornido, agarró al niño y lo mantuvo alejado de Eponine.

—Usted no debería estar acá —dijo el hombre—, no con gente decente.

Un poco perturbada, Eponine siguió caminando hacia Ellie que se acercaba a ella a través de la hierba.

—¡Vete a casa, Cuarenta y Uno! —gritó una mujer que había presenciado el incidente anterior. Un niño gordo de diez años, con una nariz prominente, señaló con el dedo a Eponine y le hizo un comentario inaudible a su hermana menor.

—Estoy tan contenta de verla —dijo Ellie, cuando llegó hasta donde estaba su profesora—. ¿Vendría a comer algo con nosotros?

—Eponine asintió con una leve inclinación de la cabeza.

—Me da lástima toda esta gente —dijo Ellie, con tono suficientemente alto como para que oyeran todos los que la rodeaban—. Es una pena que sean tan ignorantes.

Ellie condujo a Eponine a la mesa grande e hizo una presentación general.

—Eh, todos, para aquellos que no la conocen, ésta es mi profesora y amiga, Eponine. No tiene apellido, así que no le pregunten cuál es.

Eponine y Nicole se habían encontrado varias veces antes. Intercambiaron saludos mientras un Lincoln le ofrecía a Eponine palitos de verdura y una bebida gaseosa. Nai Watanabe trajo a sus mellizos, Kepler y Galileo, que acababan de

cumplir dos años la semana anterior para que saludaran a la recién llegada. Un gran grupo próximo de colonos de Positano contemplaba cómo Eponine levantaba en sus brazos a Kepler.

—Linda —dijo el niño, señalando el rostro de Eponine.

—Debe de ser muy difícil —dijo Nicole en francés y señaló con la cabeza a los que miraban boquiabiertos.

—*Oui* —contestó Eponine. *¿Difícil?, pensó, ésa es la definición más leve que escuché. ¿Qué tal si decimos que "absolutamente imposible"? Como si fuera poco tener una horrible enfermedad que casi con seguridad me va a matar, además tengo que llevar una banda en el brazo para que los demás me puedan evitar, si prefieren.*

Max Puckett alzó la vista del tablero de ajedrez, y advirtió la presencia de Eponine.

—Hola, hola —dijo—. Usted debe de ser la profesora de la que oí hablar tanto.

—Ése es Max —dijo Ellie acercándose con Eponine—. Es galanteador, pero es inofensivo. Y el hombre mayor que no nos presta atención es el juez Pyotr Mishkin... ¿Lo pronuncié bien, juez?

—Sí, por supuesto, señorita —contestó el juez Mishkin, sin desviar la vista del tablero—. Maldita sea, Puckett, ¿qué diablos estás tratando de hacer con ese caballo? Como siempre, tu juego es estúpido o brillante, pero no sé con qué adjetivo quedarme.

Finalmente, el juez alzó la vista, vio la banda roja que Eponine llevaba en el brazo y torpemente se apresuró a ponerse de pie.

—Lo siento, señorita, realmente lo siento —dijo—, ya tiene suficientes problemas sin tener que aguantar desaires de este viejo excéntrico y egoísta.

Uno o dos minutos antes de que empezaran los fuegos artificiales, apareció un gran yate que se acercaba a la zona del día de campo, proveniente del lado oeste del lago. Brillantes luces de colores y bonitas muchachas decoraban su larga cubierta. El nombre *Nakamura* estaba esmaltado en vivos colores en el costado del barco. Encima de la cubierta principal, Eponine reconoció a Kimberly Henderson parada al lado de Toshio Nakamura, que estaba al timón.

Los del yate saludaron a la gente de la orilla agitando los brazos. Patrick Wakefield corrió exaltado hacia la mesa.

—Mira, mamá —dijo— Katie está en el yate. Nicole se puso los anteojos para ver mejor. En verdad era su hija, vestida con un bikini, la que saludaba desde la cubierta

del yate.

—Eso es lo único que nos faltaba —masculló Nicole para sí misma, mientras el primero de los fuegos artificiales explotaba por encima de ellos y llenaba el cielo oscuro con luz y color.

—En un día como hoy, hace tres años —empezó el discurso Kenji Watanabe—, una partida exploradora proveniente de la *Pinta*, pisó, por primera vez, este nuevo mundo. Ninguno de nosotros sabía con qué nos encontraríamos. Todos nos preguntábamos, en especial durante los dos largos meses en los que pasamos ocho horas por día en el somnario, si algo que se asemejara a la vida normal sería posible alguna vez aquí, en Nuevo Edén.

"Nuestros primeros temores no se hicieron realidad. Nuestros anfitriones alienígenas, quienquiera que sean, jamás interfirieron en nuestras vidas. Quizá sea cierto, como Nicole Wakefield y otros sugirieron, que nos estén observando continuamente pero de ningún modo sentimos su presencia. Fuera de nuestra colonia, la nave espacial Rama avanza hacia la estrella a la que llamamos Tau Ceti, desplazándose a increíble velocidad. Dentro de la colonia, nuestras actividades cotidianas apenas perciben la influencia de las excepcionales condiciones externas de nuestra existencia.

"Antes de los días en el somnario, cuando todavía éramos viajeros dentro del sistema planetario que rota alrededor de nuestra estrella madre, el Sol, muchos de nosotros creímos que nuestro "período de observación" iba a ser corto. Teníamos la convicción de que, después de algunos meses, nos devolverían a la Tierra o, quizá, a nuestro destino originario, Marte, y que esta tercera nave espacial Rama desaparecería en los distantes confines del espacio, como sus dos predecesores. Sin embargo, hoy, mientras estoy de pie delante de ustedes: nuestros navegantes me dicen que todavía nos estamos alejando de nuestro Sol, tal como lo estuvimos haciendo durante más de dos años y medio, a una velocidad que es casi la mitad de la velocidad de la luz. Si, en verdad, tenemos la suerte algún día de regresar a nuestro sistema solar, ese día estará, como mínimo, a varios años de distancia en el futuro.

"Estos factores dictan el tema primordial de éste, mi último discurso por el Día del Asentamiento. El tema es simple: compañeros colonizadores, *nosotros* tenemos que asumir la plena responsabilidad de nuestro propio destino. No podemos esperar que los asombrosos poderes que crearon este pequeño mundo en el comienzo, nos

salven de nuestros errores. Tenemos que administrar Nuevo Edén como si nosotros, y nuestros hijos, fuéramos a estar aquí para siempre. Depende de nosotros asegurar la calidad de vida aquí, tanto ahora como para las futuras generaciones.

"En la actualidad, hay varios desafíos a los que se enfrenta la colonia. Observen que los llamo "desafíos", no problemas. Si trabajamos juntos, podemos combatir esos desafíos. Si sopesamos cuidadosamente las consecuencias a largo plazo de nuestros actos, tomaremos las decisiones correctas. Pero si no somos capaces de entender los conceptos de "gratificación demorada" y "por el bien de todos", entonces el futuro de Nuevo Edén será sombrío.

"Permítanme dar un ejemplo para ilustrar lo que quiero decir: Richard Wakefield explicó, tanto por televisión como en foros públicos, cómo el esquema maestro que controla nuestras condiciones meteorológicas se basa en ciertas suposiciones relativas a las condiciones atmosféricas dentro de nuestro habitat. Específicamente, nuestro algoritmo para el control meteorológico supone que tanto los niveles de dióxido de carbono como la concentración de partículas de humo son inferiores a una magnitud dada. Sin entender exactamente cómo funciona la matemática, ustedes pueden apreciar que los cálculos que rigen los aportes externos a nuestro habitat no van a ser correctos si las suposiciones subyacentes no son exactas.

"No es mi intención dar una clase de ciencia sobre un tema muy complejo. Lo que realmente quiero es hablar sobre políticas de acción. Dado que la mayor parte de nuestros científicos está convencida de que nuestras anormales condiciones meteorológicas de los cuatro últimos meses son resultado de niveles indebidamente elevados de dióxido de carbono y partículas de humo en la atmósfera, mi gobierno ha hecho propuestas específicas para lidiar con estas cuestiones. Todas nuestras recomendaciones fueron rechazadas por el Senado.

"¿Y por qué? Nuestra propuesta para imponer una prohibición gradual del uso de hogares en las casas (lo que es totalmente innecesario en Nuevo Edén, en primer lugar) fue calificada como "restricción de la libertad personal". Nuestra cuidadosamente detallada recomendación para reconstituir parte de la red de DIG, de modo que la pérdida de cobertura vegetal, resultado del desarrollo de partes del bosque de Sherwood y de las tierras de pastoreo del norte, se pudiera contrabalancear, también recibió el voto negativo. ¿La razón? La oposición arguyó que la colonia no se puede permitir esa tarea y, por añadidura, que la energía consumida por los nuevos segmentos de la red de DIG redundaría en medidas

dolorosamente estrictas para la conservación de electricidad.

"Señoras y señores, es ridículo que escondamos la cabeza en la arena y alberguemos la esperanza de que estos problemas ambientales desaparecerán solos. Cada vez que posponemos la toma de una acción positiva, eso significa mayores penurias para la colonia en el futuro. No puedo creer que tantos acepten las ilusiones de la oposición de que, de algún modo, podremos descubrir cómo funcionan realmente los algoritmos meteorológicos de los alienígenas, y sintonizarlos para que actúen en forma adecuada bajo condiciones en las que haya niveles más altos de dióxido de carbono y partículas de humo. ¡Qué arrogancia colosal!

Tanto Nicole como Nai observaban, con mucho cuidado, la reacción ante el discurso de Kenji. Varios de sus partidarios habían instado a Kenji a dar una charla optimista, sin crear discusión sobre temas cruciales. Sin embargo, el gobernador había sido firme en su determinación de hacer un discurso cargado de significado.

—Los ha perdido —se inclinó Nai para susurrarle a Nicole—. Está siendo demasiado pedante.

No había duda de que en los estrados donde estaba la mitad del público había intranquilidad. El yate de Nakamura, que había estado anclado justo aguas afuera durante los fuegos artificiales, partió no bien el gobernador Watanabe empezó a hablar.

Kenji cambió de tema. Pasó del ambiente al retrovirus RV-41. Puesto que éste era un asunto que suscitaba intensas emociones en la colonia, la atención del público aumentó notablemente. El gobernador explicó cómo el personal médico de Nuevo Edén, bajo la conducción del doctor Robert Turner, había logrado heroicos avances en la comprensión de la enfermedad, pero todavía necesitaba llevar a cabo investigaciones más extensas para determinar cómo tratarla. Después procedió a censurar la histeria que había forzado la sanción de un proyecto de ley, incluso por encima del veto del gobernador, que exigía que todos aquellos colonos que tuvieran anticuerpos para el RV-41 en su sistema circulatorio, llevaran constantemente una banda roja en el brazo.

—Buuu —abucheó un grupo grande compuesto, principalmente, por orientales que estaban del otro lado de los estrados, respecto de Nicole y Kenji.

—... esa pobre, desafortunada gente ya soporta suficientes aflicciones... —estaba diciendo Kenji.

—*Son rameras y maricas* —gritó un hombre desde detrás del grupo Wakefield-

Watanabe. La gente que estaba alrededor de él rió y aplaudió.

—... El doctor Turner repetidamente afirmó que esta enfermedad, al igual que la mayoría de los retrovirus, no se puede transmitir, salvo a través de la sangre y del semen...

La multitud se estaba poniendo incontrolable. Nicole albergaba la esperanza de que Kenji estuviese prestando atención y pusiera fin a sus comentarios. Kenji también quería discutir si tenía sentido, o no, ampliar la exploración de Rama por afuera de Nuevo Edén, pero se dio cuenta de que había perdido la atención del público.

El gobernador Watanabe dejó de hablar un segundo y, después, lanzó un silbido que rompía los tímpanos por el micrófono. Esto aquietó temporarily a todos los oyentes.

—Sólo tengo unas pocas observaciones más —dijo—, y nadie se debe ofender...

"Como saben, mi esposa Nai y yo tenemos mellizos. Creemos que hemos sido bendecidos. En este Día del Asentamiento le pido, a cada uno de ustedes, que piense en sus hijos y que prevea otro Día del Asentamiento, cien, o quizás hasta mil años en el futuro. Imaginen que están frente a frente con aquellos a quienes ustedes engendraron, los hijos de los hijos de sus hijos. Cuando les hablen, y los sostengan en los brazos, ¿podrán decirles que hicieron todo lo razonablemente posible para dejarles un mundo en el que ellos tengan oportunidad de hallar la felicidad?"

Patrick estaba contento otra vez. Justo cuando la fiesta campestre estaba terminando, Max lo había invitado a pasar la noche y el día siguiente en la granja Puckett.

—El nuevo período lectivo de la universidad no empieza hasta el miércoles —le dijo el joven a su madre—, ¿puedo ir? ¿Por favor?

Nicole todavía estaba perturbada por la reacción de la gente ante el discurso de Kenji y al principio, no entendió lo que su hijo le estaba pidiendo. Después de pedirle que repitiera la pregunta, Nicole miró a Max.

—¿Vas a cuidar bien de mi hijo?

Max Puckett sonrió de oreja a oreja y asintió con la cabeza. Max y Patrick esperaron hasta que los biots terminaron de limpiar todos los desperdicios de comida y, después, se dirigieron juntos hacia la estación de tren. Media hora más tarde, estaban en la estación de la Ciudad Central, esperando el espaciado tren que abastecía en forma directa la región agrícola. En el andén de enfrente, un grupo de

condiscípulos de Patrick estaba entrando en el tren que iba a Ha Kone.

—Deberías venir —le gritó uno de los jóvenes a Patrick—. Canilla libre para todos, durante toda la noche.

Max observó que los ojos de Patrick seguían a los amigos que estaban en el tren.

—¿Has estado alguna vez en Las Vegas? —preguntó Max.

—No, señor —repuso Patrick—. Mi madre y mi tío...

—¿Te gustaría ir?

La vacilación de Patrick fue todo lo que Max necesitó: unos segundos después, abordaban el tren hacia Ha Kone junto con todos los juerguistas.

—Yo no soy tremendamente aficionado a ese sitio —comentó Max mientras viajaban—, pero por cierto que vale la pena verlo, y no es mal sitio para buscar diversión cuando se está solo.

Poco más de dos años y medio antes, muy poco después de que terminara la aceleración diaria, Toshio Nakamura había calculado, correctamente, que era factible que los colonos permanecieran en Nuevo Edén y en Rama durante largo tiempo. Aun antes de la primera reunión de la comisión constitucional y de la selección de Nicole des Jardins Wakefield como gobernadora provisional, Nakamura había decidido que él iba a ser la persona más rica y poderosa de la colonia. Basándose en el apoyo de los convictos que había logrado durante el trayecto desde la Tierra a Marte, a bordo de la *Santa María*, amplió sus contactos personales y pudo, no bien se crearon Bancos y moneda en la colonia, empezar a erigir su imperio.

Nakamura estaba convencido de que los mejores productos para vender en Nuevo Edén eran aquellos que brindaban placer y excitación. Su primer negocio, un pequeño casino con juegos de azar, fue un éxito inmediato. Después, compró parte de la tierra labrantía que había en el lado este de Ha Kone y construyó el hotel inicial de la colonia, junto con un segundo casino, más grande, inmediatamente afuera del lobby. Agregó un pequeño club íntimo con camareras adiestradas según la manera japonesa y después, un club escandaloso con números de desnudos femeninos. Todo tuvo éxito. A través de una astuta colocación de sus inversiones, Nakamura estuvo en la posición, poco después de que Kenji Watanabe hubiera sido elegido gobernador, de ofrecer comprarle al gobierno un quinto del bosque de Sherwood. Su oferta le permitió al Senado impedir la sanción de impuestos más altos que, de otro modo, habrían sido necesarios para pagar las investigaciones iniciales sobre el RV-

41.

Parte del floreciente bosque se desbrozó y se reemplazó por el palacio personal de Nakamura y un nuevo y rutilante hotel/casino, un centro de entretenimientos, un complejo de restaurantes y varios clubes. Para consolidar su monopolio, Nakamura hizo con éxito mucho cabildeo para conseguir que se aprobara la legislación que limitara el juego de azar a la región que rodeaba a Ha Kone. Después, sus matones convencieron a todos los potenciales empresarios de que realmente no era buena idea meterse en el negocio de los juegos de azar y competir con el "rey Jap".

Cuando su poder estuvo más allá de cualquier ataque, Nakamura permitió que sus socios ampliaran las actividades comerciales y se dedicaron a la prostitución y a los narcóticos que no eran ilegales en la sociedad de Nuevo Edén. Hacia el final del período de Watanabe, cuando la política del gobierno empezó a entrar, cada vez más, en conflicto con los intereses personales de Nakamura, decidió que también tenía que controlar el gobierno. Pero no quería tener que cargar él mismo con ese tedioso trabajo. Necesitaba un testaferro. Así que reclutó a Ian Macmillan, el desafortunado ex comandante de la *Pinta*, que también había sido candidato en la primera elección para gobernador, que había ganado Kenji Watanabe. Nakamura le ofreció a Macmillan la gobernación a cambio de la fidelidad del escocés.

En ninguna parte de la colonia existía algo que ni remotamente se pareciera a Las Vegas. La arquitectura básica de Nuevo Edén, diseñada por los Wakefield y El Águila había sido, toda ella, simple, funcional en extremo, con geometrías sencillas y fachadas lisas: Las Vegas era recargada, extravagante, irregular, una mezcla de estilos arquitectónicos. Pero *era* interesante, y el joven Patrick O'Toole estuvo visiblemente impresionado cuando él y Max Puckett penetraron por los portones exteriores del complejo.

—¡Guau! —dijo, al contemplar el enorme cartel titilante que había sobre el pórtico.

—No quiero arruinar tu apreciación, muchacho —dijo Max, encendiendo un cigarrillo—, pero la comente que se necesita para operar ese solo cartel serviría para impulsar casi un kilómetro cuadrado de DIG.

—Usted habla como mi madre y mi tío —replicó Patrick.

Antes de entrar en el casino o en cualquiera de los clubes, cada persona tenía que firmar el registro maestro. Nakamura no perdía la menor posibilidad: llevaba un legajo completo sobre lo que cada uno de los visitantes de Las Vegas había hecho cada vez que entró. De esa manera, sabía qué parte del negocio se tenía que

ampliar y, lo que era más importante, el vicio, o los vicios especiales y favoritos de cada uno de sus clientes.

Max y Patrick entraron en el casino. Mientras estaban parados junto a una de las dos mesas de dados, Max trató de explicar al joven en qué consistía el juego. Sin embargo, Patrick no podía quitar los ojos de las camareras que, con mínimos atuendos, servían los cócteles.

—¿Alguna vez te tumbaron, muchacho? —preguntó Max.

—¿Perdón, señor? —contestó Patrick.

—¿Alguna vez tuviste sexo, ya sabes, relaciones carnales, con una mujer?

—No, señor —contestó el joven.

Una voz interna le dijo a Max que no era responsabilidad *suya* iniciar al joven en el mundo de los placeres. La misma voz también le hizo recordar que esto era Nuevo Edén y no Arkansas, o, caso contrario, habría llevado a Patrick a Xanadu y lo habría incentivado a tener su primer contacto sexual.

Había más de cien personas en el casino, una enorme multitud teniendo en cuenta el tamaño de la colonia, y todo el mundo parecía estar pasándolo bien. Las camareras realmente estaban repartiendo bebidas gratis, casi tan rápido como podían. Max agarró un margarita y le alcanzó uno a Patrick.

—No veo biots —comentó Patrick.

—No hay en el casino —repuso Max—. Ni siquiera trabajando en las mesas de juego, donde serían más eficientes que los seres humanos: el rey Jap cree que la presencia de los robots inhibe el instinto jugador. Pero los usa de modo exclusivo en todos los restaurantes.

—Max Puckett, ¡bueno, bueno, felices los ojos!

Max y Patrick se dieron vuelta. Una bella joven, que llevaba un vestido suave, rosado, se les acercaba.

—No te veo desde hace meses —dijo.

—Hola, Samantha —dijo Max, después de haberse quedado durante varios segundos sin saber qué decir, lo que no era característico en él.

—¿Y quién es este apuesto joven? —preguntó Samantha, abanicando sus largas pestañas en dirección a Patrick.

—Este es Patrick O'Toole —contestó Max—. Es...

—Oh, por Dios —exclamó Samantha—. Nunca antes vi a uno de los colonizadores originales. —Estudió a Patrick durante algunos segundos, antes de

proseguir. —Dígame, señor O'Toole, ¿es en verdad cierto que durmió durante *años*?

Patrick, con timidez, inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Mi amiga Goldie dice que todo el cuento es pura mentira, que usted y su familia son, en realidad, agentes de la AII. Ni siquiera cree que hayamos salido de la órbita de Marte... Goldie dice que todo ese horrible tiempo en los tanques también fue parte del engaño.

—Le aseguro, señora —respondió Patrick con cortesía—, que dormimos durante años. Yo no tenía más que seis años cuando mis padres me pusieron en una litera. Tenía prácticamente el mismo aspecto que tengo ahora la siguiente vez que desperté.

—Bueno, me parece fascinante, aun cuando no sé qué pensar de este asunto... Así que, Max, ¿en qué andas? Y a propósito, ¿no *me* vas a presentar de modo oficial?

—Lo siento... Patrick, ésta es la señorita Samantha Porter, del gran Estado de Mississippi. Trabaja en Xanadu...

—Soy prostituta, señor O'Toole. Una de las mejores... ¿Ya conoció antes a alguna prostituta? Patrick se sonrojó.

—No, señora.

Samantha le puso un dedo debajo del mentón.

—Es lindo —le dijo a Max—. Tráelo. Si es virgen, podría atenderlo gratis. —Le dio a Patrick un besito en los labios y, después, se dio vuelta y se fue.

A Max no se le ocurrió algo adecuado para decir después de que Samantha se retiró. Pensó en disculparse, pero decidió que no era necesario. Pasó el brazo alrededor de Patrick y los dos fueron hacia la parte de atrás del casino, donde las mesas para las apuestas más fuertes estaban separadas por un cordón.

—Muy bien, ahora —gritaba una joven que estaba de espaldas a ellos—. Con cinco y seis gano.

Patrick lanzó una mirada de sorpresa a Max.

—Ésa es Katie —dijo, apurando el paso en dirección a ella. Katie estaba completamente absorbida por el juego. Le dio una rápida pitada a un cigarrillo, se bajó de un trago la bebida que le había alcanzado el hombre de tez morena que tenía a la derecha y, después, sostuvo los dados bien en alto, por sobre la cabeza.

—Todos los números —dijo, dándole fichas al croupier—. Aquí hay veintiséis, más cinco en el difícil ocho... Ahora, aparece. Cuarenta y cuatro —dijo lanzando los

dados con un seco movimiento de la muñeca contra el extremo opuesto de la mesa.

—*Cuarenta y cuatro* —la multitud que estaba alrededor de la mesa gritó al unísono.

Katie dio saltos en el aire, abrazó con fuerza a su acompañante, se bajó otra bebida de un trago y le dio una pitada prolongada y lánguida al cigarrillo.

—Katie —dijo Patrick, justo cuando su hermana estaba a punto de tirar los dados de nuevo.

Ella se detuvo a mitad del tiro y se dio vuelta, con un gesto burlón en el rostro.

—Bueno, bueno, miren quién está aquí —dijo—. Es mi hermanito menor.

Katie se tropezó para saludarlo, mientras los croupiers y los demás jugadores de la mesa gritaban para que continúe el juego.

—Estás ebria, Katie —dijo Patrick en voz baja, mientras la sostenía en los brazos.

—No, Patrick —replicó Katie lanzándose bruscamente hacia atrás, hasta apoyarse en la mesa—. Estoy *volando*. Estoy en mi transbordador personal hacia las estrellas.

Se volvió hacia la mesa de dados y alzó el brazo derecho.

—Muy bien, ¿preparados? —gritó.

2

Otra vez los sueños vinieron en las primeras horas de la mañana. Nicole despertó y trató de recordar lo que había estado soñando pero todo lo que le venía a la memoria eran imágenes aisladas. El rostro sin cuerpo de Omeh había estado en uno de los sueños: su bisabuelo senoufo le había estado advirtiéndole sobre algo, pero Nicole no había podido entender lo que estaba diciendo. En otro sueño, Nicole había visto a Richard meterse en un océano tranquilo, justo antes de que una devastadora ola azotara la orilla.

Nicole se frotó los ojos y miró el reloj: eran casi las cuatro. *Casi la misma hora todas las mañanas de esta semana*, pensó. *¿Qué quieren decir?* Se levantó y pasó al baño.

Instantes después estaba en la cocina, vestida con su ropa de gimnasia. Bebió un vaso de agua. Un biot Abraham Lincoln, que había estado apoyado, inmóvil, contra la pared al final de la mesada, se puso en actividad y se acercó a Nicole.

—¿Querría usted café, señora Wakefield? —preguntó y tomó el vaso vacío que ella tenía en la mano.

—No, Linc —contestó Nicole—. Voy a salir ahora. Si alguien se despierta, dile que volveré antes de las seis.

Nicole fue por el corredor hacia la puerta. Antes de salir de la casa, pasó frente al estudio, que estaba en el costado derecho del corredor. Había papeles diseminados por sobre todo el escritorio de Richard, tanto al lado como arriba de la nueva computadora que él mismo había diseñado y construido. Richard estaba sumamente orgulloso de la nueva computadora que Nicole le había instado a construir, aun cuando era improbable que alguna vez llegara a reemplazar por completo al juguete electrónico favorito de Richard: la computadora de bolsillo estándar de la AIE. Richard había llevado religiosamente la pequeña portátil, aun desde antes del lanzamiento de la Newton.

Nicole reconoció la letra de su marido en algunas de las hojas pero no pudo leer nada del lenguaje simbólico para computadoras que él empleaba. *Ha pasado mucho tiempo aquí adentro, en estos últimos tiempos*, pensó Nicole, sintiendo una punzada de culpa, *aun cuando está convencido de que lo que está haciendo está mal*.

Al principio, Richard se había rehusado a participar en el esfuerzo por descifrar el algoritmo que regía las condiciones climáticas en Nuevo Edén. Nicole recordaba con claridad las discusiones que habían tenido.

—Estuvimos de acuerdo en participar en esta democracia —había opinado ella—. Si tú y yo optamos por pasar por alto sus leyes, entonces imponemos un peligroso ejemplo para los demás...

—Ésta *no* es una ley —la había interrumpido Richard—, sólo es una resolución. Y sabes tan bien como yo que es una idea inconcebiblemente estúpida. Tanto tú como Kenji lucharon contra ella... y, además, ¿no fuiste tú quien me dijo, una vez, que tenemos el *deber* de protestar contra la estupidez de la mayoría?

—Por favor, Richard —había replicado Nicole—. Puedes, naturalmente, explicarles a todos por qué crees que la resolución es equivocada. Pero este esfuerzo por develar el algoritmo ahora se convirtió en tema de campaña política. Todos los colonos saben que somos íntimos de los Watanabe: si pasas por alto la resolución, va a dar la impresión de que Kenji está tratando, deliberadamente, de socavar...

Mientras Nicole recordaba su anterior conversación con su marido, miraba

ociosamente alrededor del estudio. Cuando su mente volvió a enfocarse en el presente, se sorprendió al descubrir que estaba mirando fijo a tres pequeñas figuras que había en un anaquel abierto, encima del escritorio de Richard. *Príncipe Hal, Falstaff, EB*, pensó *¿cuánto tiempo ha pasado desde que Richard nos entretenía con ustedes?*

Nicole rememoró las largas y monótonas semanas posteriores al momento en que la familia despertó después de años de sueño. Mientras aguardaban la llegada de los demás colonos, los robots de Richard habían sido su primordial fuente de entretenimiento. En su mente, Nicole todavía podía oír las gozosas carcajadas de sus hijos y ver: cómo su marido se sonreía con deleite. *Ésas eran épocas más sencillas más fáciles*, se dijo a sí misma. Cerró la puerta del estudio y siguió caminando por el pasillo. *Antes de que la vida se volviera demasiado complicada para jugar. Ahora ustedes, amiguitos, se limitan a permanecer sentados en silencio en la repisa.*

Afuera, en el sendero, debajo del semáforo, Nicole se detuvo un instante al lado del sostén para bicicletas. Vaciló, miró la suya y después giró sobre los talones y enfiló hacia el patio trasero. Un minuto después había cruzado la zona cubierta de césped que estaba detrás de la casa y estaba en el sendero que serpenteaba ascendiendo por el monte Olimpo.

Nicole caminaba rápidamente. Estaba muy sumida en sus pensamientos. Durante largo rato no le prestó atención a lo que la rodeaba. Su mente saltaba, sin orden, de un tema a otro. De los problemas que acosaban a Nuevo Edén a sus extrañas pautas oníricas, a su angustia respecto de los hijos, especialmente de Katie.

Llegó a una bifurcación del sendero. Una señal chica, impresa con buen gusto, explicaba que el sendero de la izquierda llevaba a la estación de cablecarril, a ochenta metros de distancia. Desde allí se podía ascender hasta la cima del monte Olimpo. La presencia de Nicole en la bifurcación se detectó en forma electrónica y eso impulsó a un biot García a acercarse desde la dirección donde estaba el cablecarril.

—No se moleste —gritó Nicole—. Voy a caminar.

El panorama se hacía cada vez más espectacular, a medida que la vía en zig zag rodeaba la ladera de la montaña que daba al resto de la colonia. Nicole se detuvo en uno de los puntos de observación, a quinientos metros de altura y a apenas tres kilómetros de distancia a pie del hogar de los Wakefield, y contempló todo Nuevo

Edén. Era una noche clara y no había casi humedad en el aire.

"*No lloverá hoy*", pensó Nicole, ya que sabía que las mañanas siempre eran húmedas en los días en los que luego llovía. Inmediatamente debajo de donde estaba Nicole se encontraba el pueblo de Beauvois. Las luces de la nueva fábrica de muebles le permitían identificar la mayor parte de los conocidos edificios de la región, incluso desde esa distancia. Hacia el norte, el pueblo de San Miguel estaba oculto detrás de la voluminosa montaña. Pero más allá de la colonia, y lejos en el otro lado de una oscurecida Ciudad Central, Nicole pudo discernir los destellos de luz que señalaban Las Vegas de Nakamura.

Instantáneamente la invadió el malhumor. *Ese maldito sitio permanece abierto toda la noche, gruñó, usando importantes recursos eléctricos y ofreciendo entretenimientos desabridos.*

A Nicole le era imposible no pensar en Katie cuando miraba Las Vegas. *Tanto talento natural*, Nicole comentó para sí misma, con un sordo dolor en su corazón acompañando la imagen de su hija. No podía dejar de preguntarse si Katie todavía estaba despierta, en medio de la rutilante vida de fantasía que llevaba en el otro lado de la colonia. "*Y un desperdicio tan colosal*", pensó, meneando la cabeza.

Richard y ella habían discutido a menudo sobre Katie. Sólo había dos temas por los que peleaban: Katie y la política que se seguía en Nuevo Edén. Y no era del todo exacto decir que peleaban por cuestiones de política. Básicamente, Richard opinaba que todos los políticos, salvo Nicole y, *a lo mejor*, Kenji Watanabe, eran esencialmente gente carente de principios. El método de discusión de Richard consistía en emitir arrolladoras declaraciones sobre los insípidos acontecimientos que se producían en el Senado o, incluso, en el propio tribunal de Nicole y después se rehusaba a prestarle más consideración al tema.

Katie era otro tema. Richard siempre sostenía que Nicole era demasiado dura con Katie. *También me culpa*, pensó Nicole, mientras miraba fijo las lejanas luces, *por no pasar con ella suficiente tiempo. Sostiene que cuando yo entré en el terreno de la política colonial, comencé a ser para nuestros hijos, en el momento más crítico de sus vidas, una madre de dedicación parcial.*

Katie ya casi no venía más a casa. Todavía tenía un cuarto en la casa Wakefield, pero pasaba la mayor parte de las noches en uno de los selectos departamentos que Nakamura había construido dentro del complejo de Las Vegas.

—¿Cómo pagas el alquiler? —le había preguntado Nicole a su hija una noche,

inmediatamente antes del disgusto de costumbre.

—¿Cómo crees, mamá? —había respondido Katie, con tono beligerante—. Trabajo. Tengo mucho tiempo. Sólo estoy cursando tres materias en la universidad.

—¿Qué clase de trabajo haces? —había preguntado Nicole.

—Soy anfitriona, animadora... ya sabes, lo que se necesite —había contestado Katie con vaguedad.

Nicole apartó la vista de las luces de Las Vegas. *Claro se dijo, es del todo comprensible que Katie esté confundida: nunca tuvo adolescencia. Pero, aun así, no parece que le esté yendo mejor...* Nicole empezó a subir la montaña otra vez, velozmente, tratando de aventar su cada vez mayor abatimiento.

Entre los quinientos y los mil metros de altitud, la montaña estaba cubierta por espesos árboles que tenían cinco metros de altura. Aquí, el sendero hacia la cumbre corría por entre la montaña y el muro exterior de la colonia, en un trecho extremadamente oscuro que se extendía más de un kilómetro. Había una interrupción en esa oscuridad, cerca del final, en un punto panorámico que miraba hacia el norte.

Nicole había llegado al punto más elevado de su ascenso. Se detuvo en ese punto de observación panorámica y contempló San Miguel: *Aquí está la prueba, pensó, meneando la cabeza, de que hemos fallado aquí, en Nuevo Edén. A pesar de todo, hay pobreza y desesperanza en el Paraíso.*

Había visto venir el problema, hasta lo había predicho con precisión, hacia el final de su período de un año como gobernadora provisional. Irónicamente, el proceso que había dado lugar a San Miguel, donde el nivel de vida era la mitad más bajo que en los otros tres pueblos de Nuevo Edén, había comenzado poco después del arribo de la *Pinta*. El primer grupo de colonos se había asentado, principalmente, en el pueblo del sudeste que, más adelante, se habría de convertir en Beauvois. Así fijaron un precedente que se acentuó después de que la *Niña* llegó a Rama. Cuando se instrumentó el plan de asentamiento libre, casi todos los orientales decidieron vivir juntos en Hakone; los europeos, los norteamericanos blancos y los del Asia Central optaron por Positano o por lo que quedaba de Beauvois. Los mejicanos, otros grupos latinoamericanos, los norteamericanos negros y los africanos se dirigieron hacia San Miguel.

Como gobernadora, Nicole había tratado de resolver la segregación de facto que había en la colonia con un utópico plan de reasentamiento que a cada uno de los

cuatro pueblos le asignaba porcentajes raciales que representaban a la colonia como un todo. La propuesta hubiera sido aceptada en la época más temprana de la historia de la colonia, en particular inmediatamente después de los días transcurridos en el somnario, cuando la mayoría de los demás ciudadanos veían a Nicole como a una diosa. Pero fue demasiado tarde después de un año: la libre empresa ya había creado brechas, tanto en la riqueza personal como en el valor de los bienes raíces. Incluso los seguidores más leales de Nicole se dieron cuenta de lo impracticable que era, en ese momento, el concepto de reasentamiento ideado por la gobernadora provisional.

Después de que Nicole completó su período de gobernación, el Senado aprobó de manera resonante, que Kenji nombrara a Nicole como uno de los cinco jueces permanentes de Nuevo Edén. Sin embargo, la imagen de Nicole en la colonia decayó considerablemente cuando se dio amplia publicidad a los comentarios que había hecho en defensa del abortado plan de reasentamiento. Nicole había arguido que para los colonos era esencial vivir en vecindarios pequeños, integrales, de modo de desarrollar una verdadera apreciación de las diferencias raciales y culturales. Sus críticos pensaron que Nicole era "una ingenua irremediable".

Nicole se quedó mirando las parpadeantes luces de San Miguel durante varios minutos más, mientras descansaba del arduo ascenso a la montaña. Inmediatamente antes de dar la vuelta y dirigirse de regreso a su hogar en Beauvois recordó de pronto otro conjunto de luces parpadeantes, que provenía del pueblo de Davos, en Suiza, allá en el planeta Tierra. Durante las últimas vacaciones de esquí de Nicole, ella y su hija Genevieve habían cenado en la montaña que estaba por sobre Davos y, después de comer, se habían tomado de las manos en medio del tonificante frío, en el balcón del restorán. Las luces de Davos brillaban como diminutas piedras preciosas, muchos kilómetros por debajo de ellas. Las lágrimas inundaron los ojos de Nicole cuando pensó en el garbo y el humor de su primera hija, a la que no había visto desde hacía tantos años. *Gracias otra vez, Kenji,* murmuró mientras empezaba a caminar, recordando las fotografías que su nuevo amigo había traído desde la Tierra, *por compartir conmigo tu visita a Genevieve.*

Una vez más, todo estuvo negro alrededor de Nicole, mientras desandaba el zigzagueante camino que iba por la ladera de la montaña. Ahora tenía el muro exterior de la colonia a su izquierda. Siguió pensando sobre la vida en Nuevo Edén. *Necesitamos un coraje especial ahora,* se dijo. *Coraje, valores y visión.* Pero, en su

corazón, temía que lo peor todavía estaba por venir para los colonos. *Por desgracia, reflexionó, con melancolía, Richard y yo, y hasta nuestros hijos, hemos permanecido como intrusos a pesar de todo lo que hemos tratado de hacer. Es improbable que podamos cambiar mucho alguna cosa.*

Richard controló que los tres biots Einstein hubieran copiado adecuadamente los procedimientos y datos que figuraban en los diversos monitores del estudio. Cuando los cuatro salían de la casa, Nicole le dio un beso.

—Eres un hombre maravilloso, Richard Wakefield —le dijo.

—Eres la única que opina eso —repuso él, forzando una sonrisa.

—También soy la única que lo sabe —dijo Nicole. Hizo silencio durante un instante—. En serio, querido —prosiguió—, valoro lo que estás haciendo. Sé...

—No vendré muy tarde —la interrumpió Richard—. Los tres "AI" y yo sólo tenemos que poner a prueba dos ideas básicas... Si no tenemos éxito hoy, nos rendimos.

Con los tres Einstein siguiéndolo muy de cerca, Richard se apuró a llegar a la estación Beauvois y tomar el tren hacia Positano. El tren se detuvo momentáneamente junto al gran parque que había sobre el lago Shakespeare, donde dos meses atrás se había celebrado la comida campestre del Día del Asentamiento. Richard y su elenco secundario de biots bajaron, varios minutos más tarde, en Positano, y cruzaron el pueblo hasta llegar al ángulo suroeste de la colonia. Allí, después de que un ser humano y dos García revisaron sus identificaciones, se les permitió pasar, a través de la salida de la colonia, al anillo que circunscribía a Nuevo Edén. Hubo otra breve inspección electrónica, antes de que llegaran a la única puerta que se había abierto en el grueso muro exterior que rodeaba al habitat. La puerta se abrió y Richard condujo a los biots al interior mismo de Rama.

Richard había tenido recelo cuando, dieciocho meses atrás, el Senado había votado a favor de desarrollar y enviar una sonda penetrante para comprobar las condiciones ambientales en Rama afuera del módulo que ocupaban los colonos. Richard había prestado servicios en la comisión que revisó el diseño de ingeniería de la sonda: temía que el ambiente externo pudiera ser avasalladoramente hostil y que el diseño de la sonda pudiera no proteger, de modo adecuado, la integridad del habitat. Mucho tiempo y dinero se gastaron para garantizar que los confines de Nuevo Edén estuvieran herméticamente cerrados durante todo el procedimiento, aun mientras la sonda estuviera abriéndose paso poco a poco a través de muro.

Richard había perdido credibilidad en la colonia, cuando se comprobó que el ambiente imperante en Rama no tenía importantes diferencias con respecto al que había en Nuevo Edén. Afuera había oscuridad permanente y algunas variaciones pequeñas y periódicas, tanto en la presión como en los componentes de la atmósfera. Pero el ambiente ramano era tan similar al de la colonia, que los exploradores humanos ni siquiera necesitaron sus trajes espaciales. Dos semanas después de que la primera sonda revelara la benigna atmósfera de Rama, los colonos completaron el estudio cartográfico de la región de la Planicie Central, que ahora era accesible para ellos.

Nuevo Edén y una segunda construcción rectangular, casi idéntica, ubicada al sur, de la que Richard y Nicole creían que era el habitat para una segunda forma de vida, estaban encerradas juntas en otra región más grande. Ésta era también rectangular y sus barreras de color gris metálico, extremadamente altas, la separaban del resto de Rama. Las barreras de los lados norte y sur de esta región más grande eran extensiones de los muros de los habitat. Tanto en el lado este como en el oeste de los habitat acotados había, sin embargo, alrededor de dos kilómetros de espacio abierto.

En los cuatro vértices de este rectángulo exterior había enormes estructuras cilíndricas. Richard y el resto del personal tecnológico de la colonia estaban convencidos de que los impenetrables cilindros de los vértices contenían los fluidos y mecanismos de bombeo mediante los cuales se conservaban las condiciones ambientales dentro de los habitat.

La nueva región exterior, que no tenía otro techo más que el lado opuesto de Rama mismo, cubría la mayor parte del Hemicilindro norte de la espacionave. Una gran choza metálica, con forma parecida a la de un iglú, era el único edificio de la Planicie Central, entre los dos habitat. Esta choza era el centro de control de Nuevo Edén, y estaba situada a aproximadamente dos kilómetros al sur del muro de la colonia.

Cuando salieron de Nuevo Edén, Richard y los tres Einstein se dirigieron hacia el centro de control, donde habían estado trabajando juntos durante casi dos semanas en un intento por penetrar en la lógica del control maestro que regía la meteorología dentro de Nuevo Edén. A pesar de la objeción de Kenji Watanabe, el Senado ya había asignado fondos para un "esfuerzo extremo" de los "mejores ingenieros" de la colonia, para alterar el algoritmo meteorológico de los extraterrestres. Habían

promulgado esa legislación después del testimonio público de un grupo de científicos japoneses que habían sugerido que se *podían* mantener condiciones meteorológicas estables dentro de Nuevo Edén, aun con los niveles más altos de dióxido de carbono y de humo que había en la atmósfera.

Era una conclusión apetecible para los políticos: si la prohibición de quemar madera y el desarrollo de una red reconstituida de DIG no eran verdaderamente *necesarios*, y lo único que se precisaba era ajustar algunos parámetros del algoritmo alienígena al que originariamente se había diseñado con algunas suposiciones que ya no eran válidas, bueno pues...

Richard odiaba esa clase de razonamiento. Evitar el asunto durante tanto tiempo como sea posible... así lo llamaba él. Sin embargo, debido a las súplicas de Nicole y también al fracaso total de los demás ingenieros de la colonia en entender cualquier faceta del proceso de control meteorológico, Richard había aceptado acometer la tarea. Sin embargo, había insistido en trabajar esencialmente solo, con la única ayuda de los Einstein.

El día que Richard había planeado hacer su último intento por descifrar el algoritmo meteorológico de Nuevo Edén, él y sus biots se detuvieron cerca de un sitio ubicado a un kilómetro de la salida de la colonia. Bajo las grandes luces, Richard pudo ver un grupo de arquitectos e ingenieros que trabajaban en una mesa muy larga.

—El canal va a ser difícil de construir: el suelo es muy blando.

—Pero, ¿qué hay sobre el desagüe cloacal? ¿Debemos excavar letrinas o transportar el material de desecho de vuelta a Nuevo Edén, para que se lo procese?

—Las exigencias de energía para este asentamiento van a ser de gran magnitud. No sólo la iluminación, debido a la oscuridad ambiente, sino también la de todos los artefactos. Por añadidura, estamos tan lejos de Nuevo Edén que debemos tomar en cuenta pérdidas grandes en las líneas... Nuestros mejores materiales semiconductores son demasiado importantes para esta aplicación.

Richard sintió una mezcla de repugnancia e ira al escuchar la conversación: los arquitectos e ingenieros estaban efectuando un estudio de factibilidad para un pueblo externo que podía albergar a los portadores del RV-41. El proyecto, cuyo nombre era Avalon, fue el resultado de un delicado compromiso político entre el gobernador Watanabe y la oposición: Kenji había permitido que se concedieran fondos a la investigación, para demostrar que tenía "mentalidad abierta" para

manejar el problema del RV-41.

Richard y los tres Einstein siguieron bajando por el sendero, en dirección sur. Justo al norte del centro de control, se toparon con un grupo de seres humanos y biots que se dirigían hacia el sitio de sondeo del segundo habitat y llevaban un equipo impresionante.

—Hola, Richard —dijo Marilyn Blackstone, la colega británica a la que Richard había recomendado para que dirigiera el trabajo de sondeo. Marilyn era de Taunton, en Somerset. Se había recibido de ingeniería en Cambridge, en 2232, y era sumamente competente.

—¿Cómo anda el trabajo? —preguntó Richard.

—Si tienes un minuto, ven y echa un vistazo —sugirió Marilyn. Richard dejó a los tres Einstein en el centro de control y acompañó a Marilyn y su equipo a cruzar la Planicie Central, hacia el segundo habitat. Mientras caminaba, recordaba su conversación con Kenji Watanabe y Dmitri Ulanov, en el despacho del gobernador, una de las tardes antes de que el proyecto de sondeo recibiera la aprobación oficial.

—Quiero que quede en claro —había dicho Richard— que me opongo categóricamente a todos y cualquiera de los esfuerzos por invadir a ese otro habitat. Nicole y yo estamos convencidos de que alberga otra clase de vida. No existe argumento que demuestre que la invasión es imperiosa.

—Supongamos que está vacío —había contestado Dmitri—. Supongamos que alguien puso el habitat ahí para nosotros porque cree que somos lo suficientemente inteligentes como para resolver cómo usarlo.

—Dmitri —casi había gritado Richard— ¿escuchó usted algo de lo que Nicole y yo hemos estado diciéndoles todos estos meses? Usted todavía se aferra a un absurdo concepto homocéntrico, respecto de nuestro lugar en el universo. Debido a que somos la especie dominante en el planeta Tierra, usted *supone* que somos seres superiores. *No* lo somos. Debe de haber cientos...

—Richard —lo había interrumpido Kenji, con tono suave—, conocemos tu opinión sobre este asunto. Pero los colonos de Nuevo Edén no coinciden contigo. Nunca vieron a El Águila, a las octoarañas o a cualquiera de los demás seres maravillosos de los que hablas. Los colonos quieren saber si tienen espacio para extenderse...

"Kenji ya estaba asustado entonces", pensaba Richard, mientras él y el equipo de exploración se acercaban al segundo habitat. "Todavía tiene terror de que Macmillan lo derrote a Ulanov en la elección y le entregue la colonia a Nakamura. "

Dos biots Einstein empezaron a trabajar en cuanto el equipo llegó al sitio de sondeo. Con cuidado, instalaron el trépano láser compacto en el punto en el que ya se había practicado un agujero en el muro. A los cinco minutos, el trépano estaba ampliando el agujero que había en el metal.

—¿A qué profundidad llegaron? —preguntó Richard.

—Nada más que a unos treinta y cinco centímetros —contestó Marilyn—. Lo estamos haciendo con mucha lentitud. Si el muro tiene el mismo espesor que el nuestro, pasarán otras tres o cuatro semanas antes de que lo hayamos traspasado... A propósito, el análisis espectrográfico de partes del muro señala que es del mismo material que nuestro muro.

—¿Y una vez que penetren en el interior? Marilyn sonrió.

—No te preocupes, Richard. Estamos siguiendo todos los procedimientos que recomendaste. Tendremos un mínimo de dos semanas de observación pasiva antes de pasar a la fase siguiente. Les vamos a dar a *ellos* la oportunidad de responder... si es que *ellos* realmente están adentro.

El escepticismo era obvio en la voz de Marilyn.

—No me digas que tú también, Marilyn —dijo Richard—. ¿Qué pasa con todos? ¿Creen que Nicole, nuestros hijos y yo simplemente inventamos todos esos relatos?

—Aseveraciones extraordinarias demandan pruebas extraordinarias —contestó la mujer.

Richard meneó la cabeza. Empezó a discutir con Marilyn pero se dio cuenta de que había cosas más importantes para hacer. Después de algunos minutos de cortés conversación sobre temas de ingeniería, se fue caminando de regreso al centro de control, donde lo aguardaban sus Einstein.

Lo grandioso de trabajar con los biots Einstein era que Richard podía intentar muchas ideas al mismo tiempo. Toda vez que le venía a la mente algún enfoque en particular, se lo podía esbozar a uno de los biots y tener plena confianza en que ese enfoque se instrumentaría en la forma adecuada. Los Einstein en sí nunca sugerían un nuevo método; sin embargo, eran perfectos dispositivos de memoria y a menudo te recordaban a Richard si una de sus ideas era similar a un técnica anterior que había fracasado.

Todos los demás ingenieros de la colonia que habían intentado modificar el algoritmo meteorológico habían comenzado por tratar de entender el funcionamiento interno de la supercomputadora alienígena, que estaba situada en el medio del

centro de control. Ése había sido el error fundamental. Como Richard sabía a priori que la operación interna de la supercomputadora era para él indistinguible de algo mágico, se concentró en aislar e identificar las señales de salida que emanaban del inmenso procesador. Después de todo, razonaba Richard, la estructura básica del proceso debe de ser directa. Algún conjunto de mediciones define las condiciones existentes dentro de Nuevo Edén en cualquier momento dado. Los algoritmos alienígenas tienen que utilizar estos datos de medición para procesar instrucciones que, de alguna manera, se transmiten a las enormes estructuras cilíndricas, donde tiene lugar la verdadera actividad física que produce las modificaciones de la atmósfera del interior del habitat.

Richard no tardó mucho en dibujar un diagrama en bloque del funcionamiento del proceso. Como no había contactos eléctricos directos entre el centro de control y las estructuras cilíndricas, era evidente que entre las dos entidades había alguna clase de comunicación electromagnética. Pero, ¿cuál? Cuando Richard recorrió el espectro para ver en qué longitudes de onda estaba teniendo lugar la comunicación, encontró muchas señales potenciales.

Analizar e interpretar esas señales era como buscar una aguja en un pajar. Con los biots Einstein ayudándolo, Richard finalmente determinó que las transmisiones más frecuentes estaban en el ancho de banda de las microondas. Durante una semana, él y los Einstein catalogaron los intercambios de microondas, repasando las condiciones meteorológicas de Nuevo Edén, tanto antes como después, y tratando de acotar el conjunto específico de parámetros que modulaban la intensidad de la respuesta en el lado de la interfaz correspondiente al cilindro. Durante esa semana, Richard también ensayó y convalidó un transmisor portátil de microondas que él y los biots habían construido juntos. La meta de Richard era la de producir una señal de instrucción que pareciera salir del centro de control.

Su primer intento serio durante el último día fue un completo fracaso. Al intuir que la precisión de la sincronización de su transmisión podría ser el problema, Richard y los Einstein desarrollaron una rutina para control de secuencias, que les iba a permitir lanzar una señal con una precisión medible en femtosegundos, de modo que los cilindros recibirían la instrucción dentro de una fracción de tiempo extremadamente reducida.

Un instante después de que Richard envió a los cilindros lo que él creía era un nuevo conjunto de parámetros, una fuerte alarma resonó en el centro de control. Al

cabo de unos segundos una imagen fantasmal de El Águila apareció en el aire, por encima de Richard y de los biots.

—Seres humanos —dijo el holográfico Águila—, tengan mucho cuidado. Gran cuidado y conocimiento se emplearon para diseñar el delicado equilibrio de su habitat. No alteren los algoritmos críticos a menos que se presente una legítima emergencia.

Aun cuando estaba pasmado, Richard actuó de inmediato, ordenándoles a los Einstein que registraran todo lo que estaban viendo. El Águila repitió su advertencia una segunda vez y después se desvaneció, pero toda la escena quedó guardada en los subsistemas de grabación magnetovideofónica de los biots.

3

—¿Vas a estar deprimido para siempre? —preguntó Nicole, mirando a su marido al otro lado de la mesa donde desayunaban—. Además, hasta ahora nada terrible ocurrió: las condiciones climáticas se mantuvieron bien.

—Creo que están mejor que antes, tío Richard —se esforzó Patrick—. Eres un héroe en la universidad... aun cuando algunos de los chicos creen que eres parte alienígena.

Richard logró esbozar una sonrisa.

—El gobierno no está siguiendo mis recomendaciones —dijo en voz baja—, y no está prestando la menor atención a la advertencia de El Águila. Hasta hay algunos, en la oficina de ingeniería, que andan diciendo que yo mismo creé el holograma de El Águila ¿Se pueden imaginar eso?

—Kenji cree lo que le dijiste, querido.

—Entonces, ¿por qué está permitiendo que todos los de meteorología continuamente aumenten la intensidad de la reacción establecida? No tienen manera de predecir los efectos a largo plazo.

—¿Qué es lo que te preocupa, papá? —preguntó Ellie un instante después.

—Manejar un volumen tan grande de gases es un proceso muy complicado, Ellie, y siento gran respeto por los extraterrestres que diseñaron la infraestructura de Nuevo Edén en primer lugar. *Ellos* fueron los que insistieron en que las concentraciones de dióxido de carbono y de partículas se tienen que mantener

debajo de niveles específicos. Estoy seguro de que sabían lo que decían.

Patrick y Ellie terminaron el desayuno y se retiraron de la mesa. Varios minutos más tarde, después de que los muchachos salieron de la casa, Nicole dio vuelta alrededor de la mesa y puso las manos sobre los hombros de Richard.

—¿Recuerdas la noche que discurremos sobre Albert Einstein con Patrick y Ellie? Richard miró a Nicole con el ceño fruncido.

—Más tarde, esa noche, cuando estábamos en la cama, comenté que el descubrimiento que Einstein hizo de la relación entre materia y energía fue "terrible", porque condujo a la existencia de las armas termonucleares... ¿Recuerdas tu respuesta? Richard sacudió la cabeza.

—Me dijiste que Einstein era un científico y que el trabajo de su vida era el de buscar el conocimiento y la verdad. "No hay conocimiento que sea terrible", dijiste, "es únicamente lo que otros seres humanos *hacen* con ese conocimiento a lo que se puede denominar terrible."

Richard sonrió.

—¿Me estás tratando de absolver de responsabilidad en este asunto del clima?

—Puede ser —contestó Nicole. Se inclinó y lo besó en los labios—. Sé que eres uno de los seres humanos más inteligentes, más creativos, que haya existido jamás y no me gusta verte cargar con todas las preocupaciones de la colonia en tus hombros.

Richard le devolvió el beso con considerable intensidad.

—¿Crees que podamos terminar antes de que Benjy despierte? —susurró—. No tiene clases hoy y anoche se quedó despierto hasta muy tarde.

—Puede ser —respondió Nicole, con sonrisa seductora—. Por lo menos, podemos intentarlo. Mi primer caso recién está previsto para las diez en punto.

El curso superior que Eponine dictaba en la Escuela Secundaria Central, llamado, simplemente, "Arte y Literatura", abarcaba muchos aspectos de la cultura que los colonos habían, por lo menos temporariamente, dejado atrás. En los fundamentos académicos básicos, Eponine cubría un conjunto multicultural y ecléctico de fuentes y alentaba a los alumnos para que continuaran un estudio independiente en cualquier campo específico que hallaran estimulante. Aunque siempre seguía un plan en las lecciones y un programa de estudios en la enseñanza, Eponine era ese tipo de educadora que adaptaba cada una de sus clases a los temas que interesaban a los alumnos.

Eponine misma opinaba que *Les Misérables* de Víctor Hugo, era la más grandiosa novela jamás escrita y que el pintor impresionista del siglo XIX, Pierre Auguste Renoir, de la ciudad natal de Eponine, Limoges, fue el mejor pintor que haya existido. Ella incluía la obra de sus dos compatriotas en la clase, pero estructuraba cuidadosamente el resto del material de referencia de modo de brindarle una justa representación a otras naciones y culturas.

Dado que los biots Kawabata la ayudaban todos los años con la obra que representaban los alumnos, fue algo natural emplear las novelas del verdadero Kawabata, *Mil grullas* y *El país de Nieve*, como ejemplos de literatura japonesa. Las tres semanas sobre poesía comprendían desde Frost hasta Rilke, pasando por Omar Khayyam. Sin embargo, el principal foco poético era Benita García, no sólo debido a la presencia de los biots García por todo Nuevo Edén, sino porque la poesía y la vida de Benita García eran fascinantes para los jóvenes.

El año que a Eponine se le exigió usar la banda roja alrededor del brazo, después de que sus exámenes indicaron presencia positiva de anticuerpos para el RV-41, en su clase avanzada solamente quedaron once alumnos. Los resultados de esos exámenes médicos le plantearon a la administración de la escuela un difícil dilema. Aunque el inspector había resistido valientemente los esfuerzos de un estridente grupo de padres, en su mayoría de Ha Kone, que había exigido que "despidieran" a Eponine de la escuela secundaria. No obstante, él y su personal cedieron un tanto a la histeria de la colonia al convertir al curso superior de Eponine en optativo: como resultado, su clase fue mucho más reducida que en los dos años anteriores.

Ellie Wakefield era la alumna favorita de Eponine. A pesar de las grandes lagunas en los conocimientos de la joven, debido a los años que transcurrió dormida en el viaje de regreso desde El Nudo al Sistema Solar, su inteligencia natural y su avidez por aprender convertían en un placer tenerla en el aula. A menudo, Eponine le pedía a Ellie que llevara a cabo tareas especiales. La mañana que la clase empezó a estudiar a Benita García, —casualmente, la misma mañana que Richard Wakefield había discutido con su hija las preocupaciones que tenía sobre las actividades de control meteorológico en la colonia—, a Ellie se le había pedido que aprendiera de memoria uno de los poemas del primer libro de Benita García, *Sueños de un muchacha mejicana*, escrito cuando la mujer mejicana todavía era adolescente. Sin embargo, antes de que Ellie recitara, Eponine trató de atizar la imaginación de los jóvenes dándoles una breve clase sobre la vida de Benita.

—La *verdadera* Benita García fue una de las mujeres más asombrosas que hayan existido jamás —dijo Eponine, señalando con la cabeza al inexpresivo biot García que estaba parado en el rincón del aula y ayudaba a Eponine en todas las tediosas tareas rutinarias de la enseñanza—. Poeta, cosmonauta, líder política, mística... su vida fue tanto un reflejo de la historia de su época como una inspiración para todos.

"Su padre era un importante terrateniente del estado mejicano de Yucatán, lejos del corazón artístico y político de la nación. Benita era hija única, descendiente de madre maya y de un padre mucho más viejo. Pasó la mayor parte de su niñez sola, en la plantación familiar cercana a las maravillosas minas mayas de Puuc, en Uxmal. Cuando era niña, Benita frecuentemente jugaba entre las pirámides y edificios de ese centro ceremonial de mil años de antigüedad.

"Fue una alumna dotada desde el comienzo pero fueron su imaginación y pujanza las que verdaderamente la apartaron de los demás alumnos de su clase. Benita escribió su primer poema cuando tenía nueve años y, para los quince, época en la que estaba en un internado católico de la capital yucateca de Mérida, dos de sus poemas se habían publicado en el prestigioso *Diario de México*.

"Después de terminar la secundaria, Benita sorprendió a sus profesores y familiares cuando anunció que deseaba ser cosmonauta. En 2129, fue la primera mejicana que ingresaba en la Academia Espacial de Colorado. Cuando se recibió, cuatro años más tarde, los profundos recortes de presupuesto para la investigación espacial ya habían empezado. Después del derrumbe financiero de 2134, el mundo se precipitó en la depresión a la que se conoce como Gran Caos y virtualmente, toda exploración espacial se detuvo. Benita fue despedida por la AIE en 2137, y creyó que su carrera espacial había terminado.

"En 2144, una de las últimas naves de transpone interplanetario, el James Martin, retornó con serias dificultades técnicas de Marte a la Tierra y trajo principalmente, mujeres y niños de las colonias marcianas. La nave espacial a duras penas pudo llegar a la órbita de la Tierra, y parecía que todos los pasajeros iban a morir. Benita García y tres de sus amigos del cuerpo de cosmonautas equiparon con toda celeridad un vehículo de rescate y lograron salvar a veinticuatro de los viajeros en la misión espacial más espectacular de todos los tiempos...

La mente de Ellie flotó lejos de la narración de Eponine. Imaginó cuánto regocijo habría existido en la misión de rescate de Benita. Benita había pilotado el vehículo en forma manual, sin línea vital de comunicaciones con el centro de operaciones de

la Tierra, y arriesgó su vida para salvar la de otros. ¿Podría haber mayor compromiso con los congéneres?

Mientras pensaba en la abnegación de Benita García, una imagen de Nicole surgió en la mente de Ellie. A eso siguió rápidamente todo un montaje de imágenes de Nicole: primero, Ellie vio a su madre vistiendo la toga de juez y hablando con toda claridad ante el Senado. Después, Nicole le masajeaba el cuello a Richard, en el estudio, ya bien avanzada la noche; le enseñaba pacientemente a Benjy a leer, un día tras otro; iba al lado de Patrick en una bicicleta para jugar al tenis en el parque, o le decía a Linc qué preparar para la cena. En la última imagen, Nicole estaba sentada en la cama de Ellie muy tarde, en la noche, contestando preguntas sobre la vida y el amor. *Mi madre es mi heroína*, Ellie se dio cuenta de pronto. *Es tan abnegada como Benita García*.

"... Imaginen una muchachita mejicana de dieciséis años que vuelve a casa durante las vacaciones del internado y que trepa lentamente los empinados escalones de la Pirámide del Mago, en Uxmal. Debajo de ella, en la ya cálida mañana de primavera, las lagartijas juegan entre las rocas y las ruinas...

Eponine hizo una leve señal con la cabeza a Ellie: era el momento de decir su poema. Se paró al lado de su asiento y recitó:

"Todo lo has visto, vieja lagartija.
Has visto nuestras alegrías, nuestras lágrimas,
nuestros corazones llenos de sueños
y terribles deseos.
¿Y eso nunca cambia?
¿Es que acaso la madre india de mi madre
se sentó en estos escalones
hace mil años
y te contó las pasiones
que no podía, que no iba a compartir?
A la noche miro las estrellas
y me atrevo a verme entre ellas.
Mi corazón se remonta por sobre estas pirámides,
volando libre hacia donde-todo-puede-ser.
Sí, Benita, las lagartijas me dicen,

sí a ti y a la madre de tu madre,
cuyos anhelantes sueños años atrás
se harán realidad en ti. "

Cuando Ellie terminó, lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas. Su profesora y los demás alumnos probablemente creyeron que se había sentido profundamente conmovida por el poema y por la clase sobre Benita García. Sencillamente, no podían entender que Ellie acababa de experimentar una epifanía emocional, que acababa de descubrir la verdadera profundidad del amor y del respeto que le profesaba a su madre.

Era la última semana de ensayos para la obra de la escuela. Eponine había escogido una obra antigua, *Esperando a Godot*, del escritor del siglo xx, laureado con el Nobel, Samuel Beckett, debido a que su tema era aplicable a la vida en Nuevo Edén. Los dos personajes principales, ambos vestidos con harapos durante toda la obra, eran encamados por Ellie Wakefield y Pedro Martínez, un apuesto joven de diecinueve años que había sido uno de los adolescentes "con problemas" que se agregaron al contingente de la colonia durante los últimos meses previos al lanzamiento.

Eponine no podría haber producido la obra sin los Kawabata: los biots diseñaron y crearon los foros y el vestuario, controlaban las luces, y hasta dirigían los ensayos cuando Eponine no podía estar presente. La escuela tenía cuatro Kawabata en total, y tres de ellos estaban bajo la jurisdicción de Eponine durante las seis semanas inmediatamente precedentes a la obra.

—Buen trabajo —gritó Eponine, acercándose a los estudiantes que estaban en el escenario—. Ya fue suficiente trabajo por hoy.

—Señorita Wakefield —dijo Kawabata Número 052—, hubo tres momentos en los que sus palabras no fueron exactamente correctas. En el parlamento que empieza...

—Díselo mañana —interrumpió con delicadeza Eponine, haciendo un ademán para que el biot se alejara—, tendrá más significado para ella entonces. —Se dio vuelta para mirar al pequeño grupo de actores. —¿Hay alguna pregunta?

—Sé que ya hablamos de esto antes, señorita Eponine —dijo Pedro Martínez, con tono vacilante—, pero me ayudaría si lo pudiéramos discutir otra vez... Usted nos dijo que Godot no era una persona, que él o ella, en realidad, era un concepto o una fantasía... que todos estábamos esperando algo... Lo siento, pero me resulta difícil

entender con exactitud qué...

—Toda la obra es, básicamente, un comentario sobre lo absurdo de la vida — contestó Eponine, al cabo de algunos segundos—. Nos reímos porque nos vemos reflejados en esos zaparrastrosos que están sobre el escenario; escuchamos nuestras propias palabras cuando hablan. Lo que Beckett captó es el anhelo esencial del espíritu humano. Quienquiera que sea, Godot hará que todo esté bien. De algún modo va a transformar nuestra vida y a hacernos felices.

—¿Godot no podría ser Dios? —preguntó Pedro.

—Claro que sí —contestó Eponine—. O hasta los extraterrestres superavanzados que construyeron la nave espacial Rama y supervisaron El Nudo, en el que estuvieron Ellie y su familia. Cualquier poder, fuerza o ser que sea una panacea para los infortunios del mundo podría ser Godot. Eso hace que la obra sea universal.

—Pedro —una voz perentoria gritó desde la parte trasera del pequeño anfiteatro.

—Un minuto, Mariko —respondió el joven—. Estamos teniendo una interesante discusión. ¿Por qué no te unes a nosotros? La muchacha japonesa permaneció parada en la puerta.

—No —dijo con rudeza—. No quiero... vámonos ahora.

Eponine disolvió la reunión y Pedro saltó del escenario. Ellie se acercó hasta ponerse al lado de su profesora, mientras el joven se dirigía con celeridad hacia la puerta.

—¿Por qué él la deja proceder de esa manera? —reflexionó Ellie en voz alta.

—No me lo preguntes —contestó Eponine, encogiendo los hombros—. Ciertamente no soy una experta cuando de relaciones sentimentales se trata.

Esa chica Kobayashi es un problema, pensó Eponine, recordando que Mariko las había tratado a Ellie y a ella como si fueran insectos, una noche después del ensayo. *Los hombres son tan estúpidos a veces*.

—Eponine —preguntó Ellie—, ¿tiene alguna objeción a que mis padres vengan al ensayo final? Beckett es uno de los dramaturgos favoritos de mi padre y...

—Claro que pueden venir —contestó Eponine—. Tus padres son bienvenidos en cualquier momento. Además, les quiero agradecer...

—*Señorita Eponine* —un joven gritó desde el otro lado de la sala. Era Derek Brewer, uno de los alumnos que estaba enamorado de Eponine. Derek corrió unos pasos más hacia ella, y después volvió a gritar:

—¿Escuchó la noticia?

Eponine negó con la cabeza. Era obvio que Derek estaba muy exaltado.

—¡El juez Mishkin dictó un fallo estableciendo que las bandas alrededor de los brazos son inconstitucionales!

A Eponine le llevó unos segundos absorber la información. Para ese entonces, Derek estaba a su lado, encantado de haber sido el que trajera la noticia.

—¿Estás... estás seguro? —preguntó Eponine.

—Acabamos de escucharlo en la radio de la oficina.

Eponine acercó la mano hacia su brazo y la odiada banda roja Les lanzó una mirada a Derek y Ellie y, con un solo movimiento veloz, se arrancó la banda y la arrojó por el aire. Mientras la miraba describir una parábola descendente hacia el suelo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Gracias, Derek —dijo.

Al cabo de unos instantes, Eponine sintió cuatro jóvenes brazos que la rodeaban.

—Felicitaciones —dijo Ellie en voz baja.

4

El puesto de hamburguesas de Ciudad Central estaba manejado sólo por biots: dos Lincoln administraban el concurrido restorán y cuatro García recibían las órdenes de los clientes. La preparación de la comida estaba a cargo de un par de Einstein y todo el sitio se mantenía inmaculado merced a un solo Tiasso. El puesto le generaba un enorme rédito a su propietario porque no había costos, salvo la conversión inicial del edificio y las materias primas.

Ellie siempre comía allí los jueves a la noche, cuando trabajaba en el hospital como voluntaria. El día que se iba a conocer como el de la Proclama Mishkin, se unió a Ellie en el puesto de hamburguesas la profesora Eponine, ahora desprovista de banda.

—Me pregunto por qué nunca te vi en el hospital —dijo Eponine, mientras mordía una papa frita—. De todos modos, ¿qué haces ahí?

—Principalmente hablo con los niños enfermos —contestó Ellie—. Hay cuatro o cinco con enfermedades graves, hasta un niño con RV-41. Ellos agradecen la visita de los seres humanos. Los biots Tiasso son muy eficientes para manejar el hospital y llevar a cabo todos los trámites pero no son tan compasivos.

—Si no te importa que te pregunte —dijo Eponine, después de masticar y tragar un bocado de hamburguesa—, ¿por qué lo haces? Eres joven, hermosa, saludable. Debe de haber mil cosas que podrías hacer en cambio.

—En verdad, no —contestó Ellie—. Mi madre tiene un sentido comunitario muy fuerte, como ya sabes, y me siento valiosa después de que hablo con los chicos. —Vaciló un momento. —Además, soy torpe desde el punto de vista social. Físicamente, tengo diecinueve o veinte años, lo que es mucho para la escuela secundaria, pero casi no tengo experiencia social. —Se sonrojó. —Una de mis amigas de la escuela me dijo que los muchachos están convencidos de que soy extraterrestre.

Eponine le sonrió a su alumna favorita.

Aun ser una alienígena sería mejor que tener RV-41, pensó Eponine, pero los muchachos realmente se pierden algo bueno si te dejan de lado.

Las dos mujeres terminaron su cena y salieron del pequeño restorán. Fueron caminando y entraron en la plaza de Ciudad Central. En el medio de la plaza había un monumento, de forma propiamente cilíndrica, que se había inaugurado en las ceremonias relacionadas con la primera celebración del Día del Asentamiento. El monumento tenía dos metros y medio de altura. Suspendido en el cilindro, a la altura de los ojos del observador, había una esfera transparente de un diámetro de cincuenta centímetros. La lucecita que había en el centro de la esfera representaba al Sol; el plano paralelo al suelo era el plano de la eclíptica que contenía a la Tierra y los demás planetas del Sistema Solar, y las luces esparcidas por toda la esfera mostraban la correcta posición relativa de todas las estrellas dentro de un radio de veinte años luz respecto del Sol.

Una línea de iluminación conectaba el Sol con Sirio, indicando la trayectoria que los Wakefield habían seguido en su odisea hacia, y desde, El Nudo. Otra diminuta línea de luz se extendía desde el Sistema Solar, a lo largo de la trayectoria que había seguido Rama III desde que obtuvo a los colonos humanos en la órbita de Marte. La nave espacial huésped, que estaba representada por una gran luz roja titilante, habitualmente tenía una posición que estaba a un tercio del trayecto entre el Sol y la estrella Tau Ceti.

—Tengo entendido que la idea de este monumento originariamente provino de tu padre —dijo Eponine, mientras las dos mujeres permanecían de pie al lado de la esfera celeste.

—Sí —contestó Ellie—. Papá es extremadamente creativo en todo lo que atañe a la ciencia y a la electrónica. Eponine contempló la luz roja centelleante.

—¿Le molesta que estemos yendo en una dirección diferente, opuesta a Sirio y a El Nudo? Ellie se encogió de hombros.

—No lo creo. No hablamos mucho al respecto... Una vez me dijo que, de todos modos, ninguno de nosotros podía entender lo que estaban haciendo los extraterrestres.

Eponine recorrió con la vista la plaza circundante.

—Mira a toda esa gente que corre de aquí para allá. La mayoría ni siquiera se detiene para ver dónde estamos... Yo compruebo nuestra posición una vez por semana, como mínimo. —De pronto, se puso muy seria. —Desde el momento mismo en que me diagnosticaron el RV-41, he tenido esa necesidad compulsiva de saber con exactitud dónde estoy en el universo... Me pregunto si eso forma parte de mi miedo a morir.

Después de un prolongado silencio, Eponine puso el brazo sobre el hombro de Ellie.

—¿Alguna vez le preguntaste a El Águila sobre la muerte? —preguntó.

—No —repuso Ellie en voz baja—. Pero yo tenía sólo cuatro años cuando salí de El Nudo. Ciertamente, no tenía el concepto de la muerte.

—Cuando era una niña, pensaba como una niña... —Eponine dijo para sí misma. Rió—. ¿De *qué* hablabas con El Águila?

—No lo recuerdo con exactitud —dijo Ellie—. Patrick me dijo que a El Águila le gustaba especialmente mirarnos jugar con nuestros juguetes.

—¿De veras? —dijo Eponine—. Ésa sí que es una sorpresa. Por la descripción de tu madre, me habría imaginado que El Águila era demasiado formal como para interesarse por el juego.

—Todavía lo puedo ver con claridad, en mi imaginación —dijo Ellie—, aun cuando yo era una niña. Pero no puedo recordar cómo era su voz.

—¿Alguna vez soñaste con él? —preguntó Eponine unos segundos más tarde.

—Oh, sí. Muchas veces. Una vez estaba parado en la copa de un árbol enorme, mirándome desde las nubes.

Eponine rió otra vez. Después, miró con rapidez el reloj.

—¡Oh, no! —dijo—. Estoy atrasada para mi consulta. ¿A qué hora tienes que estar en el hospital?

—A las siete.

—Entonces es mejor que nos pongamos en marcha.

Cuando Eponine se presentó en el consultorio del doctor Turner para que le hiciera su revisión bimensual, el Tiasso a cargo la llevó al laboratorio, le extrajo muestras de sangre y orina y después le pidió que se sentara. El biot le informó a Eponine que el doctor estaba atrasado.

Un hombre de tez negra oscura, con ojos penetrantes y sonrisa amistosa, también estaba sentado en la sala de espera.

—Hola —dijo, cuando se encontraron sus miradas—, mi nombre es Amadou Diaba. Soy farmacéutico.

Eponine se presentó y pensó que había visto a ese hombre antes.

—Gran día, ¿eh? —dijo el hombre después de un breve silencio—. Qué alivio sacarse esa maldita banda del brazo.

Entonces fue que Eponine recordó a Amadou: lo había visto una vez o dos en las reuniones del grupo de quienes padecían del RV-41. Alguien le dijo a Eponine que Amadou había contraído el retrovirus a través de una transfusión de sangre, en los primeros días de la colonia. *¿Cuántos de nosotros hay en total?*, pensó Eponine. *¿Noventa y tres? ¿0 noventa y cuatro? Cinco de los cuales contrajeron la enfermedad a través de una transfusión...*

—Parece que las buenas noticias siempre vienen de a dos —estaba diciendo Amadou—; la Proclama Mishkin se anunció sólo unas horas antes de que se viera por primera vez a esos bichos con patas.

Eponine lo miró con curiosidad.

—¿De qué está hablando?

—¿Todavía no se enteró de lo de los bichos con patas? —dijo Amadou, riendo levemente—. ¿Dónde diablos ha estado?

Amadou esperó algunos segundos antes de comenzar su explicación.

—En los últimos días, el equipo de exploración que está en el otro habitat estuvo en el proceso de ampliar su sitio de penetración. Hoy se vieron súbitamente enfrentados a seis extraños seres que reptaron fuera del agujero que se había hecho en el muro. Estos bichos con patas, como los denominó el cronista de la televisión, aparentemente viven en el otro habitat: parecen pelotas peludas de golf, a las que se unen seis patas gigantescas, articuladas, y se mueven muy, pero muy, rápido... Caminaron por encima de los hombres, los biots y los equipos mecánicos durante cerca

de una hora. Después, volvieron a desaparecer dentro del sitio de penetración.

Eponine estaba a punto de hacer algunas preguntas sobre los bichos con patas, cuando el doctor Turner salió de su consultorio.

—Señor Diaba y señorita Eponine —dijo— tengo un informe detallado para cada uno de ustedes. ¿Quién quiere ser el primero?

El médico todavía tenía los ojos azules más magníficos que se hubieran visto.

—El señor Diaba llegó aquí antes que yo —contestó Eponine—. Así que...

—Las damas siempre primero —interrumpió Amadou—... aun en Nuevo Edén.

Eponine ingresó en el consultorio del doctor Turner.

—Hasta ahora, todo va bien —le dijo el médico, cuando estuvieron a solas. No queda la menor duda de que usted tiene el virus, pero no hay señales de deterioro del músculo cardíaco. No sé con certeza el porqué pero está claro que la enfermedad se desarrolla con más rapidez en algunos pacientes que en otros...

¿Cómo puede ser, mi apuesto médico, pensaba Eponine, que sigas tan de cerca todos los datos sobre mi salud pero que nunca hayas advertido, ni siquiera una sola vez, la forma en que te he mirado todo este tiempo?

—Le seguiremos suministrando las medicinas habituales para el sistema inmunológico. Carecen de efectos colaterales graves y pueden ser parcialmente responsables de que no veamos evidencia alguna de las actividades destructoras del virus... Por otra parte, ¿se está sintiendo bien?

Salieron juntos a la sala de espera. El doctor Turner repasó para Eponine los síntomas que indicarían que el virus habría avanzado a otro estadio de desarrollo. Mientras hablaban, la puerta se abrió y Ellie Wakefield entró en la sala. Al principio, el doctor Turner no prestó atención a su presencia pero instantes después experimentó una reacción tardía.

—¿La puedo ayudar, jovencita? —le preguntó a Ellie.

—Vine a hacerle una pregunta a Eponine —contestó Ellie cortésmente—. Si los estoy interrumpiendo, puedo esperar afuera.

El doctor Turner sacudió la cabeza y fue increíblemente confuso en sus comentarios finales a Eponine. Al principio, la joven no entendió lo que había pasado. Pero cuando se estaba yendo con Ellie, vio al médico mirando fijo a su alumna.

Durante tres años, pensó Eponine, estuve ansiando ver una mirada como ésa en sus ojos. No creí que este hombre pudiera tenerla. Y Ellie, bendita sea su

ingenuidad, ni siquiera se dio cuenta.

Había sido un largo día Eponine estaba sumamente cansada en el momento en que caminaba desde la estación hasta su departamento en Hakone. La liberación emocional que había sentido después de quitarse la banda del brazo ya había pasado. Ahora estaba un poco deprimida. También estaba luchando contra los celos que sentía por Ellie Wakefield.

Se detuvo delante de su departamento. La ancha banda roja que había en la puerta le recordaba a todo el mundo que un portador del RV-41 vivía allí. Agradeciéndole al juez Mishkin una vez más, Eponine arrancó cuidadosamente la tira. Dejó un contorno marcado en la puerta. *La pintaré mañana*, pensó Eponine.

Una vez en el departamento, se desplomó sobre su suave sillón y extendió el brazo para tomar un cigarrillo. Eponine sintió una oleada de placer anticipado, que la invadió cuando se puso el cigarrillo en la boca. *Nunca fumo en la escuela delante de mis alumnos*, se explicó racionalmente. *No quiero sentar un mal ejemplo para ellos. Únicamente fumo aquí, en casa. Cuando me siento sola.*

Eponine casi nunca salía de noche. Los habitantes de Hakone le habían demostrado, con toda claridad, que no la querían en su seno. Dos delegaciones, por separado, le habían pedido que se fuera del pueblo y habían aparecido varias notas malintencionadas pegadas en la puerta del departamento. Pero obcecadamente, Eponine se había resistido a mudarse. Puesto que Kimberly Henderson nunca estaba allí, Eponine tenía mucho más espacio que el que se habría podido permitir en circunstancias normales. También sabía que un portador del RV-41 no sería bien recibido en ningún otro vecindario de la colonia.

Eponine se había quedado dormida en el sillón y estaba soñando con campos de flores amarillas. Casi no oyó que alguien golpeaba a la puerta, aun cuando el sonido era muy fuerte. Le echó un vistazo al reloj de pulsera: eran las once. Cuando Eponine abrió la puerta, Kimberly Henderson entró en el departamento.

—Oh, Ep —dijo—, estoy tan contenta de que estés aquí. Necesito, con desesperación, hablar con alguien. Alguien en quien pueda confiar.

Kimberly encendió un cigarrillo con movimientos convulsivos y, de inmediato, comenzó un monólogo divagante.

—Sí, sí, lo sé —dijo Kimberly al ver la mirada de desaprobación en los ojos de Eponine. —Tienes razón, estoy drogada... pero lo necesitaba... Bendito kokomo... Por lo menos, las sensaciones artificiales de autoestima son mejores que pensar en

ti misma como en un pedazo de mierda.

Le dio una frenética pitada al cigarrillo y exhaló el humo en forma de bocanadas cortas, discontinuas.

—El muy pelotudo realmente colmó el límite esta vez, Ep... Me empujó más allá del borde... Hijo de puta presumido. Cree que puede hacer lo que quiera... Toleré sus relaciones con otras mujeres y hasta permití que algunas de las muchachitas más jóvenes se me unieran a veces: hacerlo de a tres aliviaba el aburrimiento... pero siempre fui *ichibán*, la número uno. Por lo menos, así lo creí...

Kimberly aplastó la colilla del cigarrillo y empezó a retorcerse las manos. Estaba próxima a prorrumpir en llanto.

—Así que esta noche viene y me dice que me mudo... "¿Qué?", digo, "¿Qué quieres decir?"... "Te mudas", dice... Sin sonrisa, sin discusión... "Empaca tus cosas", dice, "hay un departamento para ti detrás de Xanadu. "

"Ahí es donde viven las ramera", conteste... Sonríe un poco y no dice nada... "Así como así, me echas a un lado", digo... Monté en cólera... "No puedes hacer eso", digo... Traté de golpearlo, pero me aferró la mano y me abofeteó con fuerza... "Harás lo que te ordene", dice... "No lo haré, hijo de mil putas"... Agarré un jarrón y lo tiré. Se estrelló en una mesa y se hizo pedazos. En cuestión de segundos, dos hombres me habían trabado los brazos detrás de la espalda... "Llévensela", dijo el rey Jap.

"Me llevaron a mi nuevo departamento. Muy lindo. En el cuarto de vestir había una caja grande de kokomo armado... Me fumé todo un cigarrillo y estuve volando... "Eh", me dije a mí misma, "esto no es tan malo. Por lo menos, no tengo que complacer los extraños deseos sexuales de Toshio"... Fui al casino y me estaba divirtiendo, volaba más alto que un barrilete, hasta que los vi... en público, frente a todo el mundo... Me volví loca, vociferando, aullando, maldiciendo; hasta la atacé... alguien me golpeó en la cabeza... Caí al piso del casino y Toshio estaba sobre mí... "Si alguna vez vuelves a hacer algo como esto", me dijo, "te van a enterrar al lado de Marcello Danni."

Kimberly puso el rostro entre las manos y empezó a sollozar.

—Oh, Ep —dijo, segundos después—, me siento tan indefensa. No tengo adonde ir. ¿Qué puedo hacer?

Antes de que Eponine pudiera decir algo, Kimberly estaba hablando de nuevo.

—Ya sé, ya sé. Podría volver a trabajar en el hospital. Todavía necesitan

enfermeras, enfermeras verdaderas... a propósito, ¿dónde está tu Lincoln?

Eponine sonrió y señaló el armario.

—Bravo por ti —dijo Kimberly riendo—. Mantén el robot en la oscuridad. Hazlo salir para limpiar el baño, lavar los platos, preparar las comidas. Después, uuusshhh, de vuelta al armario... —Lanzó una risita. —Su pene no funciona. Es decir, lo tienen, o algo parecido. Es anatómicamente perfecto después de todo, pero no se les para. Una noche, cuando estaba drogada y sola, hice que uno me montara, pero no supo qué le quise decir cuando le ordené "empuja"... Tan malo como algunos hombres que conocí.

Kimberly se paró de un salto y empezó a recorrer la habitación a zancadas.

—No estoy realmente segura de por qué vine —dijo mientras encendía otro cigarrillo—. Creí que, a lo mejor, tú y yo... o sea... fuimos amigas durante un tiempo... —La voz se le fue apagando. —Estoy empezando a sentir el bajón, me estoy empezando a sentir deprimida. Es atroz, terrible. No lo puedo soportar. No sé qué esperaba, pero tú tienes tu propia vida... Es mejor que me vaya.

Kimberly cruzó la habitación y le dio a Eponine un abrazo superficial.

—Cuídate ahora, ¿sí? —dijo Kimberly—. No te preocupes por mí. Voy a estar bien.

Fue recién después de que la puerta se cerró y Kimberly se fue que Eponine se dio cuenta de que no había dicho una sola palabra mientras su ex amiga estuvo en la habitación. Eponine estaba segura de que nunca más volvería a ver a Kimberly.

5

Era una reunión abierta del Senado y cualquiera podía asistir. La galería sólo tenía trescientos asientos y todos estaban ocupados. Otro centenar de personas estaba parada contra las paredes y sentada en los pasillos. En el hemisiciclo, los veinticuatro miembros del cuerpo legislativo de Nuevo Edén fueron llamados al orden por su presidente, el gobernador Kenji Watanabe.

—Nuestras audiencias sobre presupuesto prosiguen hoy —dijo Kenji, después de golpear varias veces con el mallette, para imponer silencio a los espectadores—, con una exposición por parte del director del Hospital de Nuevo Edén, doctor Robert Turner. Nos va a resumir lo que pudo hacer con el presupuesto para salud del año

pasado, y nos va a presentar sus solicitudes para el año venidero.

El doctor Turner fue hacia el estrado y le hizo un ademán a los dos Tiasso que habían estado sentados a su lado. Prestamente, los dos biots montaron un proyector y una pantalla cúbica suspendida para el material visual que serviría de apoyo a la exposición del doctor Turner.

—Hicimos grandes avances el año pasado —empezó Turner—, tanto en la construcción de un servicio médico sólido para la colonia como en el entendimiento de nuestro enemigo, el retrovirus RV-41, que continúa atormentando a nuestra población. Durante los doce meses pasados, no sólo establecimos por completo el ciclo de vida de este complejo organismo, sino que también desarrollamos estudios que nos permiten identificar, con precisión, a todas y cada una de las personas que son portadoras de la enfermedad...

"A todo el mundo, en Nuevo Edén, se lo sometió a prueba durante un período de tres semanas, que terminó hace siete meses. En ese entonces se identificó a noventa y seis personas de la colonia como infectados con el retrovirus. Desde la finalización de las pruebas, únicamente se halló un nuevo portador. En el ínterin se produjeron tres muertes debidas al RV-41, por lo que nuestra población actual de infectados es de noventa y cuatro personas...

"El RV-41 es un retrovirus letal que ataca los músculos del corazón, haciendo que se atrofién de modo irreversible. Finalmente, el portador humano muere. No se conoce curación. Estamos experimentando con distintas técnicas para remitir la evolución de la enfermedad, y recientemente, hemos obtenido éxito esporádico, pero que no permite alcanzar conclusiones. En estos momentos, hasta que logremos un descubrimiento importante en nuestro trabajo, debemos suponer, con renuencia, que todas las personas afectadas por el retrovirus sucumbirán, con el tiempo, a su virulencia.

"El gráfico que estoy colocando en el cubo de proyección muestra las diversas etapas de la enfermedad. El retrovirus se transmite entre personas cuando se comparten los fluidos corporales, lo que entraña cualquier combinación de semen y sangre. No existen indicaciones de que haya algún otro método de transmisión. Repito —dijo el doctor Turner, ahora gritando para que lo oyeran por sobre el vocerío de la galería—, hemos verificado el pasaje *únicamente* donde intervienen semen o sangre. No podemos declarar, en forma categórica, que otros fluidos corporales, tales como sudor, mucosidad, lágrimas, saliva y orina, no puedan ser agentes de

transmisión, pero nuestros datos, hasta ahora, sugieren poderosamente que el RV-41 no se puede transmitir en esos fluidos.

En este momento, la conversación en la galería se había extendido. El gobernador Watanabe golpeó varias veces con el malleto, para que se hiciera silencio en la sala. Robert Turner aclaró la voz y después, continuó:

—Este particular retrovirus es muy astuto, si se puede usar ese término, y especialmente bien adaptado a su hospedante humano. Tal como pueden ver por el diagrama del cubo, es relativamente benigno en sus dos primeras etapas cuando, esencialmente, se limita a residir sin producir daños dentro de las células sanguíneas y espermáticas. Puede ser durante esta época que ya haya empezado su ataque al sistema inmunológico. No lo podemos decir con seguridad porque, durante esta etapa, todos los datos de diagnóstico demuestran que el sistema inmunológico está sano.

"No sabemos qué desencadena la declinación del sistema inmunológico. Algún proceso inexplicable que tiene lugar en nuestro complejo cuerpo (y éste es un campo en el que necesitamos llevar a cabo investigaciones más intensas) súbitamente le indica al virus RV-41 que el sistema inmunológico es vulnerable y comienza un ataque poderoso. De manera repentina, la densidad del virus en la sangre y en el semen asciende en varios órdenes de magnitud. Es aquí cuando el virus es más contagioso y, también, cuando el sistema inmunológico se ve avasallado.

El doctor Turner hizo un instante de silencio. Reacomodó los papeles que estaba leyendo, antes de proseguir:

—Resulta curioso que el sistema inmunológico *nunca* sobreviva a este ataque. De algún modo, el RV-41 sabe cuándo puede vencer, y nunca se multiplica hasta que se haya llegado a ese particular estado de vulnerabilidad. Una vez que se destruye el sistema inmunológico comienza la atrofia de los músculos cardíacos y a eso lo sucede una muerte fácil de pronosticar.

"En las últimas etapas de la enfermedad, el retrovirus RV-41 desaparece por completo del semen y de la sangre. Como muy bien se pueden imaginar, esta desaparición causa estragos en el proceso de diagnóstico: ¿a dónde va? ¿Se "esconde" de alguna manera o se convierte en alguna otra cosa que aún no hemos identificado? ¿Está supervisando la destrucción gradual de los músculos del corazón, o es que la atrofia simplemente es un efecto colateral del anterior ataque al

sistema inmunológico? Todas estas preguntas no tienen respuesta en la actualidad.

El médico se detuvo momentáneamente para tomar un trago de agua.

—Parte de nuestro compromiso del año pasado —dijo después— era investigar el origen de esta enfermedad. Hubo rumores de que el RV-41 era, de algún modo, originario de Nuevo Edén, quizá puesto aquí para alguna clase de diabólico experimento extraterrestre. Esa clase de habladuría es una completa tontería. No hay la menor duda de que a este retrovirus lo trajimos hasta aquí desde la Tierra. Dos pasajeros de la *Santa María* murieron de RV-41 con una diferencia de tres meses, el primero durante el trayecto desde la Tierra hacia Marte. Podemos estar seguros, aunque esto difícilmente sea alentador, que nuestros amigos y colegas de la Tierra también están luchando contra este demonio.

"En cuanto al origen del RV-41, aquí únicamente puedo hacer especulaciones. Si la base de datos médicos que trajimos de la Tierra hubiera sido un orden de magnitud mayor entonces, quizá, yo podría identificar el origen del virus sin tener que hacer conjeturas... No obstante, señalaré que el genoma de este retrovirus RV-41 es asombrosamente similar a un patógeno producido por ingeniería genética humana como parte del grupo de ensayos sobre el alcance de las vacunas que se llevó a cabo en los primeros años del siglo XXII.

"Permítanme explicar esto con más detalle. Después del exitoso desarrollo de vacunas preventivas para el retrovirus del SIDA, que fue un azote horrible durante las dos últimas décadas del siglo XX, la tecnología médica aprovechó la ingeniería biológica para ampliar el alcance de todas las vacunas existentes. Para ser más específicos: los biólogos y los médicos *rediseñaron*, adrede, nuevos, y más letales retrovirus y bacterias para demostrar que una clase dada de vacuna tenía una amplia gama de aplicaciones exitosas. Todo este trabajo se realizó, claro está, bajo cuidadosos controles y sin el menor riesgo para la población.

"Sin embargo cuando se produjo el Gran Caos, los fondos para investigación se recortaron seriamente y hubo que abandonar muchos laboratorios médicos. A todos los patógenos peligrosos almacenados en puntos aislados, distribuidos por todo el mundo, supuestamente se los destruyó. A menos... y aquí es donde mi especulación interviene en la explicación.

"El retrovirus que nos está afectando aquí, en Nuevo Edén, es asombrosamente similar al retrovirus AQT19, obtenido por ingeniería genética en 2107, en el Laboratorio Médico Laffont, en Senegal. Es posible, lo admito, que un agente de

ocurrencia natural pueda tener un genoma similar al del AQT19 y, en consecuencia, mi especulación podría ser errónea. Sin embargo, es mi firme creencia de que todos los AQT19 que había en el abandonado laboratorio de Senegal *no* fueron destruidos. Estoy convencido de que, de algún modo, este retrovirus en particular sobrevivió y mutó levemente en el subsiguiente siglo (a lo mejor, viviendo en hospedantes símicos) y, con el tiempo, logró penetrar en los seres humanos. En ese caso, *nosotros* somos, en última instancia, los creadores de la enfermedad que nos está matando.

Hubo un alboroto en la galería. Una vez más, el gobernador Watanabe golpeó el malleto para que el público hiciera silencio. Personalmente, deseaba que el doctor Turner se hubiera guardado sus conjeturas para sí mismo. En este punto de la exposición, el director del hospital empezó su discusión de todos los proyectos para los que se necesitaban fondos en el año venidero. El doctor Turner estaba solicitando una asignación que era el *doble* de los que había tenido el año anterior. En el hemiciclo del Senado se produjo un fuerte bullicio.

Los distintos oradores que vinieron inmediatamente después del doctor Turner estaban de adorno, en realidad. Todos sabían que el otro discurso importante de ese día sería el que iba a pronunciar Ian Macmillan, el candidato de la oposición para el cargo de gobernador en las elecciones que se iban a celebrar dentro de tres meses. Se sabía que tanto el gobernador actual, Kenji Watanabe, como la opción de su partido político, Dmitri Ulanov, eran partidarios de introducir un importante incremento en el presupuesto para medicina, aun si se necesitaban nuevos impuestos para financiarlo. Según los informes, Macmillan se oponía a cualquier aumento de los fondos para el doctor Turner.

Ian Macmillan había sido estruendosamente derrotado por Kenji Watanabe en la primera elección general que se celebró en la colonia. Desde ese entonces, el señor Macmillan había mudado su sitio de residencia de Beauvois a Hakone; había sido elegido como representante de Las Vegas en el Senado, y había ocupado un lucrativo puesto en el imperio comercial en expansión de Toshio Nakamura. Era el matrimonio perfecto: Nakamura necesitaba a alguien "aceptable" para que manejara la colonia en su nombre, y Macmillan, que era un hombre ambicioso pero sin valores ni principios claramente definidos, quería ser gobernador.

—Resulta demasiado sencillo —empezó a leer Macmillan en su discurso— escuchar al doctor Turner y después, abrir nuestro corazón y nuestra billetera y

destinar fondos para sus pedidos. Ése es el problema de estas audiencias para asignación del presupuesto: cada jefe de departamento puede brindar sólidos argumentos para sus propuestas. Pero, al escuchar a cada uno por separado, perdemos la perspectiva de todo el cuadro. No quiero dar a entender que estoy sugiriendo que el programa del doctor Turner no sea muy meritorio. Sin embargo, pienso que en este momento se justifica una discusión de prioridades.

El estilo oratorio de Macmillan había mejorado considerablemente desde que se mudó a Hakone. Era evidente que había sido cuidadosamente entrenado. No obstante, no era alguien naturalmente dotado para la oratoria, por eso, a veces, los gestos que había practicado casi parecían cómicos. El punto primordial de su exposición era que los portadores del RV-41 constituían menos del cinco por ciento de la población de Nuevo Edén y que el costo de ayudarlos era increíblemente alto.

—¿Por qué el resto de los ciudadanos de la colonia tiene que sufrir privaciones para beneficiar a un grupo tan pequeño? —dijo—. Además —añadió—, existen otros asuntos más apremiantes que exigen fondos adicionales; temas que nos tocan a todos y a cada uno de los colonos y que factiblemente van a influir en nuestra supervivencia.

Cuando Ian Macmillan presentó su versión del relato sobre los bichos con patas, que salieron "a la carga" del habitat anexo a Rama y "asustaron" al equipo de exploración de la colonia, lo hizo de modo que pareciera que el "ataque" de los "bichos" hubiera sido la primera incursión de una guerra entre especies, programada. Macmillan creó el temor de que estos monstruos fueran seguidos por "seres más terribles" que aterrarían a los colonos, especialmente a las mujeres y a los niños.

—El dinero para la defensa —dijo— es dinero invertido para todos nosotros.

El candidato Macmillan también sugirió que las investigaciones del ambiente eran otra actividad "mucho más importante para el bienestar general de la colonia" que el programa médico trazado por el doctor Turner. Alabó el trabajo efectuado por los ingenieros en meteorología y predijo un futuro en el que los colonos tendrían completo conocimiento de las condiciones climáticas que se iban a producir.

Su discurso fue interrumpido muchas veces por aplausos provenientes de la galería. Cuando, finalmente, discurrió sobre las personas que padecían el RV-41, el señor Macmillan trazó un plan "más eficaz, desde el punto de vista de los costos" para lidiar con "la terrible tragedia de esa gente".

—Crearemos un nuevo pueblo para ellos —anunció— fuera de Nuevo Edén, donde puedan pasar sus últimos días en paz.

—En mi opinión —dijo—, los esfuerzos médicos para luchar contra el RV-41 deberán restringirse, en el futuro, a aislar e identificar todos los mecanismos mediante los cuales esta plaga se transmite de persona a persona. Hasta que estas investigaciones estén completas, será para máximo beneficio de todos los componentes de esta colonia, inclusive los desdichados que contrajeron la enfermedad, que a los portadores se los ponga en cuarentena de modo que no pueda haber más contagios accidentales.

Nicole y toda su familia estaban en la galena. Habían fastidiado a Richard para que asistiera, aun cuando a él le disgustaban las reuniones políticas. Richard estaba asqueado por el discurso de Macmillan. Por su parte, Nicole estaba asustada: lo que ese hombre decía no dejaba de tener atractivo. *Me pregunto quién le está escribiendo el material que expone*, pensó, una vez que concluyó el discurso. Se maldijo por haber subestimado a Nakamura.

Hacia el final del discurso de Macmillan, Ellie Wakefield silenciosamente dejó su lugar en la galería. Sus padres quedaron atónitos, pocos instantes después, al verla abajo, en el hemiciclo del Senado, acercándose a la tribuna. También estaban sorprendidos los demás concurrentes de la galería que habían creído que Ian Macmillan era el último orador del día. Todos se estaban preparando para irse. La mayoría se volvió a sentar cuando Kenji Watanabe presentó a Ellie.

—En la clase de educación cívica que se enseña en nuestra escuela —empezó Ellie, el nerviosismo evidente en la voz—, hemos aprendido la Constitución de la colonia y los procedimientos del Senado. Es un hecho poco conocido que *cualquier* ciudadano de Nuevo Edén puede pronunciar una alocución en estas audiencias abiertas...

Ellie inspiró profundo antes de seguir. En la galería, tanto su madre como su profesora Eponine se inclinaron hacia adelante y se tomaron con fuerza de la barandilla que tenían delante de ellas.

—Quise hablar hoy —dijo Ellie con más energía— porque tengo la creencia de que mi punto de vista sobre el asunto de quienes padecen del RV-41 es único. Primero, soy joven y, segundo, hasta hace poco más de tres años, nunca había tenido el privilegio de interactuar con un ser humano que no fuera miembro de mi familia.

"Por estas dos razones, considero que la vida humana es un tesoro. Escogí la palabra cuidadosamente. Un tesoro es algo que se valora enormemente. Este hombre, este increíble médico que trabaja todo el día y, en ocasiones, toda la noche, para mantenemos sanos, evidentemente también considera que la vida humana es un tesoro.

"Cuando habló el doctor Turner no les dijo *por qué* debíamos otorgarle fondos a su programa, sino que dijo *en qué* consistía la enfermedad y *cómo* iba a tratar de combatirla. Supuso que todos ustedes entendían *por qué*. Después de escuchar al señor Macmillan —dijo Ellie, dedicándole una rápida mirada al orador previo—, tengo algunas dudas.

"Tenemos que continuar estudiando esta horrible enfermedad hasta que la podamos contener y poner bajo control porque una vida humana es un bien precioso. Cada persona es un milagro único, una asombrosa combinación de sustancias químicas complejas dotada de talentos, sueños y experiencias especiales. Nada puede ser más importante para toda la colonia que una actividad dirigida a la conservación de la vida humana.

"Tengo entendido, por la discusión de hoy, que el programa del doctor Turner es caro. Si se deben cobrar impuestos para pagarlo, entonces, quizá, cada uno de nosotros tendrá que prescindir de algún artículo especial que deseaba. Es un precio suficientemente bajo a cambio del tesoro de la compañía de otro ser humano.

"Mi familia y mis amigos a veces me dicen que soy irremediamente ingenua. Eso puede ser cierto. Pero, a lo mejor, mi inocencia me permite ver las cosas con más claridad que otras personas. En este caso, tengo la convicción de que solamente hay una pregunta que hay que formular: si ustedes, o algún miembro de su familia, hubiera recibido el diagnóstico de que tiene el RV-41, ¿apoyarían *ustedes* el programa del doctor Turner?... Muchas gracias.

Se produjo un silencio sobrenatural cuando Ellie bajó de la tribuna. Después, estallaron atronadores aplausos. Tanto en los ojos de Nicole como en los de Eponine afloraron lágrimas. En el hemiciclo del Senado, el doctor Turner extendió ambas manos hacia Ellie.

Cuando Nicole abrió los ojos, Richard estaba sentado junto a ella en la cama con una taza de café.

—Nos dijiste que te despertáramos a las siete —dijo él.

Nicole se incorporó y tomó la taza de café que le ofrecía Richard.

—Gracias, querido —dijo Nicole—. Pero ¿por qué no dejaste que Linc...?

—Decidí traer el café yo mismo... Otra vez hay noticias provenientes de la Planicie Central. Quise discutir las contigo, aun cuando sé cómo te disgusta que te hablen cuando te despiertas a la mañana.

Nicole tomó un sorbo largo de la taza, lentamente. Le sonrió a su marido.

—¿Cuál es la noticia? —preguntó.

—Anoche hubo dos incidentes mas con los bichos con patas. Eso lleva la cantidad a casi una docena esta semana. Según los informes, nuestras fuerzas de defensa destruyeron tres bichos con patas que estaban "acosando" al personal de ingeniería.

—¿Los "bichos" hicieron algún intento por devolver el ataque?

—No, no lo hicieron. En cuanto sonaron los primeros disparos huyeron corriendo por el agujero del otro habitat... La mayoría escapó, tal como hicieron anteayer.

—¿Y todavía opinas que son observadores a distancia, como las arañas biot de las Rama Uno y Dos? Richard asintió con la cabeza.

—Te podrás imaginar la imagen que los otros se están haciendo de nosotros. Les disparamos a seres desarmados, sin que nos provoquen... reaccionamos de manera hostil a lo que, indudablemente, es el intento por establecer contacto... —contestó Richard.

—A mí tampoco me gusta —dijo Nicole en voz baja—. Pero ¿qué podemos hacer? El Senado explícitamente autorizó a los grupos de exploración para que se defendieran.

Richard estaba a punto de contestar cuando advirtió que Benjy estaba parado en la puerta. El joven tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Puedo entrar, mamá? —preguntó.

—Claro que sí, querido —contestó Nicole. Abrió los brazos.

—Ven a darme un fuerte abrazo de cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, Benjy —dijo Richard cuando el muchacho, que era más grande que la mayoría de los hombres, gateó sobre la cama y abrazó a la madre.

—Gracias, tío Richard.

—¿Vamos a tener un día campestre hoy, en el bosque de Sherwood? —preguntó Benjy con lentitud.

—Sí, claro que sí —contestó su madre—. Y después, esta noche, vamos a tener una gran fiesta.

—Hurra —dijo Benjy.

Era sábado. Tanto Patrick como Ellie podían dormir hasta tarde porque no tenían clases. Linc sirvió el desayuno a Richard, Nicole y Benjy mientras los adultos miraban las noticias matutinas en televisión. Hubo una breve película de la "confrontación con los bichos con patas" más reciente que se produjo cerca del segundo habitat, así como comentarios de ambos candidatos para la gobernación.

—Tal como vengo diciendo desde hace semanas —observó Ian Macmillan al cronista de televisión—, debemos ampliar ostensiblemente nuestros preparativos para la defensa. Por fin hemos empezado a mejorar las armas a disposición de nuestras fuerzas pero necesitamos movernos con más temeridad en este terreno.

Una entrevista con la directora de la sección meteorológica puso fin a las noticias matutinas: la mujer explicó que las recientes condiciones meteorológicas, anormalmente secas y ventosas, habían sido ocasionadas por un "error de diseño" en la simulación de la computadora.

—Durante toda la semana —dijo— estuvimos intentando, sin éxito, producir lluvia. Ahora, claro está, por ser el fin de semana, hemos programado sol brillante... Pero prometemos que lloverá la próxima semana.

—No tienen la más remota idea de lo que están haciendo —refunfuñó Richard mientras apagaba el televisor—. Están sobrecargando el sistema con instrucciones y generando caos.

—¿Qué es c... c-oss, tío Richard? —preguntó Benjy. Richard vaciló un instante.

—Supongo que la definición más simple es la de ausencia de orden. Pero, en matemática, esa palabra tiene un significado más preciso: se la usa para describir reacciones infinitas ante pequeñas perturbaciones. —Richard rió. —Lo siento Benjy. A veces hablo en un galimatías científico.

Benjy sonrió:

—Me gusta cuando me hablas como si yo fuera nor... mal —dijo con cuidado—. Y, algunas veces, en-ti... tien-do un po-co.

Nicole parecía preocupada mientras Linc levantaba de la mesa los platos del desayuno. Cuando Benjy salió de la habitación para cepillarse los dientes, se inclinó

hacia su marido.

—¿Hablaste con Katie? —preguntó—. No respondió al videófono ayer a la tarde ni anoche. Richard meneó la cabeza.

—Benjy va a quedar destruido si Katie no aparece en su fiesta... Voy a enviar a Patrick esta mañana para encontrarla.

Richard se levantó de su silla y dio la vuelta a la mesa. Extendió la mano y tomó la de Nicole.

—Y ¿qué hay respecto de usted, señora Wakefield? En su ajetreado programa de actividades, ¿le dejó tiempo a algo de descanso y relajación? Después de todo, es el fin de semana.

—Esta mañana voy a pasar por el hospital para ayudar en el adiestramiento de los dos nuevos paramédicos. Después, Ellie y yo saldremos de aquí con Benjy, a las diez. En el camino de regreso me detendré en el tribunal. Ni siquiera leí los alegatos presentados para los casos del lunes. Tengo una pequeña reunión con Kenji a las dos y treinta y mi clase sobre patología a las tres... Estaré en casa a eso de las 16:30.

—Lo que nos va a dar el tiempo apenas suficiente para organizar la fiesta de Benjy. En serio, querida, necesitas descansar. Después de todo, no eres un biot.

Nicole besó a su marido.

—Mira quién habla. ¿No eres tú el que trabaja veinte o treinta horas sin parar cuando está dedicado a un proyecto emocionante? —Se detuvo un instante y se puso seria—. Todo esto es muy importante, amor... Siento que estamos en el centro de los asuntos de la colonia, y que realmente tiene importancia lo que hago aquí.

—Eso no se discute, Nicole. No hay la menor duda de que ejerces influencia. Pero nunca tienes tiempo para ti.

—Eso es un artículo de lujo —dijo Nicole, abriendo la puerta del cuarto de Patrick—, que he de disfrutar en mis últimos años de vida.

Cuando ellos surgieron de entre los árboles, en la amplia pradera, los conejos y las ardillas salieron del camino. Del otro lado de la pradera, comiendo tranquilamente en medio de un manchón de altas flores púrpura, había un joven venado. Giró la cabeza, con cornamenta nueva, hacia Nicole, Ellie y Benjy, cuando éstos se aproximaron. Después, escapó a los saltos hacia el interior del bosque.

Nicole consultó su mapa.

—Por aquí, en alguna parte, justo al lado de la pradera, debe de haber algunas

mesas para comer al aire libre.

Benjy se estaba poniendo en cuclillas sobre un grupo de flores amarillas que estaban llenas de abejas.

—Mi-el —dijo con una sonrisa—. Las abejas hacen mi-el en su colmena.

Después de varios minutos, localizaron las mesas y extendieron un mantel sobre una de ellas. Linc había hecho un paquete con sandwiches (a Benjy los que más le gustaban eran los de manteca de maní y jalea), además de naranjas y pomelos frescos de las huertas próximas a San Miguel. Mientras comían el almuerzo, otra familia apareció caminando, por el otro lado de la pradera. Benjy saludó con la mano.

—Esa gente no sa-be que es mi cu... cumpleaños.

—Pero nosotros sí —dijo Ellie, alzando su vaso lleno de limonada para hacer un brindis—. Felicidades, hermano.

Justo antes de que hubieran terminado de comer, por sobre ellos pasó una nubecita y los brillantes colores de la pradera se opacaron.

—Ésa es una nube anormalmente oscura —le comentó Nicole a Ellie. Instantes después desapareció y las hierbas y flores estuvieron bañadas por la luz del sol una vez más.

—¿Quieres tu budín ahora? —le preguntó Nicole a Benjy—. ¿O quieres esperar?

—Primero, juguemos a la pelota —contestó Benjy. Sacó el equipo de béisbol y le alcanzó un guante a Ellie. —Vamos —dijo, mientras corría hacia la pradera.

Mientras sus dos hijos se tiraban mutuamente la pelota, Nicole limpió los restos del almuerzo. Estaba a punto de unirse a Ellie y Benjy cuando oyó la alarma en su radio de pulsera. Apretó el botón de recepción y a la pantalla de representación digital de la hora la reemplazó una imagen de televisión. Nicole subió el volumen de modo de poder oír lo que Kenji Watanabe tenía que decir.

—Lamento molestarte, Nicole —dijo Kenji—, pero tenemos una emergencia: se presentó una querrela por violación y la familia quiere un procesamiento de inmediato. Es un caso muy delicado, en tu jurisdicción, y creo que lo debes atender ahora... No quiero decir más por videófono.

—Estaré allí dentro de media hora —contestó Nicole.

Al principio, Benjy se sintió abatido por el hecho de que se iba a reducir drásticamente la duración de su comida campestre. Sin embargo, Ellie convenció a su madre de que no le molestaba en absoluto quedarse con Benjy, en el bosque,

durante otras dos horas. En el momento en que partió de la pradera, Nicole le dio el mapa del bosque de Sherwood a Ellie. En ese momento, otra nube, más grande, pasó delante del sol artificial de Nuevo Edén.

No había la menor señal de vida en el departamento de Katie. Patrick se encontraba momentáneamente perdido. ¿Dónde debía buscarla? Ninguno de sus amigos universitarios vivía en Las Vegas, así que realmente no sabía por dónde empezar.

Lo llamó a Max Puckett desde un teléfono público. Max le dio a Patrick el nombre, la dirección y los números telefónicos de tres personas a las que conocía en Las Vegas.

—Ninguna de estas personas es de la clase a la que querrías invitar a casa para cenar con tus padres, no sé si soy claro —dijo Max con una carcajada—, pero todos tienen buen corazón y probablemente te van a ayudar a encontrar a tu hermana.

El único nombre que Patrick reconoció fue el de Samantha Porter, cuyo departamento estaba a nada más que unos metros de la cabina telefónica. Aun cuando era temprano a la tarde, Samantha aún vestía su salto de cama cuando finalmente atendió la puerta.

—Creí que eras tú, cuando miré en el monitor —dijo, con una sonrisa provocativa—. Eres Patrick O'Toole, ¿no?

Patrick asintió con la cabeza y después empezó a balancearse, incómodo, durante un largo silencio.

—Señorita Porter —dijo por fin—, tengo un problema...

—Eres *demasiado* joven para tener un problema —interrumpió Samantha. Rió de buena gana. —¿Por qué no entras y hablamos al respecto?

Patrick se sonrojó.

—No, señora, no es esa clase de problema... Es que no la puedo hallar a mi hermana Katie y creo que, a lo mejor, usted me podría ayudar.

Samantha, que había comenzado a girar para guiarlo a Patrick al interior del departamento, se dio vuelta para mirar fijo al joven.

—¿Es por eso que me viniste a ver? —dijo. Meneó la cabeza y volvió a reír. — ¡Qué decepción! Pensé que habías venido para pasarlo bien. Entonces yo les podría haber dicho a todos, de una vez por todas, si realmente eres un alienígena o no.

Patrick siguió agitado en la puerta. Después de varios segundos, Samantha se encogió de hombros.

—Tengo la idea de que Katie pasa la mayor parte de su tiempo en el palacio —dijo—. Ve al casino y pregunta por Sherry. Ella sabrá como encontrar a tu hermana.

—Sí, sí, señor Kobayashi, entiendo. *Wakarimasu* —le estaba diciendo Nicole al señor japonés que estaba en su oficina—. Puedo comprender cómo se debe de sentir. Puede estar seguro de que se hará justicia.

Escoltó al hombre hasta la sala de espera, donde él se reunió con su esposa. Los ojos de la señora Kobayashi todavía estaban hinchados por el llanto: su hija de dieciséis años, Mariko, estaba en el Hospital de Nuevo Edén, sometida a una revisión médica completa. La habían golpeado con crueldad pero no estaba en estado crítico.

Después de que terminó de hablar con los Kobayashi, Nicole llamó al doctor Turner.

—Hay semen fresco en la vagina de la chica —dijo el médico— y magulladura en prácticamente cada centímetro cuadrado del cuerpo. Tiene un colapso emocional también. La violación es, indudablemente, una posibilidad a considerar.

Nicole suspiró. Mariko Kobayashi había identificado a Pedro Martínez, el joven que había actuado con Ellie en la obra escolar, como a su violador. ¿Era posible? Nicole hizo rodar su silla por el piso de su oficina y, a través de su computadora, ganó acceso a la base de datos de la colonia.

MARTÍNEZ, PEDRO ESCOBAR... nacido el 26 de mayo de 2228, Managua, Nicaragua... madre soltera, María Escobar, empleada doméstica, a menudo desempleada... padre probablemente Ramón Martínez, trabajador portuario negro de Haití... seis mediohermanos y hermanas, todos menores... acusado de vender kokomo en 2241 y 2242... violación en 2243... ocho meses en el Reformatorio de Managua... preso modelo... transferencia a la Casa del Pacto, en Ciudad de México, 2244... IE 1. 86, DC 52.

Nicole leyó el breve registro de la computadora dos veces, antes de hacer entrar a Pedro en la oficina. Él se sentó, como sugirió Nicole, y después clavó la vista en el piso. Un biot Lincoln estaba de pie en el rincón durante la entrevista y cuidadosamente grababa la conversación.

—Pedro —dijo Nicole con suavidad. No hubo respuesta. Ni siquiera alzó la mirada. —Pedro Martínez —repitió Nicole con más energía—, ¿entiendes que se te acusa de haber violado a Mariko Kobayashi anoche?... Estoy segura de que no necesito explicarte que ésta es una acusación muy grave... Ahora se te está dando

la oportunidad de que respondas a los cargos.

Pedro siguió sin pronunciar palabra.

—En Nuevo Edén —siguió Nicole por fin— tenemos un sistema judicial que puede ser diferente de aquel que experimentaste en Nicaragua: aquí los casos por la comisión de delitos no pueden pasar a proceso a menos que un juez, después de examinar los hechos, opine que hay razón suficiente para el proceso. Ése es el porqué de que te esté hablando.

Después de un largo silencio, el joven, sin levantar la vista en absoluto, masculló algo inaudible.

—¿Qué? —preguntó Nicole.

—Ella miente —dijo Pedro, en voz mucho más alta. No sé por qué, pero Mariko está mintiendo.

—¿No querrías decirme tu versión de lo que sucedió?

—¿Y eso qué importa? De todos modos, nadie me va a creer.

—Pedro, escúchame... Si, sobre la base de una investigación inicial, mi tribunal llega a la conclusión de que hay elementos insuficientes como para llevar adelante el enjuiciamiento, tu caso se puede desechar... Naturalmente, la gravedad de este cargo exige una declaración completa y la respuesta a algunas preguntas muy duras.

Pedro Martínez alzó la cabeza y miró a Nicole con ojos acongojados.

—Juez Wakefield —dijo con calma—, Mariko y yo *sí* tuvimos contacto sexual anoche... pero fue idea de ella... pensó que sería divertido meterse en el bosque... — El joven dejó de hablar y volvió a mirar el piso.

—¿Habías tenido antes contacto carnal con Mariko? —Nicole pregonó después de varios segundos.

—Sólo una vez, hacer alrededor de diez días —contestó Pedro.

—Pedro, tu encuentro amoroso de anoche... ¿fue extremadamente intenso?

De los ojos de Pedro brotaron lágrimas, que le rodaron por las mejillas.

—No le pegué —dijo con vehemencia—. Nunca la habría lastimado...

Mientras hablaba, se oyó un extraño sonido en la distancia, como el restallar de un látigo largo, salvo que de tono mucho más intenso.

—¿Qué fue eso? —se preguntó Nicole en voz alta.

—Pareció un trueno —comentó Pedro.

El trueno también se pudo oír en el pueblo de Hakone, donde Patrick estaba

sentado en un lujoso departamento del palacio de Nakamura, y hablaba con su hermana Katie, que estaba vestida con un costoso vestido de noche hecho en seda azul.

Patrick pasó por alto el inexplicable ruido. Estaba furioso.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera vas a *tratar* de llegar esta noche a la fiesta de Benjy? ¿Qué se supone que le diga a mamá?

—Dile lo que quieras —dijo Katie. Sacó un cigarrillo de su cigarrera y se lo puso en la boca. —Dile que no me pudiste hallar. —Lo prendió con un encendedor de oro y largó el humo hacia donde estaba *su* hermano. Patrick trató de aventarlo con la mano.

—Vamos, hermanito —dijo Katie con una carcajada—. No te voy a matar.

—No de inmediato, en todo caso.

—Mira, Patrick —dijo Katie, parándose y dando grandes pasos por la habitación—. Benjy es un idiota, un retrasado mental. Nunca nos llevamos muy bien. Ni siquiera se va a dar cuenta de que no estoy allí, a menos que alguien se lo mencione.

—Estás equivocada, Katie. Es más inteligente que lo que crees. Pregunta por ti todo el tiempo.

—Todo eso es basura, hermanito —replicó Katie—. Lo dices nada más que para que me sienta culpable... Mira, no voy. Es decir, podría considerar el asunto si sólo se tratara de ti, Benjy y Ellie... si bien fue una espina en la garganta desde el día de su "maravilloso" discurso. Pero tú sabes cómo son las cosas para mí cuando mamá anda cerca. Está sobre mí todo el tiempo.

—Se preocupa por ti, Katie.

Katie rió nerviosamente y dio una profunda pitada para terminar el cigarrillo.

—Claro que sí, Patrick... Todo lo que verdaderamente la preocupa es si voy a poner a la familia en situación vergonzosa Patrick se puso de pie para irse.

—No te tienes que ir ahora —dijo Katie—. ¿Por qué no le quedas un rato? Me pondré un abrigo y bajaremos al casino... ¿Recuerdas lo mucho que nos divertíamos juntos?

Katie empezó a caminar hacia el dormitorio.

—¿Estás usando narcóticos? —preguntó Patrick de repente. Katie se detuvo en seco y le clavó la mirada a su hermano.

—¿Quién lo quiere saber? —dijo, con gesto de desafío—. ¿Tú o la Señora Cosmonauta Doctora Gobernadora Jueza Nicole des Jardins Wakefield?

—Yo lo quiero saber —dijo Patrick con calma. Katie cruzó la habitación y puso las manos en las mejillas de Patrick.

—Soy tu hermana y te amo —dijo—. Ninguna otra cosa importa.

Todas las nubes oscuras se habían juntado sobre las pequeñas colinas onduladas del bosque de Sherwood. El viento soplaba muy fuerte por entre los árboles, haciendo que el cabello de Ellie volara hacia atrás. Hubo un fulgor de relámpago y el casi simultáneo restallar del trueno.

Benjy retrocedió, espantado, y Ellie tiró de él para traerlo hacia ella.

—De acuerdo con el mapa —dijo Ellie—, estamos a sólo un kilómetro del límite del bosque.

—¿Cuan lejos es eso? —preguntó Benjy.

—Si caminamos rápido —gritó Ellie por sobre el viento—, entonces podemos llegar en unos diez minutos. —Aferró la mano de Benjy y tironeó de él para ponerlo a su lado en el sendero.

Un instante después, un relámpago partió uno de los árboles que se alzaban sobre ellos y una gruesa rama cayó atravesada sobre el sendero; golpeó a Benjy en la espalda y lo tumbó. La mayor parte del cuerpo de Benjy cayó sobre el sendero, con la cabeza sobre las plantas verdes y las hiedras que había al pie de los árboles del bosque. El ruido del trueno casi lo ensordeció. Se quedó tendido en el suelo del bosque durante varios segundos, tratando de entender qué le había pasado. Finalmente, con gran esfuerzo se puso de pie.

—Ellie —dijo, mirando la caída figura de su hermana, del otro lado del sendero. Tenía los ojos cerrados.

—*¡Ellie!* —chilló ahora Benjy, que caminó y se arrastró hasta llegar junto a ella.

La agarró por los hombros y la sacudió levemente. Los ojos seguían sin abrirse. La hinchazón que la muchacha tenía en la frente, por encima y al costado del ojo derecho, ya había alcanzado el tamaño de una naranja grande.

—¿Qué voy a hacer? —dijo Benjy en voz alta. Olió el humo del incendio y, casi en el mismo momento, echó un vistazo hacia la masa de árboles: vio el fuego saltando de una rama a otra, impulsado por el viento. Hubo otro fulgor de relámpago: más truenos. Delante de él, por la senda que iba en la dirección que Ellie y él habían estado siguiendo, Benjy pudo ver que un incendio más grande estaba arrasando los árboles que había a ambos lados del sendero. Empezó a sentir pánico.

Sostuvo a su hermana en los brazos y la abofeteó levemente.

—Ellie —dijo—, por favor, despierta. —Ella no se movió. El fuego que los rodeaba se estaba extendiendo con rapidez. Pronto, toda esa parte del bosque iba a ser un infierno.

Benjy estaba aterrorizado. Trató de levantar a Ellie pero tropezó y cayó.

—No, no, no —gritó. Se paró otra vez y se inclinó para cargar a Ellie sobre los hombros. El humo se estaba volviendo más denso. Benjy empezó a caminar lentamente por el sendero, mientras se alejaba del fuego, con Ellie sobre las espaldas.

Estaba agotado cuando llegó a la pradera. Con delicadeza, puso a Ellie sobre una de las mesas de hormigón y se sentó en uno de los bancos. El fuego rugía, fuera de control, en el lado norte de la pradera. *¿Qué hago ahora?*, pensó. Su mirada cayó sobre el mapa que sobresalía del bolsillo de la camisa de Ellie. *Eso me puede ayudar.* Agarró el mapa y lo miró. Al principio no lo pudo entender en absoluto y empezó a sentir pánico otra vez.

Tranquilo, Benjy —oyó la voz de su madre, que le hablaba con tono sedante. Es un poco difícil pero lo puedes hacer. Las mapas son muy importantes: nos dicen adonde ir... Ahora bien, lo primero, siempre, es orientar el mapa de modo que puedas leer lo que está escrito. Ves. Así está bien. La mayoría de las veces, a la dirección que va hacia arriba se la llama norte. Bien. Éste es un mapa del bosque de Sherwood...

Benjy hizo girar el mapa en las manos, hasta que todas las letras estuvieron hacia arriba. Los relámpagos y los truenos continuaban. Un repentino cambio en el sentido del viento le metió humo en los pulmones y lo hizo toser. Trató de leer las palabras que había en el mapa.

Otra vez, escuchó la voz de su madre.

Si no reconoces las palabras al principio, entonces toma cada letra y pronúnciala en voz alta, muy lentamente. Después, haz que todos los sonidos se junten, hasta que formen una palabra que puedas entender.

Benjy miró a Ellie, tendida en la mesa.

—Despierta. Oh, por favor, despierta, Ellie —imploró—. Necesito tu ayuda. —La muchacha seguía sin moverse.

Benjy se inclinó sobre el mapa y se esforzó por concentrarse. Con concienzuda premeditación, Benjy pronunció todas las letras, una vez y otra, hasta que se convenció de que la mancha verde que aparecía en el mapa era la pradera en la que

estaba sentado. *Las líneas blancas son los senderos, se dijo a sí mismo. Hay tres líneas blancas que entran en la mancha verde.*

Levantó la vista del mapa, contó los tres senderos que salían de la pradera y sintió una oleada de confianza. Sin embargo, instantes más tarde, una ráfaga de viento transportó brasas hacia el otro lado de la pradera, que incendiaron los árboles del lado sur. Benjy se movió con rapidez. *Debo ir, se dijo.* Otra vez cargó a Ellie sobre sus espaldas.

Ahora sabía que el incendio principal estaba en la parte norte del mapa, hacia el pueblo de Hakone. Benjy volvió a contemplar el papel que tenía en las manos: *Así que tengo que mantenerme en las líneas blancas de la parte de abajo, pensó.*

El joven cayó rodando por el sendero, cuando otro árbol explotó en una bola de fuego, muy por encima de su cabeza. Su hermana estaba sobre su hombro y el mapa que les iba a salvar la vida, en su mano derecha. Benjy se detenía para mirar el mapa cada diez pasos, verificando cada vez que todavía se mantenía en la dirección correcta. Cuando finalmente llegó a una confluencia importante de sendas, Benjy apoyó a Ellie cuidadosamente sobre el suelo y recorrió las líneas blancas del mapa con el dedo. Al cabo de un minuto sonrió de oreja a oreja, volvió a levantar a su hermana y tomó la senda que llevaba al pueblo de Positano. Los relámpagos destellaron una sola vez más, el trueno retumbó, y una lluvia que calaba hasta los huesos empezó a derramarse sobre el bosque de Sherwood.

7

Varias horas después, Benjy dormía pacíficamente en su cama. Mientras tanto, del otro lado de la colonia, el hospital de Nuevo Edén era un manicomio. Seres humanos y biots coman por todas partes, había camillas rodantes con cuerpos en los pasillos y pacientes que lanzaban alaridos de dolor. Nicole estaba hablando por teléfono con Kenji Watanabe.

—Necesitamos que envíen aquí a todos los Tiasso de la colonia, lo más rápido que sea posible. Trata de reemplazar a los que estén atendiendo ancianos o bebés por un García o, incluso, un Einstein. Haz que seres humanos atiendan las clínicas. La situación es muy grave.

Apenas si podía oír lo que Kenji decía, por sobre el ruido del hospital.

—Mal, muy mal —dijo Nicole, en respuesta a la pregunta de Kenji—. Hasta ahora, ingresaron veintisiete; sólo sabemos de cuatro muertos. Toda la zona de Nara (ese barrio con casas de madera estilo japonés, detrás de Las Vegas, rodeado por el bosque) es un desastre. El incendio se produjo demasiado rápido... La gente fue presa del pánico.

—Doctora Wakefield, doctora Wakefield. Por favor venga al Número 204 de inmediato. —Nicole colgó el teléfono y salió a la carrera por el corredor. Subió la escalera a los saltos, basta llegar al segundo piso. El hombre que estaba muriendo en la habitación 204 era un antiguo amigo, un coreano, Kim Li, que había sido el enlace de Nicole con la comunidad de Hakone durante la época en que fue gobernadora provisional.

El señor Kim había sido uno de los primeros en construir un nuevo hogar en Nara. Durante el incendio, había corrido al interior de su casa en llamas para salvar a su hijo de siete años. El hijo iba a vivir, pues el señor Kim lo había protegido cuidadosamente mientras lo llevaba entre las llamas. Pero Kim Li había sufrido quemaduras de tercer grado que le abarcaban la mayor parte del cuerpo.

Nicole se cruzó con el doctor Turner en el pasillo.

—No creo que podamos hacer algo por ese amigo suyo del 204 —dijo Turner—. Me gustaría oír su opinión... Llámeme a la sala de emergencias: acaban de traer otra paciente en estado crítico, que quedó atrapada en la casa.

Nicole respiró hondo y, lentamente, abrió la puerta de la habitación. La esposa del señor Kim, una bonita coreana de más de treinta años, estaba sentada, silenciosa, en el rincón. Nicole se le acercó y la abrazó. Mientras Nicole consolaba a la señora Kim, el Tiasso que estaba vigilando los datos del señor Kim trajo un conjunto de gráficas. El estado del hombre era, en verdad, irreversible. Cuando Nicole alzó la vista de lo que estaba leyendo, se sorprendió al ver a su hija Ellie con un gran vendaje sobre el costado derecho de la cabeza, de pie al lado de la cama del señor Kim. Ellie estaba sosteniendo la mano del montando.

—Nicole —dijo el señor Kim con un susurro agónico, no bien la reconoció. El rostro no era más que piel ennegrecida. Aun pronunciar una sola palabra era doloroso. —Quiero morir —dijo el hombre, haciendo un gesto con la cabeza a su esposa.

La señora Kim se incorporó y se acercó a Nicole.

—Mi marido quiere que yo firme los papeles para la eutanasia —dijo la señora

Kim—. Pero no estoy dispuesta a hacerlo, a menos que usted me diga que no hay absolutamente ninguna posibilidad de que mi marido pueda volver a ser feliz. — Comenzó a llorar, pero se contuvo. Nicole vaciló durante un instante.

—No le puedo decir eso, señora Kim —dijo, con tono sombrío.

—Alternativamente miraba al quemado y a su esposa. —Lo que le puedo decir es que, probablemente, va a morir en algún momento de las veinticuatro horas siguientes y que va a padecer incesantemente hasta que llegue el momento. Si se produce un milagro médico y sobrevive, quedará gravemente desfigurado y debilitado durante el resto de su vida.

—Quiero morir ahora —repitió el señor Kim con esfuerzo.

Nicole envió al Tiasso para que trajera los documentos de eutanasia. Los papeles exigían la firma del médico a cargo, del cónyuge y de la persona misma si, en opinión del facultativo, era competente para tomar sus propias decisiones. Cuando el Tiasso se retiró, Nicole le hizo un ademán a Ellie para que se reuniera con ella en el pasillo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo en voz baja a Ellie, una vez que se alejaron para que no las escucharan—. Te dije que te quedaras en casa y descansarás. Tuviste una concusión seria.

—Estoy bien, mamá —dijo Ellie—. Además, cuando me enteré de que el señor Kim estaba gravemente quemado, quise hacer algo para ayudar. Fue tan buen amigo en los primeros días.

—Está muy grave —dijo Nicole, sacudiendo la cabeza—. No puedo creer que todavía esté vivo.

Ellie extendió la mano y tocó a su madre en el antebrazo.

—Quiere que su muerte sea útil —dijo—. La señora Kim me habló sobre eso... Ya mandé a buscar a Amadou pero necesito que tú hables con el doctor Turner.

Nicole quedó mirando a su hija.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿No recuerdas a Amadou Diaba...? El amigo de Eponine, el farmacéutico nigeriano que tenía una abuela senoufo. Es el que contrajo el RV-41 por una transfusión de sangre... Como fuere, Eponine me contó que el corazón de él se está deteriorando con rapidez.

Nicole quedó en silencio durante varios segundos. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quieres —dijo, Finalmente— que le pida al doctor Turner que lleve a cabo un trasplante *manual* de corazón ahora mismo, en medio de esta crisis?

—Si se decide ahora, se puede hacer más tarde, esta noche, ¿no? El corazón del señor Kim se puede conservar en condiciones saludables todo ese tiempo, por lo menos.

—Mira, Ellie —dijo Nicole—, ni siquiera sabemos...

—Ya lo revisé —interrumpió Ellie—. Uno de los Tiasso verificó que el señor Kim sería un donante aceptable. Nicole volvió a sacudir la cabeza.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Pensaré este asunto. Mientras tanto, quiero que te acuestes y descanses. Una concusión no es una lesión trivial.

—¿Me está pidiendo que haga *qué*? —le dijo un incrédulo doctor Turner a Nicole.

—Ahora, doctor Turner —dijo Amadou, con preciso acento británico—, no es la doctora Wakefield la que realmente le está haciendo el pedido: soy *yo*. Le imploro que efectúe esta operación y, por favor, no la considere riesgosa. Usted mismo me dijo que no viviré más de tres meses. Sé perfectamente bien que puedo morir en la mesa de operaciones pero, si sobrevivo, según las estadísticas que usted me mostró, tengo una posibilidad del cincuenta por ciento de vivir ocho años más. Hasta podría casarme y tener un hijo.

El doctor Turner giró sobre los talones y miró el reloj que tenía en la pared de su oficina.

—Olvide por un momento, señor Diaba, que es más de medianoche y que estuve trabajando nueve horas consecutivas con víctimas de quemaduras. Considere lo que está solicitando. No he realizado un trasplante cardíaco desde hace *cinco* años. Y *nunca* lo hice sin contar con el respaldo del mejor personal y equipo de cardiología del planeta Tierra. Todo el trabajo quirúrgico, por ejemplo, siempre lo hacían robots.

—Entiendo todo eso, doctor Turner. Pero, en realidad, no viene al caso. Es indudable que moriré sin la operación. Casi con certeza no habrá otro donante en un futuro próximo. Además, Ellie me dijo que, hace poco, usted estuvo repasando todos los procedimientos de trasplante cardíaco como parte de su trabajo en la preparación de la solicitud de presupuesto para adquirir equipo nuevo...

El doctor Turner le lanzó una mirada inquisitiva a Ellie.

—Mi madre me habló sobre su concienzuda preparación, doctor Turner. Espero que no esté molesto por que yo le haya comentado a Amadou.

—Me complacerá asistirlo en cualquier forma que pueda —añadió Nicole—.

Aunque nunca practiqué cirugía cardíaca, completé mi residencia en un instituto de cardiología.

El doctor Turner recorrió la habitación con los ojos, primero miró a Ellie, después a Amadou y a Nicole.

—Pues entonces, eso decide la cuestión, creo. No veo que me hayan dejado muchas opciones.

—¿Lo hará? —exclamó Ellie, exaltada.

—Lo intentaré —respondió el médico. Fue hasta donde estaba Amadou Diaba y extendió ambas manos.

—¿Sabe, no es así, que hay muy pocas posibilidades de que se vuelva a despertar?

—Sí, doctor Turner. Pero muy pocas posibilidades es mejor que ninguna... Se lo agradezco.

El doctor Turner se volvió hacia Nicole.

—La veré en mi consultorio, para hacer un repaso del procedimiento, dentro de quince minutos... Y a propósito, doctora Wakefield, ¿podría, por favor, hacer que un Tiasso nos traiga una cafetera con café recién hecho?

La preparación para el trasplante hizo surgir recuerdos que el doctor Turner había enterrado en los sitios más apartados de su mente. Una o dos veces, llegó a imaginar durante varios segundos que realmente había regresado al Centro Médico de Dallas. Recordaba, principalmente, lo feliz que había sido en aquellos lejanos días, en otro mundo. Amaba su trabajo; amaba su familia. Su vida era casi perfecta.

Los doctores Turner y Wakefield cuidadosamente anotaron la secuencia exacta de pasos que iban a seguir antes de comenzar el procedimiento. Después, durante la operación, se detenían para consultarse cuando completaban una etapa importante. Durante el procedimiento no se produjeron, en ningún momento, reacciones adversas. Cuando el doctor Turner extrajo el antiguo corazón de Amadou, lo dio vuelta para que Nicole y Ellie (Ellie había insistido en quedarse, en caso de que pudiera ayudar en algo) vieran los músculos gravemente atrofiados. El corazón del hombre estaba destruido. Es probable que Amadou hubiera muerto en menos de un mes.

Una bomba automática mantenía la sangre del paciente circulando, en tanto se "enganchaba" al nuevo corazón a todas las arterias y venas principales. Ésta era la fase más difícil y peligrosa de la operación. Según la experiencia del doctor Turner,

este segmento nunca antes había sido ejecutado por manos humanas.

Las aptitudes quirúrgicas del doctor Turner habían mejorado por las muchas operaciones manuales que había llevado a cabo durante sus tres años en Nuevo Edén. Hasta él mismo se sorprendió por la facilidad con la que conectó el nuevo corazón a los vasos sanguíneos deteriorados de Amadou.

Hacia el final del procedimiento, cuando todas las fases peligrosas se completaron, Nicole se ofreció para efectuar las tareas restantes. Pero el doctor Turner no aceptó. A pesar de que ya casi era el alba en la colonia, Turner estaba decidido a terminar la operación por sí mismo.

¿Fue la extrema fatiga lo que hizo que los ojos de Turner le hicieran ver cosas inexistentes durante los minutos finales de la operación? ¿O quizás haya sido el torrente de adrenalina que lo invadió cuando se dio cuenta de que el procedimiento iba a tener éxito? Cualquiera fuera la causa, durante las etapas terminales de la operación, Robert Turner periódicamente presencié cambios notables en el rostro de Amadou Diaba. Varias veces, el rostro del paciente se alteró lentamente ante sus ojos. Los rasgos de Amadou se convertían en los de Carl Tyson, el joven negro al que el doctor Turner había asesinado en Dallas. Una vez, después de terminar una sutura, el doctor Turner alzó la vista hacia Amadou y quedó aterrado ante la sonrisa arrogante de Carl Tyson. El médico parpadeó y volvió a mirar, pero solamente era Amadou Diaba quien estaba sobre la mesa de operación.

Después de que este fenómeno se repitió varias veces, el doctor Turner le preguntó a Nicole si ella había observado algo fuera de lo común en el rostro de Amadou.

—Nada más que su sonrisa —fue la respuesta—. Nunca vi a nadie que se sonriera así estando bajo anestesia.

Cuando la operación concluyó y los Tiaso informaron que todos los signos vitales del paciente eran normales, el doctor Turner, Nicole y Ellie se sintieron jubilosos, a pesar del agotamiento. El médico invitó a las dos mujeres a unírsele en su consultorio para tomar una taza final de café como celebración. En ese momento, Turner todavía no se había dado cuenta de que se iba a declarar a Ellie.

Ellie quedó pasmada. Se limitó a mirar al médico. Él le lanzó una rápida mirada a Nicole y después volvió a contemplar a Ellie.

—Sé que es repentino —dijo el doctor Turner—, pero no hay dudas en mi mente. Cuanto antes, mejor.

La habitación estuvo en absoluto silencio durante cerca de un minuto. Durante ese lapso, el médico fue hacia la puerta del consultorio y la cerró con llave. Incluso, desconectó el teléfono. Ellie trató de hablar.

—No —le dijo Turner con firmeza—, no digas nada todavía. Hay algo más que debo hacer antes.

Se sentó en su silla y respiró hondo.

—Algo que debí haber hecho hace mucho —dijo con calma—. Además, las dos merecen conocer toda la verdad respecto de mí.

Afloraron lágrimas en los ojos del doctor Turner, aun antes de que empezara la narración. Se le quebró la voz cuando habló por primera vez pero, después, se recobró y el relato empezó a surgir con fluidez.

—Yo tenía treinta y tres años y era fantásticamente feliz. Ya era uno de los más importantes cardiocirujanos de Norteamérica y tenía una esposa bella, afectuosa y dos hijas de dos y tres años. Vivíamos en una mansión con piscina, dentro de un club situado a unos ochocientos kilómetros al norte de Dallas, Texas.

"Una noche, cuando del hospital llegué a casa (era muy tarde, pues había supervisado una delicada operación a corazón abierto), fui detenido por los guardias de seguridad en los portones del club. Se comportaron como si estuvieran inquietos, como si no supieran qué hacer, pero, después de una llamada telefónica y de algunas miradas extrañas en mi dirección, me hicieron un gesto para que siguiera adelante.

"Dos patrulleros y una ambulancia estaban estacionados frente a mi casa. Tres móviles de televisión estaban diseminados en el callejón sin salida que estaba al fondo de mi casa. Cuando empecé a doblar hacia mi casa, un policía me detuvo. Mientras lámparas de magnesio destellaban a mi alrededor y los focos de arco voltaico de las cámaras de televisión me cegaban, el policía me condujo a mi casa.

"Mi esposa estaba tendida bajo una sábana, en una camilla, en el vestíbulo principal que estaba al lado de la escalera que llevaba al segundo piso. Le habían cortado la garganta. Oí a algunas personas que hablaban en el piso superior y ascendí a la carrera para ver a mis hijas. Las niñas todavía yacían donde las habían matado: Christie en el piso del baño, y Amanda en su cama. El degenerado también a ellas les había cortado la garganta.

Sollozos profundos, desolados, sacudían al doctor Turner.

—Nunca olvidaré ese horrible espectáculo. A Amanda la debieron de haber

matado mientras dormía, pues en ella no había marcas, salvo por el corte... ¿Qué clase de ser humano era capaz de matar a criaturas tan inocentes?

Las lágrimas del doctor Turner caían como cascada por sus mejillas. El pecho se le agitaba en forma incontrolable. Durante varios segundos no habló. Ellie, en silencio, se acercó a su silla y se sentó en el piso y le tomó la mano.

—Los cinco meses siguientes estuve totalmente pasmado. No podía trabajar, no podía comer. La gente trataba de ayudarme —amigos, psiquiatras, otros médicos—, pero no me podía poner en funcionamiento. Sencillamente no podía aceptar que a mi esposa y a mis hijas las hubiesen asesinado.

"La policía arrestó a un sospechoso en menos de una semana. Su nombre era Carl Tyson: era un joven negro, de veintitrés años, que repartía mercaderías para un supermercado de las proximidades. Mi esposa siempre usaba la televisión para hacer sus compras. Carl Tyson había estado en nuestra casa varias veces ya y aun recuerdo haberlo visto yo mismo una o dos veces y ciertamente sabía desplazarse dentro de la casa.

"A pesar de mi aturdimiento durante ese período, estaba al tanto de lo que estaba ocurriendo en la investigación del asesinato de Linda. Al principio, todo pareció tan sencillo. Huellas digitales recientes de Carl Tyson se encontraron por toda la casa. Esa misma tarde había estado en el interior del club haciendo un reparto. Faltaba la mayor parte de las joyas de Linda, así que el robo fue el motivo obvio. Supuse que al sospechoso lo condenaría el propio juez, sin necesidad de un jurado, y lo ejecutarían.

"El asunto pronto se volvió nebuloso. Jamás se encontró ninguna de las joyas. Los guardias de seguridad habían marcado la entrada y la salida de Carl Tyson en el registro cronológico maestro, pero había estado dentro de Greenbriar durante veintidós minutos, tiempo apenas suficiente como para entregar las mercaderías y cometer un robo más tres asesinatos. Por añadidura, después de que un famoso abogado decidió defender a Tyson y lo ayudó a preparar sus declaraciones juradas, Tyson insistió en que, esa tarde, Linda le había pedido que la ayudara a desplazar algunos muebles: ésa era la explicación perfecta para la presencia de sus huellas digitales por toda la casa...

El doctor Turner hizo un instante de silencio; el dolor era evidente en su rostro. Ellie le apretó la mano con suavidad, y él continuó:

—Para el momento del juicio, el argumento de la fiscalía era que Tyson había

traído las mercaderías a la casa esa tarde y, después de hablar con Linda, había descubierto que yo iba a permanecer en cirugía hasta muy tarde esa noche. Como mi esposa era una mujer amistosa y confiada, no era improbable que hubiera conversado con el empleado y mencionado que yo no vendría a casa sino hasta tarde... Sea como fuere, según el fiscal, Tyson regresó después de que terminó su turno en el supermercado, trepó el muro de roca que rodeaba los predios del club y atravesó la cancha de golf. Después, ingresó en la casa con el propósito de robar las joyas de Linda, suponiendo que toda la familia estaría durmiendo. Aparentemente, mi esposa lo enfrentó y Tyson se asustó y mató primero a Linda y después, a las niñas, para asegurarse de que no hubiera testigos.

"A pesar de que nadie vio a Tyson regresar a nuestro vecindario, creí que el caso de la fiscalía era sumamente persuasivo y que a ese hombre lo condenarían con facilidad. Después de todo, no tenía coartada alguna para el lapso durante el cual se cometió el delito. El lodo que se encontró en los zapatos de Tyson correspondía, exactamente, con el lodo del arroyuelo que habría cruzado para llegar a la parte de atrás de la casa. No apareció en su trabajo durante los dos días posteriores al asesinato y, además, cuando lo arrestaron, en su poder tenía una gran cantidad de dinero en efectivo que, según dijo, "había ganado en un juego de póquer".

"Durante la parte del juicio correspondiente a la defensa, realmente empecé a albergar mis dudas sobre el sistema judicial norteamericano. Su abogado convirtió al caso en un problema racial, presentando a Carl Tyson como a un pobre, desafortunado, negro al que se estaba por encarcelar sobre la base de pruebas circunstanciales. El abogado arguyó, de modo enfático, que todo lo que Tyson había hecho ese día de octubre era repartir mercaderías en mi casa. Otra persona, dijo el abogado, algún maniático desconocido, había trepado la cerca de Greenbriar, robado las joyas y después, asesinado a Linda y a las niñas.

"Los dos últimos días del juicio me convencí, mas por la expresión en el rostro de los miembros del jurado que por cualquier otra cosa, que a Tyson lo iban a absolver. Me volví loco de indignación. En mi mente no había la menor duda de que ese joven había cometido el delito. El pensamiento de que pudiera salir libre era intolerable.

"Todos los días, durante el juicio, que duró alrededor de seis semanas, aparecía en el palacio de tribunales con mi pequeño maletín médico. Al principio, los guardias de seguridad revisaban el maletín cada vez que yo entraba pero, después de un tiempo, en particular porque la mayoría de ellos compartía mi aflicción, simplemente

me dejaban pasar.

"El fin de semana previo a que terminara el juicio, volé a California, supuestamente para asistir a un seminario médico, pero, en realidad, para comprar en el mercado negro una escopeta que cupiera en mi maletín. Tal como esperaba, el día que se anunciaba el veredicto, los guardias no me hicieron abrir el maletín.

"Cuando se anunció la absolución hubo un alboroto en la sala. Todos los negros de la galena gritaron "hurra". Carl Tyson y su abogado, un tipo judío llamado Irving Bernstein, se abrazaron con fuerza. Yo estaba listo para actuar: abrí el maletín, rápidamente armé la escopeta, salté por encima de la barrera, y maté a ambos, uno con cada cañón.

El doctor Turner inspiró hondo e hizo una pausa.

—Nunca antes admití, ni siquiera ante mí mismo, que lo que hice estuvo mal. Sin embargo, en algún momento durante esta operación a su amigo, el señor Diaba, comprendí con claridad en qué medida mi desafuero emocional envenenó mi alma durante todos estos años... Mi violento acto de venganza no me devolvió ni a mi esposa ni a mis hijas. Ni me hizo feliz, salvo por ese enfermizo placer animal que experimenté en el instante en que supe que tanto Tyson como su abogado iban a morir.

Ahora había lágrimas de contrición en los ojos del doctor Turner. Miró a Ellie.

—Aunque puedo no merecerte, te amo, Ellie Wakefield, y deseo, con toda mi alma, casarme contigo. Espero que me puedas perdonar por lo que hice hace años.

Ellie alzó la vista hacia el doctor Turner y le volvió a apretar la mano.

—Sé muy poco sobre amores —dijo con lentitud—, pues no he tenido experiencia. Pero sí sé que lo que siento cuando pienso en usted es maravilloso. Lo admiro, lo respeto, hasta puede ser que lo ame. Me gustaría hablar con mis padres respecto de esto, claro... pero, doctor Robert Turner, si ellos no ponen objeciones, estaría muy feliz de casarme con usted.

8

Nicole se inclinó sobre el lavabo y se miró el rostro en el espejo. Se pasó los dedos por las arrugas que tenía debajo de los ojos y se alisó el mechón gris del cabello. *Ya casi eres una anciana*, se dijo a sí misma. Después, sonrió.

—Soy madura, soy madura, llevo mis pantalones con dobladura.

Rió y se alejó del espejo, dándose vuelta para poder ver cómo lucía de atrás. El vestido color verde inglés que había planeado llevar en el casamiento de Ellie le caía perfectamente. Su cuerpo todavía era esbelto y atlético después de todos esos años. *No está tan mal*, pensó Nicole, con aprobación. *Por lo menos, Ellie no se va a sentir avergonzada.*

En la mesa de luz que tenía al lado de la cama estaban las fotografías que Kenji Watanabe le había dado de Genevieve y su marido francés. Después de que Nicole regresó al dormitorio, levantó las fotos y se quedó mirándolas. *No pude estar en tu casamiento, Genevieve*, pensó de repente, sintiendo un ramalazo de tristeza. *Ni siquiera conocí a tu marido.*

Mientras luchaba con la emoción, cruzó con rapidez hacia el otro lado del dormitorio. Contempló durante casi un minuto la fotografía de Simone y Michael O'Toole, tomada el día de su casamiento en El Nudo. *Y a ti te dejé nada más que una semana después de tu casamiento... Eras tan joven, Simone*, se dijo Nicole, *pero en muchos aspectos eras mucho más madura que Ellie...*

No se permitió completar el pensamiento: había demasiado dolor en su corazón al recordar a Simone o a Genevieve. Era más sano concentrarse en el presente. Deliberadamente, Nicole extendió el brazo y tomó la foto individual de Ellie, que colgaba de la pared al lado de las de sus hermanos y hermanas. *Así que vas a ser tú tercera hija que se casa*, pensó Nicole. *Parece imposible. A veces, la vida se mueve con demasiada celeridad.*

Una sucesión de imágenes pasó como un relámpago por la mente de Nicole. Otra vez vio a la tímida bebida acostada a su lado en la Sala Blanca de Rama II: el rostro, pasmado por el asombro, de la niñita Ellie cuando se acercaban en el transbordador a El Nudo; sus nuevos rasgos de adolescente en el momento de despertar del prolongado sueño; y, finalmente, la madurez en la determinación y en el coraje de Ellie cuando habló frente a los ciudadanos de Nuevo Edén en defensa del programa del doctor Turner. Era un poderoso viaje emotivo hacia el pasado.

Nicole volvió a colocar el retrato de Ellie en la pared y se empezó a desvestirse. Acababa de colgar el vestido en el ropero, cuando oyó un sonido extraño, como el de alguien que lloraba, en el límite de su capacidad auditiva. *¿Qué fue eso?*, se preguntó. Se sentó inmóvil durante varios minutos pero no percibió otros ruidos. Sin embargo, cuando se puso de pie, súbitamente tuvo la sobrenatural sensación de que

tanto Genevieve como Simone estaban en la habitación con ella. Nicole echó un rápido vistazo en derredor pero seguía estando sola.

"¿Qué me está pasando?", se preguntó. "¿Habré estado trabajando con demasiada intensidad? ¿Es que la combinación del caso Martínez y el casamiento me empujaron más allá del límite?... ¿O es que éste es otro de mis incidentes de percepción psíquica?"

Nicole trató de calmarse, respirando lenta y profundamente. No pudo, sin embargo, desembarazarse de la sensación de que Genevieve y Simone en verdad estaban en la habitación con ella. La presencia de ellas era tan intensa que Nicole se tuvo que contener para no hablarles.

Recordaba con claridad las pláticas que había tenido con Simone, antes del casamiento de la muchacha con Michael O'Toole. *"Quizás ésa es la causa de que estén aquí", pensó Nicole. "Vinieron para recordarme que he estado tan ocupada con mi trabajo que no tuve la charla con Ellie, previa a la boda."* Rió con fuerza, nerviosamente, pero la piel de su brazo estaba erizada.

"Discúlpenme, mis amores", dijo Nicole, tanto a la fotografía de Ellie como a los espíritus de Genevieve y Simone que estaban en la habitación. "Prometo que mañana..."

Esta vez, el alarido fue inconfundible. Nicole quedó paralizada en el dormitorio, la adrenalina corriendo por todo su cuerpo. En cuestión de segundos estaba corriendo a través de la casa hacia el estudio, donde Richard estaba trabajando.

—Richard —dijo, justo antes de llegar a la puerta del estudio—, ¿oíste...?

Nicole se detuvo en medio de la oración: el estudio era un caos. Richard estaba en el piso, rodeado por un par de monitores y una desordenada pila de equipos electrónicos. El robotito Príncipe Hal estaba en una de las manos de Richard y la preciosa computadora portátil de la misión Newton, en la otra. Tres biots, dos García y un parcialmente desarmado Einstein se inclinaban sobre Richard.

—Hola, querida —dijo Richard con tono indiferente—. ¿Qué estás haciendo aquí? Creí que ya estarías durmiendo.

—Richard, estoy segura de que oí el chillido de un aviano. Hace nada más que un minuto. Sonó cerca. —Nicole vacilaba, tratando de decidir si debía hablarle sobre la visita de Genevieve y Simone o no. El ceño de Richard se frunció.

—No oí nada —respondió—. ¿Oyó algo alguno de ustedes? —le preguntó a los biots. Todos negaron con la cabeza, incluido el Einstein, cuyo pecho estaba

completamente abierto y conectado con cuatro cables a los monitores que había en el piso.

—Sé que oí algo —reiteró Nicole. Quedó en silencio durante un momento. *¿Es ésta otra señal del estrés terminal?*, se preguntó. Ahora recorría con la mirada el caos que tenía delante de sí, en el piso.

—A propósito, querido, ¿qué estás haciendo?

—¿Esto? —dijo Richard, con un vago gesto abarcador de la mano—. Oh, nada especial. Tan sólo otro proyecto mío.

—Richard Wakefield —dijo Nicole con rapidez—, no me estás diciendo la verdad. Este desbarajuste que cubre todo el piso no puede ser, en modo alguno, "nada especial". Te conozco muy bien como para creerme eso. Ahora, ¿qué es lo que es tan secreto...?

Richard había cambiado las pantallas de representación visual de sus tres monitores activos y estaba sacudiendo la cabeza en forma vigorosa.

—No me gusta esto —masculló—. No me gusta en absoluto. —Alzó la vista hacia Nicole. —Por casualidad, ¿ganaste acceso a mis archivos recientes de datos, que están almacenados en la supercomputadora central?... ¿Quizás inadvertidamente?

—No, claro que no. Ni siquiera sé tu código de acceso... Pero no es de eso de lo que te quiero hablar...

—Alguien lo hizo... —Con prontitud, Richard ingresó por teclado una subrutina diagnóstica de seguridad y estudió uno de los monitores. —Por lo menos cinco veces en las tres últimas semanas... ¿Estás segura de que no fuiste tú?

—Sí, Richard —dijo Nicole—. Pero todavía estás tratando de cambiar de tema... Quiero que me digas de qué se trata todo esto.

Richard puso a Príncipe Hal en el piso, delante de sí, y alzó la vista hacia Nicole.

—No estoy completamente listo para decírtelo, querida —dijo, después de un momento de vacilación—. Por favor, dame un par de días.

Nicole estaba perpleja. Finalmente el rostro se le iluminó.

—Muy bien, querido. Si es un regalo de casamiento para Ellie, entonces esperaré gustosa...

Richard volvió a su trabajo. Nicole se dejó caer sobre la única silla de la habitación que no estaba atestada de cosas. Mientras observaba a su marido, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Se convenció a sí misma de que la fatiga la hizo imaginar el chillido.

—Querido —dijo Nicole, un minuto o dos más tarde.

—¿Sí? —respondió Richard, mirándola desde el piso.

—¿Alguna vez te preguntas qué es lo que *realmente* está pasando aquí, en Nuevo Edén? Quiero decir, ¿por qué los creadores de Rama nos han dejado completamente solos? La mayoría de los colonos vive su vida sin detenerse a pensar que están viajando en una nave espacial interestelar construida por seres extraterrestres. ¿Cómo es posible? ¿Por qué El Águila, o alguna otra manifestación igualmente maravillosa de la superior tecnología de esos seres, no aparece de repente? Entonces, quizás, nuestros insignificantes problemas...

Nicole se detuvo cuando Richard empezó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicole.

—Esto me hace recordar una conversación que tuve una vez con Michael O'Toole. Él se sentía frustrado porque yo no aceptaba su fe en los informes, dados por testigos oculares, sobre los apóstoles. Entonces me dijo que Dios debió de haber sabido que éramos una especie constituida por Santos Tomás incrédulos y debió de haber organizado frecuentes visitas de regreso para el Cristo resucitado.

—Pero esa situación era por completo diferente —arguyó Nicole.

—¿Lo era? —preguntó Richard—. Lo que los primeros cristianos informaron sobre Jesús no pudo haber sido más difícil de aceptar que nuestra descripción de El Nodo y del largo viaje que hicimos con dilatación del tiempo, a velocidades relativas... Para los demás resulta mucho más cómodo creer que a esta astronave se la creó como experimento de la AIE. Muy pocos de ellos entienden suficientemente bien a la ciencia como para saber que Rama está mucho más allá de nuestra capacidad tecnológica.

Nicole quedó en silencio un momento.

—Entonces, no hay nada que podamos hacer para convencerlos...

La interrumpió el triple zumbido que indicaba que una llamada videofónica que ingresaba era urgente. Nicole fue a los tropezones para atenderla. El rostro preocupado de Max Puckett apareció en el monitor.

—Tenemos una situación peligrosa aquí, afuera del centro de detención —dijo—, hay una turba furiosa, quizá setenta u ochenta personas, principalmente de Hakone. Quieren a Martínez. Ya terminaron con dos biots García y atacaron a otros tres. El juez Mishkin está tratando de razonar con ellos, pero están de pésimo talante. Aparentemente, Mariko Kobayashi se suicidó hace unas dos horas. Toda su familia

está aquí, incluso el padre...

Nicole se vistió con ropa deportiva en menos de un minuto. Richard trató vanamente de discutir con ella.

—Fue *mi* decisión —dijo Nicole, mientras se subía a su bicicleta—.

Yo tengo que ser la que enfrente las consecuencias.

Tomó despacio el carril que conducía hacia la senda principal para bicicletas y después empezó a pedalear furiosamente. Si iba a máxima velocidad, estaría en el centro administrativo en cuatro o cinco minutos, menos que la mitad del tiempo que le tomaría yendo en tren a esta hora de la noche.

Kenji estaba equivocado, pensó Nicole, debimos haber convocado una conferencia de prensa esta mañana. Entonces, pude haber explicado la detención.

Casi cien colonos se habían congregado en la plaza principal de Ciudad Central. Se arremolinaban frente al centro de detención de Nuevo Edén, donde se lo había retenido a Pedro Martínez desde que se lo acusó por primera vez, formalmente, de la violación de Mariko Kobayashi. El juez Mishkin estaba de pie en la parte superior de la escalinata, frente al centro de detención. Le estaba hablando a la iracunda turba mediante un megáfono. Veinte biots, principalmente García, además de algunos Lincoln y Tiasso, habían entrelazado los brazos delante del juez Mishkin, y evitaban que la multitud subiera las escaleras para llegar hasta el juez.

—Ahora, conciudadanos —estaba diciendo el canoso ruso—, si Pedro Martínez es verdaderamente culpable, será penado. Pero nuestra Constitución le garantiza un juicio justo...

—Cállese, viejo —gritó alguien de la muchedumbre—. Queremos que nos den a Martínez —dijo otra voz.

Más hacia la izquierda, delante del teatro, seis jóvenes orientales estaban terminando un cadalso improvisado. Hubo vítores de la multitud cuando uno de los jóvenes ató, por encima del madero horizontal, una soga gruesa rematada en un nudo corredizo. Un fornido japonés de un poco más de veinte años se abrió paso a empujones, hasta ponerse delante de la multitud.

—Sal del camino, viejo —dijo—. Y llévate contigo a estos inservibles mecánicos. Nuestro pleito no es contigo. Estamos aquí para asegurar que se haga justicia con la familia Kobayashi.

—Recuerden a Mariko —gritó una joven. Se oyó algo que se hacía pedazos, cuando un muchacho pelirrojo golpeó la cara de uno de los García con un bate de

béisbol hecho de aluminio. El biot, los ojos destruidos y la cara desfigurada hasta el punto de ser irreconocible, no reaccionó pero tampoco cedió un ápice su posición en el cordón.

—Los biots no van a responder el ataque —dijo el juez Mishkin a través del megáfono—, están programados para ser pacifistas. Pero destruirlos de nada sirve. Es violencia inútil, sin sentido.

Dos mensajeros que venían de Hakone llegaron a la plaza y se produjo un cambio instantáneo en el centro de atención de la multitud. Menos de un minuto después, la revoltosa chusma vitoreó la aparición de dos enormes troncos, transportados por dos grupos de jóvenes.

—Ahora sacaremos de en medio a los biots que están protegiendo a ese asesino de Martínez —dijo la joven vocera japonesa—. Ésta es su última oportunidad, viejo. Hágase a un lado antes de que lo lastimen.

Muchos de los de la chusma corrieron para tomar posiciones al lado de los troncos, a los que pretendían utilizar como ariete. En ese momento, Nicole Wakefield llegó a la plaza en su bicicleta.

Bajó con rapidez, pasó a través del cordón y subió la escalera corriendo, para pararse al lado del juez Mishkin.

—Hiro Kobayashi —gritó por el megáfono ante la multitud, que la había reconocido—. He venido para explicar por qué no habrá juicio con jurado para Pedro Martínez. ¿Podría acercarse, de modo que lo pueda ver?

Kobayashi padre, que había estado parado en el costado de la plaza, caminó lentamente hasta llegar al pie de la escalinata, frente a Nicole.

—Kobayashi-san —dijo Nicole en japonés—. Sentí mucho pesar cuando me enteré de la muerte de su hija...

—Hipócrita —gritó alguien en inglés, y la turba empezó a cuchichear.

—Porque soy madre —prosiguió Nicole—, puedo imaginar cuán terrible debe de ser experimentar la muerte de un hijo...

—Ahora —dijo en inglés y dirigiéndose a toda la multitud—, permítanme explicar a todos ustedes mi decisión de hoy: nuestra Constitución de Nuevo Edén dice que cada ciudadano habrá de tener un "juicio justo". En todos los demás casos que se plantearon desde que esta colonia se estableciera originariamente, las acusaciones de índole penal desembocaron en un juicio con jurados. Sin embargo, en el caso del señor Martínez y debido a toda la publicidad, estoy convencida de que no se podía

encontrar un jurado imparcial.

Un coro de silbidos y abucheos interrumpió brevemente a Nicole.

—Nuestra Constitución no define —prosiguió— qué debe hacerse para asegurar un "juicio justo", si es que no ha de intervenir un jurado compuesto por pares. No obstante, a nuestros jueces presuntamente se los eligió para instrumentar la ley y están instruidos para tomar decisiones en los casos, sobre la base de pruebas. Ése es el motivo de que yo haya asignado el procesamiento de Martínez al fuero del Tribunal Especial de Nuevo Edén: ahí, todas las pruebas —algunas de las cuales nunca se hicieron públicas anteriormente— serán cuidadosamente evaluadas.

—Pero todos sabemos que ese chico Martínez es culpable —gritó, como respuesta, un perturbado señor Kobayashi—. Hasta admitió que tuvo relaciones sexuales con mi hija Y también sabemos que violó a una muchacha en Nicaragua, allá en la Tierra... ¿Por qué lo están protegiendo? ¿Qué hay respecto de la justicia para mi familia?

—Porque la ley... —empezó a contestar Nicole, pero su voz fue ahogada por la multitud.

—¡Que nos den a Martínez! ¡Que nos den a Martínez! —La canturria aumentó de intensidad, mientras la gente que estaba en la plaza alzaba nuevamente los troncos que habían dejado sobre el pavimento, inmediatamente después de la aparición de Nicole. Mientras la chusma se esforzaba por preparar un ariete, uno de los troncos chocó contra el monumento que señalaba la ubicación celeste de Rama. La esfera se hizo añicos y las piezas electrónicas que indicaban las estrellas cercanas se desparramaron sobre el pavimento. La pequeña luz titilante que representaba a Rama se deshizo en mil pedazos.

—Ciudadanos de Nuevo Edén —gritó Nicole por el megáfono— escúchenme. Hay algo respecto de este caso que ninguno de ustedes conoce. Si tan sólo me escucharan...

—*¡Maten a esa negra de mierda!* —gritó el muchacho pelirrojo que había golpeado al García con el palo de béisbol. Nicole fulminó al joven con una mirada encendida.

—¿Qué dijiste? —preguntó furiosa.

La canturria cesó repentinamente. El muchacho quedó aislado. Miró rápidamente a un lado y a otro, nervioso, y sonrió: —Maten a la puta negra de mierda —repitió.

Nicole bajó la escalinata en un segundo. La multitud se hizo a un lado cuando ella

se dirigió directamente hacia el pelirrojo.

—Dilo una vez más —dijo, las fosas nasales muy abiertas, cuando estuvo a menos de un metro de su antagonista.

—Maten... —empezó el otro.

Le aplicó una violenta cachetada. La manotada resonó por toda la plaza Nicole se dio vuelta bruscamente y empezó a caminar hacia la escalinata, pero distintas manos la aferraron desde todas partes. El furioso pelirrojo mostró el puño...

En ese momento, dos intensos estampidos sacudieron la plaza. Mientras todo el mundo estaba tratando de averiguar qué ocurría, dos explosiones más detonaron en el cielo, sobre las cabezas de la chusma.

—Somos nada más que yo y mi escopeta —dijo Max Puckett a través del megáfono—. Ahora, muchachos, si tan sólo dejan que pase la señora jueza... ahí, así es mejor... y después vuelven a casa, todo va a estar mejor.

Nicole se sacudió de encima las manos que la retenían pero la multitud no se dispersó. Max alzó el arma, apuntó al grueso nudo de sogas que había sobre el lazo corredizo, en el cadalso improvisado, y volvió a disparar. La soga estalló en pedazos y partes de ella cayeron entre la multitud.

—Ahora bien, muchachos —dijo Max—, soy mucho más intratable que estos dos jueces. Ya sé que voy a pasar algún tiempo en este centro de detención por violar las leyes de la colonia sobre uso y portación de armas. Créanme cuando les digo que no me gustaría en absoluto tener que bajar a tiros a algunos de ustedes también...

Max apuntó con su arma hacia la multitud. De modo instintivo, todos se agacharon. Max disparó balas de salva por sobre sus cabezas y rió de buena gana cuando la gente empezó a huir precipitadamente de la plaza.

Nicole no podía dormir. Una y otra vez se le volvía a aparecer la misma escena: se veía mientras caminaba entre la multitud y abofeteaba al muchacho pelirrojo: *Lo que no me hace ser mejor que él*, pensaba.

—Todavía estás despierta, ¿no? —dijo Richard.

—Sí.

—¿Estás bien?

Hubo un breve silencio.

—No, Richard... —contestó Nicole—. No lo estoy... Estoy sumamente molesta conmigo por golpear a ese muchacho.

—Oh, vamos —dijo Richard—. Deja de castigarte... Lo tuvo merecido... Te insultó de la peor manera... Gente como ésa no entiende otra cosa más que la fuerza.

Richard extendió el brazo y empezó a frotar la espalda de Nicole.

—Mi Dios —dijo— nunca te vi tan tensa... tienes nudos desde la cabeza hasta los pies.

—Estoy preocupada —dijo Nicole—. Tengo la terrible sensación de que toda la trama de nuestra vida aquí, en Nuevo Edén, está a punto de ser destejida... Y de que todo lo que he hecho, o estoy haciendo, es absolutamente inútil.

—Pusiste lo mejor de ti, querida... Debo confesar que estoy sorprendido por lo mucho que lo intentaste. —Richard siguió masajeando con mucha delicadeza la espalda de Nicole—. Pero debes recordar que estás tratando con seres humanos... Los puedes transportar a otro mundo y brindarles un paraíso pero todavía vienen equipados con sus temores e inseguridades y predilecciones culturales. Un nuevo mundo únicamente podría ser *realmente* nuevo sí todos los humanos que en él intervinieran empezaran con la mente totalmente vacía, como computadoras nuevas carentes de soporte lógico y de sistemas operativos: nada más que formidables cantidades de potencial aún sin emplear.

Nicole logró esbozar una sonrisa.

—No eres muy optimista, cariño —dijo.

—¿Por qué debería serlo? Nada de lo que vi aquí, en Nuevo Edén, ni en la Tierra me sugiere que la humanidad tenga la capacidad de alcanzar la armonía en su relación consigo misma, y mucho menos con cualquiera de los otros seres vivos. De vez en cuando aparece una persona, o un grupo inclusive, que tiene la capacidad de superar las desventajas genéticas y ambientales básicas de la especie... Pero esta gente es un milagro, y no la norma.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Nicole en voz baja—. Tu punto de vista es demasiado desesperanzado. Creo que la mayoría de la gente trata, con desesperación, de alcanzar esa armonía. Simplemente, no sabemos cómo lograrla. Ésa es la razón por la que necesitamos más educación. Y más buenos ejemplos.

—¿Incluso con ese pelirrojo? ¿Crees que se lo podría educar para hacerlo salir de su intolerancia?

—Tengo que pensar que sí, cariño —dijo Nicole—. En caso contrario... temo que simplemente dejaría de luchar.

Richard emitió un sonido entre una tos y una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicole.

—Tan sólo me preguntaba —contestó Richard— si Sísifo alguna vez se engañó a sí mismo creyendo que la próxima vez la roca no iba a rodar por la ladera de la montaña.

Nicole sonrió.

—Tenía que creer que había alguna posibilidad de que la roca se mantuviera en la cima o sino no se habría esforzado tanto... Por lo menos, eso es lo que creo.

9

Cuando Kenji Watanabe se bajó del tren en Hakone, le resultó imposible no recordar otra entrevista con Toshio Nakamura, años atrás, en un planeta situado a miles de millones de kilómetros de distancia. *"También aquella vez me había telefoneado"*, pensó Kenji. *"Había insistido en que tuviéramos esa conversación sobre Keiko."*

Kenji se detuvo delante de la vidriera de una tienda y se enderezó la corbata. En la distorsionada imagen, fácilmente se pudo imaginar a sí mismo como a un idealista adolescente de Kioto que estaba en camino para encontrarse con un rival.

—*Pero eso fue hace mucho tiempo* —se dijo Kenji—, *sin otra cosa en juego más que nuestro orgullo. Ahora, todo el destino de nuestro pequeño mundo...*

Su esposa, Nai, directamente no había querido que Kenji se reuniera con Nakamura. Lo había alentado para que llamara a Nicole, con el objeto de obtener otra opinión. Nicole también se había opuesto a cualquier reunión entre el gobernador y Toshio Nakamura.

—Es un megalómano deshonesto, enloquecido por conseguir poder —había dicho Nicole—. Nada bueno puede salir de ese encuentro. Lo único que quiere es descubrir tus puntos vulnerables.

—Pero dijo que puede reducir la tensión que hay en la colonia.

—¿A qué precio, Kenji? Cuidado con las condiciones: ese hombre nunca ofrece hacer algo por nada a cambio.

Y entonces, ¿para qué viniste?, preguntaba una voz dentro de Kenji, mientras contemplaba el enorme palacio que su compinche de la juventud se había hecho construir. *No estoy seguro, exactamente*, respondió otra voz. *Honor, quizá. O*

dignidad. Algo que está en lo profundo de mi herencia.

El palacio de Nakamura y las casas circundantes estaban hechas con madera, en el clásico estilo de Kioto. Techos de tejas azules, jardines cuidadosamente ornamentados, árboles que daban sombra, anchos senderos inmaculadamente limpios. Hasta el aroma de las flores hacían que Kenji recordara su ciudad natal, situada en un distante planeta.

Fue recibido en la puerta por una encantadora jovencita vestida con sandalias y kimono que hizo una reverencia y dijo "*Ojari kudasai*", según el formal estilo japonés. Kenji dejó los zapatos en un armario y se puso sandalias. Los ojos de la muchacha siempre miraban hacia el piso, mientras lo guiaba a través de las pocas habitaciones de estilo occidental del palacio, hacia el sector con esteras en las que, según se decía, Nakamura pasaba la mayor parte de su tiempo libre retozando con sus concubinas.

Después de una breve caminata, la muchacha se detuvo y deslizó una pared de papel decorada con grullas en vuelo.

—*Dozo* —dijo la joven, señalando hacia adentro. Kenji entró en la sala de seis esteras y se sentó, con las piernas entrecruzadas, en uno de los dos cojines que había delante de una reluciente mesa de laca negra. *Va a llegar tarde, pensó Kenji, todo es parte de la estrategia.*

Una muchacha diferente, también bonita, modesta y vestida con un encantador kimono color pastel, entró en la habitación sin hacer el menor ruido, portando agua y té japonés. Kenji sorbió el té con lentitud, mientras su mirada recorría la sala. En uno de los rincones había un tabique de madera con cuatro paneles. A la distancia que se hallaba, Kenji se dio cuenta de que estaba magníficamente tallado. Se levantó de su cojín para mirarlo más de cerca.

El lado que daba hacia Kenji representaba la belleza de Japón, un panel para cada una de las cuatro estaciones. La ilustración del invierno mostraba un centro turístico para la práctica de esquí, ubicado en los Alpes japoneses, hundido bajo metros de nieve; el panel de la primavera representaba los cerezos en flor a lo largo del río Kama, en Kioto. El verano era un día diáfano y claro, con la cumbre del monte Fuji cubierta con nieve, elevándose por sobre la verde campiña. El panel del otoño exhibía un aluvión de color en los árboles que rodeaban el santuario y mausoleo de la familia Tokugawa, en Nikko.

Toda esta asombrosa belleza, pensó Kenji y sintió, de manera repentina, una

profunda nostalgia. *Toshio trató de recrear el mundo que dejamos atrás... pero, ¿por qué? ¿Por qué gasta todo su sórdido dinero en un arte tan magnífico? Es un hombre extraño, incoherente.*

Los cuatro paneles que estaban del otro lado del tabique hablaban de otro Japón. Los ricos colores exhibían la batalla del castillo de Osaka, a comienzos del siglo XVII, después de la cual nadie se opuso a que Ieyasu Tokugawa se convirtiera en shogún del Japón. El tabique estaba cubierto con figuras humanas: guerreros samurai en combate; varones y mujeres, miembros de la corte diseminados por todo el terreno del castillo: hasta el señor Tokugawa mismo, más grande que los demás y con aspecto de estar muy complacido con su victoria. Kenji observó, divertido, que el shogún que aparecía en la talla exhibía un parecido, más que casual, con Nakamura.

Y estaba a punto de sentarse de vuelta en su cojín, cuando el tabique se abrió y su adversario entró.

—*Omachido sama deshita* —dijo Nakamura, haciendo una leve reverencia en dirección a Kenji.

Kenji lo imitó, en forma un tanto desgarrada, porque no podía quitar la vista de su coterráneo. ¡Toshio Nakamura estaba vestido con atuendo completo de samurai, sable y daga incluidos!

Todo esto es parte de alguna maniobra psicológica, se dijo Kenji, diseñada para confundirme o asustarme.

—*Ano, hajememashoka* —dijo Nakamura, sentándose en el cojín que estaba en frente de Kenji—. *Kocha ga, oishii desu ne?*

—*Totemo oishii desu* —contestó Kenji, tomando otro sorbo. El té estaba excelente por cierto... *pero no es mi shogún, pensaba Kenji. Tengo que cambiar esta atmósfera antes de que comience cualquier conversación en serio.*

—Nakamura-san, ambos somos hombres muy ocupados —dijo el gobernador Watanabe en inglés—. Es importante para mí que prescindamos de las formalidades y vayamos al meollo de la cuestión. Tu representante me dijo esta mañana, por teléfono, que estabas "perturbado" por los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas y que tenías algunas "positivas sugerencias" para reducir la tensión actual que había en Nuevo Edén. Ése es el motivo por el que vine a hablar contigo.

El rostro de Nakamura permanecía inexpresivo; sin embargo, el leve siseo que

emitía mientras hablaba indicaba su disgusto por el modo directo de expresarse de Kenji.

—Has olvidado tus modales japoneses, Watanabe-san. Es gravemente descortés empezar una conversación de negocios antes de haber cumplimentado a tu anfitrión por su entorno para agasajarte y de preguntarle si está bien de salud. Una descortesía así casi siempre lleva a un desagradable desacuerdo, que se puede evitar...

—Lo siento —interrumpió Kenji, con un dejo de impaciencia—, pero no necesito una lección, y de ti menos que de nadie, sobre modales. Además, no estamos en Japón, ni siquiera estamos en la Tierra y tus antiguas costumbres japonesas son casi tan poco aplicables ahora como el atuendo que vistes...

Kenji no había pretendido insultar a Nakamura, pero no pudo haber tenido una estrategia mejor para hacer que el adversario revelara sus verdaderas intenciones. El poderoso hombre de negocios se puso de pie en forma brusca. Durante un instante, el gobernador pensó que Nakamura iba a desenvainar su sable samurai.

—Muy bien —dijo Nakamura, la mirada implacablemente hostil—, lo haremos a tu manera... Watanabe, perdiste el control de la colonia. Los ciudadanos se sienten muy desdichados con tu conducción y mi gente me dice que se habla, en todos los ámbitos, de destitución y/o insurrección. Metiste la pata con el asunto del ambiente y del RV-41 y ahora tu jueza negra, después de innumerables demoras, anunció que un negro de mierda violador no va a ser sometido a juicio con jurado. Algunos de los colonos más preocupados, enterados de que tú y yo tenemos un pasado en común, me han solicitado que interceda para intentar convencerte de que te hagas a un lado, antes de que se produzcan derramamientos de sangre y el caos sea generalizado.

Esto es increíble, pensaba Kenji, mientras escuchaba a Nakamura, *este hombre perdió por completo los estribos*. El gobernador resolvió decir muy poco en la conversación.

—¿Así que estás convencido de que debo renunciar? —preguntó Kenji, después de un largo silencio.

—Sí —respondió Nakamura, con tono más imperioso—. Pero no de inmediato. No hasta mañana. Hoy debes ejercer tu privilegio ejecutivo para quitarle la competencia del caso Martínez a Nicole des Jardins Wakefield. Es obvio que ella tiene prejuicios. El juez Iannella o el juez Rodríguez, cualquiera de ellos, sería más adecuado. Fíjate

—prosiguió forzando un sonrisa— que no estoy sugiriendo que el caso se le transfiera al tribunal del juez Nishimura.

—¿Algo más? —preguntó Kenji.

—Sólo una cosa más: dile a Ulanov que se retire de las elecciones. No tiene la menor posibilidad de vencer, y proseguir con esta campaña que sólo sirve para dividir, únicamente hará que nos sea más difícil trabajar en armonía después de la victoria de Macmillan. Necesitamos estar unidos. Preveo una grave amenaza para la colonia del enemigo que se encuentra en el otro habitat. Los bichos con patas que tú pareces creer que son nada más que "observadores inofensivos", no son otra cosa que sus exploradores de la vanguardia...

Kenji estaba atónito por lo que escuchaba: ¿cómo Nakamura se había vuelto tan perverso...? ¿O siempre había sido así?

—... debo hacer hincapié en que el tiempo es esencial —decía Nakamura—, en especial en lo que atañe al asunto Martínez y a tu renuncia. Les he pedido a Kobayashi-san y a los demás miembros de la comunidad asiática que no actúen con demasiada precipitación, pero, después de anoche, no estoy seguro de poder contenerlos. La hija de Kobayashi era una joven hermosa, llena de talento. Su nota de suicidio expresa, con toda claridad, que no podía vivir con la vergüenza que le acarreaban las continuas demoras en el inicio del juicio a su violador. Hay legítima ira por toda la...

El gobernador Watanabe temporariamente olvidó la decisión de mantenerse callado.

—¿Estarás al tanto —dijo, poniéndose de pie también— de que en Mariko Kobayashi se encontró semen proveniente de dos personas diferentes, después de la noche que fue presuntamente violada? ¿Y de que tanto Mariko como Pedro Martínez insistieron, en forma reiterada, que estuvieron completamente solos durante toda la noche?... Aun cuando Nicole, la semana pasada, le dio a entender a Mariko que existían pruebas de que hubo un contacto sexual más, la joven se atuvo a su relato.

Nakamura momentáneamente perdió la compostura. Miró sin expresión a Kenji Watanabe.

—No hemos podido identificar al otro involucrado —dijo Kenji—, misteriosamente, las muestras de semen desaparecieron del laboratorio del hospital antes de que se pudiera completar todo el análisis del ADN. Todo lo que tenemos es el registro del

examen original.

—Ese registro podría ser erróneo —afirmó Nakamura, recobrando confianza en sí mismo.

—Muy, muy improbable. Pero, sea como fuere, ahora puedes entender el dilema de la jueza Wakefield: todos los de esta colonia ya decidieron que Pedro es culpable. Ella no quiso un jurado que lo condenara en forma equivocada.

Hubo un prolongado silencio. El gobernador empezó a retirarse.

—Me sorprende de ti, Watanabe —dijo Nakamura finalmente—, no comprendiste en absoluto el objeto de esta reunión: que ese degenerado de Martínez haya violado o no a Mariko Kobayashi, realmente no es tan importante... Yo le prometí al padre que ese muchacho nicaragüense va a ser castigado. Y eso es lo que cuenta.

Kenji Watanabe contempló al compañero de la adolescencia con repugnancia.

—Me voy ahora —dijo—, antes de que me enoje en serio.

—No vas a tener otra oportunidad —dijo Nakamura, los ojos otra vez llenos de hostilidad—. Ésta fue mi primera y última oferta.

Kenji sacudió la cabeza en gesto de negación, corrió el tabique de papel y salió al corredor.

Nicole estaba caminando por una playa, bajo un hermoso sol. A unos cincuenta metros delante de ella, Ellie estaba parada al lado del doctor Turner: llevaba su vestido de novia, pero el novio estaba ataviado con un pantalón de baño. El bisabuelo de Nicole, Omeh, estaba llevando a cabo la ceremonia, vestido con su larga túnica tribal verde.

Omeh puso las manos de Ellie en las del doctor Turner y empezó a entonar un cántico senoufo. Alzó los ojos hacia el cielo. Un solitario aviano daba vueltas en lo alto, chillando al compás del cántico nupcial. Mientras Nicole observaba al aviano volando por sobre ella, el cielo se oscureció. Velozmente aparecieron nubes de tormenta que desplazaron al plácido cielo.

El océano empezó a agitarse y el viento, a soplar. El cabello de Nicole, ahora completamente cano, flameaba por el viento. El cortejo nupcial se desintegraba; todos corrían lejos del mar para escapar de la tormenta que se cernía. Nicole no se podía mover. Tenía la mirada clavada en un objeto de gran tamaño que venía saltando sobre las olas.

El objeto era una enorme bolsa verde, como las de plástico que en el siglo XX se usaban para juntar las hojas caídas y el césped cortado de los jardines. La bolsa

estaba llena y se estaba acercando a la orilla. Nicole habría tratado de agarrarla, pero tenía miedo del mar que la empapaba. Hizo un gesto señalando la bolsa. Lanzó un alarido pidiendo ayuda.

En el ángulo superior izquierdo de la pantalla de su sueño, Nicole divisó una larga canoa. Cuando la embarcación se acercó, Nicole pudo ver que los ocho ocupantes eran extraterrestres de color anaranjado, más pequeños que los seres humanos. Parecía como si hubieran estado hechos de masa de pan. Tenían ojos y caras, pero nada de vello. Los alienígenas enfilaron la canoa hacia la gran bolsa verde y la recogieron.

Los extraterrestres anaranjados depositaron la bolsa verde en la playa. Nicole no se acercó hasta que volvieron a treparse a la canoa y regresaron al océano. Les hizo un gesto de despedida y caminó hacia la bolsa que tenía un cierre al que cuidadosamente abrió. Nicole abrió la mitad superior y quedó mirando el rostro muerto de Kenji Watanabe.

Nicole se estremeció, gritó y se sentó en la cama. Extendió la mano hacia Richard, pero la cama estaba vacía. El reloj digital de la mesa indicaba las 02:48 de la mañana. Nicole trató de sofrenar la respiración y olvidar el horrible sueño.

La vivida imagen de Kenji Watanabe muerto permanecía en su pensamiento. Mientras iba hacia el baño, recordaba los sueños premonitorios sobre la muerte de su madre, cuando Nicole tan sólo tenía diez años. *¿Qué pasaría si Kenji realmente moría?*, pensó, sintiendo la primera ola de pánico. Se obligó a pensar en alguna otra cosa. *¿Dónde está Richard a esta hora de la noche?*, se preguntó. Se puso el salto de cama y salió del dormitorio.

Pasó en silencio por las habitaciones de sus hijos, hacia la parte anterior de la casa. Benjy roncaba, como siempre. La luz estaba encendida en el estudio, pero Richard no estaba ahí. Dos de los biots nuevos, más el Príncipe Hal, también habían desaparecido. Uno de los monitores sobre la mesada de Richard todavía mostraba una representación visual.

Nicole se sonrió para sus adentros y recordó el pacto que tenían con Richard. Tocó las teclas que formaban la palabra NICOLE, y cambió la imagen de la pantalla.

—"Mi adorada Nicole" —apareció el mensaje—, "si despiertas antes de que regrese, no te preocupes. Planeo volver al amanecer, a las ocho de la mañana como máximo. Estuve haciendo algunos trabajos con mis biots de la serie 300 (como recordarás, son los que no están completos en su programación fija incorporada a la

memoria indeleble y que, en consecuencia, pueden diseñarse para tareas especiales), y tengo motivos para creer que alguien estuvo espiando mi trabajo. Por eso, aceleré la finalización de mi proyecto actual y salí de Nuevo Edén para llevar a cabo una prueba final. Te amo. Richard."

Estaba oscuro y hacía frío en la Planicie Central. Richard trataba de ser paciente. Había enviado al Einstein mejorado (Richard se refería a él llamándolo Super-AI) y a García 325 para que lo precedieran en el sondeo del segundo habitat. Le habían explicado al sereno nocturno, un biot García estándar, que habían cambiado el horario programado para el experimento y que, en este mismo momento, iban a efectuar una investigación especial. Con Richard todavía fuera de escena, Super-AI quitó todo el equipo que había en la abertura que daba al otro habitat y lo puso en el suelo. El proceso había consumido alrededor de una hora del precioso tiempo. Finalmente cuando Super-AI terminó, le hizo una señal a Richard para que se acercara. Astutamente, García 325 llevó al biot sereno a otro sector, lejos del sitio de sondeo, de modo que no pudiera ver a Richard.

Richard no perdió tiempo. Extrajo a Príncipe Hal del bolsillo y lo puso en la abertura.

—Ve rápido —le dijo Richard, al tiempo que montaba su pequeño monitor en el piso del pasadizo. Las semanas anteriores habían abierto, en forma gradual, la abertura que comunicaba con el otro habitat, que ahora tenía la forma aproximada de un cuadrado de ochenta centímetros de lado. Era espacio más que suficiente para el diminuto robot.

El Príncipe Hal se apresuró a llegar al otro lado. La distancia desde el pasadizo hasta el piso era de alrededor de un metro. El robot hábilmente ató un pequeño cable a un puntal que adhirió al piso del pasadizo y después, se dejó caer. Richard observaba cada movimiento de Hal en la pantalla y le comunicaba las instrucciones por radio.

Richard esperaba que hubiera un anillo exterior protegiendo al segundo habitat. Estaba en lo correcto. *Así que el diseño básico de ambos habitat es similar*, pensó. También había previsto que en el muro interior habría una abertura, algún portón o alguna puerta, a través de la cual los bichos entraban y salían, y que el Príncipe Hal sería lo suficientemente chico como para penetrar en el interior del habitat a través del mismo portal.

Hal no tardó mucho en localizar la entrada a la parte principal del habitat. Sin

embargo, lo que evidentemente era una puerta, también estaba a más de veinte metros por sobre el piso del anillo. Al haber observado los vídeos de los bichos desplazándose hacia arriba sobre superficies verticales, cuando caminaron sobre los biots topadora que había en el sitio de exploración Avalon, Richard también se había preparado para esta posibilidad.

—Tropa —le ordenó al Príncipe Hal, después de mirar, nervioso, el reloj de pulsera. Ya eran casi las seis. El alba llegaría pronto a Nuevo Edén. Muy poco después, los científicos e ingenieros regulares regresarían a ese sitio de sondeo.

La entrada al interior del habitat estaba a una altura, respecto del piso, de unas cien veces la estatura del Príncipe Hal. El ascenso del robot sería equivalente al de un hombre que trepara por la pared vertical de un edificio de sesenta pisos. Richard le había hecho practicar al robotito escalando las paredes de la casa, pero siempre había estado junto a él. ¿Habría muescas para manos y sitios de apoyo para los pies en el muro que Hal estaba trepando? Richard no podía saberlo a través del monitor. ¿Estaban todas las ecuaciones correctas en el subprocesador mecánico para ingeniería de Hal? *Lo voy a descubrir pronto*, pensaba Richard, mientras su alumno modelo empezaba el ascenso.

El Príncipe Hal resbaló y quedó colgando de las manos una vez, pero, finalmente, logró llegar a la parte superior. Sin embargo, el ascenso llevó otros treinta minutos. Richard sabía que se le acababa el tiempo. Cuando Hal se elevó hasta el borde de una portilla circular, Richard vio que el ingreso del robot al habitat estaba obstruido por una malla metálica. Sin embargo, una reducida parte del interior era apenas visible bajo la débil luz. Con cuidado, Richard ubicó la diminuta cámara de Hal de manera que pudiera ver a través de las aberturas de la malla.

—El sereno insiste en que tiene que regresar a su puesto principal —le anunció a Richard el García 325, mediante la radio—. Tiene que presentar un informe diario a las 06:30.

—*Mierda*, pensó Richard, *eso es dentro de seis minutos nada más*. Hizo que Hal se desplazara lentamente alrededor del reborde de la portilla para ver si podía identificar algún objeto en el interior del habitat. Richard no pudo ver nada específico.

—Chilla —ordenó entonces Richard, poniendo en máxima potencia el volumen sonoro del robot—. Chilla hasta que te diga que te detengas.

Richard no había probado a máxima potencia el nuevo amplificador que había instalado en el Príncipe Hal. En consecuencia, quedó atónito ante la amplitud de la

simulación que Hal hacía del chillido aviano. Resonó desde el pasadizo y Richard dio un salto hacia atrás. *Me salió más que bien, se dijo Richard, recobrándose, si la memoria no me falla.*

El biot sereno pronto estuvo junto a Richard. Siguiendo las instrucciones que tenía preprogramadas, le solicitó los documentos personales y que le explicara qué estaba haciendo. Súper-AI y García 325 trataron de confundir al sereno que, al no conseguir la cooperación de Richard, insistió en que debía presentar un informe de emergencia. En el monitor, Richard vio que toda la malla metálica se abría de par en par y que seis bichos con patas se arremolinaban en torno al Príncipe Hal. El robot seguía emitiendo chillidos.

El sereno García empezó a transmitir la emergencia. Richard era consciente de que sólo tenía unos pocos minutos antes de verse forzado a irse de ahí.

—*¡Ven, maldita sea, ven!* —dijo observando el monitor mientras trataba de mirar atrás hacia la Planicie Central. Todavía no había luces acercándose a él desde su casa en la distancia.

Al principio, Richard creyó haberlo imaginado. Después se repitió el sonido de grandes alas que se agitaban. Uno de los bichos le obstruía parcialmente la visión pero, instantes después, Richard vio claramente una conocida garra que se extendía para asir al Príncipe Hal. El chillido aviano que vino después confirmó la observación. La imagen del monitor se volvió borrosa.

—Si tienes la oportunidad —gritó Richard por la radio—, trata de regresar al pasadizo. Vendré por ti más tarde.

Se dio vuelta y guardó rápidamente el monitor en la bolsa que llevaba.

—Vamos —les dijo a los dos biots que lo habían acompañado. Empezaron a correr hacia Nuevo Edén.

Richard estaba exultante mientras se apresuraba por regresar a su casa.

Mi corazonada fue correcta, se dijo para sus adentros, lleno de regocijo. Esto altera todo... y, ahora, tengo que entregar una hija en matrimonio.

El casamiento estaba programado para tener lugar a las siete de la tarde, en el teatro de la Escuela Secundaria Central. La recepción, para un grupo mucho más

grande, iba a realizarse en el gimnasio, un edificio adyacente que estaba a no más de veinte metros de distancia. Durante todo el día, Nicole se enfrentó con detalles de último momento, tratando de saltar todos los obstáculos.

No tuvo tiempo para reflexionar sobre la importancia del nuevo descubrimiento de Richard. Él había vuelto a casa muy animado. Quería discutir lo de los avianos y también lo de quién podría estar espiando sus investigaciones, pero Nicole sencillamente no había podido concentrarse en otra cosa más que la boda. Los dos habían acordado no contarle a otra gente lo de los avianos, hasta después de haber tenido la oportunidad de sostener una prolongada conversación.

Nicole había salido a dar un paseo matutino por el parque con Ellie. Habían hablado sobre el matrimonio, el amor y el sexo durante más de un hora, pero Ellie había estado tan exaltada por la boda que no se pudo concentrar por completo en lo que le estaba diciendo su madre. Hacia el final del paseo, Nicole se detuvo debajo de un árbol para resumir su mensaje.

—Recuerda, por lo menos, esta única cosa —dijo Nicole, sosteniendo entre sus manos las de su hija—: el sexo es un componente importante del matrimonio pero no es el más importante. Debido a tu falta de experiencia quizás el sexo no sea maravilloso para tí al principio. Sin embargo, si tú y Robert se aman y confían el uno en el otro y ambos sinceramente quieren dar y recibir placer, descubrirán que su compatibilidad física aumenta año tras año.

Dos horas antes de la ceremonia, Nicole, Nai y Ellie llegaron juntas a la escuela. Eponine ya estaba allí, aguardándolas.

—¿Estás nerviosa? —preguntó la profesora, con una sonrisa. Ellie asintió con la cabeza. —Estoy muerta de miedo —añadió Eponine— y solamente soy una de las damas de honor.

Ellie le había pedido a su madre que fuera madrina de casamiento. Nai Watanabe, Eponine y su hermana Katie eran las damas de honor. El doctor Edward Stafford, hombre que compartía la pasión del doctor.

Turner por la historia de la medicina, era el padrino. Como Turner no tenía otros colaboradores cercanos, salvo por los biots del hospital, Roben escogió al resto de sus acompañantes entre la familia Wakefield y sus amigos: Kenji Watanabe, Patrick y Benjy eran sus tres padrinos de boda.

—Mamá, siento náuseas —dijo Ellie, poco después de que todos estuvieron reunidos en la sala de vestir—. Me sentiría tan avergonzada si vomitara sobre mi

vestido de novia. ¿Debo tratar de comer algo? —Nicole había previsto esta situación. Le alcanzó a Ellie una banana y yogur y le aseguró a su hija que era completamente normal sentir náuseas antes de un acontecimiento tan importante.

La inquietud que Nicole sentía iba en aumento a medida que transcurría el tiempo y Katie no aparecía. Cuando todo estuvo en orden en la sala de vestir de la novia, Nicole decidió cruzar el corredor para hablar con Patrick. Los hombres se habían terminado de vestir antes de que Nicole golpeará a la puerta.

—¿Cómo está la madre de la novia? —preguntó el juez Mishkin cuando entró Nicole. El anciano juez principal iba a officiar la ceremonia de casamiento.

—Un poco asustada —contestó Nicole, con una sonrisa triste. Encontró a Patrick en la parte trasera de la habitación, ajustando la ropa de Benjy.

—¿Cómo estoy? —le preguntó Benjy a su madre cuando ella se acercó.

—Muy, muy apuesto —le contestó Nicole a su radiante hijo—. ¿Le hablaste a Katie esta mañana? —dijo, dirigiéndose a Patrick.

—No —contestó Patrick—. Pero volví a confirmar la hora con ella, como lo pediste, apenas anoche... ¿No llegó aún?

Nicole meneó la cabeza. Ya eran las 18: 15. Faltaban sólo cuarenta y cinco minutos para el comienzo de la ceremonia. Nicole fue al corredor para usar el teléfono pero el olor de humo de cigarrillo le indicó que Katie finalmente había llegado.

—Tan sólo piensa, hermanita —estaba diciendo Katie en voz alta, mientras Nicole volvía a cruzar el corredor para regresar a la sala de vestir de la novia—, que esta noche vas a tener tu primer contacto sexual. ¡Uiuuiui! Apuesto a que la idea vuelve completamente salvaje a ese magnífico cuerpo tuyo.

—Katie —dijo Eponine—, no creo que sea del todo adecuado... Nicole entró en la habitación y Eponine se calló.

—Bueno, bueno, mamá —dijo Katie—. Qué hermosa estás. Me había olvidado de que, debajo de esas togas de juez, estaba latente una mujer.

Katie lanzó humo al aire y tomó un trago de la botella de champagne que estaba en el mostrador junto a ella.

—Así que aquí estamos —dijo con jactancia—, a punto de ser testigos del casamiento de mi hermanita menor...

—Basta ya, Katie. Has bebido demasiado—. La voz de Nicole era fría y dura. Recogió el champagne y el paquete de cigarrillos de Katie. Tan sólo termina de

vestirte y deja de bufonear... Puedes recoger esto después de la ceremonia.

—A la orden, jueza... lo que usted diga —dijo Katie, dando fuertes pitadas y lanzando aros de humo. Le sonrió a las demás mujeres. Entonces, cuando Katie se inclinó hacia el cesto de desperdicios para dejar caer la ceniza de su cigarrillo, perdió el equilibrio. Cayó dolorosamente contra el mostrador, golpeando contra varias botellas abiertas de cosméticos, antes de aterrizar en el piso hecha un desastre. Tanto Eponine como Ellie se apresuraron a correr hacia ella para ayudarla.

—¿Estás bien? —preguntó Ellie.

—Cuidado con tu vestido, Ellie —dijo Nicole, mirando con desaprobación a Katie, que yacía tendida en el piso. Nicole tomó algunas toallas de papel y empezó a limpiar lo que se había derramado.

—Sí, Ellie —dijo Katie con sarcasmo, algunos segundos después, cuando estuvo de pie otra vez—. Cuida ese vestido. Quieres estar completamente impoluta cuando te cases con ese doble asesino.

Nadie respiró en la sala Nicole estaba pálida; se acercó a Katie y se paró directamente delante de ella.

—Discúlpate con tu hermana —ordenó.

—No lo voy a hacer —replicó Katie, desafiante, tan sólo momentos antes de que la mano abierta de Nicole cayera sobre su mejilla. Los ojos de Katie se llenaron de lágrimas. —Ah, bien —dijo, enjugándose el rostro—. He aquí a la más famosa abofeteadora de Nuevo Edén. Nada más que dos días después de haber recurrido a la violencia física en la plaza de Ciudad Central, la golpea a su propia hija, en una reiteración de su hazaña más famosa...

—Mamá, no... por favor —interrumpió Ellie, que temía que Nicole abofeteara a Katie otra vez.

Nicole se dio vuelta y miró a la aturdida novia.

—Lo siento —masculó.

—Eso es —dijo Katie con furia—. Dile a *ella* que lo sientes. Yo soy la que golpeaste, *jueza*. ¿Me recuerdas? Tu hija mayor, soltera. A la que hace nada más que tres semanas llamaste "repugnante"... Me dijiste que mis amigos eran "viles e inmorales"... ¿son ésas las palabras exactas?... y, aun así, a tu preciosa Ellie, a ese dechado de virtud, la entregas a un asesino por partida doble... con otra asesina como dama de honor, para colmo...

Casi al mismo tiempo, todas las mujeres se dieron cuenta de que Katie no sólo

estaba borracha e insultante sino también profundamente perturbada. Sus enloquecidos ojos condenaban a todos los presentes mientras seguía barbotando insultos sin sentido.

Se está ahogando, se dijo Nicole para sus adentros, y está gritando desesperadamente para que le den ayuda. No sólo pasé por alto sus gritos, sino que la hundí más profundamente en el agua.

—Katie —dijo Nicole en voz baja—, lo lamento. Actué en forma necia y sin pensar. —Caminó hacia su hija, con los brazos extendidos.

—No —retrucó Katie, alejando los brazos de su madre de un empujón—. No, no, no... No quiero tu compasión. —Retrocedió en dirección a la puerta—. De hecho, no quiero estar en esta maldita boda... No pertenezco aquí... Buena suerte, hermanita. Dime algún día qué tal es en la cama el apuesto doctor.

Katie dio vuelta sobre sí misma y, a los tropezones, salió por la puerta. Tanto Ellie como Nicole lloraron en silencio cuando se fue.

Nicole trataba de concentrarse en la boda pero sentía un enorme peso en el corazón, después de la desagradable escena con Katie. Ayudó a Ellie a aplicarse nuevamente el maquillaje y se castigó repetidamente por haber respondido con ira a Katie.

Justo antes de que la ceremonia empezara, Nicole regresó al cuarto de vestir de los hombres y les informó que Katie había decidido no asistir a la boda. Después atisbo brevemente la multitud que se estaba congregando y advirtió que algunos biots ya se habían sentado. *Mi Dios*, pensó Nicole, *no fuimos lo suficientemente específicos en las invitaciones*. Era habitual que algunos de los colonos trajeran con ellos sus Lincoln o Tiasso a una función especial, sobre todo si tenían niños. Antes de regresar al salón de vestir de la novia, Nicole se sintió algo preocupada por si habría suficientes asientos para todos.

Instantes después el cortejo nupcial estaba reunido en el escenario, en torno del juez Mishkin y la música anunció la llegada de la novia. Al igual que todos los demás, Nicole se dio vuelta y miró hacia la parte de atrás del teatro: ahí estaba su espléndida hija menor, resplandeciente con su vestido blanco con adornos rojos. Venía por el pasillo tomada del brazo de Richard. Nicole pugnó por contener las lágrimas pero cuando vio las que brillaban en las mejillas de la novia, ya no se pudo controlar más. *Te amo, mi Ellie*, se dijo Nicole. *Deseo tanto que seas feliz*.

El juez Mishkin, a pedido de la pareja, había preparado una ceremonia ecléctica,

que exaltaba el amor del hombre y de la mujer y hablaba sobre lo importante que era el vínculo que formaban para la adecuada creación de una familia. Las palabras de Mishkin aconsejaban tolerancia, paciencia y abnegación. Ofreció una oración que no seguía ninguna religión específica en la que invocaba a Dios para que "provocara" en la novia y el novio "la compasión y la comprensión que ennoblecen a la especie humana".

La ceremonia fue breve, pero refinada. El doctor Turner y Ellie intercambiaron los anillos y recitaron los votos con voz fuerte y segura. Se volvieron hacia el juez Mishkin quien les unió las manos.

—Con la autoridad que me confirió la colonia de Nuevo Edén, declaro a Robert Turner y Eleanor Wakefield marido y mujer.

Cuando el doctor Turner estaba levantando delicadamente el velo de Ellie para darle el tradicional beso, resonó un disparo al que siguió otro un instante después. El juez Mishkin se precipitó hacia adelante, sobre la pareja nupcial. De su frente brotaba sangre. Kenji Watanabe se desplomó al lado de él. Eponine se zambulló entre la pareja y los invitados, cuando se oyeron un tercer y un cuarto disparo. Todo el mundo gritaba. Imperaba el caos en el teatro.

Dos disparos más se produjeron en rápida sucesión. En la tercera fila, Max Puckett finalmente había desarmado al biot Lincoln que había sido el tirador. Max se había dado vuelta de modo casi instantáneo en cuanto oyó el primer disparo y saltó por sobre las sillas un segundo después. Sin embargo, el biot Lincoln, que se había levantado de su asiento al oír la palabra "mujer", disparó su arma automática un total de seis veces, antes de que Max lo dominara por completo.

Había sangre por todo el escenario. Nicole se arrastró y examinó al gobernador Watanabe. Ya estaba muerto. El doctor Turner sostenía en brazos al juez Mishkin, mientras el benevolente anciano cerraba los ojos por última vez. Aparentemente, el tercer disparo había sido destinado al doctor Turner pues Eponine lo había recibido en el costado después de su desesperada zambullida para salvar al novio y a la novia.

Nicole recogió el micrófono, que había caído junto con el juez Mishkin.

—Señoras y señores, ésta es una tragedia terrible, terrible. Por favor, no se dejen llevar por el pánico. Estoy convencida de que ya no hay peligro. Por favor, limítense a permanecer en su sitio hasta que podamos atender a los heridos.

Las cuatro últimas balas no habían hecho demasiado daño. Eponine estaba

sangrando pero su estado no era crítico. Max había golpeado al Lincoln justo antes de que disparara la cuarta bala, casi con seguridad salvando la vida de Nicole, ya que esa bala le había errado a la jueza por cuestión de centímetros. Dos de los invitados habían sido rozados por los disparos finales, mientras el Lincoln estaba cayendo.

Richard se unió a Max y a Patrick, que estaban sujetando al biot asesino.

—No responde a una sola maldita pregunta —dijo Max. Richard miró el hombro del Lincoln: el biot número trescientos treinta y tres.

—Llévenlo a la parte de atrás —dijo Richard—. Quiero examinarlo más tarde.

En el escenario, Nai Watanabe estaba sentada sobre las rodillas, sosteniendo sobre el regazo la cabeza de su amado Kenji. El cuerpo se le sacudía con sollozos profundos, desesperados. Al lado de ella, los mellizos Galileo y Kepler estaban gimiendo de miedo. Ellie, con sangre esparcida por todo su vestido de novia, trataba de reconfortar a los niñitos.

El doctor Turner atendía a Eponine.

—Una ambulancia estará aquí dentro de pocos minutos —dijo Turner, después de vendarle la herida a la profesora. La besó en la frente. —No hay forma en la que Ellie y yo podamos agradecerle jamás lo que hizo.

Nicole estaba abajo, con los invitados, asegurándose de que ninguno de los concurrentes alcanzados por las balas estuviera gravemente herido. Estaba a punto de volver al micrófono y decirles a todos que podían empezar a irse cuando un colono histórico irrumpió en el teatro.

—¡Un Einstein se volvió loco! —gritó, antes de contemplar la escena que tenía delante de sí—. Tanto Ulanov como el juez Iannella están muertos.

—Ambos nos debemos ir ahora —dijo Richard—. Pero aun si tú no lo haces, Nicole, yo me voy. Sé demasiado sobre los biots de la serie trescientos... y sobre lo que la gente de Nakamura hizo para modificarlos. Van a estar detrás de mí esta noche o en la mañana.

—Muy bien, cariño —contestó Nicole—. Entiendo. Pero alguien se tiene que quedar con la familia. Y luchar contra Nakamura. Aun si es una causa perdida. No nos debemos someter a su tiranía.

Habían pasado tres horas desde el abortado final de la boda de Ellie. El pánico estaba extendiéndose velozmente por la colonia. La televisión acababa de informar que cinco o seis biots se habían vuelto locos en forma simultánea y que once de los

ciudadanos más destacados de Nuevo Edén habían sido asesinados. Afortunadamente, el biot Kawabata, que estaba ejecutando el concierto en Las Vegas, había fallado en su ataque contra el candidato por la gobernación, Ian Macmillan, y el renombrado industrial Toshio Nakamura...

—Calumnia —dijo Richard mientras miraba—. Eso sólo fue otra parte del plan que tienen.

Estaba seguro de que toda la actividad se había planeado y orquestado en el cuartel de Nakamura. Más aún: Richard no tenía la menor duda de que él y Nicole también habían sido parte de los blancos de ataque. Estaba convencido de que los acontecimientos del día darían por resultado un Nuevo Edén totalmente distinto, bajo el control de Nakamura y con Ian Macmillan en calidad de gobernador títere.

—¿No les vas a decir adiós a Patrick y Benjy, por lo menos? —preguntó Nicole.

—Mejor que no lo haga —repuso Richard—. No porque no los ame sino porque temo cambiar de idea.

—¿Vas a usar la salida de emergencia? Richard asintió con la cabeza.

—Nunca me dejarían salir en forma normal.

Mientras revisaba el equipo de buceo, Nicole entró en el estudio.

—En el noticiario se acaba de informar que la gente estaba destrozando sus biots por toda la colonia. Uno de los colonos entrevistados dijo que todo el asesinato en masa era parte de un complot alienígena.

—Grandioso —dijo Richard con tono lúgubre—. La propaganda ya empezó.

Empacó tanta comida y tanta agua como creía que podía transportar con comodidad. Cuando estuvo listo, atrajo a Nicole con fuerza hacia él durante más de un minuto. Había lágrimas en los ojos de ambos cuando Richard partió.

—¿Sabes adonde vas? —preguntó Nicole en voz baja.

—Más o menos —contestó Richard, todavía parado en la puerta trasera—. Pero no te lo voy a decir para que no te veas implicada...

—Comprendo —dijo Nicole. Ambos oyeron algo en la parte delantera de la casa y Richard salió velozmente en dirección al patio trasero.

El tren que iba a lago Shakespeare no funcionaba: el García que operaba un tren anterior en la misma vía había sido destruido por un grupo de colonos furiosos y todo el sistema se había interrumpido. Richard empezó a caminar hacia el lado este del lago Shakespeare.

Mientras caminaba penosamente, llevando su pesado equipo de buceo y su

mochila, tuvo la sensación de que lo estaban siguiendo. Dos veces creyó haber visto a alguien con el rabillo del ojo pero cuando se detuvo y miró en derredor no vio nada. Finalmente llegó al lago. Era después de medianoche. Miró por última vez las luces de la colonia y se empezó a poner el equipo de buceo. La sangre se le congeló en las venas cuando un García salió de los matorrales mientras él se desvestía.

Esperaba ser asesinado. Después de varios segundos, el García habló.

—¿Es usted Richard Wakefield? —preguntó. Richard no se movió ni pronunció palabra.

—Si lo es —dijo el biot finalmente—, le traigo un mensaje de su esposa. Dice que lo ama y que espera tenga buen viaje. Richard suspiró largamente.

—Dile que yo también la amo —contestó.

El enjuiciamiento

1

En la parte más profunda del lago Shakespeare, había una entrada abierta que daba a un largo canal submarino que corría por debajo del pueblo de Beauvois y del muro del habitat. Durante el diseño de Nuevo Edén, Richard, que había tenido considerable experiencia práctica con el planeamiento de instalaciones en caso de contingencias, había hecho hincapié en la importancia de que hubiera una salida de emergencia que permitiera escapar de la colonia.

—Pero, ¿para qué la pueden necesitar? —había preguntado El Águila.

—No lo sé —había contestado Richard—. Pero situaciones imprevistas se presentan a menudo en la vida. Un diseño sensato de ingeniería siempre incluye la protección contra contingencias.

Richard nadaba con cuidado por el túnel, frenándose cada varios minutos para revisaba su provisión de aire. Cuando llegó al final, se desplazó por una serie de esclusas que, finalmente, lo dejaron en un pasadizo subterráneo seco. Caminó casi cien metros antes de quitarse el equipo de buceo que guardó en el costado del túnel. Cuando alcanzó la salida, que estaba en el borde este del sector cerrado que abarcaba los dos habitat del Hemicilíndro Norte de Rama, Richard extrajo su traje térmico de la bolsa impermeable.

Aun cuando se daba cuenta de que nadie podía saber dónde estaba, Richard abrió con mucho cuidado la puerta circular que había en el techo del pasadizo. Después, se deslizó hacia la Planicie Central. *Hasta ahora, todo va bien*, pensó, dejando escapar un suspiro de alivio. *Ahora, el Plan B*.

Durante cuatro días, Richard permaneció en el lado este de la planicie. Mediante sus excelentes binoculares pequeños podía ver las luces que indicaban actividad en el centro de control de la región de Avalon o del sitio de sondeo en el segundo habitat. Tal como había previsto, durante un día o dos, hubo partidas de búsqueda en la región que estaba entre los habitat. Únicamente uno de los grupos vino en la dirección hacia donde estaba escondido, y a Richard le resultó fácil evitarlo.

Los ojos se le acostumbraron a lo que había creído que sería absoluta oscuridad en la Planicie Central. En realidad, había una tenue luz de fondo, provocada por el reflejo en las superficies de Rama. Richard conjeturó que la fuente, o las fuentes, de luz debían de estar en el Hemicilíndro Austral, al otro lado del muro lejano del segundo habitat.

Richard deseaba poder volar para remontarse por sobre los muros y desplazarse con libertad en la vastedad del mundo cilíndrico. La existencia de los bajos niveles de luz reflejada le estimuló el interés por el resto de Rama. ¿Habría todavía un Mar Cilíndrico al sur del muro barrera? ¿Todavía existiría Nueva York como una isla en ese mar? ¿Y habría en el Hemicilíndro Austral, una región aún más grande que aquella que contenía los dos habitat del norte?

Al quinto día posterior a su escape, Richard despertó de un sueño particularmente perturbador sobre su padre y empezó a caminar en dirección a lo que ahora llamaba el habitat de los avianos. Había modificado sus horarios de sueño, de modo de que fueran directamente opuestos al ciclo diurno de Nuevo Edén, Ahora en el interior de la colonia eran alrededor de las siete de la tarde. Sin lugar a dudas, todos los humanos que estaban trabajando en el sitio de sondeo ya habían terminado la labor del día.

Cuando se encontraba a casi un kilómetro de la abertura en el muro del habitat aviano, Richard se detuvo para verificar, mediante los binoculares, que ya no había gente en la región. Entonces, envió a Falstaff para que actuara como señuelo del biot que estaba como sereno del sitio.

Richard no estaba seguro de cuán uniforme era el pasadizo que conducía al segundo habitat. Había trazado un cuadrado de ochenta centímetros de lado en el

piso del estudio y se había convencido de que debía poder arrastrarse a través de él. ¿Pero qué sucedería si el tamaño del pasadizo era irregular? *Pronto lo vamos a descubrir*, se dijo Richard, a medida que se acercaba al sitio.

Habían vuelto a introducir sólo un juego de cables e instrumentos dentro del pasadizo, por lo que a Richard no le fue difícil sacarlos del camino. Falstaff también había tenido éxito. Richard ni vio ni oyó al biot sereno. Tiró su pequeña mochila en el interior de la abertura y después trató de trepar. Era imposible. Se sacó la chaqueta primero, después la camisa, los pantalones y los zapatos. Vestido nada más que con ropa interior y medias, Richard a duras penas cabía en el pasadizo. Hizo un atado con su ropa, las ató al costado de la mochila y se metió muy comprimido en la abertura.

Fue un desplazamiento muy lento. Richard avanzaba centímetro a centímetro apoyado sobre el vientre, usando manos y codos, empujando la mochila delante de él. Con cada movimiento rozaba el cuerpo contra las paredes y el techo. Se detuvo, con los músculos ya empezando a cansarse, después de haber penetrado quince metros en el túnel. El otro extremo todavía se hallaba a casi cuarenta metros.

Mientras descansaba, Richard se dio cuenta de que codos, rodillas y hasta la coronilla de su cabeza con incipiente calvicie, ya estaban raspados y sangrantes. Ni pensar en extraer vendajes de la mochila. Sólo rodar sobre la espalda y mirar hacia atrás era un esfuerzo monumental por el poco espacio que tenía para moverse.

También se dio cuenta de que tenía mucho frío. Mientras se arrastraba, la energía necesaria para hacerlo avanzar lo había mantenido en calor. Sin embargo, una vez que se detuvo, el cuerpo desprovisto de ropa se enfrió con rapidez. Tener casi todo el cuerpo en contacto con superficies metálicas y frías tampoco ayudaba. Le empezaron a castañetear los dientes.

Richard avanzó lenta y dolorosamente durante quince minutos más. Después, la cadera derecha se le acalabró y, como consecuencia de la reacción involuntaria del cuerpo, se golpeó la cabeza contra la parte superior del pasadizo. Un tanto aturdido por el impacto, se alarmó cuando sintió que por el costado de la cabeza le corría sangre.

No había luz delante de él. La débil iluminación que le había permitido vigilar el avance de Príncipe Hal había desaparecido. Se esforzó por girar sobre sí y mirar hacia atrás. Estaba oscuro por todas partes y el cuerpo se le estaba enfriando otra vez. Se palpó la cabeza y trató de determinar cuán grave había sido el corte. Lo

acometió el pánico cuando se dio cuenta de que todavía continuaba la hemorragia.

Hasta ese momento no había sentido claustrofobia. Ahora, de repente, encajado en un oscuro pasadizo que le apretaba el cuerpo desde todos lados, Richard sintió que no podía respirar. Sentía que las paredes lo estaban aplastando. No se pudo controlar y gritó.

En menos de medio minuto, detrás de él se encendió una luz. Oyó el raro acento inglés del biot García, pero no pudo entender lo que decía. *Casi con certeza, pensó, está llenando un informe de emergencia. Mejor que me mueva con prontitud.*

Empezó a arrastrarse otra vez, olvidándose de la fatiga, la cabeza sangrante y las rodillas y los codos despellejados. Estimó que únicamente le faltaban diez metros más, quince como máximo, cuando el pasadizo pareció contraerse. ¡No podía pasar! Puso en tensión todos sus músculos, pero fue inútil. Estaba definitivamente atascado. Mientras trataba de encontrar una posición diferente para arrastrarse, que pudiera ser más favorable en el aspecto geométrico, oyó un suave golpeteo continuo que se acercaba desde la dirección del habitat aviano.

Instantes después, estaban todos encima de él. Richard pasó cinco minutos de absoluto terror, antes de que su mente le informara que la sensación de cosquillas que estaba sintiendo en toda su piel era ocasionada por los bichos. Recordó haberlos visto en la televisión: pequeños seres esféricos de unos dos centímetros de diámetro con seis patas multiarticuladas, dispuestas según una simetría radial y de casi diez centímetros de largo cuando estaban totalmente extendidas.

Uno se había detenido sobre su rostro con las patas dispuestas a horcajadas sobre la nariz y la boca. Richard se sacudió para sacárselo de encima y se volvió a golpear la cabeza. Empezó a retorcerse de un lado a otro y se las arregló para avanzar. Con los patas todavía encima de él, se arrastró los últimos metros que lo separaban de la salida.

Cuando llegó al anillo exterior aviano, oyó una voz humana detrás de él.

—Hola, ¿hay alguien ahí dentro? —dijo la voz—. Quienquiera que esté allí, por favor identifíquese. Estamos aquí para ayudarlo. —Un poderoso reflector iluminó el pasadizo.

Richard descubrió que tenía otro problema: la salida estaba a más de un metro por encima del piso del anillo. *"Debí haberme arrastrado hacia atrás", pensó, "y arrastrado la mochila y la ropa. Habría sido mucho más fácil".*

Era demasiado tarde para la retrospección. Con la mochila y la ropa en el piso,

debajo de él, y una segunda voz ahora haciendo preguntas desde atrás, Richard siguió arrastrándose hacia adelante hasta que tuvo medio cuerpo fuera del pasadizo. Cuando se sintió caer, puso las manos detrás de la cabeza, apretó el mentón contra el pecho y trató de convertirse en una bola. Después, rebotó y rodó hasta el interior del anillo aviano. Mientras caía, los bichos con patas saltaron desde su cuerpo y desaparecieron en la oscuridad.

Las luces que los seres humanos hacían brillar dentro del pasadizo se reflejaban en el muro interior del anillo. Después de establecer que no estaba herido y que la cabeza ya no le sangraba profusamente, Richard levantó sus pertenencias y caminó cojeando doscientos metros hacia la izquierda. Se detuvo exactamente debajo de la portilla donde el aviano había capturado al Príncipe Hal.

A pesar de la fatiga, Richard comenzó a escalar el muro de inmediato. No bien terminó de vendar y curar sus heridas, empezó el ascenso. Estaba seguro de que pronto enviarían una cámara teleguiada al anillo, para buscarlo.

Por fortuna, delante de la portilla había un reborde pequeño que era lo suficientemente grande como para sostener a Richard. Se sentó ahí mientras cortaba la malla metálica. Esperaba que los bichos aparecieran en cualquier momento, pero estuvo solo. No oyó ni vio nada proveniente del interior del habitat. Aunque dos veces trató de ordenar por radio al Príncipe Hal que volviera, no hubo respuesta a su llamada.

Miró fijo la completa oscuridad del habitat aviano. *¿Qué hay ahí adentro?*, se preguntó. La atmósfera que hay en el interior, razonó, debe de ser la misma que la del anillo porque el aire circulaba libremente hacia adentro y hacia afuera. Richard acababa de decidir que iba a sacar la linterna para echarle un vistazo al interior, cuando oyó sonidos que provenían desde abajo y detrás de él. Segundos después vio un haz de luz que venía en su dirección, desde abajo, donde estaba el piso del anillo.

Se comprimió hacia el interior del habitat, llegando tan lejos como se atrevió para evitar la luz, y escuchó con cuidado los sonidos. *Es la cámara teleguiada*, pensó. *Pero tiene alcance limitado. No puede operar sin el cable de control.*

Se sentó muy quieto. *¿Qué hago ahora?*, se preguntó cuando resultó evidente que la luz unida a la cámara seguía recorriendo la misma zona debajo de la portilla. *Deben de haber visto algo. Si enciendo la linterna y hay algún reflejo, sabrán dónde estoy.*

Dejó caer un objeto pequeño en el habitat para asegurarse de que el nivel de su piso era el mismo que el del anillo. No oyó nada. Trató con otro objeto, levemente más grande, pero no hubo ningún sonido que indicara que había golpeado contra el piso.

El ritmo de sus palpitaciones aumentó abruptamente cuando su mente le dijo que el piso interior del habitat estaba muy por debajo del piso del anillo. Recordó la estructura básica de Rama, con su gruesa carcasa exterior, y se dio cuenta de que el fondo del habitat podía estar a varios centenares de metros por debajo de donde estaba sentado. Se inclinó y volvió a mirar fijo hacia el vacío.

La cámara teleguiada se detuvo súbitamente y su luz permaneció enfocada en un punto específico del anillo. Richard conjeturó que algo se le debió de haber caído de la mochila mientras cojeaba con premura, para llegar desde el pasadizo hasta la zona que estaba debajo de la portilla. Sabía que otras luces y cámaras vendrían pronto. Richard imaginó que lo capturaban y lo llevaban de vuelta a Nuevo Edén. No sabía bien qué leyes de la colonia había violado, pero no había duda de que había cometido muchas infracciones. Sintió un profundo resentimiento cuando contempló la posibilidad de pasar meses o años en detención. *Bajo ninguna circunstancia, se dijo, permitiré que eso ocurra.*

Bajó la mano por el muro interior del habitat para determinar si había suficientes irregularidades que le sirvieran para colocar manos y pies. Una vez satisfecho de que no era un descenso imposible, buscó a tientas en la mochila la cuerda de escalamiento y enganchó uno de los extremos a las bisagras que sostenían la puerta de malla. *Por si me llegara a resbalar, se dijo.*

Ahora había una segunda luz en el anillo que había dejado atrás. Richard descendió por el habitat con la cuerda envuelta de manera segura alrededor de la cintura. No descendió con la cuerda, sino que sólo la usó para obtener apoyo ocasional mientras palpaba en la oscuridad, buscando puntos donde apoyar los pies. Técnicamente, el descenso no fue difícil. Había muchos rebordes pequeños en los que Richard podía poner los pies.

Bajaba y bajaba. Cuando estimó que había descendido sesenta o setenta metros, decidió detenerse y sacar la linterna de la mochila. No se sintió reconfortado cuando dirigió el haz hacia abajo, por el muro. Todavía no podía ver el fondo. Sólo veía a quizá cincuenta metros más por debajo de él, algo muy difuso, como una nube o niebla. *Grandioso, pensó Richard con sarcasmo, sencillamente perfecto.*

Otros treinta metros y llegó al final de la cuerda. Ya podía sentir la humedad proveniente de la niebla. Rara estos momentos estaba sumamente cansado. Dado que no estaba dispuesto a sacrificar la seguridad de la cuerda, volvió a trepar por el muro varios metros, se envolvió varias veces en la cuerda y se puso a dormir con el cuerpo apretado contra el muro.

2

Los sueños de Richard eran muy extraños: a menudo caía cabeza abajo, hacia lo más profundo y nunca tocaba fondo. En el último sueño, antes de que Richard despertara, Toshio Nakamura y dos matones orientales lo estaban interrogando en una habitación pequeña con paredes blancas.

Cuando despertó, durante varios segundos no supo dónde estaba. Su primer movimiento fue apartar la mejilla derecha de la superficie metálica del muro. Pocos instantes más tarde recordó que se había puesto a dormir en posición vertical sobre el muro, en el interior del habitat aviano, y encendió la linterna para mirar hacia abajo. El corazón le dio un vuelco cuando vio que la niebla ya no estaba ahí. En cambio, pudo ver el muro, que se extendía hasta mucho más abajo. Donde éste finalmente terminaba, parecía haber agua.

Inclinó la cabeza hacia atrás y miró atentamente hacia arriba. Dado que sabía que estaba a unos noventa metros por debajo de la portilla (la cuerda de escalamiento tenía cien metros de largo), estimó que la distancia que quedaba hasta el agua era de alrededor de doscientos cincuenta metros más. Las rodillas se le aflojaron cuando su mente empezó a comprender la magnitud del apuro en el que se hallaba. Cuando Richard se empezó a zafar de las lazadas adicionales que había hecho en la cuerda antes de ponerse a dormir, advirtió que los brazos y las manos le estaban temblando.

Sintió un tremendo deseo de huir, de ascender de vuelta a la portilla y de abandonar por completo el mundo alienígena. Ato, se dijo a sí mismo, luchando contra la reacción instintiva, *no, aún. Únicamente si no hay otras opciones viables.*

Decidió que, primero, iba a comer algo. Con mucha cautela se liberó de parte de la cuerda y extrajo un poco de comida y agua de la mochila. Después, giró en forma parcial y dirigió el haz de la linterna hacia el interior del habitat. Creyó ver contornos

y formas en la distancia pero no podía estar seguro. *Podría ser nada más que mi imaginación*, pensó.

Cuando terminó de comer revisó su provisión de comida y agua y repasó mentalmente las opciones que tenía: *Todo es muy sencillo*, se dijo, con una carcajada nerviosa. *Puedo volver a Nuevo Edén y convertirme en convicto o puedo abandonar la seguridad de mi cuerda y seguir bajando por el muro*. Hizo silencio un instante mientras miraba con atención hacia arriba y hacia abajo. *O puedo permanecer aquí y esperar a que se produzca un milagro*.

Al recordar que un aviano había venido rápidamente cuando el Príncipe Hal chilló, Richard empezó a gritar. Después de dos o tres minutos dejó de gritar y empezó a cantar. Cantó sin cesar durante casi una hora. Empezó con tonadas de sus días en la Universidad de Cambridge y después pasó a canciones que habían sido populares durante sus solitarios años de adolescencia. Estaba asombrado por lo bien que recordaba las letras. *La memoria es un dispositivo asombroso*, meditó para sus adentros. *¿Qué explica su confiabilidad selectiva?, ¿por qué puedo recordar casi todas las palabras de esas tontas canciones de mi adolescencia y virtualmente nada de mi odisea en Rama?*

Estaba buscando otro trago de agua en la mochila, cuando de repente hubo luz en el habitat. Se sobresaltó tanto que los pies le resbalaron del muro y, durante algunos segundos, todo su peso estuvo sostenido por la cuerda de escalamiento. La luz no era cegadora como la de aquel amanecer en Rama II mientras él estaba viajando en la telesilla, pero era luz de todos modos. En cuanto se volvió a afianzar, contempló el mundo que ahora se revelaba frente a él.

La fuente de la iluminación era una gran bola cubierta con una pantalla, que colgaba del techo del habitat. Richard estimó que la bola estaba a unos cuatro kilómetros de él y a casi un kilómetro directamente por encima de la estructura más destacada que había a la vista: un gran cilindro marrón ubicado en el centro geométrico del habitat. Una pantalla opaca cubría los tres cuartos superiores de la bola incandescente, de modo que la mayor parte de su luz se dirigía hacia abajo.

El principio básico de diseño del interior del habitat era la simetría radial. En el centro estaba el cilindro marrón erecto, que parecía estar hecho con tierra y que probablemente medía mil quinientos metros desde la base hasta la parte superior. Por supuesto, Richard sólo podía ver uno de los lados de la estructura pero, por su curvatura, estimó que el diámetro estaba entre los dos y tres kilómetros.

En la parte de afuera del cilindro no había ni ventanas ni puertas. Ninguna luz escapaba de su interior. El único diseño que había en el costado de la estructura era un conjunto de líneas curvas, ampliamente separadas, cada una de las cuales empezaba en la parte superior y corría todo alrededor del cilindro, antes de llegar al fondo, directamente por debajo del punto de iniciación. El fondo del cilindro estaba casi a la misma altura que la portilla a través de la cual había entrado Richard.

Al cilindro lo circunscribía una serie de pequeñas estructuras blancas, que estaban dentro de dos anillos separados entre sí unos trescientos metros. Los dos cuadrantes del norte (Richard había entrado en el habitat aviano a través de la portilla norte) de estos anillos eran idénticos. Richard supuso que la simetría de los otros dos cuadrantes conformaría el mismo diseño.

Un delgado canal circular de setenta u ochenta metros de ancho rodeaba las estructuras. Tanto el canal como los anillos de edificios blancos estaban situados en una meseta cuya altura era igual a la del fondo del cilindro marrón. Sin embargo, por fuera del canal una gran región de lo que parecían ser cosas en crecimiento ocupaba la mayor parte del resto del habitat. El terreno de la región verde presentaba un declive que descendía en forma pareja desde el canal hasta las orillas de un foso de cuatrocientos metros de ancho, que se encontraba precisamente dentro del muro interior. Los cuatro cuadrantes idénticos de la región verde estaban además subdivididos en cuatro sectores. Richard los llamó jungla, bosque, prado y desierto, basando estas denominaciones en términos análogos de la Tierra.

Durante unos diez minutos, Richard contempló en silencio el vasto panorama. Debido a que el nivel de iluminación disminuía en relación directa con la distancia al cilindro, no podía ver las regiones más cercanas con más claridad que las que estaban a la distancia. De todos modos, los detalles seguían siendo impresionantes. Cuanto más miraba, más cosas advertía: en la región verde había pequeños lagos y ríos, una ocasional isla diminuta en el foso y lo que parecían ser calles entre los edificios blancos. *Pero claro, Richard se descubrió pensando, ¿por qué habría de ser de otra manera? Hemos reproducido una pequeña Tierra en Nuevo Edén. Esto debe de representar, del alguna manera, el planeta natal de los avianos.*

Este último pensamiento le hizo recordar que tanto Nicole como él mismo habían estado convencidos, desde el principio, de que los avianos ya no eran (si es que lo habían sido alguna vez) una especie viajera por el espacio, con alto desarrollo tecnológico. Richard extrajo los binoculares y estudió el cilindro marrón desde lejos.

"¿Qué secretos escondes?", se preguntó, momentáneamente animado por las posibilidades de aventura y descubrimiento.

Acto seguido, Richard buscó en el cielo para ver si había alguna señal de los avianos. Quedó decepcionado. Creyó haber visto seres voladores una vez o dos en la parte superior del cilindro marrón. Sin embargo, como los puntos de luz revoloteaban tan rápido y aparecían en su campo visual para luego desaparecer, no podía tener absoluta certeza. Por más que mirara toda la región verde —el vecindario de los edificios blancos, e incluso el foso, no veía evidencias de movimiento. No había una indicación cierta de que hubiera algo vivo en el habitat aviano.

La luz desapareció después de cuatro horas y Richard otra vez quedó en la oscuridad, en la mitad del muro vertical. Revisó su termómetro que incluía una base de datos históricos: la temperatura no había variado más que medio grado de 26°C desde que Richard ingresó en el habitat *¿Pero por qué tan estricto? ¿Por qué usar tanto de los recursos de energía para mantener una temperatura fija?*, se preguntó Richard.

Cuando la oscuridad empezó a prolongarse durante horas, Richard se puso impaciente. Aun cuando hacía descansar en forma regular cada masa muscular, al sostenerse temporariamente de diferentes maneras en la cuerda, el cuerpo lentamente se le estaba fatigando. Era hora de que considerara tomar algún curso de acción. Con renuencia, decidió que sería una temeridad abandonar la cuerda y descender al foso. *¿Qué haría cuando llegara ahí, de todos modos?*, pensó, *¿nadar hasta el otro lado? Aun así tendría que dar la vuelta si no encontrara comida de inmediato.*

Empezó a trepar lentamente hacia la portilla. Mientras descansaba a mitad de camino hacia la salida, oyó algo muy débil hacia su derecha. Se detuvo y con calma buscó el receptor en la mochila. Con un mínimo movimiento puso el selector de amplificación en su máximo nivel y se colocó los auriculares. Al principio no oyó nada pero después de varios minutos percibió un sonido que provenía desde debajo de él, del foso. Le era imposible identificar con exactitud lo que estaba oyendo —pudieron haber sido varias lanchas desplazándose por el agua— pero no había duda de que alguna clase de actividad estaba teniendo lugar allá abajo.

¿Fue ése un tenue aleteo también, una vez más, en alguna parte a la derecha? Sin advertencia previa, Richard repentinamente lanzó un alarido y después truncó el

alarido en forma brusca. Los sonidos de batimiento de alas se extinguieron rápidamente pero durante un segundo o dos fueron inconfundibles.

Richard se sentía alborozado.

—Sé que están ahí —gritó con júbilo—. Sé que me están observando.

Tenía un plan. Por cierto que era aventurado pero no había duda de que era mejor que nada. Richard revisó su provisión de comida y agua y se aseguró de que tenía cantidades adecuadas. Luego respiró hondo. *Es ahora o nunca*, pensó.

Practicó el descenso sin depender de la cuerda para tener apoyo. Eso determinó que el avance fuera más difícil pero podía hacerlo. Cuando llegó al final de la cuerda, se quitó el arnés y con la luz de la linterna recorrió el muro hacia abajo: hasta la parte superior de la niebla, por lo menos, había muchos rebordes a disposición de Richard. Siguió bajando con mucho cuidado, admitiendo para sus adentros que estaba asustado. Varias veces creyó oír el latido de su propio corazón a través de los auriculares.

Si estoy en lo cierto, pensó cuando descendió al interior de la niebla, *voy a tener compañía ahí abajo*. La humedad hacía que el descenso fuera doblemente difícil. Una vez resbaló y casi cayó pero logró recuperarse. Se detuvo en un lugar en el que los puntos de apoyo de las manos y los pies eran insólitamente firmes. Estimó que estaba a unos cincuenta metros del foso. *Ahora voy a esperar hasta que oiga algo. Se van a tener que acercar en la niebla*.

Al poco tiempo volvió a oír las alas. Esta vez, el sonido parecía provenir de un par de avianos. Richard permaneció donde estaba durante más de una hora, hasta que la niebla empezó a perder espesor. Varias veces más oyó las alas de sus observadores.

Había planeado esperar hasta que hubiera luz otra vez para bajar hasta el agua. Pero, cuando la niebla se levantó y las luces todavía no regresaban, Richard se empezó a preocupar respecto de la hora. Empezó a descender el muro en medio de la oscuridad. A unos diez metros por encima del foso oyó a sus observadores irse volando. Dos minutos después, el interior del habitat aviano estuvo iluminado otra vez. Richard no perdió tiempo. Su plan era sencillo: basándose en el ruido de lanchas que había oído en la oscuridad, Richard supuso que en el foso estaba ocurriendo algo que era de importancia crítica para los avianos o para quienquiera que hubiera estado viviendo en el cilindro marrón. De no ser así, razonó, ¿por qué habrían seguido con la actividad, sabiendo que él la podría oír? Si la hubieran

pospuesto nada más que unas horas, casi con seguridad Richard se habría ido del habitat.

Richard pretendía entrar en el foso. Si *los avianos se sienten amenazados de alguna manera*, razonó, *adoptarán algún curso de acción. Si no, empezaré de inmediato mi ascenso y regresaré a Nuevo Edén.*

Antes de meterse en el agua, Richard se sacó los zapatos y, con cierta dificultad, los puso en la mochila impermeable. Por lo menos, no iban a estar mojados si tenía que volver a trepar. Segundos después, en cuanto su pie tocó el agua, un par de avianos voló hada él desde el sitio en el que habían estado ocultos, en la región verde que estaba directamente del otro lado del foso.

Estaban enloquecidos. Farfullaban, chillaban y se comportaban como si fueran a hacer pedazos a Richard con sus garras. Él se sentía tan extático por el hecho de que su plan hubiera funcionado que pasó por alto las demostraciones de amenaza. Los avianos revoloteaban sobre él y trataban de arrastrarlo de vuelta hacia el muro. Richard pataleó en el agua y los estudió de cerca.

Estos dos eran ligeramente diferentes de aquellos con los que él y Nicole se habían encontrado en Rama II. Estos avianos tenían el cuerpo cubierto con pelaje como de terciopelo, exactamente igual que los otros, pero de color púrpura. El anillo único que tenían alrededor del cuello era negro. También eran más pequeños que los avianos anteriores y mucho más frenéticos. *"A lo mejor son más jóvenes"*, pensó Richard. Uno de los seres realmente tocó la mejilla de Richard con su garra, cuando Richard no se desplazó lo suficientemente rápido hacia el muro.

Finalmente, Richard trepó el muro, apenas fuera del agua, pero eso no pareció aplacar a los avianos. Casi de inmediato, los dos pájaros empezaron, por turno, a describir pequeñas figuras de vuelo hacia lo alto del muro, mostrándole a Richard que querían que subiera. Como no se movió, se desesperaron cada vez más.

—Quiero ir con ustedes —dijo Richard, señalando hacia el cilindro marrón que se elevaba a la distancia. Cada vez que repetía la señal que hacía con la mano, los gigantescos seres chillaban y parloteaban y volaban hacia lo alto, en dirección a la portilla.

Los avianos se estaban frustrando y Richard se empezó a preocupar de que lo pudieran atacar. De pronto, tuvo una idea brillante. *¿Podré recordar el código de entrada?*, se preguntó. *Han pasado tantos años.*

Cuando metió la mano en la mochila, los avianos huyeron de inmediato.

"Eso demuestra", dijo Richard en voz alta, mientras encendía su adorada computadora portátil, "que los bichos con patas *son* los observadores electrónicos que ustedes envían. ¿De qué otro modo pudieron haber sabido que los seres humanos a veces llevan armas en mochilas como éstas?"

Oprimió cinco letras en el teclado y después sonrió de oreja a oreja cuando se encendió la pantalla.

—Vengan acá —dijo Richard, haciendo un ademán de aproximación a los dos pájaros gigantes, que habían retrocedido casi hasta el otro lado del foso—. Vengan acá —repitió—. Tengo algo para mostrarles.

Sostuvo en alto el monitor y exhibió el complejo gráfico de computadora que había usado muchos años atrás en Rama II para convencer a los avianos de que lo transportaran junto con Nicole al otro lado del Mar Cilíndrico. Era un refinado gráfico que mostraba tres avianos que transportaban dos figuras humanas en un arnés al otro lado de una masa de agua. Los dos seres se acercaron vacilantes.

Eso es, se dijo Richard con excitación. *Vengan para aquí y echen un buen vistazo.*

3

Richard no sabía con exactitud cuánto tiempo había estado viviendo en la oscura habitación. Había perdido noción del tiempo poco después de que le quitaron la mochila. La rutina que seguía era la misma, día tras día. Dormía en el rincón de la habitación. Cada vez que despertaba, ya fuera de una siesta o de un sueño prolongado, dos avianos entraban en la habitación desde el corredor, y le daban un melón maná para que comiera. Richard sabía que entraban por la puerta cerrada con llave que estaba al final del corredor, pero si trataba de dormir cerca de la puerta, simplemente le negaban la comida. Había sido una lección fácil de aprender para Richard.

Casi día por medio un par diferente de avianos entraba en su prisión y le limpiaban los excrementos. La ropa estaba hedionda y Richard sabía que todo él se encontraba insoportablemente sucio, pero no había podido comunicarles a sus raptores que quería bañarse.

Al principio había estado alborozado. Cuando los dos avianos jóvenes finalmente

se le acercaron lo suficiente como para mirar el gráfico y, después, hicieron su primer intento por sacarle la computadora, varios minutos después, Richard decidió que iba a programar la pantalla para que repitiera la representación en forma indefinida.

En menos de una hora, el aviano más grande que hubiera visto jamás, uno con cuerpo de terciopelo gris y tres anillos color cereza brillante alrededor del cuello, había regresado con los dos jóvenes y los tres levantaron con las garras a Richard. Lo transportaron al otro lado del foso, lo bajaron temporariamente en una zona desértica y después, al cabo de una serie de parloteos entre los tres que debió de haber sido una discusión sobre la manera óptima de transportarlo, lo levantaron muy alto por el aire.

Había sido un viaje grandioso. La vista que Richard había tenido del paisaje del habitat le había hecho recordar el viaje que una vez había realizado, a bordo de un globo aerostático, en el sur de Francia. Había volado en las garras de los avianos hasta llegar a la parte superior del cilindro marrón, directamente por debajo de la brillante bola cubierta con una pantalla. Allá los recibió otro grupo de avianos —uno sostenía la computadora de Richard que seguía repitiendo sus gráficos— que después los escoltaron por un amplio corredor vertical hacia abajo, al interior del cilindro.

Las primeras quince horas llevaron a Richard de un grupo grande de avianos a otro. Creyó que sus anfitriones simplemente lo estaban presentando a todos los avianos. Considerando que no había demasiados avianos que asistieran a más de una de las breves sesiones de parloteos y chillidos, Richard estimó que había alrededor de setecientos pájaros.

Después del desfile por las salas de conferencia de los dominios avianos, llevaron a Richard a una habitación pequeña donde el aviano de tres anillos y dos de sus compañeros, también seres grandes con tres anillos rojos en el cuello, lo vigilaron día y noche durante cerca de una semana. Durante ese lapso, le permitieron el acceso a su computadora y a todos los objetos de la mochila. Sin embargo, al final de ese período de observación te quitaron todas sus pertenencias y lo trasladaron a su prisión.

Eso debe de haber sido hace tres meses, más o menos, se dijo Richard un día, cuando empezó la caminata que hacía dos veces por día y que constituía su ejercicio regular primordial. El corredor que estaba afuera de su habitación tenía alrededor de

doscientos metros de largo. Por lo común, Richard hacía ocho vueltas completas ida y vuelta desde la puerta que estaba al final del corredor hasta la pared de roca que estaba inmediatamente afuera de su habitación.

Y durante todo este período no hubo una sola visita de sus líderes. Así que el período de observación debió de haber sido mi enjuiciamiento... O, por lo menos, el equivalente aviano... ¿Y me habrán hallado culpable de algo? ¿Es por eso que me restringieron a esta sucia celda?

Los zapatos de Richard se estaban gastando y su ropa ya estaba hecha harapos. Como la temperatura era confortable (conjeturó que debía de ser de veintiséis grados Celsius en todas partes del habitat aviano), no le preocupaba tener frío. Pero, por muchos motivos, no le agradaba la idea de estar desnudo todo el tiempo, después de que su ropa se desintegrara con el tiempo. Sonrió para sus adentros, recordando su modesta durante el período de observación: *Defecar cuando tres pájaros gigantes están observando todos y cada uno de los movimientos que uno hace no es, por cierto, tarea fácil.*

Se había cansado de comer melón maná como plato único, pero, por lo menor, era nutritivo. El líquido que había en el centro era refrescante y la pulpa húmeda tenía sabor agradable. Pero Richard anhelaba algo distinto para comer. *Hasta esa cosa sintética de la Sala Blanca sería un cambio bienvenido*, se había dicho varias veces a sí mismo.

En la soledad, el desafío más grande para Richard había sido mantener la agilidad mental. Resolvía mentalmente problemas matemáticos. Luego, preocupado por que la agudeza de su memoria ya hubiera disminuido de modo considerable por la edad, había empezado a pasar el tiempo reconstruyendo hechos y hasta segmentos cronológicos importantes de su vida.

De particular interés, durante esos ejercicios mnemotécnicos, eran los enormes huecos relativos a su odisea en Rama II, durante el viaje desde la Hería hacia El Nudo. Aunque le resultaba difícil recordar muchos sucesos específicos de la odisea, comer melón maná siempre le evocaba fragmentos de recuerdos de su larga permanencia con los avianos durante ese viaje.

Una vez, después de una comida, súbitamente recordó una gran ceremonia con muchos avianos. Había recordado un fuego en una estructura parecida a una cúpula y todos los avianos gimiendo al unísono, después de que el fuego se apagó. Richard había quedado perplejo. No podía recordar nada sobre el contexto de esta

evocación. *¿Dónde había tenido lugar eso? ¿Ocurrió justo antes de que me capturaran las octoarañas?*, se había preguntado. Pero, como siempre, cuando trataba de recordar algo relativo a lo que había experimentado con las octoarañas, terminaba con un colosal dolor de cabeza.

Richard estaba pensando de nuevo en su anterior odisea cuando, al recorrer la última vuelta de su caminata diaria, pasó por debajo de la solitaria luz del corredor. Miró hacia adelante y vio que la puerta que daba a su prisión estaba abierta. *Eso es, se dijo, finalmente me volví loco. Ahora estoy imaginando cosas.*

Pero la puerta siguió abierta cuando se acercó a ella. Richard pasó por la abertura, deteniéndose para tocar la puerta abierta y comprobar que no había perdido la cordura. Pasó dos luces más antes de llegar a un pequeño cuarto de almacenamiento, ubicado a la derecha. Había ocho o nueve melones maná prolijamente apilados en los estantes. *Ah, oh*, pensó Richard, *ya entiendo: ampliaron mi prisión. De ahora en más, me permiten obtener mi propia comida. Ahora, si tan sólo hubiera un baño en alguna parte...*

Más adelante, avanzando por el pasillo, encontró agua corriente en otro pequeño cuarto situado a la izquierda. Richard bebió de buena gana, se lavó la cara y se sintió sumamente tentado de bañarse. Sin embargo, su curiosidad era demasiado fuerte. Quería saber la extensión de sus nuevos dominios.

El corredor que salía de la celda terminaba en una intersección perpendicular. Richard podía ir para cualquiera de los dos lados. Quizá creyendo que estaba en alguna clase de laberinto para probar sus aptitudes mentales, dejó caer su camisa en la intersección y avanzó hacia la derecha. Sin lugar a dudas, había más luces en esa dirección.

Después de haber caminado alrededor de veinte metros, vio a lo lejos dos avianos que se acercaban. En realidad, primero oyó el parloteo, pues estaban enfrascados en una animada conversación. Cuando estuvieron a sólo cinco metros de él, Richard se detuvo. Los dos avianos le echaron un vistazo, lo saludaron con un breve chillido de tono diferente y, después, siguieron caminando por el corredor.

Más tarde se topó con un grupo de tres avianos y mantuvo casi la misma interacción. *¿Qué pasa aquí?*, se preguntó, mientras seguía caminando. *¿Ya no estoy más en prisión?*

En la primera sala grande por la que pasó, había cuatro avianos sentados en círculo, pasándose un conjunto de palos pulidos y parloteando constantemente. Más

larde, justo antes de que el corredor se ampliara hasta convertirse en una sala importante de reunión, Richard se quedó parado en la entrada de otra cámara y observó, fascinado, cómo un par de bichos con patas hacían lo que parecían ser flexiones de brazos sobre una mesa cuadrada. Seis avianos silenciosos estudiaban a los bichos con sumo interés.

En la sala de reunión había veinte de esos seres parecidos a pájaros. Todos estaban congregados alrededor de una mesa, contemplando un documento, parecido a un papel, que estaba extendido delante de ellos. Uno de los avianos tenía un señalador en su garra que empleaba para indicar puntos específicos en el documento. En el papel, había extraños garabatos totalmente incomprensibles, pero Richard se convenció de que los avianos estaban mirando un mapa.

Cuando trató de acercarse a la mesa para poder ver mejor, los avianos que estaban adelante de él amablemente se corrieron a un costado. Una vez incorporado a la conversación que siguió a continuación, Richard hasta creyó, por el lenguaje corporal de los seres que estaban alrededor de la mesa, que una de las preguntas estaba dirigida a él. *No hay la menor duda de que me estoy volviendo loco*, se dijo a sí mismo, sacudiendo la cabeza.

Pero todavía no sé por qué se me concedió toda esta libertad, pensó Richard, mientras estaba sentado en su habitación y comía melón maná. Habían transcurrido seis semanas desde que halló abierta la puerta de su prisión. Muchos cambios se habían hecho en su celda. En las paredes habían instalado dos luces parecidas a faroles y ahora Richard dormía sobre una pila de material que le hacía recordar al heno. Hasta había un recipiente con agua, constantemente lleno, en el rincón de la habitación.

Richard había estado seguro, cuando por primera vez levantaron las restricciones a su desplazamiento, de que sólo era cuestión de horas o, como máximo, de un día o dos, para que algo verdaderamente importante pasara. En cierto sentido había tenido razón, pues a la mañana siguiente dos alienígenas jóvenes lo despertaron de su sueño y comenzaron a impartirle lecciones de idioma aviano. Habían empezado con cosas simples como el melón maná, el agua, y Richard mismo, para lo cual primero señalaban y después, repetían lentamente un sonido que, sin duda, era el parloteo correspondiente a ese objeto en particular. Con esfuerzo, Richard había aprendido mucho vocabulario, aunque no tenía mucha capacidad para establecer la diferencia entre chillidos y parloteos muy próximos entre sí. Estaba completamente

agotado cuando llegaba el momento de emitir los sonidos: es que, sencillamente, no tenía la capacidad física para hablar en el idioma aviano.

Pero Richard había esperado que, de algún modo, su conocimiento del panorama general se hiciera más claro y eso no había ocurrido. Cierto era que los avianos estaban tratando de educarlo y que le habían dado libertad para vagar por cualquier parte del cilindro aviano —a veces, hasta comía con los avianos cuando estaba entre ellos y aparecían los melones maná—, pero, ¿qué sentido tenía todo esto? El modo en que lo miraban, en especial los líderes, le sugería a Richard que estaban esperando alguna especie de respuesta. "*¿Pero cuál?*", se preguntó Richard por centésima vez, cuando terminó su melón maná.

Aparentemente, los avianos no tenían idioma escrito. No habían visto libros y jamás ninguno de esos seres escribió nada. Tenían extraños documentos, parecidos a mapas, que ocasionalmente estudiaban o, por lo menos, ésa era la interpretación que Richard le daba a la actividad que con ellos hacían los avianos, pero nunca creaban ninguno de esos planos... o *hacían marcas* en ellos... Era un enigma.

¿Y qué hay respecto de los bichos? Richard se topaba con esos seres dos o tres veces por semana y, una vez, tuvo un par en su habitación durante varias horas, pero nunca se quedaban quietos ni permitían que los analizara. Una vez, cuando Richard trató de agarrar a un bicho en la mano, recibió una violenta descarga —una corriente eléctrica, casi con seguridad—, que lo había obligado a soltarlo de inmediato.

La mente de Richard saltaba de una imagen a otra, mientras intentaba descubrir alguna pauta sensata de su vida en el reino de los avianos. Se sentía extremadamente frustrado. Y aun así, no aceptaba, ni por un instante, que *no* hubiera un plan detrás de su captura y, después, liberación. Seguía buscando la respuesta a través de la revisión de todas sus experiencias en los dominios de los avianos.

Sólo había una zona principal de la morada de los avianos que le estaba prohibida a Richard, y es probable que tampoco habría llegado a ella ya que no podía volar. En ocasiones veía a un aviano o dos, descender por el gran corredor vertical e ir más abajo de los niveles que Richard normalmente frecuentaba. Una vez, hasta llegó a ver que transportaban a un par de avianos recién salidos del cascarón y no más grandes que una mano humana, desde las oscuras regiones inferiores. En otra ocasión, Richard señaló hacia la sima oscura y su acompañante

aviano sacudió la cabeza en gesto de negación. La mayor parte de esos seres había aprendido los sencillos movimientos de cabeza para decir *sí* y *no*, en el idioma de Richard.

Pero en alguna parte, pensaba Richard, tiene que haber más información. Debo de estar pasando por alto algunos indicios. Se hizo la firme promesa de llevar a cabo una investigación exhaustiva de todo el territorio aviano, incluidos no sólo los compactos departamentos situados del lado opuesto del corredor vertical donde no le permitían entrar, sino también, de los grandes depósitos de melones maná, en el nivel inferior. *Haré un mapa detallado, se dijo para sus adentros, para asegurarme de no haber pasado por alto algo crítico.*

No bien Richard representó la zona de morada de los avianos en gráficos tridimensionales, supo en qué no se había estado fijando. Richard nunca había sintetizado en una imagen coherente los desorganizados pasadizos del cilindro, incluidos los corredores horizontales y verticales que servían tanto para caminar como para volar. *Claro que sí, se dijo, cuando proyectó diferentes imágenes de su complejo mapa en el monitor de la computadora. ¿Cómo pude haber sido tan estúpido? Pero más del setenta por ciento del cilindro sigue siendo un misterio.*

Richard resolvió llevar las imágenes de la computadora a uno de los líderes avianos y, de algún modo, pedirle ver el resto del cilindro. No fue tarea fácil. Ese día en particular, una crisis estaba perturbando a los avianos, pues los corredores estaban llenos de avianos que corrían de un lado para otro parlotando y chillando. Afuera, en el gran corredor vertical, Richard observó a treinta o cuarenta de los seres más grandes alzarse en vuelo y salir del cilindro, constituyendo una especie de formación organizada.

Finalmente, Richard logró conseguir que uno de los gigantes de tres anillos le prestara atención. El aviano quedó fascinado por el lujo de detalles que veía en el monitor de la computadora y por todas las diferentes representaciones geométricas de su hogar. Pero Richard no pudo transmitirle su mensaje primordial: que deseaba ver el resto del cilindro.

El líder llamó a algunos de sus colegas para que observaran la demostración y Richard recibió un parloteo aviano de admiración. Sin embargo, lo echaron cuando otro pájaro irrumpió en la reunión, trayendo noticias importantes sobre la crisis que los estaba afectando.

Richard regresó a su celda. Se sentía abatido. Permaneció acostado en su estera

de heno y pensó en la familia que había dejado en Nuevo Edén. *Quizás es hora de que me vaya*, pensó, preguntándose cuál sería el protocolo, en el reino aviano, para obtener el permiso de salida. Mientras estaba acostado, un visitante entró en su habitación.

Richard nunca antes había visto a este aviano en particular. Tenía cuatro anillos azul cobalto alrededor del cuello y el terciopelo que le cubría el cuerpo era negro oscuro con mechones blancos. Los ojos eran asombrosamente claros y, le pareció a Richard, de mirada muy triste. El aviano esperó a que Richard se pusiera de pie y después empezó a hablar, muy lentamente. Richard entendió algunas de las palabras y, especialmente la repetida combinación "síggame".

Afuera de la celda, otros tres avianos estaban parados respetuosamente. Caminaron detrás de Richard y de su importante visitante. El grupo dejó la zona en la que estaba la celda de Richard, cruzó el único puente que se extendía sobre el gran corredor vertical, e ingresó en la sección del cilindro en la que se almacenaban los melones maná.

En la parte trasera de los depósitos de melones maná había muescas en la pared que Richard no había notado cuando llevó a cabo su investigación. Cuando Richard y los avianos estuvieron a pocos metros de las muescas, la pared se corrió a un costado y reveló lo que parecía ser un enorme ascensor. El superlíder aviano le hizo a Richard un gesto para que entrara.

Una vez que estuvo en el interior, cada uno de los cuatro avianos parloteó "adiós" y se unieron formando un círculo, para formalizar su partida con un giro y una reverencia. Richard hizo lo mejor que pudo para imitar el parloteo de "adiós" que habían pronunciado los tres avianos, antes de que él también hiciera una reverencia y retrocediera hacia el ascensor. La pared se cerró segundos después.

El viaje en ascensor fue penosamente lento. El inmenso coche tenía un piso de aproximadamente veinte metros cuadrados con un techo que estaba a ocho o diez metros por encima de la cabeza de Richard. El piso del coche era plano en todas partes, salvo por dos pares de surcos paralelos, uno a cada lado de Richard, que iban desde la puerta hasta la parte de atrás del ascensor. *Ciertamente pueden*

transportar cargas enormes en esto, pensó Richard mientras contemplaba el techo, que estaba muy por encima de él.

Trató de calcular la velocidad de descenso del ascensor pero era imposible. No tenía marco de referencia. De acuerdo con el mapa que había hecho del cilindro, los depósitos de melones maná debían de estar a unos cien metros por encima de la base. *Si vamos directamente hacia el fondo, a la velocidad normal de un ascensor en la Tierra, entonces este viaje puede tardar varios minutos.*

Fueron los tres minutos más largos de su vida. Richard no tenía la menor idea de qué iba a encontrar cuando las puertas del ascensor se abrieran. *A lo mejor estoy en el borde de esa región de las estructuras blancas... ¿Podría ser que me estén enviando a casa?*

Cuando se estaba preguntando cómo habría cambiado la vida en Nuevo Edén, el ascensor se detuvo. Las grandes puertas se abrieron y durante varios segundos Richard sintió que el corazón le había saltado fuera del cuerpo. Parados directamente delante de él y contemplándolo con todos sus ojos, había dos seres mucho más extraños que cualquiera que Richard hubiese podido imaginar jamás.

Richard no se podía mover. Lo que estaba viendo era tan inconcebible que quedó físicamente paralizado, mientras su mente luchaba con las insólitas informaciones que estaba recibiendo de sus sentidos: cada uno de los seres que tenía delante de sí poseía cuatro ojos en la "cabeza". Además de los dos óvalos grandes, lechosos, que había a cada lado de una invisible línea de simetría que bisecaba la cabeza, cada ser tenía dos ojos adicionales unidos a pedúnculos que se elevaban entre diez y doce centímetros por encima de la parte superior de la frente. Por detrás de la gran cabeza, el cuerpo tenía dos segmentos más con un par de apéndices por segmento, lo que sumaba seis extremidades en total. Los alienígenas estaban erguidos sobre las dos extremidades traseras, los cuatro apéndices frontales elegantemente recogidos contra la porción ventral, suave y de color crema.

Avanzaron hacia él en el ascensor y Richard retrocedió, asustado. Los dos seres se volvieron el uno hacia el otro y se comunicaron con un ruido de alta frecuencia que se originaba en un pequeño orificio circular que estaba por debajo de los ojos ovalados. Richard parpadeó, se sintió mareado y se dejó caer sobre una rodilla, para calmarse. El corazón le seguía latiendo furiosamente.

Los alienígenas también habían cambiado de posición, poniendo las extremidades medias en el piso: en esa postura se asemejaban a gigantescas

hormigas que hubieran tenido las dos patas anteriores separadas del suelo y la cabeza muy levantada. Todo el tiempo, las esferas negras que estaban en el extremo de los pedúnculos oculares seguían girando sobre sí mismas, describiendo un ángulo completo de trescientos sesenta grados y el material lechoso que había en los óvalos marrón oscuro se movía de un lado para otro.

Durante varios minutos se sentaron casi inmóviles, como si estuvieran alentando a Richard para que los examinara. Luchando contra su miedo, Richard trató de estudiarlos de manera objetiva, científica. Los seres tenían, aproximadamente, el tamaño de un perro mediano pero indudablemente pesaban mucho menos. El cuerpo era delgado y bastante esbelto. El segmento anterior y el posterior eran más grandes que el del medio, y las tres divisiones del cuerpo exhibían un carapacho pulido en la parte superior, que estaba hecho con alguna clase de material duro.

Richard los habría clasificado como insectos muy grandes, de no ser por sus extraordinarios y gruesos apéndices quizá hasta provistos de músculos y que estaban cubiertos con un "vello" corto, muy denso, con listas blancas y negras semejantes a medias largas. Las manos, si es que ésa era la denominación adecuada, estaban exentas de la cobertura pilosa y tenían cuatro dedos cada una, comprendido un pulgar opuesto a los demás dedos en el par frontal.

Richard había reunido suficiente coraje como para volver a mirar esas increíbles cabezas, cuando se oyó un ruido estridente, como el de una sirena, detrás de los dos alienígenas. Se dieron vuelta. Richard se puso de pie y vio a un tercer alienígena que se acercaba a paso rápido. Su movimiento era maravilloso de observar, corría como un gato con seis patas, extendiendo el cuerpo hasta dejarlo paralelo al piso y empujándose con un par diferente de patas en cada punto de su marcha a zancadas.

Los tres se enfrascaron en una rápida conversación y el recién llegado, levantando la cabeza y las patas anteriores, le hizo un gesto inconfundible a Richard para que abandonara el ascensor. Richard siguió al grupo de los tres alienígenas y entró en una cámara muy grande.

Esta sala también era un depósito de melones maná pero la única similitud con la que había en la parte aviana del cilindro era la alta tecnología y el equipo automatizado que se veían por doquier. En el techo, a diez metros por arriba de ellos, una grúa alzacoche mecánica se estaba desplazando en un sistema de rieles. Tomaba melones individuales y los cargaba en vagones que estaban montados

sobre surcos, en uno de los extremos de la sala. Mientras Richard y sus anfitriones miraban, un vagón se desplazó por el surco y se detuvo en el ascensor.

Los seres avanzaron a los saltos por uno de los pasillos de la sala y Richard se apuró a seguirlos. Lo esperaron en la puerta y después salieron corriendo hacia la izquierda, mirando hacia atrás para ver si el humano todavía estaba a la vista. Richard corrió detrás de ellos durante la mayor parte de los dos minutos siguientes, hasta que llegaron a un patio interior muy abierto y de muchos metros de altura, que tenía un dispositivo de transporte en el centro.

El dispositivo tenía cierta similitud con la escalera mecánica. En realidad, había dos: una que subía y otra que bajaba, que describían una trayectoria en espiral en torno de los gruesos postes que había en el centro de ese patio. Las escaleras mecánicas se desplazaban muy rápido y en un ángulo muy empinado. Cada cinco metros, más o menos, llegaban al nivel o piso siguiente, y entonces el pasajero caminaba un metro hasta la escalera mecánica en espiral que estaba alrededor del otro poste. Lo que pasaba por ser una barandilla en el costado de la escalera mecánica era una barrera de nada más que treinta centímetros de altura. Los alienígenas viajaban en posición horizontal, con las seis extremidades apoyadas sobre la rampa móvil. Richard, que originalmente iba parado, pronto se dejó caer sobre los brazos y las piernas para evitar caerse.

Durante el viaje, algunos alienígenas que viajaban en la mitad descendente de la escalera mecánica pasaron al lado de Richard y lo miraron boquiabiertos con sus asombrosas caras. *¿Cómo harán para comer?*, se preguntó Richard, al observar que el agujero circular que usaban para la comunicación no era lo suficientemente grande como para admitir mucha comida. En la cabeza no había otros orificios, si bien se veían algunas prominencias y arrugas cuyo propósito era desconocido.

Estaban llevando a Richard al octavo o al noveno nivel. Los tres seres lo esperaron hasta que llegó a la plataforma designada. Richard los siguió al interior de un edificio hexagonal con marcas en rojo brillante. *Qué raro*, pensó Richard, al mirar fijo los extraños garabatos, *yo vi esa escritura antes... Claro que sí. En el mapa o lo que fuera el documento que los avianos estaban leyendo.*

Pusieron a Richard en una sala que estaba bien iluminada y decorada con buen gusto en colores blanco y negro con diseños geométricos. Alrededor de él había objetos de todas formas y tamaños, pero Richard no tenía idea de lo que eran. Los alienígenas usaron lenguaje de gestos para informarle a Richard que ése era el lugar

donde se iba a quedar. Después se fueron. El señor Wakefield, fatigado, estudió el amoblamiento, tratando de desentrañar cuál podría ser la cama y después se estiró en el suelo para dormir.

Mirmigatos. Así es como los voy a llamar. Richard se había despertado, después de dormir durante cuatro horas, y no podía dejar de pensar en los seres alienígenas. Quería darles un buen nombre. Después de rechazar "gatormiga" y "gatisecto", recordó que la persona que estudia las hormigas se llama mirmecólogo. Optó por "mirmigato" porque creía que la palabra sonaba mejor cuando se la pronunciaba con una i, en vez de una e.

El cuarto de Richard estaba bien iluminado. De hecho, en cada lugar del habitat de los mirmigatos en el que había estado había una buena iluminación. Esto contrastaba con los corredores oscuros, parecidos a catacumbas, de las partes superiores del cilindro marrón. *No he visto ningún aviano desde el viaje en ascensor,* estaba pensando Richard, *así que, aparentemente estas dos especies no viven juntas... no completamente juntas, por lo menos. Pero ambas usan melones maná... ¿Cuál es exactamente la conexión entre ellas?*

Un par de mirmigatos vino a los saltos por la entrada, colocó un melón pulcramente seccionado y un vaso con agua delante de Richard y después desapareció. Richard estaba hambriento y sediento. Varios segundos después de terminar su desayuno, la pareja de seres regresó. Con las manos que tenían en las extremidades anteriores, los mirmigatos hicieron el ademán de que se pusiera de pie. Richard los contempló. *¿Son éstos los mismos seres de ayer?*, se preguntó, *¿son la misma pareja que trajo el melón y el agua?* Volvió a recordar todos los mirmigatos que había visto, incluidos los que pasaron al lado de él mientras descendían en la escalera mecánica: no pudo recordar una sola característica identificatoria o distintiva de ningún individuo. *Si todos se parecen,* pensó, *¿cómo hacen para reconocerse?*

Los mirmigatos lo llevaron al corredor y doblaron como un rayo hacia la derecha. *Esto es grandioso,* se dijo Richard, empezando a trotar después de haber pasado algunos segundos admirando la belleza de la marcha de esos seres, *deben de creer que todos los terrícolas son atletas.* Uno de los mirmigatos se detuvo a unos cuarenta metros delante de Richard. No se dio vuelta pero Richard pudo darse cuenta de que lo estaba observando porque los dos ojos pedunculados estaban doblados hacia él.

—Ya voy —gritó Richard—. Pero no puedo correr tan rápido.

Richard no necesitó demasiado tiempo para darse cuenta de que los dos alienígenas le estaban brindando una visita guiada del habitat de los mirmigatos. La visita estaba planeada con mucha lógica: la primera parada, muy breve, fue en un depósito de melones maná. Richard observó dos vagones de carga, llenos con melones, que se deslizaban por los surcos hacia el interior de un ascensor similar o idéntico a aquel en el que había descendido el día anterior.

Después de otro trote de cinco minutos, Richard ingresó en una sección completamente diferente de la guarida de los mirmigatos. En tanto que las paredes de la otra sección eran mayormente blancas o gris metálico, salvo en la habitación de Richard, aquí salas y corredores estaban decorados en forma profusa con colores, con diseños geométricos o con ambos. Una vasta cámara tenía casi el tamaño de un teatro y en el piso había tres piscinas llenas de líquido. En esta sala había alrededor de cien mirmigatos. La mitad estaba aparentemente nadando en las piscinas, los ojos pedunculados y la parte superior de los carapachos por encima del nivel del agua, y la otra mitad estaba sentada en las lometas que dividían entre sí a las tres piscinas o arremolinándose en torno de un misterioso edificio que estaba en el lado más alejado de la sala.

Pero, ¿estaban nadando realmente? Al inspeccionar más de cerca, Richard advirtió que los seres no se desplazaban por la piscina sino que simplemente se sumergían en un punto y permanecían debajo del agua durante varios minutos. Dos de las piscinas tenían un líquido bastante espeso de consistencia parecida a la de una sopa rica y cremosa de la Tierra. La tercera piscina, transparente, tenía agua, casi con seguridad. Richard siguió a un solo mirmigato que se desplazaba de una de las piscinas densas a la de agua, para después volver a la otra piscina espesa.

¿Qué están haciendo?, se preguntó Richard. ¿Por qué me trajeron aquí?

En ese momento uno de los mirmigatos tocó suavemente a Richard en la espalda. Primero señaló a Richard después a las piscinas y por último a la boca de Richard, que no tenía la menor idea de qué le estaba diciendo. A continuación, el mirmigato guía descendió por la pendiente que llevaba a las piscinas y se sumergió en una de las más espesas. Cuando volvió, se paró sobre su par trasero de extremidades y se señaló las muescas que tenía entre los segmentos de la parte inferior de su cuerpo, que era blanda y de color crema.

Estaba claro que para los mirmigatos era importante que Richard entendiera lo

que estaba pasando en las piscinas. En la siguiente parada, Richard observó una combinación de mirmigatos y algunas máquinas de alta tecnología que molían material fibroso y después lo mezclaban con agua y otros líquidos para producir una pasta aguada que se parecía a lo que había en una de las piscinas. Finalmente, uno de los alienígenas puso uno de sus dedos en la pasta y después pasó el material por los labios de Richard.

Me deben de estar diciendo que las piscinas son para alimentarse, pensó Richard. Así que no comen melón maná después de todo. O, por lo menos, tienen una dieta más variada. Todo esto es fascinante.

Pronto estuvieron trotando de vuelta en dirección a otra esquina alejada de la guarida. Aquí Richard vio treinta o cuarenta seres más pequeños, mirmigatos jóvenes evidentemente, dedicados a actividades bajo la supervisión de adultos. En su aspecto físico, los pequeños se asemejaban a sus mayores, salvo por una diferencia fundamental: no tenían carapacho. Richard llegó a la conclusión de que el ser no exudaba la rígida cobertura superior hasta no haber completado el desarrollo. Aunque Richard imaginaba que lo que sucedía con las crías era la burda aproximación a una escuela o quizás a una guardería, no tenía manera de saberlo con certeza. Pero, en un momento dado, estuvo seguro de que oyó a las crías repetir al unísono una secuencia de sonidos emitida por un mirmigato adulto.

A continuación, Richard subió a la escalera mecánica con sus dos guías de turismo. En el nivel vigésimo, aproximadamente, los seres abandonaron las escaleras y el patio interior abierto y rápidamente bajaron corriendo por un corredor que terminaba en una vasta fábrica llena de mirmigatos y máquinas que se dedicaban a una impresionante serie de tareas. Los guías de Richard siempre parecían estar apurados, por lo que a él le resultaba difícil estudiar algún proceso en particular. La fábrica era como un taller mecánico de la Tierra: por toda la sala había ruidos de toda clase, olor a productos químicos y a metales y el quejido de la comunicación de los mirmigatos. En uno de los puestos, Richard observó a un par de mirmigatos que reparaban una grúa alzacoche similar a la máquina que había visto operando en el depósito de melones maná el día anterior.

En uno de los rincones de la fábrica había una zona especial que estaba aislada del resto del trabajo. Aunque los guías no lo llevaron en esa dirección, la curiosidad de Richard había sido agujijoneada. Nadie lo detuvo cuando cruzó el umbral de la zona especial. Dentro del gran cubículo, un operador mirmigato estaba dirigiendo un

proceso automatizado de fabricación.

Trozos articulados, largos y enjutos, de metal o plástico liviano ingresaban en la habitación, traídos por una cinta sinfín desde una sola dirección. Pequeñas esferas, de alrededor de dos centímetros de diámetro, ingresaban desde un cubículo adyacente, transportadas por otra cinta sinfín. Allí donde las dos cintas se fusionaban, una máquina grande, rectangular, montada en un bastidor que colgaba del elevado lecho, descendía sobre las piezas emitiendo un peculiar sonido de succión. Treinta segundos después, el operador mirmigato hacía que la máquina se retirara y un par de bichos con patas se escurría fuera de la cinta sinfín. Sus largas patas estaban plegadas debajo de ellos y daban un salto para ponerse en posición dentro de una caja que tenía el aspecto de una gigantesca huevera.

Richard observó el proceso repetirse varias veces. Estaba fascinado. Aunque ligeramente confundido. *Así que los mirmigatos fabrican los bichos con patas. Y los mapas. Y, probablemente, la nave espacial también, de donde quiera que ellos y los avianos provengan. Entonces, ¿qué es esto? ¿Una forma evolucionada de simbiosis?*

Meneó la cabeza, mientras delante de él continuaba el proceso de armado de los bichos. Instantes después, Richard oyó el ruido de un mirmigato detrás de sí. Se dio vuelta. Uno de sus guías le extendía una rebanada de melón maná.

Richard se estaba cansando. No tenía idea de cuánto tiempo había estado haciendo turismo pero sentía como si hubiese sido durante muchas horas.

No había manera en la que Richard pudiera sintetizar todo lo que había visto. Después del viaje en el pequeño ascensor hasta los confines superiores de la región de los mirmigatos —en la que Richard no sólo visitó el hospital aviano, atendido y dirigido por los mirmigatos, sino que también observó a los avianos salir de huevos marrones, coriáceos, bajo la vigilante mirada de médicos mirmigatos—, Richard supo con certeza que, en verdad, existía una compleja relación simbiótica entre las dos especies. *Pero ¿por qué?*, se preguntaba, mientras sus guías le permitían descansar temporariamente cerca de la parte superior de la escalera mecánica. *Resulta claro que los avianos se benefician con los mirmigatos... pero ¿qué obtienen estos gigantes mirmigatos de los avianos?*

Los guías lo llevaron por un ancho corredor hasta una puerta grande que estaba a varios metros de distancia. Por una vez no corrían. Cuando se acercaron a la puerta, otros tres mirmigatos entraron en el pasillo, provenientes de corredores laterales

más pequeños y los seres empezaron a hablar en su idioma de alta frecuencia. En un momento dado, los cinco se detuvieron y Richard imaginó que se estaba desarrollando una disputa. Los estudió cuidadosamente mientras hablaban, especialmente sus caras. Incluso las amigas y los pliegues que había alrededor del orificio generador de ruidos y de los ojos ovalados eran idénticos de un ser a otro. No existía la más mínima forma de distinguir un mirmigato de otro.

Finalmente, todo el grupo empezó a caminar de nuevo hacia la puerta. Desde lejos, Richard había subestimado el tamaño. A medida que se acercaba, pudo ver que la puerta tenía de doce a quince metros de altura y más de tres de ancho. La superficie estaba intrincada y magníficamente tallada. El punto central de la talla era un cuadrado decorado, de cuatro paneles, con un aviano volando en el cuadrante superior izquierdo, un melón maná en el superior derecho, un mirmigato corriendo en el inferior izquierdo, y algo que parecía algodón de azúcar con grumos apiñados y espesos diseminados en el inferior derecho.

Richard se detuvo para admirar el trabajo. Al principio tuvo la vaga sensación de que ya había visto esta puerta o, al menos, el diseño, pero se dijo que eso no era posible. Sin embargo, mientras deslizaba los dedos sobre la figura esculpida del mirmigato, súbitamente comenzó a recordar.

Sí, se dijo exaltado, claro que sí: en la parte posterior de la guarida aviana, en Rama II. Ahí era donde estaba el Juego.

Instantes después, la puerta se abrió de par en par y Richard fue conducido al interior de lo que se asemejaba a una gran catedral subterránea. La sala en la que se encontró tenía más de cincuenta metros de altura. La forma básica de la planta era la de un círculo de unos treinta metros de diámetro y había seis naves alejadas, alrededor del círculo. Los muros eran deslumbrantes: cada milímetro cuadrado contenía esculturas o frescos secundarios minuciosamente creados, con gran atención al detalle. Era avasalladoramente hermoso.

En el centro de la catedral había una plataforma elevada, sobre la cual un mirmigato estaba de pie y hablando. Debajo de él había algunos más, todos sentados sobre sus cuatro extremidades posteriores y observando al orador con arrobada atención.

Mientras Richard vagaba por la sala, se dio cuenta de que los ornamentos de la pared, en una franja de un metro de ancho ubicada a unos ochenta centímetros del suelo, presentaban un relato ordenado. En silencio, Richard siguió las ilustraciones

hasta que llegó a lo que creía era el comienzo de la narración. La primera ornamentación era el retrato esculpido de un melón maná. En los tres paneles siguientes se podía ver algo que crecía dentro del melón. Lo que fuera que hubiera estado creciendo era diminuto en el segundo panel pero, en la cuarta escultura, ocupaba casi todo el interior del melón.

En el quinto panel una diminuta cabeza con dos ojos ovales, lechosos, rudimentos de pedúnculos y un orificio circular pequeño debajo de los ojos se abría paso fuera del melón. La sexta escultura, que mostraba una cría de mirmigato muy parecida a las que Richard ya había visto ese mismo día le confirmó lo que había estado barruntando mientras seguía las ornamentaciones.

¡A la mierda!, se dijo Richard para sus adentros. *¡Así que un melón maná es un huevo de mirmigato!* Los pensamientos corrían desbocados. *Pero eso no tiene sentido: los avianos comen los melones... De hecho, los mirmigatos hasta me los dan a mí para comer... ¿Qué está pasando aquí?*

Richard estaba tan atónito por lo que había descubierto (y tan cansado por todo lo que había corrido durante la gira) que se sentó delante de la escultura que representaba a las crías de mirmigato. Trató de dilucidar la relación que había entre los mirmigatos y los avianos. No podía citar ejemplo alguno de simbiosis paralela en la Tierra aunque sabía que había especies que, con frecuencia, trabajaban juntas para mejorar las mutuas posibilidades de supervivencia. Pero ¿cómo una especie podía seguir manteniendo buenas relaciones con otra cuando sus huevos eran la única fuente de alimentación para la segunda especie? Richard llegó a la conclusión de que lo que había creído que eran principios biológicos fundamentales no regían para los avianos y los mirmigatos.

Mientras Richard reflexionaba sobre las extrañas cosas nuevas que había aprendido, un grupo de mirmigatos se congregó alrededor de él. Todos le hicieron gestos para que se pusiera de pie. Un minuto después, los estaba siguiendo por una rampa sinuosa que estaba del otro lado de la sala, en dirección a una cripta especial ubicada en el sótano de la catedral de los mirmigatos.

Por primera vez desde que Richard entró en el habitat, la luz era tenue. Los mirmigatos que estaban al lado de él se desplazaban lenta, casi reverentemente, mientras descendían por un pasadizo ancho que tenía techo curvo. Del otro lado del pasadizo había dos puertas que se abrían a una sala grande llena con un material blanco y suave. Aunque el material, que desde cierta distancia parecía algodón,

estaba densamente distribuido, sus filamentos individuales eran, en su mayoría, muy delgados. Esto no era así en los lugares en los que se juntaba» formando apelmazamientos o ganglios, que estaban diseminados sin seguir una pauta definible por todo el gran volumen blanco.

Richard y los mirmigatos se detuvieron en la entrada, a casi un metro de donde empezaba el material. La red algodonosa se extendía en todas direcciones, hasta tan lejos como Richard podía ver. Mientras él estudiaba la intrincada estructura de malla, muy lentamente los elementos del material empezaron a moverse, apartándose para formar un sendero que continuaba el camino desde el pasadizo hacia el interior de la red. *Está vivo*, pensó Richard mientras el pulso se le aceleraba al observar fascinado.

Cinco minutos después, se había abierto un callejón que era apenas lo suficientemente grande como para que Richard penetrara diez metros dentro del material. Todos los mirmigatos que estaban alrededor de Richard señalaban hacia la maraña algodonosa. Richard empezó a menear la cabeza, en gesto de negación.

Lo siento, muchachos, quería decir, pero hay algo en esta situación que no me gusta. Si no tienen inconvenientes, voy a pasar por alto esta parte de la visita guiada.

Los mirmigatos seguían señalando. Richard no tenía alternativa y lo sabía. *¿Qué me va a hacer esta cosa?*, se preguntó mientras daba el primer paso hacia adelante. *¿Comerme? ¿Es ése el objeto de todo esto? Eso no tendría la menor lógica.*

Se dio vuelta. Los mirmigatos no se habían movido. Richard tomó mucho aire y recorrió los diez metros por el sendero, hasta un sitio en el que podría extender la mano y tocar uno de los extraños ganglios de la malla viviente. Mientras estaba examinando el ganglio cuidadosamente, el material que tenía en derredor empezó a moverse de nuevo. Richard giró sobre los talones y vio que el sendero que estaba detrás de él se estaba cerrando. Momentáneamente desesperado, trató de correr de vuelta hacia el pasadizo, pero fue inútil: la red lo atrapó y Richard se resignó a aceptar lo que iba a ocurrirle.

Richard se quedó inmóvil mientras la maraña lo envolvía. Los diminutos elementos, como hilos, tenían alrededor de un milímetro de ancho. Lenta, persistentemente le empezaron a cubrir el cuerpo. *Espera*, pensó Richard, *espera. Me vas a sofocar.* Pero, para su sorpresa, aun cuando cientos de filamentos ya le estaban envolviendo la cabeza y el rostro, no tenía dificultades para respirar.

Antes de que las manos le quedaran inmovilizadas, Richard trató de quitarse del brazo uno de aquellos diminutos elementos. Le era casi imposible: a medida que le envolvían el cuerpo, los filamentos te habían hecho inserciones en la piel. Después de muchos tironeos, logró liberar una pequeña parte del antebrazo de los filamentos blancos pero sangraba en las zonas en las que se había zafado. Se examinó el cuerpo y estimó que era probable que tuviese un millón de partes de la malla viviente debajo de la capa externa de la piel. Se estremeció.

Todavía estaba asombrado por el hecho de no haberse sofocado. Mientras su mente se empezaba a preguntar cómo le llegaba el aire a través de la maraña, oyó otra voz dentro de la cabeza.

Deja de intentar analizarlo todo —le dijo la voz— nunca lo vas a entender de todos modos. Por una vez en tu vida, límitate a experimentar la increíble aventura.

5

Una vez más, Richard perdió noción del tiempo. En algún momento durante los días (¿o habían sido semanas?) que estuvo viviendo dentro de la red alienígena, había cambiado de posición. En el transcurso de una de sus primeras siestas, la maraña también te había sacado la ropa. En esos momentos, Richard estaba tendido de espaldas, sostenido por una sección sumamente densa de la fina malla que le envolvía el cuerpo.

La mente de Richard ya no preguntaba activamente cómo se las iba a arreglar para sobrevivir. De alguna manera, cada vez que sentía hambre o sed, sus necesidades eran velozmente satisfechas. Sus excrementos siempre desaparecían en cuestión de minutos. Respirar le resultaba fácil, aun cuando estaba todo rodeado por la maraña viviente.

Muchas de las horas que estaba consciente, Richard estudiaba al ser que tenía alrededor. Si miraba con cuidado, podía ver los diminutos elementos en constante movimiento. Los diseños que adoptaba la red alrededor de Richard variaban muy despacio pero no había la menor duda de que cambiaban. Mentalmente, Richard representaba la trayectoria de los ganglios que podía ver. En un momento dado, tres ganglios separados se desplazaron hasta las proximidades de Richard y formaron un triángulo delante de su cabeza.

La red desarrollaba un ciclo regular de interacciones con Richard. Mantenía sus miles de filamentos adheridos al hombre durante quince a veinte horas por vez y, después, lo soltaba por completo durante varias horas. Cada vez que no estaba unido a la maraña, Richard dormía sin soñar. Si se despertaba mientras todavía estaba en modalidad libre, se sentía débil y desganado. Pero cuando los hilos se empezaban a enrollar alrededor de su cuerpo, otra vez sentía una renovada irrupción de energía.

Los sueños eran activos y vívidos si dormía mientras estaba unido a la maraña alienígena. Nunca había sonado antes, y a menudo se había reído de la preocupación que Nicole experimentaba por lo que ella soñaba. Pero, a medida que las imágenes en sus sueños se volvían más complejas y, en algunos casos, bastante extravagantes, Richard empezó a entender por qué Nicole les prestaba tanta atención. Una noche, Richard soñó que otra vez era un adolescente y que asistía a una representación teatral de *Como gustéis*, en su ciudad natal de Stratford-on-Avon. La encantadora muchacha rubia que desempeñaba el papel de Rosalinda descendió del escenario y te susurró en el oído.

—¿Eres Richard Wakefield? —le preguntó en el sueño.

—Sí —respondió él.

La actriz lo empezó a besar, primero con lentitud y después, apasionadamente, con una lengua cosquilleante que penetraba velozmente hasta lo profundo de la boca de Richard y se paseaba por el interior de ella. Richard sintió una oleada de deseo avasallador y entonces, despertó de manera brusca, extrañamente avergonzado por su desnudez y por su erección. *Ahora bien, ¿de qué se trata todo esto?*, se preguntó Richard, imitando la frase que con tanta frecuencia le había oído decir a Nicole.

En alguna etapa del cautiverio, los recuerdos de Nicole se volvieron mucho más definidos, mucho más delineados. Con sorpresa Richard descubrió que, en ausencia de otros estímulos, podía, si se concentraba, recordar conversaciones enteras que tuvo con Nicole, incluyendo detalles tales como el tipo de expresiones faciales que ella empleaba para subrayar sus palabras. En el profundo aislamiento de su dilatado período dentro de la maraña, a Richard a menudo lo angustiaba la soledad. Las vividas remembranzas lo hacían añorar aún más a su adorada esposa.

Los recuerdos de sus hijos eran igualmente nítidos. También los extrañaba, en especial a Katie. Recordaba la última conversación que había tenido con su hija

preferida, varios días antes de la boda, cuando Katie fue a la casa para recoger algo de ropa. Katie había estado deprimida y necesitaba apoyo, pero Richard había sido incapaz de ayudarla. *No hubo conexión*, pensó Richard. La imagen reciente de Katie, como una joven seductora fue reemplazada por la niña imprudente de diez años, que retozaba por las plazas de Nueva York. La yuxtaposición de las dos imágenes provocó en Richard una profunda sensación de pérdida. *Nunca estuve cómodo con Katie después de que despertó*, se dio cuenta, y lanzó un suspiro. *Yo todavía quería tener a mi niñita*.

La claridad de sus memorias de Nicole y Katie convenció a Richard de que algo extraordinario le estaba sucediendo a su memoria. Descubrió que también podía recordar los tantos exactos de todos los partidos de cuartos de final, semifinal y final de la Copa del Mundo que tuvieron lugar entre 2174 y 2190. Había aprendido toda esa información inútil cuando era joven, pues era un ávido fanático del fútbol. Sin embargo, durante los años que precedieron al lanzamiento de la *Newton*, cuando tantas cosas nuevas se habían apiñado en su cerebro, a menudo no podía recordar durante las discusiones sobre fútbol con sus amigos, quiénes habían sido los participantes de un encuentro clave por la Copa del Mundo.

A medida que las imágenes visuales de sus recuerdos se hacían más nítidas, Richard descubría que también estaba rememorando las emociones que se relacionaban con esas imágenes. Era como si estuviera volviendo a vivir las experiencias. Durante una larga evocación, recordó las abrumadoras sensaciones de amor y adoración que había sentido por Sarah Tydings, cuando por primera vez la vio actuar en escena. También, revivió la emoción y la excitación del galanteo y la desenfrenada pasión de la primera noche de amor que tuvieron. Él había quedado sin aliento y, ahora, muchos años después, envuelto por un ser alienígena que se parecía un tejido nervioso, la reacción de Richard era igualmente poderosa.

Al tiempo Richard dejó de tener control sobre qué recuerdos se ponían en actividad en su cerebro. Al principio o, por lo menos así lo creyó, había pensado a propósito en Nicole o en sus hijos o inclusive, en su galanteo con la joven Sarah Tydings, nada más que para sentirse feliz.

Ahora, dijo un día en una imaginaria conversación con la red sésil, *después de refrescarme la memoria, con un propósito que sólo Dios sabe, parece como si estuvieras leyendo todo a medida que aparece en mi mente*.

Durante muchas horas, Richard disfrutó la lectura forzada de lo que surgía en su

memoria, en especial aquellas partes que cubrían su vida en Cambridge y en la Academia Espacial, cuando sus días eran vivificados por el constante regocijo de los conocimientos nuevos. La física cuántica, la explosión cámbrica, la probabilidad y la estadística, hasta el vocabulario, olvidado hace mucho, de sus lecciones de alemán, le hacían recordar cuánto de su felicidad en la vida se debía a la emoción de aprender. En otra rememoración particularmente placentera, su mente saltó con celeridad de una obra teatral a otra, cubriendo todas las representaciones en vivo de Shakespeare que había visto entre los diez y los diecisiete años.

Todo el mundo necesita un héroe, pensó Richard, después de que se interrumpió el montaje de escenas, *como estímulo para hacer que aflore lo mejor de uno mismo. Mi héroe era, sin lugar a dudas, William Shakespeare.*

Algunos de los recuerdos eran dolorosos, en especial los que provenían de su niñez. En uno de ellos, Richard volvía a tener ocho años y estaba sentado en un banco, a la pequeña mesa del comedor de su familia. La atmósfera que había en la mesa era tensa. Su padre, ebrio y enojado con el mundo, miraba a todos con gesto colérico mientras comían la sopa en silencio. Sin querer, Richard derramó un poco de sopa y, segundos después, el dorso de la mano de su padre lo golpeó con fuerza en la mejilla, haciéndolo caer del banco, hacia el rincón de la habitación, donde se quedó temblando por el miedo y la conmoción. Richard no había pensado en ese momento durante años. No pudo contener las lágrimas cuando recordó lo indefenso y asustado que se sentía con su neurótico y abusivo padre.

Un día, Richard súbitamente empezó a recordar detalles de su larga odisea en Rama II y un poderoso dolor de cabeza casi lo cegó. Se vio a sí mismo en una sala extraña, tendido en el piso y rodeado por tres o cuatro octoarañas. Le habían implantado gran cantidad de sondas y otros instrumentos, y le estaban haciendo una prueba.

—¡Detente, detente! —gritó Richard, con su aguda agitación destruyendo la imagen mnemónica—. ¡Mi cabeza me está matando!

Como por milagro, el dolor de cabeza se empezó a extinguir y Richard, una vez más, estaba, en el recuerdo, entre las octoarañas. Rememoró los días y más días de pruebas que había experimentado y los diminutos seres vivientes que le habían insertado en el cuerpo. Rememoró, también, un peculiar conjunto de experimentos sexuales en que lo habían sometido a toda clase de estimulación externa y lo habían premiado cuando eyaculaba.

Se sobresaltó con esos nuevos recuerdos a los que nunca antes había tenido acceso, ni siquiera una vez desde que despertó del coma en el que su familia lo había encontrado en Nueva York.

Ahora recuerdo otras cosas sobre las octoarañas también, pensó, presa de la exaltación, hablaban entre sí por medio de colores que les rodeaban la cabeza. Básicamente eran amistosas, pero estaban decididas a aprender todo lo que pudieran sobre mí. Ellas...

La imagen mental desapareció y volvió el dolor de cabeza. Los filamentos de la red se acababan de desconectar. Richard estaba agotado y pronto se quedó dormido.

Después de días y días de tener un recuerdo tras otro, la lectura de los pensamientos cesó de manera brusca. A la mente de Richard ya no la dirigía una función externa que la forzaba. Los filamentos de la red permanecieron desconectados durante lapsos prolongados.

Transcurrió una semana sin incidentes. Sin embargo, en la segunda semana, un ganglio esférico inusitado, mucho más grande y más densamente enrollado que los apelmazamientos normales de la maraña viviente, se empezó a desarrollar a unos veinte centímetros de la cabeza de Richard. El ganglio creció hasta tener el tamaño aproximado de una pelota de básquet. Inmediatamente después, el inmenso apelmazamiento emitió centenares de filamentos que se insertaron en la piel que rodeaba la circunferencia de la cabeza de Richard. *Finalmente*, pensó Richard, sin prestar atención al dolor ocasionado por la invasión de su cerebro por parte de los filamentos, *ahora veremos de qué se trataba todo esto.*

De inmediato empezó a ver unas imágenes, aunque estaban tan borrosas que no podía identificar algo específico. No obstante, la calidad de las imágenes mentales de Richard mejoró muy rápido pues, astutamente, Richard ideó una rudimentaria forma de comunicación con la maraña. No bien la primera imagen apareció en su mente, Richard infirió que la red, que había estado leyendo durante días lo que generaba su mente, ahora estaba tratando de *grabarle* en el cerebro. Pero era evidente que la maraña no tenía manera de medir la calidad de las imágenes que Richard estaba recibiendo. Al recordar sus visitas al oculista cuando niño y el patrón de comunicación que dio por resultado las especificaciones finales para sus anteojos con aumento, Richard usó los dedos para indicar si cada alteración que la red hacía en el proceso de transmisión mejoraba o empeoraba la imagen. De este modo,

Richard pronto pudo "ver" lo que el alienígena le estaba intentando mostrar.

Las primeras imágenes correspondían a las de un planeta visto desde una nave espacial. El mundo cubierto por nubes, con dos lunas bastante pequeñas y una estrella amarilla distante y solitaria como fuente de calor y luz, era casi con certeza el planeta natal de las marañas sésiles. La serie de imágenes que vino a continuación le mostraron a Richard diversos paisajes del planeta.

La niebla cubría todo, en el mundo natal de los sésiles. Por debajo de la niebla, en la mayoría de las imágenes aparecía una superficie marrón, yerma, sin rocas. Únicamente en los litorales, donde el terreno yermo se encontraba con las olas de los lagos y océanos compuestos por líquido verde, había alguna muestra de vida. En uno de esos oasis, Richard vio, no sólo a varios avianos sino también a una mezcla fascinante de otros seres vivientes. Podría haber pasado días examinando nada más que una o dos de esas imágenes pero no tenía el control de la secuencia de imágenes. La red tenía algún propósito para la comunicación —de eso Richard estaba seguro—, y el primer conjunto de imágenes solamente era una introducción.

Todas las imágenes restantes presentaban un aviano, un melón maná, un mirmigato, una maraña sésil, o alguna combinación de estos cuatro elementos. Todas las escenas eran tomadas de lo que Richard suponía era la "vida normal" en el planeta natal de esas formas de vida y se extendían al tema general de la simbiosis entre las especies del planeta. En varias imágenes, aparecían los avianos defendiendo las colonias subterráneas de los mirmigatos y sésiles contra la invasión de lo que parecían ser pequeños animales y plantas. Otras representaciones exhibían a los mirmigatos atendiendo a los pichones avianos o transportando grandes cantidades de melones maná a un montículo aviano.

Richard quedó perplejo cuando vio varias imágenes que mostraban diminutos melones maná dentro de los seres sésiles. *¿Por qué los mirmigatos ponían los huevos ahí adentro?*, se preguntó. *¿Por protección?*

¿O es que estas misteriosas marañas son una especie de placenta pensante?

Una impresión definida que en Richard dejó la secuencia de imágenes fue la de que los sésiles eran, desde el punto de vista de la jerarquía, la especie dominante de las tres. Todas las imágenes sugerían que tanto los mirmigatos como los avianos le rendían homenaje a los seres en forma de maraña. *¿Es que, entonces, estas redes llevan a cabo toda la actividad pensante de importancia para los avianos y los mirmigatos?*, se preguntó Richard. *Qué increíbles relaciones simbióticas... ¿Cómo*

diablos habrán evolucionado?

En la secuencia total había varios miles de cuadros. Después de que se repitió dos veces, los filamentos se separaron de Richard y regresaron al ganglio gigante. En los días subsiguientes, Richard quedó solo. Los encuentros con su hospedante se limitaban a los necesarios para que Richard sobreviviera.

Cuando se formó un sendero en la maraña y Richard pudo ver la puerta a través de la cual había ingresado, hacía ya muchas semanas, creyó que lo iban a liberar. Sin embargo, su momentánea exaltación desapareció de inmediato. Ante el primer intento por moverse, la red sésil aumentó la tensión en todas las partes del cuerpo.

Entonces, ¿cuál es el propósito del sendero? Mientras Richard miraba, tres mirmigatos entraron desde el pasillo. El ser que estaba en el medio tenía dos extremidades rotas y los segmentos traseros estaban aplastados, como si un coche o camión pesados le hubieran pasado por encima. Los dos compañeros transportaron al mirmigato lesionado al interior de la maraña y después se fueron. En cuestión de segundos, el sésil se empezó a enredar en torno del recién llegado.

Richard estaba a unos dos metros del mirmigato lesionado. La región que había entre él y el ser herido se vació de todo filamento y apelmazamiento. Nunca antes Richard había visto tal espacio hueco dentro del sésil. *Así que mi educación continúa, meditó. ¿Qué es lo que se supone que debo aprender ahora, que los sésiles son los médicos de los mirmigatos, así como los mirmigatos son los médicos de los avianos?*

La maraña no se limitó a las partes lesionadas del mirmigato. De hecho, durante un largo período de vigilia, Richard observó a la red envolver por completo al ser, dentro de un capullo muy apretado. Al mismo tiempo, el ganglio grande que estaba en la inmediata vecindad de Richard se desplazó hacia el capullo.

Más tarde, después de una siesta, Richard advirtió que el ganglio había vuelto al lado de él. El capullo que había del otro lado de la oquedad ya casi había terminado de desenredarse. El ritmo de las pulsaciones de Richard se duplicó cuando el capullo desapareció por completo y no quedaron vestigios del mirmigato.

Richard no tuvo mucho tiempo para preguntarse qué le había pasado al mirmigato. En cuestión de minutos, los filamentos del ganglio grande se le unieron otra vez al cráneo y en el interior del cerebro se volvió a representar otro espectáculo de imágenes. En la primera, Richard vio a cinco soldados humanos acampando en la orilla del foso que había dentro del habitat aviano. Estaban comiendo. Al lado de

ellos había un despliegue impresionante de armas, entre las que figuraban dos ametralladoras.

Las imágenes que vinieron después mostraban seres humanos atacando el segundo habitat. Dos de las primeras escenas fueron particularmente horripilantes. En la primera, una cría de aviano había sido decapitada en pleno vuelo y estaba cayendo a tierra. Un grupo de seres humanos satisfechos se felicitaban entre sí, en la parte inferior izquierda del mismo fotograma. La segunda imagen mostraba un gran agujero cuadrado en uno de los sectores de pradera de la región verde. Dentro del agujero se podían ver los restos de varios avianos muertos. Un ser humano, con una carretilla que contenía otro par de cadáveres de avianos, se acercaba desde la izquierda a la fosa colectiva.

Richard estaba horrorizado por lo que estaba viendo. *¿Qué son estas imágenes?*, se preguntó, *¿y por qué las estoy viendo ahora?* Rápidamente repasó todos los acontecimientos recientes que se produjeron en el mundo sésil. Llegó a la conclusión, con estupor, de que el mirmigato lesionado debía de haber *visto* todo lo que le estaban mostrando ahora a Richard, y que el ser maraña había extraído las imágenes de la mente del mirmigato y las había transferido al cerebro de Richard.

Una vez que entendió lo que estaba viendo, Richard prestó más atención a las imágenes en sí. Se sentía completamente enfurecido por la invasión y la matanza que veía. En una de las imágenes posteriores, se mostraba a tres soldados humanos atacando un complejo de habitat avianos, dentro del cilindro marrón... No había sobrevivientes.

Estos pobres seres están condenados, se dijo Richard a sí mismo, *y deben de saberlo...*

Súbitamente lágrimas brotaron de los ojos de Richard y una profunda tristeza, la más profunda que hubiera sentido jamás, acompañó a su comprensión de que miembros de su propia especie estaban exterminando a los avianos en forma sistemática.

¡No, no!, gritó en silencio. *¡Deténganse, oh, por favor, deténganse!* *¿No se dan cuenta de lo que están haciendo? Estos avianos también confirman el milagro de los compuestos químicos elevados al nivel de la conciencia. Son como nosotros. Son nuestros hermanos.*

En los segundos siguientes, las diversas interacciones de Richard con los seres parecidos a pájaros le inundaron la memoria y desplazaron las imágenes

implantadas. *Salvaron mi vida*, pensó, mientras su mente se concentraba en el vuelo hecho mucho tiempo atrás sobre el Mar Cilíndrico, *sin el menor beneficio para sí mismos. ¿Qué ser humano*, se dijo con amargura, *habría actuado así por un aviano?*

Rara vez había sollozado en su vida. Pero la congoja que sentía por los avianos lo superó. Mientras lloraba, todas sus experiencias desde que ingresó en el habitat aviano desfilaron por su mente. Recordó, en especial, el repentino cambio en la forma en que lo trataron y la subsiguiente transferencia al dominio de los mirmigatos. *Después vino la visita guiada y mi final ubicación aquí... Es obvio que tuvieron tratando de comunicarse conmigo... ¿Pero, porqué?*

En ese momento, Richard, experimentó una Epifanía de tal intensidad que las lágrimas volvieron a afluir velozmente a sus ojos.

Porque están desesperados, se contestó. *Me están implorando ayuda.*

6

Una vez más, en el interior del sésil se produjo una enorme oquedad. Richard observaba cuidadosamente cómo treinta ganglios pequeños se unían, conformando una esfera con un diámetro de alrededor de cincuenta centímetros, del otro lado de la zona hueca. Un filamento desusadamente grueso conectaba cada uno de los ganglios con el centro de la esfera, Al principio, Richard no pudo descubrir nada dentro de la esfera. Sin embargo, después de que los ganglios se desplazaron a otra posición vio allí, donde había estado la esfera, un diminuto objeto verde que tenía centenares de filamentos infinitesimales que lo fijaban al resto de la maraña.

Ese objeto crecía muy lentamente. Los ganglios ya habían terminado de desplazarse a tres nuevas posiciones, repitiendo la misma configuración esférica cada vez, antes de que Richard reconociera que lo que crecía en el sésil era un melón maná. Quedó atónito. No entendía cómo el mirmigato desaparecido podía haber dejado detrás de sí huevos a los que les había tomado tanto tiempo evolucionar. *Y en ese momento deben de haber sido nada más que unas pocas células. Embriones muy pequeños de alguna manera criados aquí...*

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la revelación de que estos nuevos melones maná se estaban desarrollando en una región del sésil que estaba a casi veinte metros del sitio en el que se había formado el capullo alrededor del mirmigato.

¿Así que este ser en forma de maraña transportó los huevos de un lugar a otro? ¿Y después los conservó durante semanas?

La mente lógica de Richard empezaba a rechazar la hipótesis de que el desaparecido mirmigato directamente hubiera puesto huevos. En forma lenta, pero segura, desarrolló una explicación alternativa para lo que había observado que sugería una biología más compleja que cualquiera que hubiera visto jamás en la Tierra. *¿Y si, se preguntó, los melones maná, los mirmigatos y la maraña sésil son todas manifestaciones de lo que podríamos denominar como la misma especie?*

Pasmado por las ramificaciones de este sencillo pensamiento, Richard pasó dos largos períodos de vigilia repasando todo lo que había visto dentro del segundo habitat. Mientras contemplaba los cuatro melones maná que crecían frente a él, del otro lado de la oquedad, Richard imaginó un ciclo de metamorfosis en el que de los melones maná nacían los mirmigatos que, a su vez, morían y agregaban nuevo material a la red sésil, que después ponía los huevos de melón maná que empezaban el proceso otra vez. Nada existía, en lo que había observado, que no encajara con esta explicación. Pero el cerebro de Richard explotaba con miles de preguntas, no sólo relativas a *cómo* este intrincado conjunto de metamorfosis tuvo lugar, sino también a *por qué* esta especie había evolucionado produciendo un ser tan complejo.

La mayor parte de los estudios académicos de Richard habían sido en campos a los que, con orgullo, denominaba de "ciencia concreta". Matemática y física habían sido los elementos primordiales de su educación. Mientras se esforzaba por entender el posible ciclo de vida del ser en el que había estado viviendo durante muchas semanas, Richard quedó perplejo ante su propia ignorancia. Deseaba haber aprendido mucho más sobre biología. *¿Cómo los puedo ayudar*, se preguntaba, si ni *siguiera sé por dónde empezar?*

Mucho después, Richard se preguntaría si durante el tiempo que había permanecido dentro del sésil, este ser no sólo había aprendido a leerle la memoria sino también a interpretarle los pensamientos. Los visitantes de Richard llegaron pocos días después. Una vez más, un sendero se formó en el sésil, entre la posición de Richard y la entrada original. Cuatro mirmigatos idénticos recorrieron el sendero y le hicieron ademanes a Richard para que los siguiera. Llevaban su ropa. Cuando Richard hizo el esfuerzo para moverse, su hospedante alienígena no trató de retenerlo. Sentía las piernas vacilantes, pero, después de vestirse, logró seguir a los

mirmigatos de vuelta al corredor que se adentraba en lo profundo del cilindro marrón.

Era evidente que hacía poco que habían modificado la gran cámara. El vasto mural de las paredes todavía no estaba completo. De hecho, al mismo tiempo que el profesor mirmigato de Richard señalaba puntos específicos de la pintura que ya habían terminado, artistas mirmigatos todavía trabajaban en el resto del mural. Durante las primeras lecciones de Richard en el salón, un grupo numeroso de estos seres estaba dedicado a hacer bocetos o a pintar las demás secciones.

Sólo con una visita a la cámara del mural, Richard pudo determinar el propósito de la pintura. Habían creado toda la sala para brindarle información sobre cómo podía ayudar a que la especie alienígena sobreviviera. Estaba claro que esos extraterrestres sabían que estaban a punto de ser invadidos y destruidos por los seres humanos. Las pinturas de la sala eran el intento que hacían para proporcionarle a Richard los datos que podría necesitar para salvarlos... pero, ¿podría aprender lo suficiente sólo mirando las ilustraciones?

El trabajo artístico era brillante. De vez en cuando, Richard suspendía la actividad del hemisferio izquierdo del cerebro, que intentaba interpretar los mensajes de las pinturas, para que el derecho pudiera apreciar el talento de los artistas mirmigatos. Los seres trabajaban erguidos, las dos extremidades traseras apoyadas en el piso y las cuatro delanteras operaban juntas para instrumentar el boceto o la pintura. Hablaban entre ellos, aparentemente, haciéndose preguntas, pero no hacían tanto ruido como para perturbar a Richard que estaba en el otro lado de la cámara.

Toda la primera mita del mural era un manual sobre biología alienígena. Demostraba que la comprensión fundamental de Richard sobre el extraño ser era correcta. Había más de cien pinturas individuales en la secuencia principal, de las cuales dos docenas mostraban diferentes etapas en el desarrollo de los embriones de mirmigato, con lo que se ampliaba de manera considerable el conocimiento que Richard había deducido de las esculturas en la catedral de los mirmigatos. Los paneles primarios que explicaban la evolución embriológica seguían una recta alrededor de las paredes de la cámara. Por arriba y por abajo de estas pinturas de la secuencia principal había viñetas de apoyo o complementarias, la mayoría de las cuales estaba más allá del entendimiento de Richard.

Por ejemplo: había un cuarteto de pinturas de apoyo dispuesto en torno a la ilustración de un melón maná al que hacía poco se había extraído de una maraña sésil. Sin embargo, en su interior todavía no había empezado la actividad de

desarrollo de un mirmigato. Richard estaba seguro de que estas cuatro ilustraciones adicionales estaban tratando de suministrarle información específica sobre las condiciones ambientales necesarias para que empezara el proceso de gestación. Sin embargo, los artistas mirmigato habían usado escenas de su planeta natal, ilustrando las condiciones deseables mediante paisajes de nieblas, lagos, flora y fauna nativas, para comunicar los datos. Richard se limitó a mover la cabeza, cuando el profesor mirmigato señaló estas pinturas.

Un diagrama trazado a través de la secuencia principal empleaba soles y lunas para especificar escalas de tiempo. Por la disposición, Richard entendió que el lapso de vida de la manifestación como mirmigato de la especie era muy breve, en comparación con el período de vida de los sésiles. No pudo, sin embargo, comprender ninguna otra cosa de lo que el diagrama trataba de transmitir.

También estaba confundido en cuanto a las relaciones numéricas que había entre las diferentes manifestaciones de la especie. Era claro que cada melón maná producía un solo mirmigato (no se mostraban ejemplos de mellizos), y que un sésil podía generar muchos melones maná. Pero, ¿cuál era la relación cuantitativa sésiles-mirmigatos? En una de las viñetas, un gran sésil era presentado con una docena de mirmigatos diferentes en su interior, cada uno en una fase diferente de formación del capullo. ¿Qué se suponía que indicaba eso?

Richard dormía en una pequeña habitación, cerca de la cámara de los murales. Sus lecciones duraban de tres a cuatro horas cada una. Y después le daban de comer o le permitían dormir. A veces, cuando ingresaba en la cámara, le echaba un vistazo a las pinturas, algunas todavía incompletas, que había en la segunda mitad del mural. Cuando hacía esto, las luces de la cámara se apagaban de inmediato. Los mirmigatos querían estar seguros de que, primero, Richard aprendiera sus lecciones de biología.

Después de unos diez días, terminaron la segunda mitad del mural. Richard quedó estupefacto cuando finalmente le permitieron estudiarlo. La versión de los seres humanos y los avianos era excepcionalmente precisa. Richard mismo aparecía en las pinturas media docena de veces. Con el cabello y la barba largos, ambos más que entrecanos, casi no se reconoció.

—*Podría pasar por Cristo en estas ilustraciones* —bromeó para sí, mientras vagaba por la cámara.

Parte del resto del mural era un resumen histórico de la invasión del habitat

alienígena por parte de los seres humanos. Había más detalles que los que Richard había visto en la exhibición mental de imágenes mientras estuvo dentro del sésil, pero no aprendió nada sustancialmente nuevo. Sin embargo, se sintió perturbado emocionalmente una vez más por los horribles detalles de la matanza continuada.

Las ilustraciones también le plantearon una interesante pregunta. ¿Por qué el sésil no le había transferido el contenido de este mural *directamente* y así se habrían evitado todo el esfuerzo de los artistas mirmigatos? *A lo mejor*, reflexionó Richard, *el sésil es solamente un dispositivo de grabación y no tiene capacidad para imaginar. Quizás únicamente me puede mostrar lo que ya vio uno de los mirmigatos.*

Lo que restaba del mural definía, de manera explícita, lo que los seres mirmigatos/sésiles querían que Richard hiciera. En cada uno de los retratos, Richard llevaba en los hombros una gran mochila azul. La mochila tenía dos grandes bolsillos en la parte anterior y dos más en la posterior. Cada uno contenía un melón maná. En los costados de la mochila había dos bolsillos adicionales, más pequeños. Uno tenía un tubo cilíndrico plateado de unos quince centímetros de largo; el otro contenía dos pequeños y coriáceos huevos de aviano.

El mural mostraba la actividad que Richard desarrollaría en forma de secuencia ordenada. Iba a abandonar el cilindro marrón por una salida que estaba debajo del nivel del suelo que lo llevaría hasta la región verde que estaba del otro lado del anillo de edificios blancos y del estrecho canal. Allí, guiado por un par de avianos, descendería a la orilla del foso donde lo iba a recoger un pequeño submarino. El submarino iba a pasar por debajo del muro del módulo, entraría en un gran cuerpo de agua y después, emergería en la costa de una isla con muchos rascacielos.

Richard sonrió cuando estudió el mural: *Así que el Mar Cilíndrico y Nueva York todavía están allá*, pensó. Recordó lo que El Águila le había dicho respecto de no hacer cambios innecesarios en Rama *Eso significa que la Sala Blanca también puede estar allá.*

Había muchas ilustraciones adicionales rodeando la secuencia de escape de Richard, algunas que brindaban más detalles sobre los animales y plantas alienígenas de la región verde y otras que suministraban instrucciones explícitas sobre cómo operar el submarino. Cuando Richard trató de copiar en su computadora portátil, que había sacado de la *Newton*, lo que consideraba más importante, el profesor mirmigato repentinamente se impacientó. Richard se preguntó si la crisis no habría empeorado.

Al día siguiente, después de una larga siesta, le colocaron la mochila a Richard y sus dos anfitriones lo condujeron a la cámara del sésil. Allí, los mirmigatos extrajeron de la maraña los cuatro melones maná que Richard había visto crecer y los colocaron en la mochila. Eran bastante pesados. Richard estimó que, en total, pesaban veinte kilogramos. Después, otro mirmigato usó un instrumento similar a una tijera grande para sacar del sésil un volumen cilíndrico que contenía cuatro ganglios y los filamentos relacionados con ellos. Colocaron este material del sésil en un tubo plateado que introdujeron en uno de los bolsillos laterales más pequeños de la mochila. Los huevos de aviano fueron los últimos elementos que cargaron.

Richard respiró hondo. *Éste debe de ser el adiós*, pensó, cuando los mirmigatos señalaron hacia el otro extremo del corredor. Por algún motivo, recordó la insistencia de Nai Watanabe en que el saludo tailandés, conocido como *wai* —una pequeña reverencia con las manos tomadas delante de la parte superior del pecho—, era una señal universal de respeto. Mientras sonreía para sus adentros, Richard efectuó un *wai* en dirección al grupo de mirmigatos que lo rodeaba. Para gran sorpresa suya, cada uno de ellos unió en pares delante del abdomen las cuatro extremidades anteriores e hizo una pequeña reverencia en dirección a Richard.

El profundo sótano del cilindro marrón estaba evidentemente deshabitado. Después de salir de la cámara del sésil, Richard y su guía, primero pasaron junto a muchos otros mirmigatos, especialmente en la proximidad del atrio, pero una vez que ingresaron en la rampa que descendía hacia el sótano, no volvieron a ver un mirmigato.

El guía de Richard mandó delante de ellos a un bicho con patas que corrió a lo largo del estrecho túnel final y pasó, a través de la salida de emergencia, parecida a una bóveda, a la región verde. Cuando el bicho regresó se paró durante varios segundos en la parte posterior de la cabeza del mirmigato y después bajó a los saltitos hasta el suelo. El guía le hizo a Richard un ademán para que siguiera avanzando hacia el interior del túnel.

Afuera, en la región verde, Richard se encontró con dos grandes avianos que de inmediato remontaron vuelo. Uno de ellos tenía una fea cicatriz en el ala, como si la hubiera alcanzado una rociada de balas. Richard estaba en un bosque moderadamente denso cuya vegetación lo rodeaba y se alzaba hasta tres o cuatro metros del suelo. Aun cuando la luz era débil, a Richard no le fue difícil hallar un sendero o seguir a los avianos que tenía en lo alto. Ocasionalmente, oyó disparos

esporádicos de armas a la distancia.

Los primeros quince minutos transcurrieron sin novedad. El espesor del bosque disminuyó. Richard acababa de calcular que llegaría al foso para encontrarse con el submarino en diez minutos más, cuando, sin advertencia, una ametralladora empezó a disparar a no más de cien metros de distancia. Uno de los avianos guía se estrelló contra el suelo; el otro desapareció. Richard se ocultó en un oscuro matorral cuando oyó a los soldados venir hacia donde estaba escondido.

—Dos anillos, seguro —decía uno de ellos—. A lo mejor, hasta tres... ya son veinte anillos y nada más que en esta semana.

—Mierda, hombre, eso no fue un desafío. Ni siquiera habría que contarlo. El maldito pajarraco ni siquiera se dio cuenta de que estabas ahí.

—Ése el problema de él, no mío. Igual le cuento los anillos. Ah, aquí está... Maldita sea, sólo tiene dos.

Los hombres estaban a menos de quince metros de Richard quien se quedó absolutamente quieto, sin atreverse a hacer ningún movimiento, durante más de cinco minutos. Los soldados, entretanto, permanecieron en la proximidad del cadáver del aviano, fumando y charlando sobre la guerra.

Richard empezó a sentir dolor en el pie derecho. Desplazó el peso de su cuerpo suavemente, creyendo que eso le iba a aliviar el músculo que estaba acalambrado. Pero el dolor sólo aumentó. Finalmente miró hacia abajo y descubrió, con horror, que uno de los seres parecidos a roedores que había visto en la cámara del mural le había comido lo que le quedaba del zapato, y ahora estaba dando vigorosas mordidas a su pie. Richard trató de sacudir la pierna con fuerza pero sin producir ruido. No tuvo total éxito. Aunque el roedor le soltó el pie, los soldados oyeron el ruido y se empezaron a desplazar hacia el escondite.

Richard no podía correr. Aun si hubiera existido una ruta de escape, el peso adicional que transportaba lo habría convenido en presa fácil para los soldados. Al cabo de un minuto, uno de ellos gritó:

—Por aquí, Bruce. Creo que hay algo en este matorral. El hombre estaba apuntando con el arma hacia donde estaba Richard.

—No disparen —dijo Richard—, soy un ser humano. El segundo soldado se había unido a su camarada.

—¿Qué mierda está haciendo aquí, solo?

—Estoy haciendo una excursión campestre —contestó Richard.

—¿Está loco? —dijo el primer soldado—. Vamos, salga de ahí. Queremos verlo.

Lentamente, Richard salió de la maleza. Aun bajo la débil luz debió de ser una visión sorprendente, con sus largos cabellos y barba, además de la abultada chaqueta azul.

—Por Dios... ¿Quién demonios es usted?... ¿Dónde está emplazada su unidad?

—Éste no es ningún soldado —dijo el otro hombre, contemplando todavía a Richard—. Éste es un chiflado... Debe de haberse escapado de la instalación de Avalon y deambuló hasta aquí por error... Eh, imbécil, ¿no sabe que éste es territorio peligroso? Lo podrían matar...

—Mírale los bolsillos —interrumpió el primer soldado—. Lleva cuatro de esos malditos melones, y qué *grandes*...

De repente, cayeron del cielo. Debió de haber habido una docena de avianos en total que chillaban al atacar consumidos por la furia. Los dos soldados humanos fueron derribados. Richard empezó a correr. Uno de los avianos se lanzó sobre el rostro del primer soldado y lo empezó a destrozar con las garras. Súbitamente se oyó el tronar de armas de fuego, cuando los demás soldados que estaban en las proximidades, al oír el alboroto, se apresuraron a converger en el sector para ayudar a la patrulla.

Richard no sabía cómo iba a encontrar el submarino. Corrió a toda velocidad ladera abajo, tan rápido como se lo permitía su carga. Detrás de él, los disparos adquirieron más intensidad. Oyó los alaridos de dolor de los soldados y los chillidos agonizantes de los avianos.

Encontró el foso, pero no había señales del submarino. Oía voces humanas que bajaban por la ladera, detrás de él. Justo cuando estaba a punto de ser presa del pánico, oyó un chillido breve, proveniente de un arbusto grande que estaba a su derecha. El líder aviano que tenía los cuatro anillos color cobalto voló junto a su cabeza, no muy lejos del suelo, y siguió por el borde del foso, hacia la izquierda.

Localizaron el pequeño submarino al cabo de tres minutos. La nave ya se había sumergido antes de que los perseguidores humanos irrumpieran en el descampado de la región verde. Dentro del submarino, Richard se sacó la mochila y la colocó detrás de él, en el compartimento de control. Miró a su compañero aviano e intentó un par de sencillas oraciones en parloteo. El líder aviano contestó, lenta y claramente, con el equivalente en parloteo de:

—Todos te lo agradecemos muchísimo.

El viaje duró poco más de una hora. Richard y el aviano se dijeron muy poco. Durante la primera parte del trayecto, Richard observó cuidadosamente cómo su acompañante operaba el submarino. Tomó notas en su computadora y durante la segunda mitad del viaje, se hizo cargo él mismo de los controles por un breve período. Cuando no estaba demasiado ocupado, Richard se preguntaba sobre todo lo que había pasado en el segundo habitat. Por sobre todo, quería saber por qué era él quien estaba en el submarino con los melones y la porción de sésil y no uno de los mirmigatos.

Debe de haber algo que se me escapa, reflexionó para sí mismo.

Poco después, el submarino emergió y Richard se encontró en territorio familiar. Los rascacielos de Nueva York se alzaban delante de él.

—¡Aleluya! —dijo Richard en voz alta, mientras llevaba su cargada mochila a la isla.

El líder aviano ancló el submarino justo tiente a la costa y rápidamente se preparó para partir. Voló describiendo un círculo, le hizo una leve reverencia a Richard y después partió hacia el norte. Mientras miraba alejarse al ser parecido a un pájaro, Richard se dio cuenta de que estaba parado en el sitio exacto en el que él y Nicole habían aguardado muchos años atrás, en Rama II, a los tres avianos que los habrían de transportar al otro lado del Mar Cilíndrico, hacia la libertad.

7

Durante el primer segundo que Richard estuvo en la superficie de Nueva York, un centenar de billones de millones de bits de datos fueron captados por los infinitesimales sensores ramanos esparcidos por toda la gigantesca nave espacial cilíndrica. A estos datos se los transmitió, en tiempo real, a centros locales de procesamiento de datos, de tamaño todavía microscópico. Allí se almacenaron hasta que llegara el tiempo designado para que se los retransmitiera al procesador central de telecomunicaciones enterrado debajo del Hemicilíndro Austral.

Cada segundo de cada hora de cada día, los sensores ramanos reciben estos centenares de millón de billones de bits. El procesador de telecomunicaciones etiqueta, selecciona, analiza, comprime y conserva los datos en dispositivos de registro cuyos componentes individuales son más pequeños que un átomo. La

enorme cantidad de procesadores distribuidos, cada uno de los cuales se encarga de una función aparte y que, en conjunto, controlan la nave espacial Rama, tiene acceso a los datos que ya han sido guardados. Miles de algoritmos diseminados entre los procesadores operan después sobre los datos, extrayendo información sobre tendencias y síntesis, a modo de preparación para los regularmente programados grupos de datos que transmiten el estado de la misión a la Inteligencia Nodal.

Los grupos de datos contienen una mezcla de datos sin procesar, comprimidos y sintetizados, según el formato exacto elegido por los diferentes procesadores. La parte más importante de cada grupo es el informe narrativo, en el que la inteligencia unificada pero distribuida de Rama presenta su resumen, con indicación de prioridades, sobre la evolución de la misión, El resto del grupo es, en lo esencial, información complementaria, imágenes, mediciones o salidas de sensor que, o bien brindan datos adicionales de fondo o directamente respaldan las conclusiones que figuran en el resumen.

El lenguaje utilizado para el resumen narrativo es matemático en cuanto a la estructura, preciso en cuanto a la definición y sumamente cifrado. También es rico en comentarios al pie: Cada frase u oración equivalente contiene, como parte de su estructura de transmisión, los valores numéricos indicadores de los datos reales que apuntalan la declaración efectuada en particular. Al informe no se lo podía traducir, en su sentido más fiel, a ningún lenguaje tan primitivo como los que empleaban los seres humanos. De todos modos, lo que sigue es una tosca aproximación del informe sumario que la Inteligencia Nodal recibió desde Rama, inmediatamente después del arribo de Richard a Nueva York:

INFORME Número 298

Hora de Transmisión: 156 307 872 491. 5116 Hora Desde Alerta Primera Etapa: 29. 2873 Referencias: Nodo 23-419

Nave espacial 947 Viajeros Espaciales 47 249 (A & B) 32806 2666

Durante el último intervalo, los seres humanos (Viajero Espacial Número 32 806) han continuado con el emprendimiento de una guerra contra el par simbiótico aviano/sésil (número 47 249 - A & B). Los seres humanos ahora controlan casi todo el interior del habitat aviano/sésil, incluyendo la región superior del cilindro marrón que en otra época habitaban los avianos. Los avianos combatieron con valentía pero en vano contra la invasión humana. Los mataron sin misericordia y ahora queda

menos de un centenar.

Hasta ahora, los humanos no vulneraron la integridad del dominio de los sésiles. Sin embargo, han encontrado los pozos de ascensor que conducen a las partes inferiores del cilindro marrón. En la actualidad, los humanos están elaborando planes para llevar a cabo un ataque contra la guarida de los sésiles.

Los sésiles son una especie carente de defensa: en sus dominios no existen armas de ninguna clase. Aun su forma móvil, que tiene la destreza física para usar armas, es esencialmente no violenta. Para protegerse de lo que temen, habrá de ser una invasión inevitable por parte de los humanos, los sésiles han ordenado a los móviles mirmigatos que construyan fortalezas que rodeen a los cuatro miembros más ancianos y más desarrollados de su especie. Mientras tanto, no se permite que evolucionen más melones maná, y aquellos mirmigatos que no intervienen en el proceso de construcción están formando capullo más temprano. Si los humanos retrasan su ataque por más tiempo, como parece probable que ocurra, es factible que durante su invasión únicamente encuentren unos pocos mirmigatos.

El habitat humano sigue siendo dominado por individuos con características indiscutiblemente distintas de las del contingente humano que se observó dentro de Rama II y de El Nudo. El centro de atención de los dirigentes humanos actuales es la retención del poder personal, sin prestar verdadera consideración al bienestar de la colonia. A pesar del mensaje en el vídeo y de la presencia de humanos mensajeros en su grupo, estos dirigentes no deben de creer que realmente se los esté observando pues su comportamiento en modo alguno refleja la posible existencia de un conjunto de valores o de leyes éticas que sustituya al propio dominio que ejercen.

Los humanos han seguido adelante con la guerra contra los avianos/sésiles debido, primordialmente, a que con eso se distrae la atención de los demás problemas de la colonia, entre los que se cuentan la degradación del ambiente iniciada por los humanos y la reciente y vertiginosa decadencia del nivel de vida. Los dirigentes humanos y la mayor parte de los colonos no han demostrado el menor remordimiento por la destrucción y el posible exterminio de los avianos.

La familia humana que permaneció durante más de un año en El Nudo ya no tiene la más mínima influencia significativa sobre los asuntos de la colonia. La mujer que actuaba como mensajera primordial todavía está en prisión debido principalmente a que se opone a las acciones de los dirigentes actuales, y está en peligro de ser ejecutada. Su marido ha estado viviendo con los avianos y los sésiles y ahora es un

componente fundamental del intento de esos simbioses por sobrevivir a la feroz embestida de los humanos. Los hijos todavía no son lo suficientemente maduros como para representar un factor de importancia en la colonia humana.

Hace muy poco, el marido huyó de los dominios de los sésiles a la isla que estaba en medio de la nave espacial. Se llevó embriones de aviano y de sésil. Actualmente vive en un ambiente que le es familiar y, por consiguiente, debería poder sobrevivir, así como alimentar a las crías de las otras especies. Su exitosa huida puede haberse debido, en parte por lo menos, a la intercesión no invasora que comenzó en el momento de producirse el alerta de la primera etapa: las señales de intercesión casi con certeza desempeñaron un papel en la decisión de los sésiles de confiarle sus embriones a un ser humano.

Sin embargo, no hay pruebas de que las transmisiones de intercesión hayan afectado el comportamiento de alguno de los seres humanos. Para los sésiles, el procesamiento de información es una actividad primordial y, en consecuencia, no resulta sorprendente que hubieran sido susceptibles a las sugerencias intercesoras. Sin embargo, los humanos en particular los dirigentes, llevan una vida tan activa que les queda muy poco tiempo, si es que les queda algo, para la meditación.

Hay otro problema con los humanos y la intercesión no invasora: como especie son tan variados, de un individuo a otro, que el programa generalizado de transmisión no se puede diseñar con amplia aplicación. Un conjunto de señales que podría dar por resultado una modificación positiva del comportamiento en un ser humano, casi con seguridad no va a tener influencia sobre otro. En estos momentos se están efectuando experimentos con diferentes tipos de procesos de intercesión, pero muy bien puede ocurrir que los humanos pertenezcan a ese pequeño grupo de viajeros espaciales que son inmunes a la intercesión no invasora.

En el sur de la nave espacial, las octoarañas (Número 2 666) siguen prosperando en una colonia casi indistinguible de cualquiera de sus otras colonias aisladas en el espacio. Toda la gama de posible expresión biológica se mantiene latente debido, primordialmente, a los restringidos recursos territoriales y a la falta de verdaderos competidores. Sin embargo, las octoarañas llevan consigo el importante potencial de expresión que caracterizó sus varias transferencias exitosas de un sistema estelar a otro.

Hasta que los humanos mandaron sondas a través del muro de su propio habitat y rompieron el sello de su recinto, las octoarañas prestaron muy poca atención a las

otras dos especies, que viajaban en la nave espacial. Sin embargo desde que los humanos empezaron explorar, las octoarañas observaron los acontecimientos que ocurrían en el norte con un interés cada vez mayor. Su existencia es todavía desconocida para los seres humanos, pero las octoarañas ya empezaron a formular un plan de contingencia para cubrir el caso de una posible interacción con sus agresivos vecinos.

La pérdida potencial de toda la comunidad aviano/sésil reduce en gran medida el valor de la misión. Es posible que los únicos sobrevivientes sésiles y avianos sean los que estén en el pequeño jardín zoológico de las octoarañas y, quizás, también aquellos criados en la isla por el ser humano. Incluso la pérdida irrevocable de una sola especie no exige que se pase a un alerta de etapa dos. De todos modos, el continuo comportamiento impredecible y negativo de los actuales dirigentes humanos constituye la terrible preocupación de que la misión pueda sufrir más pérdidas graves. La actividad intercesionaria en el futuro cercano se centrará en aquellos seres humanos que no sólo se opongan a los dirigentes actuales sino que hayan revelado, a través de su comportamiento, que evolucionaron más allá del territorialismo y de la agresión.

8

—Mi país se llamaba Tailandia. Tenía un rey cuyo nombre también era Rama, como el de nuestra nave espacial Tu abuela y tu abuelo, mis padres probablemente siguen viviendo allá, en un pueblo llamado Lamphun... Aquí está.

Nai señaló un punto en un mapa descolorido. La atención de los niños empezó a divagar. *"Todavía son jóvenes"*, pensó. *"Aun para niños brillantes, es esperar demasiado de sus cuatro años."*

—Muy bien, pues —dijo, plegando el mapa—, pueden ir afuera y jugar.

Galileo y Kepler se pusieron sus gruesas chaquetas, recogieron una pelota y salieron corriendo por la puerta, hacía la calle. En cuestión de segundos estuvieron concentrados en un partido de fútbol entre ellos dos. *Oh, Kenji*, pensó Nai, observando a los niños desde la puerta, *cómo te extrañaron. No hay manera de que uno solo de los padres pueda ser padre y madre.*

Había empezado la lección de geografía, como siempre lo hacía, recordándoles a

los niños que todos los colonos de Nuevo Edén originariamente habían venido de un planeta llamado Tierra. Después, les había mostrado un mapa de su planeta natal, discurriendo primero sobre el concepto básico de continente y océano, y después identificando a Japón, el país natal del padre de ellos. Esta tarea había hecho que Nai se sintiera al mismo tiempo nostálgica y solitaria.

Quizás estas lecciones no sean para ustedes, pensó, todavía observando el juego de fútbol que se realizaba bajo los mortecinos faroles de alumbrado público de Avalon. Galileo le hizo una finta a Kepler y disparó la pelota hacia un arco imaginario. *Quizá realmente son para mí*.

Eponine venía por la calle en dirección a los niños. Recogió la pelota y se la tiró de vuelta a ellos. Nai le sonrió a su amiga.

—Qué gusto verte —dijo—. Hoy es uno de esos días en los que me hace bien ver un rostro feliz.

—¿Qué pasa, Nai? —preguntó Eponine—. ¿La vida en Avalon te está deprimiendo? Por lo menos es domingo: no trabajas en la fábrica de armas y los niños no están en el centro.

Las dos mujeres entraron en la casa.

—Y por cierto que tus condiciones de vida no pueden ser la causa de tu desesperanza. —Eponine hizo un gesto amplio, abarcando la habitación—. Después de todo, tienes una habitación *grande* para ustedes tres, con inodoro y un baño que compartes con cinco familias más. ¿Qué más podrías querer?

Nai rió y estrechó a Eponine en un fuerte abrazo.

—Eres una gran ayuda —dijo.

—¡Mami, mami! —Kepler estuvo de pie en la puerta un instante después—. Ven pronto —dijo el niño—. Volvió... y está hablando con Galileo.

Nai y Eponine volvieron a la puerta: un hombre con el rostro gravemente desfigurado estaba arrodillado en el polvo, al lado de Galileo. Era evidente que el niño estaba asustado. El hombre sostenía una hoja de papel en la mano enguantada. En la hoja había dibujado, de modo muy cuidadoso, un rostro humano con cabello largo y barba poblada.

—¿Tú conoces este rostro, no? —el hombre decía con insistencia—. Es el señor Richard Wakefield, ¿verdad?

Nai y Eponine se acercaron al hombre con cautela.

—Ya se lo dijimos la última vez —dijo Nai con firmeza—. No moleste más a los

niños. Ahora vuelva al pabellón o llamaremos a la policía.

Los ojos del hombre estaban desorbitados.

—Lo volví a ver anoche —dijo—. Parecía Jesús pero era Richard Wakefield, claro que sí. Le empecé a disparar y ellos me atacaron. Cinco de ellos. Desgarraron mi cara... —El hombre empezó a llorar.

El policía de servicio vino corriendo por la calle. Agarró al hombre.

—Lo vi —gritaba el hombre, enloquecido, mientras se lo llevaban—. Sé que lo vi. Por favor, créanme.

Galileo estaba llorando. Nai se inclinó para reconfortar a su hijo.

—Mamá —dijo el chico—, ¿crees que ese hombre realmente vio al señor Wakefield?

—No lo sé —repuso Nai. Le lanzó una mirada a Eponine... —. Pero a algunos de nosotros nos gustaría creer que así fue.

Los niños finalmente se habían quedado dormidos en sus camas, en el rincón. Nai y Eponine se sentaron una junto a la otra, en las dos sillas.

—Según los rumores, está muy enferma —dijo Eponine en voz baja—. Apenas si le dan de comer. La hacen sufrir de todas las formas posibles.

—Nicole nunca se va a rendir —dijo Nai con orgullo—. Ojalá yo tuviera su fuerza y su coraje.

—Ni a Ellie ni a Robert les permiten verla desde hace más de seis meses... Nicole ni siquiera sabe que tiene una nieta.

—La semana pasada, Ellie me dijo que presentó otra petición ante Nakamura para visitar a su madre —dijo Nai—. Me preocupa por Ellie. Sigue insistiendo con mucha, mucha tozudez.

Eponine sonrió.

—Ellie es tan maravillosa, aunque increíblemente ingenua. Insiste en que si obedece todas las leyes de la colonia, Nakamura la va a dejar tranquila.

—Eso no debe sorprender... en especial si tienes en cuenta que Ellie todavía cree que el padre está vivo —dijo Nai—. Habló con cada una de las personas que aseguran haber visto a Richard desde que desapareció.

—Todo lo que cuentan sobre Richard le da esperanzas —dijo Eponine—. A todos nos viene bien una dosis de esperanza de vez en cuando...

Se produjo un momentáneo intervalo en la conversación.

—¿Y que hay respecto de ti, Eponine? —preguntó Nai—. ¿Te permites...?

—No —interrumpió Eponine—. Siempre soy honesta conmigo misma... Voy a morir pronto. Simplemente no sé cuándo... Además, ¿por qué habría de luchar para seguir viviendo? Las condiciones aquí, en Avalon, son mucho peores que las del centro de detención de Bourges. Si no fuera por los pocos niños de la escuela...

Ambas oyeron, al mismo tiempo, el ruido que hubo afuera. Nai y Eponine se quedaron totalmente calladas. Si uno de los biots merodeadores de Nakamura había grabado la conversación, entonces...

La puerta súbitamente se abrió de par en par. Las dos mujeres se levantaron de sus sillas como disparadas por una catapulta. Max Puckett entró a los tropezones, sonriendo.

—Están bajo arresto —dijo— por entablar una conversación sediciosa.

Max llevaba una caja grande de madera. Ambas mujeres lo ayudaron a ponerla en el rincón. Max se sacó la gruesa chaqueta.

—Lamento aparecer tan tarde, señoras, pero no lo pude evitar.

—¿Otra demanda de comida para las tropas? —preguntó Nai en voz baja. Señaló a los mellizos, que dormían. Max asintió con la cabeza.

—El rey Jap —dijo, en voz más baja— siempre me hace recordar que un ejército marcha con el estómago.

—Ésa era una de las máximas de Napoleón. —Eponine miró a Max con sonrisa sarcástica—. Imagino que en Arkansas nunca oíste hablar de él.

—Bueno, bueno —contestó Max—. La encantadora maestra está muy astuta esta noche. —Del bolsillo de la camisa extrajo un paquete cerrado de cigarrillos. —Quizá deba guardarme este regalo.

Eponine rió y dio un salto para agarrar los cigarrillos. Después de una breve pelea fingida, Max se los entregó.

—Gracias, Max —le dijo Eponine con sinceridad—. No hay muchos placeres que nos estén permitidos...

—Y ahora, miren aquí —dijo Max, todavía sonriendo—. No hice todo el trayecto hasta acá nada más que para escuchar cómo te compadeces. Me detuve en Avalon para inspirarme con tu hermoso rostro... Si vas a estar deprimida, simplemente tomaré mi maíz y mis tomates...

—¡Maíz y tomates! —exclamaron Nai y Eponine al unísono. Las mujeres corrieron hacia la caja. —Los niños no han consumido una hortaliza fresca desde hace meses —dijo Nai exaltada, mientras Max abría la caja con una barra de acero.

—Sean muy pero muy cuidadosas con éstas —dijo Max con tono serio—. Ustedes ya saben que lo que estoy haciendo es absolutamente ilegal. Apenas si hay suficiente comida fresca para el ejército y los dirigentes del gobierno. Pero decidí que ustedes merecían algo mejor que sobras de arroz.

Eponine le dio un fuerte abrazo a Max.

—Gracias —dijo Eponine.

—Los niños y yo te estamos muy agradecidos, Max —dijo Nai—. No sé cómo podré llegar a compensarte.

—Ya encontraré el modo —dijo Max.

Las dos mujeres volvieron a sus sillas y Max se sentó en el suelo, entre ellas.

—A propósito —dijo Max—, me encontré con Patrick O'Toole en el segundo habitat... Me pidió que las saludara.

—¿Cómo está? —preguntó Eponine.

—Preocupado, diría yo —contestó Max—. Cuando lo reclutaron, permitió que Katie lo convenciera de alistarse en el ejército (lo que estoy seguro que nunca habría hecho si Nicole o Richard le hubieran podido hablar una vez tan sólo) y creo que se da cuenta ahora del error que cometió. No dijo nada pero pude percibir su aflicción. Nakamura lo mantiene en la vanguardia debido a Nicole.

—¿Está casi terminada esta guerra? —preguntó Eponine.

—Así lo creo —dijo Max—, pero lo que no está claro es si el rey Jap quiere que termine... Por lo que los soldados me cuentan, queda muy poca resistencia. Lo que hacen, principalmente, son operaciones de limpieza dentro del cilindro marrón.

Nai se inclinó hacia adelante.

—Escuchamos el rumor de que en el cilindro también vivía otra especie inteligente... algo completamente diferente de los avianos. Max rió.

—¿Quién sabe qué creer? La televisión y los periódicos dicen lo que les ordena Nakamura y todos saben eso. Siempre hay cientos de rumores... Yo mismo me topé con algunos animales y plantas alienígenas sumamente extraños dentro de ese habitat, así que nada me sorprendería.

Nai ahogó un bostezo.

—Es mejor que me vaya —dijo Max, poniéndose de pie— y permita que nuestra anfitriona se vaya a dormir. —Miró fugazmente a Eponine. —¿Querrías que alguien te acompañe de vuelta a tu casa?

—Depende de quién sea ese alguien —dijo Eponine con una sonrisa.

Algunos momentos después, Max y Eponine llegaron a la pequeña choza de ella, ubicada en una de las calles laterales de Avalon. Max dejó caer el cigarrillo que habían estado compartiendo y lo hundió en la suciedad de la calle. —¿Querías que alguien...? —empezó.

—Sí, Max, claro que sí —repuso Eponine, lanzando un suspiro—. Y si ese alguien existiera, sin lugar a dudas que serías tú. —Lo miró directamente a los ojos. —Pero si compartieras mi cama, aunque sólo fuera una vez, entonces yo querría más. Y si por alguna horrible casualidad, a pesar de cuán cuidadosos fuéramos, *alguna vez* te diera positivo el resultado del examen de contagio del RV-41, nunca me lo perdonaría.

Eponine se apretó contra él para ocultar las lágrimas.

—Gracias por todo —dijo—. Eres un buen hombre, Max Puckett, quizás el único que quede en este enloquecido universo.

Eponine estaba en un museo de París, rodeada por centenares de obras de arte. Un grupo grande de turistas pasaba por el museo. Permanecían sólo cuarenta y cinco segundos para mirar cinco magníficas pinturas de Renoir y Monet.

—¡Deténganse! —gritaba Eponine en su sueño—. ¡No *pueden* haberlos visto!

Los golpes en la puerta hicieron que el sueño se esfumara.

—Somos nosotros, Eponine —oyó decir a Ellie—. Si es demasiado temprano, podemos venir más tarde, antes de que vayas a la escuela. A Robert le preocupaba que hubiéramos podido quedar bloqueados en el pabellón de psiquiatría.

Eponine se incorporó y tomó la bata que colgaba de la solitaria silla que había en la habitación.

—Un minuto nada más —dijo—. Ya voy.

Abrió la puerta para que entraran sus amigos. Ellie llevaba su uniforme de enfermera y llevaba a la pequeña Nicole en un improvisado portabebé que le colgaba de la espalda. La criatura dormía envuelta en algodón, que la protegía del frío.

—¿Podemos entrar?

—Claro que sí —contestó Eponine—. Lo siento. No los debo de haber oído...

—Es una hora ridícula para que hagamos una visita —dijo Ellie— pero con todo el trabajo que tenemos en el hospital, si no veníamos por la mañana temprano, nunca íbamos a poder venir.

—¿Cómo te estuviste sintiendo? —preguntó el doctor Turner unos segundos

después. Estaba sosteniendo un dispositivo analizador delante de Eponine y en el monitor de la computadora portátil ya estaban apareciendo datos.

—Un poco cansada —dijo Eponine—. Pero podría ser nada más que psicológico. Desde que me dijiste, dos meses atrás, que mi corazón estaba empezando a mostrar algunas señales de debilitamiento, me estuve imaginando a mí misma teniendo un ataque cardíaco una vez por día, como mínimo.

Durante el examen, Ellie operó el teclado que venía unido al monitor. Se aseguró de que la información más importante proveniente de la revisión se registrara en la computadora. Eponine estiró el cuello por encima del monitor, para ver la pantalla.

—¿Cómo está funcionando el nuevo sistema, Robert? —preguntó Eponine.

—Tuvimos varias fallas con las sondas —contestó él—. Ed Stafford dice que era de esperarse, debido a lo inadecuado de nuestros ensayos... Y aunque no tenemos un buen plan para el manejo de los datos en términos generales, estamos muy satisfechos.

—Fue nuestra salvación, Eponine —dijo Ellie, sin levantar la vista del teclado—. Con lo limitado de nuestros fondos y con todos los heridos de la guerra, no habría existido manera en la que hubiésemos podido mantener al día los archivos sobre el RV-41, sin esta clase de automatización.

—Ojalá hubiéramos podido emplear más de la experiencia de Nicole, al hacer el diseño originario —dijo Turner—. No me había dado cuenta de que era tan experta en sistemas de control interno. —El médico vio algo fuera de lo común en un gráfico que apareció en la pantalla. —Imprime una copia de esto, ¿quieres, amor? Deseo que se lo muestres a Ed.

—¿Tuvieron alguna novedad sobre tu madre? —le preguntó Eponine a Ellie, cuando el examen se acercaba a su finalización.

—La vimos a Katie hace dos noches —contestó Ellie muy lentamente—. Fue una velada difícil: traía otro "acuerdo" de Nakamura y Macmillan que quería discutir... — La voz se le fue apagando. —Sea como fuere, Katie dice que no hay duda alguna de que habrá un juicio antes del Día del Asentamiento.

—¿La ha visto ella a Nicole?

—No —contestó Ellie—. Por lo que sabemos, nadie lo ha hecho. Un García le lleva la comida, y un Tiasso lleva a cabo sus revisiones médicas mensuales.

La pequeña Nicole se agitó y lloriqueó sobre la espalda de la madre. Eponine extendió la mano y tocó la parte de la mejilla de la niña que quedaba expuesta al

aire.

—Son tan increíblemente suaves —dijo. En ese momento, los ojos de la niña se abrieron y empezó a llorar.

—¿Tengo tiempo para amamantarla, Robert? —preguntó Ellie. El doctor Turner le echó un vistazo al reloj.

—Sí —dijo—. Ya casi hemos terminado aquí... Dado que tanto Wilma Margolin como Bill Tucker están en la cuadra siguiente, ¿por qué no los visito yo solo y vuelvo después?

—¿Puedes arreglarte con ellos sin mí?

—Con dificultad —dijo Turner con gesto sombrío—, en especial con el pobre Tucker.

—Bill Tucker está muriendo muy lentamente —le explicó Ellie a Eponine—. Está solo y tiene grandes dolores pero, como el gobierno ahora prohibió la eutanasia, no hay nada que podamos hacer.

—En tus datos no aparecen indicaciones de que haya avanzado la atrofia —le dijo el doctor Turner a Eponine, algunos instantes después—. Creo que debemos dar gracias por eso.

Eponine no lo oía: se imaginaba su propia y dolorosa muerte. *No voy a permitir que ocurra de ese modo*, se dijo a sí misma. *Nunca. Cuando yo ya no sea más útil... Max me va a traer un arma.*

—Lo siento Robert —dijo—. Debo de estar más dormida que lo que creía ¿Qué dijiste?

—Que no estás peor. —Robert le dio a Eponine un beso en la mejilla y se encaminó hacia la puerta. —Regresaré en unos veinte minutos —le dijo a Ellie.

—Robert parece muy cansado —dijo Eponine, cuando él se marchó.

—Lo está —contestó Ellie—. Trabaja todo el tiempo... y se preocupa cuando no está trabajando, —Ellie estaba sentada en el piso de tierra, con la espalda apoyada contra la pared de la choza. Nicole estaba acurrucada en sus brazos, succionándole los pechos y emitiendo arrullas en forma intermitente.

—Eso parece divertido —dijo Eponine.

—Nada que pueda yo haber experimentado es, ni remotamente, similar. El placer es indescriptible.

Ato es para mí, dijo la voz interior de Eponine. *No ahora. Nunca.* En un fugaz instante, Eponine recordó una noche de pasión, en la que había aceptado a Max

Puckett. Una profunda sensación de amargura la inundó. Luchó para combatirla.

—Ayer tuve un lindo paseo con Benjy —dijo, cambiando de tema.

—Estoy segura de que me lo va a contar todo hoy a la mañana —dijo Ellie—. Adora sus caminatas del domingo contigo. Es todo lo que le queda, salvo por mis visitas ocasionales... Ya sabes que le estoy muy agradecida.

—Olvidalo. Me gusta Benjy. Yo también necesito sentirme necesitada, ¿entiendes?... En realidad, Benjy se adaptó sorprendentemente bien. No se queja tanto como los "41" y por cierto que no tanto como la gente a la que se asignó para trabajar en la fábrica de armas.

—Oculta su dolor —contestó Ellie—. Benjy es mucho más inteligente que lo que cualquiera cree... Realmente le disgusta el pabellón pero sabe que no se puede cuidar por sí mismo. Y no quiere ser no lastre para alguien...

En los ojos de Ellie súbitamente se formaron lágrimas y el cuerpo le tembló levemente. La beba dejó de mamar y miró fijo a su madre.

—¿Estás bien? —preguntó Eponine.

Ellie sacudió la cabeza en gesto afirmativo y se secó los ojos con el trocito de tela de algodón que llevaba al lado de los pechos para detener cualquier salida involuntaria de leche. Nicole reanudó la succión.

—El sufrimiento es suficientemente difícil de mirar —dijo Ellie—. El sufrimiento innecesario te arranca el corazón.

El guardia miró cuidadosamente los papeles de identificación y se los entregó a otro hombre uniformado que estaba sentado detrás de él, ante la consola de una computadora. El segundo hombre dio una entrada en la computadora y le devolvió los documentos al guardia.

—¿Por qué? —dijo Ellie, cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para no ser oídos— ese hombre mira con fijeza nuestra foto cada bendito día? Debe de habernos dejado pasar por este puesto de control una docena de veces el mes pasado.

Estaban caminando por el sendero que iba de la salida del habitat hasta Positano.

—Es su trabajo —repuso Robert— y le gusta sentirse importante. Si no hace toda una ceremonia con eso cada vez, entonces podríamos olvidar el poder que tiene sobre nosotros.

—El proceso era mucho más fluido cuando los biots se encargaban de la entrada.

—Los que todavía están en funcionamiento son de vital importancia para la

guerra... Además, Nakamura tiene miedo de que aparezca el fantasma de Richard Wakefield y confunda a los biots.

Caminaron en silencio durante varios segundos.

—No crees que mi padre todavía esté vivo, ¿no, querido?

—No, amor —respondió Robert, después de una breve vacilación.

Estaba sorprendido por lo directo de la pregunta—. Pero aun cuando no *crea* que esté vivo, todavía tengo la esperanza de que lo *esté*.

Roben y Ellie finalmente llegaron a las afueras de Positano. Unas pocas casas nuevas de estilo europeo bordeaban el sendero, que descendía en suave declive hacía el corazón del pueblo.

—A propósito, Ellie —dijo Robert—, hablar de tu padre me hizo recordar algo que deseaba discutir contigo... ¿Recuerdas ese proyecto del que te estaba contando, aquel que Ed Stafford está llevando a cabo?

Ellie negó con la cabeza.

—Está tratando de clasificar y ordenar por categorías toda la colonia, en función de los agrupamientos genéticos generales. Opina que tales clasificaciones, aun cuando son completamente arbitrarias, pueden contener indicios respecto de qué personas están más expuestas a contraer qué enfermedades. No coincido por completo con su enfoque (parece ser más forzado y numérico que médico), pero estudios paralelos se han llevado a cabo en la Tierra y demostraron que la gente con genes similares tiene, en verdad, tendencias parecidas en cuanto al tipo de enfermedades.

Ellie dejó de caminar y miró a su marido con curiosidad.

—¿Por qué quisiste discutir esto conmigo? Robert rió.

—Sí, sí. Estoy llegando a eso... Sea como fuere, Ed definió un sistema métrico de diferencias: un método numérico para medir cuán diferentes son dos personas, empleando el modo en que los cuatro aminoácidos básicos están enlazados en el genoma. Después, a modo de ensayo, dividió a todos los ciudadanos de Nuevo Edén en grupos. Ahora bien, el sistema de medición realmente no quería decir algo...

—Robert Turner —le interrumpió Ellie, riendo—, ¿tendrías la gentileza de ir al grano? ¿Qué estás tratando de decirme?

—Bueno, es misterioso —dijo—. No sabemos con exactitud qué inferir de eso. Cuando Ed hizo su primera clasificación, dos de las personas en las que se hizo el

ensayo no pertenecían a ningún grupo. Mediante retoques en la definición de las categorías, Ed finalmente pudo definir una dispersión cuantitativa que cubría a una de esas personas. Pero la estructura de eslabonamiento de los aminoácidos de la persona final era tan diferente de la de cualquier otra persona de Nuevo Edén que no se la podía ubicar en ninguno de los grupos...

Ellie contemplaba a Robert como si él hubiera perdido la cordura.

Las dos personas eran tu hermano Benjy y tú —concluyó Robert, turbado—. Tú eras la que estaba afuera de todos los agrupamientos.

—¿Me debería preocupar por eso? —preguntó Ellie, después de que caminaron otros treinta metros en silencio.

—No lo creo —dijo Robert como al pasar—. Es probable que no sea más que un artificio de la unidad particular de medida que eligió Ed. O, quizá, se cometió algún error... Pero sería fascinante si, de alguna manera, la radiación cósmica pudiera haber alterado tu estructura genética, durante tu desarrollo embriológico.

Habían llegado a la plaza principal de Positano. Ellie se inclinó y besó a su marido.

—Eso fue muy interesante querido —dijo, embromándolo un poco— pero tengo que admitir que todavía no estoy segura de haber entendido todo lo que me dijiste.

Un gran sostén para bicicletas ocupaba la mayor parte de la plaza. Varias hileras y otras tantas columnas de posiciones de estacionamiento estaban diseminadas por todo el sector delante del cual había estado la estación de tren. Todos los colonos, con la excepción de los dirigentes del gobierno, que tenían autos eléctricos, empleaban bicicletas para el transporte.

El servicio de trenes de Nuevo Edén se había interrumpido poco después de que empezó la guerra. Originariamente, los alienígenas habían construido los trenes con materiales muy livianos y excepcionalmente resistentes, que las fábricas humanas de la colonia nunca pudieron imitar. Estas aleaciones eran extremadamente valiosas para distintas funciones militares. En el curso de las etapas medias de la guerra, por consiguiente, el organismo de defensa había requisado todos los coches del sistema de trenes.

Ellie y Robert viajaban en sus bicicletas, uno al lado del otro, a lo largo de las orillas del lago Shakespeare. La pequeña Nicole se había despertado y observaba en silencio el paisaje que la rodeaba. Pasaron frente al parque, donde siempre se celebraba la comida campestre del Día del Asentamiento, y doblaron hacia el norte.

—Robert —dijo Ellie, con tono muy serio—. ¿pensaste algo más sobre nuestra larga discusión de anoche?

—¿Sobre Nakamura y la política?

—Sí —respondió Ellie—. Todavía creo que *ambos* nos debemos oponer a su edicto que suspende las elecciones hasta después de que haya terminado la guerra... Tienes una muy importante estatura social en la colonia. La mayoría de los profesionales de la salud va a seguir tu ejemplo... Nai cree, inclusive, que los obreros fabriles de Avalon podrían iniciar una huelga.

—No puedo hacerlo —dijo Robert, después de un largo silencio.

—¿Por qué no, amor? —preguntó Ellie.

—Porque no creo que funcione... Desde tu idealista punto de vista, Ellie, la gente actúa en función del compromiso que asume con principios o valores. En la realidad no se comportan así en absoluto. Si nos opusiéramos a Nakamura, los dos iríamos a parar a prisión. ¿Qué le pasaría a nuestra hija? Además, todo el apoyo para las investigaciones sobre el RV-41 se retiraría, dejando a toda esa pobre gente en una situación aun peor de la que están. El hospital carecería aún más de personal... Mucha gente sufriría como consecuencia de nuestro idealismo. Como médico, encuentro inaceptable estas posibles consecuencias.

Ellie se desvió de la vereda para bicicletas, entrando en un pequeño parque que estaba a unos quinientos metros del primer edificio de Ciudad Central.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó Robert—. Nos esperan en el hospital.

—Quiero tomarme cinco minutos para ver los árboles, oler las flores y abrazar con fuerza a Nicole.

Cuando Ellie bajó, Roben la ayudó a quitarse de la espalda el portabebé. Después, Ellie se sentó en la hierba, con Nicole en el regazo. Ninguno de los dos pronunció palabra mientras observaban a Nicole estudiar las tres briznas de hierba que había agarrado con sus regordetas manos.

Finalmente, Ellie extendió una manta donde posó suavemente a su hija.

Se acercó a su marido y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Te amo, Robert. Muchísimo —dijo—. Pero debo decir que a veces estoy de acuerdo contigo en absoluto.

La luz proveniente de la solitaria ventana que había en la celda producía una figura sobre la pared de barro que estaba frente al camastro de Nicole. Los barrotes de la ventana creaban un cuadrado reflejado con diserto de ta-te-ti. Era una matriz casi perfecta de tres por tres. La luz de la celda le indicó a Nicole que era hora de levantarse. Cruzó el cuarto, desde la litera de madera en la que había estado durmiendo, y se lavó la cara en la palangana. Después, respiró hondo y trató de reunir fuerzas para enfrentar otro día.

Nicole estaba bastante segura de que esta última prisión, en la que había estado durante unos cinco meses, estaba en alguna parte de la zona agrícola de Nuevo Edén, entre Hakone y San Miguel. Cuando la llevaron la última vez, le habían vendado los ojos. Sin embargo había llegado a la conclusión de que se encontraba en un sitio rural. Ocasionalmente, el intenso olor de los animales penetraba en su celda a través de la ventana de cuarenta centímetros cuadrados que estaba justo por debajo del techo. Además, por la ventana no podía ver ninguna luz reflejada cuando era de noche en Nuevo Edén.

Estos últimos meses fueron los peores, pensó, mientras se ponía en puntas de pie para empujar algunos gramos de arroz sazonado a través de la ventana. *Sin conversación, sin lectura, sin ejercicio, sólo dos comidas diarias de arroz y agua*. La ardillita que la visitaba todas las mañanas apareció afuera. Nicole la oyó y se acercó al otro lado de la celda para verla comer el arroz.

—Eres mi única compañía, mi apuesta amiga —dijo Nicole en voz alta. La ardilla dejó de comer y escuchó, siempre alerta ante cualquier posible peligro. —Y nunca entendiste una sola palabra de lo que le dije.

La ardilla no se quedó mucho tiempo. Cuando terminó de comer su ración de arroz se fue y dejó sola a Nicole. Durante varios minutos, Nicole se quedó mirando fijo hacia la ventana donde había estado la anilla, preguntándose qué estaría pasando con su familia. Hasta seis meses, cuando su enjuiciamiento por sedición fue "pospuesto en forma indefinida" a último momento, a Nicole le permitían recibir un visitante cada semana, durante una hora. Aun cuando las conversaciones habían estado controladas por un guardia, y cualquier discusión sobre política o acontecimientos de actualidad estaba estrictamente prohibida, Nicole aguardaba con ansia esas sesiones semanales con Ellie o Patrick. Por lo general era Ellie quien la

visitaba. Por algunos comentarios formulados con mucho cuidado por sus dos hijos, Nicole había inferido que Patrick estaba metido en alguna clase de trabajo para el gobierno y que sólo estaba disponible en momentos limitados.

Al principio, Nicole se había sentido enojada y después, deprimida, cuando se enteró de que a Benjy lo habían internado y que no le permitían verla. Ellie había tratado de asegurarle a Nicole que Benjy estaba muy bien, habida cuenta de las circunstancias. Se había hablado muy poco sobre Katie. Ni Patrick ni Ellie habían sabido cómo explicarle a su madre que su hermana mayor realmente no había mostrado el menor interés por visitarla.

El embarazo de Ellie siempre fue tema de conversación durante esas primeras visitas. Nicole se sentía emocionada al tocar el vientre de su hija o al hablar sobre los especiales sentimientos de una futura madre. Si Ellie mencionaba lo inquieto que era el bebé, Nicole acompañaba y comparaba sus propias experiencias ("Cuando estaba embarazada de Patrick" —dijo Nicole en una ocasión, "nunca estaba cansada. Tú, en cambio, eras la pesadilla de una madre. Siempre agitando brazos y piernas en mitad de la noche, cuando yo quería dormir"); si Ellie no se sentía bien, Nicole le recetaba alimentos o actividades físicas que la habían ayudado en las mismas circunstancias.

La última visita de Ellie había sido dos meses antes de la fecha en la que se preveía el nacimiento del bebé. A Nicole la habían mudado a su nueva celda la semana siguiente y no había hablado con un ser humano desde ese entonces. Los biots mudos que la atendían nunca daban la menor indicación de entender las preguntas que Nicole les hacía. Una vez, en un arrebato de frustración, le había gritado al Tiasso que le daba su baño semanal:

—¿No entiendes? —había dicho—. Se suponía que mi hija iba a tener un bebé, mi nieto, en algún momento de la semana pasada. Necesito saber si están bien.

En sus celdas anteriores, a Nicole siempre se le había permitido leer. Le traían de la biblioteca nuevos discolibros cada vez que los pedía, de modo que los días entre visitas pasaban con bastante rapidez. Había vuelto a leer casi todas las novelas históricas de su padre, así como algo de poesía, historia, y algunos de sus libros más interesantes sobre medicina. Se había sentido particularmente fascinada por el paralelo entre su vida y la de sus dos heroínas de la niñez: Juana de Arco y Eleanor de Aquitania. Nicole apuntaló sus propias fuerzas, al advertir que ninguna de las otras dos mujeres había permitido que su actitud básica cambiara, a pesar de largos

y difíciles períodos en prisión.

Inmediatamente después de que la mudaran, cuando el García que la atendía en su nueva celda no le devolvió el lector electrónico junto con sus efectos personales, Nicole creyó que se había cometido un simple error. Sin embargo, después de que pidió varias veces el lector y no apareció jamás, se dio cuenta de que ahora se le negaba el privilegio de leer.

El tiempo pasaba muy lentamente para Nicole, en su nueva celda.

Durante varias horas, todos los días, deliberadamente medía su celda a pasos, tratando de mantener el cuerpo y la mente activos. Intentó organizar estas sesiones de marcha, alejándolas de los pensamientos sobre su familia, que inevitablemente intensificaban las sensaciones de soledad y depresión, y dirigiéndolas hacia conceptos o ideas filosóficas más generales. A menudo, al concluir estas sesiones, Nicole se concentraba en algún suceso pasado de su vida y trataba de extraer de él alguna percepción nueva o de importancia.

Durante una de dichas sesiones, recordó, de modo muy definido, una secuencia de acontecimientos que había tenido lugar cuando ya había cumplido los quince años. Para ese entonces, ella y su padre ya estaban confortablemente acomodados en Beauvois y Nicole se desempeñaba brillantemente en el colegio. Decidió anotarse en la competencia nacional donde seleccionarían muchachas para desempeñar el papel de Juana de Arco, en el conjunto de exhibiciones al aire libre con el que se iba a conmemorar el septingentésimo quincuagésimo aniversario del martirio de la doncella, en Rouen. Nicole se dedicó al concurso con una pasión y una perseverancia que emocionaban y preocupaban a su padre. Después de que Nicole ganó el concurso regional en Tours, Pierre dejó de trabajar en su novela durante seis semanas para ayudar a que su adorada hija se preparara para las finales nacionales en Rouen.

Nicole resultó primera tanto en el aspecto atlético como intelectual del concurso. Hasta llegó a obtener un puntaje muy alto en las evaluaciones sobre actuación teatral. Ella y su padre habían estado seguros de que iba a ser seleccionada. Pero, cuando se anunció a las ganadoras, Nicole había queda en segundo lugar.

Durante años, pensó Nicole, mientras daba vueltas alrededor de su celda de Nuevo Edén, creí haber fracasado. Lo que mi padre dijo respecto de que Francia no estaba lista para tener una Juana de Arco de tez oscura no importaba. En mi mente, yo era un fracaso. Estaba devastada. Mi autoestima realmente no se recuperó hasta

las Olimpiadas y, después, duró sólo unos pocos días más, antes de que Henry me volviera a derribar.

El precio fue terrible, continuó Nicole. Estuve completamente encerrada en mí misma durante años, debido a mi falta de autoestima. Tuvo que transcurrir mucho tiempo, antes de que finalmente estuviera feliz conmigo misma. Y recién entonces pude brindar afecto a los demás. Detuvo un momento el hilo de sus pensamientos. ¿Por qué es que tantos de nosotros pasan por la misma experiencia? ¿Por qué la juventud es tan egoísta, y por qué primero nos tenemos que encontrar a nosotros mismos para darnos cuenta de cuántas cosas más hay en la vida?

Cuando el García que siempre le traía la comida incluyó algo de pan fresco y unas zanahorias en su cena, Nicole sospechó que se estaba a punto de producir un cambio en su régimen. Dos días más tarde, el Tiasso entró en la celda con un cepillo para el cabello, maquillaje, un espejo, y hasta perfume. Nicole se dio un baño prolongado, placentero y se refrescó por primera vez en meses. Cuando el biot recogió la bañera de madera y se preparaba para irse, le alcanzó a Nicole una nota: "Usted recibirá un visitante mañana a la mañana".

Nicole no pudo dormir. Por la mañana, habló sin cesar como una niña, con su amiga, la ardilla, discutiendo sobre sus esperanzas, así como sobre sus angustias, por el inminente encuentro. Varias veces se repasó el rostro y el cabello, antes de proclamar que los dos no tenían arreglo. El tiempo pasaba muy lentamente.

Finalmente, justo antes del almuerzo, oyó pisadas de ser humano que venían por el corredor hacia su celda. Nicole corrió hacia la puerta, expectante.

—¡Katie! —gritó, cuando vio a su hija dando la vuelta a la última esquina.

—Hola, mamá —dijo Katie, abriendo la cerradura de la puerta y entrando en la celda. Las dos mujeres se abrazaron con fuerza durante varios segundos. Nicole no trató de contener las lágrimas que caían de sus ojos a raudales.

Se sentaron en el camastro de Nicole, el único mueble de la celda, y charlaron amablemente sobre la familia. Katie le informó a Nicole que había tenido una nieta, "Nicole des Jardins Turner", dijo Katie. "Deberías estar muy orgullosa", y después, sacó a relucir unas veinte fotografías. Eran instantáneas de la beba con sus padres, Ellie y Benjy juntos en un parque, Patrick vistiendo un uniforme y hasta un par de Katie con vestido de fiesta. Nicole las estudió, una por una. Los ojos se le llenaron de lágrimas repetidas veces. "Oh, Katie", exclamó en varias oportunidades.

Cuando terminó, Nicole le agradeció profundamente a su hija el haberle traído las

fotografías.

—Las puedes conservar, mamá —dijo Katie, poniéndose de pie y yendo hacia la ventana. Abrió el bolso y sacó cigarrillos y un encendedor.

—Querida —dijo Nicole, vacilante—, ¿te molestaría no fumar aquí? La ventilación es escasa y yo olería el cigarrillo durante semanas, Katie miró fijo a su madre durante unos segundos y después, volvió a meter los cigarrillos y el encendedor en el bolso. En ese momento, un par de García llegaron desde el exterior de la celda, trayendo una mesa con dos sillas.

—¿Qué es esto? —preguntó Nicole. Katie sonrió.

—Vamos a almorzar juntas —contestó—. He ordenado que preparen algo especial para la ocasión: pollo con salsa de hongos y vino. Un tercer García trajo la comida, que tenía un exquisito aroma y la colocó sobre la mesa con mantel, al lado de finos cubiertos de plata y vajilla de porcelana. Hasta había una botella de vino y dos copas de cristal.

A Nicole le resultaba difícil recordar sus modales. El pollo estaba tan delicioso, los hongos tan tiernos, que consumió la comida sin hablar. De tanto en tanto, cuando tomaba un trago de vino, murmuraba "Humm" o "Esto está fantástico", pero, básicamente, no dijo nada hasta que su plato estuvo completamente limpio.

Katie, que había adquirido el hábito de comer muy poco, mordisqueaba la comida y observaba a su madre. Cuando Nicole terminó, Katie llamó a un García para que llevara los platos y trajera café. Hacía casi dos años que Nicole no tomaba una buena taza de café.

—Así que, Katie —dijo Nicole con sonrisa cálida, después de agradecerle a su hija la comida—, ¿qué me cuentas de ti? ¿Qué estás haciendo?

Katie rió estridentemente.

—Siempre la misma mierda —contestó—. Ahora soy "Directora de Entretenimientos" de todo el centro de recreación Las Vegas... Contrato todos los actos que se presentan en los clubes... El negocio anda muy bien, aun cuando... — Se contuvo, al recordar que su madre no sabía nada sobre la guerra en el segundo habitat.

—¿Has encontrado un hombre que sepa apreciar todas tus condiciones? —preguntó Nicole con discreción.

—Nadie que dure mucho —Katie se cohibió por su respuesta y, de repente, se puso inquieta. —Mira, mamá —dijo, inclinándose sobre la mesa—, no vine aquí para

discurrir sobre mi vida amorosa... Tengo una propuesta para ti o, mejor dicho, *la familia* tiene una propuesta para ti. Propuesta que todos apoyamos.

Nicole miró a su hija con el entrecejo fruncido, perpleja. Se dio cuenta, por primera vez, de que Katie había envejecido considerablemente en los dos años transcurridos desde que la vio por última vez.

—No entiendo —dijo Nicole—. ¿Qué clase de propuesta?

—Bueno, como bien sabes, el gobierno estuvo preparando el proceso contra ti, desde hace algún tiempo. Ahora están listos para ir a juicio. La acusación es, claro, sedición, lo que implica pena de muerte, inevitablemente. El fiscal nos dijo que las pruebas contra ti son abrumadoras, y que es seguro que te van a condenar. Sin embargo, en vista de tus servicios a la colonia, si te declaras culpable del delito menos grave de "sedición involuntaria", el fiscal va a dejar sin efecto...

—Pero no soy culpable de nada —dijo Nicole con firmeza.

—Ya sé eso, mamá —contestó Katie, con un dejo de impaciencia—, pero nosotros, Ellie, Patrick y yo, estamos de acuerdo en que hay una gran probabilidad de que se te condene. El fiscal nos prometió que si simplemente te declaras culpable de ese delito menor, se te trasladará de inmediato a un ambiente más agradable y se te permitirá visitar a tu familia, incluyendo a tu nueva nieta... Hasta dio a entender que podría interceder ante las autoridades para permitir que Benjy viva con Robert y Ellie...

Nicole sentía un torbellino dentro de sí.

—¿Y todos ustedes creen que debo aceptar este pacto y reconocer mi culpa, aun cuando he proclamado resueltamente mi inocencia desde el momento mismo en que fui arrestada?

Katie asintió, inclinando levemente la cabeza.

—No queremos que mueras... en particular cuando no hay motivo para ello.

—Cuando *no hay motivo* —los ojos de Nicole repentinamente relampaguearon—. ¡Piensas que moriría sin *motivo*! —Se separó de la mesa, se puso de pie y recorrió la celda a zancadas. Moriría por *la justicia* —dijo Nicole, más para sí misma que para Katie—, fiel a mis principios, por lo menos, aun si en ninguna parte del universo existiera una sola alma que lo pueda entender.

—Pero, mamá —interpuso ahora Katie— ¿Qué propósito tendría? Tus hijos y nieta quedarían privados para siempre de tu compañía, Benjy quedaría en ese inmundito sitio de confinamiento...

—Así que ahí está el trato —interrumpió Nicole—, una versión más insidiosa del pacto que Fausto hizo con el Diablo. Abandona tus principios, Nicole, y reconoce tu culpa, aun cuando no hayas cometido la menor transgresión. Y no vendas tu alma por una mera recompensa terrenal. No, eso sería demasiado fácil de rechazar... Se te pide que aceptes el trato porque tu familia se beneficiaría... ¿Puede haber alguna otra apelación posible que influya de modo más directo sobre un madre?

Los ojos de Nicole ardían. Katie hurgó en su bolso, extrajo un cigarrillo y lo encendió con mano temblorosa.

—¿Y quién es que viene a mí con tal propuesta? —prosiguió Nicole, ahora gritando—. ¿Quién me trae una deliciosa comida y vino y fotos de mi familia, para ablandarme para la cuchillada que, con toda seguridad, me va a matar con mucho más dolor que cualquier silla eléctrica? ¡Pero vamos, si es mi propia hija, el bienamado producto de mis entrañas!

Nicole repentinamente avanzó y tomó a Katie enérgicamente.

—No seas el Judas de ellos, Katie —dijo Nicole, sacudiendo a su asustada hija—. Vales mucho más que eso. Con el tiempo, si me condenan y me ejecutan sobre la base de estas engañosas acusaciones, apreciarás lo que estoy haciendo.

Katie se soltó y retrocedió tambaleándose. Le dio una profunda pitada al cigarrillo.

—Todo esto no sirve para nada, mamá —dijo un instante después—. Absolutamente para nada... Sólo sigues siendo la misma santurróna... Mira, vengo aquí para ayudarte, para brindarte la posibilidad de seguir viviendo. ¿Por qué, aunque más no sea por una vez en tu puta vida, no puedes escuchar lo que otro te dice?

Nicole miró fijamente a Katie durante varios segundos. Cuando volvió a hablar su voz estaba más suave.

—Te estuve escuchando, Katie, y no me gusta lo que me dijiste. También te estuve mirando... Ni por un momento creo que hayas venido aquí para ayudarme. Eso sería del todo incongruente con lo que he visto de tu temperamento en estos últimos años. En todo esto debe de haber algo que te convenga...

"Ni creo que representes, en modo alguno, a Ellie y Patrick. Si ese fuera el caso, habrían venido contigo. Debo confesar que, durante un momento, al principio, me sentí confundida y pensé que quizás estaba causando demasiado dolor a todos mis hijos... Pero en estos últimos minutos vi con mucha claridad lo que está pasando aquí... Katie, mi querida Katie..."

—No me vuelvas a tocar —gritó Katie, cuando Nicole se le acercó. Los ojos de Katie estaban llenos de lágrimas—. Y ahórrame tu piedad de santurróna...

La celda quedó momentáneamente en silencio. Katie terminó el cigarrillo y trató de calmarse.

—Mira —dijo finalmente—, me importa una mierda lo que sientas por mí. Eso no interesa, pero ¿por qué, mamá, por qué no puedes pensar en Patrick y Ellie o, al menos, en la pequeña Nicole? ¿Ser una santa es tan importante para ti que ellos deban sufrir por tu causa?

—Con el tiempo —contestó Nicole—, lo entenderán.

—Con el tiempo —dijo Katie con ira— estarás muerta. En un lapso muy breve... ¿Te das cuenta de que, en el preciso instante en que yo salga de acá y le diga a Nakamura que no hay trato, la fecha de tu enjuiciamiento se habrá fijado? ¿Y que no tienes ni la más mínima oportunidad?

—No me puedes asustar, Katie.

—No te puedo asustar, no te puedo tocar, no puedo, siquiera, apelar a tu sentido común. Al igual que todos los buenos santos, sólo escuchas a tus propias voces.

Katie respiró hondo.

—Entonces, creo que esto es todo... Adiós, mamá. —Aunque intentó contenerse, los ojos de Katie se llenaron de lágrimas. Nicole lloró abiertamente.

—Adiós, Katie —dijo—. Te amo.

10

—Ahora, la defensa puede hacer su alegato final.

Nicole se levantó de la silla y dio vuelta a la mesa. Estaba sorprendida de sentirse tan cansada. No cabía duda de que los dos años en prisión habían disminuido sus legendarias fuerzas.

Se aproximó con lentitud al jurado, compuesto por cuatro hombres y dos mujeres. La mujer en la fila de adelante, Karen Stolz, originariamente había venido de Suiza. Nicole la había conocido bastante bien, cuando la señora Stolz y su marido poseían y operaban la panadería que estaba a la vuelta de la esquina de la casa de los Wakefield, en Beauvois.

—Hola de nuevo, Karen —dijo Nicole en voz baja, parándose directamente

delante del jurado. Estaban sentados en dos Filas de tres asientos cada una. — ¿Cómo están John y Marie?... Ya deben de ser adolescentes.

La señora Stolz se retorció en su asiento.

—Están bien, Nicole —contestó en voz muy baja. Nicole sonrió.

—¿Sigue haciendo esos maravillosos panecillos de canela, todos los domingos por la mañana?

El estampido del mallet resonó por toda la sala del tribunal.

—Señora Wakefield —dijo el juez Nakamura—, difícilmente sea éste el momento para charlas triviales. Su alegato final se limita a cinco minutos y el reloj ya se puso en marcha.

Nicole pasó por alto la observación del juez. Se inclinó por sobre la barandilla que había entre ella y el jurado, con la mirada concentrada en un magnífico collar que estaba alrededor del cuello de Karen Stolz.

—Las joyas son hermosas —dijo en un susurro—. Pero ellos habrían pagado más, mucho más.

Otra vez restalló el mallet. Dos guardias rápidamente se acercaron a Nicole, pero ella ya se había apartado de la señora Stolz.

—Señoras y señores del jurado —dijo Nicole—, toda esta semana escucharon cómo la fiscalía insistió, de manera repetida, en que incité a la resistencia contra el gobierno legítimo de Nuevo Edén. Por mis supuestos actos se me acusó de sedición. Ahora deben decidir, sobre la base de las pruebas presentadas en este juicio, si soy culpable. Les pido que recuerden, cuando deliberen, que la sedición es un delito capital. Un veredicto de culpabilidad trae aparejado una forzosa pena de muerte.

"En mi alegato final me gustaría examinar con cuidado la estructura de la causa de la fiscalía. El testimonio que se dio el primer día no tenía ninguna conexión con los cargos levantados en mi contra y, según tengo plena convicción, fue autorizado por el juez Nakamura, en abierta violación de los códigos de la colonia, en lo atinente al testimonio en los juicios por delitos que ameritan la pena de muerte...

—Señora Wakefield —interrumpió el juez Nakamura con enojo—, tal como ya le dije antes, esta misma semana, no puedo tolerar tales comentarios irrespetuosos en mi tribunal. Una sola observación más de esa misma índole y, no sólo la emplazaré por desacato, sino que también daré por concluido su alegato final.

—Todo ese día, la fiscalía intentó demostrar que mi moralidad sexual era

sospechosa y que, en consecuencia, de alguna manera me convertía en una candidata probable para la conspiración política. Señoras y señores, me agradecería discutir con ustedes, en privado, las desusadas circunstancias que se relacionan con la concepción de cada uno de mis seis hijos. Sin embargo, mi vida sexual, pasada, presente e, inclusive, futura, no tiene la menor relación con este juicio. Salvo por su posible valor como entretenimiento, ese primer día de testimonio careció por completo de sentido.

En la atestada galería hubo algunas risitas disimuladas, pero los guardias rápidamente acallaron a la multitud.

—El siguiente conjunto de testigos de la fiscalía —prosiguió Nicole— pasó muchas horas implicando a mi marido en actividades sediciosas. Libremente admito que estoy casada con Richard Wakefield. Pero su culpa, o falta de culpa, tampoco tiene importancia alguna en este juicio. Únicamente las pruebas que demuestren que yo soy culpable de sedición son pertinentes al veredicto que ustedes den aquí.

"La fiscalía sugirió que mis actos sediciosos se originaron con mi intervención en el vídeo que, con el tiempo, dio por resultado el establecimiento de esta colonia. Reconozco que ayudé a preparar la grabación que se transmitió de Rama a la Tierra, pero niego categóricamente que yo haya "conspirado desde el principio con los alienígenas", o bien que haya completado con los extraterrestres para construir esta espacionave contra mis congéneres.

"Participé en la elaboración de ese vídeo, como señalé ayer cuando le permití al fiscal repreguntarme, porque creí que no tenía otra alternativa. Mi familia y yo estábamos a merced de una inteligencia y de un poder que están mucho más allá de cualquier cosa que hayamos imaginado jamás. Existía la gran preocupación de que si no accedíamos a ayudarlos con el vídeo, adoptaran represalias contra nosotros.

Nicole volvió brevemente a la mesa del defensor y bebió un poco de agua. Después se dio vuelta para enfrentar otra vez al jurado.

—Eso nos deja nada más que dos fuentes posibles de pruebas verdaderas para condenarme por sedición: el testimonio de mi hija Katie y esa extraña grabación, un conjunto incoherente de comentarios que les hice a los demás miembros de mi familia después de que me metieron en prisión, y que ustedes oyeron ayer a la mañana.

"Todos saben muy bien con qué facilidad las grabaciones como ésta se pueden distorsionar y manipular. Los dos técnicos expertos en sonido admitieron ayer, en el

banquillo de los testigos, que habían escuchado centenares de horas de conversación entre mis hijos y yo antes de dar con esos treinta minutos de "pruebas perjudiciales", no más que *dieciocho segundos* de los cuales se tomaron de una sola conversación cualquiera. Decir que los comentarios míos que aparecen en esa grabación se presentaron fuera de contexto, no tiene el menor sentido.

"Con respecto al testimonio de mi hija Katie Wakefield, solamente puedo decir, con gran congoja, que mintió repetidamente en sus expresiones originales. Nunca tuve conocimiento de las actividades presuntamente ilegales de mi marido, Richard, y por cierto que nunca lo apoyé para su realización.

"Recordarán que, al ser sometida a mi interrogatorio, posterior al del fiscal, Katie quedó confusa respecto de los hechos y, finalmente, repudió su testimonio anterior, antes de desplomarse en el banquillo de los testigos. El juez les informó que la salud mental de mi hija es frágil y les aconsejó que desestimaran los comentarios que hizo bajo coacción emocional, durante mi interrogatorio. Les suplico que recuerden cada palabra que dijo Katie, no sólo cuando el fiscal la interrogó, sino también durante el tiempo en que yo estuve tratando de obtener las fechas y los sitios específicos de los actos sediciosos que mi hija me atribuyó.

Nicole se acercó al jurado por última vez, mirando fijo a cada uno de ellos.

—Por último, deben ustedes juzgar dónde está la verdad en esta causa. Ahora los enfrento con mi corazón profundamente apenado, resistiéndome a creer, aun cuando estoy de pie aquí, en los acontecimientos que llevaron a que me acusaran de estos graves delitos. He prestado servicios a la colonia, así como a la especie humana. No soy culpable de ninguna de las acusaciones que se levantaron en mi contra. Cualquier poder o inteligencia que exista en este sorprendente universo va a reconocer ese hecho, independientemente del resultado de este juicio.

La luz externa desaparecía con rapidez. Contemplativa, Nicole se inclinó contra la ventana de la celda, preguntándose si ésa sería la última noche de su vida. Se estremeció involuntariamente. Desde que el veredicto fue anunciado, Nicole había ido a dormir, cada noche, esperando morir al día siguiente.

El García le trajo la cena poco después de que cayó la tarde. La comida había sido mucho mejor en estos días pasados. Mientras comía lentamente su pescado asado a la parrilla, Nicole reflexionó sobre los cinco años transcurridos desde que ella y su familia se encontraron con esa primera partida exploradora de la *Pinta*. *¿Qué es lo que anduvo mal aquí?*, se preguntó. *¿Cuáles fueron nuestros principales*

errores?

Podía escuchar la voz de Richard resonando en su cabeza Siempre cínico y desconfiado del comportamiento humano, había sugerido, al finalizar el primer años, que Nuevo Edén era demasiado bueno para la especie humana.

"Con el tiempo lo arruinaremos, como hicimos con la Tierra", había dicho. "Nuestro bagaje genético (ya sabes, el territorialismo, la agresión y la conducta reptil) es demasiado fuerte para que la educación y el esclarecimiento lo superen. Mira los héroes de O'Toole, a los dos, a Jesús y a ese joven italiano, San Miguel de Siena. Los destruyeron porque sugirieron que los seres humanos debían intentar ser más que chimpancés inteligentes."

Pero aquí, en Nuevo Edén, pensó Nicole, había tantas oportunidades para obtener un mundo mejor. Se brindaban los elementos básicos de la vida. Estábamos rodeados por pruebas incontrovertibles de que en el universo había inteligencia mucho más avanzada que la nuestra. Eso debería haber producido un ambiente en el que...

Terminó el pescado y arrimó el pequeño budín de chocolate que tenía delante de sí. Sonrió para sus adentros, al recordar cuánto le gustaba el chocolate a Richard. *Lo he extrañado mucho, pensó. En especial, su conversación y su agudeza mental.*

Nicole se sobresaltó al oír pasos que venían hacia su celda. Un profundo escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo. Sus visitantes eran dos hombres jóvenes que llevaban sendas lámparas. Usaban el uniforme de la policía especial de Nakamura.

Los hombres entraron en la celda con actitud distante. No se presentaron. El mayor, que tenía un poco más de treinta años, rápidamente extrajo un documento y empezó a leer:

—"Nicole des Jardins Wakefield", leyó, se la encontró culpable del delito de sedición y la ejecutarán a las ocho, mañana por la mañana. Su desayuno será servido a las seis y treinta, diez minutos después de la primera luz, y vendremos a llevarla a la cámara de ejecución a las siete y treinta. La atarán a la silla eléctrica a las siete y cincuenta y ocho. Se aplicará corriente exactamente dos minutos después... ¿Tiene usted alguna pregunta?

El corazón de Nicole latía con tanta rapidez que apenas si la dejaba respirar. Luchó por calmarse.

—¿Tiene usted alguna pregunta? —repitió el policía. —¿Cuál es su nombre,

joven? —preguntó Nicole, con la voz quebrantada.

—Franz —repuso el hombre, sorprendido, después de vacilar.

—¿Franz *qué*? —preguntó Nicole.

—Franz Bauer —contestó el hombre.

—Bien, Franz Bauer —dijo Nicole, tratando de forzar una sonrisa—, ¿tendría la gentileza de decirme cuánto voy a tardar en morir? Después que ustedes apliquen la corriente.

—Realmente no lo sé —dijo Bauer, algo confuso—. Se pierde la conciencia en forma casi instantánea, en sólo un par de segundos. Pero no sé cuánto tiempo...

—Gracias —dijo Nicole, empezando a sentirse débil—. ¿Podrían irse ahora, por favor? Me gustaría estar a solas. —Los dos hombres abrieron la puerta de la celda.

—Oh, a propósito —agregó Nicole—, ¿Podrían dejar un farol? ¿Y quizá, papel y lápiz o un anotador electrónico?

Franz Bauer negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo— No podemos...

Nicole les hizo un gesto con la mano para que se retiraran y se fue al lado opuesto de la celda.

Dos cartas, dijo para sus adentros, respirando lentamente para juntar fuerzas. *Sólo quería escribir dos cartas: una para Katie y otra para Richard. Hice las paces finales con todos los demás.*

Después de que los policías se fueron, Nicole recordó las largas horas que había pasado en el foso, en Rama II, muchos años atrás, cuando creyó que moriría de hambre. Había transcurrido, lo que en aquel momento creyó que eran sus últimos días, reviviendo los momentos felices de su vida. *Eso no es necesario ahora*, pensó. *No hay hechos de mi pasado que no haya escudriñado a fondo. Ésas son las ventajas de pasarse dos años en prisión.*

Se sorprendió al descubrir que estaba enojada por no haber podido escribir esas dos cartas finales. *Voy a volver a plantear el asunto por la mañana. Me van a dejar escribir esas cartas, si hago suficiente ruido.* Sin ganas, sonrió.

—"No te retires en silencio..." —citó en voz alta.

De repente, sintió que el pulso se le volvía a acelerar. En su mente vio una silla eléctrica en una sala oscura. Ella estaba sentada en la silla; un extraño casco le envolvía la cabeza. El casco empezó a refulgir, y Nicole se vio a sí misma desplomarse hacia adelante.

Dios Bendito, pensó, dondequiera que estés y seas quien fueres, por favor dame coraje ahora. Estoy muy asustada.

Nicole se incorporó en el camastro, en medio de la oscuridad del cuarto. Al cabo de unos pocos minutos se sintió mejor, casi sosegada. Se encontró preguntándose cómo sería el instante de la muerte. *¿Es como irse a dormir y después no hay nada? ¿O algo especial ocurre en ese preciso instante final, algo que ninguna persona viviente puede conocer jamás?*

Había una voz que la llamaba desde muy lejos. Nicole se agitó pero no despertó del todo.

—Señora Wakefield —volvió a llamar la voz.

Nicole se sentó rápidamente en la cama, creyendo que ya era de mañana. Sintió una oleada de miedo, cuando su mente le dijo que todavía tenía dos horas más de vida.

—Señora Wakefield —dijo la voz— por aquí, afuera de su celda... Soy Amadou Diaba.

Nicole se frotó los ojos y se esforzó por ver la figura en la oscuridad, junto a la puerta.

—¿Quién? —preguntó Nicole, caminando lentamente por el cuarto.

—Amadou Diaba. Hace dos años, usted ayudó al doctor Turner a hacer mi trasplante de corazón.

—¿Qué está haciendo aquí, Amadou? ¿Y cómo llegó hasta aquí adentro?

—Vine a traerle algo. Soborné a todos los que fue necesario. Tenía que verla.

Aun cuando el hombre estaba a sólo cinco metros de ella, Nicole únicamente podía ver su vago contorno en la oscuridad. Los cansados ojos la engañaban también. En un momento, cuando hizo un esfuerzo especialmente intenso por enfocar la imagen, momentáneamente creyó que su visitante era su bisabuelo Omeh. Un agudo escalofrío le corrió por todo el cuerpo.

—Muy bien, Amadou —dijo Nicole finalmente—. ¿Qué es lo que me trajo?

—Debo explicarlo primero —dijo Diaba—. Y aun entonces puede no tener el menor sentido... Yo mismo no lo entiendo del todo. Simplemente sé que se lo tenía que traer esta noche.

Dejó de hablar un instante. Cuando Nicole se calló, Amadou le contó su relato rápidamente.

—El día después de que me eligieron para la Colonia Lowell, mientras me

encontraba aún en Lagos, recibí este extraño mensaje de mi abuela senoufo, en el que se me decía que era muy urgente que yo fuera a verla. Fui en la primera oportunidad que tuve, dos semanas más tarde, después de que recibí otro mensaje más de mi abuela, en el que insistía en que mi visita era cuestión "de vida o muerte".

"Llegué a su aldea, en la Costa de Marfil, en mitad de la noche. Mi abuela se despertó y se vistió de inmediato. Acompañados por el médico brujo de nuestra aldea, hicimos una larga travesía por la sabana esa misma noche. Yo estaba agotado cuando llegamos a nuestro destino: una pequeña aldea llamada Nidougou.

—¿Nidougou? —interrumpió Nicole.

—Así es —contestó Amadou—. Como sea, allá había un hombre extraño, enjuto, que debió de haber sido una especie de superchamán. Mi abuela y nuestro médico brujo se quedaron en Nidougou, mientras este hombre y yo realizábamos la extenuante ascensión de una montaña casi yerma, que estaba al lado de un pequeño lago. Llegamos justo antes del amanecer.

"Mira", dijo el anciano, cuando los primeros rayos del Sol tocaron el lago, "mira en el Lago de la Sabiduría. ¿Qué ves?"

"Le dije que veía treinta o cuarenta objetos parecidos a melones, que descansaban en el fondo de uno de los lados del lago.

"Bien", dijo con una sonrisa. "En verdad eres el elegido".

"El elegido ¿para qué?" pregunté.

"Nunca contestó. Caminamos alrededor del lago, cada vez más cerca de donde habían estado sumergidos los melones —ya no los podíamos ver más, porque el Sol estaba muy alto en el cielo— y el superchamán extrajo una pequeña botella. La hundió en el agua, le puso un tapón y me la entregó. También me dio una pequeña piedra semejante a los objetos en forma de melón del fondo del lago.

"Éstos son los regalos más importantes que recibirás jamás", dijo.

"¿Por qué?", pregunté.

"Pocos segundos después, los ojos se le pusieron completamente en blanco y cayó en estado de trance, entonando cantos en senoufo rítmico. Danzó durante varios minutos y después, repentinamente, saltó al frío lago para nadar.

"Espera", grité, "¿qué voy a hacer con tus regalos?"

"Llévalos contigo todo el tiempo", dijo. "Ya sabrás cuándo es tiempo de usarlos."

Nicole creía que los latidos de su corazón eran tan fuertes que hasta Amadou podía oírlos. Extendió el brazo a través de los barrotes de la celda y le tocó el

hombro.

—Y anoche —dijo—, una voz en un sueño o lo que quizás no era un sueño después de todo, le dijo que me trajera la botella y la piedra esta noche.

—Exactamente —dijo Amadou. Se detuvo. —¿Cómo lo supo?

Nicole no contestó. No podía hablar. Todo su cuerpo estaba temblando. Instantes después, cuando sintió los dos objetos en la mano, sus rodillas estaban tan débiles que creyó que se iba a caer. Le agradeció a Amadou dos veces y lo instó a irse antes de que lo descubrieran.

Caminó lentamente hacía su camastro. *¿Es esto posible? ¿Y cómo? ¿Todo se sabe, de alguna manera, desde el principio? ¿Melones maná en la Tierra?* El organismo de Nicole estaba sobrecargado. *Perdí el control, pensó, y ni siquiera bebí del frasco aún.*

El solo hecho de sostener el frasco y la piedra le hicieron recordar a Nicole, con toda intensidad, la increíble visión que había experimentado en el fondo del pozo de Rama II. Abrió el frasco. Aspiró profundamente dos veces y tragó el contenido rápidamente.

Al principio pensó que no ocurría nada. La oscuridad que la rodeaba no parecía haber cambiado. Entonces, súbitamente, una gran bola anaranjada se formó en medio de la celda. Explotó, diseminando color por toda la oscuridad. La siguió una bola roja; después, una púrpura. Mientras Nicole retrocedía, escapando del brillo de la explosión púrpura, oyó una risa intensa fuera de su ventana. Echó un vistazo en esa dirección: la celda desapareció. Nicole estaba afuera, en un campo.

Estaba oscuro, pero aun así pudo ver el contorno de objetos. Lejos, volvió a oír la risa. "*Amadou*", llamó en su mente. Nicole corrió por el campo con velocidad cegadora. Estaba alcanzando al hombre. A medida que se le acercaba, el rostro de él cambiaba: no era Amadou era Omeh.

Omeh rió otra vez y Nicole se detuvo. "*Ronata*", gritó ella. El rostro de Omeh aumentaba de tamaño. Más grande, cada vez más. Era tan grande como un auto; después tanto como una casa. La risa era ensordecedora. El rostro de Omeh era un enorme globo, que ascendía alto, cada vez más alto, hacia la oscura noche. Rió una vez más y su rostro de globo estalló, bañando a Nicole con agua.

Estaba empapada. Estaba sumergida, nadando debajo del agua. Cuando salió a la superficie, estaba en el estanque de un oasis, en la Costa de Marfil. Allí, cuando era una niña de siete años, se había enfrentado con la leona durante el Poro. La

misma leona estaba merodeando por el perímetro del estanque. Nicole era una niñita otra vez. Estaba muy asustada.

Quiero a mi mamá, pensó Nicole. *Acuéstate ahora y quédate dormida, que tu sueño es bendito*, cantó. Empezó a caminar saliendo del agua. La leona no la molestó. Nicole le echó otra vez un vistazo al animal. La cara de la leona se había transformado en el rostro de la madre de Nicole. Nicole corrió para abrazar a su madre. Entonces, la misma Nicole se convirtió en la leona, merodeando en la costa del oasis, en medio de la sabana africana.

Ahora había seis bañistas, en el estanque, todos ellos niños. Mientras la leona Nicole seguía cantando la *Canción de Cuna* de Brahms, uno por uno los niños salieron del agua. Genevieve lo hizo primero; la siguieron Simone, Katie, Benjy, Patrick y Ellie. Cada uno de ellos pasó al lado de Nicole, caminando en dirección a la sabana. Nicole corrió detrás de ellos.

Estaba corriendo en el campo de un estadio de béisbol atestado de gente. Nicole era humana otra vez, joven y atlética. Se anunció su salto final. Mientras se dirigía hacia la parte superior de la pista para el triple salto, un juez japonés se le acercó: era Toshio Nakamura. *"Vas a cometer una falta"*, le dijo con el ceño fruncido.

Nicole creyó estar volando, mientras corría hacia la línea de partida. Rebotó en el trampolín en forma perfecta, se elevó por el aire, ejecutó una cabriola equilibrada y salió disparada muy lejos, hacia el pozo impulsada por el salto. Sabía que lo había hecho bien. Nicole fue hacia donde había dejado sus elementos de precalentamiento. Su padre y Henry vinieron a darle un fuerte abrazo. *"Muy bien hecho"*, dijeron al unísono, *"muy bien hecho."*

Juana de Arco trajo la medalla de oro al podio de los ganadores y la colgó del cuello de Nicole. Eleanor de Aquitania le alcanzó una docena de rosas. Kenji Watanabe y el juez Mishkin estaban parados al lado de ella y le ofrecieron sus felicitaciones. El anunciador dijo que su salto era un nuevo récord mundial. La multitud le brindaba una ovación de pie. Nicole miró hacia el público, y advirtió que en la multitud no sólo había seres humanos: El Águila estaba ahí, en un palco especial, sentado al lado de un grupo de octoarañas. Todos la saludaban, incluso los avianos y los seres esféricos con tentáculos como de telaraña y las anguilas con capa apretadas contra la ventanilla de un gigantesco bol cerrado. Nicole saludó a todos, agitando la mano.

Los brazos de Nicole se transformaron en alas y empezó a volar era un halcón,

que se elevaba muy por encima de la zona agrícola de Nuevo Edén. Miró hacia abajo, al edificio en el que había estado prisionera. Viró hacia el oeste y encontró la granja de Max Puckett: aunque era bien entrada la noche, Max estaba afuera y trabajaba en lo que parecía ser un agregado a uno de sus establos.

Nicole siguió volando hacia el oeste, enfilando hacia las brillantes luces de Las Vegas. Descendió cuando llegó al complejo, volando por detrás de los grandes clubes nocturnos, recorriéndolos uno por uno. Katie estaba sentada afuera, en los escalones traseros, completamente sola. Tenía el rostro hundido en las manos y su cuerpo se sacudía. Nicole trató de reconfortarla pero el único sonido que pudo emitir fue el graznido de un halcón en la noche. Katie alzó la vista hacia el cielo, perpleja:

Nicole voló hacia Positano, cerca de la salida del habitat, y esperó a que se abriera la puerta externa. Sobresaltando al guardia, el halcón Nicole partió de Nuevo Edén. Llegó a Avalon en menos de un minuto. Robert, Ellie, la pequeña Nicole, y hasta un ordenanza, estaban en el corredor. Benjy, en el pabellón. Nicole no tenía idea de por qué todos estaban despiertos en mitad de la noche. Les gritó. Benjy se asomó a la ventana y miró fijo hacia la oscuridad.

Nicole oyó una voz que la llamaba. Era débil y venía desde muy al sur. Voló rápidamente hacia el segundo habitat, ingresando por el enorme agujero que los seres humanos habían hecho en el muro exterior. Después de pasar velozmente a través del anillo y de hallar un portal, se elevó sobre la región verde del interior. Ya no pudo oír la voz pero pudo ver a su hijo Patrick, acampando con otros soldados cerca de la base del cilindro marrón.

Un aviano con cuatro anillos color cobalto se reunió con ella en el aire. "*Ya no está más aquí*", dijo. "*Intenta en Nueva York.*" Nicole salió rápidamente del segundo módulo y volvió a la Planicie Central. Volvió a oír la voz. Volaba cada vez más alto, más y más alto. El halcón Nicole apenas podía respirar.

Voló hacia el sur, pasando por encima del muro perimetral que rodeaba el Hemicilindro Norte. El Mar Cilíndrico estaba debajo de ella. Ahora, la voz era nítida: era Richard. El corazón de halcón de Nicole latía furiosamente.

Richard estaba parado en la orilla, delante de los rascacielos, saludándola con la mano. "*Ven a mí, Nicole*", decía su voz. Nicole le pudo ver los ojos en la oscuridad. Voló hacia abajo y descendió sobre el hombro de Richard.

La oscuridad la rodeaba. Nicole estaba de vuelta en su celda. ¿Era un pájaro lo que oyó volando justamente al otro lado de la ventana? Su corazón todavía

palpitaba.

Fue hacia el otro lado del pequeño cuarto. "*Gracias, Amadou*", dijo. "*Omeh*".
Sonrió, "*... o Dios.*"

Nicole se estiró en su camastro. Pocos segundos después estaba dormida.

FIN